

The background of the entire page is white, covered with various splatters of red ink. There are many small, circular droplets scattered across the surface, and several larger, more irregular blotches. A prominent, large, dark red splatter is located in the lower half of the page, below the main title. The splatters vary in size and density, creating a stark, graphic contrast with the white background.

LA MUERTE  
SIEMPRE  
ENCUENTRA  
EL TIEMPO

RENATO MENDOZA

*A mi padre, que me apoyó, animó y sumergió en el mundo de las letras y la fantasía desde que tengo recuerdos.*  
*A mi madre por su increíble tolerancia ante todas mis insistencias y por fomentar y compartir el gusto por la buena lectura.*  
*A mi hermana, que nutre de agilidad y creatividad mi mente cada día.*  
*A mis abuelos, tíos y primos por sus consejos e influencia.*  
*A Fredy Jaimes, Juan Reyes, Leandro Arévalo y José Milla por interminables años de amistad, incontables andanzas e innumerables episodios que cincelaron mi identidad.*  
*A Carolina Nieves, genial persona y escritora, sin cuyo aliento y críticas jamás hubiera llegado a donde estoy.*  
*Gracias a todos ellos.*

Renato Mendoza

La Muerte Siempre Encuentra el Tiempo

## Prólogo

*Nos perseguían, y aun así, encontré el tiempo para detenerme y observar. Escuché los miles de pasos desesperándose por alcanzarnos, pero estaba hipnotizado. “Acompáñanos.” Dijo el hombre gritándome desde el último piso de una casa poseída por el fuego. Siguió gritando aunque no sé si de dolor porque también reía y su risa aún me persigue cuando cierro los ojos. El hombre estaba en llamas y levantaba los brazos hacia el cielo crepuscular dividido a la mitad por la estela blanca que dejaba un misil nuclear errante. Aquel sujeto saltó hacia el vacío todavía gritando cosas que no podía entender ni imaginarme. Luego salto una mujer. Después dos niños agarrados de la mano. Todos cubiertos con un manto ardiente.*

*Me alejé de allí a toda prisa. Ahora eran dos los que me perseguían, ellos... y la risa.*

Creyó estar escuchando una voz monótona que lo hostigaba. Una voz tan familiar como la suya. Abrió los ojos y la luz penetró en sus ojos dolorosamente. El reloj marcaba las dos de la mañana y la tienda seguía tan vacía y silenciosa como cuando llegó a trabajar hacía algunas horas. Estaba aburrido y soñoliento. Aquel era el único trabajo que lo había acogido en los últimos meses y a pesar de seguir buscando en otros lugares, los empleadores parecían no tener el menor interés en él. Decidió salir a tomar algo de aire. Adam abrió la puerta, sin ganas de avisarle a su compañero que estaba en un cuarto de atrás viendo televisión seguramente.

El cartel de 7-Eleven brillaba a más no poder en aquella esquina de la calle, pero lo único que atraía eran unas cuantas polillas que revoloteaban en el aire con movimientos casi suicidas. Ni un alma en el exterior, ni siquiera la sombra de Adam. Algo de viento arrastraba unas envolturas hacia los sombríos recodos de la calle. Adam se preguntaba cómo es que la tienda no había quebrado todavía. Llevaba casi dos meses trabajando en el turno nocturno del 7-Eleven. En la noche no entraba ninguna persona. Los botes de basura en los muelles parecían tener más clientes (ratas, gatos y musarañas eran comensales fieles). Era como si las personas sintieran una aversión hacia ese lugar por algún motivo desconocido. A lo lejos escuchó un par de disparos. ¿Por qué no intentaban asaltar la tienda para tener algo de diversión?

No había colillas de cigarro en el recipiente junto a la entrada. La bolsa de basura también estaba virgen y pura como una colegiala. Todas las noches era lo mismo: ponía una nueva bolsa al llegar y no tenía que tocarla hasta la noche siguiente. Lo mismo ocurría con la limpieza del baño. Solo una vez agradeció que un par de borrachos se metieran en el lavabo y ensuciaran todo el lugar

con vómito y otros líquidos. Asco, claro que sí. Pero era una distracción y eso era más importante y necesario que cualquier otra cosa.

Había pensado muchas veces en ensuciar él mismo el baño y causar uno que otro destrozo en la tienda para tener algo que hacer. En ese momento, admirando la soledad de la noche y el vacío de la bolsa de basura, volvieron aquellos pensamientos de destrucción para el bien de su cordura. Adam reconocía su flojera y admitía que solo trabajaba para sobrevivir, sin preocuparse qué sería de él al día siguiente o en el futuro próximo. Pero había un límite entre la flojera y la holgazanería absoluta y eso era lo que le estaba sucediendo en ese instante.

Un ruido lo distrajo mientras caminaba por el estacionamiento. Cuando se volteó a ver, notó que era una lata de aluminio vacía que iba rodando suavemente por la vereda y luego caía por el escalón y se quedaba quieta. *Cualquier cosa con tal de ponerme a hacer algo.* Luego de depositarla dentro del tacho de basura, otro sonido lo sorprendió por detrás. La puerta de la tienda se había abierto con rapidez y Ryan había aparecido emocionado como si acabara de ganarse la lotería.

-¿Qué mierda haces afuera? -Le preguntó a Adam, no molesto, sino con una misteriosa ansiedad.

-¿Ayer no me preguntaste lo mismo?

-Pues... creo que sí. ¿Y qué?

-Ya sabes la respuesta.

-No sé de qué hablas. -Ryan apenas tenía veintitrés años pero cada vez que fruncía el ceño, la frente se le arrugaba con tantas rayas como la de un sexagenario-. No importa. Te he estado llamando desde hace rato. Te estás perdiendo la noticia del siglo, está en todos los malditos canales. Rápido, entra.

Al fin algo que hacer. Ryan no esperó a que Adam le respondiera, había entrado tan rápido como había salido y había dejado nuevamente un intenso aroma a chocolate en el ambiente. Probablemente ya tenía diabetes pero no lo sabía. Mejor que no lo supiera, era mejor no saber algunas cosas para disfrutar otras. En el interior de la tienda también flotaba el aroma a chocolate y a donuts.

Mientras caminaba por la sección de comida chatarra, Adam estiró la mano y comenzó a tirar al suelo varias bolsas de selecciones de papas a la barbacoa, jalapeños, pretzels, anillos de cebolla, tortillas de queso y una que otra bolsa más. Deseaba que fuera alguna devastadora noticia sobre un atentado terrorista, o una apocalíptica tormenta devorando algún lugar cuyo nombre no pudiera pronunciar. Eran las 2 de la mañana y lo más seguro era que se tratara de algo que estaba ocurriendo en algún lugar del mundo donde ya había amanecido. Probablemente el Papa Agatón II se había arrepentido de haber renunciado y arremetía contra la puerta donde se celebraba el cónclave para exigir su inmediata reposición al cargo.

Terminando la sección, Adam tiró al suelo una botella de Budweiser que algún inepto había dejado allí sin querer. La tienda parecía haber sido saqueada por algunos delincuentes invisibles a los que no les gustaban los chips.

-¿Ku fiaflos fue efo? -Preguntó Ryan con la voz algo ahogada. Parecía estar sentado en el consultorio de un dentista con un puñado de algodón en la boca.

-Soy yo que ya llego -Adivinó la pregunta de Ryan por puro instinto. Lo que jamás hubiera podido adivinar, era la noticia que estaban mostrando en la televisión. Como Ryan había dicho: “Está en todos los malditos canales”.

## 2

### El Arca

-Bafefe que ba han enconcago be vedad. -Había una sombra de chocolate alrededor de los labios de Ryan. Como un payaso maquillado que en lugar de risa, causaba asco y lástima.

-Con un demonio Ryan, traga de una vez y deja de comer chocolates si no quieres que te salga mantequilla de maní en vez de sudor.

-A la mierda, Adam. No te he llamado para que me des consejos sobre nutrición. Para eso ya tengo de sobra con los consejos que me dan en los comerciales. -En la televisión aparecían varias personas con un desierto de fondo. La mayoría de ellas usaba túnicas y un tipo de turbantes como el de los hombres del medio oriente (Venían a la mente imágenes inevitables de Al Qaeda, Osama Bin Laden y Ayatolá Jomeini). Hombres con gruesos y tupidos

bigotes que sonreían y hablaban entre ellos de algo que no se podía saber todavía. Los acompañaban unos hombres de piel blanca vestidos con uniformes polvorientos. Tenían toda la apariencia de ser arqueólogos o paleontólogos: del tipo de hombres que desentierran antigüedades (Seguramente se les había pegado el síndrome de Indiana Jones). Todos permanecían en la lejanía mientras un grupo de hombres en uniforme militar impedían el paso de los reporteros.

Sólo había un par de líneas de texto en la pantalla. Junto al logo del canal había un par de palabras que alertaban a la audiencia sobre la importancia de la noticia: “Breaking News.” Debajo de esas palabras, había una oración que resumía de la manera más sutil, lo que estaba sucediendo en aquel desierto: “Descubren el Arca de la Alianza en Afganistán.” Ryan y Adam se quedaron viendo la pantalla callados por algunos segundos, viendo a las personas moverse sobre la tierra árida y sin prestar atención a los inútiles comentarios de la reportera. La periodista podía haber estado escupiendo todas las groserías en todos los idiomas y aun así ellos ni se hubieran inmutado.

-Todavía no la han sacado a la luz. -Dijo Ryan mientras dejaba la envoltura de chocolate a un lado y cogía una Pepsi medio llena. Adam calculaba que no pasaría el fin de año antes de que se llevaran a Ryan internado de emergencia por el incremento de glucosa en su sangre. Ese chico era 25% sólido, 30% líquido y 45% azúcar-. Si ya lo hubieran hecho, tendrían que llamar un pelotón para detener a todo ese tumulto de reporteros.

-¿Y cómo saben que está allí? -Adam estaba aún escéptico. Quería apostarle a Ryan que se trataba sólo de una reliquia cualquiera, probablemente algún tesoro de la época de la gran Babilonia. El Arca de la Alianza era sólo un mito como todos los relatos que se narraban en el Antiguo Testamento.

-Lo saben, créeme. Hace un rato han mostrado unas imágenes que han hecho con un instrumento que sondea el suelo debajo de los escombros de esa ciudadela que están excavando hace meses. Van a pasar la imagen otra vez, pero los arqueólogos están cien por ciento seguros de que es el Arca. En la foto que mostraron salía la silueta. Era igualita a la descripción que hay en la Biblia. Te juro que al principio tenía mis dudas, pero hicieron una comparación detallada de la imagen del sondeo y del Arca de la Biblia. Son idénticas Adam. Hay unos ingenieros musulmanes que han hecho una

recreación tridimensional del Arca enterrada. Se parece bastante a la de la película de Indiana Jones, ¿te acuerdas?

-Claro. Si me llamaste para verla hace un par de noches.

-Son bastante semejantes aunque no del todo. Es de oro puro hombre. ¡Oro puro! No sé cómo han hecho para saberlo pero les creo. Y debe pesar como un demonio, con el perdón de Dios. Creo que por eso han llevado a los uniformados, es oro puro hombre. Los que han financiado la excavación deben de estar gastando todos sus malditos dólares en proteger el hallazgo. Para lo que van a ganar luego de desenterrarla, yo haría lo mismo. Afganistán, vaya lugar para encontrarla. ¿No es allí donde está Al Qaeda?

-Creo que sí. -No dejaban de enfocar a los hombres en el desierto. *¿A qué hora ponen la maldita imagen del sondeo?*-. Puede que estén infiltrados ahí mismo en medio de los reporteros o puede ser uno de esos hombres en túnica.

-Quién sabe. Dicen que van a tardar por lo menos un par de días en desenterrarla porque tienen que hacerlo con cuidado, aunque yo no creo que la saquen hasta dentro de algunas semanas. Ya sabes cómo es de mentirosa la prensa. Si fuera yo, le metería dinamita ahora mismo y la sacaría hasta con caña de pescar si fuera necesario. Van a transmitir la excavación en vivo. Dicen que quieren esperar a que llegue el Papa a la excavación. Me importa un pepino el Papa. Hasta un obispo que han entrevistado ha dicho que la desentierren lo más pronto que puedan. El Arca es la estrella del show, ¿a quién le interesa ver al Papa allí? A nadie. Todos quieren que esa Arca salga de la tierra de una vez y que la destapen para ver qué hay.

-¿Te acuerdas de lo de Indiana Jones?

-Amigo, lo estoy viendo ahorita mismo en mi memoria como si fuera una película en alta definición.

-¿Y si pasa lo mismo cuando la abran?

-¡Servicio! ¿¡Hay alguien ahí atrás!?! -Vociferó una mujer desde la tienda. Justo un cliente en el momento menos oportuno-. ¡Les han robado! ¡Voy a llamar a la policía!

-Con un demonio, ya regreso Ryan. No dejes de ver las noticias.

-Júralo amigo.



-¡Y deja ese maldito chocolate! -Exclamó al ver que Ryan sacaba una nueva barra de su bolsillo. Mientras se dirigía a atender a la mujer, se dio cuenta de que esa voz femenina le parecía muy familiar. Aquel tono vocal le provocaba una alteración visceral.

Y de repente, como el hijo pródigo volviendo de lugares desconocidos, allí estaba esa chica de nuevo. La chica de las trenzas cuyo nombre Adam todavía no conocía aún a pesar de haber hablado con ella por varias horas sobre temas tan diversos como los que hay en un periódico de dos kilos. No le dio tiempo ni de recordar algo más sobre ella.

-Allí estas. -Dijo ella acercándose a mirarlo con sus enormes pero tristes ojos negros. -¿Quieres que llame a la policía? Les han robado, ¿no es así? Esta calle no suele ser peligrosa, por eso vengo a caminar por aquí a estas horas. No he visto a nadie en la calle, ni siquiera a los vagos barbones que quisieron quedarse en estos lugares hace algunos meses. ¿Cuántos eran los ladrones?

-No hay ningún ladrón. -Interrumpió Adam mostrando una sonrisa entre culpable y vergonzosa-. He sido yo el que ha tirado todas estas cosas. Esa botella también, pero fue de casualidad.

-¿Tú has botado todo esto? Pues debes de haber perdido la cabeza o quieres que te echen de aquí de una vez. ¿Y qué hacías atrás de la tienda? ¿No sabes que cualquiera puede entrar a llevarse algo? Yo pude haberme llevado algo si quisiera, pero me caes bien y primero quise ver si te había pasado algo. Ahora sí puedo llevarme algo.

-Es tan aburrido este lugar. -Contestó Adam agachándose para recoger las bolsas y devolverlas a sus lugares en el estante-. Tan aburrido que yo mismo tengo que desordenar el lugar para tener algo que hacer.

-Te faltan estas bolsas. -Dijo la chica aventando al suelo unas papas Lays y Tostitos que Adam no había tocado por el momento-. Según tu filosofía y la mía, esto es bueno para los dos.

-¿A qué has venido? -Preguntó Adam mientras se ponía de pie con una bolsa de Ruffles en la mano. Por un instante estuvo a punto de abrirla, pero luego se dio cuenta de lo que iba a hacer. Aunque seguía pensando en abrir la bolsa. No había cámaras de seguridad adentro, qué más daba.

-A muchas cosas. A ver qué pasaba aquí. Es uno de los pocos lugares que encuentras abierto a estas horas de la noche. Sabes, no he tenido mucho sueño desde hace varios días. Me quedo despierta sin saber qué hacer y voy caminando de un lado a otro para distraerme y tomar aire fresco. Ayer estuve caminando por los muelles. El tiempo era tan lindo que me quité el pantalón, las medias y mis zapatillas y metí las piernas un rato en el agua para refrescarme. No sabes lo bien que se siente. De repente voy allí de nuevo más tarde o mañana. Ayer me botó un hombre viejo que cuidaba los muelles. Me dijo que no quería volver a verme por allí. Como si fuera el dueño de ese lugar. Le aventé un poco de agua y me fui corriendo mientras lo escuchaba gritar-. Adam estaba hipnotizado con el movimiento de las manos de esa chica cuando hablaba. Parecían moverse con la misma velocidad que las manos de un prestidigitador que quiere hacer algún truco sorprendente (Si se lo proponía, podía ser la próxima Angela Funovits). La historia de ella de por sí era sorprendente. Siempre estaba haciendo o queriendo hacer cosas fuera de lugar.

-Hoy día me ha dado ganas de correr un rato por las calles, pero voy a necesitar algo de agua para el camino. -Señaló a la vez que tomaba sus trenzas y las aventaba hacia atrás de su cabeza-. Para eso vine a la tienda, para que me vendas un par de botellas de agua. O tal vez una de esas aguas rehidratantes que dicen que te reponen más rápido que el agua convencional. Todavía no las he tomado, así que no sé si es verdad o no, creo que sería bueno hacer la prueba. Voy por unas botellas, encárgate de esto mientras voy a buscarlas. -Y dándose la vuelta, tiró al suelo unas cuantas bolsas más hacia los pies de Adam. Esa chica era un torrente. Adam de pronto tuvo la sensación de que nunca se podría cansar de ella. Aquellas sensaciones frecuentemente eran mentirosas.

-Esas botellas están en el congelador de la esquina, allá a la izquierda. Coge las que quieras, ahorita te alcanzo. -Aprovechó el momento para recoger todas las bolsas y amontonarlas en el estante como sea. Tuvo que aplastarlas para

que entraran en aquel espacio. Por ahora tenía otras prioridades. Qué importaba si lo botaban, trabajos había en todos lados. Pero chicas de trenzas como ella no. Al menos debía de saber su nombre.

-Ya las tengo. -Exclamó ella desde el congelador-. ¿No puedes decir que alguien vino y se las robó?- Ella había caminado hacia la caja mientras le sugería a Adam esa posibilidad.

-Tal vez -Agregó él con una mirada cómplice-. Si es que eres capaz de dejarme inconsciente en el suelo y también a mi compañero diabético que está en el cuarto de atrás, las botellas son tuyas.

-Muy inteligente. Tal vez podría correr ahora mismo con las botellas y no podrías alcanzarme. Soy muy buena corriendo, sabes. Aunque puede que me alcances; tienes el físico como de un atleta o algo por el estilo. Tal vez estás un poco flaco pero imagino que puedes correr rápido. ¿O me equivoco?

-¿Quieres hacer la prueba? -Era un reto que ella tomó en serio apenas terminó él de hablar. Por un momento, Adam creyó que estaba viendo una alucinación. La chica corría riéndose, abría la puerta y desaparecía tras el umbral. No, no era una alucinación, ella estaba escapando de verdad.

La atrapó a la mitad del estacionamiento. Ella era bastante lenta o él era más rápido de lo que imaginaba. No corría hace tiempo, así que no podía saberlo. Solo jadeaba, mientras tomaba a la chica del brazo. *Si todos los clientes fueran como ella.*

-Eres rápido, pero la próxima vez no me atraparás. Voy a correr toda la noche hasta el amanecer. Vas a ver que mañana mismo no vas a poder alcanzarme. O tal vez sí, pero vas a tener que esforzarte más para hacerlo. Es una apuesta. Si te gano, vas a tener que pagarme las botellas, ¿vale? Esa sonrisa quiere decir que sí. Vaya que te has cansado tanto que ni puedes hablar. Bueno, voy a irme por ahí a recorrer las calles. Mañana vas a pedir que llame al 911. Toma, ten este billete. Quédate con el cambio Adam. Pobre de ti que no te encuentre mañana. Adiós-. *Con un demonio, sabe mi nombre.* Luego se dio cuenta de que cualquiera podía saber eso. Tenía una etiqueta con su nombre colgando en su pecho.

-Espera. -Dijo él con la voz parecida a la de un hombre que acababa de competir en el Iron Man-. ¿Cómo te llamas?

-Shannon. ¿Por qué? ¿Estás interesado en mí? -Sonrió de manera inquieta-. Bueno, adiós.

Lo dejó en el suelo con un viejo billete de un dólar en la mano y el corazón latiendo tan rápido como Shannon corriendo por las pistas de aquella deshabitada calle. Ella desapareció varios metros más adelante, doblando por una esquina donde había una casa con un enorme árbol tupido. Había pocas como ellas. Contadas con los dedos de la pata de un camaleón tal vez. No cualquiera te dejaba en el suelo, agitado, con el corazón abrumado y completamente estafado y feliz de estarlo. No cualquiera. Ahora sabía dos cosas. Una, era su nombre; la segunda, que volvería.

-¡La foto Adam, la foto! -Gritaba Ryan desde adentro de la tienda-. ¿Dónde demonios te has metido? ¡Están pasando la foto en la televisión de nuevo! - Adam corrió hacia la tienda pensando sólo en el mañana. Se guardó el billete en el bolsillo como recuerdo.

A diferencia de otros días, Adam no estaba tan cansado cuando llegó a su apartamento en la calle Kensington. Era un edificio de tres pisos en el que convivían cinco personas sin parentesco sanguíneo entre ellas. Todas alquilaban una habitación en aquel lugar a distintos precios cada una a pesar de que las dimensiones de cada cuarto eran las mismas. Adam era el que tenía

la renta más barata, en parte porque su habitación era la “más pequeña” de ese lugar (20 cm<sup>2</sup> menos que las otras) y también porque la casera estaba interesada en él de alguna manera. De manera bastante apasionada valgan verdades.

-¿Ha sido una buena noche? -Preguntó la casera sentada en su mecedora en el porche de aquella casa. Tenía un vestido largo que cubría incluso el calzado que estaba usando, si es que lo estaba usando. Encima llevaba una chompa con un diseño a cuadros, probablemente tejida por ella misma. Tenía 43 años, no tenía esposo ni hijos y sólo un pariente lejano cuyo nombre Adam no recordaba.

-¿Eh? -Adam estaba con los pensamientos flotando en mundos distantes y lejanos, desconocidos para el resto de personas y para él mismo en algunos días, cuando descubría nuevos lugares en su mente-. Ah. Buenos días señora Blake, venía pensando en algunas cosas. -Sin duda era una mujer simpática, no tenía idea de por qué algún hombre no la había convertido en su esposa todavía.

-Claro Adam. Eres joven, y los jóvenes como tú siempre tienen muchas ideas y sueños en la mente. ¿Qué tal estuvo el trabajo?

-Intenso. -Adam pensaba en el instante en el que quedó jadeando en el suelo mientras veía esfumarse a Shannon como un fantasma o un sueño que se desvanece a la salida del sol. Al subir por los escalones, la señora Blake dejó de mecerse y se acercó hacia el muchacho con una sonrisa que trataba de disfrazar como maternal, cuando en realidad era de amor obsesivo-. Ha sido uno de esos días, o mejor dicho, una de esas noches en las que a uno le gusta más su trabajo, señora Blake.

-Todavía no soy señora. -Cuando cruzó los brazos, ella levantó una nube de aromas que tenían una mezcla de ropas viejas y flores del campo (Del tipo de aromas penetrantes y místicos)-. Y, por enésima vez, llámame Joyce. Solo Joyce.

-Lo siento, es la costumbre. La última vez que alquilé un apartamento, estuve varios meses llamando a la casera por su apellido. Y lo mismo sucedió la vez anterior a esa. Supongo que es una costumbre que vengo arrastrando desde hace varios años sin darme cuenta. -Tras la aclaración, Adam se acercó a la

puerta de entrada para subir a su habitación que quedaba en el segundo piso. Tenía una vista hacia el jardín plagado de las plantaciones de Joyce Blake-. Con permiso, voy a tratar de buscar algo de descanso. Las horas pasan rápido, sabe.

-Adam. -Interrumpió ella descruzando sus brazos y acercándose un poco hacia él de manera involuntaria. Era una reacción instintiva, casi animal-. ¿No quieres tomar un desayuno antes de descansar? Sé que estás cansado, pero si no te alimentas bien, no vas a durar mucho en ese turno nocturno.

-No lo creo señora Blake... Joyce. No se ofenda, pero la verdad es que estoy bastante cansado y lo único que se me antoja es una buena siesta y tal vez...

-Pero solo serán unos minutos. Sólo una taza de café y algunos panecillos. -Se detuvo al ver un estremecimiento en el rostro de Adam-. Oh, cierto. El café no es bueno para la siesta. No importa, también tengo algo de leche si lo deseas o té. He leído que esas bebidas son buenas para dormir mejor. Sobre todo si... - Adam la escuchaba paciente, esperando a que termine de narrarle todos los tips de nutrición que habría oído en algún programa de amas de casa o tal vez de su madre. Le daba pena ver cómo se esforzaba para convencerlo, a veces podía resultar bastante persuasiva. Pero esa mañana no tenía ganas de tomar nada con ella, solo quería dormir y perderse en el tiempo-. ...Sólo diez minutos a lo mucho. Podemos ir viendo las noticias mientras desayunamos. Viendo esa noticia del Arca que parece haber causado algún revuelo.

Entonces el rostro de Adam cambió. *Cierto. Había olvidado lo del Arca. ¿Qué estaba pasando en Afganistán? ¿La habrían desenterrado ya?* La curiosidad había decidido su suerte. Iba a aceptar la invitación, solo que no tenía que darle muchas esperanzas a la señora Blake... a Joyce. Era una buena persona, pero sólo eso. Adam dijo que sí con la cabeza gacha para no tener que ver el rostro de su casera. Probablemente habría agrandado sus opacos ojos verdes y se le habrían dibujado con mayor intensidad las arrugas que ya asomaban alrededor de su boca y al borde de sus ojos. En diez minutos no creía que podía pasar nada con ella, pero sí podría enterarse de muchas cosas.

Nada más al prender el televisor, la noticia había saltado a los ojos de Adam como una pulga hiperactiva. Habían avanzado más de lo esperado en las excavaciones al encontrar algunas secciones huecas en aquel complejo arqueológico sepultado. La remoción del suelo arcilloso era un proceso

bastante sencillo y manejable según la reportera. Por suerte no habían encontrado grava ni piedras de mayor tamaño, aunque dada la forma como se estaba tomando la excavación, los financistas de la obra no hubieran reparado en gastos para apartar cualquier cosa que hubieran encontrado y que los separaba más de su tesoro. Eran unos financistas bastante pretenciosos. Las noticias continuaron con una conferencia de prensa de los expertos en la que manifestaban que debían de estar llegando al Arca entre las ocho y las diez de la mañana del día siguiente; eso quería decir, entre la medianoche y las dos de la mañana hora de Norfolk, Virginia. *Sólo algunas horas. Shannon y el Arca, vaya coincidencia.* Distraído de nuevo, Adam tocó la mano de Joyce en lugar del cuchillo que estaba cerca. La vio sacudirse como un perro mojado. Sin duda alguna, era hora de marcharse.



## Decepción. El descubrimiento

Las esperanzas se habían desvanecido cuando Adam levantó nuevamente su manga para ver la hora en su reloj. No confiaba en el reloj que estaba colgado en la pared sobre la congeladora que abrigaba las latas de Pepsi; podía estar atrasado o no funcionar para nada. Tampoco confiaba en el reloj de su muñeca, pero en el fondo sabía que esa era la hora correcta. Ya se había levantado la manga unas seis veces en apenas unos cuantos segundos y la hora seguía siendo la misma: 2:35 de la mañana. Los números parpadearon unas cuantas veces más y el cinco se transformó en un seis. No había nada que hacer, ninguna de las dos promesas iba a ser cumplida esa noche.

Por un lado, Shannon no aparecía. No sería raro después de lo que pasó la primera vez que Adam tuvo contacto con ella. Un par de horas de conversación una noche y luego había desaparecido misteriosamente durante casi un mes hasta que volvió a aparecer como si nada hubiera pasado. Por otro lado, no había nuevas noticias en cuanto a la excavación. El mismo panorama seguía perenne en la pantalla desde la mañana. Incluso habían dejado de

transmitir la noticia para dedicarse brevemente a otras noticias de relevancia como la caída de un meteorito en una zona remota de Siberia y la extraña subida de marea hace algunos días en la isla de Micronesia.

Por lo general, después de que algo bueno sucedía, algo completamente opuesto tenía que suceder al día siguiente para compensar el bienestar ofrecido. Esa noche, circunstancialmente había algo de trabajo que realizar. En el turno de la tarde habían dejado vacías unas estanterías y habían dejado unas cajas selladas con nuevos productos que debían de ser ordenados y acomodados siguiendo las indicaciones que había en una hoja adherida a cada caja. Mientras duró la distracción, Adam trabajó con cierto entusiasmo, aunque era más la ansiedad que sentía que cualquier otra cosa. Al menor ruido, su cabeza salía disparada como un payaso saliendo de una caja sorpresa.

Pocos minutos después de las dos, un grupo de varios muchachos, todos con camisetas de los Yankees (Menuda paliza que le habían dado a los Blue Jays por 26 a 2), habían entrado a la tienda y se habían llevado una buena cantidad de cervezas junto con una buena provisión de Doritos (También habían preguntado si vendían condones). Uno de ellos se parecía graciosamente a uno de los jóvenes árabes que se encontraba en la zona de excavación en Afganistán. Un joven moreno que aparecía frecuentemente en la pantalla llevando herramientas de excavación, desapareciendo por las escaleras que conducían a los niveles más profundos de la ciudadela y luego apareciendo presuroso, llevando carretillas cargadas de tierra y arena. Adam sintió deseos de preguntarle si provenía de algún lugar del Oriente, pero luego desistió. No sabía si era de las personas que tomaría la pregunta con normalidad o si se ofendería con aquella interrogante.

De nuevo, Adam, estaba sentado en la vereda, en la entrada de la tienda debajo del cartel de 7-Eleven. La letra “v” estaba manchada con excremento de paloma. Aunque luego de observar mejor y de ponerse a analizar la situación, le pareció más posible que fuera excremento de gaviota. Había muchas de esas aves que les gustaba pasearse desde los refugios nacionales que había en la bahía, hacia los muelles que se extendían en el contorno de Norfolk.

No había nada que hacer, como cualquier otro día. Pero era peor saber que

podía haber estado haciendo algo. Tal vez así se sentía la señora Blake con respecto a él y más aún ahora después del incidente que había sucedido sin querer en el desayuno. Un simple descuido, una simple acción podía originar consecuencias tan complicadas como las desatadas esa mañana en la calle Kensington.

-¡Adam! -Gritó Ryan apareciendo por el pasillo de la tienda. Ya no tenía que buscarlo. Cualquier compañero que hubiera tenido Adam se hubiera acostumbrado a saber dónde estaba él si no estaba dentro de la tienda-. ¡Adam, ya encontraron el Arca! ¡Ya llegaron a ella! ¡Ven a ver!

Shannon, Joyce, la confusión de pensamientos, su apatía, su desesperanza, su ansiedad, el frío y el silencio, todo aquello perdió sentido mientras Adam entraba vertiginosamente a la tienda. Del otro lado, en el cuarto administrativo, Ryan seguía gritando como un poseído-. ¡Enfoquen el Arca malditos bastardos! ¡Déjenlos pasar!

## Unas cervezas. Ruinas despejadas

Habían dos sillas frente al televisor: una estaba ocupada por el voluminoso cuerpo de Ryan; la otra, estaba vacía, esperando a que los sesenta y seis kilos de Adam se sentaran sobre ella-. Hay más movimiento que cuando dieron la noticia de su descubrimiento. Y reporteros. Uf. Ni tienes idea. -Ryan estaba tan ensimismado en la televisión que ni siquiera había abierto la barra de chocolate que apretaba en su regordeta mano-. Toma esto. -Le dijo a Adam entregándole la barra como si fuera un objeto de tentación pecaminosa-. Quiero tener todos mis sentidos en la pantalla.

-¿No dijiste que ya habían encontrado el Arca? -Vaya que la barra de Sneakers sabía demasiado bien. *Sólo es una, al diablo*. Iba a desaparecer tan rápido como sus esperanzas de ver a Shannon esa noche-. Sólo veo gente que se mueve más rápido y esa estúpida reportera que solo habla tonterías como si tuviera algo importante que decir. -A diferencia de la noche anterior, los textos en la pantalla habían cambiado ligeramente. En la parte superior derecha del recuadro se podía leer: “En vivo, Chaghcharān, Afganistán.” En la parte inferior se leía un texto que mantendría enganchados a los televidentes hasta el momento crucial. Persuasión pura aplicada a las noticias: “Lo último. En breve, revelación en vivo del Arca de la Alianza.”

-Ya han llegado a ella, eso es lo que han estado anunciando hace unos minutos. Lo que pasa es que las cámaras todavía no han llegado a ella y eso es lo que me está volviendo loco. Anda a la tienda y trae algo de comer. No se para qué te di el chocolate. Nos van a tener aquí buen rato esperando.

-¿Buen rato? Ya conoces a los noticieros, puede que estemos aquí sentados hasta que nos momifiquemos. -Hacía un calor criminal en aquella habitación sin aire acondicionado. Adam abandonó a Ryan con rapidez ofidia. Había movimiento afuera de la tienda.

Por un instante, las palpitaciones de Adam se ralentizaron y sus ojos vieron una figura delgada y con trenzas atravesar la puerta de la tienda. Se preguntó qué le estaba pasando ¿Por qué empezaba a tener alucinaciones? Solo se trataba de una chica de unos veinticinco años que entraba apresurada mirando

hacia el estacionamiento. El novio de la chica, o su pareja, o su amante, o quien quiera que la hubiera traído, la esperaba en un Mustang plateado, aparcado justo frente a la puerta de la tienda, con el motor encendido. Le guiñaba un ojo y ella le respondía con un beso volado. *No podían ser más empalagosos.* Ya no había caballerosidad en Norfolk.

-¿Cerveza? -Cualquier empleado hubiera adivinado lo que quería con tan solo ver aquel llavero en forma de destapador que le colgaba del bolsillo de ese diminuto short. Había gente que estaba demasiado caliente por dentro.

-Congelador de la esquina. Hay más bebidas con alcohol en el congelador del costado si lo prefieres.

-Gracias. -Ni rastro de Shannon. A lo mejor había sido una simple aparición la visita del día anterior, o tal vez era un alma que estaba condenada a vagar en el 7-Eleven de la calle Marling por toda la eternidad. *Puede que la encuentre algún día remojando los pies en el muelle.*

El motor del Mustang rugió cuando la mujer salió con la bolsa de cervezas colgando y tintineando como campanas. Un rugido que decía: ven que no solo tengo sed, sino también hambre y quiero devorarte lentamente. La chica entró en el asiento del copiloto haciendo un esfuerzo con el peso. Su novio o quien quiera que fuera ni siquiera le abrió la puerta, solo esperaba apretando el acelerador y viéndose las espinillas en el espejo.

Un sentimiento de nostalgia se apoderó del chico que descansaba apoyando en la caja registradora. Ya ni tenía memoria de cuándo había sido la última vez que se había quedado soñando despierto. Pero en ese instante, no sabía ni siquiera en lo que estaba soñando, solo estaba abstraído, como en un trance profundo con la mente completamente en blanco.

-¿Vas a quedarte ahí todo el rato? -Le preguntó Ryan que había aparecido sigilosamente a su costado-. Anota estas Lays en mi cuenta y trae algo para ti si es que quieres acompañarme.

-¿Qué estas llevando?

-Lo de costumbre. ¿Vas a agarrar lo mismo?

-No sé. Creo que no tengo tanta hambre como tú. Todavía siento la barra de chocolate deshaciéndose en mi estómago. No entiendo cómo puedes comerte

tres seguidas y seguir con hambre.

-Práctica y concentración hermano, práctica y concentración. Ya aprenderás.

-Espero que no.

-No creo que vengan más clientes hasta por lo menos dentro de una hora.

-Yo también estaba pensando en eso. Puede que no venga nadie más por hoy día.

-Entonces agarra lo que se te antoje y no saques nada de tomar, allá en el cuarto tengo unas botellas de algo que no es agua.

-Avísame si hay algo nuevo en la tele.

-De acuerdo. Y no te olvides de poner latas bloqueando la puerta para que escuchemos entrar a los clientes. Ah, y anota esta otra bolsa de frituras a mi cuenta. -Desapareció raudamente dejando un aroma pegajoso en el ambiente.

Adam estaba anotando los productos que habían cogido entre ambos cuando un chillido proveniente del lugar donde estaba Ryan pareció remecer los cristales de toda la tienda. El lápiz saltó de las manos de Adam, rodó por el cuaderno de apuntes y cayó al suelo, donde la punta de grafito se rompió en varios pedazos. *Maldito seas Ryan.*

-¡Están entrando Adam! ¡Trae tu trasero aquí ahora! -Adam se olvidó de las maldiciones y corrió por el pasillo de la misma forma como si hubiera estado corriendo tras de Shannon para no perder la apuesta. Pensaba que ya no correría aquel día, pensaba que ya no se emocionaría, pensaba muchas cosas, pero cuando llegó frente al televisor, cuando se sentó en la silla y dejó de parpadear, dejó de pensar y se concentró sólo en las imágenes que salían en la pantalla.

## La chica de trenzas

Desde cierto punto de vista, Shannon no había faltado a su promesa. Ese mismo día estuvo en el 7-Eleven, solo que se apareció con varias horas de anticipación, cuando el lugar de Adam era ocupado por un inmigrante peruano de nombre Renato. Ella le compró una cajetilla de cigarrillos no sin antes preguntar por el paradero de Adam. Allí recién se enteró que el chico trabajaba en el turno de madrugada. La chica salió sin hacer más preguntas y Renato olvidó aquella conversación en el transcurso de las horas.

Más allá, en una banca frente a las aguas del río Elizabeth, Shannon se dedicó a contar las aves que paseaban frente a sus ojos. Revoloteaban haciendo círculos y otras formas, exigiendo sus cuerpos al máximo mientras caían en picada y volvían a elevarse. Shannon se preguntó en qué estarían pensando las aves en ese momento; y cuando, en la noche, se posaran en sus nidos o en

algún lugar cálido para descansar, ¿en qué estarían soñando?

Ya había oscurecido y había pocas personas en aquel sitio. Algunos hombres con gruesos abrigos y unas que otras mujeres que se aferraban a los robustos brazos de sus acompañantes, a veces a sus cinturas o algo más abajo. Y seguía contando. Trescientas doce aves y algunos peces saltando en algunos rincones del agua donde las aves no podían verlos.

Se fue caminando por una vereda llena de piedrecillas y restos de pasto que habían volado desde un jardín cercano. No fue sino hasta que estuvo muy cerca de un poste de luz cuando se dio cuenta que había un dibujo de pequeñas dimensiones pintado en el suelo. Algún artista nocturno lo habría dibujado recientemente ya que la pintura estaba bastante clara, limpia y brillaba alegremente bajo la luz combinada de aquel poste y de la luna.

Era el rostro de un hombre delgado, serio, de mirada misteriosa, de facciones rectangulares y apariencia introvertida. Parecía mirar con infinito embelesamiento hacia el oscuro espacio que se extendía sin fin encima de la cabeza de Shannon. Tal vez había amado las estrellas más que a nada. Había un nombre junto a él. Lovecraft. Y una cita breve pero desconcertante: “No está muerto lo que puede yacer eternamente; y con el paso de los extraños eones, incluso la Muerte puede morir.”

Corrió a averiguar quién era aquel personaje. Lo más seguro era que fuera algún escritor o pensador; en cualquier caso, tenía que tener algún libro escrito y ella deseaba comprarlo. No había libros de él en la primera librería, pero por lo menos se enteró que era un escritor norteamericano y que tenía varios libros con el terror como tema principal. En la segunda librería creyó que iba a correr la misma suerte. Tras largos minutos de espera, finalmente el encargado apareció con un libro en cuyo título se podía leer: “En las montañas de la locura.”

-Gracias. -Dijo ella, recibiendo el libro como si fuera su propio hijo que se lo entregaba el doctor después del parto. No pensaba de ninguna manera en tener hijos-. Lo he estado buscando por todos lados pero no había ni un libro de él, ¿me podrá creer? En fin, va a ser una buena lectura seguramente. Ah, si aparece otro libro de Lovecraft por acá no lo venda. Guárdelo, escóndalo o haga usted lo que quiera pero manténgalo alejado de otras manos que no sean las mías, ¿me entendió? -Shannon tenía el poder de desconcertar a las



personas con apenas pocas palabras. Entonces salió de la librería y esa noche se perdió caminando junto a muelles solitarios mientras viajaba al mismo tiempo sobre blancas y antiquísimas montañas inaccesibles. En el instante en el que Adam y Ryan miraban ensimismados la televisión, Shannon completaba un tercio del libro y seguía leyendo, determinada a no dejarlo hasta terminar.

## Debajo de la tierra.

Seguían mirando la televisión así como millones de personas alrededor del mundo. Ni siquiera oyeron cuando un cliente entró a la tienda y llamó a gritos al encargado para que le cobrara por una cajetilla de cigarrillos. Todavía había gente honrada en el mundo y esa persona dejó la cajetilla donde la había sacado y se fue. Molesta y profiriendo maldiciones pero se fue.

“En vivo.” Arriba de la pantalla. “Ruinas de Chaghcharān. Recorrido hacia la cámara del Arca.” Abajo en letras más grandes y coloridas. Habían dejado entrar a sólo un camarógrafo para que transmitiera en una señal única hacia todas las cadenas del planeta, el recorrido que hacían los arqueólogos y otros eruditos hacia el descubrimiento del siglo. Los financistas de la excavación eran organizaciones pequeñas del medio oriente, desconocidas incluso en sus propios países... al menos hasta que las nombraron en los informativos de todo el mundo. De dónde provenía tanto dinero, se preguntaban las cadenas de noticias ¿Por qué tanto interés en financiar la excavación y ahora en exhibir a todo el mundo el resultado de sus esfuerzos? Eran negocios humildes y ajenos completamente a temas arqueológicos. Lo más cercano a excavaciones se asociaba a una empresa odontológica iraní, que se especializaba en extracciones molares. Si bien, todo aquello resultaba misterioso, no había nada ilegal en el proceso. A nadie parecía interesarle otra cosa que no fuera la revelación del Arca de la Alianza. El Vaticano se agitaba de excitación mientras que los agnósticos replanteaban sus pensamientos a regañadientes.

-Esto parece algo irreal. -Dijo Ryan con cierto tono de madurez en sus palabras-. ¿No lo crees? A mí todavía me parece que esto es algo armado, una historia inventada para encubrir algo que está pasando en otro lado. Una cortina de humo. Tal vez para desviar nuestra atención sobre la crisis de los misiles nucleares en Corea del Norte o la revelación de los documentos en Wikileaks acerca del desarrollo de armas bacteriológicas en esos laboratorios al norte de Uganda. Toda esta inundación mediática me deja dudando. ¿A ti no?

-Me hace pensar. -Susurró Adam. Luego habló más claro-. Pienso lo mismo que tú. Digo, esto es demasiado. Es como si hubieran capturado al Sasquatch o como si un barco hubiera pescado al Kraken, o como si de pronto el Hombre

Polilla apareciera para entregarse a las autoridades. Te apuesto a que la mayoría piensa casi lo mismo que nosotros. Pero ¿por qué habrían de causar tanto revuelo con semejante noticia falsa? Es cierto que hay crisis graves y bastante inestabilidad en las políticas de varios gobiernos, pero no creo que alguien pueda llegar a tanto para inventar semejante historia y engañar al planeta entero. Por más que me resista a creer en la verosimilitud de esta noticia, en el fondo me parece que todo esto es real.

-De todas formas voy a esperar a ver el Arca hasta reformular de nuevo mis pensamientos. Me pregunto si así estaría la gente de enganchada en la televisión como cuando el hombre llegó a la Luna.

-Júralo. Así ha sido siempre la humanidad, ¿no? Siempre curiosa.

Presentaron al grupo de hombres que acompañaban a la única cámara autorizada a ingresar a las ruinas. En primer plano aparecía el Dr. Christopher Hancock, un excéntrico arqueólogo inglés de edad avanzada, cabello rubio teñido y gafas, quien estaba visiblemente emocionado y excitado por encaminarse con prontitud hacia donde se alojaba uno de los objetos más buscados de la humanidad. Él mismo presentó a las demás personas que lo acompañaban. Todos lucían nerviosos e impacientes así como las personas que los miraban a través de la pantalla. Un hombre alto, encorvado, con una gran dentadura y un bigote tupido fue presentado como Mohammad Barakzai Hashemi, segundo vicepresidente del gobierno afgano. Junto a él, se erguía Giovanni Vannutelli, arzobispo italiano que se encontraba presente en representación del Vaticano y de la Iglesia Católica. Además de ellos, había cuatro obreros que eran parte del equipo de excavación del Dr. Hancock; se les presentó con rapidez mientras los hombres miraban hacia la cámara con sonrisas tímidas y las manos cruzadas. Las palabras terminaron y las piernas comenzaron a moverse.

En primera fila se movían los obreros, iluminando el pasaje excavado en la tierra haciéndolo lucir como si estuviera bajo la luz del sol. No llevaban antorchas como esperaban Adam y Ryan que lo hicieran, sino unas potentes linternas que hacían visibles incluso algunos escorpiones camuflados en la tierra. Avanzaron rodeados de paredes irregulares de arcilla con tallados de líneas y figuras geométricas. A cada paso, se levantaba una nubecilla de polvo fina que se elevaba hasta el techo y volvía a descender con suavidad. Tuvieron

que avanzar con lentitud a pesar de la excitación para no transformar el ambiente en algo parecido al escenario de un concierto de metal. El ruido de las respiraciones se sobreponía al de las pisadas.

-Este corredor tiene una longitud aproximada de dieciocho metros. -Explicaba el Dr. Hancock de quien se veía sólo su nuca y su escasa cabellera rubia-. Puede que en sus pantallas no se pueda percibir la inclinación, pero estamos caminando por un pasillo descendente. No es muy pronunciada la inclinación, apenas son 7 grados. Lo que resulta interesante es... -Prosiguió con las descripciones físicas, geológicas y arquitectónicas del lugar que estaban recorriendo, añadiendo fechas relevantes en las que habían hecho ciertos hallazgos en aquel complejo que databa de hacía unos cuatrocientos años antes de Cristo (Se basaban en cálculos basados en corazonadas, aún sin sustento. Las pruebas con el C14 iban a tardar unos días en revelarse, aunque los encargados de la investigación estaban completamente seguros de que solo se confirmarían las fechas).

En la narración se dejó bastante claro que, en primer lugar, habían hecho excavaciones en las ruinas descubiertas a unos metros de donde se encontraban caminando en ese instante. Se encontraron vestigios persas que aportaron cierta información. Aunque si bien era interesante para la historia de las civilizaciones, no resultaba crucial para darle un giro de 180 grados a la concepción de la historia. Eso hasta hacía algunos días, cuando los escáneres de tierra habían revelado la imagen del Arca. No la habían encontrado antes ya que ésta estaba enterrada en un complejo laberíntico exclusivamente construido para ella sola. Una red de pasadizos separada del otro complejo arqueológico por varios metros y toneladas de tierra fina.

-¡Vamos que esto no es un documental! -Gritó Ryan buscando una barra de chocolates en su bolsillo pero encontrándolo vacío. Lo cambió por una bolsa de papas fritas que había a un costado. Adam también estaba desesperado aunque secretamente disfrutaba cada detalle de la travesía hacia el Arca.

Al finalizar el corredor, los hombres bajaron unos cinco escalones desgastados que conducían a una habitación amplia a la que el guía del recorrido denominó como una especie de antecámara. Era una simple cueva excavada en donde no había nada alrededor más que piedras, algunas raíces colgantes y uno que otro insecto rastrero. El Dr. Hancock detalló sus medidas

y pasó a explicar hacia dónde conducían las aberturas que se abrían al norte y al este de la habitación en relación al corredor. Aquella habitación con decorativos austeros no hizo más que aumentar el escepticismo de Adam y Ryan.

El anciano le narró a la cámara que la abertura de la derecha conducía hacia otro corredor aún más inclinado que el que habían recorrido al principio. Éste llevaba hacia otra cámara un poco más pequeña que la que estaban viendo en la pantalla y que ésta cámara también se encontraba vacía. Por el momento solo habían propuesto algunas teorías sobre saqueos en el pasado, pero eran teorías apresuradas que analizarían con mayor detalle en el futuro. Los obreros se apartaban con rapidez de la escena cuando la cámara los enfocaba y en una ocasión, la lente enfocó al Arzobispo Giovanni limpiándose la nariz con la manga de su túnica. La abundancia de polvo estaba cobrando su primera víctima.

Por otro lado, la entrada ubicada al norte de donde se encontraban entonces, conducía hacia otra cámara cuyas dimensiones eran de aproximadamente dieciséis metros cuadrados. Los hombres se dirigieron hacia ese lugar y se detuvieron allí mientras la cámara se encargaba de enfocar cada uno de los rincones de la estancia.

-En un principio, creímos que aquí terminaba todo, que la imagen que habíamos visto por medio de los escáneres, era un espejismo geológico. - Aseveró el Dr. Hancock mostrando su rostro hacia la cámara mientras hablaba. Un hilillo de líquido transparente se deslizaba por una de sus aberturas nasales. El anciano se asemejaba al presentador de una serie televisiva sobre temas desconcertantes. Una combinación sardónica de Rod Serling y William Shatner-. No fue sino gracias a la experiencia de mis anteriores excavaciones... -Ahora hablaba con cierta altivez-. ...que me percaté de una incongruencia en cuanto al tipo de roca que estaba asentada en la estructura de éstas paredes. Un detalle invisible para los ojos inexpertos, pero que una vez descubierto, me reveló la verdad de la situación: alguien, no se sabe cuántos años antes, había tapado una entrada que antes había en esa pared. Inmediatamente mis mejores hombres se pusieron a excavar hasta que encontraron la abertura hacia una nueva cámara. La cámara donde se encuentra el Arca, la cual pasaremos a visitar a continuación.

-Grábalo. -Exclamó Ryan torciendo las manos en un gesto de desesperación.

-¿Con qué?

-¿Tu celular no tiene cámara? El mío tiene pero no funciona.

-Yo ni siquiera tengo celular. Además, van a estar repitiendo las imágenes hasta que te canses. ¿Para qué diablos existe Youtube?

-Es que tiene que haber una grabación con nuestra perspectiva y nuestros comentarios.

-¿Cuáles comentarios? Lo único que sale de tu boca es el crujido de las papas fritas.

-Cierto. Pásame otra bolsa.

Se escuchaban los pasos apresurados de los hombres dentro de las ruinas. Pasos presurosos y luego silencio. El asombro había dominado a los que había entrado, solo faltaba que la imagen resplandeciente del Arca apareciera en la pantalla. Adam y Ryan habían estirado el cuello varios centímetros por delante del cuello de sus uniformes y se inclinaban más y más.

Diseñada y modelada por el mismo Dios, el Arca de la Alianza era expuesta por primera vez a los ojos de los hombres como un cofre tan resplandeciente que cegaba no sólo la vista, sino también los demás sentidos. Habían dejado de respirar, estaban paralizados, el proceso de salvación se había detenido, un silencio penetrante recorría el laberinto de sus oídos mientras los ojos de los hombres y de los millones que miraban la pantalla, contemplaban la gloria de una fe milenaria.

-No tenemos palabras... simplemente no las tenemos. -Anunció el Dr. Hancock visiblemente emocionado, hablando con un nudo en la garganta y sintiendo escalofríos en su cuerpo a pesar de haberla visto varias veces antes de hacer entrar a los hombres y a la humanidad entera hacia aquella cámara.

Alguien hablaba en un idioma desconocido. Era el arzobispo Giovanni, a quien no se le veía, pero al cual se le podía escuchar su acento italiano; aunque no hablaba precisamente en ese idioma. El camarógrafo (empleado contratado de la National Geographic) circulaba alrededor del Arca, flotando como una pluma y captando cada uno de los detalles de la reliquia presente.

Habían empezado a dar sus opiniones los reporteros del canal. Parecían haber perdido de pronto el arte de la locuacidad y las pocas palabras que pudieron decir, sólo mostraban una excitación estremecedora. No pudieron decir muchas cosas; el Dr. Hancock prosiguió con su narración, esta vez, comenzó a describir las características físicas del Arca hasta donde había podido medirlas en los pocos minutos que estuvo con el cofre dorado. No se puede decir precisamente que describió al Arca pues la velocidad de sus palabras parecía ir al ritmo de Bob Dylan en Subterranean Homesick Blues.

Lo que había en el centro de aquella cámara subterránea, elevado sobre un montículo plano de tierra, era lo siguiente: Un Arca dorada en forma rectangular. A simple vista, parecía estar construida enteramente de oro. Todo tenía el mismo resplandor, la misma textura, la misma majestuosidad. Sin embargo, el Dr. Hancock se encargó de aclarar que el Arca (el cofre y las varas que salían a los costados, sin contar con la cubierta del mismo) estaba hecha de madera recubierta con oro. Una vez más, no habían podido analizar el tipo de madera pero esperaban que se tratara de acacia, tal como estaba escrito en el libro del Éxodo.

A partir de cierto punto, el Dr. Hancock comenzó a leer los pasajes del Éxodo en donde se mencionaban las características exactas del Arca. No había nada más que hacer que leer cada versículo y comprobar que las similitudes no podían dar lugar a una falsificación. Ahora Bob Dylan se había transformado en Anthony Kiedis ejecutando Out in L.A.

Las medidas (largo, ancho y alto) fueron realizadas en vivo con una cinta métrica que incluía codos y centímetros. Medidas exactas. El revestimiento con oro en el exterior era innegable, sólo faltaba comprobar el interior. Los anillos estaban en cada uno de los cuatro lados del Arca, y las varas atravesaban los mismos tal y como se especificaba en las Sagradas Escrituras. El Dr. Hancock le pegó unos delicados golpes con un pequeño martillo al cuerpo del Arca y a su cubierta para diferenciar la composición del material con el que estaban hechos. Un comprobador de oro fue mostrado a la cámara para luego ejecutar la verificación de la tapa. Era oro puro aunque el aparato electrónico no pudo determinar el kilataje.

En la cubierta de la tapa, yacían de pie, aunque inclinados y con la cabeza hacia abajo, dos hermosos querubines con unas enormes alas de oro

extendidas sobre el Arca. Frente a frente con un gesto inexplicable en los rostros, extendían sus manos hacia el interior del Arca tal vez alabando el contenido de ésta o tratando de protegerlo.

-Todo ha sido comprobado salvo la pequeña línea del versículo once donde se indica que tiene que haber oro recubriendo el interior. -El Dr. Hancock terminó su lectura y puso su libro a un costado antes de acercarse al Arca y mirar hacia la cámara-. Creo que hablo por todos los aquí presentes y los que están en sus hogares al decir que es hora de comprobar el interior. -A miles de kilómetros de distancia, en una tranquila calle en el estado de Virginia, Adam y Ryan estaban pegados al televisor como si les estuvieran haciendo un examen de oftalmología.

Hubo unos cuantos segundos de silencio hasta que el Dr. Hancock les habló a los obreros en un idioma que seguramente ellos conocían. Los hombres se acomodaron alrededor del Arca, la cámara se acomodó en el mejor lugar posible y el representante del gobierno afgano y del Vaticano, se quedaron expectantes, lo más cerca que podían estar del cofre dorado. Tras unos segundos, los del noticiero tradujeron las palabras del Dr. Hancock al español. Era lo que estaba esperando todo el mundo: “Destapemos el Arca de una maldita vez.”



## Adentro del Arca. Tormenta

El ruido de las respiraciones se hacía cada vez más fuerte. A través de la pantalla se podían ver las venas que se ensanchaban en los robustos brazos de aquellos obreros afganos. Acostumbrados a realizar labores de carga, diestros en el levantamiento y transporte de grandes pesos, pero allí, tratando de levantar la maciza tapa de oro del Arca, parecían unos niños tratando de levantar un mueble para esconder debajo el jarrón de mamá que habían quebrado.

La tapa se movió y por un instante se pudo ver algo oscuro en su interior, pero eso fue justo cuando los hombres empezaban a cansarse. Se dieron un momento para reponer fuerzas e intentar de nuevo. El Dr. Hancock podía haberse sumado a los esfuerzos si no fuera por sus sesenta y nueve años y una hernia inguinal que cada vez se iba extendiendo más abajo. No tenía tiempo para intervenciones quirúrgicas y menos frente a tamaño descubrimiento. El arzobispo Vannutelli era apenas un par de años más joven que el Papa disidente y lo único que podía elevar en ese instante era un par de plegarias. El vicepresidente Barazkai no era musculoso pero sus dos brazos podían servir para reducir el peso y ayudar a los obreros. No tuvieron que pedirle ayuda, él mismo se ofreció con gusto y ansiedad.

Las palabras de ánimo del Dr. Hancock se oían como los gritos de los capitanes de los viejos barcos de esclavos romanos. Junto a él, el arzobispo Giovanni juntaba las manos mientras rezaba intensamente dentro de un silencio mental. Los cinco afganos empujaban con brío e insistencia, como si

estuvieran tratando de levantar la tapa de una tumba en la que estaban encerrados.

Tal vez ellos todavía no se habían dado cuenta, pero la inclusión del vicepresidente estaba dando sus frutos. El Dr. Hancock les indicaba con algarabía que la tapa se había levantado ya varios centímetros del cofre de madera, ahora había que moverla cuidadosamente y depositarla en el suelo junto a todo lo demás. No fue fácil, como todo lo relacionado al descubrimiento del Arca. Pero era el último esfuerzo que aquellos valientes hombres iban a tener que hacer para poner fin a cientos de años de incertidumbre. Dios lo perdonara, pero el arzobispo se dejaba tentar por la soberbia al saber que aquella transmisión televisiva significaba una gran inyección de vitalidad para la debilitada Iglesia Católica. Un golpe espantoso y una gigantesca nube de humo envolvieron la recámara.

La tapa descansaba por fin en el suelo. Nuevamente, el Dr. Hancock se dirigió a los obreros en su idioma mientras sacaba algo de su bolsillo que resultó ser un par de guantes quirúrgicos. Esta vez, los de la cadena de noticias tradujeron las palabras sin demora: “Amigos, las linternas por favor. ¡De prisa!”

Ya se podía ver el dorado que se adentraba hacia el interior del Arca, pero todavía no había una imagen clara del contenido de ésta. El arqueólogo se acercó y lo mismo hicieron los obreros con sus linternas en la mano. Pronto se les unió el arzobispo y el viceministro, y finalmente el camarógrafo completó el círculo de personas. Todos ellos, agrupados como médicos alrededor de la mesa de operaciones, contemplaron embelesados el contenido del Arca.

Adam y Ryan eran testigos de una blancura indescriptible, casi comparable a la que se obtenía cuando una cámara enfocaba directamente al sol. La pantalla se llenó de luz ya que la luminosidad intensa de las linternas rebotaba con locura dentro de las paredes doradas del interior del Arca. Los circuitos digitales de la cámara se esforzaba en hacer los ajustes necesarios para hacer visible el objeto que había dentro de la cámara y que, por el momento, sólo los obreros, el vicepresidente, el arqueólogo y el arzobispo podían ver.

La angustia estiraba los minutos. La imagen en los televisores se iba aclarando hasta el punto de hacerse visible de una vez por todas. Lo que había dentro del Arca era lo siguiente: Un rollo de papiro o tal vez pergamino, un libro en forma de rollo con siete cerraduras, resplandecientes como el interior del

cofre, que lo envolvían. Medía aproximadamente la mitad del espacio que ocupaba y parecía no haber envejecido con el paso del tiempo, pues el papiro se había conservado bastante bien y todavía mostraba una arenisca blanca.

-¡Me cago en la Hostia! No puede ser posible lo que estoy viendo. Que el diablo me lleve al infierno. No tienen ni la más mínima idea de lo que acabamos de encontrar. Ni la más mínima idea. -Chilló el Dr. Hancock mientras revisaba minuciosamente sus guantes, se pasaba la lengua por los labios y tragaba saliva con sabor a arcilla. Había una voz que no cesaba de repetir: “*Dio mio, Dio mio.*” Los demás permanecían silenciosos, como si alguien les hubiera quitado el habla. El arqueólogo estiró su mano y tomó el rollo con delicadeza, fue entonces cuando la transmisión en vivo se cortó subrepticamente.

Ryan se puso de pie levantando una nube de partículas de las papas fritas que había estado comiendo. La silla se inclinó peligrosamente hacia atrás y luego volvió hacia adelante mientras el muchacho agitaba los brazos. -¿Pero qué mierda pasa? -Le increpó a Adam desfogando su enojo con la única persona que tenía al alcance-. “¡Adam, prende la radio! ¡Llama por teléfono a la maldita CNN! ¡Haz algo, pero averigua por favor qué está pasando allá!”

Apareció la presentadora del noticiero explicando que había fallas de origen, probablemente la señal satelital se había cortado por la presencia de alguna tormenta de arena o algún otro factor climatológico. Estarían de vuelta “en breves instantes.” En los otros canales, la situación era la misma. Al ser una única cámara para todas las televisoras, no había nada que hacer. Ningún canal podía siquiera transmitir la señal de las cámaras que estaban afuera del complejo arqueológico. Era algún tipo de fenómeno que afectaba toda la zona de Chaghcharān, aunque no se tenían reportes de fenómenos meteorológicos en la zona. La excusa se extendía y solo se podía prometer una cosa: “Ampliaremos en breve.”

-Parece que eso va a ser todo por hoy. Apaga la tele y ponte a trabajar. -Dijo Adam, parándose y se sacudiéndose los restos de comida que tenía en su uniforme.

-¿Estás loco? Primero apagaría mi marcapasos (si lo tuviera) y luego apagaría la televisión. En cualquier... -El ruido de un trueno interrumpió las exageradas imprecaciones de Ryan.

-¿Se esperaba lluvia para hoy día? Preguntó Adam.

-¿Se esperaba una tormenta de arena para Afganistán? Vamos hombre, estas cosas pasan de improviso, no se pueden predecir, qué se yo. De repente son disparos. Ya sabes cómo es la gente que vive por acá. -Mientras hablaba se escucharon otros dos truenos.

-Esto parece más que una simple lluvia. -Un trueno, luego algo de silencio mientras los dos muchachos se ponían a escuchar con atención y luego se escucharon dos más antes de que Ryan sugiriera algo.

-Vamos a ver.

Afuera corría un viento helado y cortante que agitaba las hojas de un viejo árbol al costado de la tienda. El enorme árbol de la casa de la esquina, cruzando la pista, se movía como los pompones de las porristas.

-Mira eso. -Dijo Adam señalando hacia el árbol, ahogándose con el ventarrón que se le introducía salvajemente por la faringe-. Se mueve como si hubiera un huracán. Mierda, mi garganta.

-Pero que mierda pasa. Ni siquiera puedo hablar. -Exclamó Ryan. Los truenos seguían perturbando la paz de la noche. Allá arriba, la negrura del cielo se iluminaba con la persistente presencia de rayos que viajaban en todas las direcciones a una velocidad que sólo Einstein y los hippies podían concebir.

-Escucha. -Indicó Adam haciéndole señas a Ryan para que agudizara su audición y se fijara en algo. Otro par de truenos, pero todavía no había presencia de lluvia ni allí ni en la lejanía-. Allí está de nuevo.

-¿Qué cosa?

-Los truenos.

-Claro que los escucho. ¿Qué otra cosa voy a estar oyendo? -Ahora sonaban más cercanos, y los rayos se dividían en infinitas raíces como queriendo electrocutar a todas las nubes que vagaban en las alturas.

-Me lleva el diablo. ¿Estás oyendo eso? -Insistió Adam.

La música de la naturaleza retumbaba por toda la penumbra, absorbiendo el sonido del viento, los ladridos de algunos perros y el paso de un auto solitario. Ryan movía los ojos de un lado a otro, se percataba de aquel sonido

que Adam podía escuchar pero él no. Había algo en los truenos que era distinto. Sí. Ya lo percibía. Era algo hasta gracioso, podía ser una simple jugarreta creada por sus mentes. Tal vez no era nada, solo una simple autosugestión. De pronto Ryan también estaba oyendo lo mismo que Adam.

-Es como una voz. -Ryan habló con fuerza para hacerse oír encima del escándalo eléctrico y el viento perverso.

-No solo eso. Tu también lo escuchas, ¿no? -Ambos se miraban fijamente, sabiendo que si los dos escuchaban lo mismo, aquello no podía ser una invención de sus mentes.

-Suena como si alguien dijera: “Ven”. -El ruido de los truenos seguía llamando en la inmensidad del firmamento.

## Cabalgando con los rayos

-Ven. -Era como la voz de algún Titán que de pronto había logrado escapar de alguna forma del Tártaro. O tal vez era Zeus, que desesperado, llamaba a través de los truenos a sus huestes para una nueva Titanomaquia.

A Shannon le resultaba incómoda la bulla a su alrededor. La arrastraba de su concentración en el libro y a la vez la sumergía más en la historia que estaba leyendo. Había una tormenta en la Antártida y los campamentos habían perdido la comunicación. “Ven” seguía diciendo alguien con cuerdas vocales movidas por voltaje. Tal vez los hombres de la historia, los aventureros de la Antártida, perdidos en el misterio de la tormenta, pedían a gritos que los rescataran de algo desconocido y misterioso que acechaba desde la invisibilidad. Algo que no estaba muerto a pesar de yacer eternamente.

Más allá de la banca donde estaba sentada Shannon, había una pareja que había estado besándose lujuriosamente hace varios minutos. Tal vez habrían llegado a escenas más explícitas si no hiciera tanto frío y si no estuvieran frente a la incómoda presencia de una chica de trenzas negras.

Sus empalagosas muestras de cariño cesaron por insistencia de la chica. Al hombre no le hubiera importado que los truenos dijeran: “Oye tú, déjame besar a tu chica para que pruebe mis labios eléctricos.” La muchacha y el varón elevaron sus miradas hacia el cielo mientras permanecían abrazados en la banca. Ella se pegó hacia él para recibir algo de calor y tranquilidad. Él se pegó a ella para seguir sintiendo su cuerpo voluptuoso y palpitante. Los rayos se multiplicaban como un virus asesino dentro del torrente sanguíneo de una persona. Por aquí, por allá. Ni rastro de lluvia, sólo el viento helado, la luz y el estruendo. Aquella voz empezó a desconcertar al hombre pegado a la mujer.

Cuando sonó aquel último trueno, la tierra pareció temblar brevemente y el viento cambió de dirección en un abrir y cerrar de ojos. Sólo eso pudo arrastrar a Shannon de la concentración de su libro, pero no tenía tiempo para quedarse quieta y experimentar aquel fenómeno climatológico y geológico.

-¡Malditos truenos! ¡Por qué no se largan de aquí y dejan de joder! -Gritó Shannon mientras se ponía de pie y comenzaba a patear la banca en la que había estado acurrucada. Algunas astillas comenzaron a saltar y varios clavos

se aflojaron bajo el ataque continuo de aquel pie irritado envuelto en unas Converse negras.

La pareja había desviado la atención hacia la muchacha, pero no por mucho tiempo. En el cielo no había descanso ni tranquilidad. Los rayos se desmenuzaban en millones de direcciones, mientras la voz perdía fuerza. En un punto lejano del noroeste, aunque ni la pareja y menos aún Shannon tenían idea de que ese lugar era el noroeste, las nubes parecían absorber la energía de los rayos para iluminarse como gigantescos focos en la oscuridad de la noche.

-Dios mío, mira. -Dijo la chica golpeando a su pareja en el pecho y luego señalando hacia aquel lugar oscuro donde las nubes brillaban misteriosamente como nebulosas interestelares.

-Pero qué demonios. -Exclamó el hombre con los labios aún húmedos de aquellos intensos besuqueos y sintiendo todavía algunos hormigueos en la entrepierna. Solo bastó que abriera su boca apenas unos milímetros para que sus labios se secaran con asombrosa rapidez-. Rápido, saca tu celular.

-No quiero. -Ella se agazapó como un felino y escondió su cabeza en el tibio pecho de su pareja-. Grábalo tú si quieres, pero yo no quiero ver.

-Mierda. ¡Apártate! ¡Dame tu bolso! -Su mano tropezó con una bolsa llena de tampones, botellitas de pintura para las uñas, un par de entradas para un concierto de música indie que él le había regalado esa noche. Decenas de baratijas que sólo se encuentran en el bolso de las mujeres. Al fin, debajo de unos cupones de descuento para tiendas de ropa, encontró la cámara y la sacó con rapidez.

-Me lleva el diablo. Te has olvidado de cargarla.

-¿Cómo iba a saber que iba a pasar esto? ¡No grabes! No quiero que eso quede grabado en mi cámara.

-No seas idiota, luego lo borro. -Levantó la mano para enfocar mejor pero apenas se podía ver una luz borrosa en la pantalla digital de la cámara-. ¡Mierda, no se ve nada!

-¡Qué bueno!

Al hombre sólo le quedó contemplar con fascinación aquel enigma que, literalmente, cabalgaba sobre las nubes. Sabía que al día siguiente, o mejor

dicho, cuando amaneciera, aquella cosa en el cielo estaría en todos los noticieros del país y también del planeta. No, no tenía que esperar al día siguiente: en ese mismo instante ese fenómeno era tendencia mundial en todas las redes sociales y páginas web. Se preguntó si sería alguna escena armada por alguna agencia de publicidad para promover alguna marca. Las campañas virales estaban de moda, pero aquello era simplemente de otro mundo.

No era una simple ilusión el que una nube hubiera adoptado la forma de un hombre con corona montado sobre un caballo blanco y brioso. Los rayos les servían de alfombra mientras avanzaban sobre el planeta siguiendo algún camino inalcanzable y extraterrenal. Se podía escuchar los relinchos del caballo por medio de los truenos, los perros aullaban con desesperación en la lejanía y la chica recostada junto a su pareja suplicaba porque todo aquello pare de una vez. Pero el jinete en el caballo respondió a todas aquellas voces terrenales con una sola palabra: “Ven.”

El hombre junto a su chica inclinó la cabeza hacia atrás, siguiendo al caballo con la vista mientras cabalgaba por encima de él, hasta que ya no pudo forzar más las vértebras de su nuca. Al volverse hacia adelante, empezó a considerar la posibilidad de que estaba perdiendo la razón. Le aguardaría todavía una larga espera hasta el amanecer para ordenar sus pensamientos. Mientras tanto, creía haber visto correr frente a él a alguien con una casaca y pantalón jean. Alguien a quien un par de trenzas le bailaban por detrás de la cabeza.



11  
Convulsiones

Bastaron solo unos minutos para que el cielo le perteneciera de nuevo a la oscuridad absoluta. Antes de desvanecerse en la penumbra, el jinete alcanzó a lanzar un rayo de un arco que sacó de algo parecido a un estuche ubicado en su espalda. La mezcla entre luz y sombras, suficiente para causar ataques epilépticos en algunas personas, hacía ver detalles que eran pulidos por la mente de los que lo veían. El rayo voló como una flecha, adelantándose al camino que el jinete estaba recorriendo.

-Voy adentro. -Dijo Ryan antes de desaparecer dentro de la tienda. No era un ataque epiléptico, tal vez era uno de nervios. Adam podía sentir una leve corriente eléctrica que le descendía de la cabeza al centro de su estómago. Le dieron ganas de vomitar y necesitaba un baño urgente, pero también sabía que alguien se le había adelantado.

La televisión seguía transmitiendo las noticias. A su paso por la oficina, Ryan apagó el aparato sin prestarle atención a la reportera que transmitía vivo los

incidentes ocurridos en el cielo. Si es que se le podían llamar incidentes; según ella y un meteorólogo que hablaría luego por teléfono, solo se trataba de un complicado fenómeno atmosférico que sería explicado científicamente en breves minutos. Silencio por breves segundos. En el baño, Ryan abrió su boca para expulsar la materialización de su incertidumbre. Afuera de la tienda, Adam buscaba un arbusto cercano para seguirle los pasos a Ryan. No había ningún lugar dónde poder esconder la expulsión de su incomodidad. Por suerte, las ganas de vomitar se desvanecieron después de caminar por buen rato.

Fueron largos minutos de náuseas hasta que Ryan dejó de sentirse mareado. El aroma en el baño era intenso y tuvo que mantener por mucho tiempo su dedo en el rociador del spray ambientador. Cuando se miró al espejo, vio que sus ojos marrones estaban rojos y húmedos. Su rostro en el espejo se veía como una imagen sobre las aguas de un pantano. Se deformaba en miles de formas, ninguna de las cuales le agradaba en absoluto. Hasta su voluminosa papada le parecía repugnante. En ese instante juró nunca más comer chocolate o coger alguna de bolsa de chips. Nunca más en lo que le restara de vida.

Se lavó el rostro con agua del grifo y, recostándose sobre el lavabo, comenzó a inhalar y exhalar profundamente para recuperarse. Al volverse a ver en el espejo, creyó que ya se encontraba mejor. Sus abundantes cejas estaban despeinadas y erizadas. La cicatriz que cruzaba una de sus cejas (de cuando una vez alguien le golpeó en ese lugar con un bate de béisbol) se veía pálida y hasta parecía latir. Trató de sonreír mientras peinaba su corto cabello castaño. Terminó despeinándose en lugar de arreglarse. Al menos por dentro, ya se sentía mejor.

Junto a un árbol en el exterior, Adam miraba hacia el cielo. Ahora estaba negro como lo estuvo aquellos últimos días. Las escasas estrellas aparecían y desaparecían cada vez que las nubes se movían delante de ellas. Pero ninguna tenía la forma de un caballo con su jinete. Ya no había ninguna voz que llamaba, ni una sola raya luminosa, solo estrellas, nubes y un manto negro.

Respiraba lo menos posible y tragaba saliva a cada instante para evitar que regresaran las arcadas. De pronto, todo lo que pasaba frente a sus ojos tendía a desaparecer con rapidez: el jinete eléctrico, los truenos, las imágenes del Arca. *Shannon*. Estuvo pensando en la posibilidad de que ella estuviera

corriendo en las calles junto al jinete. Shannon tenía algún tipo de desviación mental y tal vez él también la tendría al amanecer si es que no dejaba de pensar en el jinete.

¿Trabajar hasta que terminara su turno a las siete de la mañana? No podía ni siquiera regresar a la tienda. Pensó que no podría pararse por largo tiempo mientras caminaba de regreso al 7-Eleven. Sin saber cómo, ya estaba de nuevo en el lugar en donde debía estar la mayor parte del tiempo: detrás de la caja registradora. Se sentó en una banca que había allí y puso a descansar sus codos en sus piernas mientras sus manos sostenían su cabeza.

Al cerrar los ojos, las imágenes del espectáculo estelar se repetían una y mil veces en su mente. “Ven.” Esa palabra rebotaba dentro de su cabeza como el juego Pong reproducido a la velocidad de la luz. No tenía ni siquiera idea de por qué se sentía tan mal. Ya había pasado. La vida seguía siendo la misma. ¿Cuál era el problema? Adam sabía por qué se sentía en shock. Las ideas en su imaginación encajaban a la perfección. Imaginaba que Ryan también había atado cabos. Todo estaba servido en bandeja. Esa visión tenía que estar relacionada al Arca.

Pensaba en ello seriamente. Veía al Dr. Hancock tocar aquel rollo con las siete cintas alrededor de él. Inmediatamente después se había cortado la comunicación no sólo con la cámara dentro del complejo arqueológico, sino con toda la ciudad donde sucedía aquel evento. Luego los truenos, la tormenta sin lluvia. Y por último aquel caballo. Cada cosa pasó después de la otra. ¿Qué podía significar todo aquello? Mucho pensar lo estaba volviendo obsesivo con aquella idea. Abrió los ojos y miró directamente hacia un cajón debajo del mostrador que estaba cerrado con llave. Dentro de él había una pistola que pertenecía al gerente de aquel 7-Eleven. *Debería sacarla por si las dudas.* En ese momento, Adam escuchó la puerta del baño. Se maldijo a sí mismo por preocuparse más por teorías que por su amigo. Entonces se puso de pie y se acercó a ver qué sucedía con él.

-Estoy algo mejor. Sólo ha sido una reacción por lo que vi. Así como cuando te dan ganas de estornudar cuando se te mete polvo a la nariz. -Ryan tenía el rostro húmedo y las gotas se deslizaban por los bordes para caer por su mentón.

-Creo que yo también necesito echarme algo de agua. -Dijo Adam quien tenía el rostro lívido. Ryan lo contemplaba como si estuviera viéndose al espejo. Adam también lucía desencajado. Era alto y delgado pero siempre había sido alguien saludable.

-Si fuera tú no entraría en el baño por un largo rato. Deja que se encarguen de él los del turno de la mañana. Mejor anda al baño de los clientes, yo me quedo en la tienda por si viene alguien.

-¿Crees que venga alguien?

-¿Después de lo que hemos visto? Puede que vengan por centenares. Ya sabes cómo es de supersticiosa la gente. Van a querer comprar de todo pensando que el mundo se va a terminar. No sé si sea algo bueno o algo malo, sólo digo que puede pasar y hay que estar preparados.

-Mejor cerramos todo y nos vamos.

-Estaba pensando en lo mismo... pero prefiero quedarme aquí hasta que amanezca.

-No me digas... que tienes miedo.

-Que te den por el culo roto.

Adam se quedó pensando en todo lo que había pasado. Tenía que dejar de pensar tanto para que no lo atacara una migraña. Era tan difícil tener la mente en blanco. Tal vez algo de agua lo despejaría. Entró en el baño y se aventó varios salpicones de agua en el rostro. Aún así, seguía pensando.

## Alteración masiva

El cambio de turno los cogió con una muchedumbre que entraba y salía de la tienda con rapidez. Comentaban, algunos preocupados, otros riendo, otros explicando diversas teorías. Alguien dijo que a lo mejor era una nueva nave creada por la URSS y que probablemente con eso ganarían la guerra fría. Luego preguntó si tenían pañales para adultos y al encontrar sólo una respuesta negativa, se fue soltando maldiciones por el camino.

Adam vivía a pocas calles del 7-Eleven. Tenía que ir de frente algunas cuadras, girar a la derecha y avanzar unas siete cuadras más, volver a girar a la izquierda y luego saltarse una cuadra. No tenía que usar carro, un gasto menos para el bolsillo; y sus zapatillas parecían resistir bastante bien las largas caminatas.

Dos autos (que merecen mencionarse) pasaron mientras caminaba hacia su apartamento. El primero era una camioneta de la policía que apenas posaba las llantas sobre el pavimento. Desapareció a lo lejos a una velocidad. El segundo auto era un taxi. El chofer, un hombre mestizo a quien no se le veía muy bien el rostro, se detuvo en una luz roja del semáforo y sacó la cabeza por la ventana para dedicarse a ver el cielo. Tenía tres pasajeros en la parte posterior y alguien adelante. Los de atrás tenían las ventanillas abiertas y también se asomaron para ver si se aparecía algún caballo en el cielo. Y aunque no vieron nada, de todas formas señalaban a las nubes con asombro. Sobre todo una niña morena que decía haber visto una nube con la forma de un gato. Un auto que estaba tras de ellos les tocó la bocina y el taxista recién se percató del cambio de luz.

A Adam le extrañó no ver a la señora Blake en el porche de su casa. Solo había habido dos ocasiones en las que ella estuvo ausente. La primera fue

cuando hubo una fuga de agua en el segundo piso, en un apartamento donde vivía un anciano con una joven mujer. Los plomeros madrugaron y Joyce estuvo encerrada con ellos hasta que todo estuvo arreglado. Aunque Adam imaginó que ella estaba más pendiente del plomero joven y simpático que de la fuga en sí. La segunda vez fue cuando ella enfermó de gripe y el doctor le recomendó guardar cama por algunos días. Sólo estuvo ausente por una mañana; al día siguiente ya estaba sentada en su mecedora con los ojos rojos y escupiendo bastante saliva con cada estornudo.

Se acercó a la casa mirando los arbustos de la entrada y los alrededores del vecindario, donde solo había un vecino podando su jardín. No había señales de Joyce por ningún lado. Adam vio que en la mecedora solo quedaba la manta blanca sobre la que siempre se sentaba ella. Miró a todos lados para estar seguro de que nadie lo veía y luego se acercó hacia la manta y la tocó. Estaba fría. En realidad estaba bastante fría. Con eso podía deducir que la señora Blake no se había sentado allí desde el día anterior, cuando ambos tomaron desayuno juntos por primera vez.

Adentro no había nadie. Al menos una cosa entre muchas volvía a ser rutinaria. Un ruido se escuchaba desde la puerta donde tenía su apartamento la señora Blake. Eran unas voces. Nadie visitaba a Joyce, no tenía amigas ni conocidas, ni en el barrio ni adentro de la casa. Decían que solía evitar a las personas y entablar largas conversaciones con ellas. Al menos con todas excepto con él.

Si alguno de los inquilinos lo encontraba con la oreja pegada a la puerta de Joyce, jamás le volverían a hablar por exhibir actitudes invasivas. Probablemente lo denunciarían junto a la señora por inducir a menores a la indecencia. Niñerías. La curiosidad ganó la batalla.

Solo se trataba de la televisión. Las voces eran de un par de reporteros que hablaban sobre los extraños fenómenos que habían ocurrido en horas de la madrugada. Tras unos segundos, se dio paso a un reportero que informaba en vivo desde Salem, Oregon, donde varias casas se habían incendiado debido a los múltiples rayos que cayeron desde unas nubes que tenían “la forma de un robusto caballo blanco con un jinete gigantesco y salvaje”, según contaban algunos testigos. Estaban mostrando grabaciones de los pobladores al mismo tiempo. Adam no tenía televisor y agradeció no tenerlo ya que seguramente lo

hubiera prendido al subir. No quería saber nada de nubes, ni caballos, ni rayos, ni centellas. Subió corriendo las escaleras con la única intención de envolverse entre sus mantas y dejar a un lado sus pensamientos.

A medio subir la escalera se encontró con el señor Morris que venía bajando a toda prisa. No había conversado mucho con él pero sabía que trabajaba como conductor de bus en turnos rotativos. Vivía con su mujer en el tercer piso, aunque oficialmente todavía no se habían casado. No les era necesaria esa formalidad, se amaban y no necesitaban tener unos documentos con firmas para que aquello fuera comprobado.

El señor Morris no le respondió el saludo a Adam. Ni siquiera lo vio. Bajó apresurado como si estuviera siendo perseguido por una jauría de lobos. Antes de pisar el último escalón solo atinó a gritar “¡Apúrate!” Y luego se hizo humo. Sin duda, la noticia del Arca y la tormenta estaba causando estragos por todos lados. Al menos en los lugares donde las personas hubieran visto un caballo eléctrico en el cielo, y eso parecía haber sucedido en más de un lugar. La teoría de un fenómeno atmosférico se iba deshaciendo como la reputación de los meteorólogos que la defendían.

Algunos segundos después de que Adam cerrara la puerta de su habitación, escuchó unos pasos apresurados que bajaban por la escalera. *Zapatos de mujer*. Se preguntó a dónde se iría esa pareja con tanta prisa. Si era cierto que el fenómeno de la tormenta del caballo había ocurrido en varios lugares, entonces daba lo mismo viajar a un lado o quedarse encerrado en otro.

Ahora el silencio se había vuelto un tirano y dominaba hasta el último rincón de la pequeña habitación del chico. Adam se acostó despreocupado y con más cansancio que nunca. Ya iban a salir las noticias en la televisión, los diarios y las redes anunciando que todo era una farsa. Aparecería en *hashtag* #findelmundo que se convertiría en tendencia mundial y luego aparecería otra cosa que se pondría de moda y la vida seguiría su curso repetitivo.

Mientras dormía, Adam era ignorante de la tormenta eléctrica con granizo que se desataba en Anchorage, Alaska. Los pobladores observaron enmudecidos cómo el caballo blanco cabalgaba sobre las sinuosas curvas de una aurora boreal. Los meteorólogos no tenían palabras para explicar la mezcla de la tormenta de rayos y granizo con la aurora boreal. La presencia del caballo les hizo dudar de la ciencia que habían estudiado y ya no veían con ojos

displicentes a los pseudocientíficos que proponían descabelladas teorías alienígenas. Y los miraron con más respeto cuando el caballo apareció relinchando algunas horas más tarde sobre las costas de toda la cadena de islas del archipiélago de Hawái.

Estaba todo oscuro cuando despertó. No faltaba mucho para el comienzo del



turno de madrugada y no había probado bocado alguno desde hacía varias horas. *Maldición*. Bajó por las escaleras con una manzana en la boca y un rostro hinchado como el de un gato vagabundo. A esa hora, el silencio era tan penetrante en toda la casa que poco faltaba para que le perforara la piel. Salvo el sonido de pasos en un piso superior, no se escuchaba otra cosa que el sigilo de Adam por querer escapar de allí sin que noten su presencia.

A diferencia de la mañana, no había ninguna voz en la habitación de Joyce. Adam se compadecía de ella. Solía ser bastante supersticiosa y todo el día viendo aquellas noticias tal vez le hubieran causado un trastorno mental. Al día siguiente, si es que la encontraba sentada en la mecedora, hablaría con ella y trataría de convencerla de que todo lo que había sucedido no era algo para alarmarse. Los días seguirían pasando, él seguiría viviendo allí normalmente y ella seguiría meciéndose en su silla por muchos años más. Tampoco quería causarle una impresión incorrecta. Ya había sido mucho con tocarle la mano por casualidad.

-Hola Adam. -Dijo Joyce apenas Adam puso un pie fuera de la casa. Lucía diferente en la oscuridad, meciéndose con lentitud en la silla y con una pequeña luz en su boca que despedía humo y olía a tabaco. *Con un demonio*.

-Señora Blake... Joyce. No esperaba encontrarla a estas horas aquí afuera con este frío que hace. -Por suerte podía poner la excusa de que se le hacía tarde para el trabajo si es que ella quería retenerle. Por otro lado, antes de irse quería saber qué es lo que pensaba ella sobre la tormenta del caballo.

-Sí, bueno. Como no pude salir en la mañana, quise salir un rato a esta hora. Sabes, me gustaba salir muy temprano porque podía mecerme y respirar el aire sin escuchar nada más que el viento y una que otra ave. Las noches solían ser lo mismo, con la diferencia de que no había aves. Pero ahora, fíjate: esa gente de al frente está metiendo desde hace buen tiempo todas sus maletas en el auto.

-Adam les echó una mirada. Un hombre, una señora y dos niños iban y venían como hormigas cargando una camioneta de una longitud generosa-. Parece que ya no van a volver a vivir ahí. No los culpo. Si me hubiera casado y tuviera hijos, tal vez yo también me estaría yendo.

-¿Por qué se iría?

-A veces cuando te mudas de hogar es porque no te gusta lo que ves en el lugar

donde vives. No quisiera seguir viviendo aquí con ese tipo de espectáculos en las noches. No sabría qué decirle a mi hija para tranquilizarla... si es que la tuviera.

-Pero si no ha pasado nada.

-Adam. Soy una mujer... algo mayor. Tengo los nervios destrozados. ¿Sabes que no fumo desde que tenía casi tu edad? Si no hubiera pasado nada, yo no estaría aquí sentada hablando contigo. Si no hubiera pasado nada, los Jackson no se estarían mudando de este vecindario en plena noche. Si no hubiera pasado nada, no habrían saqueado un Best Buy en Orlando esta mañana, ni un Walmart en Boston, ni dos almacenes en Montreal. ¿Sabes que hay más de trescientos muertos en una iglesia evangélica en Colombia? La gente en verdad pensó que se venía el día del juicio final. No sé si creerlo yo también o no. Mi abuelo solía decir: "No esperes que pase algo para hacer algo." Temo que algo pase, pero la verdad es que no sé qué hacer.

Joyce escondió su cabeza entre sus manos pero Adam no escuchó los gemidos que suelen acompañar al llanto. Tendría que correr para llegar temprano a la tienda. *Por un día no me van a despedir.* Quería darle algo de consuelo, pero también tenía temor de lo que pudiera pasar. No era momento para pensar en tonterías, era el momento de hacer algo. Algo parecido a lo que solía decir el abuelo de Joyce.

Se acomodó junto a ella, de rodillas. Tardó algo más en estirar su mano y ponerla en la espalda de ella. Estaba caliente, como si tuviera una fiebre abrasiva que la quemaba por dentro como una combustión interna.

-No te preocupes Joyce, no va a pasar nada. -Esas palabras no le parecían tuyas-. Y si hay algo que debes hacer, es entrar ahora mismo a tu cuarto y dormir hasta mañana. -Escuchó que la respiración de ella se entrecortaba, haciéndola saltar como si tuviera un ataque de hipo. El cigarrillo cayó al suelo en uno de esos saltos-. Ve adentro. Te acompaño.

La tomó de la mano e hizo un esfuerzo para ponerla de pie. Fue como tratar de levantar a una persona postrada en silla de ruedas. Estaba bastante débil, no sabía si de tanto ver noticias sobre caballos en la tormenta, su sistema inmunológico se había debilitado. Esperaba que para el día siguiente estuviera mejor. Al ingresar a la casa, comenzó a caminar mejor. Al menos era un rayo

de esperanza.

-¿Adam? -Dijo estando ella en la puerta de su habitación, a punto de entrar y despedirse.

-Dime Joyce.

-¿Te acuerdas de lo que dijo mi abuelo?

-Claro. No esperes que pase algo para hacer algo. -Iba a preguntar por qué, cuando Joyce se acercó hacia él con la rapidez de una muchacha que está en la plenitud de su juventud. Lo abrazó con fuerza y juntó sus labios con los de él por breves segundos mientras ambos se miraban con los ojos a apenas unos milímetros de distancia. Adam creyó escuchar los rugidos de una tormenta en el interior de su cerebro. Y si había un caballo, en aquel momento le estaba recorriendo la médula espinal con herraduras espinosas y resquebrajando todas sus conexiones nerviosas.

-Lo siento Adam. Lo siento. -Dijo ella separándose y cubriéndose la boca por algunos segundos-. Estas cosas sólo suceden cuando una siente que está cerca el fin. Tal vez no sea el fin. De todas formas quería hacer esto. Sólo espero que me perdones. Quizás esto sea sólo un sueño y mañana sólo yo me acuerde de esto. Dios, que vergüenza. Adiós, Adam.

Ella cerró la puerta y él no la escuchó más. Adam no era un muchacho al que las emociones le salieran a flote, era casi todo lo contrario de un hombre sensible, pero en ese instante allí parado, se sintió inundado por la lástima y la compasión. No creyó algún día sentirse tan conmovido de nuevo. Tal vez sí era el fin. O tal vez algún comienzo. Miró su reloj. *Mierda*. No iba a llegar temprano ni con un cohete en el culo.

## Turno nocturno. Reparación

Era tarde, pero la tienda no estaba para nada silenciosa ni aburrida. Pete, el muchacho que trabajaba en el anterior turno, les comentó a Adam y a Ryan que las personas no habían dejado de venir desde la mañana. Y si el lugar no estaba abarrotado era porque había supermercados más grandes en otros lados. Aunque, dadas las circunstancias, pronto empezarían a llegar personas como hormigas cuando los supermercados se vaciaran.

A la medianoche llegó el último grupo grande de personas. Un conjunto de siete muchachos y dos chicas que se encargaron de que el refrigerador que contenía las cervezas, luciera tal y como estaba al salir de la fábrica. Pagaron y se fueron entre risas, besos y arrumacos, caminando por la calle seguramente para aprovecharse de la situación. Fuera o no fuera el fin del mundo, las personas habían empezado a salir y a hacer muchas cosas. Si no era cierto, la habrían pasado muy bien; y si era cierto, pues qué más daba.

Tardó mucho en llegar el siguiente cliente, un hombre de unos setenta años, bien afeitado y con el escaso cabello que tenía alrededor de las orejas, pintado de un negro intenso. Entró a la tienda para botar un par de envolturas en la basura y para pedir orientación sobre una dirección. Adam no tenía la menor idea de dónde quedaba aquel lugar que el anciano le indicaba. Ryan tampoco tuvo suerte y el anciano se fue cabizbajo, como si no le importara si llegaba a esa dirección o si se perdía en medio del camino.

-¿Aún nada? -Preguntó Adam al ver que Ryan se acercaba a la caja.

-Si te refieres a mis molestias estomacales, pues no. Puedes usar el baño si tienes ganas. Si te refieres a las noticias, no hay nada interesante. Sólo las mismas imágenes que ya conoces. Sólo hace un rato, la Estación Espacial mandó unas fotos que capturó del lugar en Afganistán donde encontraron el Arca. Parece que han quedado atrapados en una tormenta de arena bastante fea. Es como si se los hubiera tragado la arena. Por aire no se puede ir y por tierra, dicen que el viaje hasta ese lugar dura un par de días y puede que más con la tormenta.

-Hay tormentas por todos lados.

-Tormentas con caballos, tormentas con arena, tormenta en la bolsa de valores por la incertidumbre y el pánico, tormenta en las comunidades, tormenta en mi cabeza, hasta tormenta en mi estómago. No debí comer tantas cosas en el almuerzo. -Puso su mano en su estómago mientras destapaba una botella de purgante y tomaba un par de sorbos.

-Ya no pareces tan emocionado con el misterio del Arca.

-Al diablo con el Arca. Yo sólo quiero que esta desesperación por comprar se traduzca en un buen aumento de sueldo o un ascenso.

-Lo único que va a aumentar es nuestro trabajo y a donde vamos a subir es al techo si es que aparece otra de esas tormentas y las personas vienen aquí a saquear la tienda.

-Cállate por favor. Al menos ya no estás sin hacer nada. -Ryan dio media vuelta y se comenzó a alejar con rapidez mientras agregaba unas últimas palabras-. En cuanto a mí, voy a estar ocupado un buen rato desocupando ciertas molestias. No estoy para nadie. ¡Diablos! -Cerró la puerta del baño con fuerza y su voz fue lo último que se oyó hasta que varios minutos después,

cuando faltaban siete minutos para la una, Shannon entró por la puerta de la tienda gritando y con una herida cerca del ojo izquierdo. Se trajo abajo varios productos de los anaqueles mientras daba la vuelta y se escondía detrás del mostrador, junto con Adam. Tras de ella, entraron dos hombres. Uno de ellos tenía un palo de hockey en una mano. El otro estaba allí parado mirando la escena, con las cejas apuntando hacia abajo como los pulgares del Cesar.

16

Dos hombres y ella  
(Un tiempo atrás)

-Mira lo que tenemos aquí. -Dijo Sean. Él era un chico que tenía un palo de hockey y dos aretes en las cejas. Era de la estatura de Shannon al igual que su compañero, Kevin. Cortados con la misma tijera en cuerpo y alma-. ¡Cállate zorra, ni una palabra!

Habían venido golpeando una lata de cerveza con el palo de hockey desde hacía algunas cuerdas. El resto de latas que encontraron, habían salido volando en varias direcciones y algunas, perdidas para siempre, se

degradarían cuando Júpiter le hubiera dado otra vuelta completa al Sol. En el camino se habían encontrado a Shannon.

-La única zorra aquí es la que tuvo la cobardía de darte a luz. Vete por donde viniste y haz con tu amigo lo que quieras hacer conmigo. Puede que te guste. - Había una impasibilidad que no era natural en las demás personas, pero sí en Shannon, que la resguardaba de caer en la ansiedad. Ya no podía tragarse sus palabras, de todas formas no lo hubiera hecho. Pero para Shannon, el momento de hablar había terminado. Aquel infeliz se lanzaba al contraataque.

Sean respondió tan rápido como ella lo había hecho. No iba a perder el tiempo pensando en una respuesta inteligente que le levantara el orgullo nuevamente. Con mujeres así sólo se reaccionaba de una forma: a la fuerza.

La ebriedad no se había tragado toda su velocidad de reacción. Convirtió su mano en un puño y sólo pensó en golpear tan fuerte como si estuviera en un juego para medir la fuerza. Necesitaba tomar un pequeño impulso hacia atrás para ir hacia adelante con una fuerza mayor. Las lecciones de física no se le habían ido de la cabeza; tenía las fórmulas apareciendo en su cabeza. El rostro de Newton, quien tenía los ojos rojos y entrecerrados apareció después mientras le gritaba: “Aplica mayor fuerza a la masa de tu puño para obtener mayor aceleración para matar a la zorra. ¡Fuerza, marica!”

A Shannon su cerebro le informaba que había peligro. Las alarmas en su sistema nervioso se volvieron locas al percibir el acercamiento de un puño enorme con una fuerza más grande todavía. Shannon apenas pudo moverse para atrás, a pesar de haber visto que Sean tomaba impulso para el puño. El golpe le cayó a un costado del ojo izquierdo, por encima del pómulos, y fue como si por un momento su cerebro se hubiera desconectado y luego todo empezara a reiniciarse. Los programas de arranque volvían a funcionar en el cerebro de Shannon a la velocidad de los rayos en una tormenta eléctrica.

Sonó como si las olas del mar se hubieran introducido en sus oídos y chocaran una y otra vez contra las paredes del oído interno. Trataba de reajustar el enfoque de su visión, pero a la vez sabía que tenía que hacer algo antes de esperar un nuevo golpe. Ese tipo no iba a decirle: “Perdón hija mía, no fue mi intención, te suplico que me perdones y le des paz a mi alma.” La iban a violar y tal vez a matar en aquel lugar donde no había nadie más que ellos.



Fingió llorar. Al menos les hizo dudar un poco a los hombres antes de intentar algo más con ella. El llanto les parecía suficiente, era una chica débil y no tenía los medios ni la voluntad para defenderse. Además, ellos no querían matarla, sólo pretendían disfrutar de ella. Sean se dio cuenta que aquello fue una actuación cuando empezó a sentir un dolor indescriptible en los testículos que le hizo perder la sensibilidad de sus extremidades inferiores. Se oyó a sí mismo gritando como una mujer en la sala de partos. Tras sentir que había quebrado un par de cascarones con la patada en la ingle, Shannon emprendió la carrera en la dirección opuesta a donde estaban ellos. Recién allí comenzó a sentir las palpitations y el dolor en su rostro.

Kevin no sabía si perseguir a la chica o tratar de levantar a su compañero que se retorció en el suelo, dando vueltas y vueltas, rechinando los dientes y gritando maldiciones para mitigar el dolor.

-¡Suéltame! -Le gritaba a Kevin cada vez que éste lo tocaba. Sentía un hormigueo en las piernas y el dolor se iba esparciendo por todo su cuerpo. Pero el tipo era un psicópata y el instinto asesino palpitaba con más fuerza. ¡Ayúdame a pararme! Vamos tras ella.

Los primeros pasos se sintieron como tratar de caminar sobre carbones ardientes. Sólo una prueba para probar su hombría. Kevin llevaba el palo de hockey ahora. Tras andar varios pasos más y comprobar que el dolor era solo un producto de su imaginación, ambos echaron a correr detrás de Shannon. La vieron a lo lejos mientras daba la vuelta en una esquina, pero ellos eran más rápidos y la ira y la adrenalina les regalaban algo más de velocidad.

A una distancia considerable delante de ellos, Shannon miraba para atrás al tiempo que sus trenzas golpeaban como látigos el respaldar de su casaca. No estaba preparada para correr largas distancias, todavía no. Si seguía así la iban a atrapar dentro de muy poco y ésta vez ya no podría correr nunca más. Pensaba en la forma de eludir a sus perseguidores cuando a lo lejos vio un número 7 iluminado. Debajo había una palabra que comenzaba con “Ele”, el resto lo tapaban las ramas de un árbol frondoso que había en una esquina. *Adam, maldito bastardo. Más te vale que estés en la tienda.*

Ahora era cuando Adam sentía envidia de la corpulencia de Ryan. Era cuestión de orgullo: no iba a ponerse a gritar pidiendo auxilio o a correr en dirección al baño, iba a tener que resolver la situación él mismo. No era por él, era por ella que permanecía agachada bajo el mostrador tratando de contener su hiperventilación. Adiós a las noches de no hacer nada; era hora de ponerse manos a la obra.

Con solo sacar la pistola del cajón y mostrársela a los tipos, hubiera bastado para que desistieran y se fueran por donde vinieron. Pero el cajón estaba cerrado con llave y no había forma de abrirlo. Cada segundo representaba un paso más hacia la conquista o hacia la perdición. Adam vio que sólo tenía una escoba de plástico a la mano con la que les podía hacer frente. No se piensa, sólo se actúa.

Antes de saltar sobre el mostrador, les aventó varias botellas de Red Bull que tenía cerca de él. No sería musculoso, pero tenía la fuerza suficiente para hacer que algunas latas estallaran sobre el cuerpo de los tipos. Cuando ellos se escondieron detrás de un estante Adam pegó el brinco de su vida.

Ellos empezaron a lanzarle botellas de agua y envases de vidrio de productos en conserva, pero Adam las esquivaba como podía. Y aún cuando una botella le golpeó en el hombro con fuerza, ni siquiera entonces se hizo para atrás, sólo siguió avanzando con vehemencia hasta que Sean y Kevin se dieron cuenta de que no harían retroceder al chico. Entonces decidieron hacer lo mismo que él: arremeter para un enfrentamiento cuerpo a cuerpo.

El calor de la pelea les había devuelto a Sean y a Kevin parte de sus debilitados sentidos de orientación. Sean pudo detener a tiempo el palo de escoba que Adam hacía descender sobre él como un hacha sobre la leña. El palo de hockey tembló junto con los brazos de los dos combatientes. Adam aprovechó la postura de su oponente para asestarle una patada en el vientre y aventarlo contra los productos en el estante que había ordenado al llegar. El palo de hockey le rebotó en el pómulo mientras caía sobre meses de comida

para un vagabundo. Mientras tanto, Kevin se hacía a un lado para dejar a su suerte a Sean y estiró su mano para arrebatarse el palo a Adam.

Nadie había en las cercanías que interviniera en la lucha. Kevin era una cabeza más bajo que Adam, pero siete años levantando pesas no habían sido en vano. El tipo sacudió a Adam como un perro policía mordiendo a un ladrón, y luego de arrebatarse el palo, le propinó un puñete que pasó rozándole la clavícula. La inercia condujo a Adam hacia el costado derecho, haciendo que tumbara más productos mientras trataba de sostenerse de algo para no caer.

Kevin tenía los ojos inyectados de sangre, respiraba por la nariz y por la boca como un perro rabioso mientras se le acercaba a Adam. Eran como dos cavernícolas luchando por el liderazgo de la tribu. La escoba no tenía la apariencia de causar daño, pero la mirada de Kevin y los brazos de éste, hacían que cualquier cosa en sus manos tuviera una eficacia letal.

Estaba a punto de quebrar algún hueso a Adam cuando éste se agachó y estiró la pierna para hacer tropezar a su atacante. *Un segundo más y luego hubiera estado dando patadas sobre una mesa de operaciones*, pensó Adam. Kevin cayó y Adam saltó sobre el pecho del enemigo, inmovilizando sus brazos con sus piernas y colocando sus manos alrededor de su cuello. No pensaba. Quería asesinarlo.

Unos segundos de opresión hubieran bastado para debilitar a Kevin hasta dejarlo fuera de combate. Adam estaba fuera de sí, concentrado sólo en el rostro del muchacho que tenía bajo de él, bajo su dominio. Ahora ya no era sólo por Shannon, era por él también y por todas las personas que no podían defenderse. Estaba decidido a no sacar sus manos de su cuello hasta comprobar que no podía moverse más. No escuchaba nada más que una voz dentro de sí que le decía que apriete y apriete hasta que no pueda más. *Asesínalo*. Fue por eso que no escuchó los pasos que se acercaban con rapidez tras de él.

En un suspiro, la imagen del rostro de Kevin cambió de color como al del negativo de una foto y luego todo se volvió negro. Creyó oír el ruido de cristales que invadían el mundo. Algo así debían de haber escuchado los judíos aquella maldita noche de los cristales rotos. Nunca había caído inconsciente, pero siempre había una primera vez para todo.

Sean se había recuperado rápidamente de la patada de Adam, la cual fue fuerte, pero después de la patada de Shannon en sus testículos, ya no lo era tanto. Al ver que Kevin mantenía “ocupado” al muchacho, Sean se dio cuenta de que había una jarra de café cerca de donde estaba él. No lo dudó un segundo y esperó el momento indicado para romperla en la cabeza del chico.

-Vamos Kevin, levántate. -Dijo Sean arrodillándose junto a su compañero y dándole algunas palmadas en la cara. Había empujado el cuerpo de Adam a un costado. Destapó una botella de agua que tenía cerca y se la echó en la cara esperando que reaccionara. Kevin parecía estar sumido en un proceso de hibernación y sus ojos apenas podían mantenerse abiertos.

-Hey. -Dijo alguien detrás de Sean. Allí estaba parada Shannon. Sostenía una botella larga y brillante en la mano. Un instante después ella apretó el rociador en todo el rostro de Sean. El chico tenía los ojos abiertos cuando el líquido penetró en sus globos oculares. Lo peor era que no había perdido la consciencia, estaba plenamente consciente de lo que sucedía, y lo que sucedía le dolía infinitas veces más que aquella patada en su entrepierna.

-Agradece que no tengo un encendedor maldito bastardo. -Agregó Shannon mientras seguía rociando con ambientador la cabeza de Sean. Había encontrado la lata mientras se arrastraba por el suelo, buscando algo con lo que ayudar a Adam. Eran ciertas sus palabras, Sean tuvo suerte de que ella no tuviera un encendedor. Lo hubiera usado sin vacilación.

En la calle se oyó el ruido de unas sirenas que pasaban velozmente. Fueron varias las que se escucharon. Era una emergencia policíaca mayúscula o eran los bomberos rumbo a un incendio en progreso. *Paren aquí desgraciados,* pensó Shannon. *¡Tenemos un herido que tienen que recoger!*

Le tocaba a ella experimentar la negrura de la inconsciencia. Fue una desconexión más rápida que la sufrida por Adam. El golpe que le asestó Kevin en la nuca con el palo de hockey actuó como un interruptor que apagó cada uno de los sistemas que mantenían a Shannon despierta. Ella cayó de espaldas sobre una orgía de Milky Ways, Snickers y M&Ms. Su cabeza rebotó contra el suelo pero no brotó sangre, como esperaba Kevin. A unos pasos de él, Sean gritaba pidiendo ayuda, se desesperaba y agitaba los brazos como un alma condenada en el infierno.

Antes que Kevin se adelantara para ayudar a su amigo, una voz irritada se escuchó saliendo de la habitación trasera-. Con un demonio, ¿qué pasa aquí? - Los casi dos metros de Ryan ensombrecieron los ojos de Kevin y hubieran hecho lo mismo con los de Sean si hubiera podido ver. No había nada que hacer contra él, Kevin lo sabía apenas lo vio. Sólo le quedaba agarrar a Sean y huir como pudiera de la tienda. Que el cielo lo perdonara, pero si Sean no lo dejaba avanzar, lo dejaría tirado en el suelo. Salieron como pudieron y se arrastraron por la negrura de la calle.

Ryan se quedó mirando estupefacto los cuerpos inconscientes de Adam y Shannon y el caos de golosinas que había tirado en el suelo-. Hijos de perra. - Dijo con la voz apenas audible. Sus puños eran los que iban a gritar. Los dejaría incapaces de moverse y recién después se encargaría de llamar al 911. Ryan no tenía idea de que las líneas de emergencia estaban saturadas de llamadas.

Salió por la puerta, donde se encontró a Sean tirado en el suelo, gimiendo de dolor restregándose los ojos hasta con las uñas. Kevin estaba parado junto a Sean mirando hacia algo en el cielo. Tenía un extraño resplandor rojo que iluminaba su cuerpo y no sólo a él, sino también a toda la zona de parqueo y a todas las casas alrededor. Había gente en las calles. Tanta gente como en el día. Sirenas de patrullas, ladridos y aullidos de perros se escuchaban en la desconocida distancia. Entonces Ryan miró hacia arriba y deseó no haberlo hecho.

## 18 Violencia

Noticia publicada por el semanario *West Seattle Herald* de Seattle, Washington, el día 26 de enero del año 2000:

### NOCHE DE CRIMEN EN WASHINGTON PARK

La noche del 22 de enero, se produjo una serie de disparos que alteraron la tranquilidad de la calle Prospect. Eran aproximadamente las ocho de la noche cuando se oyó un disparo, luego otro y después un tercero, después no se tuvo ninguna información al respecto hasta las nueve de la noche, según relata un

vecino. La policía llegó unos diez minutos luego de los disparos disponiéndose inmediatamente a realizar las investigaciones. Tras breves segundos de interrogación, la policía fue notificada de que los disparos se habían efectuado al interior del 749 de la calle Prospect, hogar de una familia conformada por un niño y sus respectivos padres. Al dirigirse a la zona de los incidentes, la policía se percató de un ruido que provenía del interior de la casa y que fue identificado como el llanto de un niño.

El pequeño, cuyo nombre se mantiene en reserva, fue encontrado en la sala de la casa, junto al cadáver de su madre y su padre. El pequeño tiene 7 años y fue trasladado al Seattle's Children Hospital donde permanece internado hasta el momento. Su madre, Ann Parker de 31 años, trabajaba como empleada en un supermercado de la zona, según informa una vecina. El padre, Edward Parker de 35, era obrero de construcción y tenía antecedentes de violencia doméstica.

Las investigaciones siguen en desarrollo pero se presume que Edward Parker habría disparado a su esposa, luego a su hijo (que por algún motivo sobrevivió) y luego habría tomado la decisión de suicidarse. El Seattle's Children Hospital se encargará del tratamiento físico y psicológico del pequeño.

Un rostro borroso rodeado de un fondo oscuro y serpenteante fue lo primero que observó Shannon al abrir los ojos. Su inconsciencia había durado poco

más de un par de minutos, aunque para ella fue como estar dormida una eternidad. *No está muerto lo que puede yacer eternamente; y con el paso de los extraños eones, incluso la Muerte puede morir.* Sin duda tenían que haber pasado muchos extraños eones, más de los necesarios para que la Muerte pueda morir.

Sin recuperarse aún, sentía que la arrastraban por el suelo. Pequeños bultos que hacían ruidos plásticos pasaban debajo de su espalda a medida que avanzaba. No sabía si lo hacía de manera rápida o lenta. No había recuerdos que le vinieran a la mente de momento, lo único en lo que estaba concentrada era en la contemplación de las extrañas formas que la rodeaban y en los cientos de ruidos que aparecían y desaparecían en alguna distancia desconocida. O tal vez que ella conocía pero que no se acordaba.

Adam arrastró a Shannon hacia el cuarto de atrás, donde debía de estar Ryan, pero en su lugar solo había un vacío enorme. La puerta del baño estaba abierta y de allá adentro provenía un aroma nauseabundo que se intensificaba aún más debido a las conmociones que habían sufrido ambos, Shannon en mayor medida que Adam. Él se acercó a la puerta y la cerró a tientas. La tienda entera estaba sumida en un apagón, aunque Adam había visto que grandes luces iluminaban la calle.

Un fino hilo de sangre manchaba el cuello de la camisa de Adam. A la mano tenía unas botellas de agua con las que se lavó, o creyó lavarse en la oscuridad, luego se quedó junto al cuerpo de Shannon que aún no se recuperaba del todo. Mientras tanto, presionaba la herida en su nuca para detener la hemorragia. Lo que no podía detener y comprender todavía, era lo que había sucedido en la tienda y por qué se escuchaban tantos ruidos en la calle.

La oscuridad fue agradable para los debilitados ojos de Shannon. Su visión se fue recuperando lentamente pero sin pausas. Ahora podía sentir una mano tibia sobre la suya y también empezaba a experimentar un dolor intenso en la parte posterior de su cabeza.

-Shannon, ¿estás bien? -Esa voz le parecía demasiado familiar y aunque no podía recordar a su dueño, tenía la impresión de que sea quien sea, era una persona en la que podía confiar. Pero no podía hablar todavía.

Adam se puso de pie y divisó el teléfono gracias a una luz danzante que se filtraba desde el exterior. La línea estaba muerta-. Espérame un rato aquí Shannon. No trates de levantarte ni de hacer ningún movimiento. Ya vuelvo. - En una silla estaba colgado el abrigo de Ryan. Lo acomodó debajo de la cabeza de Shannon y salió para darle más luz a sus recuerdos.

Sabía que se había enfrentado a dos sujetos que trataban de hacerle daño a Shannon aunque no sabía el motivo. Recordaba parte de la pelea que había tenido con los dos y cómo estaba a punto de asfixiar al chico que tenía bajo sus manos. Recordaba sus ojos rojos claramente y el rubor que se iba acumulando en su rostro. Luego algo había pasado que había detenido sus recuerdos. Todo daba un salto hasta que despertó con la tienda casi a oscuras y el cuerpo tendido de Shannon frente a él. Creyó que había fuego iluminando la calle. ¿Seguía inconsciente?

El caos en la tienda era imposible de arreglar para las pocas horas que le quedaban de turno. ¿A quién le importaba arreglar?! Había demasiadas cosas regadas en el suelo, vidrios rotos, pero lo más extraño era que estaban iluminados con una débil luz rojiza. *¿Acaso eso suena como...?* Un estruendo en el exterior avivó las memorias de la noche anterior. Había algo que sonaba como el desproporcionado relincho de un caballo.

Con cierta dificultad, Adam se precipitó hacia el exterior de la tienda, en donde la revelación de lo desconocido se haría visible. Antes de salir, comenzó a percibir el característico aroma del humo. Intenso, hasta delicioso por algún momento, flotaba sin poder decirse de dónde provenía. Sólo estaba presente en el ambiente.

Allá afuera, Adam se encontró con el cuerpo de un muchacho al que no pudo reconocer al estar éste de espaldas, tendido en el suelo, pero cuando se acercó a darle la vuelta, recordó que hace no mucho, le había propinado a este una patada en el estómago. No había nada que ese muchacho pudiera hacer para enfrentarse de nuevo a Adam. No había vida en sus ojos ni en su cuerpo.

A lo lejos se escuchó una explosión ensordecedora que trajo consigo un viento helado y escalofriante. Fue una onda expansiva que sacudió los cristales de la tienda, las ramas de los árboles y también los pliegues y hendiduras de la ropa del muerto. Crecía una bola de fuego en la distancia que parecía querer elevarse hacia las estrellas. Interminables chillidos de sirenas parecía



provenir desde los cuatro puntos cardinales, y un griterío humano se deslizaba sobre la noche llevando consigo nada más que la desgracia.

No había en las cercanías nadie a quién recurrir. Ocasionalmente un grito cercano desgarraba la noche, seguido de un silencio perturbador y luego todo se volvía a repetir. El frío que sentía Adam en los brazos y que se filtraba hacia su pecho, era soportable en comparación al desconcierto que repiqueteaba dentro de su cabeza. No tenía idea de cómo podía haber surgido tanta alteración en los alrededores en apenas un par de minutos, porque eso era el tiempo que había pasado entre su desmayo y su despertar. O tal vez no. Ya no sabía qué pensar.

Dejó el cuerpo de Sean y se dirigía hacia la tienda cuando el ruido de un motor que se acercaba le llamó la atención. Venía desde la calle, al lado opuesto donde estaba la tienda, se escuchaba un raspado de las llantas sobre el asfalto. Hasta se podía sentir la presión que el conductor ejercía sobre el acelerador, una presión dominada por la desesperación o tal vez la locura. Las luces frontales del coche pudieron verse iluminando la acera.

Apareciendo como un fantasma, sobre aquella pista a la que no se le habían hecho reparaciones en largo tiempo, un auto pequeño se desviaba, a una velocidad demencial, hacia la tienda en donde Adam trabajaba desde hacía unos meses haciendo prácticamente nada.

El shock primero paraliza el cuerpo, lo mantiene atado, encadenado y prisionero de sus emociones, esperando el despertar de la adrenalina que estallará devolviéndole al organismo, nuevamente la oportunidad de ejercer su voluntad. Adam estaba allí parado, inerte como en sus noches de vigilia en la tienda. Como aquella vez en una fiesta de niños, cuando estuvo parado toda la noche con el temor de ser rechazado si le pedía bailar a cualquiera de las niñas presentes.

El auto le bailaba con la melodía de la muerte. Era una melodía dulce y cautivadora como el canto de una sirena. Ya había pasado mucho tiempo dominado por la parálisis y la adrenalina había empezado a fluir con rapidez dentro de Adam. Mientras se daba la vuelta y saltaba hacia un costado, mientras el auto se lanzaba a la ofensiva contra los cristales de la tienda, mientras los gritos del conductor resonaban dentro del auto, Adam se quedó con dos visiones flotando como nubes dentro de su cabeza. Había fuego en el

cartel de 7-Eleven. Parecía que se iba a extender por todo el techo si éste ya no había caído con el impacto del auto.

Podían ser muchas cosas, tal vez sólo un bulto, tal vez una bolsa, cualquier cosa que se le pudiera ocurrir a uno. Pero había algo sobre el capó del auto (cuando éste se precipitó contra la tienda) que se asemejaba demasiado a una persona tratando de romper el parabrisas.

## 20

### La llegada del jinete

Antes que Adam despertara, un par de figuras abatidas se desplazaban por la calle. Una vez más, Ryan sintió deseos de abrir su boca y dejar salir por allí lo que sea que hubiera en su estómago y pulmones. Aunque por un momento pensó que no saldría nada después de estar tanto tiempo en el baño. Sin embargo, las náuseas estuvieron presentes cada segundo desde que levantó su vista al cielo. Se hallaba a cierta distancia del 7 Eleven aunque no sabía cómo había llegado allí.

Allí estaba de nuevo aquel estampido que parecía brotar del mismo vacío del oscuro espacio. “Ven.” Decía con la voz de un terremoto despedazando la Tierra. “Ven.” Llamaba la penumbra, variando su voz y haciéndola cada vez más profunda y antinatural. “Ven.” Insistió mientras el cielo de la madrugada aparecía como un magnífico atardecer. Rojo, intenso y abrasador. Las llamas del sol se habían trasladado a la tierra y se agitaban alocadamente sin armonía. O tal vez algo muy profundo había emergido y se retorció alegre y

burlonamente, una vez más en libertad.

Varias personas habían salido de sus casas. En batas, abrigados hasta los huesos, con sábanas envolviéndolos como nómadas del desierto, una niña cargando un peluche peludo y casi de su tamaño, una anciana de la mano de su esposo, apretándose los dedos como lo hacían en los tiempos en donde corrían y reían por prados y sembríos aún no invadidos por la modernidad. Una mujer se asomó por la ventana del segundo piso de su casa, sin nada puesto encima y con un hombre detrás de ella abrazándola por la cintura. Pero nadie la miraba ni comentaba acerca de lo inmoral y pecadora que era esa mujer, porque todos tenían sus ojos clavados en el rojizo desconcierto que dominaba a su antojo las alturas.

Un hombre salió de su casa gritando, con el pecho desnudo y con los ojos casi desorbitados. “¡Han venido por fin! ¡Están aquí!” Graznaba con una voz aguardentosa y senil. “¡Marte es el paraíso!” Exclamaba con una algarabía insana, recordando los viejos pasajes provenientes del profundo ingenio de Bradbury.

-¿Qué es eso? ¿Otra vez el caballo? -Preguntó Sean, quien había dejado de gritar, pero no de restregarse los ojos. Se presionaba los párpados con una mano mientras que con la otra tanteaba el suelo en busca de alguien a quién aferrarse. Nadie le dijo que estaba en lo cierto. Todavía estando ciego y herido, se había adelantado a la presencia de alguien que, en secreto, la mayoría de personas esperaba ver.

Surgiendo de la misma forma que el primer caballo, se fue distinguiendo la silueta de un caballo rojo como la lava de un volcán. Un espectro escarlata que destacaba vivamente sobre el fondo carmesí que seguía palpitando, ansioso de la llegada del jinete con su animal. Las patas del equino eran negras como el carbón, pero tenían grietas por donde asomaba una luminosidad rojiza que emanaba humo. El resto del animal junto con el jinete eran puras llamaradas incandescentes que desprendían pequeñas nubes de ceniza con cada movimiento.

Las personas se taparon los oídos cuando el caballo relinchó y su voz se escuchó como el fegonazo de un cañón asesino. Sobre él, el jinete agitaba uno de sus brazos, en los que tenía una espada llameante que parecía chamuscar las nubes y calentar el aire a su alrededor.

-Oh, Dios mío. -Susurró Ryan mientras caía de rodillas, ya sin fuerzas para levantar la mirada. Sus brazos temblaban, apenas pudiendo sostener el peso de su voluminoso cuerpo-. ¿Por qué ahora? -Algunas de las personas en la calle también caían al suelo presa del pánico, de convulsiones, de ataques al corazón repentinos. Un hombre de avanzada edad, sentado en su silla de ruedas, cayó muerto. Y aún después que su cabeza quedara inmóvil y vuelta hacia atrás, sus ojos sin vida seguían observando al jinete que cabalgaba con su caballo llevándose consigo la supuesta paz que habitaba en ese planeta.

Se oyó la primera explosión de la noche. Fue en un grifo cercano donde no quedó nadie vivo que pudiera contar cómo había sucedido la explosión. Una ola de pánico se extendió bajo la presencia del jinete rojizo y los gritos de incontables almas, fueron lo que reemplazó en la atmósfera al “ven” desconocido que ya no se escuchaba.

Postrado en el suelo, frente a los desperdicios que había vomitado recién, Ryan corrió presuroso sin tener un destino fijo en mente. No podía tolerar aquella presencia que retumbaba en las alturas y que consumía su cordura con rapidez. La calle parecía tener el aspecto de una escena de película; donde se mostraba el resultado de un bombardeo de los aliados en dominios nazis.

Tras esconderse debajo de un arbusto y reptar por el espacio que había entre dos casas, Ryan encontró una ventana en el suelo que conducía al sótano de una de aquellas casas. Rompió los vidrios de una sola patada cargada de desesperación. No sabía si podría entrar por aquella abertura pero no tenía otra opción en su alocado pensamiento. Pudo llegar hasta la cintura y fue ahí donde quedó atrapado mientras se agitaba para poder entrar, raspándose el vientre con los restos de cristal que habían quedado firmes en la ventana.

Un par de piernas se acercaron a donde estaba él. Ryan no podía levantar la mirada en la posición en la que se encontraba, no podía ni introducirse más en el sótano ni podía salir otra vez afuera. Tampoco había la necesidad de hacerlo. La persona que se había acercado acabó con la vida de Ryan. Con sus sufrimientos, con su agonía, con su locura, a pesar de que esa no era la intención del asesino.

El cielo volvió a ser el mismo cuando el caballo y el color rojo desaparecieron. Las personas, por otro lado, ya no eran las mismas.



Adam abrió despacio los ojos, tendido en el asfalto, una vez que el auto se hubo estrellado contra la tienda. Esperaba en cualquier momento que el vehículo estallara como si tuviera dentro de la maletera una cápsula inestable de antimateria. Las películas lo habían acostumbrado a ciertas expectativas y siempre tendía a caminar por el borde del mundo real, allá donde uno corría peligro de caer en el mundo de la fantasía.

El cartel de 7-Eleven había caído al suelo y estaba irreconocible. El fuego que lo consumía había saltado en varias direcciones, pareciendo flotar sobre el asfalto de la zona de parqueo como fuegos fatuos. Había fuego incluso dentro de la tienda, donde el carro yacía empotrado en las congeladoras con cientos de botellas y latas derramando agua hasta la vereda.

Adam estaba recostado sobre su brazo, respirando con agitación y absorbiendo aire como un pez globo para recomponerse. La desolación era demasiado grande como para verla con un simple par de ojos. Tal vez el carro estrellado contra la tienda había sido lo más misericordioso que acontecía en aquella noche sin luna. Había explosiones a lo lejos aunque no se podía determinar su magnitud. En ocasiones se podía ver el fuego que se elevaba en la distancia, en una dirección, luego más allá, más cerca, en todos lados. Se escuchaban algunos cristales romperse, pero las casas que tenía Adam enfrente aún no recibían daño.

No había autos en las calles y de vez en cuando aparecía alguien. Todos ellos corrían sin mirar hacia atrás, sin percatarse de que había personas tendidas en el suelo, muertas tal vez, o necesitando ayuda. Corrían huyendo de algo o queriendo refugiarse en algún lugar. ¿Pero huyendo de qué? Y queriendo refugiarse dónde, si todos los lugares parecían haberse convertido en zona de

batalla.

Recordó que había dejado a Shannon adentro y aquello le causó más temor del que ya sentía por encontrarse en un lugar conocido y desconocido a la vez. Dos raspones le cruzaban el antebrazo pero sangraba por sólo una de las heridas. No era cosa grave después de lo de la jarra de café. Pero sospechaba que aquella era la primera de las heridas que tendría en los días por venir.  
*Una bienvenida dolorosa.*

Otra persona pasó gritando. Era una mujer que tenía una mancha oscura sobre su cabello rubio. No se podía saber qué era pues estaba muy lejos, pero no podía ser champú o crema para el cabello. Ella se acercó a una de las casas que permanecía a oscuras, al otro lado de la calle, donde no parecía haber nadie. Tocó la puerta con ambos puños y una pierna. Adam caminaba despacio para saber qué pasaba con esa mujer. Apresuró su paso cuando vio que ella rompía una de las ventanas con su mano y se metía en la casa. Antes de entrar a la tienda, Adam creyó escuchar el ruido de gritos dentro de esa casa. No podía saberse, había tantos gritos en la noche como cantos de aves en una selva tropical.

El chofer del auto estaba muerto. Un par de segundos con los dedos sobre el cuello del hombre le dijeron a Adam que no había nada por hacer. Adam se sobresaltó al ver que era cierto lo que había pensado: un hombre con saco y corbata estaba tendido sobre un vertedero de productos regados en el suelo. No daba ninguna señal de vida. De todas formas Adam se acercó para comprobar si en verdad ya no se podía hacer nada por él. Le desajustó el cuello de la camisa. El hombre parecía todavía tener calor en su cuello, pero tras poner los dedos sobre la yugular, no pudo encontrar pulsaciones ni espasmos. Había algo en el hombre que le causaba cierta perturbación a Adam. No sabía si así se ponían los cadáveres a la hora de morir, si era un efecto por el golpe en la cabeza y la fuerza de gravedad. Alguna explicación lógica debían de tener la completa negrura que teñía los ojos del hombre.

Cuando escuchó que el grifo de agua se abría en el baño de adentro, dejó de pensar en esos ojos negros y se apresuró para ver cómo estaba Shannon. Tuvo que trepar sobre la estructura de metal de los estantes para llegar a la habitación trasera. Y a pesar de que todo parecía haber pasado, aún seguía con el temor de que el auto estallara en cualquier instante.

Encontró la casaca en el suelo. Había una pequeña mancha oscura en el centro que tenía una forma curiosa. Se parecía a la pezuña de un caballo. *Deja de pensar en estupideces.* La puerta estaba abierta pero la oscuridad hacía que sólo pudiera ver las Converse negras de Shannon. Era una señal evidente de que ya se había recuperado lo suficiente como para poder andar.

-¿Por qué no hay luz? Apenas puedo saber lo que hago acá adentro. Creo que me he mojado en los pantalones. No estoy segura. -Ahora había algo de lentitud en su particular forma de hablar. Pero seguía siendo el armonioso tono de la voz de Shannon lo que hacía que Adam sintiera como una consolación en sus nervios-. ¿Y por qué hay tanto alboroto afuera? Espero que sea la policía que les esté dando una paliza a esos malditos.

-¿Cómo está tu cabeza? -Adam se puso la mano en la suya como una reacción instintiva.

-He tenido días mejores. Me duele, sí, pero no creo que sea tanto como lo que te debe de estar doliendo a ti. Menudo golpe te dieron. -El grifo del baño se cerró y lentamente, la silueta de Shannon se fue materializando frente a los ojos de Adam, quien seguía con la mano en la nuca.

-No ha sido tan fuerte como parecía. Siento como un zumbido en las orejas y electricidad en toda esta parte. -Esperaba que viera sus gestos en la oscuridad-. Ya se irán yendo esas sensaciones.

-¿Por qué estamos a oscuras?

-Cuando desperté, ya estaba todo así. Todas las casas están a oscuras aunque hay mucha luz allá afuera. No sé lo que pasa, pero no creo que debamos movernos de aquí hasta que alguien se dé cuenta del auto y venga a averiguar qué pasó aquí.

-¿Cuál auto? Hablas como si estuvieras alucinando un montón de cosas. ¿Y por qué dices que no debemos movernos de aquí? ¿Es algo tuyo para quedarte a solas conmigo?

-¿Es que no lo has escuchado?

-Yo... creo que escuché un ruido fuerte hace un momento. Creí que la pelea seguía allá afuera. Me imaginaba que ese amigo tuyo... no sé su nombre... el gigante.



-Ryan.

-Creí que ese ruido era de Ryan que estaba masacrando a los sujetos que me siguieron y me hicieron esto. ¿Qué pasó con ellos?

-No tengo idea. -Se cruzó de brazos, tratando de penetrar la oscuridad para admirar la gracia del rostro de Shannon-. No los he encontrado en la tienda. No sé a dónde habrán ido ni... -Hubo el sonido de otra explosión en la distancia que remeció las paredes de la tienda haciendo que caiga polvo del techo.

-Salgamos de aquí. -Dijo Shannon, poniendo su mano sobre el hombro de Adam y dándole unos golpecitos-. Parece que hay algo intenso allá afuera.

-En el nombre del demonio bautizado, ¿qué paso aquí? -Shannon Casi tropieza con un amasijo de vidrios, pero se sostuvo fuerte del estante de metal y comenzó a trepar.

-Incluso si no me hubieran golpeado la cabeza, no sabría cómo responderte. - Se quebraban más cristales bajo el peso de ambos sobre los restos del estante-. Cuidado que hay cristales por todos lados.

-Parece que ese tipo no llevaba cinturón de seguridad. -Se detuvo un momento, temblando sobre la estructura inestable, tratando de mantener su equilibrio mientras observaba el accidente-. Qué extraño. No hay agujeros en el parabrisas. Ha sido un atropello. ¡Malditos borrachos!

-Cuando salí, vi a este auto dirigirse directamente hacia la tienda. No pareció perder el control, era como si el chofer tuviera la intención expresa de estrellarse contra este lugar. -Dos explosiones seguidas sacudieron la atmósfera, aunque eran no tan poderosas como la anterior-. Éste hombre de corbata iba sobre el capó del auto.

Shannon miró a Adam fijamente por algunos segundos, como para examinar la verosimilitud de sus palabras en su rostro, luego siguió mirando a los cadáveres y al fuego que ardía en la maletera.

-Todo esto es tan extraño que te creo Adam. -Comenzó a caminar para salir de aquella tienda de una vez. El ruido de las explosiones seguía disparando la adrenalina de la muchacha al punto de reducir el dolor en su nuca a niveles casi imperceptibles.

-¿Extraño? -Hubo un par de suspiros mezclados con risas que provinieron de la garganta de Adam-. Todavía no hemos salido, Shannon.

-¡Espera un momento, no te alejes mucho! -Gritó Adam desde adentro de la tienda mientras Shannon trataba de salir por entre las estructuras resquebrajadas de lo que antes fuera la entrada de la tienda. Aunque sospechaba que regresarían por alguna razón, Adam se apresuró en sacar algo con lo que se sentiría más seguro en la oscuridad de la noche: la pistola.

-No pasa nada. -Contestó Shannon desde afuera, parada sobre la vereda y mirando cómo crepitaban unas llamaradas gigantes a lo lejos. El cielo estaba totalmente negro y vacío. Shannon miraba hacia arriba tratando de ver o de oír el motor de algún avión de guerra. No había misiles, no había el estrépito de los aviones supersónicos. Ni una sombra se movía allá arriba. Era como si se hubiera desatado algún tipo de guerra. Más gritos se oyeron en la lejanía. Un nutrido grupo de gente chillaba por algún motivo.

Mientras Shannon seguía pensando, Adam se metió como pudo detrás del mostrador. Había un espacio apenas del ancho de su cuerpo por donde podía pasar e introducirse para alcanzar los cajones de más abajo donde estaba la pistola, las municiones y otras posesiones del administrador de la tienda. Estaba completamente oscuro, pero habían desparramados en el lugar una cantidad suficiente de encendedores. Adam tomó uno y tras encenderlo, lo acercó hacia donde debía.

Buscó con la mirada hasta encontrar lo que quería. Con el impacto del auto, el cajón se había desprendido de su sitio y su cerradura se asomaba como un diente tratando de salir de una encía. Estaba atascado, y apenas se movía un poco hacia adelante. Haciendo un esfuerzo, el cajón se abrió de golpe y su contenido saltó sobre las manos de Adam.

Allí estaba la pistola. Todavía no sabía manipularla pero no parecía tan difícil. Si había niños que jugaban con armas en las calles de Mogadiscio, él podía hacerlo. Tenía el aspecto de estar bien cuidada y de haber sido fabricada hacía varios años. Se parecía a aquellas que usaban los vaqueros en los duelos: plateadas y con el tambor redondo esperando alojar amablemente a las municiones.

Tras guardar el arma cargada en su bolsillo y rellenarse el otro con un puñado de balas, Adam se introdujo el encendedor en el bolsillo de su camisa y aspiró

fuerte para salir sin dificultades por el mostrador caído. El motor del auto parecía gemir como si aún estuviera encendido, y también había un olor como a dióxido de carbono que amenazaba con impregnarse sobre todo lo que hubiera en la tienda.

Shannon no estaba ni en la vereda, ni en la zona de parqueo, ni en ningún lugar donde los ojos de Adam pudieran encontrarla. Salió del lugar tan rápido como pudo y miró a los costados pensando encontrarla. Había una figura humana corriendo frente a las casas de la otra calle, pero se trataba de una mujer adulta. Adam creyó que le hacía señas para que se largara de allí. La mujer desapareció sin que Adam llegara a entender lo que quería decirle.

Detrás de la tienda había un callejón que permanecía silencioso, casi como los caminos en los Montes Maxwell, en la lejana superficie de Venus. Sólo un gato le devolvió la mirada a Adam, escondido entre desperdicios y su propia timidez.

Sin sentir nada más que desesperación, Adam corrió hasta la calle de enfrente para tener una vista más amplia de la calle por la que caminaba a diario. A lo lejos se veían sombras contra un fuego más lejano. Parecía una danza nativa celebrada de forma masiva, en honor a los misteriosos dioses que habían descendido tras largos años de ausencia. *Es la hora de los sacrificios.* Y allá, a unos metros más adelante del frondoso árbol de la esquina, Adam vio una figura a la que reconoció inmediatamente. Aquellas trenzas no podían pasar desapercibidas. Había una sombra más diminuta, más lejana, que la llamaba con la mano insistentemente. Alguien pidiendo ayuda tal vez.

-¡Shannon! -Gritó justo cuando otra explosión se levantaba atrás de él. Cada vez sucedían más cerca de allí. Ya no siguió llamándola, sino que emprendió la carrera hasta donde se encontraba ella. En cortas distancias podía ser bueno, pero en distancias largas, las piernas le traicionaban y su organismo se empezaba a descomponer.

Con tanto ruido alrededor, ella ni siquiera podía oír los pasos de Adam al estar a algunos metros de ella-. ¡Shannon! -Gritó de nuevo Adam al ver que la figura de la persona que la llamaba a ella se iba acercando. Por fin ella volteó, pero seguía avanzando hacia aquella figura.

-Mira Adam. Hay más personas por allá. Tal vez tampoco sepan lo que está

pasando pero al menos tenemos más cabezas para pensar. -Adam llegó hacia ella casi jadeando y con las venas de sus muñecas levantándole la piel con rapidez-. No sé por qué has tenido que correr. Tranquilízate y vamos a ver qué pasa.

Pero Adam miraba hacia la figura, silueta inconfundible de un hombre, que dejaba de hacer señas y se acercaba hacia ellos. Shannon seguía avanzando hacia él, pero por algún motivo, aquel hombre permanecía silencioso-. ¡Es bueno encontrar a otra persona! ¿Qué diablos pasa acá? -Exclamó Shannon con las manos en curva alrededor de la boca. A unos pasos tras de ella, Adam se acercaba con incertidumbre y preocupación. Ya había sacado la pistola de su bolsillo y jalaba el percutor para tener el arma lista para ser usada. Entre ellos y el hombre, ya no había nada más que unos ocho metros de distancia. Una distancia muy corta para poder reaccionar cuando ocurre lo inesperado, una distancia muy escasa cuando la silueta de un hombre grueso y vehemente empieza a correr como poseído, una distancia insignificante cuando el hombre saca un largo cuchillo de detrás de su espalda y empieza a hacer cortes en el aire mientras sus piernas se mueven a toda velocidad.

Shannon se detiene en seco mientras observa al hombre acercarse. Sabe que le quedan pocos segundos de vida, sabe que tal vez morirá sin saber qué fue lo que ocurrió aquella noche. Esa noche en la que se salvó de ser violada y maltratada por un par de muchachos, para ser luego salvajemente acuchillada por un desconocido que ni siquiera hablaba. A su costado, una figura que llevaba puesta un uniforme de 7-Eleven, caminaba hacia adelante con algo que brillaba en su mano.

-¡Deténgase o disparo! -Dijo Adam con el nerviosismo carcomiéndole los nervios y la adrenalina fluyendo como un géiser. *Oh, Adam, ¿te acuerdas de tu viejo y querido padre? Te hablo desde el infierno aquí con tu madre. Mírate Adam. Eres exactamente igual a mí.* Sería la primera vez que usaría un arma y daba las gracias que la distancia entre él y su objetivo fuera tan corta y lo fuera cada vez más, pues el hombre no dio señas de querer detenerse. *No quiero hacer esto.*

El arma temblaba en las manos de Adam y éstas se sacudieron aún más cuando la bala salió disparada por el cañón. Shannon pegó un grito, también lo hizo Adam, pero aquel hombre cayó al suelo en silencio, estirando las manos hacia

adelante para no golpearse la cara contra el suelo. En el aire, el cuchillo volaba como un cometa errante y desaparecía de vista pero su tintineo al caer al suelo aún se pudo escuchar después. Los recuerdos en la memoria de Adam cayeron como un baldazo de agua bajo el punto de congelación. *¿Qué le vas a hacer a mamá? ¡No dispaes!*

Cuando el hombre levantó la mirada y comenzó a arrastrarse por el suelo, Adam creyó por un momento que su tiro había fallado. Pero no, allí estaba el agujero de la bala, apenas a unos centímetros debajo del cuello. Un torrente oscuro manchaba la ropa de aquel hombre, pero él se seguía moviendo como si nada hubiera pasado. Estiró una pierna para apoyarse y allí estaba de nuevo de pie. Temblando un poco y apretando los puños ahora que no tenía cuchillo, pero allí estaba intacto, a unos tres metros de donde estaban ellos.

-Dispara de nuevo -Dijo Shannon con una voz asmática. No parecía ser la misma chica risueña de antes. Pero tenía razón. Adam apuntó al medio del pecho del hombre, pero al disparar, la bala fue a dar justo donde debía de estar su corazón. *Le has matado papá. ¡Le has matado!* Esa zona se comenzó a oscurecer, pero el hombre seguía avanzando sin más alteración en su rostro que la que podía ofrecer un maniquí. *¿A quién le disparo primero, a mi esposa la perra o a mi hijo el maricón?*

-Vámonos de aquí Shannon. -Le susurró Adam acercándose a su oído sin dejar de ver el avance de aquel hombre-. Va... -A lo lejos, más figuras parecían salir del fuego y la oscuridad, avanzando con cierta prisa, como quien se acerca a ver un accidente que ha ocurrido. Adam miró a los ojos del hombre al que había disparado dos veces y seguía con vida. Sus ojos eran negros y reflejaban un vacío y una ausencia de humanidad sobrecogedoras.

Todo pasó con la rapidez de algunos filmes antiguos en blanco y negro. El hombre de los ojos negros saltó hacia ellos con un impulso desconocido. Shannon se hizo para atrás, jalando a Adam en su caída. Adam a su vez, disparaba a ciegas y por puro instinto sin saber que la bala que salía de su pistola, le atravesaba con facilidad la frente al atacante. *¡Déjanos en paz! ¡Vete de acá con esa pistola! ¡Llama a la ambulancia y vete!*

-¡Vamos, párate! -Gritó Adam jalando con fuerza a Shannon de los brazos y tocándole uno de sus pechos de casualidad en medio de aquel alboroto-. *¡Rápido, vámonos de aquí!* -Insistió Adam tratando de levantar a la chica que

parecía haberse convertido en peso muerto.

-¿Por qué Adam? Ya está muerto -Ella sólo tenía ojos para el hombre que se desangraba a sus pies.

-¡Pero ellos no! -Gritó Adam señalando a las figuras que habían aparecido en la distancia nocturna. No habían visto el momento en el que dejaron de ser unas pocas para convertirse en cientos, tal vez más. Ya no se acercaban con curiosidad; el disparo parecía haberlas transformado como en guepardos al galope, corriendo como salvajes bestias enajenadas de toda razón. *¿Y ahora qué diablos hago? ¿Mamá? ¿Todavía sigues conmigo?*

Adam se oyó gritando y se vio empujando a Shannon en dirección a la tienda de donde habían salido hace poco. Parecía que su cuerpo estuviera actuando por sí sólo como siguiendo un protocolo en casos de emergencia, un piloto automático en situaciones en las que la vida estaba en peligro. En ningún momento se le pasó por la mente voltear su cabeza para ver a sus perseguidores. Sin embargo, los sentía respirar en su nuca, los sentía acariciarle los vellos del cuello con manos frías. Se sentía acechado por un centenar de palpitantes ojos negros.

Se estremeció al escuchar que los vidrios de la ventana de una casa se rompían muy cerca de él. Sólo su imaginación podía visualizar al causante del vandalismo, no tenía las agallas para voltear. La mujer de Lot podía dar fe de que no se podía sacar nada bueno al voltear a mirar.

Más adelante, ya se podía ver la tienda sin el cartel de 7-Eleven. Estaba casi todo oscuro salvo por el fuego del cartel en el suelo que, en lugar de haber incendiado el lugar, ya se estaba extinguiendo. *Pedazo de chatarra, tienes que funcionar.* El auto aún humeaba por unas pequeñas grietas, pero no parecía estar tan dañado como para haber dejado de funcionar.

-Ve por el otro lado y si no abre la puerta, abre la de atrás. -Gruñó Adam, afectado por el cansancio, corriendo tan rápido como podía hacerlo Shannon. Dejarla atrás hubiera sido tanto como no haberle disparado al hombre-. ¡Venga, ya llegamos! -Ella obedecía sintiendo agujones de dolor en ambas piernas. Pero aún estaba dispuesta a correr varios kilómetros más si así fuera necesario.

-¿Quién eres? -Exclamó Adam apuntando con la pistola a una mujer que había

sacado el cadáver del auto y trataba de encender el vehículo. La oscuridad y el terror de sentirse perseguido casi hicieron que Adam apretara el gatillo sin esperar a preguntar de nuevo.

-¡No dispaes! -Gimió la chica levantando las manos hasta el techo del auto y rompiéndose una uña con el impacto-. No sabía que era tu auto, no sabía, te lo juro. Ya me voy. -Apenas se podía ver un ligero color rubio que teñía el ensortijado cabello de esa muchacha. Parecía estar maquillada con una infinidad de colores. A Adam le dio la impresión de estar viendo una de esas chicas que salían en las portadas de las revistas de moda o de espectáculos. Los pensamientos sólo traían demora y la demora suele ser perjudicial.

-No hay tiempo para explicaciones. Pásate para atrás. ¡Rápido! -La primera impresión iba a quedar marcada inevitablemente en la mente de aquella chica, pero no había opciones. Ella se pasó atrás entre jadeos y un posible llanto. Y tras algún esfuerzo, Shannon lograba abrir la puerta del costado y se sentaba con los pulmones a punto de reventar.

-Ponte el cinturón Shannon, y tú también. -Ambas obedecieron. Las puertas estaban cerradas pero la mano de Adam no lograba encontrar la llave del encendido. *Con un demonio.*

-Toma la llave. -Dijo la chica de atrás-. No me mates por favor.

Sin responder, Adam cogió la llave y la introdujo en su lugar. *Mierda.* El auto era automático y él sólo había conducido un par de veces un auto mecánico. *Menuda ocasión para aprender.* Detrás de ellos, se podían escuchar las pisadas de un ejército invadiendo una ciudad enemiga. La muchacha que estaba atrás se volteó y luego volvió a mirar para adelante. Se quedó rígida dudando de sus propios ojos. Tal vez sólo eran los efectos de la droga alucinógena que estuvo consumiendo durante la tarde.

-¡Enciéndelo de una vez! -Gritó Shannon mientras le daba rodillazos a la guantera sin parar. Sus puños se estrellaban contra sus piernas al tiempo que sus ojos se abrían desmesuradamente, fijos en el espejo retrovisor y en las cosas que se volvían cada vez más grandes en él. Nunca pensó que una frase que había visto cientos de veces, tuviera un efecto devastador en ese instante. *Los objetos en el espejo están más cerca de lo que aparecen.* La muerte siempre encontraba la mejor forma de burlarse.



-¡No enciende! -Intentaba girar la llave tanto como para romperla, pisaba el acelerador haciendo uso de todos los músculos de su pierna, pero del motor del auto sólo brotaba un gemido, un gargareo persistente parecía formar una frase repetitiva en su agonía. “Estás condenado” parecía decir una y otra vez.

Los golpes en la guantera se intensificaron. Por la mañana, las piernas de Shannon estarían plagadas de moretones y magulladuras. Siempre y cuando hubiera un mañana que acogiera a los tres tripulantes del auto, por el momento inservible. La chica de atrás seguía pasmada, sólo escuchando los pasos que se acercaban y que le explicaban de la manera más cruel que aquello no era nada más que la triste realidad.

Uno de los primeros de aquella multitud, llegó al auto empuñando lo que parecía ser una barra de acero. Bastó un ligero movimiento para que los faroles traseros se hicieran trizas con un estallido. La muchacha salió de su letargo con un grito ensordecedor y a duras penas se pudo escuchar el golpe que un segundo hombre le daba al auto con una llave de tuercas. Antes de un tercer impacto, un rugido brotó de algún lugar.

-¡Sácanos de aquí! -Chilló Shannon presa aún de los nervios. La palanca del auto ya había cambiado a “R”. Los golpes, los saltos, los crujidos, todo parecía irreal. Adam apretó el pedal y el auto se movió por fin. La muchacha del asiento posterior estuvo varios días soñando con aquel rostro de ojos negros que se estampó en la ventana de su costado. Esa cara se deslizó mientras el auto seguía retrocediendo y luego apareció otra y otra más.

La calle estaba repleta de hombres y mujeres que traían los objetos más diversos en sus manos. Palancas de metal, bates de béisbol, picos y lampas, escopetas, hasta una jabalina reglamentaria. Brotaban como cucarachas desde las ventanas, puertas, desde oscuros callejones, apareciendo detrás de algunos arbustos, saltando por algunos techos, cayendo desde alturas considerables pero aún moviéndose como si sólo vivieran para perseguir y matar.

-Yo muevo la palanca, tú aprieta el acelerador. -Ordenó Shannon. Adam se detuvo en seco y ella se puso manos a la obra. Por el aire volaba un ladrillo que chocaba contra la maletera y agrietaba el vidrio de la parte posterior. La muchacha de atrás se había sacado el cinturón para acurrucarse en el suelo. Tenía unos audífonos grandes y acolchados que se puso en las orejas para no escuchar nada.

El siguiente pisotón al acelerador los impulsó finalmente hacia adelante. Se llevaron varios cuerpos por delante, y pasaron por encima de otros más. Hombres jóvenes, adultos, ancianos. También mujeres. Por Dios, había niños inmersos dentro de aquella salvaje multitud.

Se abrieron paso saliendo de la calle Marling hasta llegar a la avenida principal. Aún seguían saliendo personas por los callejones. Algunos intentaban correr detrás del auto, pero luego se quedaban atrás. Al pasar por una casa, vieron un par de hombres con chalecos que peleaban cuerpo a cuerpo con otras personas, mientras se acercaban otros más, pero no para ser simples espectadores. Riverview, Cedar Grove, Firehouse, Williams, Leckie Avenue estaban sumergidas en el desastre y el auto seguía avanzando.

Más calmado, Adam siguió manejando por aquella avenida amplia con la intención de dirigirse hacia la zona donde se ubicaban los edificios más altos. Allá donde se levantaban las lujosas torres de negocios y de departamentos. Esperaba que en ese lugar hubiera más orden y que las fuerzas de seguridad tuvieran la situación bajo control.

Al sentir que el auto avanzaba rápidamente y sin saltos, la chica de atrás se sacó los audífonos de las orejas y se sacudió para volver al mundo real. De pronto, el auto patinó y la muchacha pegó un grito mientras trataba de agarrarse de donde podía.

Lo había imaginado una vez despierto, pero jamás imaginó que aquella ensoñación ocurriría en una atmósfera como aquella y en un instante como aquel. Shannon se había quitado el cinturón y sin mediar palabra, juntó sus labios con los de Adam mientras que el auto se dejaba guiar por la pasión de ambos. Tal vez era el único arrebató pasional que circulaba en las pistas a esas horas de la madrugada.

-Shannon, ¿quieres que me choque? -Gimió Adam mientras volvía a poner los ojos en la pista. Poco faltó para que se metiera en el jardín que dividía la pista de ida con la de vuelta. Con un gentil empujón, había devuelto a Shannon a su lugar-. La próxima vez avísame aunque sea.

-De acuerdo. Te voy a besar de nuevo. -Dijo ella mientras le sujetaba una mano a Adam y lo besaba nuevamente, esta vez con más efusión y mirándolo fijamente a los ojos mientras intercambiaban aquella inusual muestra de

afecto. Otro grito se escuchó en la parte posterior mientras el auto se iba de un lado al otro.

-¿Es que quieres matarnos? -Dijo la muchacha de atrás con los audífonos enredados en su cuello.

-Ah, me había olvidado que estabas ahí atrás. -Contestó Shannon como si nada hubiera pasado-. ¿Cómo llegaste al auto eh? Todavía no entiendo qué hacías en la tienda a estas horas, moviendo cadáveres y metiéndote en autos que no son tuyos.

-Estaba tratando de encontrar un carro para irme de ese lugar. ¡Trataron de matarme! -Gimió como queriendo estallar en un llanto repentino-. Esos hombres...

-Siguen allá afuera. -Interrumpió Adam señalando a la izquierda, donde unas sombras se movían y entraban en una casa donde no habitaban nada más que gritos-. Hay poca gasolina y no sé qué lugar hay cerca donde podamos escondernos hasta mientras.

-Vamos a mi casa. -Dijo inmediatamente la chica-. Vivo allá al frente.

-¿En dónde? -Preguntó Shannon.

-Allá. -Señaló un edificio que sobresalía en la intranquilidad de la noche. Uno de los más altos del centro de la ciudad, construido e inaugurado hacía apenas un par de años-. En el último piso del Eastern Diamond. -El auto dejó la zona aplastada por la devastación, atravesando el puente sobre el río Elizabeth, para adentrarse en otra zona engullida por el misterio. Iba con las luces apagadas sintiendo que los acechaban desde todos los lados.

## Un auto y un camino difícil. La llegada.

-Se supone que deberías ir por aquí, pero vas a tener que dar la vuelta por la calle Lexington y luego doblar por Fairview. -La avenida principal estaba obstaculizada por un enorme bus destrozado en medio de la pista. Dos autos más lo acompañaban con las ruedas para arriba y el interior vacío. Alguien había roto todas las ventanas del bus y de los autos, aunque no sabían si las habían roto las personas de adentro para escapar o alguien desde afuera para entrar. *Ha sido solo por el accidente*, pensó Adam.

-Allá hay un grupo de personas. Parece que están atrapadas. ¿Las ven? - Shannon sacaba su brazo entero por la ventana, pero la chica de atrás era la única que se atrevió a mirar-. En el techo de esa tienda donde venden autos. Parece que nos hacen señas para que nos acerquemos, aunque tal vez sea un engaño como lo que me pasó con el hombre de los ojos negros.

-¿Tú también te encontraste con uno de ellos? Preguntó la chica de atrás mientras se colocaba en medio de los dos asientos de adelante.

-¿Puedes mover un poco tu cabeza a la derecha? -Dijo Adam, quien ya había aprendido lo básico de las velocidades de ese auto-. No quiero dejar de ver lo que tenemos detrás.

-Oh. Lo siento.

-Sí. También lo vimos. Y me hubiera matado de no haber sido por Adam que llegó a tiempo para dispararle. -La chica de atrás tenía un hermoso cabello rubio que caía por los bordes de su rostro como enredaderas en una selva tropical. Tenía un rostro delgado, manchado por pecas en la nariz y parte de las mejillas. El maquillaje brillante no podía ocultarlas. Sus labios rosados estaban separados permanentemente, como si siempre tuviera algo que decir. Shannon le daba unos veintiocho años, Adam le daba unos 30. Pero tenía una personalidad mucho más juvenil-. Creo que este es el momento más oportuno que tenemos para presentarnos. Yo soy Shannon y él es Adam.

-Mucho gusto. -Dijo Adam esquivando varios botes de basura regados en la pista.

-El gusto es mío. Yo soy Naomi. Naomi Gerasimova. Gracias por haberme rescatado de ese infierno. A los dos. Creo que si hubiera estado sola, nunca hubiera logrado encender ese auto. Estoy tan agradecida que sería capaz de besarme a los dos en este momento.

-¿Te parecería mejor si primero llegamos a tu departamento? -Dijo Adam presionando un poco más fuerte el pedal. En una tienda de departamentos, se veía como unas antorchas moviéndose por los pasillos. Luego se pudo ver a unas figuras que corrían con las antorchas en la mano, subían por las escaleras, bajaban, rompían los cristales de las puertas y parecían sacar a algunas personas que se habían encerrado en sus tiendas.

-¡Cuidado! -Grito Shannon dándole a Adam apenas unos segundos para voltear y reaccionar. A la izquierda, por la otra calle, venía una camioneta a toda velocidad con varias personas en el interior y dos mujeres en el techo que agitaban lo que parecía ser unas cadenas de metal.

Naomi se tiró al suelo lo más rápido que pudo, Shannon estiró sus piernas y brazos preparándose para el impacto y Adam, apretó aún más el acelerador,

confiado de poder pasar por la intersección antes que la camioneta y evitar el choque.

Lo hubieran logrado si es que hubiera acelerado un par de segundos antes. Si es que no se hubiera distraído por la destrucción que ocurría en aquella tienda de departamentos. La camioneta impactó el auto de Adam en la parte de atrás, haciéndolo girar como una ruleta, esperando que tuvieran el número ganador para seguir con vida.

En medio de aquel giro, de su rigidez sobre el volante y del estiramiento de su pierna sobre el freno, Adam observó cómo la camioneta empezaba a desviarse hacia la derecha para empezar a dar vueltas de campana. Ya no estaban las mujeres trepadas en el techo, ahora flotaban en el aire como espectros nocturnos, sin vida en sus rostros, saboreando quizás los últimos momentos de su existencia.

Adam estaba a punto de vomitar. Así debían de sentirse los futuros astronautas en las pruebas de gravedad a las que eran sometidos antes de cualquier misión espacial. ¿Dónde estaba su cuerpo? ¿Dónde era arriba, abajo, derecha o izquierda? Todos los lados parecían ser los mismos. A la cuarta vuelta, el auto se detuvo, pero Adam, Shannon y Naomi seguían inmersos en una vorágine que no parecía tener fin.

Un poco más allá, las dos mujeres que habían estado trepadas en la camioneta, se arrastraban por el suelo haciendo zigzag. Una tenía un brazo completamente roto y con fractura expuesta; la otra, tenía las piernas dobladas hacia donde no debían de doblarse, pero aun así avanzaban con extrañas expresiones en sus rostros. No se podía adivinar nada viendo aquellos ojos negros.

-¿Están bien? -Preguntó Adam sosteniendo con fuerza el timón y dando gracias al cielo de que el motor siguiera encendido. Escuchó los murmullos de Shannon y Naomi y eso fue suficiente por ahora. Las personas de la camioneta no habían tenido tanta suerte como ellos aunque cabía la posibilidad de que todos estuvieran con vida. Aún se oían ciertos gritos brotando del interior de ese vehículo. De pronto, se escuchó un escopetazo que alteró la apatía nocturna. Una ráfaga de fuego brotó del interior de la camioneta y la mujer que reptaba en el suelo se sacudió como si le asestaran unos flechazos invisibles. Después de eso ya no se movió, pero la otra lo siguió haciendo.

-¡Ya estamos cerca! Vámonos de una vez. -Exclamó Naomi incorporándose en el asiento, mareada todavía pero lo suficientemente capaz como para reconocer el lugar donde se encontraban-. ¡Vámonos! -Chilló como una niña teniendo una pataleta. En su caso, el chillido no era sólo comprensible y justificable, era totalmente necesario.

Adam manipuló la palanca hasta que ésta señaló nuevamente la letra R y luego aceleró a fondo mientras observaba cómo la calle se llenaba inmediatamente de un millar de personas corriendo, reptando, saltando y galopando. Ya no solo se desplazaban como un enjambre asesino y voraz, ahora la ciudad se había convertido en una selva oscura plagada de gritos espantosos.

En la noche tenían un aspecto completamente siniestro; ¿cómo sería de día?, cuando la luz del sol revelara su apariencia total. Se oyeron más disparos dentro del auto volcado, pero Shannon fue testigo de que ninguna ráfaga de fuego brotó hacia afuera. Los disparos cesaron a los pocos segundos mientras aquella nube negra de siluetas inundaba todo lo visible como una niebla imparable.

Las llantas chirriaron cuando Adam giró el volante sin bajar la velocidad. Pégate a la izquierda. -Ordenó Naomi, atenta a los cruces que se aproximaban y creando un mapa mental de su residencia-. Falta una sola calle. Allá, ¿ves el camión de basura que no deja pasar más adelante? Tienes que doblar a la izquierda justo antes de chocar con él.

Apenas pudo mantener el control del auto al girar a toda velocidad. Uno de los hombres de ojos negros apareció de la nada, pero el auto impactó con él al momento del giro, impulsándolo hacia la vereda, donde rodó varias veces hasta chocar con una banca. Otros tres seguían corriendo detrás del auto con los puños en alto.

-Ahora ve de frente pero no tan rápido. Estamos a espaldas del edificio. Hay un callejón un poco más adelante, te tienes que meter por ahí para salir por el otro lado y luego... -Un giro inesperado al haber un hueco en el suelo la hizo saltar-. Dios santo... ¡Allí! Después de ese árbol de allí. Rápido, pégate a la derecha y métete por allí.

Las siluetas de los hombres que los perseguían casi habían desaparecido. Al menos tardarían un poco más en encontrarlos, o no lo harían nunca si es que se

refugiaban en aquel último piso del edificio. Era la única esperanza que tenían, no podían arriesgarse a ir por la carretera con la aguja del marcador de gasolina casi lamiendo el símbolo de “total vacío.” Por un segundo, Adam creyó que el símbolo se transformaba en un cráneo que hacía repiquetear sus dientes.

Adam se desvió hacia el callejón. Era un espacio lo suficientemente ancho como para que entraran dos autos, pero aún así, el auto en el que ellos iban entró raspando un lado de la pared y sacando chispas mientras avanzaba. El motor gemía ante la falta de gasolina y tras todas las magulladuras sufridas en la batalla-. Resiste mi tesoro, sólo resiste unos segundos más.

-Cuando salgas del callejón gira hacia la derecha, avanzas un poco y luego otra vez a la derecha para meterte al estacionamiento. -El callejón se terminó y del otro lado se encontraron con una calle amplia en la que aparentemente no había señales de los hombres de ojos negros ni de alguna otra presencia extraña-. ¡Allí! -Atravesaron la barra de fibra de vidrio que obstaculizaba el paso de los vehículos extraños y se introdujeron en un laberinto curvo y extraño-. Ahora sí puedes prender las luces. -Dijo Naomi, sintiendo que estaba dentro del Nightfall en Old Tucson Studios. En cualquier momento alguien iba a aparecer detrás de ella y la haría saltar con un grito simiesco. Entonces cuando ella abriera los ojos, vería que esa persona la miraba con unos intensos ojos negros.

-No puedo ver cuál es el botón. Creo que los faros están rotos. -El limpiaparabrisas se encendió y las luces intermitentes también lo hicieron. Podían ver las paredes iluminarse y desaparecer a cada segundo. Por seguridad, avanzaban con lentitud, pero Adam estaba preparado para acelerar a fondo si es que se encontraban con otro de aquellos personajes.

Las luces se encendieron al fin, apenas en su más baja intensidad, pero Adam no quería apretar nuevamente el botón por temor a que las luces se apagaran por completo.

-Gira a la derecha por aquí... bien... ahora sigue de frente hasta llegar a ese Audi amarillo del fondo, luego te vas a la izquierda... un poco más... ya... a la izquierda... eso... ahora sigue de frente hasta esa columna que ves a lo lejos... sí, mejor que aceleres, quiero salir de una vez de este lugar... ¡listo! ¡Vámonos de aquí!



-Shannon, ya puedes salir de allí. –Ella estaba hecha un ovillo en el espacio debajo de la guantera. Adam le levantó el rostro, esperando encontrar un rostro manchado por las lágrimas, pero lo único que vio fue el brillo del sudor que bañaba su frente y una sonrisa de alivio que se extendía de lado a lado-. Vamos.

-El ascensor no sirve. ¿Cómo vamos a llegar al último piso? -Preguntó Naomi dándoles a entender que no pretendía subir por las escaleras de emergencia.

-Por allí. -El dedo de Adam señaló hacia la puerta donde había un letrero que decía EXIT. Las luces del auto empezaron a parpadear.

-¿Estás loco? Yo no pienso subir 35 pisos a pie. ¿Sabes la cantidad de escalones que tenemos que pisar? ¡Mira mis pies! -Usaba unos tacos que la debían de levantar unos doce centímetros del suelo-. Será para que me muera a mitad de camino. Prefiero mil veces que me atrapen.

-Silencio. -Ordenó Adam con el rostro serio y los ojos moviéndose en todas las direcciones. Las chicas voltearon a ver, pero atrás del carro que iluminaba apenas un lugar del estacionamiento, no había nada más que una neblina perturbadora que parecía oscurecerse aún más con cada segundo que pasaba-. ¿Han oído eso?

-¿Qué...? -Preguntó Naomi con la voz de un niño que va a recitar un poema frente a una multitud por primera vez en su vida.

-Dios mío. -Dijo Adam mientras retrocedía hacia la escalera-. Nos han seguido. ¡Rápido métanse a la escalera y empiecen a subir tan rápido como puedan!

Naomi entró como una flecha, seguida de Shannon, que la empujaba como queriendo aventarla por la plancha de un barco pirata. Adam se quedó un momento afuera, sabiendo que por el momento no había nada que temer. No había escuchado ningún ruido y por el momento estaba seguro de que no había nadie en el estacionamiento aparte de ellos. Pero sin decir alguna mentira, a veces no se podía hacer que algunas personas reaccionaran.

Cuando entró por la puerta que daba a las escaleras, escuchó el paso de sus compañeras ya por el tercer piso. Había una lucecita que brillaba allá arriba en medio de tanta oscuridad-. ¡Adam, qué esperas! ¡Sube de una vez! -Gritó Shannon como si aquello fuera sólo un juego. Adam comenzó a subir a tientas,

suplicando que aquel departamento fuera un refugio y no una trampa sin salida. Un poco más arriba, él creyó escuchar un sonido en la planta baja. Como si alguien hubiera abierto la puerta del carro que habían abandonado ellos hace poco, aunque tal vez era sólo su imaginación. *Ojalá que no*. Había muchos pisos que subir.

## 24

### Ascenso interrumpido

-Ya no puedo más... ¡Escuchen, asesinos, estamos cansados, ya pueden subir!

-Gritó Shannon mientras se echaba sobre los escalones completamente abatida. A pesar del filo de los escalones, aquel le parecía el lugar más cómodo del mundo. Naomi también estaba hecha polvo a pesar de haber sido casi arrastrada por Adam en los últimos siete pisos. Sus tacos los tenía Adam en una mano y ella gemía diciendo que tenía por lo menos una docena de ampollas en la planta de los pies.

-Descansemos un rato. -Sugirió Adam, dejando a Naomi en el suelo y recostándose él también en un rincón. Ya descansarían a gusto en el departamento de Naomi, pero hasta mientras, ella consideró que ya había gastado demasiada luz con la linterna de su celular, así que lo apagó. Lo último que Adam observó antes de ser engullido por la oscuridad, fue el gran número 26 pintado en una de las paredes.

La que respiraba con más precipitación era Shannon. De vez en cuando se le podía escuchar un silbido como el de los asmáticos cuando tenían alguno de sus frecuentes ataques. Adam se preguntó por qué a Naomi se le notaba menos extenuación en sus inhalaciones y exhalaciones. Le parecía una chica que andaba sólo en fiestas, diversión y desenfreno y, aunque mantenía una figura esbelta y atlética, no creía que estuviera acostumbrada al ejercicio feroz. *Oh, está dura por las drogas.*

-No los escucho. -Susurró Naomi de pronto. -Ojalá no se hayan dado cuenta de que estamos aquí. Ojalá se hayan cansado de subir o que alguien los haya matado allí abajo. Te juro que no podría escapar así viera a uno de ellos con un hacha frente a mí. Estoy demasiado cansada y necesito urgente una ducha y descanso absoluto, como si estuviera enferma. Ya ni siquiera siento mis...

-Para de una vez por favor... -La interceptó Shannon desde la penumbra-. La verdad no me ayuda mucho escuchar tus quejidos. Tampoco me gusta tu voz de ganso así que cierra la boca de una vez y deja que me recupere bien.

-¡Perdón! -Aquella interrupción fue tanto como haberle dicho que tenía celulitis-. La que tiene que callarse eres tú. Tal vez tus gritos de hace un rato hayan despertado a media ciudad y si no escuchamos que esos hombres están subiendo ahora es porque lo están haciendo en silencio. ¿No te has escuchado a ti misma? Tienes la voz de esas chicas alcohólicas que cantan en el metro y tu respiración parece la de un perro callejero. No debería dejarte entrar en mi departamento.

-¡Pues no lo hagas! ¡Y ustedes allá abajo, si me están escuchando, suban de una vez y despedacen a esta perra de una buena vez!

-¡Basta, por favor! -Exclamó Adam mientras estiraba su mano en la oscuridad y retenía por un rato a Naomi que estaba a punto de saltar sobre Shannon como un águila sobre un conejo-. Ya es suficiente que medio mundo nos quiera matar.

-Suéltame. -Gimió Naomi mientras se deshacía del aferramiento de Adam y se quedaba tranquila en su rincón.

-Tenemos que estar unidos, muchachas. No vamos a durar mucho si empezamos a pelear.

-No estoy para discursos. -Susurró Shannon notoriamente molesta.

-¡Qué bien! Yo tampoco estoy para darlos. Y esto no sería necesario si nos calmamos un poco. Estamos cansados, agitados y aterrorizados. Creo que si llegamos al último piso, podremos mejorar nuestro ánimo un poco. ¡Ahora cierren la boca de una maldita vez o las aviento por las escaleras!

Un silencio absoluto reinó en aquellos escalones, apenas un poco más abajo del piso 26, donde dos muchachas y un chico se afanaban en recuperarse del cansancio físico y del agobio mental. Lo segundo no se podía aplacar con tan sólo estar allí sentados respirando.

-Por cierto... -Dijo Adam algo nervioso-. No hay nadie allá abajo. Eso de que había escuchado algo lo inventé para que subieras, Naomi.

Se escuchó el ruido de una cachetada. Adam no supo cómo Naomi pudo ser tan certera estando ciega en la oscuridad y cómo pudo pegarle con tanta fuerza estando tan cansada como decía que estaba. Aquel golpe le removió la cabeza de tal forma que de pronto Adam creyó que estaba de nuevo en el auto dando vueltas después del choque.

-Gracias. -Dijo Naomi con un tono más calmado.

-Con un demonio. -Replicó Adam sintiendo que la piel en su mejilla se llenaba de electricidad. Shannon se comenzó a reír a carcajadas. Era la imitación fidedigna de un perro callejero y pulgoso. La histeria contagió a Naomi que sentía un hormigueo en la mano y parte de la muñeca. Repetía la escena una y otra vez en su mente sin darse cuenta que con cada repetición, iba riéndose con más ganas hasta que comenzó a lagrimear y a sentir dolor en su estómago. En otro rincón y con media cara anestesiada, Adam se reía con timidez, aliviado de haber superado la tensión entre ellos pero temeroso de que sus acompañantes estuvieran cayendo en algún tipo de delirio mental. No era nada tranquilizante escuchar risas en un lugar y momento como aquellos.

Tras unos minutos, mientras Naomi se seguía limpiando las lágrimas, Adam se puso de pie-. Ya falta poco. Arriba podremos descansar mejor.

-Ya me empezaba a doler la espalda. -Dijo Shannon poniéndose de pie y subiendo algunos escalones para que la circulación comenzara a fluir nuevamente por sus piernas-. Venga, vamos de una vez.

Cuando la luz del celular se prendió de nuevo, Adam vio unas manchas negras alrededor de los ojos de Naomi. Cuando uno se ríe con efusividad y se tiene la

mala suerte de haberse delineado los ojos con bastante negro, se corre el peligro de terminar convertido en un mapache.

Naomi puso su brazo alrededor del cuello de Adam de nuevo, y comenzaron a subir más lentamente ahora que sabían que no había nadie persiguiéndolos abajo. Se sentían más cansados que antes aunque no sabían por qué, pero siguieron subiendo sin detenerse hasta llegar al último piso.

-No se puede abrir esta puerta. -Dijo Shannon, que empujaba con fuerza la puerta de emergencia sin resultado alguno.

-Ninguna puerta se puede abrir de afuera hacia adentro sin una llave. -Naomi no llevaba bolso pero el bolsillo de su minifalda parecía ser lo suficientemente largo como para guardar llaves, celulares y quién sabe qué otras cosas. La llave se metió con facilidad-. Pueden pasar. -De la puerta abierta parecía brotar un aire más frío de lo usual.

Adam estaba aliviado de que la cerradura de esa puerta funcionara con llave y no con una cerradura electrónica. Jamás hubieran podido entrar con el apagón. Por otro lado, Naomi les explicó en el camino a su puerta, que la única forma de entrar a ese lugar era por donde habían entrado y por el ascensor.

Ya se sentían más seguros: nadie podría subir por el ascensor y nadie atravesaría esa puerta sin una llave. Al menos la puerta parecía ser lo suficientemente gruesa y pesada como para detener a las personas de ojos negros. Adam había visto el esfuerzo que tuvo que hacer Naomi para empujar esa puerta.

-Pasen. -Naomi los invitó a entrar a su departamento. Adam y Shannon habían visto ese tipo de decorado sólo en revistas y programas de diseño. Era demasiado lujoso para los ojos de aquellos muchachos-. Siéntanse en casa.

-Espera un momento. -Le dijo Adam a Naomi al ver que ella se iba caminando hacia otra habitación. Él se acercó hacia ella con sus zapatos de taco amarillos en la mano y se los entregó.

-Gracias. -Dijo ella mirando hacia arriba. En altura, Naomi y Shannon eran casi idénticas, aunque Naomi aparentaba un poco más de altura por su abundante cabellera rizada y sus tacos.

-¿Estás segura que no se puede entrar a este piso a menos que sea por el ascensor o por la puerta de emergencia? -Naomi pareció pensarlo un poco, girando sus ojos en círculo y moviendo la mandíbula de un lado hacia el otro.

-A menos que trepen por el edificio, no conozco otra forma en la que podrían entrar. Mis pies me están matando Adam, quédense los dos vigilando. Y si pasa algo me pegan un grito. Ah, tengo un palo de hockey en el cuarto de allá... digo... por si quieren defenderse.

Adam se estremeció, pero no se dio cuenta si Shannon también lo hizo. Ahora que se ponía a pensar, no recordaba haberse encontrado con los chicos que los atacaron en la tienda. *Ryan. Dios mío. Ojalá estés bien.*

-No te preocupes. -Añadió Adam golpeándose el bolsillo con la mano-. Tengo una pistola cargada. -Se preguntó qué pensaría Naomi. Le notaba una mirada extraña que no guardaba coherencia con su sonrisa algo burlona.

-Si tú lo dices. -Y desapareció sin decir más.

Si bien aún era de madrugada, faltaban poco menos de dos horas para ver el amanecer, el diseño de aquel apartamento permitía una iluminación atractiva, pura, casi sensual, como si el techo no existiera y a la vez las estrellas se hubieran acercado varios años luz. En la mesa de centro que había en la sala, se reflejaba el brillo de la luna, que por fin se había animado a salir tras el susto que le había ofrecido el jinete nocturno. Pero, para qué podía servir la luz sino para otra cosa que para contemplar la desolación que asolaba ese lugar. ¿Qué estaría pasando en el resto del mundo?

Con Naomi haciendo quién sabe qué, Shannon empezó a recorrer el apartamento de un lado a otro. Entró a una habitación y Adam la perdió de vista. Él se quedó en la sala principal, solo con sus pensamientos. Era lo último que quería hacer. A veces sus pensamientos eran peores que la realidad.

Era un espacio con adornos extraños y visiblemente exclusivos. Adam no tenía idea de cómo habían hecho para subir una enorme araña de cristal que colgaba del techo cubierta con una tela como la que usan las novias. Por lo menos había unos treinta focos en forma de luz de vela que ahora no tenían ninguna utilidad. El piso era de madera oscura y rústica. Daba la sensación como de estar parado en una tarima de madera de las viejas viviendas del siglo XIX. En el centro había una alfombra blanca y peluda. Uno podía dormir fácilmente sobre ella como si se tratara de un colchón. Encima de la alfombra estaba la mesa de centro con tres patas de madera en forma de garra, y sobre ellas, un vidrio grueso en forma oval donde descansaban unas revistas de moda y un plato con frutas artificiales demasiado realistas.

Dos muebles grandes ocupaban un enorme espacio en un lado de la pared, mientras frente a ellos, se ubicaba una repisa de madera blanca donde había un globo terráqueo en un rincón y varios aparatos (Blu-ray, DVD, y un Play Station 3 blanco) ubicados en una gaveta tapada con un cristal. El televisor de unas setenta pulgadas levitaba sobre la repisa, atornillado seguramente en la pared. Los parlantes del Home Theater estaban esparcidos por el lugar como micrófonos espías en la casa de un político importante y corrupto acechado por hombres enviados desde Langley.

Adam se acercó hacia una de las dos colosales ventanas que había en la pared. Eran por lo menos dos veces más grandes que el televisor, pero no había forma de abrirlas de momento. Se abrían hacia adentro, pero había macetas en el borde de la ventana que no dejaban abrirlas. Plantas verdes y de hojas redondeadas y suaves se levantaban sobre la tierra como un hongo nuclear. Había también la escultura de una mujer desnuda y gruesa, modelando de forma parecida a Susana en pleno apogeo del Manierismo.

Lo pensó dos veces y hasta tres veces antes de querer subir sobre unas sillas junto a la ventana. Parecían haber sido sustraídas directamente del palacio de Buckingham, del mismo escritorio de la Reina Isabel II. Pero allí al lado había otra abertura sin puerta por donde se podía pasar a otra habitación.

Al otro lado, Adam se encontró con una habitación apenas más pequeña que la oficina administrativa que había en el 7-Eleven. Pero había pocas cosas, lo que la hacía parecer más grande de lo que era. Tan sólo una maceta con una planta larga, puntiaguda y brillante, le daban una vitalidad y frescura al lugar

incomparables. De sólo verla, Adam sintió que se le helaban los huesos, aunque también era porque había una puerta abierta de par en par que daba hacia un balcón colgando sobre la calamidad que deambulaba varios metros más abajo.

Ni siquiera se acercó a la mesa donde había una computadora Mac con una pantalla tan grande como nunca había visto en su vida. De todas formas no iba a prenderla y así hubiera habido luz, ¿para qué iba a entrar? Sólo se acercó hacia el balcón donde fue recibido por una ráfaga de viento cruda y congelante. Su uniforme se enfriaba con rapidez y le comenzaba a entumecer la larga y endurecida superficie de su piel.

La luna ayudaba bastante con la iluminación, pero estaba demasiado oscuro abajo como para saber lo que estaba pasando. No había incendios en las cercanías, sólo se veía el fuego y las largas columnas de humo en la lejanía, de donde habían escapado de una muerte segura. La muerte seguía rondando pero tendrían que esperar a que amaneciera para ver si había aguardado con paciencia.

-¡No!" -Gritaron desde una de las habitaciones de adentro. Adam corrió de prisa mientras sacaba el arma, esperando encontrar un espectáculo parecido al que presenció cuando su padre mató a su madre. No podía negar que el miedo le bullía por los poros y el arma no se podía mantener quieta. Shannon seguía mirando hacia afuera por una de las ventanas que había en la cocina, como si nada estuviera pasando. Adam se pegó a las paredes y se arrastró por ellas como un oficial del equipo SWAT.

Mientras más se adentraba en el lugar, más sombras plagaban los espacios, haciendo dificultoso un avance apresurado. Se escuchaban como gritos ahogados por gemidos que tenían una naturaleza extraña, no de alguien que sufría un ataque de un asesino, sino de alguien que sufría un ataque de rabia. Con apenas un par de minutos de conocer a Naomi, bien se podía esperar eso de ella. Pero aún así, Adam se introdujo a la habitación de donde provenía el ruido.

Todo el piso estaba cubierto por una alfombra rosada aún más peluda que la que había en la sala. Desentonaba totalmente con el estilo de las otras habitaciones pero qué se podía hacer con los caprichos de una chica engreída. Había unos vidrios opacos en el techo que traslucían la luz. El iluminado



dejaba ver una cama amplia, como para que una pareja y sus hijos pudieran dormir allí cómodamente. Los zapatos de taco amarillos estaban sobre la sábana arrugada. Un cuadro colgaba en la pared detrás de la cama. Adam pudo reconocer a la pintura como un trabajo hecho por Goya, algo de estilo Rococó. Había un par de mesas de noche y otra de esas sillas doradas como las que había en la sala. Supuso que su closet con ropas estaría en otra habitación tan grande como aquella.

Era más ruidosa la respiración de Adam que las pisadas que hacía en el suelo. Escuchó golpes en otra habitación, una a la que se podía entrar por una abertura con puerta en un rincón de la habitación. La puerta estaba semiabierta y los golpes sonaban como de alguien que golpeaba la pared. *El hombre de los ojos negros ha entrado trepando por el edificio y ha entrado por la ventana. Ahora está golpeando a Naomi contra la pared, tiñéndola de un color que va a hacer juego con el de su alfombra.*

-¡Qué diablos...! -Gritó Adam abriendo la puerta con fuerza, entrando a la habitación que no era otra que el baño de Naomi. Ella volteó con una expresión parecida a la que Adam vio cuando la abordó en el carro accidentado en el 7-Eleven. Por un segundo, aquel grito que emanó de su boca se pareció bastante al de alguien que en verdad estaba siendo asesinado. Shannon se distrajo, dejando de abrir todos los cajones y alacenas de la cocina por un momento, pero luego siguió con lo suyo con el mismo afán que antes.

-¡Largo! -Chilló Naomi, desnuda como se encontraba, tanteando alrededor y agarrando con rapidez su toalla con la que se cubrió tan velozmente como si se tratara de un truco de magia.

Un segundo después, Adam estaba en el piso boca abajo, con el cuerpo sobre la fría superficie de cerámica blanca del baño. Lo rodeaba una combinación de fragancias medio entre dulces como el de la miel y mística como el olor de algunas flores de campo. Adam sintió que alguien ponía un pie sobre su espalda y pisaba con fuerza. *No era tan débil como me lo imaginaba.*

-¿Quién te dijo que podías entrar acá? -Ella parecía recordar a una de esas viejas fotos donde aparecían los cazadores con un pie sobre su presa, posando rectos, distinguidos y refinados. Casi como estatuas.

-Lo... lo siento. -La voz de Adam sonaba distinta desde el suelo-. ¿Para qué gritas? Pensé que te estaban atacando una de esas personas. Tus gritos, los golpes, ¿qué estabas haciendo?

-¡No hay agua! Por eso gritaba. ¿Cómo me voy a quitar toda esta suciedad que tengo encima, eh? Tengo el cuerpo bañado de sudor... supongo que ya lo habrás visto... y la planta de los pies cubierta de polvo de más de un millar de escalones que he pisado. ¿No te parece suficiente eso como para desesperarse? Por Dios. Luz, agua, luego ¿qué más?

-Por favor Naomi, ¿no crees que otras cosas deberían preocuparnos más?

-¡No!

-Como quieras. Deja de pisarme por favor.

-No hasta que me pidas perdón.

-Pero si tú tuviste la culpa por haber gritado. Deja de aplastarme de una maldita vez.

-Agradece que no esté usando mis tacos. Ahora pídemme perdón antes de que cambie de opinión.

-Está bien. Perdón. Siento haber entrado y haberte visto... como te vi. Y por cierto, déjame decirte que no estás nada mal... ¡Ay! Lo siento. No vi nada. No vi nada.

Naomi levantó el pie con rapidez y se hizo a un lado-. Ahora vete. Y la próxima vez, al menos ten la amabilidad de tocar.

Adam salió del baño con una serie de punzadas dolorosas en la columna. Cuando abandonó el dormitorio de Naomi, creyó escuchar una risa que provenía del baño, aunque después de lo ocurrido, ya no se confiaba tanto de lo que escuchaba. Caminó hacia el balcón agradeciendo que no hubiera nadie alrededor que hubiera visto la humillación que sufrió. Aún seguía pensando en lo último que le dijo Naomi. ¿Ten la amabilidad de tocar? ¿Qué habría querido decir con eso?

Al llegar al balcón, se encontró con Shannon quien estaba en el borde mirando hacia abajo. Era como haber encontrado el abismo al infierno y ¿qué ganas tendría uno de echar una ojeada hacia abajo? La curiosidad ganaba la apuesta

nuevamente.

## Asomándose por el balcón

-No se ve nada. -Susurró Adam acercándosele al oído de ella. Ella tenía un lunar en el cuello, un poco más abajo de su oreja izquierda. Varios de sus cabellos negros estaban erizados, como los de alguien que ha sufrido un susto o como los de alguien que recién se levanta.

-Pero se oye algo. -Contestó ella con los ojos abiertos como platos, aunque exhibiendo siempre una sonrisa indescifrable-. Escucha. -Ella lo rodeó con un brazo y lo acercó hacia el borde del balcón. Estaban pegados los dos, cabeza con cabeza, mirándose el uno al otro apenas a unos centímetros, escuchando atentamente todo lo que provenía de aquel abismo.

En un primer instante, lo único que podía escuchar Adam era el sonido de su corazón al acelerarse. Generalmente ese tipo de acercamientos, a los cuales no estaba acostumbrado, le generaban esa súbita subida de presión. Era una reacción que ni siquiera una horda de personas con ojos negros podía causar. Luego se escuchó tragando saliva, pero después vino lo que importaba.

Ambos movían los ojos de un lado a otro. Se encontraron con la mirada cuando se percataron de que estaban escuchando el mismo sonido-. Lo ves. - Dijo Shannon dejando ver su dentadura a través de sus labios secos-. Lo oigo. -Replicó Adam apretando los labios y la mandíbula después de hablar.

Sus ojos fueron de un lado hacia el otro cuando no oían nada más que un murmullo como el de un río en la distancia. Por momentos había cristales rotos, la caída de algunos objetos y otros sonidos que no podían imaginar ni siquiera poniendo su mente a trabajar como un prisionero en Auschwitz.

Fue cuando escucharon aquel par de risas roncas y ásperas, cuando recién sus ojos se encontraron. Adam y Shannon habían tenido la oportunidad de escuchar un tipo de risa similar en las noches frías, aunque no tan solitarias, de Norfolk. Se parecían a las risas de algunos vagabundos borrachos que solían merodear los bares de Quint Avenue, pero éstas que se elevaban desde la oscuridad desconocida de allá abajo, llegaban flotando con un eco más gutural, más carrasposo y desentonado. Como si sus cuerdas vocales no vibraran, sino como si se chamuscaran bajo el efecto de una corriente eléctrica

tremenda.

-Creo que fue otra vez el caballo. -Dijo Shannon separándose de Adam. Se sentó en una silla blanca de madera que había en el balcón-. Cuando quedamos inconscientes en la tienda y después despertamos como si de pronto hubiéramos atravesado otra dimensión. Seguimos aquí, pero, ¿de dónde han salido esas personas? Hace un poco de calor. Me voy a sacar esta casaca porque no la soporto. Tanta adrenalina me pone así.

-También tengo algo de calor. -Respondió Adam mientras paseaba su mirada de Shannon a los otros edificios que había alrededor-. ¿No crees que todo esto pueda haber pasado por abrir el Arca?

-¿Qué? -Debajo de la casaca jean tenía una sudadera azul delgada. Se abría con un cierre pero Shannon se la sacó por el cuello. Quedó solamente con un polo negro sin mangas y con un escote pronunciado. No resaltaba precisamente por sus pechos, sin embargo, Adam pensaba que había sido indemnizada de aquella omisión con aquel generoso trasero que ahora permanecía oculto a su vista y también a su imaginación.

-El Arca. -De pronto él también empezaba a sentir calor.

-¿Cuál Arca?

-El Arca que encontraron en Afganistán. ¿No has visto las noticias? Ha salido en todos los canales a todas las horas.

-No veo televisión.

-¿Radio?

-Tampoco. Ni periódicos. No me interesan mucho. Solo salgo a caminar y a hacer otras cosas que se presentan en el camino. Pero estuve leyendo a Lovecraft. *En las montañas de la locura*. Hay cosas en la Antártida que estuvieron en la Tierra desde siempre. Tal vez son los dioses que ahora han traído esta calamidad para hacernos a un lado y reclamar lo que alguna vez les perteneció. Eran como calamares, pero me imagino que también pueden tener la forma de caballos. -Adam se estremeció al oír el nombre de aquel continente congelado.

-No tiene sentido lo que dices, pero dado el caso, creo que es lo más sensato que he escuchado hasta el momento. -Luego se ponía a pensar en que era la

única teoría que había escuchado hasta ese momento.

-Será mejor que nos vayamos acostumbrando a esto. -Se cruzó de brazos, oprimiendo sus pechos con fuerza. Adam miraba hacia la oscuridad.

-¿No tienes miedo?

-He estado cerca de peleas callejeras y me han tratado de disparar un par de veces en algunas ocasiones cuando salía a caminar en la noche. No lo sé. Creo que sí me da miedo, pero, en mi caso, el miedo no es algo que me haga huir, sino es algo que me atrae.

A unas dos cuadras de donde estaban, se levantó la primera bola de fuego en ese barrio. ¿Qué causaba las explosiones? Solo podían ser las personas de los ojos negros.

-Como eso, por ejemplo. -Dijo Shannon señalando el humo negro que se elevaba en la oscuridad-. Me asustó la explosión, no lo niego, pero también me da curiosidad saber qué pasó allí. Quisiera bajar por las escaleras y caminar hasta ese lugar para ver lo que está pasando. Si hubiera sido una noche normal, ya hubiera estado corriendo hacia el fuego. Pero ya que estoy prisionera, sólo puedo entretenerme con escuchar lo que hay debajo de nosotros. Hay gente en el otro edificio, ¿sabes, no?

-¿Dónde? -Adam miraba al edificio de enfrente. Cada una de sus miles de ventanas no dejaba traslucir nada de su interior. Si hubiera habido luz, tal vez aquellas gigantescas letras en la cima del edificio estarían encendidas. *Senzuki*.

Shannon se puso de pie, balanceándose peligrosamente sobre la baranda al borde del balcón-. Allá. -Su dedo apuntaba al techo de una edificación erigida al costado del edificio *Senzuki*. Era cierto. A pesar de la oscuridad, se podían distinguir las sombras de unas personas que se habían agazapado en un rincón en el techo.

Habían atrancado la puerta que llevaba al techo con un archivero enorme, pero había alguien cerca a ese lugar con los brazos cruzados. Al parecer no se confiaban del peso del archivero como garantía total de su seguridad. Todo era tan desconocido que cualquier cosa era posible.

-¿Nos podrán ver? -Dijo Adam.

-¿Para qué? No van a venir al apartamento a tomar el té con nosotros. Ya se las arreglarán hasta que amanezca... claro, si es que encuentran la forma de venir sin que los *cuervos* les arranquen los ojos en el intento.

-¿Los qué? -Sonrió brevemente, lo cual era la ironía más grande mostrada en aquel aborrecible escenario.

-Los cuervos. -Shannon se señaló el ojo-. No vamos a estar diciendo todo el tiempo *las personas de los ojos negros* eh. Algún nombre les tenemos que poner y a mi parecer, los cuervos es un nombre que les cae como anillo al dedo. O es que habías pensado en otro nombre.

-Pensaba en cualquier cosa menos en un nombre.

No escucharon los pasos de Naomi al acercarse. Estaba descalza y se había cambiado de ropa. Ahora tenía un pantalón cubierto de flores de casi todos los colores que existían en la naturaleza. Un cinturón en forma de ramas de árbol de color dorado colgaba de su cadera delgada. Había dos letras C cruzadas en la hebilla y en letras pequeñas se podía leer Chanel. Encima tenía un polo negro con una frase en el pecho en letras coloridas que decía: Soy tu sueño americano.

-Tuve que ponerme lo más sucio que tenía a la mano... -Dijo Naomi rascándose la cabellera rubia-. ... ¿Qué pasó? ¿Ya se fueron? ¿Qué hacen acá afuera?

-Estamos viendo qué hacer. -Adam aún estaba con la imagen fresca de Naomi en el baño y extrañamente le comenzó a palpitar la vértebra en donde ella se había parado.

Naomi sintió como si conociera a esos chicos de toda la vida. No había tenido esa sensación desde que estaba en el primer año de la escuela, cuando un día su madre se olvidó de recogerla (se quedó dormida por un exceso de pastillas) y ella se quedó con John y Paddy, unos niños que vivían cerca a la escuela. Unas horas después, alguien se dio cuenta de que la pequeña Naomi no estaba en casa.

Verla sin aquella máscara de maquillaje era fascinante. Adam creía estar viendo a otra persona completamente distinta. Había un par de arrugas fijas al borde de su boca y tenía manchas oscuras bajo los ojos, pero su rostro delgado y lívido era más bello en su estado natural. *Incluso en el caos total,*

*no todo puede ser malo.* De contemplar la constelación de pecas en el rostro de Naomi, Adam pasó a contemplar el cielo plagado de estrellas. Algo se acercaba trayendo consigo un estruendo que comenzaba a hacer temblar las ventanas del edificio Senzuki.

Fue puro instinto femenino lo que hizo que Naomi se aferrara a la espalda de Adam con el advenimiento del trueno perpetuo. Esa era la forma de definir el sonido que se acercaba con la rapidez de los astros que merodeaban más allá del conocimiento de los mortales. Shannon se había acercado peligrosamente a la baranda y se recostó de espaldas mientras observaba al cielo en espera de la aparición de un caballo, un calamar o lo que sea que fuera. *Tekeli-li. Tekeli-li*, recordaba del libro.

Pasaron tan rápido que apenas tuvieron tiempo de ver las puntiagudas siluetas de aquellas sombras arrasando con la tranquilidad en aquel vecindario. Dos F-22 Raptors se perdieron de vista mientras el sonido viajaba tras de ellos, sudando excesivamente para alcanzarlos. Los vidrios de todos los edificios del lugar temblaron como sacudidos por un terremoto. Algunos se quebraron y los cristales cayeron hacia las sombras, donde se arrastraban con rapidez los ahora bautizados *cuervos*. Hubo otro par de explosiones en la lejanía aunque era poco probable que los aviones hubieran causado aquellos estallidos.

Cuando era algo más joven, Naomi había viajado a Perú junto con su padre para subirse a la ola de turistas que visitaban Machu Picchu. Convertirse en maravilla del mundo había bastado para que los tickets de avión y las reservaciones para entrar a la ciudadela estuvieran listas en un par de días. Fue una desgracia que jamás pisaran ni siquiera el suelo de Cuzco: el mismo día que llegaron a Lima, un terremoto en una de las provincias cercanas sacudió la capital como si el suelo fuera de arena. Desde la ventana del hotel *Del Pilar* en Miraflores, Naomi había visto las ventanas temblar, los semáforos sacudirse como un termómetro cuando se le baja la temperatura, la gente corriendo. Algo parecido se había sentido en ese lugar con el paso de los jets, que viajaban tan bajo como algunas gaviotas en tiempos veraniegos.

-Es algo grande. -Dijo Adam sintiendo la presión de los dedos de Naomi sobre su brazo-. Puede que sea algo mundial.

-Tiene sentido lo que dices. -Shannon casi se cae por la baranda pero inclinó su cuerpo con rapidez para regresar hacia la seguridad del balcón. Ni Adam ni



Naomi se percataron del accidente, sólo escucharon su voz agitarse y luego percibieron su sonrisa nerviosa-. Maldita seas Naomi, tu baranda es demasiado pequeña. Un poco más y ahora estaría en brazos de los cuervos.

-¿De qué hablas? -Exclamó Naomi irguiéndose como si tuviera los tacos puestos.

-No importa. Si esto sólo estuviera ocurriendo acá, tendríamos un enjambre de helicópteros y jets dando vueltas sobre los edificios como moscas alrededor del excremento. -Se escuchó un gemido asquiento brotar de la garganta de Naomi-. Y ni qué hablar de la policía, los bomberos, la prensa. Pero ya ven. ¿Dónde hay alguien haciendo algo? No hay ni un solo representante de la ley. Ni un maldito samaritano a la vista. Sólo oscuridad, gritos y caos por todos lados. Hasta en los peores terremotos hay gente actuando, patrullas haciendo sonar sus sirenas... igual las ambulancias o alguien. Diablos. Estamos solos en esto.

Hubo unos gritos que se mezclaron con palabras. Parecía estar desarrollándose una pelea callejera allá abajo. Mientras esto ocurría, una a una, todas las ventanas del penúltimo piso del edificio Senzuki se fueron quebrando. Naomi regresó a su estatura normal y se acurrucó aún más atrás de Adam. Shannon se volteó y retrocedió hasta sentarse en la silla como quien admira un atardecer. Los cristales estallaban aunque no llegaban al balcón. Doce metros de separación entre los edificios no le daban oportunidad ni siquiera al récord mundial de salto largo. Aunque los récords estaba hechos para ser quebrados.

Entonces, varias personas comenzaron a saltar desde los agujeros-. Dios mío, Dios mío. -Gritaba Naomi, cubriéndose la boca, pero no pudiendo evitar caer en la histeria.

-¡Shannon! Vamos adentro. -Gritó Adam mientras era arrastrado por Naomi hacia el interior del departamento. Por más que estiraba su mano, no podía alcanzar a Shannon.

-Ni loca. Vayan ustedes. Ya les contaré lo que pasó aquí.

-¡Que entres, maldición!

-¡Dios mío! ¡Qué es esto! ¡Vamos a morir, Dios mío!

-¡No eres mi padre para gritarme así! ¡Ni siquiera a él le haría caso! ¡Vete de aquí y déjame en paz!

-¡Vamos adentro Adam! ¡No puedo seguir viendo eso!

-Con un demonio. Vamos, Naomi.

Adam pensó en llevarla al baño para sacudirla con un buen salpicón de agua fría, pero demonios, no había agua. De igual forma, la llevó casi a rastras hasta aquel lugar, el cuarto más alejado del exterior de todo aquel complejo apartamento. Adam no recordaba cómo las personas en el Seattle's Children Hospital lo habían confortado después de la muerte de su padre y madre. Lo único que recordaba era el gran abrazo que le dio la psicóloga Sandy Norman cuando llegó. Empezó haciendo lo mismo con Naomi.

La abrazó más fuerte cuando otro F-22 estremeció el edificio.

## Cuervos en la familia. Recuerdos del pasado.

-Ven para acá maldición. -Había gritado el padre de Shannon, Nicholas, apenas ella entró por la puerta de la casa. El ambiente olía a alcohol tanto como una cantina en la hora punta. Bastaba con encender un simple fósforo para poner en llamas no sólo la casa sino la cuadra entera-. Trae aquí tu trasero perra. Necesito una mujer. ¡Ven aquí ahora! -No se podía ni poner de pie. Sólo gritaba y agitaba una botella en la mano. La única que se mantenía en alto ante las otras vacías que yacían regadas en el suelo.

Shannon corrió hacia el segundo piso sin decir palabra y cuando estuvo a la mitad de la escalera, escuchó cómo la botella se estrellaba contra la pared. Ya en la mañana su padre le volvería a pedir perdón de rodillas y con lágrimas en los ojos, pero por ahora no podía acercarse a él.

En el cuarto de Nicholas, Shannon rebuscó los pantalones de su padre en busca de algunos billetes. Siempre había algo en los bolsillos, o también podía encontrar algo en los cajones donde aparte de algunas botellas de whisky en miniatura, también guardaba ropa interior de sus amantes como trofeos de guerra. Ya no le daba asco; tal vez sólo la primera vez, pero ahora le daba lo mismo.

Salió de la casa con ochenta dólares y un intenso aroma a cerveza impregnado en sus ropas-. ¡Estás muerta! -Gritó varias veces Nicholas, pero luego dejó de vociferar cuando una serie de arcadas lo obligaron a vomitar toda la infección que tenía por dentro. Sólo cortándose las venas podría deshacerse de todo el alcohol que le recorría el organismo.

*Estás muerta. Trae tu trasero aquí perra.* Eso parecían decir los cuervos luego de aparecer en varias de las ventanas del penúltimo piso del edificio Senzuki. Luego de arrojar a tantas personas como pudieron (fueron tantas que Shannon llegó a perder la cuenta) se habían acercado a la ventana y se

quedaron allí mirando hacia el balcón, donde Shannon les devolvía la mirada y la postura desafiante.

Generalmente no la ponían nerviosa muchas cosas. Pero los ojos negros de los *cuervos* parecían ser lo único que le resquebrajaba la coraza de insensibilidad que la protegía del mundo. No sólo tenían la pupila y el iris negros, todo el maldito globo ocular lo tenían inyectado de un negro tan oscuro como el fondo de un pozo infinito en la noche sin Luna más oscura.

*Malditos cobardes.* Shannon lo decía por los cuervos y también por Adam y Naomi que seguían atrincherados en el baño. Aunque luego Shannon recapacitó. No eran tan cobardes como ella pensaba (Lo decía sólo por Adam y también por los cuervos). Lo pensó mejor al recordar cómo Adam había quedado inconsciente en su intento por espantar a los criminales que la perseguían. Y dejó de llamar cobardes a los *cuervos* cuando vio cómo tres de ellos se aventaban a toda velocidad por la ventana en un intento por llegar al balcón donde estaba ella parada.

Shannon retrocedió por puro instinto a pesar de saber que ellos nunca lograrían alcanzarla. Apenas llegaron un poco más allá de la mitad de la distancia que separaba ambos edificios. Sus gritos demenciales en su larga caída querían llegar tan lejos como el estampido sónico de los jets que ahora se encontraban mucho más allá de aquel lujoso vecindario. Los otros cuervos seguían mirando desde aquel sombrío piso en el edificio de enfrente. Shannon creía seguir escuchando los gritos de los que habían caído. Ya había pasado mucho tiempo, pero seguían gritando. No era posible. *O tal vez sí.* Ya no se podía oír nada.

Sólo cuando un extinguidor pequeño salió volando de entre aquellas ventanas quebradas y se estrelló contra la baranda cerca donde estaba ella, sólo entonces Shannon decidió que ya era hora de entrar. El extinguidor siseó como una serpiente y dejó escapar un suspiro de humo blanco mientras caía. A Shannon le dio rabia que no hubiera nadie allá abajo que gritara: “Hey, ¿quién diablos está aventando cosas?” Ya estaba en el dormitorio de Naomi cuando un monitor de computadora se estrelló contra la baranda. Era uno de modelo antiguo, de esos que parecían una caja y pesaban como diez de los monitores modernos.

-Ya falta poco para el amanecer. Tal vez una hora y algo más. -Dijo Shannon

cuando se recostaba en el suelo junto a Adam, que la miraba con alivio, y a Naomi que respiraba de forma entrecortada, moviendo bruscamente la cabeza de vez en cuando como si tuviera hipo.

Para ese entonces, los cuervos habían abandonado el penúltimo piso del edificio Senzuki y bajaban las escaleras con algo en sus mentes que no era pensamiento sino simplemente maldad pura. No había ninguna luz de compasión en aquellos ojos negros.

La iluminación en el baño le proporcionaba a Shannon, un maquillaje parecido al de ciertas películas en blanco y negro. Hace poco había jugado con sus trenzas y nunca dejaba de mover alguna parte de su cuerpo. Las trenzas las había colocado alrededor de su cuello, como una bufanda. Luego se dedicó a mirar directamente a los ojos a Adam, como si le recriminara por algo que había hecho. Su mirada transmitía una tristeza intensa; esos ojos negros (opuestos completamente a la percepción que exhalaban los ojos de los *cuervos*) tenían una energía poderosa. Adam se sentía completamente dominado por su mirada, tenía ganas de arrojarse frente a ella y pedirle perdón así ella no tuviera nada que perdonarle.

Tras un espasmo de Naomi, y la distracción que esto causó, Adam volvió a concentrarse en los ojos de una de las mujeres con la que había viajado a otra

dimensión. Encima de esos ojos melancólicos, había unas cejas abundantes y curvadas como el trayecto de un lanzamiento de jabalina. Parecía una chica del campo con su peinado cayendo hacia ambos lados de su cabeza y esas trenzas largas y brillantes como la piel de una serpiente de cascabel. Al igual que Naomi, sus pecas iban de la nariz a las mejillas, pero las de Shannon se extendían un poco más hasta casi tocar las orejas y descender por los costados un poco más debajo de la línea de su boca. Shannon levantó las cejas pero su rostro no cambió de expresión. Adam ya no quería seguir sentado en ese lugar.

-Naomi. -Susurró con cuidado el chico.

-Qué. -Naomi parecía una niña después de haber sido rechazada por alguien tras una declaración de amor. Adam temía que estuviera en estado de shock.

-Te llevo a la cama.

Ella levantó la mirada. Tenía las pupilas húmedas y temblorosas. Los ojos se le iban a derramar por las cuencas si seguía llorando-. Será el fin del mundo, el apocalipsis, pero eso no quiere decir que me vas a tener tan fácil. -Quería mirarlo con amargura, pero no podía salir de la angustia. Gracias al cielo no estaba en shock.

-¿Quién crees que soy? -Dijo Adam frunciendo el ceño. Shannon asustaba a los dos con unas carcajadas que parecían provenir de un payaso con un ataque de histeria. Se paró y se fue hacia la sala, donde se siguieron escuchando sus risas. Era gracioso estar riéndose encerrados en el último piso de un edificio ubicado en la calle Apocalipsis-. Deja de pensar tonterías. -Continuó Adam, mientras trataba de levantar a Naomi-. Sólo quería llevarte a la cama para que te durmieras hasta que fuera de mañana.

-¡No quiero!

-Sólo quiero que duermas un poco.

-¿Y si despierto y ya no los encuentro? -Ella se había puesto de pie pero se aferró al pecho de Adam y no pensaba dejarlo ni respirar.

-¿Cómo crees que te vamos a dejar?

-Bueno... -Adam le levantó el rostro. Al mirarla tan de cerca, pensó que estaba viendo uno de esos cuadros donde aparecían mujeres sufriendo frente a una cruz. Le pasó la mano por el cabello abultado, le secó la humedad de las

lágrimas con su dedo, pero no le llegó a sonreír. Sólo quería llevarla a su cama y dejarla descansar un rato.

-Vamos. -Le dijo Adam y la llevó, rodeándola con su brazo hasta su gigantesca y desarreglada cama. No se percató de la ligera inclinación que hizo Naomi en un intento por acercar el rostro de ella con el del chico. Adam estaba inmerso en pensamientos confusos, oscuros como las calles que circundaban aquel edificio y se extendían más allá del entendimiento. Dejó a Naomi sobre sus sábanas sin percibir las caricias de sus manos en su hombro. La cubrió sin mirarla, o tal vez la miraba pero ella no estaba en sus ojos. Salió de aquel cuarto sin mirar atrás, sin responder al “gracias Adam” que Naomi susurraba desde su cobijo.

Tenían una hora más de oscuridad hasta que la claridad de la mañana les revelara la situación real del lugar donde estaban. Adam deseaba que siguiera siendo de noche para no tener que enfrentarse a la terrible realidad del mundo. Deseaba estar muerto, o al menos seguir tendido en el suelo bajo el techo del 7-Eleven, inconsciente y perdido en el terreno de lo onírico, donde al menos había algo más de tranquilidad que en el mundo real.

Adam recién se percataba de las lágrimas que caían por sus mejillas. Abundantes y hasta desproporcionadas, como una lluvia fría en los días más calurosos del verano. El lugar se fue deformando a medida que el agua salada inundaba sus ojos, las paredes, los muebles, la luz y las sombras adoptaban formas y traían recuerdos que se iban aclarando al igual que el dolor.

Cayó sobre sus rodillas, estaba siendo atacado por una desbordante migraña. Era algo más que migraña, algo palpable y con forma precisa. *Tranquilo chico, yo sé lo que hago. Relájate y disfruta de mis caricias. Yo estuve contigo ese día, ¿ya lo recuerdas? Soy yo, Adam. No te has librado de mí, te he estado acompañando desde siempre. Nunca me fui, nunca me olvidaste. Ahora puedes recordar bien esa noche, ¿no es cierto? Oh, ahí viene esa chica. Recuérdalo Adam, soy tu padre, soy tu sangre. Nunca podrás deshacerte de mí. Soy la cosa.*

Antes de que Shannon se arrodillara junto a él, los recuerdos cayeron como una avalancha frente a los ojos de Adam. El rostro de Naomi junto a él en el baño, esa cara de ojos llorosos y expresión agonizante se transformaba en una figura de mirada opaca y lividez cadavérica. Era su madre, Ann Parker,

recostada junto a él con una herida de bala en el pecho y una laguna de sangre bajo ella como una alfombra roja-. No te vayas hijo, espérame. -Gemía con esfuerzo, luchando por no ahogarse con toda la sangre que tenía acumulada en la boca. Adam le había acariciado el cabello y le había limpiado sus ojos llorosos antes de acostarse junto a ella y empaparse de su sangre.

-¡Adam! -Exclamaba Shannon, sacudiendo al chico que parecía haber sido poseído por algún espíritu maligno. No reaccionaba ni siquiera con el bofetón que le propinó Shannon con un poco menos de la mitad de su fuerza.

-¡Tengo que esperarla, suéltense! -Gritó Adam, sacudiéndose y golpeando a Shannon sin saber lo que hacía-. ¡No!

-¡Qué diablos te pasa! -Shannon le pegó otra cachetada, ahora más fuerte y esta vez con la intención de hacerle daño.

-Mira mis manos. -Dijo Adam, pero después cambió de expresión. Se volvía a mirar sus manos, les dio vueltas y se las acercaba a sus ojos como queriendo ver algo. Lo que sea que estuviera viendo antes, ya no estaba-. Había sangre Shannon, pero... ha desaparecido.

Después de eso, Adam se recostó boca arriba en el suelo de madera vieja. Shannon se recostó junto a él, de costado, con su mano sosteniendo su cabeza para poder observar lo que hacía el chico. La mirada en los ojos marrones de Adam le decía a ella que había vuelto.

-Tengo que contarte algo. -Dijo Adam.

-Cuéntame lo que quieras, tengo tiempo de sobra.

-Espera, ven aquí.



-¿Hay alguien allí? -Preguntó Shannon jalando el párpado de Adam y luego dejándolo ir. Le gustaba ese ruido como el de la caída de una gota. Lo repitió con el otro ojo pero ya sin preguntarle nada.

Habían conversado poco, pero ella sentía que se habían conectado de una forma distinta, más íntima y cercana que como si hubieran salido a cenar trescientas veces seguidas. No había visto a un chico de esa edad llorar tan desconsoladamente como lo había hecho Adam. Y no había nada que reprocharle en aquel llanto. Shannon no podía negar que la había conmovido, pero al menos él no estaba en condiciones de darse cuenta de nada que no fuera su propio dolor.

Se acercó a él y le dio un beso cerca de la comisura de la boca. Era una sensación parecida a la de una mujer despertando a su esposo, si es que así se sentía hacerlo, pensó Shannon. No separó sus labios del rostro de Adam hasta que vio que él abría los suyos y se movía como una tortuga volteada. Cuando Adam estuvo despierto, recién ella le dio un beso en los labios. La humedad de los labios de ella fue como agua para un náufrago. Adam estaba aún perdido en extraños océanos de recuerdos y vagaba flotando por indescriptibles escenas de dolor, pero ese beso lo arrancó de su sufrimiento y lo trajo a la realidad.

-¿Qué pasó? -Preguntó Adam cuando Shannon se separó de él.

-Pues que tengo náuseas, mareos... Adam, creo que estoy esperando un hijo tuyo.

-¡Qué! -Adam se puso de pie sobre algo blando e inestable y tuvo que sostenerse de la pared para no volver caer.

-Por favor Adam, no seas tan crédulo. Sólo te quedaste dormido un rato... un buen rato diría yo. Te has perdido de un buen espectáculo sonoro anoche. Creo

que ya podemos salir ahora, al menos desde hace buen rato, el silencio me dice que ya no hay peligro, aunque no estoy segura, pero tampoco vamos a quedarnos en este lugar para siempre, ¿no crees? -A ella también le costó mantener el equilibrio cuando se paró.

La noche anterior, habían sacado los cojines de los muebles de la sala y los habían llevado al pasillo cercano a donde dormía Naomi. Encajaban perfectamente en el espacio y Adam se preguntó si habrían sido diseñados con ese propósito. Los dos pudieron echarse allí cómodamente. Cerraron la puerta del cuarto de Naomi para evitar en lo posible que se despertara con cualquier ruido. Adam aún no estaba seguro de lo que iba a suceder allí.

-Pensé que estaba soñando... ¿qué hora es? -Preguntó Adam con su cabello negro despeinado. Se parecía bastante al de George Harrison en la portada del álbum *Let it Be*. Comenzaba a aparecerle los primeros rasgos de bigote. Pronto se convertiría en el hijo perdido de Harrison. Parecía brotar también un triángulo de vellos bajo sus labios. A Shannon le gustaba su rostro juvenil, lleno de vitalidad y también con un toque varonil gracias a sus tupidas cejas negras.

-De mañana. -Se sentía un aroma a humo denso, pesado, nada bueno para todos en aquel departamento que habían tenido una muy mala noche-. No sé, ésta chica no tiene relojes en ningún lado. Todavía no hay luz y no tengo ni celular ni reloj para poder darte una respuesta. -El efluvio ceniciento se hacía por ratos más intenso, se sentía en los ojos, en la garganta, en el sabor de la saliva. Pero había vestigios de un sabor delicioso que permanecía en los labios de Adam y que le restaban relevancia a los otros sabores amargos. Quería probar un poco más.

-Qué idiota. Sí tengo reloj... vaya... son casi las nueve de la mañana. -Ella asintió como si ya supiera qué hora era.

Adam no se acordaba muy bien todo lo sucedido la noche anterior, pero al parecer ya habían dado largos y misteriosos pasos en lo que podía ser una algo más que una simple amistad. Cuando Adam se le acercó, zarandeándose sobre el cojín, y sin decir palabra alguna, la besó de nuevo, Shannon probó cerrar los ojos para ver si experimentaba algo distinto. ¿Por qué?, se preguntó Adam. ¿Era el temor de sentir que el fin se acercaba lo que provocaba ese apresuramiento? Al diablo con las preguntas, sus labios eran deliciosos.

Trataba, pero no lograba sentir esa sensación de ser arrastrada a un mundo espectacular de sentimientos divinos y melosos. Eran sólo cuentos estúpidos de chicas primerizas fascinadas exageradamente con sus primeras experiencias amorosas. Hasta lo de los poetas le parecía una exageración, pero a pesar de todo, Shannon no podía evitar aceptar que al menos en algo coincidían todos los que describían un beso: se sentía bastante bien.

Ella iba a poner su mano alrededor de la cintura de Adam cuando un golpe en la habitación de Naomi desmoronó la pasión que iba cuesta arriba en los corazones de ambos jóvenes. La puerta se abrió de golpe y apareció Naomi con una cara que conceptualizaba perfectamente la definición de “resaca”. Shannon se fue rápidamente hacia la sala o tal vez al balcón. Tan rápido que Adam no tuvo ni siquiera tiempo de ver si su rostro expresaba amargura o desilusión. Estaba desilusionado de que el beso haya terminado de una manera tan abrupta, pero por otro lado, estaba aliviado de que no haya durado más. *No puedo hacerlo de nuevo. Va a ocurrir lo mismo que antes, lo sé. No puedo volver a enamorarme. La cosa, la maldita cosa.*

-Soñé que se habían ido. -Dijo Naomi. Ahora sí aparentaba unos treinta años, tal vez algunos más-. Gracias al cielo que siguen aquí. ¿Qué diablos han hecho con mis cojines? -Las pisadas de los zapatos de Adam y Shannon estaban estampadas en varios lugares. Era un desastre y a simple vista parecía que ni siquiera un viaje a la tintorería les salvaría la vida a esos cojines.

-Pues... era de noche... no podíamos ver. -Dijo Adam saltando a un lado. Naomi se agachó a ver los cojines como si un auto hubiera atropellado una mascota suya. Por suerte, Adam tenía algo en mente que podía suavizar la situación. *Ojalá tenga suerte-*. Trajimos los cojines para estar cerca de ti si es que pasaba algo. Estaba tan oscuro que ni siquiera nos dimos cuenta de lo que hacíamos. Va...

-Bueno, no importa. -Lo interrumpió mientras ella también caminaba sobre los cojines y se dirigía a la sala-. No me gustaban a mí tampoco, los iba a cambiar la semana que venía, pero ya viste que ahora no voy a poder cambiarme ni de ropa interior. -Volteó y le susurró a Adam-. Tengo una bolsa llena de ropa sucia. Vamos a tener que salir a robarnos algo por ahí. -Luego siguió su camino. Estaba tan aliviada de encontrarlos todavía allí que lo de sus posesiones pasó a un plano bastante lejano. Aunque si hubiera sido la silla

bañada en oro la estropeada, entonces alguien hubiera tenido que responder por los daños. Al diablo con el Apocalipsis, los demandaría por daños a la propiedad privada.

Adam se quedó un momento mirando los cojines. Él los hubiera limpiado con un trapo húmedo, les daba la vuelta y nadie se deba cuenta que algo les había pasado. Qué más daba. Los pisó de nuevo para seguir a Naomi por el pasillo. Ella estaba con Shannon, ambas asomadas por el balcón. No pasó mucho tiempo antes de que Naomi retrocediera caminando de espaldas. Sus gritos parecían pertenecer a otra persona, pero eso era algo que Adam esperaba tarde o temprano. Shannon la siguió con un mutismo absoluto. Las dos tropezaban con cosas mientras se alejaban del balcón.

Adam se acercó con lentitud y se asomó a mirar por el balcón. Habían voces allá abajo y algo más. Era un día bastante frío y se sentía como que los huesos se congelaban.

## Persuasión. Iluminación fatal

¿Estaba asustada o emocionada? Adam no podía adivinar los gestos de la chica a la que había besado. ¿Qué pasaba entre ellos? ¿Era atracción? Podía ser... al menos de parte de él. No se podía estar seguro de lo que ella dijera o hiciera. Por el momento seguían siendo sólo conocidos. ¿Y qué tenía que ver eso en plena guerra mundial?

-Ya pasó. -Dijo Adam, sentado junto a Naomi sobre los cojines que seguían en el pasillo. En la habitación, caminando en círculos, entrando y saliendo del baño, estaba Shannon, con un rostro que mostraba una expresión indefinida. Andaba como un hombre esperando las noticias del parto de su esposa. Shannon había recorrido suficiente distancia como para cuarenta nacimientos. A veces le parecía estar viendo a Melissa Gilbert interpretando a Laura Ingalls.

-¡No seas idiota! ¿Cómo puedes decir que ya pasó? -Gritó Naomi con los ojos llorosos y la cara roja-. ¡Todo el mundo está muerto, Adam! ¡Todo el mundo! ¡Vamos a morir también!

-Calma Naomi. Todo esto tiene una explicación lógica. -Basura. No había ninguna explicación para un millar de cadáveres en las calles.

-¡Pero eres idiota o qué! ¡Dios mío! ¡¿Qué lógica puede haber para un millón de cadáveres en las calles?! ¡Explícame eso! ¡Explícame! -Había tomado a Adam del cuello de la camisa y se la arrugaba con violencia.

-Tienes razón. No hay lógica para eso, pero me alegro que ya no estés ansiosa. Ella lo seguía sosteniendo de la ropa. Lo jaló hacia ella-. ¡Maldito seas! ¿Y ahora qué vamos a hacer? No podemos salir de este lugar. Vamos a morir de hambre. -Los ojos azules de Naomi tenían la intensidad de los rayos del primer caballo.

-Vamos a tener que salir de aquí de alguna forma.

-Jamás.

-No podemos estar aquí encerrados para siempre.

-Mientras siga habiendo cuerpos en la calle no voy a salir.

-Naomi... Son sólo cuerpos.

-¿Y los otros? ¿Los que querían matarnos anoche? ¿Qué me dices de eso?

-No los he visto...

-Pero no sabes si siguen allí.

-Había gente abajo.

-¿Qué gente?

-¿No los has visto? -Ella apretaba como un luchador de jiu-jitsu-. Suéltame y te cuento. -Ella lo miró fijamente a los ojos, sin decir palabra, aún sentía temor y cólera, pero quería saber. Quería aferrarse a algo que la trajera de vuelta a la tranquilidad. Entonces lo soltó.

-Gracias. -Adam se acomodó con sus piernas como un puente sobre las de ella. Shannon se había echado en la cama, miraba hacia el techo como esperando que alguien saliera a través de éste y se la llevara hacia otra dimensión.

-Había gente allá abajo. No eran cadáveres ni los cuervos...

-¿Cuervos?

-Así le decimos a los de los ojos negros. Fue idea de Shannon, a mí nunca se me hubiera ocurrido. No nos desviemos del tema ¿Dónde iba?

-Había gente...

-Allá abajo. Deben ser sobrevivientes me imagino, porque no hay ni rastro de los que nos perseguían anoche. Si quieres puedes verlo tú misma.

-¡No! -Gritó. Cuando se enfurecía se le dibujaban unas curiosas venas en el cuello y en las sienes-. ¡No me voy a mover de aquí!

Adam pensó en esperar otro momento, dejar que se calmara nuevamente y volver a intentar otra vez, pero quería salir desesperadamente de ese apartamento y saber lo que estaba pasando afuera. Confiaba en que Shannon se resistiría menos a la idea de ir afuera, pero por el momento no había posibilidades de mover a Naomi ni de convencerla de salir.

-¿Qué haces? ¡¿A dónde vas?! -Preguntó Naomi desesperada cuando Adam se puso de pie y caminó en dirección a la sala. Adam no tenía ganas de responderle y sólo volteó cuando escuchó que unos pasos se acercaban detrás de él con rapidez. Podía saber de quién se trataba con solo escuchar el golpe de las zapatillas contra la madera.

-Piensas salir, ¿no es así? -Le susurró Shannon al oído.

-Primero quiero estar seguro de lo que vi en el balcón. No sé si tú también quieras asomarte pero yo lo voy a hacer. -Avanzó unos pasos hacia el balcón-. Cuando estaba en el 7-Eleven, siempre estaba queriendo hacer algo. Pasa lo mismo aquí, no puedo estar recostado gimiendo como un gusano en una sartén, necesito salir, necesito ver, no puedo estar quieto, tengo que hacer algo.

-A mí también me gusta estar saliendo a ver las cosas. -Shannon se había aferrado a la ropa de Adam mientras lo acompañaba-. No sé por qué me aterroricé hace un instante. Creo que fue por instinto o porque esa chica me contagió su pánico. Yo no soy así, yo suelo controlarme bastante en situaciones tensas. Creo que esto me ha llevado a los límites y no sé si quiera asomarme de nuevo por ese balcón, pero necesito asomarme de todas formas. Quiero hacerlo con desesperación. -Trataba de justificarse cuando no había necesidad de hacerlo. En el fondo, Adam pensaba que ella trataba de hacerse la dura. Tal vez para ocultar su verdadera fragilidad.

-No lo hagas si no estás segura. -Ya habían llegado al borde del balcón pero se miraban entre ellos todavía. Allá afuera, el olor a humo era más intenso. Parpadeaban con más rapidez tratando de contener las lágrimas. Naomi se había puesto de pie pero los observaba desde la lejanía, recostada sobre la pared.

-No me gusta dudar. Me gusta hacer las cosas de una vez.

-Lo sé. -Adam sonrió mientras dejaba de mirar los ojos de Shannon y brevemente observaba sus labios. *Tal vez otra vez más tarde.* Shannon se acercó más hacia él y puso su brazo alrededor de su hombro-. Agárrame fuerte. -Dijo ella tratando de ocultar su respiración agitada. Miraron hacia abajo sin más vacilaciones.

Incluso a través de las varias capas de piel, músculo y huesos que los separaban, Adam creía sentir con claridad el latido veloz y tenso del corazón

de Shannon. No estaba seguro, tal vez era el suyo mismo. *Dios mío borra éstas imágenes de mi mente.* En ese momento no pensaba en que esas escenas lo acompañarían hasta la muerte, grabadas con fuego en su inconsciente. *La muerte me persigue.*

El panorama no había variado mucho desde la anterior vez que miraron. Salvo un edificio de cinco pisos que tenía rejas cruzadas por toda la fachada, las demás edificaciones estaban mutiladas en varios lugares. Los dos evitaron ver un cadáver que colgaba de un poste con la cabeza golpeándose contra el metal mientras unas aves blancas y de pico amarillento buscaban algo cálido y jugoso dentro del vientre del infeliz.

¿Con qué podría compararse aquel espectáculo irreal y espantoso que se propagaba por las calles en todas las direcciones posibles? La peste negra, el holocausto judío, la bomba atómica sobre Japón fueron semejanzas rápidas que pasaron por la mente de Adam. ¿Acaso se revivía el bombardeo de Dresden ahora en tierras norteamericanas? Eso podía explicar las grandes bolas de fuego que se vieron en la noche y el humo que se elevaba desde varios lugares alrededor. ¿Y los *cuervos*? ¿Fantasmas de los asesinos de Nankín? Pero por sobre todo, había una pregunta que no podía dejar en paz la mente de Adam. *Después de ver todo esto, ¿acaso es algo bueno seguir vivo?*

-Mira. -Dijo Shannon señalando con el dedo hacia la gente que caminaba y corría allá abajo. Cuando se asomó por primera vez, eran sólo unas cuantas decenas. Ahora habían aparecido más personas, caminando casi todos hacia el sur. Debían de ser por lo menos unas trescientas personas y sólo contando a las que caminaban por esa calle. ¿Dónde estaban las otras cientos de miles de personas que vivían en Norfolk? Al menos las que aún seguían vivas. Tal vez caminando por otras calles o de repente siendo la cena de aquellas aves rapaces.

-¡Hey ustedes allá arriba! -Gritó un hombre a quien se le veía como una miniatura extraída de la isla de Lilliput-. ¡Será mejor que bajen antes de que se hayan ido todos! -Luego siguió caminando, tratando de abrirse paso entre algunas personas que caminaban casi arrastrándose.

-Vámonos de aquí. -Le dijo Adam a Shannon alejándola de sí. Ella asintió y se adelantó, corriendo hacia el baño. A las necesidades fisiológicas no les interesaban ni las tormentas con caballos, ni las explosiones, ni los *cuervos*.



Más tarde habría hambre también.

-Yo no me muevo de aquí. -Gimió Naomi, temblando como un gato mojado y desapareciendo tras el umbral de la puerta de su habitación. Se podía escuchar el ruido que Shannon hacía en el inodoro, pero seguramente a ella no le interesaba nada lo que pensarán los demás. Ni siquiera le interesaba la privacidad. Adam comprobó esto último al ver que no había cerrado la puerta del baño.

-Hay un montón de gente viva allá afuera. Todos se están movilizándose hacia algún lugar, tenemos que ir con ellos. -Adam se sentó en el borde de la cama de Naomi, donde ella estaba tapada bajo las sábanas sólo con la cabeza afuera y ocho dedos de sus manos.

-No quiero salir, Adam. -Gimió de forma lastimera. Sin duda alguna, aquella visión del mundo exterior la había transformado en una niña aterrorizada. Ese tipo de personas eran las más difíciles de convencer-. No quiero asomarme nunca más por ese balcón, ni siquiera tengo ganas de salir de esta cama. Déjame aquí. Váyanse ustedes y déjenme en paz. ¡Mierda! No tolero ese humo. ¡Quiero dejar de respirar!

No la volverían a ver nunca más si la dejaban en ese lugar. Al menos Adam no quería abandonarla, no podía saber lo que pensaba Shannon. Ella podía salir de aquel lugar como si Naomi no existiera y unirse a la masa de personas sin esperar a Adam si es que se demoraba demasiado. *¿Será posible?* Shannon salió del baño y mientras se subía la cremallera de su pantalón, observaba con curiosidad a los chicos sobre la cama-. ¿Nos vamos? -Dijo ella, tirando sus trenzas hacia atrás.

-¡Jamás! -Exclamó Naomi-. No voy a dejar este lugar. No pienso salir y tampoco pienso dejar todas mis cosas abandonadas acá. Acá estoy más segura, ya han visto lo que le ha pasado a la gente que estaba afuera. Me voy a quedar aquí hasta que venga la policía o el ejército o hasta que todo esto pase. Tengo todo lo que necesito para vivir acá conmigo.

-¿Nos vamos? -Volvió a preguntar Shannon como si no hubiera escuchado nada de lo que dijo Naomi.

-Vámonos. -Dijo Adam poniéndose de pie y esperando que Shannon saliera primero para luego seguir sus pasos. *¿Por qué siempre la ando siguiendo?*

Volteó a decirle unas cuantas palabras a Naomi antes de salir-. Espero que tengas lo suficiente en este lugar antes de salir afuera a mendigar comida, si es que todavía queda algo luego de que toda la gente que hay allá se la lleve. Si fuera tú, no me quedaría en este cuarto. Los cuervos pueden entrar fácilmente por el baño. Es más, hasta yo podría hacerlo si lo intentara un par de días. Fue un placer conocerte y si cambias de opinión, ojalá tengas suerte de encontrar a alguien allá afuera que te lleve a un lugar más seguro.

-¡Adam! -Gritó Shannon desde la puerta. *Ya me acostumbraré a su impaciencia*, pensó Adam.

-Adiós. -Dijo Adam con una sonrisa y desapareció.

Unos veinte minutos más tarde, cuando Shannon y Adam estaban casi por llegar al primer piso, unos gritos desesperados descendieron por las larguísimas escalinatas del edificio. Parecía que el cuerpo de Naomi bajaba más rápido que los ecos de su voz rebotando en las paredes-. ¡No se vayan! ¡Esperen!

Ellos la esperaron al otro lado de la puerta para ir ganando tiempo y para evitar alguna sorpresa. No se extrañaron al ver algunos cuerpos tendidos en el suelo. Ya tenían que ir acostumbrándose a ese tipo de escenas, aunque no sabían hasta cuándo.

31  
El encuentro

Hace tiempo que no se sentía tanto frío en la mañana. Los cadáveres iban a estar bastante bien conservados hasta que alguien se dignara a trasladarlos a un cementerio o a una hoguera. O tal vez alguien en el futuro podría encontrar a todas las personas en esas posiciones y proponer teorías acerca de la extinción de los seres humanos a comienzos del siglo veintiuno.

-¿Puedes llevar mi mochila? -Preguntó Naomi, tomando tímidamente a Adam de su ropa. Había cambiado los tacos por unas tenis blancas Saint Laurent que rezumaban blancura y encima del polo blanco se había puesto una chompa ploma a rayas hecha de lana de alpaca con el cuello alto-. Me pesa como no te imaginas.

-¿Qué diablos llevas allí? -Naomi tratando de quitarse la mochila de la espalda se parecía bastante a la escultura de Atlas cargando el mundo sobre sus espaldas. Shannon siguió caminando por la pista inclinada hacia arriba, donde la luz matutina los aguardaba sin prisas.

-Sólo lo necesario hasta que regrese. -La mochila cayó al suelo levantando una nube de polvo-. Bueno... puede que algo más, pero te juro que voy a necesitar todo lo que traigo acá.

Adam la miró mientras ella se esforzaba en dibujar un rostro tierno e irresistible, arte en el cual ella era más que experta. Por más que fuera desconocida, arrogante, caprichosa y aniñada, ese simple gesto tenía más poder de persuasión que una pistola apuntando a la frente.

-¡Ay! -Gritó Naomi y de un salto se abrazó a Adam, quien ya se estaba agachando para recoger la mochila. Casi pierden el equilibrio... la calma ya la habían perdido hace varios rayos y cuervos-. Vámonos Adam, no quiero seguir aquí. -Le dijo a su oído sin dignarse a bajar la voz.

-¿Y ahora qué? -Adam se sobresaltó.

-Hay un cadáver saliendo de ese carro. -Señaló con el dedo hacia un lugar medianamente oscuro.

-Claro que hay un cadáver. ¿Qué ya no has visto a otros por la puerta de

emergencia?

-Sí, pero ahí estaba cerrando los ojos.

-Con un demonio, Naomi. -La hizo a un lado y cargó la mochila. *Por lo menos unos quince kilos-*. Imagina que ha habido un accidente y que un camión ha dejado tirados varios espantapájaros que llevaba a los campos.

-Los espantapájaros no sangran.

-Entonces imagina lo que quieras. -Comenzó el ascenso hacia la luz con varios kilos más sobre la espalda y con una chica nerviosa que representaba una carga más pesada que cincuenta mochilas como la que llevaba consigo-.  
Andando.

Ahora había menos personas caminando hacia el sur. Sólo algunos rezagados. Los demás ya no estaban a la vista, ni siquiera en la lejanía. Allá donde Adam se esforzaba para buscar a otras personas, sólo había una tranquilidad perturbadora y largas y negras columnas de humo.

-Allá está esa chica. -Señaló Naomi muy cerca de Adam. No pensaba alejarse de nadie mientras hubiera cadáveres cerca de ella-. Vámonos allá.

Shannon estaba en la esquina de la calle, para el lado norte. Conversaba con un hombre, mientras una niña abrazaba a un perro algo más grande y corpulento que ella. Un labrador negro. Junto a ellos estaba una anciana en una silla de ruedas. No sabían si estaba dormida, pero no parecía mover ninguno de sus músculos. Recién cuando estuvieron a pocos metros de ellos, se dieron cuenta que había otro hombre en el grupo. Uno que estaba sentado en una escalera de mármol, con escalones largos y unas pequeñas manchas de sangre.

Por donde estaban solo había un cadáver frente a la esquina y otros dos más en el lado opuesto de la calle. La muchedumbre de cuerpos empezaba recién por donde Adam y Naomi acababan de salir hace un momento; y se extendía hacia el sur como si por allí fuera la zona predilecta de los *cuervos*. No había ni rastro de esas personas de mirada negra. Se habían esfumado como si le tuvieran pavor a la luz. *¿Vampiros? Imposible.*

Lo primero que hizo Adam fue deshacerse de la mochila. Al menos un par de sus vértebras crujieron y gran parte de sus músculos gritaron excitados de alivio. Esperaba que no le volviera a pedir ser su cargador. Le crujó otro

hueso. Ya no lo convencería por más miradas tiernas que gesticulara.

-Ellos son. -Dijo Shannon señalando con el dedo. Se parecía a una niña que le contaba a su papá que allí venían esos chicos malos que se habían burlado de ella y le habían golpeado en la escuela-. Ellos tienen la culpa de que siga viva. -Era un honor sentirse culpable desde ese punto de vista.

-Soy culpable. -Dijo Adam tratando de sonreír mientras levantaba la mano como quien jura en la corte. Un nuevo crujido ahora con electricidad recorriendo su brazo-. Adam. -Añadió acercándose con la mano extendida hacia el hombre junto a Shannon.

-Richard Woods. -Sin duda sabía cómo dar un apretón de manos fuerte. Sólo aflojó un poco el apretón cuando vio que Adam abría los ojos y torcía los hombros-. La costumbre muchacho. -Dijo soltándolo repentinamente aunque sin sonreír-. Fui entrenador de fútbol americano y siempre apretaba fuerte la mano de los que venían por primera vez a hablar conmigo. Era como una prueba para ver si en verdad estaban aptos para la masacre. No es por ofenderte chico, pero a ti te hubiera descartado con solo verte acercarte a lo lejos. -Emitió un gruñido y las comisuras de su boca se torcieron hacia arriba.

-Diablos. -Exclamó Adam cuando su mano sana tocó la apretada. Había sido como quedar atrapado bajo la llanta de un carro-. Ojalá haga lo mismo si se le acerca uno de esos tipos de los ojos negros.

-Sin duda chico, sin duda. -Ahora sí sonreía con naturalidad. No parecía ser tan rudo como aparentaba por su fuerza. Era corpulento pero no parecía tener algo de peso sobrante en su corpulencia. Debía de estar unos cuantos centímetros debajo de los dos metros y probablemente ya rondaba los cincuenta años si es que no los había pasado hace algún tiempo. Las canas se habían encargado de cubrir sus pocos cabellos negros como si fueran mala hierba en un jardín descuidado. Estaba con el pelo un tanto corto peinado hacia atrás y por lo que se podía observar en su rostro, se había afeitado hacía no menos de un día. Después de observarlo por algún momento, hasta se podía sentir que emanaba un aire bonachón de su rostro redondo y frente amplia y arrugada. De todas las personas allí presentes, a excepción del otro hombre en las escaleras, era el que llevaba el traje más elegante. No tenía saco, sólo una camisa celeste con rayas grises bastante impecable y con una mancha de sangre seca en el codo. Podía ser la sangre de Richard o tal vez de otra

persona, aunque a simple vista, el hombre no expresaba ni un ápice de dolor o incomodidad. Su pantalón negro estaba algo empolvado en la parte baja, al igual que sus zapatos negros con pasadores largos y delgados como cabellos. Nadie hubiera adivinado que antes entrenaba a otros muchachos en el arte de la embestida y la fuerza bruta. A lo mucho se les hubiera pasado por la cabeza que se trataba de un sparring de boxeador.

-Richard. -Dijo presentándose una vez más al ver que Naomi dudaba entre acercarse o no.

-Naomi Gerasimova. -Ya se sentía mucho más tranquila al verse rodeada de otras personas y más aún al enterarse de la profesión de aquel hombre y de saber que tenía una fuerza tremenda-. Mucho gusto. -Ella sonrió bastante, provocando que su nariz puntiaguda se elevara y sus dientes asomaran por primera vez. Se había amarrado su cabello rizado en una cola. ¿Por qué tenía que decir su maldito apellido?, pensó Shannon. Aquello no era ninguna maldita novela mexicana.

Ella se fijó en la mano del hombre. No había anillos por ningún lado y tampoco parecía estar preocupado por la pérdida de alguna persona querida como una enamorada o una esposa. A esa edad ya no estaban para amoríos adolescentes: o estaban casados o no lo estaban y no tenían a nadie. Tras el suave apretón de manos de parte de Richard, Naomi notó una pequeña marca en el dedo anular de aquel hombre. De inmediato lo ubicó en una categoría aparte, la de los divorciados.

-¿Qué pasa aquí? -Preguntó Adam. El labrador había corrido a la calle de enfrente a husmear junto a un hidrante y la niña lo siguió como si fuera su propia alma la que se escapaba. Shannon, Naomi y Adam miraban al hombre ansiosos por algo trascendental.

Se cruzó de brazos mientras el ruido de una explosión viajaba desde algún lugar desconocido en la distancia-. No mucho. -Dijo regresando a la expresión con la que Adam lo había encontrado en aquella esquina-. Como le contaba a Shannon, sólo he visto lo mismo que ustedes han visto y nada más. No creo que alguien sepa lo que está ocurriendo aquí, tal vez alguien del ejército lo sepa o alguien del gobierno, pero ustedes ya saben cómo son ellos cuando se trata de revelar información.

Todos giraron al escuchar un ruido que se acercaba por una calle al sur de donde se encontraban ellos. Era un auto familiar pequeño que pasó rápidamente por la intersección y desapareció al cruzar la calle. Todavía siguieron escuchando algunos frenazos más allá. Pasó esquivando algunos cadáveres en el suelo pero pasando por encima de otros como si no fueran nada más que baches en el camino. El auto debía de llevar por lo menos a unas ocho personas aglomeradas adentro como octillizos dentro del vientre de una mujer.

-Imagino que es otra familia que trata de abandonar este lugar. -Dijo Richard volviendo a mirar a los chicos y ellos a él-. Kalia, la niña esa que juega con el perro, ha estado contando a los carros huir desde que me la encontré sola algunas calles más arriba (La tuve que entretener de algún modo para que dejara de llorar). Yo sólo me acuerdo de unos quince, pero deben de haber cientos abandonando Norfolk en estos instantes. Por cierto, me acuerdo de un grupo de personas que iba en un camión de carga. -Desvió la mirada hacia el infinito y se rascó la nariz-. Se detuvieron un momento cuando caminaba con la señora en silla de ruedas y me gritaron por la ventanilla. Dijeron que vaya al Naval Station, que allí estaban refugiando a todos los sobrevivientes. Y se fueron sin decir más. Hacia allí me dirigía antes de encontrarme con ustedes. Con ustedes y con ese hombre.

-¿Quién es? -Preguntó Shannon intrigada. Hace rato que lo estaba mirando pero el hombre solo estaba allí sentado, sonriendo con la boca temblorosa y jugando con sus dedos mientras miraba a varios lugares.

-No lo sé. -Dijo Richard sin mirar al hombre-. Lo encontré caminando por la calle. Él mismo me saludó y me preguntó si podía hacerme compañía. Eso fue en la calle por donde pasó el auto hace un rato. Pensé que iba a preguntarme otra cosa pero no me dijo nada. Luego apareciste tú... -Miró a Shannon-. ...y eso fue todo.

-Voy a hablar un rato con él si no les importa. -Dijo Shannon y abandonó el grupo. Por suerte para Adam, nadie se dio cuenta cuando él apretó la mandíbula y sintió un latido en las sienes. Ni siquiera él mismo sabía por qué le pasaba eso. Eran celos. Estaba bastante claro, pero él no los provocaba, aparecían de la nada. *Mierda, otra vez lo mismo. Adam no puedes enamorarte de nuevo. No la ames, ódiala y exterminala de tu corazón.*

*Aléjala de la cosa.*

-¡No te alejes! -Gritó de pronto Richard poniéndose las manos como paréntesis alrededor de la boca-. Por eso nunca tuve niños. ¿Puedes ir con la niña y asegurarte de que no se aleje demasiado? -Miró a Naomi con la sonrisa más convincente que tenía en su repertorio. No era tan exagerada como la que ella le hizo a Adam para que cargue su mochila.

-¿Yo? -Preguntó Naomi sabiendo que se refería a ella. Mientras tanto, el hombre en las escaleras le brindaba una sonrisa a Shannon cuando ella se sentó en el escalón junto a él.

-Sí. -Susurró Richard.

-Claro. No hay problema. -Se fue corriendo hacia la niña pero no recordaba su nombre. Creía que empezaba con una K.

Unos pasos antes de llegar donde ella, un rumor en el aire se comenzó a acercar de forma vertiginosa hacia donde se encontraban ellos. La pequeña Kalia corrió hacia Naomi y se trepó en sus brazos como un koala se aferra a un árbol. El labrador daba vueltas en su sitio mientras miraba a los edificios.

Adam y Richard fueron los primeros en ver las cuatro sombras que se acercaban sigilosamente en el cielo. Shannon se puso de pie para ver mejor pero el hombre al costado de ella permaneció en su sitio. La anciana en la silla de ruedas hubiera pasado desapercibida en un museo de cera.

Cuando estuvieron encima de ellos, fue como si de pronto hubieran sido todos tragados por el estruendo envolvente de unas cataratas. El ruido de los cuatro helicópteros era atroz y más que ensordecedor. Era el ruido del motor de unos aviones comerciales pero con el añadido de las gigantescas hélices que se esmeraban en mantener en el aire aquellos pájaros militares. Ninguno de ellos había visto en su vida aquellos helicópteros largos y de doble hélice CH-47 Chinook. Eran del tipo de los que aparecían en las películas de desastre junto con el resto de naves que sólo funcionaban cuando debían de evacuar al presidente a toda costa.

Iban en dirección a la Naval Station. Se les ocurrió que por ese motivo iban todas las personas hacia ese lugar. Iba a haber una evacuación masiva de los pobladores de Norfolk. Kalia se abrazó aún más fuerte al cuello de Naomi cuando otros F-22 Raptors pasaron sobre ellos como flechas invisibles



seguidos de cuatro Black Hawks. Las pocas ventanas que no se habían quebrado, temblaron como la superficie del agua al contacto con un objeto extraño. La niña gimió y sus ojos comenzaron a humedecerse con prontitud. No tardaría mucho en entregarse al llanto.

El cadáver colgado en el poste cayó pesadamente y las aves levantaron vuelo hacia los techos de los edificios cercanos. Al poco tiempo regresaron a terminar lo que habían empezado y ni siquiera el ruido de otros helicópteros acercándose las espantó esta vez.

32  
Hospitalizado

-Voy a dejarte un rato aquí Adam. Voy a mi oficina a conversar con alguien y luego regreso para seguir hablando contigo. ¿Te parece bien?

Adam seguía sentado en el sillón esponjoso y peludo en aquel cálido cuarto en el Seattle's Children Hospital. Era casi febrero y la temperatura estaba tratando de llegar al cero absoluto desde hacía varios días. No había caído nieve todavía pero se esperaba que las calles se blanquearan algún día del mes que venía. La psiquiatra Sandy Norman se puso de pie esperando alguna respuesta de Adam antes de ir a su oficina. Adam había estado exageradamente callado desde que llegó al hospital.

-¿Adam? -Preguntó de nuevo acercándose al pequeño y brindándole la mejor sonrisa que pudiera tener. Tantos años de sonrisas para mostrar consuelo le habían formado un gran número de arrugas a los costados de la boca y debajo de los ojos. Según ella, eran unas arrugas que valían la pena tener y conservarse.

-¿Puede dejar prendida la televisión? -Contestó el pequeño señalando al aparato sin mirar en ningún momento a la doctora. Evitaba la comunicación y el contacto visual a toda costa.

-Claro, pequeño. ¿Algún canal en especial? -Tocaron la puerta de la sala con insistencia-. ¡Un momento! -Se colocó frente al televisor y prendió el aparato.

-Sólo déjelo donde está. -Salían los *Transformers* en la televisión. La doctora no lo sabía, pero era la primera vez que le resultaba interesante al pequeño ver aquella lucha de robots.

-Ya vuelvo Adam. -Le acarició en la cabeza al pequeño y salió de la habitación con rapidez. Afuera se escucharon otras voces pero Adam no entendió de lo que estaban hablando. Sólo miraba la televisión mientras sus ojos se comenzaban a humedecer y una solitaria lágrima le acariciaba el puente de la nariz. La puerta de la oficina de la doctora se cerró y Adam se acomodó mejor en el mueble mientras se secaba las lágrimas y trataba de serenarse para evitar seguir llorando. Le era difícil pensar en otra cosa que no fuera el ruido de las balas, el llanto de su madre y la sangre. Sin darse cuenta, su pulgar estaba de nuevo dentro de su boca.

Tras diez minutos de presentaciones y rodeos, el teniente Redgrave decidió por fin ir al meollo del asunto. La doctora lo miraba con una expresión algo más seria que la que empleaba con sus pacientes habituales. No le agradaban los policías pero tenía que tragarse su disgusto y mostrar una expresión neutral. Una psiquiatra especial.

La doctora Sandy tenía su nombre cosido en el frente del uniforme blanco del hospital; el teniente, tenía su nombre grabado en una placa que estaba sujeta al bolsillo de su viejo y polvoriento terno. Parecía el traje de un difunto que ya llevaba varios años bajo la humedad y la soledad del entierro. Por el aspecto del rostro del anciano, no faltaba mucho antes que aquel traje descendiera junto con aquel cuerpo delgado y arrugado.

-Esto sólo lo saben los oficiales que entraron a la casa esa noche y algunos altos cargos en la estación de la policía. -Aspiró su cigarrillo con fuerza y contuvo un rato el humo en sus pulmones mientras abría de nuevo la boca-. Por el bien del chico, usted también tiene que enterarse de lo que pasó esa noche. - No lo decía en serio. El bienestar del chico le importaba tanto como la posibilidad de contraer cáncer de pulmón después de casi cuarenta años seguidos de fumar. Soltó el humo a un costado mientras miraba por la ventana cuyas persianas estaban abajo-. Usted vea lo que hace con lo que voy a decirle. -Sopló de nuevo y la miró fijamente-. Nadie más debe saberlo, ¿comprende?

-¿Podría decirme de una vez de qué se trata? -Espetó la psiquiatra Norman ya cansada de estar en la presencia de aquel individuo. Le exasperaba bastante su actitud y su rostro largo, anciano y desprovisto completamente de emociones. Peor aún, no toleraba el aroma del cigarro frente a ella.

-¿Sabe usted cómo murió el padre del chico? -Preguntó dejando el cigarrillo a un lado.

-Se suicidó de un disparo, ¿no es así?

-Es cierto... es lo que salió en las noticias, lo que el forense concluyó como causa de muerte en su informe y lo que cualquier persona en su sano juicio hubiera deducido al ver el agujero de bala en la cabeza del hombre.

-Pero obviamente hay algo más sobre aquella noche que nadie sabe.

El oficial deslizó una fotografía sobre la mesa con la misma delicadeza con la que un *dealer* repartía una carta en un juego de póker. La imagen llegó a las manos de la doctora Norman, quien se estremeció de tan sólo verla. No tenía el estómago para ver ese tipo de escenas. Por eso siempre se inclinó a examinar la mente antes que el cuerpo-. Dios mío. -Suspiró mientras volvía a mirar al teniente Redgrave. Éste recogió la fotografía y la guardó en su maletín. Por experiencia sabía que un pequeño vistazo bastaba para que la imagen quedara grabada perpetuamente en la mente del que la observaba.

-Según el informe forense, en el cuerpo de Edward Parker, padre de Adam, se encontraron cuarenta y siete heridas profundas de cuchillo. La mayoría de ellas ubicadas en la zona del pecho. -Aspiró el cigarrillo con avidez-. El hombre ya estaba muerto cuando lo acuchillaron, y eso...

-¿Acaso me está diciendo que...? -Le interrumpió intempestivamente.

-Sí, doctora. -Le interrumpió él con la misma rapidez con la que ella lo había cortado-. Esa noche, los oficiales que ingresaron a la casa, encontraron a Adam sobre el cuerpo de su padre. Le asestaba un cuchillazo tras otro hasta que los oficiales lo tomaron y se lo llevaron de aquel lugar.

-No puedo creerlo. -Suspiró incapaz de creer lo que escuchaba.

-Se sospechó que el niño había sido el causante de la muerte de sus progenitores. Es algo instintivo diría yo. Si uno ve a alguien acuchillando a otra persona, pues, la situación puede parecer bastante clara y conclusiva al principio. El chico tuvo suerte de haber nacido en este siglo. La investigación forense lo ha librado de toda culpa.

Sandy Norman, probablemente una de las empleadas más conversadoras de todo aquel complejo hospitalario, estaba muda. Movía las manos, los dedos,

los labios y la lengua pero las palabras no parecían salir.

-Le recomiendo una... -Dijo el teniente Redgrave antes de ser interrumpido por una serie de gritos atronadores que parecían provenir de lo más profundo de las cavernas del infierno-. Con un demonio. -Añadió el hombre antes de ponerse de pie y buscar su arma en el costado de su cadera. Tanto había sido su sobresalto que ni siquiera se acordó que ese día no llevaba pistola.

El alboroto se pudo escuchar hasta el tercer piso con total claridad y en algunas habitaciones del cuarto piso, donde algunos pacientes reposaban en sus camillas luego de largas horas de operaciones.

Al salir al pasillo, Thomas Redgrave y Sandy Norman se encontraron con los rostros desencajados de varios pacientes, doctores e internos que miraban a todos lados preguntándose el motivo de aquel revuelo. Todos aquellos ojos señalaban a la habitación donde la doctora había dejado hace unos momentos al pequeño Adam sentado viendo tranquilamente la televisión.

Thomas Redgrave pensó en tumbar la puerta de una patada, pero la razón lo detuvo, lo serenó y le aconsejó girar la perilla para entrar de manera más eficiente en la habitación de los gritos. La doctora Norman lo seguía pegada a su espalda. Hasta podía sentir el olor rancio que se desprendía de las fibras del traje viejo del anciano.

*“Necesitamos ayuda. ¿Alguien puede oírme?”* Se podía escuchar saliendo de los parlantes del televisor. Apenas se podía oír, pues los gritos de Adam seguían brotando de su garganta como si lo estuvieran atormentando todos los demonios del infierno.

El chico había tumbado el pesado mueble donde momentos antes había estado sentado y trataba de abrirse paso a través de la ventana que estaba cubierta por las persianas. Sus manos arañaban las persianas de metal y la pintura blanca se empezaba a teñir de un rojo que el teniente Redgrave había visto ya cientos de veces en sus años mozos.

Antes que se siguiera haciendo daño, Thomas Redgrave sujetó al chico por los hombros y lo abrazó con fuerza para que dejara de moverse. Se sacudía como un desquiciado mental en una habitación de paredes con almohadillas. Ahora entendía por qué las heridas de los cortes con el cuchillo habían sido tan profundas. Unos minutos más y ya no hubiera podido seguir aguantando con el

ritmo incansable del muchacho. La doctora Norman llegó a los pocos segundos con unos hombres y entre todos lograron sujetar al muchacho.

En medio de tanto desorden, la mente de la doctora trabajaba con excitación para tratar de absorber la mayor cantidad de información que tenía a la vista. No había ningún detonante a simple vista, pero la causa del ataque de pánico podía ser cualquier cosa. Podía estar allí o también podía ser algo invisible, algo que sólo existía en la mente del pequeño Adam. No había duda de que algo había causado un recuerdo súbito de la noche de los asesinatos, algo que todavía debía de seguir en aquella habitación.

Por el momento, todos estaban ocupados en calmar al pequeño. Sandy Norman se acercó al televisor para apagarlo y darle algo más de calma a la habitación. “*Su origen: alienígena. Su ubicación: La Antártida. Edad: Desconocida...*” Las escenas que aparecían en la pantalla eran bizarras y oscuras. Un par de palabras más brotaron de los parlantes del televisor antes de que la doctora lo apagara definitivamente. “*John Carpenter’s, La Cosa...*”

-¿Fumas? -Preguntó Richard mientras buscaba algo en el bolsillo de sus pantalones.

-No. -Contestó Adam sintiendo un escozor en la lengua al escuchar aquella palabra relacionada a los cigarros. Era cierto, no fumaba, pero necesitaba hacerlo con unas ganas incontenibles. Trataba de adivinar aquel sonido lejano parecido al tañido de campanas. El ruido de sirenas flotaba en el ambiente como el zumbido de un enjambre de abejas africanas.

-Yo tampoco, pero creo que ahora sería un buen momento para empezar. -Dejó de rebuscar en sus bolsillos y sacó las manos vacías.

Entre todos acordaron dirigirse lo más rápido posible a la Naval Station para reunirse con quien sea que estuviera allí. Estaban tranquilos ahora que sabían que no los habían abandonado. Tal vez vendrían otros helicópteros en las siguientes horas o tal vez aquellos serían los únicos que aterrizarían en la ciudad. No podían estar seguros y con mayor razón tenían que apresurarse. Seguían reunidos en la esquina con el perro que daba brincos y soltaba ocasionales ladridos a las aves que descendían para picotear los cuerpos de los caídos. Naomi se había llevado a la pequeña Kalia hacia un callejón ya que le insistía demasiado en la necesidad de ir al baño. Ella también encontraría un rincón para sus necesidades. Era una suerte que no se hubiera olvidado el gel desinfectante. Los demás la esperaban hasta mientras.

-¿En verdad no se acuerda de nada? -Le preguntó Adam al otro hombre que los acompañaba. Aquel al que Shannon se le acercó ya sospechando algo extraño en su actitud.

-Tengo recuerdos vagos, pero no hay nada claro todavía... al menos de las últimas semanas. -Insistió el hombre. Parecía no sentirse preocupado, ni intrigado en la desaparición de su memoria. Respondía adoptando una expresión que adoptarían otras personas a las que les preguntaran, por ejemplo, si les gustaba el camarón frito-. Pero puede que vaya recordando algo más mientras pasen las horas.

Volvió a mostrar una expresión despreocupada y se relajó aún más en su asiento. De seguro no sabía lo que había pasado en la ciudad, ni lo de la tormenta. Tenía la apariencia de no saber ni siquiera dónde se encontraba. Sin

embargo, tenía un aspecto inofensivo y se podría decir que hasta sumiso. Debía de tener un poco más de treinta años y los tenía de buena forma. Mostraba una buena contextura física y estaba vestido como para declarar ante un jurado en la sala del juez. A diferencia de Richard, su traje estaba completo, aunque su saco gris, corbata negra y pantalón también gris tenían una calidad algo más rugosa pero igual de impecable.

-¿Cómo se llama? -Preguntó Shannon anteponiéndose a Adam que mostraba signos de querer hacer varias preguntas. No se podía perdonar a sí misma el no haberle preguntado su nombre apenas se acercó a él.

-Gary Bradfield. -Dijo mientras se le dibujaban unas cuantas arrugas en su rostro. Se le levantó todo el cuero cabelludo, pero su cabello corto y pulcramente peinado ni siquiera se movió.

-¿Qué hace aquí? -Insistió Shannon. Ya le había preguntado eso antes y esperaba tener una respuesta larga esta vez.

-No recuerdo.

-¿De dónde viene?

-Nací en Salt Lake City y vivo en Richmond, pero no sé qué hago aquí.

-¿Tiene algún familiar?

-Claro que sí, pero me parece raro no recordar sus nombres ni rostros.

-¿Sabe lo que ha pasado aquí?

-No tengo ni la menor idea.

-Será mejor dejarlo tranquilo un momento. -Interrumpió Richard al darse cuenta que podían estar así por largo tiempo. Naomi se acercaba con Kalia, quien caminaba cabizbaja como si acabara de romper todos los jarrones de la dinastía Ming en una exposición-. Ya veremos lo que sucede más adelante. Será mejor que vayamos avanzando cuanto antes.

-Al menos díganos si sabe quién es usted -Insistió Shannon. No le gustaba para nada que la callaran.

-Soy administrador de una funeraria en Richmond. Eso es lo que soy. Administrador. Sin ninguna duda. Diablos. No recuerdo ni el nombre de mi empresa. -Contestó Gary algo frustrado.



-A lo mejor necesitas un golpe en la cabeza para despertar tu memoria. Hazme acordar golpearte con algo duro más tarde, sino me voy a volver loca.

Decidieron ir por la calle Donington que apenas tenía un par de cadáveres en un lado de la acera. Luego doblarían hacia el norte tratando de buscar algún vehículo lo suficientemente grande para transportar a todos aquellos viajeros. Sólo había autos pequeños en ciertos lugares, la mayoría con los parabrisas quebrados, con el chasis seriamente arañado y con las llantas hechas jirones. Nada de lo que estaba afuera había quedado intacto, tal vez ni siquiera la suerte misma.

Adam prefirió empujar la silla de ruedas de la anciana a tener que cargar de nuevo la mochila de Naomi. Richard caminaba con la mochila junto a Naomi y Kalia como si llevara sólo una bolsa vacía a sus espaldas. Gary iba solo junto a ellos, ni siquiera el labrador estaba cerca de él. La tarea de empujar a la anciana se había hecho casi imperceptible ahora que Shannon se le había acercado nuevamente con aquella expresión risueña que tanto le gustaba. Al mismo tiempo Adam también sentía miedo.

-¿Qué sientes, Adam? -Le preguntó tratando de comprobar si la respuesta de él coincidía con lo que ella sentía. A lo lejos, las siluetas de dos autos se desvanecieron mientras avanzaban hacia el norte. Los ruidos como de demolición viajaban de un lado hacia el otro como rodeándolos.

-Siento que estoy viajando a través de otra dimensión. -Contesto mientras recordaba la voz de Rod Serling-. Una dimensión no sólo de la vista y el sonido sino de la mente. -Se sorprendió cuando Shannon juntó su voz con la de él como si fueran un par de cantantes de villancicos navideños.

-Un viaje a una tierra maravillosa, cuyos límites son los de la imaginación. - Terminaron de decir los dos y Shannon soltó varias carcajadas mientras se sostenía del brazo de Adam para no caer. *No hagas eso Shannon por favor. Aunque tú no tienes culpa alguna por lo que estás haciendo. Eres ignorante del sufrimiento que me causas al alimentar mi obsesión hacia ti-*. Tuve la oportunidad de ver las primeras tres temporadas de la Dimensión Desconocida hace algunos años. Un amigo coleccionista me prestó los discos y jamás se los devolví. -Añadió Shannon con rapidez.

Ambos se miraron avergonzados, soltando risas débiles y aguantando los

hincones que la risa les provocaba en el estómago al ver que la anciana en la silla de ruedas movía la cabeza como queriendo voltear para mirarlos. Richard se volvió por un momento, miró a Adam y le sonrió de manera maliciosa, y aunque fue un vistazo más breve que un pestañeo, Adam supo que Richard ya sabía lo que él sentía por Shannon. Tal vez ya todos lo sabían. No se podía engañar ni siquiera a los mil años de experiencias de la anciana ni al agudo olfato del labrador.

-¿Tú qué sientes? -Preguntó Adam mirándola con nerviosismo.

-Desesperación. -Dijo ella cerrando el puño. Coincidentemente, crujieron unos cristales de ventana bajo la suela de sus Converse. Ahora sí las emociones iban de acuerdo con el ambiente-. No sabes lo impotente que me siento de no saber lo que está pasando y que nadie sea capaz de darme una respuesta que me deje satisfecha. Todas son especulaciones, teorías y cuentos creados por el miedo que tienen las personas pero todavía nadie sabe la verdad. -Le pegó con el puño al brazo de Adam-. ¿Por qué diablos nadie sabe nada?- Otro puño. -¿Por qué?

Habían avanzado con rapidez durante algunos segundos y se pusieron junto a Richard y las otras chicas sin querer. Caminaban como un punto en los solitarios caminos de un laberinto. Había varios puntos más dentro de aquel caos y de vez en cuando se cruzaban y seguían caminando.

Kalia le susurró algo a Naomi en el oído y se separó de ella. Llamó a su perro para que la acompañara y luego se deslizó con rapidez sobre la pista como si algo o alguien invisible la estuviera persiguiendo. La niña se acercó hacia Adam y Shannon como un pequeño duende curioso. Tenía un gran gorro de lana roja que le cubría todo el cabello hasta la mitad de las orejas. A pesar de tener una sonrisa traviesa, su rostro sólo exhumaba inocencia por doquier y en exceso.

Cada vez que Adam veía alguien pequeño, jugando o corriendo por la vida con inocencia, despreocupado y ajeno a los problemas del mundo, él también sentía que nunca nada era tan terrible como para lanzarse a los brazos de la muerte. Allí, la pequeña Kalia que se acercaba a la anciana y miraba con interés el rostro de la vieja, era la representación de la vida misma. No solo eso; también llevaba consigo la esperanza de algo bueno. Era difícil, casi imposible imaginar algo bueno estando en ese lugar donde había humo, muerte,

ruidos estruendosos, pero cada vez que Kalia sonreía (como lo hacía entonces al casi tropezar mientras caminaba de espaldas) lo imposible dejaba de verse como tal.

-¿Cómo te las has hecho? -Preguntó Kalia acercándose a Shannon. Señalaba con su dedo delgado (que se movía como la cola del labrador) las negras y largas trenzas de Shannon-. Quiero lo mismo. -Agregó mientras se sacaba el gorro de lana y extendía su cabello castaño hasta un poco más debajo de sus hombros. Era un cabello brillante que contrastaba muy bien con el resplandor de sus ojos cenizos. Sin gorro todavía se seguía pareciendo a un pequeño duende. Su chompa blanca con rayas verdes le ayudaba en aquel aspecto.

-Vaya, vaya pequeña. -Dijo Shannon dejando el brazo de Adam y acercándose a la pequeña. Por un pequeño instante Adam se imaginó que estaba de paseo por un parque mientras su esposa se acercaba a la hija de ambos para cumplirle uno más de sus caprichos. La idea se desvaneció al son del ruido de cientos de unos cristales que se quebraban en la distancia-. Así que quieres que te haga unas trenzas como las mías.

-Péiname como tú por favor. -Era un encanto.

-Vale. Pero primero vas a tener que pasar una prueba. Si la pasas, entonces te hago las trenzas, pero si no la pasas, vas a tener que practicar hasta que me puedas ganar y entonces te las hago. ¿De acuerdo?

-¿Qué prueba? -Incluso cuando arrugaba la nariz en señal de molestia era un encanto.

-Ven, no te quedes atrás. Mira. Vamos a caminar mirándonos fijamente a los ojos sin cerrarlos. ¿Entiendes? O sea, que la primera que parpadee esa pierde. Si los cierro yo primero, te hago las trenzas, si los cierras tú, no te hago nada.

-No es justo.

-Yo también tuve que pasar la misma prueba. Y cuando te enseñe a hacer trenzas y alguien te pida que le hagas lo mismo, tú también le vas a hacer la prueba. No es difícil, venga, vamos a hacerlo. -Adam las miraba sigiloso mientras seguían avanzando por aquella pista desierta. Había algunos carros estacionados en un lado de la calle y a lo lejos pudieron ver pasar a un grupo de personas que caminaba con prisa. Luego pasó otro grupo más reducido de personas en la otra dirección.

-Espera. -Dijo Kalia mientras trataba de mantener los ojos abiertos. No podía dejarlos así ni siquiera cinco segundos-. No vale. No puedo hacerlo. -Seguía intentando y agregando más segundos a su resistencia. Junto a ellos pasaron dos camionetas a toda velocidad. Tenían las lunas polarizadas y una de ellas cargaba la parte posterior algo envuelto en mantas que se asemejaba a la forma de un cuerpo. Naomi se aferró al brazo de Richard como una niña de treinta años.

-Ya. -Dijo Kalia sonriendo anticipadamente como si ya tuviera las trenzas colgándole por los costados.

-Vamos entonces. A la una, a las dos y a las tres. -Se miraron como dos boxeadores segundos antes de empezar el combate. A Kalia le temblaban los ojos y a los pocos segundos comenzó a lagrimear como si estuviera nadando en una piscina de cebollas picadas. Pasó una patrulla con su sirena chillando y presumiendo de su ensordecedora potencia. Ni siquiera el escándalo distrajo a las chicas en guerra. Junto a ellas, Richard le hacía señas a Adam para que apretara el paso. Por un momento se había olvidado de dónde estaban. Adam le dio un pequeño empujón a Shannon para azuzarla a avanzar. Aquello fue el fin.

-¡Perdiste! -Gritó Kalia viendo que Shannon se enrojecía y un sonido rechinante provenía desde adentro de su boca-. ¡Perdiste! ¡Perdiste! Hazme las trenzas. -Shannon se giró para que Adam pudiera ver el rostro de la ira misma. Él sólo sonreía aunque le pareció prudente retirar la mano de la espalda de Shannon.

-Vamos más allá. -Dijo Shannon con el rostro aún serio mientras la niña saltaba haciendo flotar su falda color verde militar. Lo único que mantenía a la pequeña alejada del llanto y la desesperación, era la distracción.

Mientras tanto, Adam se adelantaba y se ponía junto a Richard. Avanzar no era un problema, la cuestión era por dónde ir. Los ruidos provenían de todos lados y lo que habían visto mientras caminaban, les decía que las personas estaban yendo hacia cualquier lugar. No había habido novedades en el aire desde el paso de aquellos gigantescos Chinooks. No había nada nuevo hasta ahora.

-¿Qué crees que habrá pasado con los cuervos? -Preguntó Adam mirando hacia el frente.

-¿Cuervos? -Preguntó Richard sabiendo que la pregunta iba dirigida hacia él.

-Así se llaman esas personas de ojos negros. -Se adelantó Naomi con sus manos aún aferrándose del robusto brazo de Richard-. La chica de trenzas les puso ese nombre anoche.

-No pueden haber desaparecido de la noche a la mañana. -Continuó Adam-. ¿Crees que se trata de vampiros? A mí me parece que le temen a la luz.

-Y a mí me parece que estás perdiendo la razón. -Dijo Richard soltando un gruñido junto con la última palabra. Naomi sintió que el brazo de su acompañante se ensanchaba de pronto y luego volvía a su estado natural-. Los únicos vampiros que conozco deben de estar refugiados en sus millonarias casas, saboreando de lo último que les queda para chupar antes de que todas las bolsas del mundo caigan hacia el infierno. ¿Vampiros? Madura chico. -Las últimas palabras no fueron tan firmes como las primeras.

-¿Entonces?

-Entonces sigamos caminando. No te atormentes con tantas preguntas hijo. -Miró a Adam y éste le devolvió la mirada-. La ignorancia es uno de los bichos con el más corto período de vida. No sirve de nada preguntarse cosas que uno por sí mismo no puede responder. Por eso nos dirigimos hacia donde podemos encontrar la respuesta.

Estaban por llegar a una esquina cuando el ruido de un motor espantó a una paloma que estaba posada en un tacho de basura. Una moto dobló por la esquina y enfiló justo por donde ellos venían. Kalia se abrazó instintivamente de la pierna de Shannon mientras ésta metía sus dedos entre los cabellos de la pequeña para desenredarlos. Richard fue el primero en detenerse y Gary, que caminaba sobre el pasto sembrado en medio de la pista, fue el último en darse cuenta que los demás se había detenido.

-No les recomiendo que vayan por allí. -Dijo el hombre sobre la motocicleta azul. La moto se parecía a las que giraban y se revolvían en el aire en las competencias de los X Games. A un lado de la moto se podía leer *Enduro*. En otro lado y más camuflado, aparecía la palabra *Yamaha*. Hizo rugir la moto y avanzó unos centímetros-. Y busquen un auto lo más rápido que puedan. No pregunten por qué, solo háganlo y salgan de esta maldita ciudad. -Todo el monólogo estuvo dirigido a Richard.

Hizo rugir nuevamente el motor y avanzó un trecho más largo cuando de pronto se detuvo y retrocedió un poco. Su rostro se relajó y su sonrisa se ensanchó al posar su mirada sobre Naomi-. Que el diablo me lleve y me atraviere con un tenedor. -Dijo relajando el resto de su cuerpo sobre la moto-. El mundo es un maldito pañuelo.

Naomi fingía estar algo incómoda con la presencia del extraño, pero no podía negar que el hombre le resultaba bastante atractivo. No había visto a un hombre negro con un peinado afro enorme desde una fiesta de disfraces hace algunos años. Pero este era un corte afro auténtico. Debía de tener unos quince centímetros de altura adicional con aquel peinado y de por sí ya era bastante alto y delgado. Tenía el biotipo de un atleta especialista en salto alto. A Naomi le encantaba sus cejas tupidas y sobre todo sus patillas que le llegaban hasta un poco más debajo de la boca. Pero, ¿por qué la miraba de esa forma?

La miró de arriba abajo, inclinó la cabeza, sonrió aún más y siguió mirando-. Eres tú, ¿no es así? Preguntó el hombre del peinado afro.

-¿Perdón? -Dijo Naomi soltando la presión que tenía su mano en el brazo de Richard.

-Mountain View, California. Año 2010. -Naomi abría los ojos como si un tren estuviera a punto de arrollarla-. Concierto de Pearl Jam. -Ya no sólo abría los ojos, ahora también su boca, la cual hubiera dejado entrar una pelota de golf sin problemas.

-Nunca pensé conocerte y menos un día como éste. -Prosiguió el motociclista estirando su mano abierta-. Es un placer. Me llamo Harvey King. -Naomi le dio la mano como una autómatas. Los demás miraban como testigos mudos y un par de aves en un árbol sin hojas también observaban expectantes el desenlace de aquel encuentro.

Un grito detrás de ellos los devolvió a la realidad. Una mujer con el pantalón hecho trizas, corría desesperada por la calle. Mientras avanzaba, iba dejando un rastro fino e interminable de sangre. A veces se formaba un charco pequeño y luego volvía a ser un sendero fino como un hilo de tejer. Los ojos de todos estaban presentes en ella, menos los de Harvey que miraba al piso.

-Ojalá nos hubiéramos conocido en otras circunstancias. -Dijo Harvey haciendo girar el acelerador-. Hazme caso, háganme caso todos ustedes.

Consigan un auto y salgan de aquí ahora mismo. No pierdan el tiempo.

-¿Quién es ese hombre? -Preguntó Kalia.

-¡¿Qué está pasando?! -Exclamó Shannon dejando de lado por un momento el cabello de Kalia. Pero Harvey ya había partido dejando tras de sí sólo el aroma intenso e irritante del dióxido de carbono. Más allá se unió a un grupo de autos que cruzaban la calle a velocidades registradas normalmente en los circuitos de Fórmula 1.

Por el mismo lugar por donde había pasado la mujer gritando, un camión de bomberos voló por sobre el asfalto con algo más de diez personas trepadas y aferradas a la escalera telescópica del vehículo.

-¡Largo! -Gritó una de las personas en el camión. Al mismo tiempo, otra de ellas se soltaba de la escalera y caía sobre la pista rebotando y golpeándose como la ropa dentro de una lavadora industrial. La pista no podía estar más roja de lo que ya estaba.

Se acercaban más gritos y no había ningún carro a la vista donde pudieran entrar todos con comodidad.

-¡Mira! -Gritó Adam con el brazo extendido a su máxima longitud.

-¡Todos a correr! -Exclamó Richard jalando del brazo a Naomi. Kalia se trepó en los brazos de Shannon. Cómo pesaba la pequeña musaraña.

-¡Hunter! -El grito de Kalia casi le rompe el tímpano a Shannon, pero la pequeña seguía repitiendo el nombre una y otra vez. El labrador alcanzó al grupo a los pocos segundos, pero había un tumulto lejano que parecía aproximarse todavía con mayor rapidez.

## Noche de baile y tormenta

Jamás una noche de graduación se había postergado. Aquel invierno casi tuvieron que hacerlo, pero tras una acalorada discusión, se optó por mantener el día. La tormenta no iba a romper con la maldita tradición que la escuela arrastraba desde hacía ya más de cuarenta años. La única variación fue la hora. Los alumnos comenzaron a llegar cuando el día estaba en su plenitud y lo siguieron haciendo incluso cuando el día se puso oscuro y todas las orejas estuvieron atentas a los anuncios del reporte del clima.

Adam se había metido al baño como consecuencia de tomar sendos tragos de ponche durante largo rato. También tenía las piernas algo entumecidas y se miró al espejo para ver si tenía manchas de sudor en las axilas. No había nada. Todavía. Sólo estaba algo despeinado y la frente comenzaba a brillarle como si fuera una hoja cubierta de rocío. En definitiva, Sara era una máquina de bailar. Nadie sospechaba que aquella muchacha voluptuosa y poco agraciada tuviera esa habilidad.

-Así no se hace idiota. -Dijo una voz en uno de los cubículos del baño. Adam



se lavaba el rostro con prisa. Estaba cansado pero cómo le gustaba aquello de bailar todas las canciones con su pareja-. Espera. -Volvió a decir la voz. No había dudas de que era una voz femenina.

-Entonces dime cómo. -Respondió la voz de un chico en el mismo cubículo. La sonrisa de Adam se ensanchó inmediatamente. Comenzó a imaginar estar encerrado en un cubículo con Sara. ¿Cómo sería aquello? ¿Qué podrían hacer? Tal vez podría sugerirle la idea más tarde, en medio de uno de sus tantos bailes.

-No abras tanto la boca. -Susurró la chica-. Ciérrala un poco más. Ya. Ahora cierra los ojos y sígueme. -Resonaba un chapoteo húmedo dentro de aquel cubículo. La sinfonía del remajo siguió impregnada en la mente de Adam cuando él salió del baño, pero no duró mucho. Sus pensamientos se volvieron densos y ciertos recuerdos erradicados resucitaban dando gloria a los santos martirizados. Sara estaba rodeada de un grupo de cuatro muchachos. Los únicos que habían ido sin pareja y que merodeaban la pista de baile como buitres famélicos.

Se acercó con rapidez simplemente porque sentía que tenía que hacer algo con inmediatez y lo único que se le ocurría en ese instante era acercarse. Ya estando a pocos metros del grupo, Sara se percató de la presencia de Adam y sus ojos oscuros parecían llamarlo con señales de humo, con luces de bengala, con clave Morse, maldita sea, con todas las señales que sus pupilas pudieran transmitir.

-Qué bueno verte Adam. -Dijo Tony, el único del grupo que tenía la capacidad de pronunciar palabras. Los otros tres eran como simios que sólo hacían ruidos y seguían a su líder hacia cualquier lugar y estaban dispuestos a hacer cualquier cosa que él les pidiera hacer. Por el momento, todos exhibían la única sardónica sonrisa que sus músculos faciales podían mostrar.

-Hola. -Contestó Adam mostrándose calmado y evitando ponerse a la defensiva ahora que todavía no había ninguna señal de ataque. Tal vez sólo estarían allí un momento, se burlarían otro rato y luego se irían más allá a martirizar a otra de las cientos de almas que bailaban en la pista.

-Los hemos visto desde hace rato. -Continuó Tony sin dejar de mostrar sus dientes torcidos mientras hablaba-. No sabíamos que tu chica bailara tan bien.

-Era el primero que se refería a ella como “su chica”.

-Yo tampoco sabía que bailaba tan bien. -Dijo Adam haciendo estallar en carcajadas al grupo de muchachos. Después de todo, las cosas parecían estar saliendo mejor de lo esperado. Adam se atrevió a reír también pero no lo hacía a plenitud al ver que Sara se mostraba algo intranquila, por no decir demasiado incómoda.

-Pues vas buscando con quien bailar. -Sentenció Tony arrugando un poco la frente mientras ponía su brazo alrededor de Sara. Su mano era lo suficientemente grande como para cubrir el rostro de la chica sin problemas-. Sara va a bailar con nosotros el resto de la noche.

Como se solía decir: era demasiado bueno para ser verdad. El bullicio en el lugar hacía que la situación pareciera ser peor de lo que ya era. Cientos de chicos bailando, funcionando como protección y distracción, ocultando a Sara y a Adam de los ojos de los maestros. Ellos estaban también en lo suyo y no se les podía culpar.

Adam se preguntaba si es que la gran corpulencia de Tony lo predisponía a la maldad o si la maldad lo predisponía a ser un gigante. Podía dejar las reflexiones filosóficas para cuando se sentara en un rincón ahora que le habían arrebatado a su pareja. Sabía que no bailarían más durante el resto del día y no sabía si seguiría allí luego del arrebato.

-Lárgate de mi vista perro maldito. -Gruño Tony. Ya había sido demasiado con quitarle su pareja, ¿por qué tenía que insultarlo y humillarlo? Alrededor, las personas seguían bailando y no había un lugar por dónde escabullirse para sentarse en la soledad de un rincón. No al menos hasta que terminara de sonar *Let me clear my throat* de DJ Kool.

Hasta Sara parecía estar resignada a su destino. Su rostro le recordaba a Adam escenas mucho más oscuras y enloquecedoras. Imágenes que una tal Sandy Norman le había conminado a dejar en el pasado, a no recordarlas nunca más. *Adam. Mirame. Tu vida va a empezar a partir de ahora. Vamos a empezar superando y aceptando lo que ya ha sucedido. No voy a engañarte diciendo que todo va a salir bien y que no va a haber ningún sufrimiento. Va a ser algo difícil pero no más que otra cosa que no hayas superado antes. ¿Me entiendes, Adam?*

-¿Me entendiste, pedazo de basura? -Insistió Tony al ver que Adam no se movía de su lugar y sólo se frotaba las manos como si hiciera un frío tremendo. Los otros tres miraban desde cerca con los brazos cruzados, mortificados por no tener la oportunidad de quebrar algunos huesos con tanta gente presente-. Desaparece. -Sara quiso moverse pero la mano de Tony la mantenía en su lugar como las cadenas a Prometeo.

Era mejor retroceder por el bien de Ambos. Tony y los chicos sólo iban a bailar con ella, sólo eso. Las clases terminaban y ya no los volvería a ver nunca más. Sólo tenía que aguardar un par de horas y volverían a estar juntos. Sólo...

A veces un solo acto puede bastar para echar abajo años de años de esfuerzo y dedicación. No lo había superado jamás, sólo había olvidado. Allí estaba de nuevo el rostro deforme de su madre que balbuceaba incoherencias y salpicaba sangre sobre la pista de baile. *Adam. Ayúdame hijo. Adam. No te vayas.* El rostro se transformaba en el de Sara y luego volvía a ser el de su madre. Pero la sangre seguía presente y las palabras eran las mismas que brotaban de sus bocas.

Tony quiso llevar a la fuerza a Sara a la pista de baile. La levantó por los hombros como a un muñeco de trapo mientras Adam aún seguía retrocediendo. Tony le susurraba cosas al oído de Sara que Adam no podía entender ni adivinar. Tony deslizó sus manos hacia las caderas de Sara. El chico introvertido retrocedía más pero creía ver que los ojos de Sara se humedecían. No, no lo creía, se estaban humedeciendo de verdad. Más abajo iban las manos del buitre. Ahora subían y se cerraban en los pechos de Sara. Apretaban y manoseaban como si fueran una almohada. La música pop tenía un ruido metálico y el coro detrás de la voz principal estaba conformado por voces ásperas que parecían reírse con demencia.

Contrario a lo que imaginaba, el primer grito de aquel auditorio plagado de chicos, provino de la garganta de Sara. Un tocamiento de pechos podía permanecer algunos días torturándola, pero un rostro contrahecho borboteando sangre como una cañería con fuga era algo que simplemente no se podía olvidar jamás.

Antes que Tony retirara las manos de los pechos de Sara, los puños de Adam ya estaban sobre el rostro del buitre. El primer puñetazo contra la nariz de

Tony, le resquebrajó instantáneamente el tabique transformándolo en astillas. Por primera vez, Tony experimentaba un dolor que lo inducía inevitablemente al llanto. Pero aquello era como un trueno, el relámpago llegó después y se extendió como un escalofrío por el resto de su rostro como miles de agujas de coser que se clavaban a la velocidad del vuelo de los demonios. Todo el dinero para las vacaciones en Disney iba ahora a terminar en una operación de la nariz.

El segundo puño llegó apenas un segundo después. Dos veces en el mismo lugar. Las astillas se multiplicaron y el vestido de Sara y la ropa de los tres se tiñó de pequeñas gotitas de sangre. Había una gota gorda que había saltado en la mejilla de Adam y ahora empezaba a caer hacia su mentón. Era un líquido tibio que lo acariciaba con ternura.

Primero cayó el gigante al suelo y luego la música se fue perdiendo entre los murmullos del resto de chicos. Adam había saltado encima del pecho de Tony y sus puños seguían cayendo sobre el rostro del desgraciado como gotas de lluvia empecinadas en erosionar la roca. Tony había perdido la consciencia. Sara gritaba que se detuviera y los tres se miraban entre ellos pasándose la responsabilidad de actuar. Goliath yacía en el suelo y los filisteos no sabían qué hacer. Huir.

Cuando Adam sintió la mano sobre su hombro, ya era muy tarde para detenerse. Su puño impactó contra el estómago de quien lo quería detener con toda la fuerza que emanaba de su ira reprimida. Al escuchar a Sara gemir y viendo cómo caía al suelo sin aire, recién recuperó la voluntad de sus actos. El salón era un ambiente sepulcral con un millar de ojos clavados sobre sus manos ensangrentadas.

El cielo se había oscurecido cuando Adam llegó a los jardines cercanos al auditorio de la escuela. Todavía no eran ni las cuatro pero ya se podía ver que la tormenta venía de la mano junto a la noche, aunque la noche ya había llegado hacía largo rato a aquel lugar.

No podía seguir viendo sus manos ensangrentadas, quería que lloviera de una vez para limpiárselas. Quería relámpagos y rayos que cayeran sobre él y le ayudaran de una vez por todas a terminar con su existencia. La tormenta era

perezosa. El caos celestial aún no llegaba. El viento frío y demencial llegaba a la ciudad después de un vuelo en primera clase.

Creía estar sólo hasta que vio al hombre junto a los arbustos. Adam deseó que lo atrapara la policía antes que estar bajo las manos de aquel hombre. Estaba sentado en una silla de madera. ¿Qué demonios hacía una silla afuera en el jardín? ¿Y por qué había una mujer echada boca abajo sobre sus rodillas? ¿Por qué le azotaba el trasero con su enorme mano?

La tormenta se avecinaba. No se sabía si la policía o si la tormenta llegarían primero a la escuela. Eso no parecía importarle a Adam ni al hombre que siguió azotando a la mujer con mayor violencia. *Wham, wham. Hola Adam. Mamá ha sido una mujer muy mala, ¿no, hijo? ¿Has sido tú un buen chico Adam?* Con las manos en el rostro, las lágrimas iban cayendo una a otra teñidas de rojo sobre su pantalón de algodón. Fue la lluvia la que llegó primero, antes que los truenos, antes que los relámpagos, antes que las sirenas y el escándalo de su ulular.

Se trataba de un reluciente Greyhound de los plateados antiguos, estacionado donde no debería de estarlo. Encontraron la puerta abierta. Era el transporte perfecto para ellos y para un buen número más de personas. Alguien le había hecho unas pintas con aerosol al logo y al nombre de la empresa. Al sabueso le habían pintado la cola de forma que terminaba en una flecha roja. Ya no se leía *Greyhound* (Sabueso gris), habían tachado media palabra y ahora se leía *Hellhound* (Sabueso del infierno).

Las mujeres entraron primero (Hunter entre las piernas de Shannon); todas ellas salvo la anciana que solo movía la cabeza en su pesada silla de ruedas. Habían transcurrido demasiados años para ella y lo mismo parecía haber

pasado con su peso. Richard tuvo que pedirles ayuda a Adam y a Gary para subir a la mujer y acomodarla en uno de los asientos de adelante. Debajo de las capas y capas de ropa que cubrían a la mujer tenía que haber un amasijo de carne y músculos que se habían acumulado por lo menos desde la última guerra mundial.

-¡Carajo! -Exclamó Naomi tras detenerse abruptamente a la mitad del bus-.  
¿Quién demonios son ustedes?

En uno de los últimos asientos había un hombre y una mujer adultos que habían saltado repentinamente al escuchar que el bus era invadido por extraños. La mujer tenía la mejilla amoratada hasta el ojo y el hombre miraba a Naomi y Shannon como si estuviera en un sillón de odontólogo en plena extracción molar.

-¿Qué crees? -Contestó el hombre visiblemente molesto-. ¡Escondiéndonos como todos! -La mujer parpadeaba con rapidez. Tal vez tenía los ojos secos. Ambos estaban sujetos de las manos y Naomi se percató de que los dos tenían anillos dorados idénticos. Amándose más que nunca en la desgracia.

No fue nada fácil subir a la anciana pero por fin ya descansaba en el primer asiento junto a Gary. La vieja podía terminar en el suelo en cualquier momento ya que Richard no tenía la intención de manejar con delicadeza. La anciana cerró los ojos y curvó la boca hacia abajo haciendo que se le formaran tantas arrugas como la de la piel sumergida en el agua una eternidad.

-Nos vamos. -Dijo Adam quien se había acercado al grupo de atrás-. Aquí tienes tu mochila Naomi. Todavía no entiendo por qué la traes pero te advierto que no la volveré a cargar. -Luego miró a los extraños. Qué más daba, a fin de cuentas todos eran extraños. Apenas se conocían de algunas horas-. Sujétense bien. No va a ser un viaje de placer.

-De acuerdo. -Contestó el hombre barbudo y se acurrucó junto a su esposa en los asientos azules. A ella le faltaba el aire pero las ventanas no se podían abrir. Tenía unas ganas increíbles de quebrar el vidrio.

-¿Lo puedes encender? -Preguntó Gary con la intención de apartar a Richard si la respuesta era negativa.

-De poder, puedo. Pero no sé si este trasto se deje encender. -Contestó Richard mirando a Gary con una mueca intolerante. Tenía la mano en la llave

de inicio y el pie apenas apoyado en el pedal. Iba a ponerse a rezar pero el ruido del motor al encenderse disipó sus intenciones suplicatorias-. Aquí vamos.

Estaban en un callejón estrecho con un auto pequeño detrás de ellos, un edificio de ladrillos a un lado y otro edificio de ventanas largas al otro lado. Frente a ellos estaba la avenida Brambleton y más allá un sinfín de autos estacionados. Las personas habían comenzado a salir de los edificios y se subían como podían a los autos que encontraban.

Pasaron cinco autos a toda velocidad yendo hasta por la vía de sentido contrario. Una ambulancia hizo lo mismo. Un auto Chevrolet apareció dando vueltas de campana con sus ocupantes adentro dando saltos. Algo le decía a Richard que debían de haber abandonado ese lugar hace mucho tiempo. Iba a pisar el acelerador cuando una mujer con un pañuelo rosa en la cabeza se le cruzó frente al camino. Ella trepó en el parachoques y le gritó a Richard a través del parabrisas. Le suplicaba que le dejara entrar, le rogaba con ansiedad empañando el vidrio con cada uno de sus gritos. ¿Qué otra cosa podía hacer? Lo esencial era que no tenía los ojos negros.

La mano le tembló con desesperación y la ansiedad lo nubló a tal punto de no saber cuál palanca abría la puerta a pesar de tenerla frente a sus ojos. Se serenó a la fuerza, por algo había sido entrenador durante 24 años. Abrió la puerta y se volvió hacia el parabrisas para decirle a la mujer que subiera pronto, pero ya no había ni rastro de ella. A los pocos segundos, la mujer subió al bus con la ayuda de Gary quien la hizo sentarse en el asiento detrás de él a pesar de que la mujer le rogaba que le dejara acercarse a Richard para darle las gracias. La puerta se cerró con un quejido.

El bus soltó un silbido, luego un siseo. Avanzó con cautela algunos metros, los suficientes para poder ver más allá de los edificios contiguos que le impedían la vista de la pista en la lejanía. Arriba, el cielo estaba claro pero los rayos del sol no tenían para pagar el peaje y avanzar a través de las capas grises de nubes.

Richard contaba. Tres, cuatro, cinco. Los autos pasaron frente a él esquivándolo por centímetros y entonces recién apretó el acelerador a fondo mientras el pesado bus se esforzaba por impulsarse hacia adelante.



Ahora también corrían personas por la pista, cruzando desde un lado hacia el otro sin siquiera mirar a los carros que venían. Algunos dudaban y se quedaban en medio de las vías, los carros les susurraban en los oídos cuando pasaban. Otras personas saltaban encima de los autos para obligarlos a que se detengan, pero lo único que se detenía era el latido de sus corazones al volar por los aires y caer sobre lo que sería sus tumbas. Era irreal estar observando una cantidad incontable de personas acogerse bajo del manto de la muerte. Inconcebible.

Ni bien hubo avanzado, las ventanas del edificio contiguo se quebraron como si hubiera estallado un balón de gas en las cercanías. Del interior de la edificación empezaron a salir varias personas que se dirigían hacia la pista como lemmings en busca de su propia muerte.

-Mierda. -Exclamó Richard mientras trataba de esquivar a uno de ellos. Todos dentro del bus escucharon cuando un hombre se golpeó contra el costado del vehículo.

-¡Mierda! -Gritó Naomi desde su asiento donde miraba hacia la pista. Richard creyó que había atropellado a alguien y un frío agujijoneo le recorrió la espalda-. ¡Tienen los ojos negros! ¡Cuervos, cuervos! -Gritaba Naomi. Shannon estiró la cabeza y los ojos se le abrieron como agujeros negros al ver una multitud apareciendo como conejos de un sombrero de mago.

Todos menos Richard y la anciana volvieron sus ojos hacia la pista. Desde adentro de las puertas abiertas del edificio brotaban decenas y decenas de personas como una espuma efervescente. Por las ventanas saltaban otros cuantos y al caer y quebrarse algunos huesos, seguían corriendo a pesar de la cojera o de las piernas torcidas como si estuvieran en un trance, en un ritual apocalíptico que les impedía sentir dolor y sólo los conminaba a seguir adelante sin miramientos. Era como haber removido un refrigerador descompuesto y mohoso y darse con la sorpresa de que detrás de él había una cantidad asquerosa y repulsiva de cucarachas que se diseminaban en todas direcciones presas del susto.

-¡Abajo todos! -Gritó Richard al ver que los cuervos no sólo corrían tratando de treparse a los vehículos. Algunos comenzaban a derribar a otras personas y entonces comenzaban los golpes, arañazos y mordiscos. Los abandonaban cuando ya no podían hacer nada más que buscar la luz que los llevaría al

cielo. Más allá, y esa fue la razón por la que gritó Richard, un grupo de cuervos arrancaba una banca de la acera y la aventaba sobre la pista haciendo que un par de carros frenaran en seco y chocaran entre ellos. Más cuervos salían desde otros lugares y rompían las ventanas del auto con piedras y varas de metal en medio de un bacanal de gritos, gemidos y aullidos.

En la intersección, la luz cambiaba a rojo. *Peligro, pisa el acelerador y lárgate de ese maldito lugar*, quería decir. Atrás del Greyhound, se oyó un golpe que los hizo saltar a todos dentro del bus. Richard miraba por el espejo lateral cómo un auto daba un frenazo tratando de deshacerse de un cuervo que se sujetaba con fuerza al techo. Eran como garrapatas adheridas a la piel.

Si hubiera avanzado un poco más lento, una camioneta se hubiera estrellado a toda velocidad contra la parte posterior del bus. Pasó a centímetros con toda una familia dentro que temblaba como todas aquellas personas en Norfolk y quien sabía si en el resto del país también.

Dos autos aparecieron casi volando en la siguiente intersección. Para los funcionarios de Norfolk, iba a ser una tarea de largos meses dejar como estaba antes su hermosa ciudad. Eso era lo que Richard calculaba antes de que el complejo Norfolk Scope Arena estallara como producto de un ataque terrorista. La bola de fuego que surgió del coliseo alcanzó por lo menos ochenta metros de altura, pero el humo que se estiraba hacia la eternidad, crecía y crecía sin cesar. El hombre de barba se retorció de rabia en su asiento, no por la destrucción de todo a su alrededor, sino porque (ahora sin coliseo), ¿en dónde diablos se iba a presentar Bob Seger & The Silver Bullet Band?

Richard no tenía tiempo ni de soltar las lisuras que tenía en mente. La combinación de movimientos de sus manos y pies pugnaba por hacer girar al bus sin hacer que éste comenzara a rodar por la pista-. ¡Cuidado! -Gritaron Shannon y el barbudo de atrás casi al unísono. La gravedad los aprisionaba contra los asientos con fuerzas cósmicas. Unos asientos más atrás, Hunter caía del asiento y se golpeaba contra el otro costado mientras daba aullidos lastimeros, volvía a caer y se golpeaba nuevamente incapaz de ponerse de pie. Kalia era un ovillo en el asiento; un ovillo húmedo por las lágrimas.

Avanzaban a toda velocidad por la vía alterna cuando un parquímetro atravesó una de las ventanas de adelante. Al parecer, la amnesia había ocultado muchas

cosas en la mente de Gary menos el miedo. El hombre dio un salto hacia el suelo, aferrando con violencia los brazos gruesos de la anciana mientras una lluvia de cristales pequeños caía sobre él y los demás asientos. Gritos adelante y atrás también. Ladridos y más golpes. Richard hizo sacudirse el bus al estremecer el timón con sus manos. Pero no podía voltear, su instinto de supervivencia lo impulsaba a seguir avanzando sin detenerse.

Iban más autos por sobre el pasto, todas las rutas posibles eran bienvenidas. En la esquina chocaban una camioneta contra una moto y el conductor de aquella última salía volando como un hombre bala. Más allá, un grupo de cuervos lo esperaba para arrancarle el casco y algo más que eso. En la parte de atrás, Naomi seguía gritando como desquiciada.

-Dios mío, perdóneme. -Susurró Richard al momento de chocar contra un auto repleto de personas y hacerlo girar varias veces-. Vamos, no se detengan, sigan avanzando, sigan con un demonio. -Ya no se fijó si el auto pudo avanzar; más adelante, había más dificultades.

En la esquina había un restaurante que se incendiaba. Un hombre estaba parado en el techo, respirando por en medio de la columna de humo que lo rodeaba aparentemente sin asfixiarlo todavía. El hombre tenía un libro entre sus manos y movía su boca con rapidez mirando hacia las alturas. Richard giró hacia la izquierda al ver que más adelante el camino estaba bloqueado por una montaña de autos chocados y los escombros de un semáforo hecho trizas. Siguió adelante, dejando el restaurante detrás con el techo vacío. Un cuervo caía hacia el suelo con el hombre enredado entre sus manos. Aún seguía aferrando el libro cuando cayó y su boca siguió pronunciando las mismas palabras hasta que dejó de ver la luz.

Cruzaron por sobre las vías del tranvía y salieron a otra intersección desde donde se podía ver con claridad la devastación en la que había quedado el domo después de la explosión. Allí estaba encendido como el pebetero de las Olimpiadas. El juego de supervivencia, era la ceremonia de apertura al fin del mundo y Richard y los demás tenían la suerte de presenciar el espectáculo en primera fila. No había tiempo para disfrutarlo, sin embargo.

El humo se extendía en dirección al norte, para allí soplaba el viento sin treguas ni misericordia. A la derecha había un edificio de más de diez pisos en cuya segunda planta se habían atrincherado un grupo de alrededor de veinte

policías que disparaban a diestra y siniestra apenas veían acercarse a alguien con los ojos negros. Las balas se acababan y los cuervos seguían avanzando a pesar de desangrarse hasta la muerte sobre las pistas. No aguantarían demasiado en aquella trinchera; los cuervos eran demasiados.

La cantidad de humo que salía por las ventanas del Scope Arena era tal que parecía que un volcán estuviera emergiendo de su interior. A pesar del viento, el humo había oscurecido la calle con un manto neblinoso. El aroma irritante de la ceniza se filtró hasta dentro del bus y los ojos comenzaban a lagrimear. Dejaron atrás el coliseo para toparse con una intersección más amplia.

No podía dar crédito a lo que estaba viendo frente a sí. Tal vez la humedad en los ojos lo hacía ver cosas. Richard giró hacia la derecha y siguió avanzando ordenándose a sí mismo mantener la calma y la cordura, pero la imagen era demasiado poderosa como para abandonar su mente sólo con fuerza de voluntad. Se restregó los ojos y apretó el pedal con más fuerza. El motor del Greyhound siguió rugiendo por la vía. Detrás de éste, un león rugía en medio de la pista mientras masticaba con desesperación el cuello de un cuervo en el suelo. Había otros cuervos más que corrían por la calle sin prestarle atención al animal, saltaban sobre los cuerpos de otras personas tratando de alcanzar una camioneta que llevaba a algunas personas en la parte de atrás. Manchado de sangre, el león corrió hacia el otro lado de la pista y se perdió entre algunos árboles.

Por el espejo retrovisor se veía una mancha oscura a lo lejos. Parte de eso era el humo del coliseo pero había también algo oscuro que avanzaba como hormigas a través de la calle. El bus estaba muy lejos como para poder determinar la naturaleza de aquella mancha que sin duda se acercaba. Richard no quería averiguarlo y dejó de ver hacia atrás. Sólo algunos sobrevivieron para atestiguar aquella mancha que no era otra cosa que una procesión desenfrenada de cuervos, cabalgando hacia el frente como si fuera una nueva marcha del millón.

*Dios santo*, pensó Richard al ver cómo un rinoceronte se tumbaba un cartel luminoso de McDonald's para luego seguir marchando hacia adelante embistiendo todo lo que se encontrara a su paso. Tenía ropa rasgada atascada en su cuerno y se trataba de deshacer de ella sin éxito. Desapareció al cruzar la calle antes de que Richard pasara por el mismo lugar con el bus a toda

marcha. Pero eso no lo salvó de otra embestida. Un auto lo chocó por atrás generando nuevos gritos de los pasajeros en la parte de atrás y nuevas maldiciones en la parte de adelante. El auto se abrió hacia la izquierda en sentido contrario pero no pudo avanzar mucho. Tenía una llanta reventada y el metal contra el suelo salpicaba chispas. Se desvió sin bajar la velocidad y se estrelló contra la fachada del McDonald's. *Hijo de puta*, maldijo Richard en su mente. El bus seguía avanzando a pesar de todo pero se podía escuchar un traqueteo extraño en la parte posterior. *Aguanta cariño, aguanta.*

Era imposible avanzar sin el terror como copiloto. Primero lo vio como un fantasma por el espejo lateral y luego aquel camión Caterpillar le pasó por el costado como esos trenes veloces que había en Francia. Tocaba la bocina continuamente mientras adelantaba autos, raspaba a otros y se estrellaba contra otros más. No había forma de detener semejante tonelaje. En la parte de atrás del camión, Richard observó que de vez en cuando aparecían cabellos de distintos colores saltando con los movimientos del vehículo. No les daba muchas esperanzas de llegar sanos y salvos a su destino cualquiera que éste fuera. Por otro lado, Richard ya tenía más o menos una noción en mente del lugar a donde debía de dirigirse para librarse del apocalipsis citadino. El camión había desaparecido más adelante pero se podía seguir escuchando su bocina.

-¿Qué pretendes? -Preguntó Gary, quien se había acercado sigilosamente hacia el asiento posterior al del conductor. Richard lo escuchó pero no podía voltear por todas las cosas que había al frente.

-Eh... -Dijo Richard algo confuso.

-Que cómo ves la cosa allá afuera.

-Infernal si es que no existe acaso una palabra más fuerte.

-Hay muchos autos que vienen por acá.

-Lo sé. Creo saber a dónde se dirigen.

-Cuidado. -Dijo con un tono inexpresivo. Al frente cruzaba otro de los cuervos a quien Richard no pudo esquivar debido a su proximidad. Por el tono de su voz, parecía que Gary no pretendía salvaguardar la integridad física del sujeto, sino evitar que el bus sufriera algún daño con el golpe.

-Ya no sé cuántos voy atropellando. -Richard sonaba tenso. Había salpicado una línea de sangre sobre el parabrisas y con el viento, la línea se iba arrastrando perezosamente hacia la derecha-. Lo que sí sé es que ese no será el último.

-Con cuidado hombre. -Dijo Gary mientras se ponía de pie para regresar al lugar donde había abandonado a la anciana.

De vez en cuando se hacía fácil el avance. Los pequeños autos pasaban el Greyhound a toda velocidad y desaparecían tan rápido como habían aparecido. Algunos no tenían tanta suerte o tal vez no eran buenos conductores y terminaban por perder el control y estrellarse contra algún poste, semáforo, señalización, árbol, lo que sea que encontraran en su camino. Las intersecciones eran las zonas de mayor dificultad. La multitud de coches que avanzaban en todas las direcciones, hacían que fuera casi imposible cruzar hacia el otro lado. Detenerse parecía ser la única opción, pero debido al tamaño del bus, volver a acelerar era un desafío titánico.

*Al diablo*, pensaba Richard mientras pasaba sin detenerse por la intersección. Ni siquiera giró su cabeza para el costado, sólo tenía ojos para el frente-. ¡Agárrense todos! -Gritó al momento de cruzar. La vieja y el perro, como siempre, fueron los únicos que no le hicieron caso. Un auto pasó como una saeta por delante. Richard lo golpeó con ira en la parte posterior haciéndolo saltar literalmente por encima de otro auto que venía en sentido contrario. Luego se estrelló contra el suelo y siguió dando vueltas.

Los frenazos comenzaron a dibujar negras rayas sobre la pista. Estallidos de vidrios al chocarse unos contra otros. El bus avanzaba tan rápido como podía. Otro auto frenó y la inercia lo hizo dar algunas vueltas hasta golpear el bus del costado derecho. El barbudo y su esposa fueron empujados de sus asientos hacia el otro lado.

-¡Mierda! -Chilló Naomi con la cabeza metida entre las piernas de Kalia-. Mierda. No quiero morir. ¡No quiero morir!

-¡Cállate! -Le gritó Shannon antes de jalarle del pelo y pegarle una bofetada-. ¡Cállate y sigue agarrándote de lo que puedas! -Kalia miraba con los ojos húmedos y asustados lo que pasaba a su alrededor. Contuvo el llanto por un momento ¿Y si también le pegaba a ella? No. De ninguna manera; ella era una

niña. De pronto ya no quería tener trenzas.

El impacto exigió al límite las habilidades de manejo de Richard. Apenas pudo mantener el bus en curso y agradeció que la calle fuera ancha y que no hubiera nada contra lo que chocar, salvo un par de cadáveres en el suelo. Como si eso no fuera todo, un edificio negro plagado de ventanas en cuya cima se podía leer NODENS, estalló de pronto sacudiendo la tierra y también a las aves que volaban en las cercanías con total despreocupación.

*¿Qué demonios es esto?*, se preguntó Adam desde uno de los asientos posteriores donde se había sentado, alejado de los demás. Aquella nube de fuego que se levantó fue mucho menor a la que salió desde el Scope Arena, pero el espectáculo parecía ser más devastador. De pronto ya no quiso seguir viendo más. Al volverse, se topó con el rostro aterrorizado de la mujer que había subido a última hora. La mujer del pañuelo rosa. Desvió entonces la mirada hacia el suelo deseando sumergirse en el silencio pero siendo incapaz incluso de cerrar los ojos.

Unos asientos más adelante, Shannon estaba encaramada sobre su asiento, con los pies sobre la espalda de Naomi que abrazaba a Kalia como un oso de felpa. Era una sensación que jamás había sentido antes y que probablemente no volvería a sentir nunca más, por eso se había trepado al asiento para no perderse de nada. Apenas podía hinchar su pecho para respirar. Era mucho peor que la caída de ciento cincuenta metros de la montaña rusa *Dead Bodies* en el *Savage Gardens* de Texas. No podía dejar de ver la multitud de personas que se masacraban entre ellas. No podía.

La pista se hizo más angosta adelante y los autos que querían pasar el bus, tenían que subirse hasta por la vereda para lograrlo. Algunos se estampaban entre los árboles, otros frenaban al encontrarse con otros cuervos que salían de los escaparates de algunas tiendas. Ojos desesperados observaban por las ventanas superiores. Gente atrapada. Por todos los demonios, hasta había niños que se aferraban a los autos como poseídos por espíritus inmundos. Las esperanzas de Richard se comenzaron a pudrir al ver a un par de niños atacar a una mujer que corría a esconderse dentro de una tienda. *No, mierda. Los niños no.* Alguien ayudaba a la señora pateando y lanzando a los niños hacia la pista. Cuando Richard pasó por encima del cuerpo del niño, fue la única vez en todo su recorrido que cerró los ojos y soltó el timón.

-¡Richard! -Gritó Gary con autoridad. Era el único aparte de Richard que había visto toda la escena-. ¡No te olvides que también hay una niña atrás!

*Por todos los cielos*, pensó Richard. Era cierto. Cuando volvió a coger el volante, juró que no volvería hacer algo parecido mientras otras personas dependieran de lo que hacía o dejaba de hacer. *Nunca más*.

Por fin llegaron a una última intersección por donde no venía ningún auto por la calle perpendicular. Había algunas personas en aquel lugar. Ya no corrían sino que se abrazaban entre ellas y lloraban. Algunos peleaban cuerpo a cuerpo con algunos cuervos solitarios. Ahora los hombres de ojos negros eran los que estaban en desventaja. Pero ninguno de ellos imaginaba que la marcha del millón se acercaba como una alfombra de hormigas en la selva.

Justo en ese lugar, el ex-entrenador de fútbol y el amnésico fueron los primeros testigos de la batalla que se libraba cerca a la orilla de la bahía. Sólo la vieron un par de segundos para luego girar hacia la izquierda y enrumbarse por la vía que Richard tenía pensado recorrer desde un principio: la 264 estaba a sólo unos metros. Shannon, Adam y la mujer del pañuelo se quedaron con las ganas de seguir viendo más una vez que el bus trepó por la 264. ¿Qué era eso? ¿Acaso regresaba la esperanza?



## Resistencia militar

Los militares se habían diseminado en el centro de Norfolk, a pocas cuadras de la tranquilidad del río Elizabeth. Observaban mientras trazaban planes improvisados sabiendo que tenían todas las de perder. Habían dejado el camino limpio para que los autos pudieran escapar por la 264, pero eventualmente tendrían que colocar explosivos en esa vía para tratar de contener la propagación del enemigo.

-Saquen a esa gente de allí. -Dijo Johnson, quien estaba al mando del pelotón de soldados en el área. No tenía rango superior al de ellos, todos eran soldados de primera clase, pero nadie podía negar que a Johnson le brotaba liderazgo en cada gota de sudor-. No me importa cómo lo hagan. Disparen al aire, un par de veces pero no demasiadas. No sabemos si luego nos vamos a arrepentir de haber gastado esas balas.

Corrieron algunos soldados a dispersar a las personas. Johnson se quedaba

con Scott en aquel montículo de tierra. No se habían separado desde que ingresaron juntos al ejército hacía veintinueve meses. Habían combatido juntos en la Guerra Civil de Senegal, en el golpe de estado en Myanmar, allá donde habían asesinado al ministro de defensa norteamericano. Corea del Norte iba a ser su siguiente misión hasta que ocurrió lo de la noche de las tormentas.

-¿Cuánto crees que demoren? -Preguntó Johnson-. Ya ha pasado más de diez minutos y no hay noticias.

-Hay que darles cinco minutos más. -Contestó Scott mirando hacia la cima del edificio PNC en Saint Pauls Boulevard-. Pueden haber encontrado dificultades en el camino.

-Mierda. ¿Por qué no contestan el radio?

-¿Baterías?

-Por supuesto que las tiene. Mierda. No podemos fiarnos de las radios. Cinco minutos más Alex, o nos ayudan desde el techo o no nos ayudan, no podemos esperar más. -Detrás de algunos edificios se levantaba otra columna de humo que venía antecedita por el estruendo de otra explosión.

-Con eso ya tenemos todo East Main hasta Atlantic clausurados. Espera. -Una ráfaga de viento sacudió el mapa que tenía colocada sobre unas cajas de municiones completamente vacías-. Waterside cerrado hasta Atlantic y, con una mierda. ¿Quién está encargado de cerrar Saint Pauls Boulevard? -Exclamó Johnson mientras el paso de un camión levantaba una nueva ráfaga de viento.

-Los que mandamos al techo del PNC.

-No me digas. ¿No tenían primero que cerrar la calle y luego ir al techo?

-Podemos suponer que ni siquiera llegaron a la calle.

-Supongo que tendremos que enviar más muchachos. -Otra explosión trajo más viento y sacudió el suelo con violencia. El fuego se levantaba en las cercanías proveniente del oeste.

Observaron el cielo cuando unos helicópteros Apache descargaron unos misiles hacia zona desconocida justo al otro lado del río. Las explosiones no tardaron en aparecer junto con el ruido, el humo y las ondas expansivas. Unos segundos más tarde, los Apaches viraron 180 grados y enfilaron toda

velocidad mientras trataban de darle al enemigo con balas de alto calibre.

-Al diablo con los cinco minutos. -Exclamó Johnson. Al mismo tiempo, un soldado con un gran aparato de radio en las manos se acercó corriendo hacia ellos-. Habla de una vez. -Exigió Johnson mirando al soldado con impaciencia.

-No se sabe nada acerca del presidente. -Dijo el soldado sudando frío. Tenía su casco inclinado hacia la derecha y las manos le temblaban sin control. No tendría más de veinticuatro años el muchacho.

-Con un demonio, ¿Sólo es eso? Pensé que era algo importante. -Johnson tenía la sangre plagada de glóbulos republicanos.

-Nadie va a venir. -Dijo de pronto inclinando la cabeza hacia abajo-. Han dicho que resolvamos la situación a nuestra manera.

-Me lo temía. -Gruñó Scott levantando la vista y viendo un numeroso grupo de soldados que terminaba de armar la trinchera en aquella intersección donde estaban parados.

-Era de esperarse. -Añadió Johnson mientras se dirigía hacia donde estaban ubicados los demás para empezar a dar las órdenes de ataque. Se había olvidado de los cinco minutos cuando sonó el radio.

-Johnson. -Dijo alguien con un susurro de voz.

-¡Gordon! Con un demonio. ¿Qué pasa? -Más explosiones en los alrededores. Los cuervos trataban de atravesar el perímetro a toda costa. Había más estallidos y ruidos de balas al oeste. Podrían aparecer en cualquier instante.

-Estoy en el edificio, Johnson...

-Dígame si va a poder cerrar la calle o no.

-Ni siquiera hemos podido llegar a la calle. Nos han rodeado apenas llegamos cerca del edificio y tuvimos que entrar antes de que nos agarren a todos. Quedamos apenas tres, Johnson. ¡Tres!

-Aguante lo que pueda Gordon. Olvídese de la calle y aguante como pueda.

-Vamos a cerrar la calle, Johnson. Estamos en el tercer piso. Desde acá podemos lanzar el Semtex y causar algo de daño con los Stinger. -Iban a sacrificar algunas vidas con tal de repeler el ataque el mayor tiempo posible.

Con aquel agujero en Saint Pauls Boulevard, los autos que venían iban a chocar unos contra los otros formando una barricada inesperada-. Aguarde un momento Johnson, vamos a cerrar la calle. Sólo denos unos segundos para bloquearles la entrada a los *gusanos*.

-¡Apúrese! -Gritó Johnson mientras corría en dirección al Oeste. El ataque por parte de los soldados era cada vez más continuo. Los M1 Abrams se turnaban para vaciar sus cañones mientras las ametralladoras de alto calibre estaban en constante uso. Los cuervos morían al instante, pero no dejaban de aparecer por todos los frentes. Cada vez retrocedían más, perdían terreno. Se acabaron los misiles TOWs lanzados desde los Humvees y los autos tuvieron que retroceder para seguir disparando balas de calibre insignificante.

Los autos venían en mayor número desde Saint Pauls Boulevard y todavía no había explosiones desde aquel lugar. Pasó un bus plateado al que le habían hecho unas pintas en el costado y donde se podía leer *Hellhound*. Lo siguieron una procesión de autos más pequeños que enfilaban con desesperación hacia la 264. Los soldados no sabían lo que pasaba en la autopista y no era la prioridad por el momento.

De pronto, los tanques comenzaron a retroceder mientras varios soldados gritaban que se hicieran para atrás. Johnson había visto que los cañones habían estado escupiendo fuego hacia el edificio del Bank of America. Éste comenzaba a caer hacia adelante devorado por una monstruosa columna de humo que trajo aún más desesperación.

La visibilidad era nula. No se sabía si el edificio había obstruido el paso del enemigo por sobre la pista, no se escuchaba nada más que un pequeño rumor a través de la densa humareda de polvo que se acercaba hacia Johnson y los demás como las aguas del océano sobre la arena.

-¡Fuego! -Dijo alguien por la radio de Johnson repentinamente. El Semtex estallaba en la única calle que seguía abierta. Más de un centenar de autos volaron en todas las direcciones hechos chatarra, ardiendo en al aire como meteoritos, restos humanos planeando como ángeles caídos. Más humo y menos visibilidad. Las ventanas de todos los edificios habían estallado en siete manzanas a la redonda.

Colin ya no se pudo comunicar por medio de la radio. El enemigo había

atravesado el bloqueo en el tercer piso como si nunca lo hubiera habido. Por eso eran unos malditos gusanos. Los soldados atrapados en aquel lugar no lograron ni siquiera gastar todas las balas de sus cartuchos. Agradecieron solamente que se hubiera tratado de una muerte rápida.

Ciegos y desorientados, los soldados en la intersección se repelían hacia las aguas del río, esperando haber ganado algo de tiempo antes de planear la defensa del terreno cuando llegaran los gusanos. Porque sabían que iban a llegar de todas maneras por algún lado.

No ganaron tiempo ni para correr. Eran demasiados, corriendo como velocistas a través del humo. Impregnados con el polvillo de la destrucción, eran la viva imagen de los soldados de terracota de China, siendo el único color diferente en sus cuerpos, el negro de sus ojos.

-¿Esto es todo lo que tenemos? -Preguntó Johnson con resignación. Scott le respondió que sí con la cabeza-. No se puede desperdiciar entonces. -Dijo mientras preparaba todo con rapidez para la última explosión.

## Descansando sobre recuerdos

Se detuvieron sólo cuando hubieron llegado a una pequeña península. Los numerosos árboles les dieron una pacífica bienvenida a lo que era parte del Virginia National Wildlife Refuge. Estaban aparcados sobre la tierra, en un espacio entre la carretera y los árboles. De vez en cuando pasaban pequeños autos a gran velocidad pero la mayoría ya se había quedado atrás. Pasado un tiempo, los autos dejaron de pasar completamente y los supervivientes en el autobús sintieron por fin en carne propia la tan ansiada soledad.

Había un murmullo extraño en el viento. Parecía traer desde lugares muy lejanos un griterío comprimido y desencajado. La imaginación de todos a bordo estaba demasiado sensible. El más mínimo sonido hacía que las mujeres se sobresaltaran y se acurrucaran más en los asientos. Hunter ladraba cuando a lo lejos veía pequeños animales reptando por entre las ramas de los árboles. Eran sólo animales, aunque tal vez no lo fueran del todo. Estaban esperando que algo con ojos negros se apareciera como un ánima por en medio de las ramas. Tal vez vendrían en un tumulto por sobre el puente que habían cruzado hace poco. Como zombies en una película. Ninguno de ellos descansaba realmente. Todos estaban demasiado tensos.

Naomi aún sentía el sabor ácido del vómito en su boca. Apenas el bus se detuvo, no pudo soportarlo más y sacó medio cuerpo por la ventana que no tenía cristales y estuvo largo tiempo expulsando todo lo que tenía en su estómago. No recordaba qué había comido por última vez y a pesar de que el estómago le crujía de manera bastante sonora, comer era lo último que tenía en mente.

Cada uno permanecía silencioso a su manera, tratando de recuperar todo el aliento que habían esparcido durante kilómetros de huida desesperada. Adam

estaba echado con las piernas dobladas en el último asiento. Miraba hacia el techo; el estómago le subía y le bajaba y de vez en cuando soltaba algún crujido. Shannon estaba en el asiento de enfrente, tumbada hacia un costado, con ganas de salir y respirar aire fresco, con deseos de estirar las piernas, de sumergir sus pies calientes en las aguas heladas de Chesapeake Bay, apenas a unos cuantos metros de ese lugar, pero no podía ni levantar la cabeza. Tenía unos dolores espantosos que le daban vuelta en la cabeza y le hacían ver las cosas borrosas. No le había dicho a nadie su malestar, sólo se había echado esperando que le pasara pronto.

Kalia había estado hasta el último con Naomi, pero cuando ésta última salió corriendo a botar fluidos por su boca, la niña se había pasado al asiento del costado para abrazar a su perro que miraba por la otra ventana sin vidrio. No le importaba que el perro siguiera ladrando, estaba contenta de abrazarlo. Tampoco hizo caso cuando el hombre barbudo le gritó para que hiciera callar a su perro. Tenía una voz gruesa que no le gustaba a la pequeña. A Naomi, en otras circunstancias, esa voz le habría parecido de lo más sexy y varonil. El hombre de la barba abrazaba a su pareja quien tenía el rostro cubierto por sus manos y emitía algunos gemidos de vez en cuando.

El cielo gris estaba bastante claro en comparación al panorama en general. La naturaleza estaba intacta y hermosa, pero no había nada en ella que se pudiera disfrutar en ese momento. En los asientos de adelante, estaban las cuatro personas que faltaban en el grupo. La anciana se había quedado dormida en el asiento de más adelante y apenas se podía notar que todavía seguía con vida. Por su pálida fación y lo áspero y reseco de su rostro, podía haber pasado como un cadáver en la morgue sin ningún problema. Gary estaba en el asiento detrás de ella, sentado y con la mano sosteniendo su cabeza mientras observaba los árboles y el cielo sobre éstos. Miraba a una criatura pequeña que corría por entre los árboles sin saber cómo se llamaba. Había demasiadas lagunas en su mente.

Richard se había pasado del asiento del conductor al lugar que estaba detrás. La mujer con el pañuelo rosa había ido hacia donde estaba él y tras una breve conversación, ella había comenzado a masajearle las piernas. Las manos y piernas de Richard estaban duras y entumecidas, apenas sentía los masajes de la mujer. Más adelante, la fue sintiendo más claramente aunque todavía no

quería ponerse al volante de nuevo. Le agradeció su preocupación, le agradó su rostro risueño y le pareció que tenía un nombre muy bonito. Chelsea Lawson se llamaba ella.

-Gracias. Ya estoy mejor. -Mintió Richard. Todavía sentía las piernas adormecidas y de vez en cuando lo paralizaban calambres con electricidad-. ¿Por qué no te recuestas un rato y tratas de descansar?

-No creo que pueda. -Respondió ella mientras bajaba la intensidad de sus masajes hasta detenerse.

Estar echado había hecho que se le comenzara a entumecer también la espalda y los hombros-. Inténtalo. -Le sugirió Richard-. Vamos a estar aquí un poco más de tiempo. La verdad es que no deberíamos de detenernos, pero ya no podía más. Y estos buses no son fáciles de manejar como te habrás dado cuenta.

-Ya lo creo. -Dijo ella con una sonrisa. Ya no necesitaba hacerle masajes, de pronto Richard se sentía mucho mejor con ese rostro risueño frente al suyo.

-Algo debe de haber pasado en la ciudad o en el puente que haya hecho que nadie pueda seguir pasando.

-Tal vez otra explosión.

-Tal vez. Y no sé por cuánto tiempo los pueda detener. Mierda. Dios se apiade de las personas que han quedado atrapadas allá.

-Tú también deberías descansar. -Dijo Chelsea poniéndose de pie, yendo a un asiento de atrás para echarse-. Eres el que más se lo merece de todos nosotros.

Richard le sonrió y asintió con la cabeza. Tenía razón, estaba cansado y no tenía intenciones de ponerse al volante hasta que se sintiera totalmente recuperado. Pero tenía que hacer dos cosas antes de ponerse a descansar: primero, ir a anunciarles a los demás que iban a estar un buen rato estacionados en ese lugar antes de volver a ponerse en camino; segundo, preguntar si alguien sabía manejar un Greyhound modelo MCI MC-9 de los años ochenta. Al menos esperaba que la primera noticia les pareciera una buena idea.

Chelsea encontró bastante cómodo el asiento. Se fue durmiendo bajo la atenta mirada de Gary que no sabía exactamente qué sentir de alguien del sexo



opuesto. Por el momento no le llamaba la más mínima atención. Chelsea se durmió con una facilidad mayor a la que se esperaba. Cayó presa del cansancio y del estrés, ignorante de la realidad a su alrededor. Sólo cerró los ojos para dar un salto a la dimensión de los recuerdos. Los últimos kilómetros de escape volvieron a revivirse en sus sueños tal y como habían sucedido en la realidad, sólo que de manera más vertiginosa.

Al precipitarse sobre la 264, Richard comenzó a dudar de que podrían salir de la ciudad en ese mismo vehículo. Los barriles de agua contra accidentes estaban regados por los dos carriles de ida y por el color del líquido que estaba regado en las pistas, había dudas de que fuera agua lo que contenían.

Una moto estaba despedazada en un rincón y los restos se hallaban esparcidos como hojas caídas de un árbol en otoño. Había más de una decena de cadáveres en el suelo, algunos arrollados por algunos autos. No se los podía ver sin sentir algo espantoso en el estómago.

Del otro lado, en la zona de la 264 en sentido contrario, un tráiler se había volcado por el costado y había quedado colgando, sostenido por las llantas traseras. No había lógica, las leyes de la física perdían sentido, los postulados sobre la gravedad solo eran tinta en papeles antiguos, todo se volvía impredecible en medio de aquel caos.

Cerca al lugar por donde cruzaba el tren, otro camión había derribado un poste de luz que se había traído abajo los gruesos cables que conducían la electricidad. Abajo había un griterío ensordecedor. Podía escucharse los gemidos y chillidos claramente por encima de la barahúnda de bocinas que sonaban en la autopista y los alrededores. A lo lejos se podía seguir viendo tantas columnas de humo como las que alguna vez hubo cuando la Tierra era joven y los continentes emergían de las aguas con terribles erupciones.

Adelante esperaban un centenar de cuervos. Se habían apoderado de la pista en el sentido contrario, posicionándose como legiones romanas a la defensiva contra las hordas bárbaras. Los autos que venían no se detenían a pesar del numeroso grupo de cuervos que bloqueaba la pista. El pedal que pisaba Richard se hundió aún más al ver que un grupo de cuervos se trepaba sobre el cartel que había sobre la autopista. Allí donde se señalaba que si se iba a la

izquierda, uno salía a la 64; y que si se iba por la derecha, Campostella Rd lo recibiría con los brazos abiertos.

En pocos segundos, el centenar de cuervos le hacían honor a su nombre al volar por los cielos esparciendo sangre y otros fluidos como una lluvia repentina. Los cuerpos caían hacia un lado y hacia el otro de la interestatal. Un Chevrolet rojo delante del Greyhound pasó sobre uno de los cuerpos que aún se movía. Casi pierde el control y su costado pasó arañando el concreto que limitaba las vías. No tuvo tanta suerte cuando uno de los cuervos que estaba sobre el cartel se lanzó sobre el parabrisas y, a través de éste, sobre el conductor y sus acompañantes. El auto salió girando hacia la derecha con tanta puntería que impactó contra un camión de FedEx. Ambos autos rompieron la verja de seguridad y desaparecieron por el borde plagado de árboles, en un bacanal de hojas y ramas.

Los cuervos cayeron sobre el techo del Hellhound como granizo. Rodaron sobre el techo provocando los gritos y ladridos de los pasajeros. Ninguno tuvo la suerte de detener el bus. Pero eran demasiados y sobre todo, eran bastante persistentes. No pasó mucho hasta que bloquearon por completo la carretera. Había incontables cuerpos sin vida sobre la pista y habría muchos más, pero los cuervos seguían apareciendo y multiplicándose como una plaga que no quería desaparecer. La muerte y los que la traían eran ya parte del paisaje así como el cielo gris que parecía oscurecerse a cada instante con cada columna de humo que se sumaba en el horizonte.

Más adelante, en otro cartel en el que se anunciaba la proximidad de Ballentine Boulevard, otro grupo de cuervos intentó asaltar de nuevo el bus. Uno de ellos estrelló su cabeza contra el parabrisas. Richard encogió su cuerpo como si una tonelada de desperdicios cayera encima de él y el bus se zarandó como en un baile de zamacueca. El cuervo, ahora cadáver, y los otros que lo siguieron, se golpearon contra el techo y cayeron sobre los autos que había detrás. Era algo más que suerte lo que hacía que el Greyhound siguiera avanzando.

Allá adelante se veían columnas de humo crecer tanto como tornados de categoría F2. Por momentos, Richard se preguntaba si estaban huyendo o se estaban acercando hacia una tragedia mayor. ¿Hacia dónde iban?, si todo lo que veían delante era caos, destrucción, muerte. Todavía no se percataba que

era el instinto de supervivencia el que hacía que se moviera hacia algún lugar. No importaba hacia dónde ir, importaba moverse. Así como un tiburón necesita moverse para recibir oxígeno, ellos necesitaban moverse para poder sobrevivir.

Una bandada de aves se dispersó en el cielo. Algo grande que se movía como una sombra en el cielo las perseguía. En tierra firme, las calles tenían el aspecto de un cementerio de automóviles. Algunos ardían a un costado de la pista y el humo intenso se arrastraba por las vías hacia donde lo llevara el viento. Richard tenía que sortear constantemente los autos y llevarse de encuentro los que no podía evitar.

En una sección de la vía más adelante, Shannon vio cómo un grupo de cuervos se dedicaba a lanzar objetos a la pista. Aventaban coches de supermercado, hidrantes (no sabía cómo los habían extraído del suelo), señalizaciones de autopista, carteles luminosos, tachos de basura, ramas gruesas y enormes de árboles viejos. Hasta los enormes camiones perdían el control al tratar de sortear toda aquella maldición. Pero ellos seguían avanzando.

Las vías se despejaban un poco cuando pasaban por zonas llenas de árboles y sólo se observaba a uno que otro cuervo hacer destrozos aislados dentro de algunas casas o en autos solitarios. Había lugares donde había más personas que cuervos y veían que podían defenderse, aunque no sabían por cuánto tiempo.

Cruzaban el puente sobre el río Elizabeth cuando escucharon una detonación que les dejó un zumbido en las orejas. Las hojas de los árboles cercanos se sacudieron como en una tormenta, las aguas del río se ondularon como si una bestia gigantesca nadara bajo ella. Todo lo que Richard pudo ver por el espejo lateral (antes de que un camión se lo llevara) fue una bola gigantesca de fuego que ascendía velozmente como un cohete hacia el espacio. De pronto supo que la ciudad en la que había vivido por casi veinticinco años, ya no estaría allí cuando el mundo se calmara.

Tanta tensión hizo que Richard no se acordara hasta el último momento, por dónde tenía que doblar para abandonar la 264. Los autos comenzaron a pasarlo con mayor frecuencia, algunos lo rozaban, un conductor sacó su cuerpo por la ventana y le gritó algunas cosas. *Mierda.*

Hampton Roads Bellway era una recreación de lo que podría ser Estados Unidos cuando la Tercera Guerra Mundial llegara a sus tierras. Pero después de todo lo visto en Norfolk, para Richard y los demás, aquel panorama era más prometedor.

En una zona boscosa se encontraron con un incendio incomprensible. Las llamas se extendían en un diámetro de unos veinte metros y algunos cuervos se arrastraban por el suelo con quemaduras que les cubrían casi todo el cuerpo. Llegaron a sentir lástima por ellos; maldición, sólo eran personas que por alguna razón se habían transformado en focos de agresividad plena. El Greyhound pasó velozmente por el costado del infierno. Adam se percató que había algo como una hélice girando lentamente en medio de las llamas que danzaban con alegría. Se acordó de aquellas enormes naves de dos hélices que habían visto cuando todavía estaban en Norfolk, aunque no estaba seguro si era la misma la que se estaba incendiando frente a sus ojos.

Los carteles en la pista ayudaban a la memoria del desorientado Richard. Aún así era difícil leer los nombres de las vías cuando había algunos cuervos trepados en las estructuras de metal, tratando de abalanzarse sobre los vehículos que veían más vulnerables. Aún faltaba un buen trecho antes de que abandonaran los terrenos citadinos y se aventuraran en zonas más deshabitadas.

Volvieron a atravesar una zona poblada en donde un grifo lanzaba llamaradas hacia el cielo dibujando formas humanas como las que se verían en el evento Burning Man en Black Rock Desert. Un perro ladraba y daba vueltas alrededor del cuerpo de su amo muerto. Shannon lo siguió con la mirada hasta que desapareció en la lejanía. Los cuervos pasaban junto al animal ignorándolo por completo. El animal llegó incluso a morder a uno de ellos en la pierna, pero el hombre de ojos negros sólo atinó a liberarse y seguir su camino. Shannon sintió envidia del labrador que viajaba como pasajero junto a ellos.

Richard sintió pena por algunos autos que viajaban en sentido contrario, en dirección a Norfolk. No tenía cómo avisarles que se dirigían hacia su propia perdición. Esperaba que en el camino, vieran el humo y la destrucción y que cambiaran de opinión antes de que fuera demasiado tarde.

Al pasar por Lake Smith, Gary vio unas cabezas que flotaban en el agua. Al principio creyó que se trataba de cuerpos, pero luego vio que quien sea que

estuviera allí, comenzaba a chapotear y se introducía más adentro del lago. No vio que algún cuervo nadara hacia ellos.

Como se lo esperaba, las casetas del peaje estaban abandonadas y las barreras electrónicas habían desaparecido, no quedaba ninguna de ellas. Las luces rojas estaban encendidas en cada módulo pero Richard se alegraba de que sólo estuvieran a unos metros de una posible salida. En algún lugar de atrás se oyeron una serie de detonaciones. Era increíble cómo algo tan abominable como las explosiones, de pronto se convirtieron en algo que se podía tolerar. El futuro iba a estar plagado de ellas y de algún modo tenían que acostumbrarse.

El cielo clareaba cuando llegaron al mar. La brisa se filtraba por la ventana hecha pedazos y los pasajeros agradecieron que aquello hubiera ocurrido. Se podía sentir la salinidad del agua derretirse en sus lenguas, las aguas temblaban hermosas, cautivando los ojos de todos ellos. Por un momento olvidaron que el mundo estaba inmerso en el apocalipsis. No, no fue sólo un momento, fue un largo rato en el que se dejaron llevar por la naturaleza que los rodeaba. Y mientras andaban por el puente de Chesapeake Bay, se imaginaron que iban de viaje. ¿Qué hacían ellos, todos desconocidos, viajando en un bus deshecho hacia un destino desconocido? Nadie lo sabía todavía y aunque querían saberlo, la profundidad del océano los atraía hacia él y desdibujaba sus pensamientos. Se acurrucaron en sus asientos cuando se adentraron en el túnel, pero incluso allí adentro, se podía sentir mucha más tranquilidad que lo vivido varios kilómetros atrás. Allí había silencio. El bus viajaba con rapidez y no se veía nada adelante que los pudiera detener. Y mientras el labrador se acercaba adolorido hacia Kalia y comenzaba a lamer sus lágrimas, el rostro de Adam de pronto exhibió algo espontáneo, algo que hizo sin darse cuenta, pero que era una buena señal: una sonrisa.

## Un camino ajeno a la realidad

Lo primero que vio Adam al abrir los ojos, fue el techo agrietado del viejo Greyhound que se balanceaba ligeramente: el vehículo avanzaba hacia algún lugar. La luz entraba por las ventanas aún con timidez, como si no quisiera descender hacia ese mundo donde el desorden reclamaba más y más terrenos como suyos. Por momentos el interior del bus se oscurecía, luego se aclaraba pero cada vez el lugar parecía absorber más oscuridad.

A esa hora se suponía que debía de estar en su cuarto echado y cubierto por

las mantas tejidas a mano por la propia Joyce. Aquellas mantas que tenían un olor como a té caliente y a un perfume añejo que era el que solía usar la dueña de aquella casa de alojamiento. Pero Adam no estaba en su cama, estaba echado sobre algo más duro y con las piernas bastante entumecidas. El frío que entraba a raudales por las ventanas rotas le hincaba sus miles de dientes en sus brazos y cuello desnudos.

Maldijo el uniforme veraniego que le obligaban a usar en la tienda. Abusaban de la calefacción y se negaban a actualizar los uniformes que venían usando los empleados desde hacía ya varios años. Pero eso era lo de menos. De pronto recordó por qué estaba allí echado. Fue demasiado para su mente recordar todo lo sucedido atrás en apenas unos segundos.

La cabeza le ardía como una tetera colgando sobre la erupción del monte Vesubio. Uno a uno iban transcurriendo los recuerdos en su mente. Se puso las manos en la cabeza y se levantó para que la sangre acumulada en su cerebro cayera por efecto de la gravedad. La sangre no tenía intenciones de ir hacia abajo y daba vueltas y vueltas dentro de su cerebro como un cinturón de asteroides vagando eternamente en el espacio vacío.

Lo detestable de los malos recuerdos es lo difícil que es sacarlos de la mente una vez que aparecen. Se fijan, se aferran sabiendo que su vida depende de permanecer vivos en la mente de su huésped. Se alimentan de la vida, del optimismo, de la esperanza, la absorben sin pausas, sin conocer la saciedad o los límites. Multiplican la tortura psicológica de quien los tiene y los intentos de traer buenos recuerdos a la mente sólo hacen que las malas imágenes retrocedan por unos instantes, tomen impulso y regresen con mayor ímpetu.

Era demasiado incluso para un chico que había tenido que superar la muerte violenta de sus padres frente a sus ojos. Las imágenes se deformaban de forma espantosa en sus pensamientos y por momentos parecía sentir las recorriendo sus venas, su médula, todas sus conexiones nerviosas. Cuervos, tantos cadáveres regados en las calles como todos los muertos que había visto durante su vida en noticieros, fotografías y películas, el fatídico destino de Ryan y Joyce. Sobre todo ellos. Esperaba que hubieran encontrado algún refugio, algún lugar dónde permanecer a salvo mientras el apocalipsis transformaba al mundo en un lugar que supuraba maldad y locura sin contemplaciones. Pero el instinto, la razón y sus sentimientos le vociferaban

con voces estremecedoras la realidad: que no podían haber sobrevivido.

Antes de ponerse de pie miró por la ventana. Había numerosos árboles que quedaban atrás cediéndole el lugar a otras plantas de igual envergadura. Tenían las ramas entrelazadas y estiradas de manera grotesca, como las patas de un reptil antediluviano cuando se despereza en la mañana. El cielo permanecía nublado y el sol era una esfera blanca que se arrastraba en el horizonte sintiéndose miserable y queriendo desaparecer de aquel lugar. El trémulo silencio y el silbido sereno del viento eran las únicas cosas rescatables de aquél panorama.

Cuando Adam se paró y miró hacia adelante, supo que algo no andaba bien. ¿Era su mente la que había sufrido un colapso nervioso o era que, durante su estadía en el mundo de los sueños, otra cosa siniestra había ocurrido que lo había privado de toda compañía por el resto de su vida?

Allá adelante no había nadie. Ni un solo rastro de seres vivientes lo acompañaba en aquél bamboleo vehicular. Desde el asiento que tenía frente a él, donde se suponía que debía de estar Shannon echada, hasta el asiento del conductor en donde debería de verse la figura aletargada del hombre que los había conducido literalmente fuera de la muerte, no había ni una sola persona.

El timón apenas se movía, el Greyhound se mantenía en el camino andando tranquilamente sobre la autopista que era una interminable línea recta rodeada de árboles torcidos e inundada por la soledad. El aire tenía un sabor insípido y pese a la cercanía del mar en aquellas tierras, no había ni la más mínima señal de salinidad en el ambiente.

Adam no tuvo que ponerse a pensar mucho para darse cuenta que se encontraba soñando. Era la primera vez que experimentaba la consciencia dentro de la inconsciencia. Sin embargo, tras darse cuenta de su situación, su cuerpo ya no obedecía las órdenes de su cerebro. La razón no tenía cabida en aquél espacio onírico en el que lo irreal tenía las riendas de todo lo visible e invisible.

De pronto comenzó a caminar hacia el frente del vehículo. Sus ojos observaban con inquietud cómo su cuerpo se movía hacia el frente mientras se aferraba a los respaldares de los asientos para no caerse. No era para nada agradable estar en los zapatos de una marioneta, menos aún en un espacio



ausente de rostros conocidos y viajando hacia un destino incierto rodeado por colores opacos y formas nerviosas. Aunque eso era mejor que haber encontrado los cuerpos desmembrados de sus acompañantes regados en los asientos o de pronto ver su cuerpo atravesado por una infinidad de estacas afiladas. Siguió avanzando mientras trataba, con poco éxito, de despejar su mente.

A pesar de no ser dueño de sus movimientos, extrañamente tenía poder sobre sus sensaciones. Podía sentir el frío que entraba a raudales por las ventanas quebradas y en cuyos marcos aún quedaban pequeños cristales puntiagudos asemejándose la estructura a la boca de una piraña. Se negó a seguir sintiendo frío y de pronto fue invadido por un aliento tibio que rodeó su cuerpo como un repelente protector.

Adelante pudo notar la presencia de pequeñas manchas de sangre en el parabrisas. En las esquinas del cristal había interminables grietas y otros líquidos de colores purulentos. Adam se agachó y su mano manipuló los botones de la vieja radio del Greyhound. Se escuchó la estática y ruidos que no se podían catalogar. La mano de Adam dejó de mover el dial y dejó la aguja en una estación en la que se escuchaba un sonido parecido al golpe eterno de las olas sobre la arena. Luego escuchó una voz y lo único que supo después es que había despertado.

El arrastre de la mente de Adam desde el hogar de Morfeo al irreconocible mundo real fue bastante brusco y violento. Hasta el fin de sus sueños no pudo mover ni uno solo de sus músculos. Si hubiera podido hacerlo, tal vez su cuerpo se hubiera hecho para atrás como afectado por un espasmo violento de alguien que sufre un ataque de epilepsia. Hubiera gritado sin importarle que sus cuerdas vocales se rasparan hasta producir una hemorragia interna. Tal vez hubiera querido arrancar los cristales de la ventana rota e introducirlos por las orejas hasta los tímpanos. *Sí, eso hubiera sido lo primero que hubiera hecho.*

De pronto un recuerdo atravesó su mente como una flecha envenenada: *Hay algunos pacientes que no llegan a recuperarse nunca*, había escuchado decir a la doctora Norman a escondidas una vez y su mente asimiló esa posibilidad como si fuera parte de su destino.

Todo fue instantáneo y doloroso. Los contornos de los objetos alrededor

quedaron impregnados en la mente de Adam aun cuando su vista quedó a oscuras. Lo veía todo como un destello fosforescente propio de los anuncios de neón. Mientras tanto, el eco de la voz que había escuchado por la radio se siguió escuchando cada vez más fuerte hasta que desapareció repentinamente.

La voz de aquél que aún vivía en sus recuerdos había sonado de manera enérgica y dominante a través de los parlantes del bus. Había sido como escuchar la sentencia de un monje hacia un ciudadano hereje en los tiempos de la Inquisición. “Aún no he terminado contigo Adam”, había dicho la voz, “todavía tengo mucho que arrebatarte.” Fue entonces cuando el sueño llegó a su fin.

### 39

#### En la intimidad con ella

Ahí estaba de nuevo el techo agrietado del viejo Greyhound. La sensación de caída lo había hecho despertar bruscamente del sueño. Estaba recostado en un espacio en donde no lograba entrar completamente y, con los movimientos de la pesadilla, la mitad derecha de su cuerpo se había inclinado por el borde del asiento. Tal vez hubiera caído si el bus hubiera estado en movimiento pero tan pronto como recobró la consciencia, Adam se dio cuenta que todo seguía tan quieto y tranquilo que como cuando se fue a dormir, aunque no recordaba exactamente cómo fue que se quedó dormido.

Tuvo un ataque repentino de imágenes en su cabeza. A pesar de estar con los ojos abiertos, todavía tenía la sensación de estar viendo árboles dar vueltas locamente en el aire casi como estrellas que dan vueltas en la cabeza de una caricatura. Tal vez hubieran aparecido otras cosas más o se hubiera puesto a recordar la voz añeja de su padre amenazándolo con atormentar su vida eternamente si es que no se hubiera encontrado con la mirada de Shannon que lo observaba desde el asiento frente al suyo.

La cabeza de ella era lo único que asomaba de su largo cuerpo. La tenía colocada sobre el apoyabrazos y una de sus negras y largas trenzas se extendía cuan larga era hacia el suelo como un péndulo. Adam se sentía hipnotizado por ella, y el movimiento pendular de su trenza no hacía más que precipitar sus

sentimientos hacia un vacío profundo en donde Shannon aguardaba soñando cubierta por un mar de brumas.

Sabía que ella le iba a decir algo. Adelante se escuchaba el murmullo de otra conversación aunque Adam no lograba reconocer las voces. Todavía tenía la mente algo alborotada y lo único claro y resplandeciente que había en su consciencia era el rostro de Shannon. Ella. Ella se estiró en el asiento, aferrándose del borde del mismo con una de sus manos, solo que en lugar de dedos tenía largos y palpitantes tentáculos que crujían como ramas al quebrarse. Algo aún más terrible luchaba por salir desde dentro de ella.

-¿Dónde está mi hijo? -Dijo la voz de aquella cosa cefalópoda como cuando Edward, el padre de Adam, llegaba ebrio a su casa junto con el canto de los grillos y gritaba incesantemente por todas las habitaciones esa misma frase. Buscando a su vástago hasta encontrarlo aterrorizado bajo las mantas de su cama-. Ahí estás hijo. Déjame verte. Quiero contarte una historia.

No era Shannon, no era su rostro largo, hermoso y natural. Tampoco era el rostro pálido y destrozado de su padre tras el balazo que atravesó su sien. No tenía rostro pero sabía que era él. No se le podía ver la cara porque su rostro estaba cubierto con una máscara que también cubría todo su cuerpo. Vestía una bolsa de cadáveres gruesa, negra y hedionda. La bolsa se había adherido a su cuerpo adoptando los contornos y silueta del cuerpo de su padre. La cremallera ascendía por el medio de su cuerpo hasta detenerse en el cuello. Otra cremallera se extendía en su rostro reemplazando su boca. El cierre estaba abierto y dentro sólo se podía ver un vacío aborrecible y helado-. Había una vez... -Dijo la voz. Se asomaron un sinfín de balas que habían tomado el lugar de dientes. Su voz sonaba como el eco de un disparo rebotando dentro de una tráquea corrompida.

-Oye. -Dijo Shannon, hincando con su dedo el hombro de Adam que estaba tieso al igual que el resto de su cuerpo-. Ya no estamos en el balcón del edificio por si no te has dado cuenta. Y tampoco seguimos escapando de Norfolk para que me pongas esa cara de Jerry Lewis. -Continuó ella deslizando su dedo sobre la delgada tela del polo de Adam, llegando hasta su cuello y luego volviendo a bajar hasta el hombro nuevamente.

Ella retiró su mano con rapidez cuando Adam se incorporó en el asiento respirando bocanadas de aire profundas y rápidas. Su corazón latía con

intensidad y si antes lo hacía por la espectral visión de la cosa, ahora lo hacía por la encantadora y reconfortante imagen de Shannon en todo su esplendor. Imposible. No lograba recuperarse del todo. Jamás iba a poder liberarse del trauma.

-Soñaba. -Contestó él con una voz débil que aún trataba de regresar desde los parajes que uno sólo ve cuando los parpados se estiran.

-Imagino que cosas no muy buenas, aunque no creo que pueda imaginar algo peor que lo que está pasando aquí.

Ella jamás entendería. Lo que le había confesado en el departamento de Naomi apenas era como un punto en el vasto espacio de su extensa y nefasta historia. No tenía pensado contarle nada más. No quería involucrarse más con ella a pesar de que la encontraba más hermosa y cautivante que cualquier otra mujer que hubiera mirado en los largos años de su vida solitaria. La atracción se ensanchaba en su interior como el veneno de una cobra recorriendo el torrente sanguíneo. Esa noche en la tienda, una sola mirada de ella lo dejó inmune a un ataque despiadado de ensueños e ilusiones imposibles de erradicar.

-Acertaste ahí. -Mintió Adam con una sonrisa que delataba la mentira-. No lo recuerdo bien, pero no creo que haya sido peor que esto. -Finalizó señalando hacia atrás con el pulgar.

-No lo recuerdas eh. No me digas que ya se te pegó lo del tal Gary. Ahora esa suele ser la salida de todos los hombres cuando se les pregunta por algo de lo que no quieren hablar. *No recuerdo, no recuerdo*. Cobardes. No lo digo por ti, sino por otras personas que he conocido y que me han salido con lo mismo. Lo tuyo es simplemente un sueño y si no te acuerdas, cosa que no creo, pues qué más da.

-Puedo intentar recordarlo...

-¿Vale la pena hablar de pesadillas en este preciso instante?

Adam se quedó callado. Ahora sí tenía una sonrisa auténtica, pero no había nada de alegría en ella, era pura vergüenza. Demasiado malo: eso solo hacía que se enamorara más de ella.

-De todas formas, no tengo ganas de hablar ahora. -Dijo ella mientras se levantaba de su asiento. Se paró en el pasillo y miró hacia adelante. No había

nada nuevo. Se volvió y se agachó un poco acercando su rostro a unos centímetros del de Adam. Sus trenzas se balanceaban apenas a unos milímetros de las piernas del chico pero él estaba fijo en los ojos de ella.

*Aléjate. ¿Qué voy a hacer si la muerte te lleva de mi lado? Ya fue suficiente con que el encapuchado se haya llevado a mi madre. No quiero que se siga llevando a todos los que amo. Mi cordura ya no podría soportarlo. Dios mío qué castigo es éste.*

-Tengo un dolor terrible en la cabeza. -Susurró ella entrecerrando los ojos-. Tienes que darme un masaje y tiene que funcionar, de otra manera no me dejarás otra opción que masacrarte a golpes y matarte. -Su rostro lo decía en serio y Adam deseaba que fuera verdad ya que la muerte era una opción mucho mejor a la de perder en vida a la mujer que tenía frente a él.

Sin decir más, Shannon se acomodó en el estrecho asiento y puso su cabeza sobre las piernas de Adam. En ese instante, Adam se dio cuenta de que había fracasado. Shannon ocupaba completamente su corazón y se desbordaba por sus venas, nódulos y arterias.

-Espera. -Le dijo ella mientras se incorporaba en el asiento y le daba la espalda por algunos segundos-. Quiero que tus manos se paseen por toda mi cabeza. Imagina que eres un adivino charlatán y que mi cabeza es tu bola mágica. Obviamente no vas a encontrar una bola de cristal con trenzas, por eso me las voy a deshacer para que me puedas masajear mejor. -Mientras tanto, se sacaba las ligas que estaban atadas a cada extremo de la trenza y comenzó a desenrollar su cabello entrelazado con la misma delicadeza con la que un niño ata sus zapatos por primera vez.

Adam tenía ganas de alabar su cabello, de compararlo con ciertas lianas de árboles que colgaban hace miles de años en los jardines de Babilonia o tal vez otras más hermosas que florecieron en el jardín del Edén. *No. Eso solo haría que también ella empiece a sentir algo por mí. Ya es suficiente con que yo tenga que sufrir la posible pérdida de mi ser amado, no puedo permitir que le pase lo mismo a ella. Por otro lado, ¿por qué no arriesgarme a amar? ¿Por qué no encender la llama del amor como esperanza ante ésta inminente oscuridad? No puedo hacerlo. Temo que yo también sea la cosa.*

El cabello de Shannon se extendió en aquél rincón sombrío del bus como la

cola de un pavo real. Adam creía que aquél cabello podía haber pertenecido a alguna de las diosas de la antigua civilización de Mesopotamia. A aquella deidad a la que los sumerios que dedicaron poemas, a la que le cantaban versos en las noches de luna llena, rodeados del fuego incandescente de los sacrificios humanos y rodeados de los perfumes del desenfreno y la locura.

*Suficientes pensamientos por el momento*, pensó Adam. Los traumas del pasado y su latente introversión lo empujaban a veces a abstraerse demasiado en sus pensamientos, dejando pasar la vida frente a sus ojos como una película en la que él era el protagonista principal pero en la que no actuaba ni un solo segundo. La cinta seguía corriendo sin él.

-Espero que eso no sea nada de lo que estoy pensando. -Dijo Shannon mientras se desenredaba los últimos nudos.

-Mierda. -Contestó Adam regresando a la realidad-. Es la pistola. Levántate un rato para sacarla. No sé cómo se me pudo olvidar. Gracias, ya puedes echarte. Voy a guardarla abajo del asiento por si la necesitamos más adelante.

-¿Piensas usarla de nuevo?

-No sé. ¿Acaso crees que debo deshacerme de ella?

-No lo digo por eso. La verdad es que tienes muy mala puntería Adam. ¿Es que ya no te acuerdas de tus disparos allá en Norfolk?

Era cierto, pero no había fallado-. Pero si no fallé ninguno de los tiros.

-Adam... sólo necesitabas un tiro para deshacerte de ese hombre y tú hiciste cuatro disparos.

-Tres.

-Entonces lo aceptas.

-Yo no tengo la culpa de que los cuervos se hayan vacunado contra el plomo. -  
Replicó Adam audiblemente alterado. Allá adelante, los ojos de Kalia, quien  
conversaba con el barbudo y su mujer, se fijaron en Adam por unos instantes y  
luego siguió conversando con ellos como si fueran sus vecinos de toda la vida.  
El tiempo se sentía lento y el ambiente irreal. ¿Por qué la humanidad se había  
tardado hasta Einstein para darse cuenta de que el tiempo era relativo?

Ninguno de los dos quería retomar la conversación. Shannon se había  
levantado la ropa, dejando al descubierto su ombligo pálido y regordete.  
Había un moretón en su costado izquierdo y cada vez que se lo apretaba con  
las manos, se formaban un par de dunas de carnosidad. A ella no parecía  
importarle; a Adam, tampoco; por el contrario, le gustaba más tal como estaba.

-¿Te duele? -Preguntó Adam por fin.

-No tanto como antes. -Era una mancha morada del tamaño de una yema de  
huevo y había varias rayas como estrías que se habían enrojecido adoptando  
los colores del cielo al atardecer.

-Se ve mal. A lo mejor hay un botiquín allá adelante.

-Adam. -Dijo ella cubriéndose otra vez el ombligo con su ropa-. Sólo necesito  
una cosa para sentirme mejor.

-¿Qué cosa?

-Que pongas tus manos de una vez sobre mi maldita cabeza.

40  
Recorrido

No había dudas de que más de uno en el bus se desesperaba por saber lo que estaba pasando en otros lugares. Naomi tenía su iPhone en el bolsillo pero no lo había sacado de su mochila desde que se lo llevó de su departamento y no tenía pensado prenderlo para no gastar la batería. Ella también se preguntaba qué estaría pasando allá afuera y de lo único que estaba segura era de la hora: había llegado la hora oscura.

Viajaban rumbo al norte. Norfolk era una ciudad con miles de columnas de humo, cada una más gruesa que la otra; como columnas de hormigas, negros y densos en las lúgubres extensiones amazónicas. Ese era el aspecto que debía de tener la Tierra cuando recién era un planeta joven y los continentes se desesperaban por emerger tras largos años de hibernación bajo las aguas envenenadas que cubrían todo el terreno visible.

También había humo adelante. Sólo había dos columnas largas pero claras y el resto sólo era como una niebla que se mezclaba con el gris del cielo. El sol seguía siendo algo blanco tras algo gris y con el paso de los minutos, fue desapareciendo junto con el avance de la destrucción.



La autopista se perdía en la lejanía ante una hilera intensa e interminable de árboles robustos. Sólo los postes de luz estaban allí de pie junto a la vegetación, observándolos pasar imperturbables ante los sucesos. A la derecha, ramas, arbustos torcidos y temblorosos. A la izquierda un campo de pasto largo y descuidado, con maleza creciendo en algunos rincones. Más árboles en la lejanía que se estiraban hacia un cielo oscuro.

Estaban solos y, por el momento, sabían que era mejor estar así. Huían como fugitivos pero nadie los perseguía por detrás. Buscaban ayuda pero no sabían qué era lo que iban a encontrar delante. Se sentía una incomodidad extraña en los rostros de los pasajeros. No sabían qué sentir, no sabían qué expresar, todo era bizarro, inexplicable, increíble. Había un terror que los amenazaba, pero no era un terror completo ya que se negaban a creer que todo era real.

Árboles, vegetación, campos y autos abandonados, completa soledad. Todo era tan similar. Parecían estar dando vueltas en círculos. Tal vez aquello era parte de la maldición: vagar eternamente huyendo de sí mismos y tratando de encontrarse a ellos mismos a la vez. Richard mantenía apretado el acelerador. Chelsea había hecho un buen trabajo con los masajes. Adam no parecía ir por buen camino, al menos eso opinaba Shannon quien seguía insistiéndole en suavizar sus movimientos. El chico no tenía armonía.

-Un poco más a la derecha. -Insistió Shannon por enésima vez.

-Shannon. -Contestó Adam con desesperante calma-. Es la novena vez que paso mis manos por este lugar y no encuentro ningún bulto.

-Bueno... a lo mejor no hay ningún bulto pero estoy segura que hay algo allí. ¿Qué haces? No dejes de presionar por favor. Así. Creo que cada vez te estás acercando un poco más al bulto.

-Prepárate luego para masajearme las manos. -Suspiró Adam.

-Ni lo pien... ¡Mierda!

Ambos muchachos fueron empujados por la gravedad hacia adelante. Shannon se resbalaba por el asiento como si todo aquél escenario y su propio cuerpo adoptaran las formas de una pintura de Dalí. Pincelazos de locura al son de los chirridos de los frenos.

-¿Qué diablos pasa? -Gritó el hombre barbudo poniéndose de pie.

-¿Qué mierda fue eso? -Agregó Naomi desde el suelo. El labrador hizo eco a su reclamo con un largo aullido.

-Miren. -Fue lo único que dijo Richard mientras señalaba con el dedo y todos desviaban su mirada hacia un lugar silencioso a la derecha de todos-. Miren. - Volvió a decir.

-Sólo diez minutos. Mejor que sean quince, si no regresamos... -Richard se quedó pensativo mientras miraba a los demás como si pidiera que alguien completara la frase-. Por Dios, no creo que pase nada... regresaremos.

-Mejor hay que esperar un rato más. -Dijo Adam desde atrás del bus, donde trataba de deshacerse de Hunter que saltaba, gemía y husmeaba entre sus piernas.

Habían aparcado el Greyhound junto al enorme supermercado Viskas. El área de parqueo estaba ocupada por varios autos, la mayoría amontonados entre sí como latas en un cesto de reciclaje. No pudieron evitar ver algunos cuerpos colgando en algunas ventanas o en el interior de los vehículos. La vida los había abandonado hace muy poco y parecía querer abandonar también la atmósfera de aquél lugar. Hasta el búfalo, el logotipo del supermercado, parecía haber perdido la vida de su otrora brillante color rojizo.

Junto a ellos, un McDonald's lucía deslucido y saqueado. Había habido un sangriento enfrentamiento en aquél lugar y no quedaban más que los caídos en la batalla. Cuerpos aglutinados en la acera de distintos tamaños y formas. No habría más de cincuenta en el exterior pero todavía no habían entrado en el supermercado. Imaginaban que allá adentro habría por lo menos el doble de los que había afuera ya que supusieron que las personas habrían tratado de esconderse de los cuervos en el interior de aquellos edificios.

Richard y Gary se ofrecieron como voluntarios para registrar el interior del supermercado. Eran conscientes de que viajaban sin más provisiones que los restos de comida que aún digerían sus estómagos. Nadie sabía si encontrarían la oportunidad de encontrar alimento en abundancia más adelante. Había silencio por el momento y tras aparcar el Greyhound y esperar por varios minutos, comprobaron que el silencio era el único superviviente en aquél lugar.

-Supongo que ya es suficiente. -Dijo Gary mientras avanzaba hacia la puerta abierta del Greyhound y descendía sin esperar a Richard.

-No se preocupen. -Dijo Richard sosteniendo la pistola de Adam en su mano derecha-. Si sucede algo adentro... se enterarán.

-¿Y si sucede algo acá? -Preguntó Naomi con el rostro tenso.

-Supongo que también se enterarán. -Dijo el hombre barbudo levantando una pistola de 9mm en su mano derecha.

Richard lo miró con desconfianza. El rostro de aquél hombre era indescifrable y aún no sabían su nombre. No quería dejarlos a merced de un hombre armado y menos escuchar sus disparos.

-No creo que sea necesario gastar balas. -Dijo Richard-. Bastará con que toquen la bocina. -Y dicho esto, se dirigió hacia la salida del bus.

-Empieza a contar ahora. -Le dijo Adam a Kalia. Adam le propuso a la pequeña contar los segundos hasta que completara los quince minutos. Eso serviría para mantenerla entretenida. Richard se alejó con rapidez alcanzando a Gary en la entrada del supermercado. Ambos desaparecieron por la puerta como espectros penando en una vieja casona maldita.

-No me gusta esto. -Susurró Naomi desplomándose en el asiento. *Nunca nada le gusta a esa chica*, pensó Shannon mientras seguía asomada por la ventana rota (trenzaba de nuevo su cabello), embelesada en el silencio, la carretera y los árboles.

Adam también estaba algo inquieto aunque no se atrevía a contagiar su intranquilidad a los demás. Tal vez era sólo su imaginación transformando las cosas más inofensivas en amenazas exageradas sin fundamento alguno. Se seguía preguntando por qué de pronto el labrador había saltado hacia la ventana sin vidrio y se había puesto a mirar el camino por el que habían llegado ellos. Tenía las orejas pegadas hacia atrás y la cola se agitaba de un lado a otro. Intentaba ladrar pero se contenía y sólo se le escuchaban débiles quejidos. *No me gusta eso*, pensó Adam.

*Es una suerte no tener que soportar el hedor de la descomposición*, pensó Chelsea. Ya había experimentado antes estar rodeada de cuerpos en estado de putrefacción una vez cuando era niña. Fue el famoso caso de Brandon Cook, el asesino de Iowa, que secuestró, mutiló y se alimentó del cuerpo de siete adolescentes mujeres. Chelsea vivía al lado de la casa del asesino y nadie sospechaba nada. Fue cuando la congeladora de Brandon se descompuso cuando el asesino huyó hacia el norte, tratando de cruzar la frontera. El fétido olor de los cadáveres se esparció por aquel viejo barrio como una niebla densa que parecía carcomer los pulmones de todos los que respiraban. La policía descubrió los cuerpos en el sótano y también la identidad del asesino. Brandon Cook murió dos días después en Winsconsin arrollado por un auto en una carretera rural. No se supo quién lo atropelló. Encontraron su cuerpo escondido en unos arbustos y con cientos de mordidas de animales salvajes.

Chelsea se sacó de la mente aquellos recuerdos nocivos. La presencia de los cadáveres regados en el asfalto no le causaba terror, sino una profunda e intensa lástima. *Por Dios, por qué tenían que matar a los niños*, gritó en su pensamiento. Bajó la vista de nuevo y siguió rezando por las almas de los fallecidos y por el amparo de los vivos que aún estaban allá afuera.

Hunter seguía encaramado en la ventana y Adam le echaba miradas de reojo de vez en cuando. Él y Shannon se habían acercado a la pareja de extraños que encontraron cuando subieron al bus. Por fin tenían tiempo para confraternizar e intercambiar algunas palabras.

El perro gimió sin dejar de mirar la autopista. Naomi seguía contando los segundos junto a Kalia. Era un juego para la pequeña y no dejaba de sonreír cada vez que se equivocaba en la secuencia y Naomi la corregía. De pronto, a Kalia le empezó a gustar el cabello largo y ensortijado de Naomi aunque no tenía ni la menor idea de cómo podría transformar su cabello liso en aquellos rizos. Mientras tanto, podía seguir tolerando las trenzas. *Doce*, dijo Naomi en su pensamiento y un escalofrío le recorrió el cuello y la espalda. *Por favor*,

*chicos, apúrense.*

La conversación mantenía su fluidez. El hombre barbudo se llamaba Lawrence Barker y la mujer pálida y rolliza con el moretón en la mejilla se llamaba Grace. Ambos se habían casado hacía algunos meses y se encontraban en Virginia como parte de su luna de miel. Tenían pensado recorrer todos los estados de la costa este de Estados Unidos aunque de momento tenían que conformarse con haber recorrido la mitad. *Ha sido un largo recorrido, ¿no querida?*, había dicho Lawrence mirando a Grace y abrazándola con fuerza. Ella respondió con un gesto de la cabeza, asomando una tímida sonrisa que oscurecía su moretón.

Esa actitud alimentaba ciertas sospechas de Shannon. Ella había visto ese tipo de hombres muchas veces. Hombres que aparentaban ser buenos, cariñosos y considerados, pero que no eran otra cosa que bestias con máscaras que les quemaban el rostro. Aquél Lawrence tenía un aire dominante; a Grace, se le notaba bastante sumisa aunque no se sabía si era parte de su personalidad o era puro miedo. *Ese moretón me huele a golpe*, pensó Shannon dentro de sí. Tal vez más adelante podría encarar al tipo ese.

-¿Alguien puede acercarse? -Dijo Chelsea desde adelante. Estaba de pie en el pasillo en medio de los dos primeros asientos y miraba hacia atrás con un rostro algo desconcertado. Shannon se acercó primero seguida por Adam, Lawrence y Grace. Naomi y Kalia no podían detener su importante misión.

-¿Parece que trata de decir algo? -Susurró Chelsea cuando todos hubieron llegado junto a ella. La anciana los miraba a todos como un animal enjaulado en un zoológico por largos años exigiendo su liberación inmediata antes de caer en la locura. Movía sus labios arrugados y toda su mandíbula tratando de soltar alguna palabra, pero ni siquiera se le escuchaba un gemido.

La contemplaron en silencio por algunos segundos. Shannon se le acercó un poco más y le preguntó a la anciana si es que les quería decir algo. Los ojos grises y apagados de la vieja se clavaron en los ojos de Shannon y su rostro se sacudió con un leve temblor al igual que el resto de su cuerpo. Se desesperaba por hacer algo, por decir algo, por expresar algo que parecía sumamente importante, pero estaba atrapada dentro de un cuerpo senil y casi parálítico que por el momento sólo servía para acumular más y más segundos que alargaban su extrema vejez.

-¿Cuántas palabras? -Dijo Shannon extendiendo sus manos en frente de la anciana y moviendo los dedos. La anciana movía su cabeza hacia arriba y abajo sin sentido-. ¿Seis palabras? ¿Cinco? Ok. Ahora hay que adivinar la primera palabra.

-¿Crees que esto es un juego? -Exclamó Chelsea exasperada por la actitud de la chica.

-Cálmate un poco... -Bufó Shannon mientras permanecía con la boca abierta para seguir soltando más palabras.

-¡Quince! -Gritó Naomi desde atrás.

-No seas tonta. No creo que la vieja esté pensando en tantas palabras – Contestó Shannon.

-¡Que ya pasaron quince minutos! ¡Ya deberían haber regresado!

Todos volvieron la cabeza hacia atrás, alarmados y sintiendo que el corazón se les aceleraba de pronto. Pero ninguno de ellos miraba a Naomi. Todos tenían la mirada fija en Hunter, el labrador, que ladraba desesperadamente hacia la autopista, saltando, agitándose, escupiendo saliva en el borde de la ventana. Ahora no era sólo él, ahora todos podían escuchar que algo se acercaba.

## Hombres trabajando

-Esto deberá de ser suficiente. -Dijo Richard mientras una gota de sudor resbalaba por el costado de su cabeza y se paseaba entre la infinidad de vellos microscópicos que conformaban su barba afeitada.

Le daba vergüenza reconocer que no se encontraba en óptimas condiciones físicas. Hacía ya algún tiempo que había abandonado por completo su larga carrera como entrenador físico de los muchachos que jugaban fútbol americano en la universidad Old Dominion en Norfolk. Se parecía un poco a los chicos que acudían por primera vez a él cuando deseaban formar parte del equipo de los leones.



Empujó el carrito de supermercado repleto de todo lo que pudo cargar en los quince minutos que tenía de plazo. No tenía ni la menor idea de la hora, pero una voz le susurraba constantemente que ya era tarde. Y sólo habían recorrido apenas dos pasillos.

-Un carrito era suficiente, esto es gula. -Aseveró Gary empujando su carro y evitando los obstáculos que había en el suelo. Richard lo miró con ojos envidiosos. Gary no parecía cansado en absoluto y empujaba su carro lleno como si estuviera en el parque paseando a un bebé en su coche.

Era una suerte que ninguno de los que estaban en el bus pudieran ver lo que había allí adentro. Incluso para aquél hombre enorme y corpulento que era Richard, la presencia de los cadáveres sembrados en los pasillos y góndolas del supermercado, era algo que le trastocaba los nervios. Gary permanecía imperturbable, como si la amnesia se hubiera llevado también el significado de lo que era el miedo y la repugnancia.

Richard bajó la cabeza y apretó la mandíbula con fuerza cuando vio a un niño que no tendría más de seis años, encogido y cubierto de sangre y arañazos junto a un cartel que decía: Calabazas - \$2.79. Le costaba demasiado soportar la presión de tantas imágenes dando vueltas dentro de su cabeza.

-¿Ya recuerdas algo más? -Preguntó Richard tratando de aparentar tranquilidad, pero buscando una excusa para distraerse de la angustia.

-No mucho. -Contestó Gary haciendo zigzag para evitar el cuerpo de una chica que tenía el rostro vuelto hacia arriba. Ni siquiera su propia madre podría reconocer aquella cara-. Me vienen a la cabeza imágenes de un lugar, pero todavía no llego a entender de qué se trata.

-Mejor vamos por la derecha. -Sugirió Richard. Cientos de botellas de bebidas alcohólicas les bloqueaban el paso. *Déjenme navegar en sus aguas y ahóguenme con su esencia para olvidar todo lo que he visto*, le cantó Richard en su mente al líquido derramado.

-Pero no es en los recuerdos en lo que estaba pensando ahora. -Añadió Gary mirando hacia varios lugares como si tratara de buscar algo.

-¿En qué pensabas entonces?

-En los cuerpos.

-¿Qué hay con los cuerpos?

-Dime, Richard, ¿Qué es lo que ves? -Preguntó Gary caminando ahora un poco más despacio para darle algo de tiempo a Richard.

-Una masacre, eso es lo que veo.

-¿Y qué te hace pensar eso?

-No lo pienso, creo que es bastante obvio. ¿A dónde quieres llegar?

-A lo que no vemos.

-Y eso es...

-¿Quién crees que mató a toda esta gente?

-Supongo que las personas de ojos negros, pero... -De pronto lo supo. Richard se dio cuenta hacia dónde lo quería llevar Gary con tantas preguntas. El silencio y la soledad en el supermercado habían engañado sus sentidos. Lo habían hecho sentirse seguro donde no había seguridad de nada.

-¿Dónde demonios están los asesinos? -Preguntó Gary y su voz reverberó hasta en el más lejano rincón del edificio. No hubo más ruidos adentro. Lo siguiente que escucharon, fue el salvaje estruendo de los bocinazos que emitía el Greyhound allá afuera.

-¡Mierda! -Grito Richard cuando el carrito con todas las latas de conserva que

llevaba se hizo para un lado y cayó con un estrépito a mitad de la desesperada carrera por la zona de estacionamiento.

-¡Déjalo! -Le espetó Gary corriendo con su carrito que estaba balanceándose peligrosamente-. ¡Déjalo Richard! ¡Ven y ayúdame a que no se caiga el mío también!

Se detuvieron unos pasos más allá al ver cómo un Chevrolet aceleraba a toda velocidad por la autopista, se internaba sobre el césped y derrapaba sobre su lado derecho arrancando el pasto como una segadora endemoniada. No tardó mucho hasta que comenzó a dar vueltas de campana.

-¡Salgan de allí! -Gritó Richard con las manos alrededor de la boca. Allí estaban Shannon, Adam y Chelsea en el asfalto, viendo la escena junto a Hunter que ladraba dando saltos de un lado a otro y botando espuma como una cerveza agitada y recién destapada.

El auto se vino encima pasando apenas a un par de metros del Greyhound y obligando a los chicos a correr para evitar la muerte. Hunter siguió ladrando hasta el último segundo y luego dio un salto hacia la izquierda mientras los cristales del auto estallaban como si el auto estuviera siendo masticado por una bestia de metal.

Los demás miraban por la ventana del bus. Naomi dejaba de contar los minutos para empezar a contar las vueltas que el auto daba y que parecían no tener fin. Kalia miraba asustada a su perro que lanzaba un gemido asustado tras salvarse de ser aplastado. Al final del bus, Grace abrazaba con fuerza la cintura de Lawrence, mientras éste trataba de separarse de ella al mismo tiempo que empuñaba con fuerza su pistola.

Una furgoneta familiar abandonada detuvo las vueltas del Chevrolet que ya empezaba a perder su impulso. El auto cayó sobre sus ruedas con un ruido seco, unos cuantos cristales más cayeron al suelo y recién entonces, pudieron darse cuenta de los dos ocupantes que había en los asientos delanteros.

La cabeza de la chica que estaba al volante cayó hacia el costado. Su cabello era completamente amarillo y tenía varios hilos de sangre deslizándose por sus fibras como si fuera un diseño macabro de un estilista perturbado.

*¡Está muerta! ¡Está muerta! ¡Dios mío! ¡Está muerta!*, gritaba Naomi en sus pensamientos, sintiendo que las cuerdas vocales se le rasgaban en la realidad.

Volvió a tener el rostro tenso como lo tenía en el balcón de su departamento cuando se atrevió a mirar hacia abajo. Respiraba tan rápido como los jadeos pulgosos que se escapaban del hocico de Hunter.

*Vaya mujer temeraria*, pensó Richard al ver a Chelsea corriendo en dirección al auto para revisar los cadáveres. Tenían que ser cadáveres. Los otros no se atrevían a acercarse todavía. *¿Dónde están los asesinos?*, había preguntado Gary. *¿Qué tal si estaban dentro de ese auto? ¿Qué tal si eran ellos a los que estaban viendo en los asientos delanteros?* Los habían engañado en la ciudad haciéndoles creer que ya no estaban, ¿por qué no podían engañarlos también ahora?

Richard se acercó al auto al ver que Chelsea ya había llegado y revisaba a la chica sin vida. No tenía idea de cómo estaba el otro chico del asiento del copiloto. *¿Habría alguien atrás? ¿Alguien que esperaba que se acercaran para...?* Desechó las ideas pero éstas se mantuvieron flotando como mecanismo de defensa. Seguía pensando: *¿Dónde diablos están los asesinos?*

-Acompáñelos. -Dijo Gary a Adam y Shannon casi llegando a la puerta del Greyhound con su carrito lleno de alimentos-. Tal vez necesiten su ayuda.

Adam miró a Shannon sin decir nada. Las palabras estaban demás. Ella le devolvió la mirada pero no compartió su silencio.

-Al diablo Adam, ya están muertos. -Y se fue hacia la autopista.

-Está viva todavía.- Le oyó decir a Chelsea. Intentaban abrir la puerta del auto pero era imposible. Estaba atracada y los tenía atrapados. Había gasolina derramándose en el suelo-. ¡Mierda! ¡Hay que sacarla rápido! -Vociferó Chelsea tomando a Richard del cuello de su camisa.

-No hay nada que hacer. -Contestó Richard mirándola con resignación. Sólo una vez lo habían sacudido del cuello de esa manera. Nunca supo si el hombre que lo hizo volvió a caminar normalmente de nuevo, pero imaginó que sí ya que nunca fue a visitarlo ningún policía ni abogado-. Incluso si abriéramos la puerta y le desatáramos el cinturón, no podríamos hacer nada por ella. Lo sabes Chelsea. Lo siento. -No hizo ningún intento por liberarse de la presión de las manos de Chelsea en su cuello. Ella lo hizo por sí sola, quería seguir intentando abrir la puerta, quería hacerlo desesperadamente y sacar a la chica así no pudiera hacer nada por salvarle la vida. La había oído gemir y eso

había causado aquella efervescencia en su comportamiento. Pero ahora sabía que no había nada que pudiera hacer por ella. No con aquél tubo de metal que le atravesaba limpiamente el hombro y por el que manaba un flujo débil pero constante de sangre.

Mientras tanto, Richard se había ido hacia el otro lado del auto. Al principio creyó que la puerta tampoco se abriría, pero lo hizo con extraña facilidad. El chico que estaba sentado allí tenía la cabellera larga y negra y a pesar de no tener heridas visibles ni estar embadurnado de sangre, parecía también ser un cadáver acurrucado.

-Ggggaaaahhhh. -Dijo de pronto la chica del cabello amarillo. Aquél repentino siseo ofidio asustó a Chelsea quien retrocedió y pisó a Adam, que estaba detrás de ella viendo todo lo que sucedía.

-Yo te ayudo a sacarla. -Dijo Adam.

-Nnnnnooooo. -Gimió la chica.

Le levantaron la cabeza y vieron sus ojos entreabiertos. Estaba haciendo un esfuerzo sobrehumano para mantenerlos abiertos mientras la vida se le iba escapando por todas sus heridas. Tenía la piel sumamente pálida, casi como el color de sus cabellos y estaba desprovista totalmente de cejas.

-Ehhhh. -Volvió a gemir. Tragó saliva un par de veces y luego lo volvió a intentar-. Lllleeeeeee-. No tuvo éxito.

-No te preocupes, te vamos a sacar de aquí. -Le dijo Chelsea para tranquilizarla. En el otro lado del auto, Richard cargaba en sus brazos al chico. Increíblemente, todavía tenía pulso. Sólo estaba desmayado. *Maldito bastardo suertudo*. A unos metros de ellos, Shannon caminaba tranquilamente hacia la tienda, deteniéndose junto al carrito de supermercado que había volteado Richard. Miraba y recogía los alimentos que habían caído.

-Déjame. -Le exigió la chica a Chelsea.

-No hables por favor. No te desgastes.

-Cállate mierda. -Le imploró la chica con una voz rasposa-. Déjame. Llévanselo a él de prisa. -Chelsea estaba sorprendida y no se percató en qué momento había retrocedido de nuevo. Adam la miraba sintiendo que una oscura premonición se abalanzaba sobre ellos-. Llévanselo y váyanse de prisa.

-¿Qué pasa? -Dijo Gary. Había terminado de meter los alimentos en el bus y se había acercado silenciosamente.

-Váyanse rápido. -La chica tosió y escupió una bocanada de sangre que manchó el timón.

-¿Por qué? -Preguntó Gary como si estuviera en una conversación coloquial.

-Ellos vienen. -Fue lo que dijo la chica antes de emprender el viaje a través de los abismos de la muerte.

## 45

### Una legión de ojos negros

-Es obvio que sabemos a quiénes se refiere. -Dijo Gary mirando a Chelsea, con los brazos cruzados aunque mostrándose sereno ante la advertencia de la chica que esperaba tranquilamente la llegada de los gusanos y bacterias que disolverían su cuerpo.

En el bus, Richard había dejado al chico un asiento detrás de donde estaba la anciana; ésta había vuelto a dormirse. Al chico podría darle buenas esperanzas de vida todavía, pero la anciana estaba más próxima al ocaso que a un nuevo despertar.

-Así parece... entonces vámonos de una vez. -Añadió Adam poniendo su mano sobre el hombro de Chelsea. Ella correspondió el gesto poniendo su mano sobre la del chico. El contacto físico con las personas, ese simple gesto era suficiente para suprimir la aflicción.

-¡Trae lo que puedas para acá Shannon! -Gritó Richard desde la puerta al ver que la chica tenía un buen surtido de alimentos sobre el capó de un auto rojo-. ¡Nos vamos! ¡Acá tenemos suficiente, sólo trae lo que quepa en tus manos! - Ella siguió levantando latas y bolsas y poniéndolas encima del capó. Nadie tenía idea de lo que estaba haciendo.

-¿No vieron nada adentro? -Preguntó Chelsea a Gary cuando éste giraba para subir al Greyhound. Adam se les había adelantado y ya subía por la puerta.

-Nada que no hayamos visto afuera. -Contestó el hombre caminando con

lentitud-. Y créeme cuando te digo que yo también pensaba lo mismo allá adentro. Yo también creo que vienen.

-¿Los de ojos negros?

-Evidentemente. ¿Quién crees que mató a toda esta gente que está acá? ¿Napoleón Bonaparte? Claro que vienen. Y creo que están más cerca de lo que ustedes imaginan.

Al mirar alrededor, Chelsea sintió que tenía a los cuervos encima, respirándole en la oreja, sintiendo la frialdad de sus suspiros recorriéndole la piel. No había sentido tanto miedo desde que se enfermó. En la soledad de aquél estacionamiento, se sintió más perseguida que nunca.

-¡Hunter! -Gritó Kalia desde la ventana del bus. El perro se había encaramado en el techo del auto chocado y miraba hacia el supermercado en silencio. Bajaba y subía la cabeza lentamente, sacaba la lengua para respirar, a veces miraba a Kalia como diciendo: “Hey, ¿es que acaso no escuchas lo que estoy escuchando? Prende el motor y arranca.”

Inútiles avisos para una pequeña que sólo pensaba de manera egoísta. Quería tener al perro allá adentro sólo para no sentirse sola. Hunter siguió mirando, con la cabeza erguida, sabiendo que su sexto sentido le ladraba de manera furiosa incitándole a escapar de allí. *Vete de acá perro inmundo. Los hueles, ¿no es cierto? Sientes su aroma negro irritándote tu húmeda nariz. Mete la lengua y escucha otra vez. Allí, atento. Eso. Justo detrás de la puerta del supermercado. Escuchas cómo caminan a través de los pasillos en silencio. Oh chico, son muchos más de lo que imaginaste. ¿Pero qué pasa? ¿Por qué se quedan quietos? Te dije que no sacaras la lengua. Así. Y no te atrevas a sacarla de nuevo. Oh, los escuchas también caminando detrás del edificio, ¿no? También hay algunos adentro del McDonald's. Creo que ahora sí es el momento de abrir la boca y espantar un poco a estos estúpidos que creen que han dejado lo peor atrás, ¿eh? Bravo chico. Regresa al bus. Un momento. ¿Has escuchado eso? ¿Sonó cerca no es así? Mierda. Eso fue en ese carro. ¡Ladra hijo de perra, ladra!*

No fue un ladrido el que salió de la garganta de Hunter, sino un largo e irritante aullido que subía y bajaba en intensidad como si fuera la sirena de una ambulancia. El perro subió por las escaleras del bus abriéndose paso

entre las piernas de Chelsea. Ya todos estaban arriba a excepción de Shannon. El labrador se agitó junto a Richard. *Prende el carro de una maldita vez.* Ahora comenzó a ladrar mirándolo a él y saltando sin éxito para ver a través de las ventanas. *Olvídate de esa perra de trenzas. Vámonos de aquí de una maldita vez.*

-Adam. -Dijo Richard de pronto sabiendo que había que hacerle caso al perro. *Oh sí, los animales siempre ven lo que no vemos; siempre oyen lo que no oímos, siempre saben lo que no sabemos, y nosotros creemos ser los conocedores de todo. Qué equivocados que hemos estado-*. No hagas preguntas. Sólo ve allá afuera y trae lo más rápido que puedas a esa...

Los cristales del auto donde Shannon ponía sus latas reventaron como un cohete en año nuevo. Centenares de vidrios conocieron el caos por primera vez y algunos de ellos tuvieron la dicha de saborear la sangre humana. La sangre del rostro de una chica con trenzas. Detrás de los cristales surgió una mano y luego un cuerpo. Ni siquiera el invierno más lúgubre de Alaska podía asemejarse a la oscuridad que plagaba la redondez de los ojos de aquella mujer morena que se asomaba por la ventana.

El cerebro de Shannon ubicó al dolor del corte de los vidrios en un segundo plano. Es más, no sentía ninguna de aquellas heridas. Incluso cuando la mujer la tomó por la trenza y jaló con salvajismo de su cabello, ni siquiera entonces fue consciente del dolor que sentía su cuerpo. Estaba hechizada por la negrura de la mirada de la mujer. Esos ojos que la miraban apenas a unos centímetros. Estaba viendo la muerte en primera fila y eso la tenía fascinada.

-¡Cállala a ese perro! -Gritó Richard exasperado tratando de meter las llaves en el contacto. El labrador ladraba a más no poder a un lado suyo. Ni siquiera Kalia pensaba ya en él. La pequeña estaba aterrorizada observando cómo la mujer morena zarandeaba a Shannon como si sus trenzas fueran las riendas de un caballo.

Cerca de la puerta del bus, Adam corría hacia adelante para reafirmar su condición de salvador de la chica. *¿Cuántas veces ya la he salvado en estas pocas horas que nos conocemos? Muchas más que un príncipe en una película de Disney.* Pensaba en los chicos en la tienda, en el primer cuervo que vieron en Norfolk.



A medio camino, las puertas del supermercado se abrieron de par en par como si los mismos pórticos del infierno se hubieran abierto para dejar escapar a todos los demonios que ardían en el fuego eterno. *Estamos muertos*, pensó Adam apenas vio salir a los primeros veinte cuervos. *Te lo prometí hijo. Un padre nunca puede decepcionar su hijo.* Allí estaba aquella voz de nuevo.

-¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Vamos a morir! -Gritaba Naomi en un ataque de histeria que no hubiera podido ser controlado ni siquiera con terapia de electroshock. Se tapaba la boca con las manos y sus ojos soltaban lágrimas. Las palabras escapaban a través de sus dedos sin control. Grace y Kalia la miraban e iban absorbiendo cada una de sus palabras como si fuera la realidad. Era el destino el que se abalanzaba sobre ellos. Esta vez no había escapatoria.

-¡Calla de una vez! -Gritó Lawrence con furia mientras su palma abierta se dirigía con aún más hostilidad hacia la mejilla de Naomi. La cachetada sonó como un latigazo y la rubia de cabello rizado cayó hacia atrás como si hubiera sido embestida por un toro herido. Lawrence caminó a través del pasillo dejando atrás a una chica recostada en el asiento con la mejilla ardiendo y sintiéndola crecer cada vez más. Ahora pensaba sólo en la cachetada. La histeria se había escondido en un lugar oscuro esperando el momento oportuno para reaparecer.

-¡Suéltame perra! -Gritó Shannon jalando hacia atrás su cabello. La mujer morena era menuda, pero tenía tanta fuerza como la de un hombre adulto. Shannon no tenía idea de que había un centenar más de cuervos saliendo del supermercado ni de la carrera de Adam en su ayuda. Ella podía valerse por sí sola. Así había sobrevivido casi toda su vida.

Shannon tomó una lata de duraznos en conserva. Se preguntó si los que fabricaron esa lata se imaginaron algún día el destino que tendría aquel recipiente. No, no tenían ni la menor idea y ya estaban muertos. Los pensamientos se desvanecieron mientras Shannon impulsaba su robusto brazo a través del aire sabiendo que estaba poniendo toda su fuerza en aquél golpe y que sería mejor no fallar.

Una puerta se abrió en las cercanías anunciando la presencia de un cuervo que tenía la contextura física de un levantador de pesas. Adam estaba a unos pasos de Shannon cuando ella golpeó a la mujer que la sujetaba.

La gruesa lata se deformó cuando su superficie estalló en la cara de la mujer. Shannon había apuntado hacia la mandíbula pero la mujer se dio cuenta del ataque y trató de agachar la cabeza. La tardía reacción cambió el área de impacto: mandíbula por ojo. No pudo haber mejor blanco que aquél. La mujer morena quedó instantáneamente ciega del ojo izquierdo mientras los huesos que albergaban su globo ocular se quebraban bajo la presión del metal y las astillas viajaban a través de su pupila, humor vítreo, retina, alcanzando incluso las tiernas arrugas de su cerebro.

Estaba libre al fin pero ella todavía no lo sabía. Seguía tirando hacia atrás sin saber que caía. Sintió que unos brazos la sujetaban por detrás pero ya no tenía la lata en la mano (había saltado de sus manos cuando el jugo de durazno le empampó la extremidad).

-Shannon. Vámonos de aquí. -Escuchó Shannon reconociendo esa voz a pesar del mareo que le había provocado el uso extremo de su fuerza. Allí estaba de nuevo en los brazos del chico desconocido al que se sentía más cercana que cualquier persona conocida que recordara.

En el auto, la mujer morena soltaba unos gemidos guturales parecidos a los de alguna bestia de la selva resoplando en el sueño de la noche. El costado de su rostro se había hundido y la piel colgaba de su mejilla con restos de huesos dibujándose dentro de la epidermis.

Adam jaló, arrastró con desesperación a Shannon hacia el bus mientras los cuervos seguían galopando hacia ellos con las bocas abiertas y los dedos adoptando las formas que tenían las patas de las aves carnívoras. Los disparos del arma de Lawrence no tranquilizaron a los demás pasajeros del bus y tampoco disuadieron a las personas de ojos negros de acercarse. Los ecos de las balas sólo le suministraron una banda sonora a la escena que recién empezaba a teñirse de rojo.

-¡Acelera ya! -Gritó Chelsea una vez que Adam y Shannon estuvieron en las escaleras del bus. La puerta se cerró y Lawrence siguió disparando a través de la ventana rota sorprendido de haber herido a más de uno de ellos pero viendo cómo seguían avanzando con más brío.

El Greyhound soltó un gargareo lastimero y el vehículo se sacudió y luego empezó a temblar lentamente. No estaba hecho para partir a la carrera. El bus

se tomaba su tiempo, respiraba y tomaba bocanadas de aire, gases y gasolina mientras hacía un esfuerzo descomunal para movilizar las varias toneladas de su gigantesca carrocería.

Se habían movido apenas unos metros cuando la primera fila de los cuervos más rápidos llegó al bus. Todos eran hombres y la presencia de aquél fisicoculturista de ojos negros hizo sentir a Lawrence que sus balas serían sólo picaduras de mosquito contra él.

Un hombre vestido con un mono lleno de grasa de auto saltó hacia la ventana rota y sus manos se aferraron a los bordes de ésta mientras sus dedos se hundían en los cristales puntiagudos que aún quedaban allí. No duró mucho tiempo colgado y cayó pesadamente a medida que el bus iba acelerando más y más.

Richard tuvo que girar el volante e introducirse en el gras para entrar con mayor rapidez a la autopista. El Greyhound se quejó con un zumbido y toda la carrocería saltó bajo la superficie irregular de la tierra. Fue la ocasión perfecta para que el hombre de los músculos saltara sobre la ventana, aferrándose a los bordes como si en lugar de vidrios, estuvieran rellenos de algodón de azúcar.

Detrás del bus se escuchó una catarata de golpes y el crujido de los vidrios de las luces traseras. Lawrence disparó una vez en el rostro del hombre musculoso. La bala le atravesó la boca pero el hombre siguió aferrado a la ventana, abriendo más aún la boca en señal de desafío. Tenía la expresión de un desadaptado mental y sus gestos se podían traducir de varias formas. *¿Eso es todo lo que tienes hijo de perra? Venga, dame más. No puedes matarme. Soy aquél que se traga el metal y al que le obsesiona el sabor del fuego. Venga. ¿Qué mierda esperas?*

El hombre metió medio cuerpo dentro de la ventana, provocando una nueva serie de chillidos provenientes de la boca de Naomi y ahora también de Grace. Eran gritos aún más insoportables que la presencia del hombre de ojos negros que luchaba por entrar por completo dentro del bus. Kalia estaba debajo de un asiento con las manos presionando sus orejas como si tratara de detener una hemorragia.

Ahora Lawrence tenía la pistola directamente en la frente del hombre. Esta

vez, la bala le atravesó el cerebro y el rostro del hombre se apagó en un instante como la luz de una antorcha en la superficie de un planeta extraterrestre.

El cuerpo del hombre cayó rodando sobre la tierra mientras el bus se adentraba en las firmes extensiones de la carretera. Hubo gritos adentro y afuera, aullidos, más golpes en la parte posterior del bus pero ahora avanzaban. Ya no podían detenerlos.

## 46

### Necesidades

Por un momento, a Richard le pareció que la aguja del medidor de combustible se iba directamente hacia el vacío. Se le hizo un nudo en la garganta pero desapareció con la misma rapidez con la que se dio cuenta de que sólo eran alucinaciones suyas. La aguja se había movido un poco hacia la izquierda y todavía tenían gas para muchos kilómetros más de recorrido... siempre y cuando pudieran recorrerlos.

¿Tranquilidad? Todos parecían haber olvidado qué significaba aquello. Habían dejado ese concepto detrás junto al cuerpo del hombre musculoso, tal vez regado junto a las latas de comida que no serían tocadas hasta que lo que hubiera adentro no fuera más que una viscosidad putrefacta más repulsiva que el peor de los remordimientos.

Sin duda envidiaban la inconsciencia de aquél chico de cabellos largos. También envidiaban bastante a aquella anciana, pues estaba viva sin haber movido uno sólo de sus dedos, aunque también sentían celos de la cercanía de su ser con la muerte. La muerte parecía una opción más viable que el miedo perpetuo. ¿Qué habría más allá de la muerte? ¿Algo a lo que aferrarse o simplemente un vacío eterno de sombras?

Una vez que estuvieron a salvo, Lawrence había tratado de hablar con Naomi. La chica era un hueso duro de roer. Ni siquiera lo había mirado y se había acurrucado más en su asiento pegando su rostro contra la ventana sin importarle lo frío que se encontrara el vidrio en ese momento. Lawrence volvió a manifestar su arrepentimiento por el golpe y deseó que con el tiempo, ella comprendiera los motivos porque había reaccionado de esa manera. Después, regresó al asiento donde estaba Grace, con los ojos hinchados y el rostro pálido.

-Tranquila, mi amor. -Susurró Lawrence-. Vamos a salir de ésta. -Y le acarició el rostro con su barba. Ella le correspondió sólo con el silencio y vagos quejidos provenientes de su estómago. Ni siquiera el miedo podía ser tan poderoso como para mitigar el hambre. No se percataron que una figura pequeña se deslizaba bajo los asientos.

-Tengo hambre. -Dijo Kalia sorpresivamente jalándole de la manga a Lawrence. De pronto, él parecía ser la única persona en todo el bus a la que podía recurrir. Adelante, Chelsea vigilaba a la vieja y al chico. Nunca le quería preguntar nada a Gary porque había perdido la memoria. Tal vez fuera menos inteligente que ella, algo como un hombre grande con la mente de un bebé. La otra chica, Naomi, no quería hablar con nadie y lo mismo pasaba con la otra chica de trenzas. El chico llamado Adam estaba en el baño desde hacía varios minutos. Tenía que arriesgarse a hablarle a aquél hombre o seguir con los dolores de estómago por culpa del maldito hambre. Aún recordaba el sonido de la cachetada pero tenía que aprovechar ese momento en el que el hombre se mostraba cariñoso con su esposa. Si fuera malo no estaría mostrando cariño. Nada perdía con tan solo probar.

-Mira a quién tenemos acá. -Dijo Lawrence acariciándole con suavidad el gorro a la pequeña-. Pero si es la pequeña ayudante de Santa Claus. -Ella le sonrió no por sus palabras sino por la sonrisa y la caricia con la que la recibió. Ya no tenía dudas de que le ayudaría a solucionar sus problemas estomacales.

-Tengo hambre. -Dijo de nuevo Kalia-. ¿Podría ayudarme a abrir una de esas latas de frutas?

-Claro, pequeña. ¿Cómo te llamas?

-Kalia.

-Kalia, un lindo nombre, ¿no cariño?

-Un nombre que me gustaría tener a mí. -Contestó Grace tratando de sonreír con su rostro hinchado. Por poco le preguntó quién le había puesto ese nombre. No quiso ni imaginarse a la pequeña respondiendo que su mamá y luego estallando en lágrimas al ver que ella no estaba allí.

-Vamos Kalia, yo te ayudo con las latas. -Dijo Lawrence poniéndose de pie. Desde allá abajo, Kalia veía a aquél hombre barbudo como uno de esos ogros gigantes que aparecían en las ilustraciones de los viejos libros de cuentos que leía en la biblioteca de su escuela. *Podría aplastarme la cabeza entre dos de sus dedos*, pensó ella. *Y también podría abrir las latas con la misma facilidad.*

-¿Tú quieres algo, cariño?

-No... gracias. Estoy bien así.

-¿Segura? Hace un momento escuché cómo te crujía el estómago.

-No fue nada... así estoy bien... gracias.

-De todas formas voy a traer algo para los dos. Yo también tengo un hambre que no te imaginas.

-Gracias, querido.

-Ahora pequeña, dime ¿qué se te antoja?

-He visto unas latas de frutas bien grandes allá adelante. -Ambos caminaron por el pasillo tomados de la mano como si fuera un padre guiando a su hija en la satisfacción de sus caprichos. Que linda era la niña aquella. Tenía una expresión tan viva y refrescante. *Si llegara a tener una hija, quisiera que sea como ella*, pensó Lawrence mientras los dos se agachaban en la parte delantera del bus y rebuscaban entre las decenas de cosas que habían tiradas en aquél lugar.

Un rato más tarde, Adam salía del baño y se sentaba nuevamente en el lugar que había reclamado como su territorio: el último asiento. Antes de sentarse le echó una rápida mirada a Shannon. No sabía cómo se sentiría luego de haber sufrido el ataque de aquella mujer pero se alegraba que estuviera allí sentada

y con vida. Molesta, irritada, deprimida, tal vez desesperada, con un pequeño corte que ya había cicatrizado, pero viva. Ya hablaría con ella más adelante. Mientras tanto, Adam se abrazó fuertemente a sí mismo, envuelto en una casaca roja que (Richard o Gary) le habían traído del supermercado. Tenía demasiado frío.

Detrás del volante, Richard veía la carretera pasar frente a sus ojos como una cinta transportadora interminable. La vegetación que los dejaba atrás, los retorcidos árboles y las lejanas siluetas de las ramas húmedas tenían la apariencia de espejismos, visiones dudosas en la mente del que las miraba. Allá adelante en el camino, la ausencia de la humanidad mantenía constante la velocidad del bus. Aquella zona rural era el paraíso, pero la mente tiende a permanecer encadenada al pasado. Richard seguía reviviendo en su mente las escenas en el supermercado.

Por el camino habían visto a un cuervo caminando por una zona de cultivo. Incluso en la lejanía se podía distinguir el intenso resplandor de sus ojos negros. No había perseguido el bus, tan sólo se había limitado a mirarlos mientras seguía caminando y luego lo habían perdido de vista. ¿Qué eran esas criaturas? ¿Qué querían en realidad? La imaginación no era una fuente a la que podían aferrarse para buscar respuestas, pero no había otro lugar dónde buscar.

Habían dejado muchas cosas atrás, más cosas espantosas que agradables. O al menos sólo recordaban las cosas malas, pero todo había pasado y ya no tenía la mayor importancia. La terapeuta de Adam le había hablado con cariño en el pasado, le había animado y estimulado a mirar hacia adelante, pero... ¿qué diablos les podía esperar allá adelante a todos ellos que no fuera peor que lo que habían dejado atrás?

## Un lugar en medio de la nada

Con un triste resoplido, el motor del Greyhound se apagó. Todavía se escucharon jadeos roncós y exhalaciones débiles provenir de algún lugar de la carrocería del bus, pero tras algunos segundos, éstas también se silenciaron. Quedaron todos a merced del silencio y de sus propias intenciones y pensamientos.

Tras mantenerse casi desde el inicio en la ruta 13, el Greyhound se desvió hacia la izquierda, en un abrupto y estrecho acceso que les daba la bienvenida con un pequeño cartel oxidado en el que aparecían tres números: 661. Hubiera sido demasiado con que apareciera el 666 y ya que de por sí, la coincidencia en los dos primeros números no le daba buena espina a ninguno de ellos.

A duras penas, las llantas del bus habían ascendido y descendido sobre protuberancias que no estaban diseñadas para servir de alfombra a gigantescos vehículos a menos que fueran lentas máquinas de cultivo. Un poco más adelante, el camino se allanó pero el pasto que crecía a ambos lados, amenazaba con desaparecer cualquier rastro de civilización en los próximos meses. Tal vez aquél proceso se aceleraría con la caída de la maldición en el mundo, si es que no se le podía llamar con otro nombre que fuera aquél.

Mientras más se alejaban de la carretera, más seguros creía Richard que estarían de encontrar algún refugio libre de personas con la mirada negra. Y en el caso de que se equivocaran, no podía haber ninguna multitud en aquella zona rural solitaria que parecía un remedo de lo que alguna vez hubo en el mundo en la Edad Antigua.

La casa frente a la que se detuvieron, tenía dos pisos y era la única edificación que podía verse en la extensa longitud de aquél panorama. Frente a la casa había un campo plano, con interminables rayas hechas para el cultivo y tal vez con millones de semillas enterradas en vida bajo toneladas de tierra, esperando la intervención de la naturaleza para asomarse en la superficie y respirar lo que sea que hubiera allá afuera. El campo tenía a los árboles como



cercos naturales y cualquier cosa que se acercara desde aquella distancia, podía ser divisada sin inconvenientes desde el bus. Desde la casa, la vista podía mejorar en algo si es que uno sabía dónde ubicarse. Por el momento, un pájaro pequeño emprendió el vuelo en la lejanía del terreno cultivado. *Ya me han visto. ¿No es eso lo que querían para sentirse seguros?*

A unos quinientos metros a la derecha de la casa se levantaban de nuevo los incontables árboles; a la izquierda, por donde habían venido, los árboles estaban más dispersos y a una distancia más lejana aún. Detrás de la casa, el muro de ramas y hojas recién aparecía a unos cien metros. Una fortaleza improvisada, una estructura abandonada a la merced de los elementos.

-¿Y bien? -Dijo Gary con los dedos entrecruzados sobre su regazo. Jugaba con su lengua dentro de su boca cerrada mientras ciertas imágenes sin sentido estallaban en su mente como recuerdos de algo que no recordaba.

-No sé. -Contestó Richard desde el asiento delantero con la mano sosteniendo su enorme cabeza. El hombre miraba a todos esperando que alguien dijera algo, pero todos permanecían tan callados como la anciana moribunda y el chico inconsciente, aunque ellos eran los que más querían hablar dentro de aquél autoimpuesto letargo no deseado-. Salgamos, ¿no? -Dijo finalmente intuyendo que eso era lo que todos querían hacer.

Gary estaba ya en la puerta apenas Richard terminó la frase y, una vez abierta la misma, salió con rapidez hacia la casa. *Tal vez está apretando la vejiga desde hace rato*, pensó Richard al verlo caminar de aquella forma. Aunque luego se acordó que en el fondo del bus había baño, de modo que descartó la idea.

-Como les dije al entrar por ese camino, -exclamó Richard poniéndose de pie y hablando como un conductor al que se le han reventado las llantas y trata de explicarles a los demás que están allí varados y que por órdenes de la empresa, de ninguna manera se les devolverá el valor de las entradas -. Vayamos a ver qué tal es el refugio que nos acogerá por las próximas horas. -Y se dirigió hacia la escalera cantando suavemente *2000 light years from home* de los *Rolling Stones*.

-¡Vamos! -Gritó Kalia poniéndose de pie y jalando a Lawrence de la mano con bastante fuerza. Ambos se habían hecho muy amigos desde que la ayudó a

comer y ahora ella no quería separarse de él ni de su perro-. ¡Vamos! ¡Rápido que nos dejan! -Insistió mientras el hombre se ponía de pie lentamente pero con una sonrisa natural.

Pasaron por el asiento de Naomi. La chica no había dicho ni una sola palabra desde que abandonaron el supermercado. Ni siquiera le había contestado a Chelsea cuando ésta se acomodó junto a ella para tratar de calmar el hervidero que en esos momentos era su humor. Nadie más tenía intenciones de hablarle por el momento y ella sola tendría que decidir cuándo bajaría con los demás. Naomi tenía pensado quedarse sentada allí hasta el día siguiente si fuera necesario. Estaba tan enervada que tenía ganas de que apareciera un cuervo para desquitarse asesinándolo con todos los golpes que pudiera darle. Necesitaba que apareciera uno para volver a la normalidad. Cómo deseaba que nada de aquello hubiera sucedido para entablarle un juicio a ese maldito hombre barbudo y encerrarlo en una cárcel de máxima seguridad por toda una eternidad.

La siguiente en salir por la puerta fue Chelsea. Iba a preguntarle a Richard quién diablos iba a bajar a los durmientes de la primera fila. Luego cambió de opinión. Era mejor que se quedaran allí hasta que abrieran la puerta de la casa: allá afuera hacía un frío que congelaba hasta la médula.

-No hablas mucho, ¿eh? -Le dijo Shannon a Grace, la esposa de Lawrence que se había quedado en el asiento mirando a su marido correr con la niña y el perro por el campo ondulante. La mujer volteó y le sonrió a Shannon. Era una de las peores sonrisas fingidas que Shannon había visto en su vida-. Venga mujer, no te quedes allí esperando a que tu marido te diga que tienes que salir. Tienes que hacer lo que tu cabeza te diga. Anda, sal por la puerta, entra a la casa antes que tu hombre. Es tu esposo, no es tu amo. Arriba mujer sal por esa puerta y hazte valer de una maldita vez. -Tomó de la mano a Grace y ambas se encaminaron por el pasillo con sigilo-. Y tú Adam, no vas a esperar a que te diga lo mismo, ¿no? -Adam siguió a las chicas agradeciendo estar abrigado en aquél valle desolado. Por la ventana se filtraba un viento que parecía provenir desde la lejanía de los témpanos árticos. Caminó pasando junto a Naomi esperando que ella también saliera dentro de poco.

No contestó nadie al golpe de la puerta. Escucharon con atención mientras algunos se asomaban por las ventanas y miraban hacia el interior. La casa

estaba desierta, no había mueblería, ni otro rastro de que alguien viviera en aquél lugar. Sin embargo el suelo de madera lucía limpio y las paredes y la chimenea estaban bien cuidadas y sin rastro de abandono. Un golpe más. En la lejanía oyeron el graznido de una bandada de aves. No hubo respuesta. La manija de la puerta se abrió con un gemido débil y un aroma a bosque se escapó del salón vacío que los recibía acogedoramente a todos ellos.

Naomi seguía desparramada hasta el fondo de su asiento, escuchando el viento rozar los fragmentos de vidrio que aún quedaban en la ventana. Tenía algo de frío pero se distraía lanzando maldiciones e imaginando múltiples maneras en las que pudo haberle arruinado la vida a Lawrence de haber sucedido la agresión algunos días antes.

En medio de sus pensamientos, Naomi escuchó unos pasos que se acercaban ya muy cerca de ella por el pasillo. Inmediatamente su cuerpo se deshizo bajo los efectos de la angustia hasta casi llegar al pánico. Cuando la cabeza se asomó sobre el asiento de adelante, Naomi abrió su boca para expulsar mediante un grito, todo lo que había estado guardando desde que partieron del supermercado. Ningún sonido salió de su boca.

La ausencia de cortinas les permitía a los intrusos observar el interior de la casa con total tranquilidad. En aquél momento eran ellos, pero cuando estuvieran adentro, también podrían ser observados con la misma facilidad. De momento no repararon en aquel detalle. La puerta estaba abierta y Richard ingresó con serenidad siendo acompañado por los demás que intercambiaban

miradas y de vez en cuando miraban la lejanía.

-¿Hola? -Dijo Richard y el eco de su voz comenzó a recorrer cada una de las paredes de madera de aquella casa antes que entraran los supervivientes. Las maderas crujían bajo el peso de los cuerpos, los ecos de la madera carcomida se elevaron tratando de perseguir la voz de Richard sin éxito. Pero ningún sonido regresó como respuesta entonces ni después. ¿Estaban solos? El silencio no era garantía total de la soledad. Bien lo habían comprobado kilómetros atrás en el supermercado.

En aquél pequeño pasillo, cruzando la puerta de entrada, Richard parecía un gigante en la morada de algún pequeño *hobbit*. Las paredes estaban tapizadas de blanco y tenían manchas de humedad en las partes inferiores. Sin embargo, aquél ambiente parecía haber sido redecorado hace tan solo algunos meses. Algunas esquinas estaban impecables y en otras zonas había marcas de rayas y números que alguien había hecho como guías para seguir remodelando la superficie. Nunca habían terminado el trabajo y motivos no faltaban para haberlo dejado a medias.

Había una puerta a la derecha que llevaba a una habitación que todos habían visto a través de las ventanas. Era un pequeño cuarto de paredes blancas y suelo de maderas tan oscuras como los troncos de los árboles que rodeaban el campo. Se oía un silbido provocado por el viento que se filtraba dentro de aquella habitación por algún agujero desconocido. En un rincón se encontraba una chimenea con restos de ceniza y sus paredes casi tan negras como los ojos de un cuervo. La pared encima de la chimenea se había oscurecido notablemente. Más arriba, en el techo, un sinnúmero de manchas de colores descompuestos parecían aglomerarse formando rostros en agonía.

Los ladridos de Hunter asustaron a los que investigaban la casa. El perro se había quedado afuera dando saltos junto a Kalia y Grace. A Lawrence le había costado bastante convencer a la niña que aguardara afuera por precaución.

-Por favor, colegas. -Exclamó Shannon con exasperante impaciencia al ver cómo todos miraban cada rincón de la habitación-. No hemos venido a comprar la casa. Me da lo mismo que haya una mancha de humedad como que haya pinturas rupestres de un hombre de Cro-Magnon. Solo hay que asegurarnos que solo seamos nosotros los que andamos por esta casa y después ya cada uno puede hacer lo que quiera, ¿de acuerdo? -Shannon

desapareció por el pasillo dejando atrás un grupo de rostros incómodos y de mentes indecisas.

Tardaron algunos minutos en recorrer toda la casa y comprobar que no había nada más allí que paredes con humedad y maderas que ya entraban en su período de decadencia.

Sólo había una puerta que no pudieron abrir. Una puerta que, dada la configuración de la estructura de la casa, parecía conducir al ático de aquella edificación. No pudieron ver nada por el agujero de la cerradura y hasta los intentos más salvajes de Richard por tratar de traerse abajo la puerta fueron inútiles. Sólo se tuvieron que conformar con el apabullante silencio como prueba de que al otro lado de aquella puerta no había nada que les pudiera hacer daño. De todas formas, Richard tenía pensado conseguir algún tronco del exterior para asegurar la puerta. Si no podían entrar, entonces tenían que asegurarse de que nada de lo que hubiera allí adentro pudiera salir.

## Amnesia y seducción

-No fue mi intención asustarte. -Dijo Gary aún de pie junto a Naomi. La mujer tenía el corazón en la boca y por más ganas que tuvo de gritar y lanzar golpes y patadas a diestra y siniestra, no pudo hacer nada más que retorcerse en su propio susto-. ¿Puedo sentarme a tu lado? -Le preguntó sabiendo que había grandes posibilidades de que la respuesta fuera un rotundo No.

-De acuerdo. Siéntate. -Dijo ella dando un golpe al asiento para indicarle a Gary que era libre de sentarse. Comenzaba a serenarse y no sabía por qué sus sentimientos iracundos se transformaban de pronto en algo más tranquilo y apacible. ¿Era tan solo la presencia de aquél hombre bien vestido lo que la hacía sentirse segura? ¿Era que él había sido el único que se había atrevido a acercarse a ella pese a que todos sabían cómo podía reaccionar?- Pero no vuelvas a hacer eso de nuevo.

-Te lo prometo. -Dijo él mientras se sentaba junto a ella y se colocaba en una posición cómoda-. ¿Ya estás mejor? -Le preguntó acercando su rostro al de ella un poco para ver el daño sufrido.

-Todavía siento caliente mi mejilla.

-Me lo imaginaba. Tu piel está morada.

-Dios mío. ¿Tienes un espejo?

-Pensé que me preguntarías si tenía hielo, pero no, no tengo espejo.

-Espera un momento. -Dijo ella mientras se hundía en su mochila y rebuscaba algo allí dentro como un perro en la basura.

-Bastará con que no lo toques y con que encontremos algo frío para que baje la

hinchazón. Pero, a mi parecer, eso es lo de menos. Lo que yo quería saber era, ¿te sientes bien para volver a ser parte de nosotros?

-Espera un momento. Mierda. Perdón. Es que olvidé de guardar mi espejo. No importa. Para eso está la cámara de mi celular. ¿Qué me preguntabas?

-Sólo si ya habías encontrado lo que buscabas.

-Aquí justo lo tengo. Tarda una eternidad en encenderse pero necesito saber cómo me veo.

-Podías haberte mirado en el espejo retrovisor de adelante.

-Diablos, sí. Pero con el celular tengo mejor resolución.

-Si tú lo dices.

-Ya está. Lo sabía. No hay señal. Ni de telefonía, ni de internet. Me da igual. ¿A quién le interesa saber qué está pasando en otros lugares? Dios mío, me veo horrible. Qué asco, no puedo seguir viendo. Maldita sea. Y ni siquiera tengo mis Vaishaly para mi tratamiento de la piel.

-Mi ex esposa solía usar esas cremas a toda hora. Las tenía acomodadas en el espejo del baño según su tamaño. Solía tirar a la basura los frascos cuando estaban todavía llenos para unas cinco aplicaciones más porque, según ella, el aire del ambiente ya había corrompido los ingredientes activos de la fórmula. Sin duda alguna hubiera caído en la mendicidad si es que no le hubiera puesto fin a nuestro matrimonio. Aunque siempre se logra rescatar algo bueno de todas las relaciones. En mi caso, puedes ver que tengo la piel joven para mi edad y bastante sana, incluso para lo que hemos tenido que sobrevivir en estas últimas horas. Crema de Giorgio Armani con minerales humectantes, rehidratantes y refrescantes. -Naomi lo veía embelesada mientras el hombre sin memoria deslizaba sus manos sobre su rostro con la elegancia de un alumno de kung fu.

-Es cierto. Tienes la piel tan suave como la mía. -Dijo ella mientras le pasaba un dedo por el borde de la barbilla.

-Más adelante podríamos entrar a una tienda y hacernos con lo que necesitemos para que esta bien ganada salud nuestra no se desmorone por el caos que nos persigue.

-Claro... ¿Quién dijiste que eras?

-Gary Bradfield. Administrador de una funeraria en Richmond. -Desvió la mirada hacia un costado y luego regresó a los ojos de ella-. Aún no soy capaz de recordar el nombre de mi negocio. Lo tengo ahí flotando en mi mente. ¿Puedes creer que soy el dueño de la funeraria desde hace más de veinte años, puedo recordar a mis clientes (los vivos y los muertos), los nombres de mis empleados, los nombres de mis proveedores, de los cementerios con los que tengo alianza, pero no puedo recordar el maldito nombre de mi negocio?

-¿No recuerdas cómo fue que perdiste la memoria?

-Si lo supiera, es lo primero que te hubiera contado ¿no crees?

-Bueno, pensé que no querías hablar de eso.

-Olvidemos eso. ¿Por qué no salimos un rato a respirar el aire del campo?

-¡No!

-¿Qué sucede?

-Puede que ese maldito barbón siga afuera.

-Descuida. Ahora estás conmigo. -Eso pareció convencerla. Ambos caminaron por el pasillo del Greyhound rumbo a la fría y extraña soledad de un mundo nuevo. Ella aferrada al brazo de él.



## Un invitado imprevisto

-¿Qué es eso? -Le preguntó Grace a Naomi que bajaba del Greyhound con los ánimos distintos. Naomi se quedó mirándole un rato el moretón a Grace. Se parecía bastante al que ella tenía en la mejilla. La misma forma, la misma tonalidad y todo ello conducía a que tenía que haberse producido de la misma forma. De pronto Naomi lo supo: al hombre de barba le encantaba maltratar a las mujeres. Pobre de aquella mujer que era sus esposa.

-Si mi vista no me engaña, me parece que eso es una persona. –Se adelantó Gary afinando la vista. Había alguien que se acercaba lentamente por donde habían venido hace unos instantes con el bus. Alguien que no parecía estar caminando, sino arrastrándose por el suelo como un animal-. Está demasiado lejos, pero creo estar bastante seguro de mi teoría: es una persona.

-¿Llamamos a los demás? -Preguntó Naomi aún aferrada al brazo del caballero.

-Pequeña. -Dijo Gary mirando a la niña que andaba cerca con el perro-. ¿Podrías entrar y decirles a los demás que vinieran un momento? Diles que tenemos una visita inesperada.

-Claro que sí. Vamos Hunter. -La pequeña y el perro desaparecieron por la puerta de la vieja casa y se tomaron su tiempo en admirar la casa antes de comunicarles a los demás lo que sucedía afuera.

-¿Es uno de ellos? -Preguntaron Grace y Naomi a la vez, como si estuvieran conectadas telepáticamente ahora que las dos tenían la misma herida.

-No se puede saber. -Gary trataba de tranquilizarlas-. Es cierto, puede ser uno de los negros, pero también puede ser alguien herido. En cualquiera de los casos, es él quien está en desventaja, no nosotros.

Momentos más tarde, aparecieron por la puerta todos juntos. Preguntaron por el visitante y Gary se los señaló en la lejanía. Estando aquella figura más cerca, se podía percibir con mayor claridad sus rasgos y movimientos humanos. No había duda de que se trataba una persona que había sido herida gravemente y que no podía desplazarse de otra forma que no fuera arrastrándose. Pero a casi trescientos metros de distancia, ninguno de ellos tenía la posibilidad de saber si los ojos de aquella persona tenían una blancura tranquilizadora o una negrura inquietante.

-Voy y vuelvo. -Dijo Shannon mientras emprendía la carrera en dirección al visitante. No hace mucho, Adam la había visto hacer lo mismo. Había corrido tras de ella, la había alcanzado y desde entonces no se había podido desprender de ella. Se había adherido a sus pensamientos.

-Esa chica va a morir antes que nosotros si es que no deja de hacer tantas estupideces. -Sentenció Richard escupiendo al suelo-. Más te vale estar cerca de ella chico. Uno de estos días la vas a ver partir pero no la vas a ver

regresar. -Añadió el hombre torciendo su rostro un breve momento hacia Adam.

Cualquier hombre cuerdo le hubiera dado la razón a Richard incluso con apenas un par de minutos de conocer a Shannon. Adam dudó de su cordura al darle una respuesta que simplemente salió de sus labios: *No lo creo. Más bien sospecho que es ella la que nos va a ver morir a todos primero.*

Ahora eran dos figuras en la lejanía. Shannon se le acercó a unos cinco metros de distancia y se quedó quieta en el camino mientras la figura se le acercaba. Lo dejó acercarse peligrosamente como si estuviera jugando con él. Todos miraban la escena con bastante tensión. Era como ver un espectáculo tailandés en donde un hombre provocaba a una cobra y jugaba con ella para beneplácito del público y rentabilidad de sus jefes.

La figura actuaba con movimientos bruscos pero lentos. Shannon nunca se le acercó más de unos pasos de distancia. Ni siquiera cuando estaba detrás de aquella persona y ésta no podía voltear a ver. Tras unos segundos de investigación, Shannon regresó por donde había venido, esta vez ya no al trote, sino al galope. Sin embargo, ya todos sabían lo que iba a decir ella cuando estuviera de nuevo junto a ellos: *Tiene los ojos negros, es uno de ellos.*

Llegó junto a ellos jadeando y se inclinó un momento para respirar con grandes aspiraciones por la boca. La silueta seguía avanzando a rastras tan rápido como podía hacerlo.

-Vas preparando una bala, Adam. -Dijo Richard-. Hay que hacerlo rápido.

-Esperen. -Dijo Shannon-. No pueden dispararle. -Se incorporó y los miró a todos con una expresión nueva. No podían interpretarla.

-¿Es que acaso no es uno de los de ojos negros? -Preguntó Chelsea mientras se rascaba el pañuelo sobre su cabeza.

-Claro que lo es. -Exclamó Shannon irritada.

-¿Entonces?

-Es que me ha hablado. -Finalizó Shannon y los dejó a todos sumidos en un incómodo y desesperante silencio. La figura se seguía acercando, esta vez no

sólo con ojos negros, sino también con palabras oscuras.

Todas las mujeres, excepto Shannon, se treparon al Greyhound y se asomaron por las ventanas cuando el cuervo llegó a donde estaban ellos.

-Detente o disparo. -Dijo Lawrence retrocediendo junto a los demás y apuntando con su 9mm al hombre de los ojos negros. Un hombre que no debía de pasar los 35 años y que tenía ambas tibias partidas en dos. Dejaba un rastro de sangre que ahora no era más que un pequeño hilillo escarlata. Su rostro estaba espolvoreado con suciedad y ésta se había humedecido con su baba haciendo que se le formara una barba de barro que goteaba con cada movimiento. No parecía sentir dolor, ni otro sentimiento propio de los seres humanos.

No hubo respuesta, pero el hombre seguía avanzando en silencio. Lawrence disparó un tiro que levantó polvo a un costado del cuervo. Naomi saltó más que las demás y Hunter lanzó un aullido que asustó al resto de mujeres.

-Creo que eso ha sido tan estúpido como la osadía de este hombre de acercarse a nosotros. -Dijo Gary sin dejar de mirar al cuervo. Lawrence apretó sus mandíbulas, hecho que no pudo ser percibido por nadie debido a su espesa barba.

-Eres realmente imbécil. -Dijo el cuervo. Dirigía su mirada hacia Lawrence pero nunca se podía adivinar realmente qué miraba debido a la total negrura de sus globos oculares-. Dispara de nuevo hijo de perra. -Y se comenzó a reír de una forma bastante contagiosa. Con ese tipo de risa asmática, contenida que silba y causa gracia.

Hasta ese instante, todos se mostraban escépticos a lo que había dicho Shannon. ¿Por qué debían de tomarle la palabra al pie de la letra a la chica?

Era bastante inmadura y tenía el aspecto de una drogadicta. El espíritu de Tomás el incrédulo se había dividido y repartido en las mentes de todos los hombres y mujeres escépticos.

-He oído al cuervo. -Insistía Shannon tal y como los apóstoles habían tratado de convencer a Tomás una y otra vez de la venida del Señor-. Me ha hablado y yo lo he escuchado.

-Si su voz no nos desgarrar los oídos, si sus palabras no nos carcome la estabilidad psicológica que nos embarga, no creeremos. -Habían exclamado ellos al unísono, como conectados mentalmente debido a algún tipo de percepción extrasensorial.

Ahora estaban frente al “mesías” que les restregaba su incredulidad. “Porque me han oído han creído bastardos.” A Lawrence casi se le escapa un nuevo tiro. Adam lanzó un gemido casi inaudible, un susurro que se asemejaba bastante a una voz que dijera: “me cago en una monja con tatuajes.”

-¡Acércate maldito hijo de perra! ¡Déjame asesinate! ¡A todos ustedes! -Y se siguió arrastrando mientras los demás se hacían para atrás por puro instinto.

Las cabezas de Naomi y de Kalia habían desaparecido de las ventanas. Hunter había bajado del Greyhound para orinar en la llanta y luego dar brincos alrededor del visitante de los ojos oscuros. El cuervo ni siquiera le prestó atención incluso cuando el can le gruñó a unos centímetros de su pierna.

-¿Qué quieres? -Preguntó Richard con los puños apretados. Las axilas le comenzaban a transpirar y un par de gotas mancharon las costuras de su camisa en esas zonas. Richard no sudaba de esa manera desde aquél día en el que William & Mary humilló a los Leones de Norfolk en su propia casa. 21 a 7. Había pasado tantos días bebiendo como las anotaciones que hizo el equipo rival. Habían ensuciado su casa con grafitis en los que se incluían insultos a su madre mezclados con la más variopinta selección de penes y testículos. Los leones ganaron el resto de partidos de la temporada tras aquél incidente.

-Sólo matarlos. ¿Es eso tan difícil de comprender? -Dijo el cuervo. Hacía un esfuerzo con sus manos heridas para arrastrar su pesado cuerpo. Parecía moverse siempre en la dirección del que le preguntaba cosas.

-¿Por qué quieres matarnos? -Preguntó Richard nuevamente aun retrocediendo. El Greyhound estaba a unos diez metros de ellos; la casa, a unos veinte.

-Qué más da. ¿Por qué respiras?

-Para sobrevivir.

-No. Es porque no tienes remedio.

-Detente. No sigas avanzando.

-No puedo. Debo matar o morir.

-Sabes que no vas a poder matarnos. Somos más que tú, estamos armados, tenemos las piernas enteras. No puedes hacernos nada.

-Lo sé, pero aún debo intentarlo.

-¿Por qué lo haces?

-¿Por qué debo responderte?

Con un movimiento ágil, el cuervo se estiró lo suficiente como para arañar la tierra que hace poco había pisado Richard. Lawrence seguía con el arma en la mano, apuntándole a la cabeza al hombre, pero todavía no tenía las agallas para hacerlo. Volaba una bandada de aves en el cielo. Se dirigían hacia Norfolk, la ciudad de las columnas de humo. Todavía no era hora de mirar al cielo.

-¡Un movimiento más y disparo! -Exclamó Lawrence tratando de aparentar un perfecto control de sí mismo, cosa que era bastante lejana de la realidad.

-¡Quién te detiene! -Gritó el cuervo y siguió avanzando tan rápido como podía.

-Hazlo. -Susurró Adam sabiendo que hablaba por la mayoría.

-No tienen elección. -Gimió el cuervo mientras escupía un líquido sanguinolento.

-¡Apártate de ahí perro! -Gruñó Shannon haciendo gestos con las manos para que el chucho dejara de rondarle las piernas al cuervo. Ese pequeño instante de descuido fue suficiente para que el cuervo lanzara su mano sobre la zapatilla de Shannon y se aferrara con fuerza a sus cordones.

-¡Mierda! -Exclamó ella mientras dos detonaciones estallaban como cañonazos en la tranquilidad de aquél campo. Unas aves de color café abandonaron la seguridad que le ofrecían las ramas de un árbol cercano y emprendieron vuelo tratando de alcanzar al otro grupo de aves que se dirigía

en vuelo sin escalas a la ciudad del Apocalipsis.

El cuerpo del hombre se sacudió con los impactos. Hunter ladró y aulló provocando los gritos de Kalia desde el interior del Greyhound. ¡Mi perro, mi perro!, gritaba ella. Lawrence maldijo al cuervo mientras seguía apretando el gatillo una y otra vez sin producir otro sonido que no fuera el clic del cargador vacío. Las balas se habían terminado.

Shannon levantó la pierna que tenía libre y le asestó tal patada al cuervo que Richard de pronto se preguntó cómo no la había encontrado antes para que les enseñara a sus muchachos a hacer los goles de campo. Un balón de fútbol americano en lugar de la cabeza del cuervo, tal vez se hubiera estrellado en el panel electrónico de anotaciones del Gillette Stadium en Massachusetts.

Por un momento, les pareció que la cabeza del cuervo se iba a desprender del cuello con todo y columna vertebral. Un par de dientes volaban en cámara lenta, rodeados por una finísima lluvia de saliva y sangre, tal como cometas rodeados de polvo estelar. Los colores en este caso, distaban demasiado de ser agradables a la vista.

El hombre cayó de espaldas a un costado, sangrando profusamente por los agujeros donde se habían alojado las balas. El hombre tenía aún la vitalidad para esbozar una sonrisa sardónica tras la sangre y saliva que cubrían su rostro demacrado.

-Será mejor que se cuiden. -Dijo el cuervo mientras sus párpados se iban cerrando lentamente.

-No te preocupes. -Contestó Shannon con las piernas temblando-. Sabemos cuidarnos muy bien.

-Lo sé, lo sé. -Susurró el cuervo ahogándose con su propia sangre-. ¿Podrán cuidarse de ustedes mismos? -Preguntó y luego quedó en silencio. Un silencio contagioso que infectó a los demás, parados en aquél lugar como restos de una civilización que se extinguía con rapidez.





Era la tercera lata de mango picado que Adam abría. Mangos apetitosos de California, jugosos y tiernos. Adam estaba harto del dulce pero qué deliciosos era el jugo que chorreaba por la fruta como lágrimas en el rostro de una bella dama. Nunca antes había estado en esa zona de Virginia. ¿A qué distancia estaría el siguiente centro comercial? Con cuervos o sin cuervos, su estómago le reclamaba algo más que simples enlatados azucarados.

Estaban todos en una habitación del primer piso. Había una chimenea pero aún no habían traído leña para prender el fuego. Apenas habían transcurrido unos minutos después de la una de la tarde. Adam les había dado la noticia tras consultar su reloj de manecillas. No parecía ser esa la hora. Comían con una sensación de confusión que les impedía disfrutar los alimentos, muy aparte de que ya todos se alimentaban inconscientemente de la paranoia (alimento gratuito y fresco cortesía de los cuervos).

Richard comía junto a la ventana, conversando a susurros con Chelsea. Ambos con sus latas de conserva en las manos y mirando frecuentemente la lejanía en búsqueda de algún movimiento. Había sido una suerte providencial que Gary llevara una navaja suiza Victorinox, aunque de no haber sido así, alguna forma hubieran encontrado para abrir las latas.

A Lawrence y a Grace parecía no importarles la cantidad de latas que abrían. Ambos tenían una textura corpulenta y Adam sospechaba que dentro de algunos años, el señor y la señora azúcar estarían inyectándose insulina como adictos a la heroína.

Kalia comía junto a ellos. Metía su dedo en un envase de mantequilla de coco y sacaba una porción pastosa y blanca que luego desaparecía en su boca como por arte de magia. Repetía el mismo proceso con Hunter, pero para él utilizaba el índice de su otra mano. De todas formas, el hocico de un perro era cientos de veces más limpio que el de un humano. Si había algún tipo de contagio, sería algo que Kalia le hubiera transmitido al can.

El cuervo había quedado tendido en el piso y lo dejaron en el lugar sin tocarlo. No habían visto movimiento en la lejanía desde aquél suceso y esperaban que en algún momento apareciera algún otro individuo. Aunque no sabían si eso iba a suceder antes o después de que apareciera otro caballo en el cielo.

La palma de la mano de Shannon estaba pintada de verde, amarillo, celeste y otros colores brillantes. Era como si cada vez que Shannon metía su mano en aquella caja de Fruit Loops, LeRoy Neiman le diera unos pincelazos a su palma ya que no tenía otro lienzo dónde pintar. No sucedería lo mismo con los Cheerios y los Fiber Plus, sólo cambiaría los colores por una alta dosis de antioxidantes.

En otro rincón, Gary y Naomi (no se les había visto separados desde el acontecimiento con el cuervo) compartían unas galletas Late July. O al menos lo que quedaba de ellas luego de haber pasado por las manos de Kalia. Claro, y también del perro. Había otra caja de todas maneras, la cual abrieron con avidez. Sabían que el hambre los atacaría más tarde (esperaban que sólo fuera eso) de modo que se cuidaron bien en ocultar una caja de Cheddar Bunnies de los ojos de los demás.

Aún dentro del Greyhound, la anciana y el chico inconsciente se alimentaban sólo de oscuridad y de la insípida inconsciencia. Tal vez tendrían hambre, pero no se iban a morir si sólo dejaban de comer un día. Eran tiempos en los que el egoísmo era visto con buenos ojos. Si estaba ligado a la supervivencia, aquello era bueno.

Individualismo flotante en aquél momento de fraternidad. Completos desconocidos, unidos a la fuerza. Unas cuantas horas tratando de protegerse, tratando de sobrevivir, buscando la forma en la que pudieran abrir los ojos un día más, eso bastaba para considerarse parte de una familia. Un dicho decía que los amigos eran la familia que uno escoge. Ellos eran algo más que eso. Aún les faltaba ser amigos, pero antes ya habían desarrollado algo más íntimo que aquello. Faltaba completar el resto.

-Estuve pensando... -Dijo Richard volteándose y dejando a Chelsea mirando por la ventana-. Hemos comido juntos, hemos viajado juntos, hemos sobrevivido juntos. ¿Por qué no nos conocemos mejor? -Se sentó con los demás formando un círculo improvisado. Afuera revoloteaba el canto de un ave que miraba las columnas de humo. La última conversación de los supervivientes anónimos había comenzado.

## En la búsqueda del resplandor

-¡Jesucristo! -Exclamó Lawrence al ver el rostro asomándose por la ventana. Llevó su mano hacia su bolsillo sin acordarse de que su pistola sin balas yacía debajo de uno de los asientos del Greyhound. Era la primera vez que se mencionaba el nombre del Hijo de Dios en aquél grupo, pero no sería la última.

La habitación en aquella casa estaba casi a oscuras. Hacía varios minutos que el invisible sol se había ocultado tras la espesa aglomeración de árboles en la lejanía y desde entonces la oscuridad se hacía cada vez más intensa. Hombres, mujeres y una niña se levantaron como un tropel que corre para ocupar las primeras filas en un concierto. Hunter se quedó en el medio ladrando con fuerza, indeciso, no sabía si salir por la puerta y atacar o quedarse allí y dejar que los humanos hicieran todo como siempre lo habían hecho

-Un minuto. -Dijo Lawrence en un tono algo más calmado. Los demás seguían viendo aquél rostro pálido y de cabellos largos que temblaba y dejaba manchas de vapor con su respiración demente. Sus ojos, a pesar de ser negros, no lo eran de la manera que caracterizaba a los cuervos. Estos ojos tenían a la pupila y el iris rodeados de blanco. Era el color más buscado en los últimos

días-. Es ese tipo que rescatamos.

-Eh, ustedes. Déjenme entrar. -Exigió el chico golpeando la ventana con los dedos y desapareciendo después de la vista de todos. Luego se escucharon sus golpes en la puerta aunque fueron pocos. Con la manija abierta, el muchacho de los cabellos largos estaba de pronto junto a los demás.

-Hay un tipo muerto en la entrada. ¿Son ustedes asesinos? ¿Debería empezar a correr ahora mismo? -Dijo el chico con las manos metidas en los bolsillos de su sudadera.

-Bienvenido, superviviente. -Dijo Adam acercándose al tipo, pasando por su lado y echándole una mirada al exterior. El cadáver del cuervo seguía en el mismo lugar y en la misma posición. Esperaba que en cualquier momento se pusiera de pie, pero eso no sucedió.

-¿También tienes amnesia? -Preguntó Shannon.

-¿Qué dices? -Dijo el chico.

-A mí me golpearon en la cabeza. -Le informó Gary-. No recuerdo nada de las últimas cosas que me pasaron antes del golpe.

-Pues vaya que yo lo recuerdo todo. Exclamó el chico retrocediendo y recostándose contra la pared-. Esto es una locura. ¿Cómo diablos llegué aquí?

-Es una historia más o menos larga y muy desagradable. -Dijo Richard rascándose la cabeza.

-¿Cómo te llamas? -Preguntó Chelsea.

-Dennis.

-¿Tienes hambre? -Inquirió de nuevo Chelsea.

-Me lleva el diablo, sí. Claro que sí. ¿No serán ustedes caníbales, eh?

-No. -Sonrió Chelsea mientras se agachaba y cogía una lata de mangos en conserva a medio consumir-. Al menos no mientras todavía tengamos algo de esto.

Sin dar las gracias, Dennis introdujo su mano en la lata y la vació para luego percatarse de que Chelsea le hacía señas para que se acercara. Había comida en abundancia y el chico le dijo sí a cada uno de sus ofrecimientos. Richard se

había acercado a la ventana, junto a Adam, observando cómo el día iba decayendo con rapidez.

-Con esta oscuridad, en quince minutos no vamos a saber ni siquiera en dónde estamos parados. -Dijo Adam apoyando su mano en el vidrio. Estaba helado. Retiró la mano tan rápido como la puso.

-Eso es lo de menos. Si no encendemos la leña, nos vamos a congelar todos y puede que algún día despertemos junto a Walt Disney. -Añadió Richard-. Hay que dispersarnos cuanto antes.

La temperatura comenzaba a bajar. El frío y la oscuridad andaban de la mano, paseándose y extendiendo sus dominios a su antojo. Perseguían especialmente a aquellas personas que caminaban afuera de una casa de madera, buscando leña y herramientas para protegerse de la larga hora oscura que ni siquiera había llegado.

-Hay un cobertizo allá atrás. -Señaló Adam-. Puede que hayan dejado algo de leña. -No tenía fe, pero de todas maneras se encaminaron en aquella dirección. Si la fortuna les era adversa, aún tenían muchos recursos a la mano. Sólo el tiempo era escaso.

Frente a la casa, Lawrence bajaba a la vieja sin su silla de ruedas. Los ancianos parecían aumentar un kilo por cada día más que respiraban sobre la Tierra. Entre él, Naomi y Grace, arrastraron a la vieja hasta la habitación en donde Dennis seguía comiendo, ahora acompañado del labrador y la niña que lo miraba con curiosidad.

-Qué miras, ¿eh, niña? -Preguntó Dennis en tono juguetón.

-¿Por qué tienes el pelo largo? -Le preguntó ella. Kalia tenía el cabello unos diez centímetros más corto que el de él. Dennis también tenía debajo de los labios un triángulo de barba. Era como la punta de una flecha apuntando hacia abajo. Ahí no había acabado la cosa. Kalia le seguiría atosigando con más preguntas. *¿Por qué tienes ojos grises? ¿Por qué tienes aretes en cada oreja? ¿Qué es eso de Samhain escrito en su sudadera? ¿Es una mala palabra? ¿Dónde te has comprado ese pantalón militar? ¿Eres soldado? ¿Eres bueno?* Dennis no solo tenía la boca llena de galletas, ahora la debía tener también llena de respuestas.

Shannon seguía a Richard, Gary y Adam como una sombra. Procuraba andar algo alejada de ellos, caminando por un sendero distinto, pero en la misma dirección. Ahora se escuchaba el graznido de varias aves en el interior de la maraña de árboles que los rodeaba. Era un canto salvaje y espantoso. Probablemente en el día fuera hermoso escucharlos pero en ese instante, cuando no había nada más que oscuridad y sombras informes en cada rincón visible, era completamente aborrecible aquella sinfonía. De pronto ella sintió que alguien la observaba desde detrás de un tronco. Corrió más cerca de los muchachos por precaución. Ellos ya habían llegado al cobertizo. ¿En serio tenía miedo? En fin. Naomi andaba tras de ella como otra sombra más menuda.

La puerta no tenía candado. De todas formas no hubieran tardado mucho en abrirla si es que hubiera estado asegurada: la madera tenía una textura quebradiza y hubiera bastado una buena patada para traerla abajo. Era útil como leña de todas formas. Antes de entrar, el grupo escuchó las pisadas de alguien que se acercaba a la carrera.

-Tal vez necesiten esto. -Dijo Naomi jadeando como Hunter-. Lo compré en una tienda en México hace algunos años. Es de la buena suerte. -Les enseñó una linterna que tenía la forma de una serpiente emplumada. Era bastante colorida aunque de ninguna manera creían que traía buena suerte.

El cobertizo no tendría más de seis metros cuadrados pero era lo suficientemente grande como para albergar a los tres hombres que entraron en la búsqueda de calor. Por las rendijas se dejaban ver los rayos de luz que emitía la serpiente emplumada.

-Así que viaje de placer a México, ¿eh? -Dijo de pronto Shannon con más de un motivo para iniciar la conversación mientras esperaba afuera junto a la chica. Aún seguía sintiendo que alguien las observaba desde la oscura distancia.

-Fue un viaje rápido por las discotecas y las playas. La mayor parte del tiempo estuve recostada en las arenas en Cancún. Conoces Cancún, ¿no? Te da ganas de quedarte a vivir allí.

-Sí. He escuchado de ese lugar. Es un paraíso, dicen. ¿Y fuiste sola?

-De ninguna manera. Viajar sola es aburridísimo. Fui con un grupo de amigos.

-¿Con tu novio?

-Bueno... no era mi novio en ese entonces. Se podría decir que empezamos a conocernos mejor cuando estuvimos allá. Y cuando regresamos... las cosas sólo se dieron.

-¿Seguías con él antes de que pasara todo esto?

*Dios mío. Creo que esta chica es lesbiana-* No. Terminamos hace un año. Las cosas no salieron muy bien que digamos.

-Y desde entonces has estado soltera, ¿no?

-Más o menos. ¿Cómo puedes saberlo?



-Porque ningún tipo llegó a tu departamento preguntando por ti. Y porque tú no pareces preocupada por nadie.

-Lo estoy. Créeme. Pero no por ningún novio. -De pronto, algo de humanidad comenzaba a aflorar en aquella chica. Cuando Shannon la vio agachar la cabeza y levantarla de nuevo con los ojos brillantes, no sólo se dio cuenta de la fragilidad de Naomi, sino también de la suya misma-. Sabes... mis padres están ahora en Suiza. No creo que les haya pasado nada. Viven en algo así como una fortaleza casi al pie de los Alpes. Tienen que estar bien.

Shannon no recordaba haber abrazado a alguien por sentir compasión de ella. Pero allí, en medio de la soledad, se dio cuenta de que iba a recordar aquél abrazo para toda su vida si es que llegaba a sobrevivir. Y al sentir los brazos de Naomi aferrándose a su espalda, también se percató de cuánto necesitaba ella un abrazo. Deseaba que, momentos como aquél, fueran eternos.

-Puede que sea cierto lo de la linterna. -Dijo Richard con una bolsa enorme al hombro-. Encontramos todo lo que buscábamos y otras cosas que ni pensábamos encontrar. Lo secundaron Adam y Gary, cada cual llevando un atado de mantas gruesas y un par de pañuelos de tela de algodón.

Ahora la oscuridad caminaba alrededor de ellos. Las chicas guiaban el camino con la linterna mientras se acercaban con rapidez a su refugio. Algunas estrellas comenzaban a asomarse, no eran muchas y no esperaban que fueran demasiadas. En algunos meses, una vez que el fuego de la destrucción se disipara, tal vez aparecerían algunas miles más. Por el momento era hora de hacerle caso a Jim Morrison y tratar de prenderle fuego a la noche.

Dejaron la puerta de la habitación entreabierta para que el humo de la chimenea no los asfixiara. El calor era agradable, casi placentero. La madera había ardido con suma facilidad gracias a la bencina que encontraron en un frasco. No hubo mucha, solo un chorro que se acabó apenas voltearon el

envase.

El crujido de la madera al quemarse resultaba inquietante. Parecía como si los cristales de las ventanas se estuvieran quebrando bajo la presión de miles de manos que empujaban simultáneamente para entrar. Sin embargo, afuera tan solo corría el viento mientras trataba de escapar de la oscuridad. Eso no era lo que ellos tenían en mente precisamente.

Bien podía haber algún cuervo merodeando en los alrededores. No estaban completamente aislados. Si bien había pocas casas en aquella zona, de todas formas las había. Si había casas, había personas. Y por más optimistas que fueran, tenían que contar con que en al menos una de ellas, había un cuervo. La luz que emanaba a través de la ventana era como un faro que podría atraer cualquier cosa que se moviera en el exterior. Por lo pronto, ya había llamado la atención de un par de escarabajos que caminaban por un costado de la ventana.

-¡Y yo que pensaba ingresar a un sanatorio mental! ¡Ustedes están peor! - Exclamó Dennis luego de escuchar la historia acerca de lo que había sucedido en el supermercado antes de que apareciera él dando vueltas por la pista.

-Eso es lo que más quisiera. -Dijo Chelsea-. Que de pronto venga un grupo de hombres de blanco, nos metan en un camión y nos digan que nos hemos escapado de una institución mental.

-¿Quién era esa chica? -Interrumpió Shannon.

-¿Cuál chica? -Preguntó Dennis.

-La del pelo amarillo que te trajo en el auto.

-La hija de mi casero.

-¿Tu novia?

-Para nada. ¿Por qué preguntas?

-La chica se moría de preocupación por ti. -Explicó Chelsea.

-Bueno... de vez en cuando yo me la... quiero decir... de vez en cuando salía con ella a tomar algo. Pero era por insistencia de ella. Y también porque me ayudaba mucho para evitar que su padre me desalojara. Pero yo no quería nada con ella, se los juro.

-Te creemos. -Dijo Shannon-. He visto muchas veces ese tipo de obsesión y a miles de desgraciados como tú que suelen aprovecharse de las circunstancias. Al menos en este caso, eso sirvió para salvarte.

-Ojalá no hubiera estado inconsciente para hacer algo por ella. -Dijo algo nervioso.

-¿Qué pasó? -Preguntó Lawrence con un brazo de su mujer alrededor de su cintura.

-¿Qué pasó de qué? -Dijo Dennis mirando cómo un pedazo de ceniza incandescente alzaba vuelo y luego se esfumaba en el aire.

-¿Cómo llegaste a ese auto?

-Imagino que fue Kaitlin la que se hizo cargo. -Dennis agachó su cabeza, ocultando su mirada de los demás. No había más ruido que el crujir de la madera y la respiración agitada del perro que estaba tendido en un rincón junto a Kalia. Instintivamente, algunos de ellos agacharon su cabeza también, como para hacerle sentir que compartían su dolor.

-No tienes que hablar si no quieres. -Dijo Chelsea en tono maternal. Hace algunas horas había dicho lo mismo cuando todos se reunieron en esa misma habitación para conversar sobre ellos mismos. Al final, habían terminado yéndose por las ramas y cuando se dieron cuenta de lo que hacían, Dennis ya estaba asomado por la ventana pidiendo a gritos que lo dejaran entrar.

-No hay problema. -Dijo Dennis levantando el rostro y mostrándose imperturbable. Había como una dureza excesiva en cada una de las líneas que surcaban su rostro-. Creo que es mejor que les cuente lo que pasó. Hay cosas que deben saber.

55  
Revelación

En un rincón dormitaba Kalia junto a Grace. Apenas pasaban las nueve de la noche según el reloj de Adam, pero había que tener en consideración que la mayoría de ellos no había dormido en más de 24 horas. Lawrence se mantenía rígido para evitar que la cabeza de su mujer resbalara de su pecho. De todas maneras, él creía que así resbalara, de todas formas no despertaría.

-Tu cabello huele a ceniza. -Susurró Adam en la oreja de Shannon. Ella se había recostado junto a él y prácticamente lo había obligado a que la abrazara y la cubriera todo lo posible con una de las mantas que habían encontrado en el cobertizo (que pese a que las sacudieron repetidas veces y las acercaron al fuego por largo tiempo, aún seguían oliendo a humedad). Otra manta estaba envolviendo los cuerpos de Grace, Kalia y Lawrence (una manta larguísima que suponían alguna vez había cubierto un tractor); una más lo hacía con la esbelta figura de Naomi (acurrucada al costado de Gary, aún no entre sus brazos) y una última envolvía a Chelsea. La anciana tenía puesta encima tanta ropa como la que tenían los demás juntos. Aún no expresaba palabra alguna pero ya se había comido un par de galletas blandas.

-Es bueno saberlo. -Contestó Shannon-. Teniendo en cuenta que no me he lavado el cabello desde anteayer y que veo poco probable hacerlo en los días que están por venir.

-Y yo que pensaba que podríamos tomar una ducha juntos. -Esbozó una sonrisa que se borró al instante cuando ella le hincó el codo en el estómago debajo de la manta.

-Tampoco es para que te esponjes. -Susurró él.

-Pensándolo bien. -Murmuró ella-. Me has salvado el pellejo más de una vez. Si no mueres en los siguientes siete días, tal vez tengas suerte y acepte.

-¿Por qué siete días?

-¿Por qué no ocho, o cincuenta? Cierra la boca y escucha la historia de ese tipo.

Aquella cercanía entre ellos era agradable para cada uno a su manera. Sin embargo, ambos creían que aquél contacto era más que necesario en aquél día que no había sido otra cosa que una continuidad casi interminable de desgracias. Un caos que aún no había terminado, sino que tan solo se había alejado. Era como estar en el ojo de la tormenta, refugiados en un espacio de quietud engañosa cuyo espejismo se desvanecería repentinamente para volverlos a engullir y no dejarlos salir.

-En fin. -Dijo Dennis mientras arrojaba una caja de galletas de la que se había comido hasta las migajas-. Esa noche, mejor dicho, ese día, recuerdo haber estado en mi cama bastante colocado. Después de tocar con mi banda, se me acercó un camello con una bolsita de speed. Les juro que no había probado esa mierda en toda mi vida. ¡Lo que me había perdido! -Le añadió realismo a la escena haciendo gestos con las manos y muecas de enajenación.

-Apenas esnifé el polvo, sentí como si me estuvieran taladrando el cerebro con esos aparatos del dentista que se usan para agujerear las muelas. ¡Dios! Fue... indescriptible sinceramente... al menos mientras duró. Eso fue la noche en la que dicen que apareció el caballo blanco en el cielo, con los truenos y la voz y todas las otras cosas que ustedes me han contado. Obviamente si yo hubiera visto el caballo, lo hubiera asociado al speed. De todas maneras, a la mañana siguiente no me acordaba ni siquiera de mi nombre y lo primero que pasó por mi mente cuando escuché los gritos y las explosiones a mi alrededor fue que habían atrapado al camello y él le había soltado mi nombre al FBI para reducir su condena. Se preguntarán por qué el FBI y no la poli. Yo les digo que sabrán muy bien la diferencia de cuando los arreste el FBI y la poli por todo el escándalo que se arma alrededor. Y eso no es...

-Al día siguiente no hubo ningún escándalo. -Señaló Shannon-. Te quedaste dormido dos días, condenado aspira polvo.

-¡Dos días! ¿Qué no estamos hoy...?

-¡Ay! -Exclamó Naomi. Todos voltearon al instante mientras sentían que el estómago se les transformaba en el puño de Randy Couture. La vieron rascarse

el cuello mientras arrugaba el rostro y mostraba los dientes.

-Maldita madera. -Dijo aun rascándose-. Me saltó un pedazo encendido al cuello. No te preocupes, sigue con tu historia. -Murmuró algo en el oído a Gary y siguieron discutiendo algo ininteligible mientras Dennis continuaba con su historia.

-¿Alguien tiene un cigarro? -Preguntó Dennis-. No es que lo necesite, pero me ayudaría mucho para contar mejor la historia.

-Si hubiéramos tenido, te garantizo que ya se habrían acabado. -Susurró Shannon para no despertar a la niña que se removía junto al vientre de su mascota-. Continúa por favor. -Luego le susurró en una voz más baja a Adam-. Adam, deja de temblar.

-Lo siento. -Dijo él-. Es que se me ha dormido una pierna. Ahorita se me pasa.

-Más te vale.

Era mentira. Hace un momento había escuchado la voz de su padre. Un recuerdo de uno de los miles de gritos que abandonaban su boca para golpear el rostro del niño con dureza. *Adam, maldito holgazán. ¿Cuándo vas traerme algo más que felicitaciones de tus estúpidos maestros? ¿Cuándo me vas a traer dinero de sus billeteras? ¿Qué esperas para golpear a tus amigos y robarles todo lo que tengan? ¿Es que tengo que enseñarte cómo se hace? Mírame cuando te hablo. Así es como hace, hijo. ¡Paf!*

A pesar de que hacía su máximo esfuerzo por resistir, los párpados de Chelsea le pesaban tanto como si estuviera recostada en la superficie de una estrella de neutrones. Lawrence no dejaba de bostezar y cada bostezo iba contagiando a los demás y llevándolos a la somnolencia. Dennis se percató de aquello al instante. Tenía la experiencia de varios años sobre el escenario. Si la reacción era buena, bien podrían tocar algunas canciones más; si era lo contrario, lo mejor era apresurarse y mandar a todos a la mierda. De todas maneras ya tenían los billetes en los bolsillos y a las *groupies* esperando con las piernas abiertas dentro de la caravana de la banda.

-No sé en qué me quedé, pero voy a adelantarme al punto que les quería contar. -Movía sus dedos como si jugara con una ficha de póker imaginaria-. Me despertaron unos golpes estrepitosos en mi puerta. Alguien había atracado la puerta con mi baúl donde guardo la batería. Esa condenada cosa pesa una

tonelada. No hay una batería en el interior precisamente... bueno, mejor que no sepan lo que había dentro. De todas maneras, escuché los golpes y me levanté sobre el colchón. No sé si estaba flotando o levitando, la cosa es que todo me daba vueltas. Ni siquiera me di cuenta de que estaba parado sobre el brazo de una chica desnuda que dormía en mi cama. Al menos no hasta que me dijo que dejara de pisarle su maldito brazo o me daría una mordida en esa parte mía que estaba en su boca anoche. Ja, ja. No recuerdo esa parte. -Miró al techo como si tratara de recordar lo que pasó en la cama con esa chica pero luego sacudió su cabeza de lado a lado manifestando su desilusión al no recordar nada.

-No sé cómo hice el baúl a un lado y corrí el pestillo de la puerta. La que estaba golpeando era esa chica que dicen que me trajo en el auto. No me preguntó nada ni me dijo nada, sólo me tomó del brazo y me llevó por el pasillo y luego escaleras abajo. Todo fue demasiado rápido y yo seguía todavía colocado y estaba viendo todo como si me hubieran puesto un par de lupas en los ojos. Creí ver fuego en las habitaciones pero no estaba seguro aunque creo que fue de verdad porque se sentía un calor espantoso y olía a ceniza por todos lados. Ni siquiera en el auto con los chicos de la banda solía haber tanto humo y eso que cuando cerrábamos las ventanillas, la camioneta se convertía en una cámara de gas. -Para ese momento, Chelsea ya había cerrado los ojos aunque seguía escuchando. Lawrence se iba inclinando peligrosamente hacia un lado y amenazaba con caer como un árbol recién aserrado.

-Recuerdo que alguien gritaba cuando abandonamos el edificio donde vivía. Alguien que daba órdenes a las personas y a un grupo de hombres que tenía bajo su mando. No sé si se trataba del ejército, la policía, el FBI o los Hombres de Negro. El caso es que ese hombre le gritó a Kaitlin que encendiera el coche, cruzara el puente y nos fuéramos lo más rápido que pudiéramos al norte. Eso fue lo último que escuché. *Lárguense lo más al norte que puedan. Largo. Largo.* Kaitlin me seguía llevando de la mano. Entonces alguien me golpeó y ya no supe más... hasta que desperté junto a esa vieja silenciosa en el Greyhound. Fin de la historia. Creo que ha servido mucho para hacer dormir a los niños. -Añadió Dennis señalando a Chelsea y a Naomi a quienes les colgaba la cabeza como un espantapájaros.

-Eso estaba por venir. -Dijo Richard mientras estiraba sus piernas en el suelo. Tenía las piernas más largas que Kalia completamente estirada.

-¿Y ahora qué hacemos? -Preguntó Dennis.

-Vigilar. -Contestó Richard levantando los hombros.

-Demonios... ¿Estás seguro de que no tienes un cigarro?



¿Alguien lo llamaba? No, era solo el viento y el crujir de la madera que aún seguía ardiendo. Adam despertó sin saber dónde se encontraba y de pronto la realidad llegó hacia él de golpe. Como el azote de una ola que golpea contra la arena. Pero este impacto era más encarnizado aún.

Miró alrededor con cautela. Todos dormían al parecer con placidez, ajenos a los acontecimientos que seguramente seguían dominando el mundo a esa hora de la noche. Dennis no estaba en esa habitación, tampoco Gary. Richard estaba parado junto a la ventana y movía la cabeza de lado a lado como si sus ojos persiguieran a alguien que se movía en el exterior.

Durante el sueño, Shannon se había resbalado de encima de él y ahora dormía a un costado, sobre la madera, solo con un brazo apoyado sobre sus piernas. Creyó oír que roncaba. Se concentró para aislar solo aquel sonido de los otros y después de algunos segundos, llegó a escuchar otro suave rumor. *Que criatura tan tierna.* Tomó su brazo con sumo cuidado y lo colocó sobre las piernas de ella. No se dio cuenta de nada y ni siquiera se movió.

Al levantar su brazo para ver la hora, un hincón le recorrió toda la extremidad hasta el cuello. Al parecer había dormido en una mala posición o simplemente era que ya empezaba a sentir los efectos de la acción extrema que había realizado su cuerpo en las últimas horas. Eso sin contar las palizas que había recibido. *Los besos de Shannon también contaban.*

Faltaban pocos minutos para la medianoche. Pocos minutos para saber que habían logrado seguir respirando un día más. Sin duda era algo para ser celebrado. Más aún que un cumpleaños o un aniversario. *La celebración de la vida.* Solo cuando se ve uno en peligro de perder algo es cuando uno se acuerda que debe protegerlo más. Adam había aprendido aquella lección más temprano que el resto de los que lo acompañaban.

Miró hacia un costado y vio que la anciana estaba despierta. Estaba echada de

costado junto a la pared con una improvisada almohada que habían hecho al retirarle una de sus tantas prendas. Estaba con la mirada perdida y los ojos le temblaban reflejando la loca danza que ejecutaba el fuego sobre la madera. Pobre anciana, pensó Adam. Se preguntó quién la habría abandonado. Solo alguien desequilibrado podía ser capaz de abandonar a alguien tan necesitado de atención como aquella mujer. Había visto gran cantidad de personas abandonadas en Seattle cuando era niño. Sin embargo, el programa de rehabilitación y ayuda del King County Center había ayudado a resolver en algo el problema. Su programa fue excelente. La única desgracia fue que la noticia traspasó los límites de la ciudad y los abandonados de otros lugares comenzaron a llegar como hormigas a la miel.

-Hey. -Susurró alguien cuya voz sonaba familiar. Adam trató de buscar quién lo había llamado-. Hey. -Dijo esa voz de nuevo. Todos estaban dormidos. Incluso la anciana había cerrado los ojos de nuevo. Sus ojos se pasearon en los rostros de los demás. Dormidos sin ninguna duda. Tal vez era Shannon que le quería jugar una broma. La miró pero comprobó que estaba dormida y aun roncando. De todas formas hubiera reconocido su voz-. Hey. -Aquella no era su voz-. Por aquí. -Tal vez era Richard, pero no había motivos para que estuviera haciendo ese llamado. Seguía de espaldas a Adam, mirando a través del vidrio.

Entonces lo vio mirándolo a través de la ventana. Una vez más. De manera vívida, como si pudiera tocarlo si estiraba su mano. Con aquella sonrisa siniestra con la que seguramente lo habían enterrado en el Park Evergreen allá en Seattle. Edward. Su padre muerto lo miraba a través de la ventana.

-¿Qué quieres? -Susurró Adam como si desde siempre hubiera estado esperando su llegada.

-Lo mismo que tú, hijo. Solo quiero un poco de compañía. -Se acercó más a la ventana con las manos haciendo paréntesis al costado de su rostro. Sus ojos se acentuaron y su grotesca expresión se endureció con el fuego. Richard seguía mirando como si nada pasara ya que no había nadie allá afuera en realidad.

-Déjame en paz. -Le amenazó Adam fulminándolo con la mirada.

-Linda chica la que te has conseguido, eh hijo. Ese es mi chico. La viva imagen de su padre. No tendrás problema si la compartimos, ¿no, Adam? Tú te

quedas con la parte de arriba y a mí me das lo de abajo. O al revés si lo prefieres. No soy caprichoso.

-¡Lárgate! -Gritó Adam en su mente. La mandíbula le comenzaba a arder de dolor de tanta presión.

-Lo haré Adam. Me iré junto con todos ellos de viaje. Quizás me los lleve en este viejo trasto que tienen estacionado acá afuera. *Hellhound*. No podría haber pensado en un nombre mejor.

-¡Lárgate! -Dijo entre dientes mientras golpeaba con su puño la madera. El ruido se perdió junto con el crujir del carbón.

-La voy a matar, Adam. A esa chica que te gusta al último. Como buen gesto mío. Sé cuánto te gusta y cuánto la quieres. Creo que tanto como tu madre, pero ella ya está aquí conmigo y nunca es malo tener una mujer más que le haga compañía a un hombre como yo que tiene mucho que dar. Las cosas serían más deliciosas. -Sacó su lengua y la pasó sobre el vidrio mientras hacía ruidos obscenos-. Estoy en todas partes Adam. También durmiendo junto a ti. Igual que la película Adam. Igual que la película. Sólo que aquí no hay ningún Kurt Russell para salvarlos a todos. Aquí yo gano Adam. Aquí yo gano. -Y su imagen desapareció de la ventana y las marcas que dejó en la ventana se fueron deshaciendo mientras formaban formas curiosas y repugnantes.

Le iba a ser imposible conciliar el sueño de nuevo, pero eso era lo de menos. El solo hecho de volver a ver a Shannon al rostro le recordaría de nuevo aquella aparición. Era el trauma de la escena del asesinato, nada más que eso. No estaba para nada cerca de poder superar el trauma. Aún estaba a años luz de poder hallar una solución. Tenía que despejarse.

Se puso de pie. La madera era ruidosa y Richard giró con el rostro sereno. Ni siquiera lo tranquilizaba saber que tenía un amigo de dos metros y más de cien kilos que podría haber noqueado a su padre de un manotazo. ¿Y qué tal si era él el que terminaba haciéndoles daño a todos ellos? ¿Quién era él? ¿Lo conocía verdaderamente? *Tonterías*.

-¿Qué pasa, chico? -Preguntó Richard con la voz baja.

-Pues... sólo que tengo ganas de... ya sabes. Voy afuera un rato.

-Claro. Trata de no alejarte mucho... ya sabes por qué.

-Seguro. -Adam desapareció por la puerta tal como su padre lo había hecho por la ventana hace poco. *Ese es mi chico. La viva imagen de su padre.*

57

### Aullido eléctrico

-¿Cómo fue que pasó esa vez? ¿Fue así? ¡Responde! –Le gritó Dennis a Gary con las manos temblándole tal y como lo hacía justo antes de darle el toque final a sus solos de batería. Ambos estaban fuera de la casa, rodeados de una brisa helada que les ahogaba la presión arterial.

Gary miró al chico como un juez a punto de dictarle sentencia de muerte a un convicto que ya no tenía escapatoria. Aún seguían pisando suelo de Virginia. Matar a alguien allí era algo completamente válido según la ley. Y ahora que no había ley, los asesinatos habían pasado a ser un deber.

-Lo siento, tío -Contestó Dennis desviando los ojos con rapidez hacia las nubes negras que reptaban unas sobre otras en la frialdad de la Tropósfera-.

Yo tampoco tengo idea de lo que pasó ayer y me niego a ser testigo presencial de mi propia muerte. -Antes de terminar aquella frase, Dennis echó a correr de regreso hacia la casa-. ¡El fin del mundo, hombre, el fin del mundo!

Los gritos llamaron la atención de Adam, quien se había recostado junto a un tronco del lado opuesto de la casa. Estaba luchando con sus pensamientos desde el momento en el que puso un pie afuera de aquél edificio. *Es mentira. Está muerto. Todo es mental, todo es por el trauma. No veo nada. No hubo nada. Fue sólo una alucinación y nada más. Es parte de mi trauma. Nadie va a morir esta noche. No hay peligro.* Sus pensamientos luchaban contra la voz de su padre que rebotaba infinitamente dentro del laberinto de su sistema auditivo. *Esta noche Adam. Uno por uno hasta que quedes completamente solo. Uno por uno. Cada personas que veas, cada persona con la que hables morirá. Completamente solo, hijo... muerte... solo los dos... tú y yo.* A lo lejos llegaron los gritos de Dennis.

Rebuscó en sus bolsillos delanteros de su pantalón militar pero no encontró nada más que un par de monedas y un montón de pelusa. Se palpó en la parte posterior pero allá atrás no tenía bolsillos-. ¡Mierda! Tiene que estar por aquí. -Ya no había motivo para susurrar, el fin del mundo estaba cerca. Los demás comenzaban a moverse sobre el suelo. Dennis se percató que tenía un bolsillo en un lado de la pierna. Era el todo o nada, la última oportunidad. Introdujo la mano en el bolsillo y cuando sus dedos acariciaron aquella forma larga y rugosa, su expresión se derritió de placer y un hormigueo le recorrió la espalda.

Se arrastró por el suelo como una lagartija. Pasó por encima del perro que lanzó un gemido de dolor cuando Dennis le pisó la cola. *Al diablo con el perro.* Su otra pierna le rozó la espalda a Shannon que aún seguía durmiendo muy cerca de donde ardía la madera. La agitación en aquella habitación obligó a Morfeo a liberarla de sus brazos y lanzarla con violencia a la realidad.

Cuando ella despertó le llegó un olor distinto al de la madera ardiendo. Un olor intenso que le trajo viejos recuerdos de algunas noches solitarias junto a unos amigos en los muelles Crabster allá en Norfolk.

-¿De dónde has sacado la hierba? -Le preguntó Shannon aún tendida en el suelo.

-La llevaba siempre conmigo pero recién me he dado cuenta. -Le dio otra aspirada al cigarro de marihuana mientras el olor se iba esparciendo por toda la habitación.

-¿Qué carajo? -Dijo Naomi tratando de abrir sus párpados pero sintiendo como si éstos estuvieran oxidados. El labrador se había puesto a saltar sobre las piernas de los demás, corriendo desde la chimenea hacia la ventana y repitiendo aquél recorrido una y otra vez.

-Algo pasa allá afuera. -Susurró Dennis con el cigarrillo a medio consumir-. Pregúntenle al tío del traje o al gigante. Están allá afuera.

En ese instante, Richard ingresó por la puerta de aquella habitación con el rostro desencajado y respirando más rápido de lo normal. Para entonces, la niña era la única que seguía durmiendo. Incluso la vieja tenía los ojos abiertos y fijos en el rostro de Richard que parecía estar en pleno examen oftalmológico.

-No pregunten qué pasa. -Dijo Richard con la voz cansada-. Pero creo que sería una buena idea que se muevan al sótano. -Hizo pausa para llenar nuevamente sus enormes pulmones-. Ahora. -A lo lejos se escuchó el espantoso retumbar de un trueno. Ninguno de ellos siguió recostado en el suelo (a excepción de la vieja), ahora todos saltaban como la ceniza incandescente que brotaba de la hoguera.

## Cualquier lugar es bueno

-Dios mío, Dios mío. -Repetía constantemente Naomi mientras bajaba la escalera abrazada de Grace. La mujer de Lawrence rezaba en voz baja y repetía frases y cánticos sin ritmo ni sentido que ninguno de ellos había escuchado en toda su vida. Aparte de aquello, solo lloraba Kalia cuyo rostro estaba embadurnado por un manto resplandeciente de lágrimas. Su fiel perro la acompañaba gentilmente con gemidos y con la cola enroscada entre sus dos patas posteriores.

Richard guiaba el camino con una lámpara de aceite que habían encontrado cuando fueron a investigar en el cobertizo. Había poco aceite y probablemente el sótano quedaría a oscuras mucho antes del amanecer, pero eso era lo último en lo que ellos estaban pensando.

La madera de las escaleras crujía tanto como la leña que seguía ardiendo en la habitación ahora vacía. Otro trueno rugió en las alturas y su estruendo se alargó por varios segundos en todas las direcciones posibles. Algunos gemidos brotaron de las bocas de las mujeres y maldiciones y juramentos de la boca de los hombres.

-Quédense acá -Dijo Richard mientras dejaba la lámpara en el suelo en medio de todos los que habían bajado: Naomi, Grace, Chelsea, Kalia, Lawrence y Hunter se acurrucaban unos contra otros poniéndose en las posiciones que se sugieren en los vuelos comerciales cuando uno va a impactar contra el suelo. Le hizo señas a Lawrence para que se acercara a él un momento. El hombre de barba tuvo dificultades para liberarse de las manos de su mujer que se aferraban a su ropa como un anzuelo en la boca de un pez.

-Dime. -Susurró el hombre a través de su barba.

-Toma. -Una pistola de 9mm apareció entre sus manos junto con un puñado extra de balas-. Por si llega a suceder lo peor. Úsala como último recurso.

-¿Qué pasa afuera? -Preguntó Lawrence con ansiedad en su voz.

-Todavía no lo sabemos. No salgan de acá. -Dijo Richard mientras lo abandonaba y emprendía la subida. Lawrence regresó hacia donde estaba su mujer que lo llamaba con las manos, los ojos y una interminable variedad de

expresiones, cada una más desesperada que la otra.

-Tranquila, mi amor. Tranquila.

-Esta vieja pesa una tonelada. -Se quejó Dennis mientras arrastraba a la anciana por el pasillo. La sujetaba de los hombros y la mujer no hacía ningún movimiento para ayudarlo. Era peso muerto.

-¡Richard! -Gritó Adam desde afuera de la casa-. ¡Ven a ver esto!

-Mierda. -Escupió Richard-. Dile a Shannon que te ayude a bajarla. Todavía sigue junto a la chimenea. No sé qué hace allí. -Casi tropieza con una madera mientras corría hacia afuera-. ¡No salgan del sótano! -Gritó mientras cruzaba la puerta rumbo al exterior.

-Al diablo con el sótano. -Dijo Dennis hablando solo-. Lo siento señora pero va a tener que quedarse en esta planta.

Había una puerta junto al pasillo que estaba entreabierta-. Espéreme aquí. -Dijo Dennis mientras entraba y le echaba un vistazo a la habitación. Era un cuarto vacío con restos de periódicos en el suelo. También había una ventana enorme a través de la cual se podía observar la silueta de Adam que desapareció de pronto por el lado izquierdo.

-No querrá estar acá si es que pasa algo. -Dijo Dennis saliendo de la habitación como si hubiera visto un fantasma. Cerró la puerta y cruzó hacia el frente en donde había otra entrada a otra habitación. Dennis actuaba con rapidez pero sentía que cada uno de sus movimientos demoraba más de lo usual. Estaba oscuro. Apenas podía ver las paredes que tenía frente a él.

La otra habitación era un pequeño espacio que probablemente habría servido como almacén o como closet cuando los habitantes de aquella casa todavía vivían en aquél lugar-. Aquí se queda señora. -Dijo Dennis y tomó a la anciana de las axilas y la arrastró hacia aquél lugar oscuro.

-Hijo... -Dijo la vieja de pronto, asustando a Dennis como si hubiera visto a un cadáver llamándolo por su nombre.

-Con un demonio. ¡Está viva! -Exclamó Dennis espantado aún sin saber cómo había retrocedido hasta golpearse la espalda contra la pared.



-Hijoooo... -Repitió la anciana con una voz débil que parecía provenir desde el fondo de una cueva.

-No señora. No soy su hijo. Y si quiere darme las gracias por haberla traído hasta aquí, no haga ningún esfuerzo por decírmelo. Eso ya lo sé.

-Peligrooooo.

-Claro que hay peligro. Aquí estará a salvo.

-Mi hijooo... peligrooooo.

-¿Su hijo está en peligro? ¿Quién es su hijo?

-Peligro... Mi hijo peligrosooo.

-No sé de qué habla señora. ¡Mierda! No me diga que está así porque le soplé el humo de mi...

-Mi hijooo... malo... cuidadooooo.

-¿Su hijo es malo?

-Sí... hijo... malo... peligrosoooo... cuidadooo.

-Quiere que me cuide de su hijo porque es malo. ¿Es eso lo que quiere decirme?

La vieja respondió con un movimiento afirmativo de su cabeza y Dennis apenas pudo distinguirla entre las sombras que engullían la habitación-. Sí. - Dijo finalmente para quedarse en silencio.

-No sé qué trata de advertirme con eso pero ya me lo explicará después. Quédese aquí y no se mueva para nada. Regresaremos pronto. -La dejó acomodada en un rincón de la pared para que no se moviera ni se cayera si es que de pronto se quedaba dormida. Le cerró la puerta y empezó a caminar por todo el primer piso buscando dónde quedaba la maldita puerta que daba al sótano.

## El intenso llamado

Al ingresar a la habitación de donde había salido, Dennis se encontró con Shannon bien acomodada en la ventana como un insecto. Se acercó a hurtadillas detrás de ella y cuando estuvo a una distancia prudencial, la llamó para hacerle notar su presencia.

-¡Maldito desgraciado! -Gritó Shannon soltando un manotazo hacia atrás y rozándole la mejilla con la mano al chico de ojos grises. Se sintió frustrada por haber fallado una vez más. Ya lo había hecho con la mujer en el supermercado y ahora no quería quedar con ningún sabor amargo en la boca.

-¡Basta! -Exclamó Dennis mientras recibía un par de patadas de la chica. Generalmente solía devolver los golpes, incluso si eran chicas las que se abalanzaban sobre él. En los conciertos había muchas fanáticas a las que les gustaba arrancarles las pulseras y collares a los miembros de la banda. *Sleeping Trick*, la banda de Dennis, era una de las preferidas gracias al estilo implantado por su cantante, Chad McBride, quien no subía al escenario sino llevaba encima al menos tres kilos de adornos y parafernalia. Era el espíritu

supersticioso llevado al extremo.

-¡No vuelvas a asustarme de esa manera! -Le amenazó Shannon señalándolo con el dedo índice completamente recto y mostrando una uña pulcramente limada. Un poco más y sus largas trenzas se habrían elevado como cabellos de Medusa, pero en algo se había logrado asemejar a la criatura mitológica: Dennis estaba paralizado, convertido en piedra.

-Lo siento. -Dijo el chico. Sus impulsos agresivos se habían disipado con rapidez y se habían esfumado no sabía a dónde. Esa chica era la leche. No se había topado con una así desde un concierto en el 2003 en Midland, Texas. En esa ocasión, una chica con un polo de *The Grateful Dead*, se las había arreglado para entrar tras bastidores y aprovechar que la banda estaba en escena para meter en su bolso cuanto objeto encontraba en su camerino. Tenía especial predilección por las cadenas de oro falso y por las bolsitas transparentes colmadas de cocaína. La descubrió un guardia de seguridad cuando salía silenciosamente del camerino y entonces se hizo el silencio: toda la banda abandonó el escenario y se le fue encima. A Dennis le encantó su forma de defenderse con puños, patadas y un lenguaje tan vulgar que no creía volver a escuchar algo así en toda su vida. Las joyas no eran de él y la cocaína prácticamente se la regalaban a todos los de la banda. Estaba ensimismado en la chica y se obsesionó con la idea de ir a la cárcel y pagar la fianza para que saliera en libertad. Tal vez ese gesto pudiera hacer que una chica como ella se fijara en alguien como él. Y aquello fue lo que hizo al día siguiente, aprovechando que los otros miembros de la banda estaban con la nariz blanca, soñando con demonios y seres que provenían de las profundidades del mar. Condujo su viejo Chevrolet hasta la comisaría, sabiendo que se arriesgaba demasiado al tener varias copas de whisky corriendo por su torrente sanguíneo. Pero qué más daba. La chica valía el riesgo. Valía la suspensión de su licencia y el pago de otra fianza si es que era necesario. A los metaleros les pasaba todos los días lo mismo. Pensaba en eso mientras entró en la dependencia policial y preguntaba por la situación de la chica. A los pocos minutos salió cabizbajo de la estación y se sentó en la vereda por un largo rato. Aquello era lo más cerca que podría estar de la chica. Ella no saldría en un largo tiempo de prisión y no había fianza que valiera para liberarla. Al parecer, la chica era buscada por un crimen con varios muertos en un pueblo no muy lejos de allí. Sin duda esa chica era la leche. Y esa chica de trenzas,

violenta y con una personalidad tan fuerte como la de la asesina, era todo lo que buscaba en una mujer. El fin del mundo no podría ser más agradable ahora que sabía cómo era ella y mejor aún, ahora que sabía que no había nada que le impediría estar junto a ella.

-Tal vez si me das un poco de hierba. ¿Tienes más no? -Dennis se arrepintió de no haber cargado sus bolsillos con los montones de cigarrillos que tenía escondidos bajo una madera en su habitación.

-No... -Dijo con la voz de un niño que se presenta por primera vez a declamar ante un auditorio plagado de ojos-. Se me acabaron.

-Entonces no tienes nada que hacer aquí. -Y le dio la espalda.

A diferencia de hace algunos momentos, Dennis pensó que podría soportar su muerte si es que ésta sucedía de la siguiente manera: Empezaban a llover los meteoritos como el olor de pólvora alrededor del mundo en año nuevo. Entonces, no importa lo que ella hiciera, la tomaría de la cintura para girarla y hacer que sus rostros estuvieran uno frente al otro. Y mientras la Tierra se comenzara a despedazar y los ángeles se encargaran de separar a los buenos de los malos, él la acercaría a su boca para recrear la imagen que Alfred Eisenstaedt capturó en 1945. La pose sería la misma, sólo que el nombre de la foto variaría un poco; ya no sería “El día de la victoria en Times Square”, sino “El día del fin del mundo en algún lugar de Virginia... o donde quiera que se encontrara aquella maldita cabaña.”

Por el momento, Dennis se acomodó en la ventana, junto a Shannon, mirando a través del vidrio. Trató de acomodarse lo más cercanamente posible a ella procurando, al mismo tiempo, satisfacer sus impulsos y evitar incomodar a la chica que no estaba con el humor ideal para nada. Fue entonces cuando Dennis se percató de que había una voz que provenía de allá afuera.

-¿Es eso lo que sucedió la noche de los caballos? -Preguntó Gary tratando de recordar lo que había leído en algún libro en sus tiempos de estudiante universitario. Algo relacionado a la noche y la crueldad del ser humano. Le venían nombres a la mente como *La noche de los cuchillos largos*, *La noche de los vidrios rotos*, *Noche y niebla*, *La noche oscura del alma*. Y ahora, nuevamente, la noche estaba de testigo frente a una desgracia más.

-No sabemos si anoche hubo otro caballo. -Respondió Richard bajando la cabeza para mirar brevemente a un escéptico Gary-. Pero la primera noche fue exactamente lo mismo.

-Con todo y esa voz. -Añadió Adam.

-¿Cuál voz?

-Esa voz. -Agregó señalando al cielo.

La otrora penumbra absoluta que se había enseñoreado en el cielo y la lejanía, ahora se resquebrajaba formando infinitas grietas de luz que, efímeras ellas, iban dibujando formas y rostros espantosos en las nubes. Y por entre los vastos e incalculables espacios que contenían todo aquél caos, provino una voz que sacudió las ramas de los miles de árboles que rodeaban la cabaña en aquél desolado paraje al este de Virginia.

-Me cago en el culo de Monica Lewinsky. -Exclamó Gary con la boca abierta de la sorpresa-. ¿Pero qué demonios es eso?

Ninguno de los dos le respondió. Ellos en el exterior y Shannon y Dennis a través de las ventanas observaban (con temor de volverse aptos para ingresar a una institución mental si continuaban viendo) cómo los rayos en las alturas se diseminaban hacia los cuatro puntos cardinales con la intención de traer a rastras aquella voz que emitía el trueno y que una y otra vez repetía la misma orden: “Ven.”

-¿Pero qué mierda es esto? -Dijo Dennis desde el suelo a donde había caído tras escuchar la voz. La seguía escuchando dentro de él tan claramente como el recuerdo de la noche en la que se cogió a la hija de un senador de Virginia. Se hizo un ovillo y quedó colocado en posición fetal. Una linda posición para ser delineada con tiza blanca cuando llegaran los forenses.

Shannon no tenía el tiempo ni la intención de responder a una pregunta tan impertinente como aquella. El espectáculo real estaba allá afuera y ella se lo estaba perdiendo por algún motivo inexplicable. ¿Qué hacía adentro de la casa? ¿Qué esperaba para salir? Era como tener entradas en la mano para la Zona VIP (allá adelante donde salpicaba el sudor de los artistas) y en lugar de eso irse a acomodar tras las vallas del concierto allá donde estaban los fans

expulsados teniendo sexo con un fondo musical de primera. ¿Qué hacía haciéndose tantas preguntas? Antes de seguir pensando más, Shannon rodeó el cuerpo de Dennis y salió raudamente por la puerta.

En el pasillo se topó con Gary quien entraba apresurado como si lo persiguiera un enjambre de avispas-. Que disfrutes del espectáculo. -Le dijo mientras estiraba su mano para tocarle el hombro como si sintiera compasión de ella. Shannon siguió adelante mientras sentía cómo la mano de aquel hombre bien vestido se deslizaba por su espalda con intenciones lascivas.

Gary le retiró la mano cuando le empezaba a acariciar las vértebras lumbares. Pero no le retiró la mirada cuando la chica siguió adelante en su afán de abandonar aquella vetusta edificación. La chica estaba demasiado buena para su edad y no dudaba de que más de un caballero en aquel improvisado grupo, le hubiera puesto los ojos encima. *O Naomi o esa chica*. Qué más daba. Podía tener a las 2 si quería. Gary siguió adelante, perdiéndose por los laberínticos pasillos oscuros como un Minotauro aguardando un sacrificio. Aunque aquella casa distaba mucho de la exquisita perfección artística de Dédalo. Apresuró el paso al escuchar otro “Ven”. Hasta la madera del piso parecía estremecerse con aquella voz.

Cuando Shannon salió por la puerta, casi tropieza con el gigantesco cuerpo de Richard que retrocedía mirando hacia adelante-. ¡Cuidado! -Gritó ella, haciendo saltar al hombretón y a Adam que retrocedía también.

-La cosa no pinta bien. -Declaró Adam mientras señalaba a las alturas con un dedo tembloroso para luego dejarlo caer como si todo su brazo se hubiera muerto de repente.

En el cielo, las nubes se acomodaban con cada destello de los relámpagos. A la derecha, Shannon distinguió la forma de un caballo negro que botaba vapor por sus fosas nasales. Se le heló la sangre con tan solo darse cuenta lo poderosa que sonaba aquella voz que seguía llamando a alguien desconocido.

En el otro extremo del cielo, un sinfín de figuras humanas (o al menos formas que se les asemejaban) danzaban y se retorcían no sabían si de insana alegría o de terror total. Sus cuerpos se encorvaban y se estiraban como si recibieran en carne propia cada uno de los millones de voltios que engullían la

atmósfera. Parecían celebrar un rito infernal, algo abominable y que no debía de ser invocado. Tal vez todos juntos danzaban para acelerar la llegada de aquél a quien los truenos llamaban con insistencia.

Los miles de árboles sacudían sus hojas con violencia. Sin embargo, nada más que una brisa helada y con un olor desconocido llegaba hasta la puerta de aquella casa donde aguardaban tres figuras empapadas de terror.

De un momento a otro, algunos rayos comenzaron a precipitarse hacia el suelo. Aún estaban muy lejos de ellos pero qué eran unos pocos kilómetros cuando se trataba de algo tan rápido y violento como la electricidad. Si los rayos llegaban a donde estaban ellos, bastaba un solo impacto para traer la casa abajo y recrear en aquél lugar la escena final de *The Wicker Man*.

-Entremos. -Ordenó Adam tomando a Shannon del brazo. Su extremidad estaba tiesa y su rigidez hablaba a gritos que la dejaran quedarse en ese lugar hasta que todo hubiera terminado.

-De ninguna manera. -Repuso Shannon sabiendo que no vería algo así nuevamente en toda su vida. Era algo demente tratar de quedarse allí parado con aquella tormenta, aquella voz que bramaba cada vez más fuerte y aquellas figuras horribles que se multiplicaban como bacterias a través de un microscopio. Pero a Shannon le resultaba inconcebible la idea de abstenerse de contemplar aquél espectáculo. Había estado en medio de balaceras, de protestas contra políticos corruptos, de hombres y mujeres que habían tratado de asesinarla. Era adicta al peligro y no había nada semejante que pudiera reemplazarlo y que la hiciera sentir plena y satisfecha. La voz siguió llamando desde el cielo y en seguida Shannon desvió su mirada hacia Adam, que la seguía tomando del brazo con preocupación. Sus ojos, su expresión. Había algo en Adam que la volvía débil y sumisa. Después de todo, le había salvado el pellejo en más de una ocasión. ¿Y si él fuera el reemplazo a su adicción al peligro?

-Podemos verlo de todas formas desde adentro... a través de la ventana. - Exclamó Adam como último recurso para hacerla recapacitar. Tenía miedo de dejarla afuera así como también tenía miedo de seguir preocupándose por ella. La voz de su padre se escondía detrás del trueno y le recordaba su amenaza. Estaba atrapado.

-Está bien. -Shannon se sorprendió a sí misma por la respuesta. Y se sorprendió más al ver la facilidad con la que Adam la conducía hacia el interior de la casa. Aún tenía la apremiante curiosidad de saber lo que pasaría después, una vez que aquél a quien el trueno llamaba, por fin decidiera aparecer. Pero ahora también le carcomía otra pregunta más interesante y puede que más trascendental que la anterior: ¿Qué pasaría después entre ella y Adam?

60

### Una descarga necesaria

Entró en una habitación y la encontró vacía. Había ventanas y a través de ellas podía ver apenas la parte delantera del Greyhound. No tenía por qué perder el tiempo en aquél lugar. Cerró la puerta con un ruido sordo. Era un susurro comparado con los truenos que aullaban de manera enloquecedora allá afuera. Incluso había otro sonido que se empezaba a escuchar cada vez con mayor regularidad. No podía ser más agradable que aquella voz.

Gary se dirigió a la puerta que se ubicaba al frente de la otra por donde había avistado el exterior-. ¿Hola? -Preguntó por diversión. La oscuridad en aquél pequeño cuarto era tan penetrante que incluso se introducía en los pulmones del hombre con cada una de sus respiraciones.

Nadie le respondió. Era absurdo imaginar que alguien se hubiera separado de los demás para irse a esconder en aquella habitación. No había otra alternativa. Tendría que salir nuevamente de la casa (esta vez por otro lugar) y encontrar un lugar para desfogar su ansiedad. O tal vez esperar hasta el día siguiente y ver si, con la luz, tendría más suerte en cumplir sus anhelos.

Iba a cerrar la puerta pero una sensación extraña le dijo que debía de quedarse y revisar un poco más. Era como la tentación que sufriría un niño al verse en un sector de un museo a solas, enfrente de una máquina de enigmáticas características que tuviera un botón en el que un cartel les advertiría a los



visitantes: “Queda absolutamente prohibido pulsar este botón.” ¿Pulsar o no pulsar? ¿Perder algunos segundos o irse de largo? ¿Qué más daba?

Por suerte, Gary aún llevaba su navaja Victorinox. No sabía a quién de la empresa se le habría ocurrido colocarle una pequeña linterna LED, pero en esos instantes quería estrecharle la mano, invitarle un par de cervezas y tal vez conseguirle una buena chica para que tuviera una noche loca.

Aquél hilillo de luz fue suficiente para desenmascarar a la figura desproporcionada e inválida que descansaba en un rincón del cuartucho. No se sabía si estaba viva o muerta, pero más daba la impresión de ser algún tipo de despojo humano sacrificado por alguna cultura ancestral y salvaje.

-¿Madre? -Susurró Gary mientras dejaba la navaja en el suelo en una posición en la que alumbrara al rostro de la mujer. Más ingenioso que colocar una linterna en una navaja era el hecho de que no había que mantener presionado ningún botón para que ésta siguiera encendida. *Ni hablar. El tipo que lo inventó se merece una orgía de mujeres.*

La anciana abrió los ojos con una lentitud desesperante-. Vamos, madre. ¡Despierta de una vez! -Exigió Gary moviendo las manos de manera exagerada, como si tratara de secarse las manos en un baño donde no había papel ni secadora de aire caliente. Hasta esperar que su madre abriera sus ojos por completo, Gary cerró la puerta para evitar intrusiones en aquél momento íntimo con su progenitora.

-No quiero hacer lo que voy a hacer ahora... -Suspiró mientras se desabotonaba las mangas de su camisa-. ...Pero sabes cómo soy yo. Tengo que darme mis gustos. Me gusta hacer esto. Tengo que hacerlo ya... no puedo aguantarme. -Y cuando terminó de remangarse su saco y su camisa se acercó con premura donde su madre. O mejor dicho, saltó sobre ella como un cocodrilo que se encuentra camuflado a pocos centímetros de su presa.

Fue un movimiento rápido y brutal. Le puso sus manos en las mejillas y le torció la cabeza hacia atrás tal como lo haría un búho o una lechuza. Ahora sostenía la cabeza de un cadáver. ¿Sería posible girar 360 grados la cabeza de una mujer? ¿Por qué no hacer la prueba? Siguió torciendo pero los músculos y los huesos (que obviamente no estaban hechos para ese tipo de contorsiones) empezaban a luchar contra el psicópata.

Era un deleite para él escuchar el tronar de los huesos del cuello mientras se dislocaban. Se parecía al crujir de la madera en la chimenea, pero esto era algo más sublime, superior, maravilloso. Era como para el conductor de una orquesta, llegar al clímax de una pieza musical. Gary no tenía ni la menor idea de lo que significaba el éxtasis emocional ya que simplemente carecía de emociones. Pero aquello se sentía bien. Necesitaba satisfacción, tenía unas ganas incontrolables de excitarse y aquello, vaya que lo estimulaba.

-¿A dónde mierda quieres que vaya? -Le reclamó a la voz que seguía retumbando en el cielo-. ¡Déjame en paz! -Y siguió torciendo la cabeza con todas sus fuerzas. Faltaba poco para llegar a la vuelta completa pero no podía. Algo se había atorado adentro, tal vez los músculos se habían trenzado y ya no era posible seguir torciendo la cabeza con libertad. Lo intentó con más fuerza pero sus intentos fueron en vano. Aún necesitaba excitarse más y estaba enfureciéndose por no poder conseguir lo que deseaba.

-¡Ni siquiera muerta me dejas hacer lo que quiero! -Chilló mientras se tapaba la boca y hacía sangrar sus labios con la fuerza de la presión. El sabor de la sangre parecía haberlo animado un poco. Le lanzó un golpe a la cabeza de la anciana que colgaba como una pera de boxeo. No fue un buen puñetazo. *Puedo hacerlo mejor.* Lo intentó con el puño izquierdo. Algo crujió dentro de la cabeza de la mujer. *Mal, muy mal.* La mano derecha tenía que tomarse su revancha. Wuuz, sonó el puño al viajar por el aire. Crac, se oyó cuando éste impactó en plena mandíbula de la mujer. Una lluvia de golpes se abalanzó sobre el cuerpo de la anciana cuya débil sombra se agitaba contra la pared como un ave de corral desangrándose en el matadero.

Algunos instantes más tarde, Gary abandonó la habitación en donde se estrechaban las manos la muerte y la oscuridad para tener una conversación de viejos amigos. Cerró la puerta con cuidado y se preguntó en dónde se habrían metido los demás. Allá afuera, el rugir de los truenos era algo insoportable. Ya pasaría. Ahora tenía ganas de recostarse un rato junto a Naomi y echar una pequeña siesta. Si era posible, y si ella lo permitía, trataría de dormirse sobre sus cómodas y esbeltas piernas.

61  
Apartándolos

-¡Váyanse al sótano! -Ordenó Richard tratando de hincharse como un pez

globo para intimidar a los chicos son su tamaño. Estaba tan agotado y confuso que apenas tuvo fuerzas para levantar la voz.

-¿Qué pretendes? -Le preguntó Adam enfrentándose a él de igual a igual, como si de pronto hubiera crecido y ambos estuvieran del mismo tamaño.

-No quiero que les pase nada. -Masculló el hombretón. La voz que seguía llamando allá afuera todavía lo estremecía. Ahora había más figuras en el cielo y el caballo se había movido hacia el centro de todo lo visible mientras seguía exhalando humo por sus fosas nasales. Poco a poco aquél humo iba descendiendo hacia el suelo como una niebla espesa que amenazaba con cegar a todos los seres que se arrastraban en la tierra.

Levantándose del suelo y aparentando una falsa tranquilidad, Dennis se armó de valor para hacer notar su presencia-. El hombre tiene razón. Creo que deberíamos ir al sótano cuanto antes. Y me refiero a todos nosotros. No importa lo que haya afuera, no podremos hacer nada. -Pocas veces la marihuana lo inspiraba a manifestar frases sensatas como aquellas.

-No se puede saber. -Se defendió Richard-. Puede que no se pueda hacer nada. En ese caso dará lo mismo si me quedo acá o si voy al sótano. -Se acercó hacia la ventana y apoyó una mano en el vidrio-. O puede que ocurra alguna desgracia (lo que es más probable que pase). Entonces no tendré más remedio que hacer todo lo posible para que esa “desgracia” no llegue a ustedes.

-No es hora de hacerse el héroe. -Repuso Shannon.

-¡Maldición! -Gruñó Richard-. ¡Ven! -Dijo el trueno como si la voz proviniera del segundo piso de la casa-. No trato de hacerme el héroe. -Continuó el hombretón-. Esto no es ningún juego, chicos, esto es la maldita realidad. Por más increíble que parezca... -Señaló hacia las formas que avanzaban en la distancia-. ... esto es la maldita realidad. Si seguimos aquí con vida, ha sido un maldito milagro. No hay otra forma de explicar cómo hemos podido llegar hasta este punto con vida, no la hay. Y sería un desperdicio si todos nosotros morimos solo porque de repente nos entró la curiosidad.

Fue un golpe duro. Incluso para Shannon que ya tenía preparado más de un argumento para seguir en aquél lugar. Todavía tenía los argumentos pero simplemente no podía articular palabra alguna en contra de aquél hombre. Era un maldito desconocido y no dudaba para nada en sacrificarse. Shannon no

tenía idea de que el ser humano podía ser capaz de hacer tal cosa. Creía que eso sólo eran mitos y leyendas de algún cuento de abuelas.

-¡Váyanse de una vez!

-¡Ven! -Gritó el trueno sobreponiéndose a la voz de Richard.

Adam retrocedió unos centímetros hacia la puerta. Shannon seguía en su lugar y Dennis tenía medio cuerpo afuera de aquella habitación.

-¡Ven con nosotros! -Exclamó Adam tratando de imitar el tono de voz y la convicción que tuvo cuando convenció a Shannon de entrar en la casa. No se tenía fe. Con Richard era un caso distinto.

-Ustedes son mi equipo, chicos. -Repuso Richard-. Yo soy el entrenador. Estoy preparando la jugada. Confíen en mí, sé lo que hago y estoy seguro de que podremos salir de ésta. Ahora, ¡lárguense! Es una orden.

Cuando los tres llegaron a la puerta que daba al sótano, Shannon se detuvo un instante con la mano separada apenas unos centímetros de la manija. Su personalidad la estaba deteniendo, repeliendo de aquél refugio como si aquél espacio tuviera una polaridad magnética opuesta a la de ella. Shannon no podía entrar y refugiarse. Habían millones de chicas (tal vez ahora solo miles) que habrían entrado a patadas de ser necesario, pero Shannon estaba en otra liga.

-No estarán pensando en entrar, ¿o sí? –Dijo Shannon. Con deslizar la idea bastaba.

-Ven. -Exclamó la voz y la luz de los relámpagos (que cada vez caían más cerca de aquél lugar) iluminó el interior de la casa dibujando las siluetas temerosas de los chicos en el ala posterior de la casa.

-No lo sé, chica. -Suspiró Dennis. Claro que sabía el nombre de ella, lo tenía grabado como fuego en la mente, pero su angustia le impedía pronunciarlo-. Ya oíste al grandote. Tenemos que entrar. Dios, ¡no soporto esa voz! ¡Y qué mierda es ese otro ruido! -Un rumor intenso comenzaba a descender desde la negrura del cielo junto con la niebla que escupía el caballo como espuma.

-Estaba pensando en empujarlos apenas cruzaran la puerta, echar llave en la cerradura y regresar con Richard para ver qué podía hacer. –Confesó Adam. Aquella revelación trajo consigo sus consecuencias. *Excelente Adam. Tus buenas intenciones le han costado la vida a uno de los tuyos. Sigue adelante, hijo mío.* Adam trató de ignorar aquella voz sabiendo que era lo mismo tratar de ignorar el estallido de los truenos por doquier.

-Ay Adam, Adam, Adam. -Exclamó Shannon señalando al chico con su dedo a

poca distancia de su nariz. Sonreía con una mueca maliciosa. Ojalá su padre no se diera cuenta (aunque sabía que sí lo hacía), pero, Dios, cómo le encantaba la sonrisa de su chica de las trenzas. ¿Había dicho “su” chica? *Sí, Adam. Has dicho tú chica. Me pregunto si estando muerta la seguirás viendo hermosa* -. Eres un granuja, ¿lo sabías? No te estrangulo en estos momentos nada más porque tenemos otras cosas pendientes. Además prefiero estar bien despierta y con el estómago lleno antes de cometer un crimen. Creo que vi una soga en el cobertizo. Podría hacer una buena horca para colgarte de cualquiera de esos viejos árboles. ¿Podrás esperar hasta la mañana?”

-No hay problema. -Contestó Adam. La voz de su padre se encargó con éxito de evitar que hablara con una sonrisa en el rostro.

Dennis los miraba con temor por la voz del trueno y a la vez con celos. Ese juego de palabras no era una broma entre amigos. Entre ellos había algo más. O al menos todavía no lo había pero el romance estaba tan cerca como la niebla que ya se deslizaba por el campo frente a la casa. La decisión para él era simple: si entraba al refugio se podía ir olvidando de la chica de las trenzas y podía ir pensando en ir a flirtear con la anciana, que era la mujer que más le debía a él en esos instantes. Tendría que sobreponerse a todos sus temores. Todo por ella.

-Diles a los demás que sólo se trata de una tormenta. -Le ordenó Adam a Dennis mientras se iba alejando con Shannon-. Volveremos pronto. -De ninguna manera, pensó Dennis. *Donde va ella, voy yo.*

-Voy con ustedes. -Dijo Dennis adelantándose para demostrarles que estaba decidido a ir con ellos hacia el meollo del misterio.

-Como quieras. -Contestó Shannon. Le daba lo mismo que fuera con ellos-. ¿Qué es ese maldito zumbido? -Ahora se podía oír aquél murmullo tan claramente como el chirriar de la madera bajo sus pies.

-Suena como un *didgeridoo*. -Explicó Dennis. Había escuchado uno de ellos una vez que su banda dio un concierto en un club australiano en Milwaukee. Les tocó de teloneros una banda que decían pertenecer a un género llamado *Wind Fusion*. Tocaban todo tipo de instrumentos musicales de viento, incluido el famoso *didgeridoo* que sobresalía por encima de los demás con creces. Dennis recordaba haber quedado hipnotizado por aquél sonido tubular que

parecía provenir de otra dimensión o de los rincones más alejados del universo. Intentó tocar el instrumento, pero por más consejos que le dio el músico que lo tocaba (un aborigen australiano que decía pertenecer a la tribu de los Warnindhilyagwa) no hizo más que quedar exhausto con tanto aire desperdiciado. Era infinitas veces más difícil que pronunciar correctamente el nombre de la tribu del aborigen al primer intento-. El sonido del instrumento es insuperable. ¡Pero esto es espantoso! -Gritó queriendo llevarse las manos a los oídos para evitar volverse loco.

Las ventanas comenzaban a vibrar junto con el desafinado clamor de aquél instrumento que seguramente provenía de algún tipo de artefacto que manipulaban las espantosas siluetas que danzaban sin ritmo en la convulsión de nubes y grietas de electricidad. Y cuando de pronto el llamado del trueno y el odioso ululato de aquél desconocido instrumento cesaron de pronto, los tres chicos se dieron cuenta de que algo estaba por suceder inmediatamente y de que no debían seguir perdiendo el tiempo con preguntas sin sentido. Se precipitaron hacia el salón de la chimenea siendo perseguidos por sus sombras y un extraño presentimiento.

-¿Dónde habías estado? -Preguntó Naomi al ver la silueta de Gary que descendía por los escalones de la vieja escalera. Era ilógico el que las maderas no se quebraban bajo el peso de quien las pisaba. Los crujidos no soltaban sonidos con cada pisada, soltaban un escándalo crocante. Tal como caminar dentro de una tina llena de Fruit Loops.

-Todavía no hay ninguna novedad. -Le aseguró Gary con indiferencia, sin intenciones de pretender tranquilizarla con sus palabras-. Simplemente esperan allá afuera del mismo modo que nosotros esperamos acá adentro. Deberíamos estar afuera también en vez de arrebujarnos como sabandijas.

-Siéntate aquí. -Dijo Naomi haciendo caso omiso de sus palabras. Sólo quería alguien con quién apretujarse y sentirse segura. Cada uno tenía las manos



ocupadas con alguien más: Lawrence con su mujer y la otra mujer del pañuelo en la cabeza con la niña engreída. Naomi había tratado de abrazar al labrador pero éste se zafó de sus manos y se fue a otro rincón como si le desagradara la presencia de aquella rubia miedosa.

Gary se sentó a su costado mostrando una hilera de dientes perfectamente alineados y pulcramente limpios. Estaban rodeados por el marco de sus labios que esbozaban una mueca similar a la que tendría un individuo si le ejecutaran una punción epidural. El hombre del traje todavía no estaba listo para tener un acercamiento hacia una persona que le demostrara afecto. Naomi colocó su cabeza en el pecho del hombre, lo rodeó con el brazo e inmediatamente sintió que el escándalo alrededor iba perdiendo su intensidad. De pronto Gary sintió deseos de asesinarla tan solo porque lo hacía sentir incómodo. Sin embargo, al rodearla él también con su brazo, sintió una excitación carnal que le produjo una efervescencia en el núcleo de sus sensaciones.

Al acariciarle el hombro con su mano, Gary no tenía ni la menor idea de que Naomi se iba sintiendo más y más segura. Era como si Naomi fuera una muñeca rusa y cada caricia hacía que se fuera introduciendo en otra más grande y así infinitamente hasta casi rozar la sensación de invulnerabilidad. Gary no le dijo nada, sólo la siguió acariciando para provocar su propio placer. Tal vez después la convencería de dejarse acariciar otras partes de su cuerpo.

Escuchando la tormenta, Gary se acordó de una de sus tantas víctimas a las que asesinó. No recordaba qué número fue ella, tal vez la doceava o tal vez la veinteava. Qué importaba cuántas eran. Sospechaban fuertemente de él (aunque sólo había pruebas circunstanciales y datos vagos de testigos) en Illinois, en donde había vivido casi toda su vida. Por eso había fugado hacía algunos meses al este de Virginia, saltando de Charlottesville a Richmond y luego aterrizando en Norfolk.

Creía que la chica a la que había asesinado se llamaba Mary. Mary Jane o Mary Ann tal vez. Había muchas mujeres con ese nombre en Peoria, Illinois. Una mujer robusta, de rostro colorado, con unos cabellos largos que no mostraban nada más a la vista que un mal gusto por los colores de tinte. Convencerla de que era un agente de bienes raíces con una billetera abultada no le resultó nada difícil. La mujer sólo se resistió un poco cuando se

comenzaron a revolcar en la habitación de un motel (El legendario *Love Boat*) y de pronto ella sintió remordimientos de estar en semejantes posiciones mientras su esposo la esperaba en casa. Bastaron unos argumentos incisivos y algo más de pasión para que la mujer terminara por olvidarse de otra cosa que no fuera su amante... al menos hasta que éste la estranguló al terminar el encuentro amoroso. Lo último que pudo escuchar ella fueron los truenos y la lluvia copiosa que se cernía sobre aquél lugar. Unos pescadores encontraron sus restos río abajo luego de unas semanas, si es que se le podían llamar restos.

Naomi le bastaría como objeto de satisfacción durante un largo trecho. Hasta que se cansara de ella o hasta que encontrara alguna otra mujer en el camino. Tal vez la chica de trenzas. Ella no estaba nada mal. Pero de ninguna manera la mujer del pañuelo en la cabeza. Y si seguía cantando, tal vez la mataría antes del amanecer.

-¿Podrías hacer un poco de silencio? -Le reclamó Gary a Chelsea-. Si sigues cantando, no sabremos lo que pasa allá afuera. Silencio, maldición. -Naomi asintió en silencio mientras se apretujaba más al cuerpo del que creía ser su protegida.

Incluso con los truenos de por medio, Chelsea pudo escuchar claramente la solicitud de Gary. La pequeña ya se había tranquilizado y no veía por qué tenía que perder el tiempo respondiéndole a un adulto ignorante de la situación y callar el canto que había serenado a Kalia y, por qué no, a ella misma también.

Chelsea recordaba muy bien la letra de la canción. Su madre se la había cantado durante todas las semanas que estuvo con ella en el hospital de Red Oak. Chelsea se recuperaba de fracturas múltiples en la tibia, el peroné y el fémur de la pierna izquierda. Aquello sin contar un sinfín de moretones, rasguños y desgarros. Aquella mañana, Chelsea no encontraba sus zapatillas rojas con distintos pasadores. Esas zapatillas con las que había podido trepar el árbol más alto del condado de Red Oak. Le iba a demostrar a sus amigas que podía trepar como un gato cualquier cosa que le señalaran. Y fue así como una simple excursión escolar terminó en tragedia. Chelsea siempre fue la mujer araña. La reina de los ascensos... y también de las caídas. Y cuando en una clase descubrieron el mito sobre los Lemmings, Chelsea cambió de nombre sin necesidad de firmar ningún papel ni enredarse en basura

burocrática.

La canción de su madre le narraba historias de criaturas que habitaban en los bosques, de pequeños seres que danzaban y cantaban en las mañanas de primavera y en las noches de invierno. Hermosas damitas y valientes hombrecillos pequeños que se esforzaban cada uno de sus días inmortales en vigilar y en acudir con prisa hacia los pequeñines que necesitaban de su ayuda. Gracias a ellos, Chelsea no había quedado peor y también con su ayuda, lograría salir con prontitud de la vida de letargo de aquella cama de hospital. Claro que luego intentó buscar a los seres y criaturas que habitaban en el bosque. Sobre todo los buscó en la cima de los árboles.

Ahora era el turno de la pequeña Kalia de conocer a las criaturas que habían acompañado a Chelsea durante sus años mozos. Los años más felices y divertidos que podía recordar. La edad de los sueños, las fantasías y la búsqueda infatigable de aventuras y misterio. A Chelsea le entristecía que Kalia tuviera que lidiar con aquél escenario apocalíptico en sus años de niñez. Y ella tenía que seguir luchando con aquél “Ven” que la aterrorizaba y le hacía perder el ritmo del canto. Sus debilitados pulmones no podrían seguir compitiendo contra el vibrar de aquél sonido que parecía provenir de un cuerno sin fin. *Calma, pequeña. Sólo escucha mi canto. No existe nada más que mi voz y mi canto. Y mientras tus ojos tiemblan en la oscuridad del sueño, allí llegan en gran número las hadas y sus príncipes. Y te envuelven y te arrullan y te cantan al oído con alegría.*

-¡Silencio! -Exclamó Gary exasperado. No soportaba la voz de aquella mujer y no podía resistir ni un segundo más estar allí sentado cuando sus manos podían estar alrededor del cuello de la mujer. O sus pulgares ocupando el lugar de sus globos oculares. O quizás... Y de repente se hizo el silencio.

Ni un solo llamado más. La electricidad en el cielo se desvaneció tan repentinamente como si el dedo de Dios hubiera oprimido un interruptor. Silencio total. La voz del trueno, el ruido del cuerno existían ya solo como rezagos que vibraban en los oídos de aquellos refugiados. Silencio absoluto. Escuchaban sus respiraciones, el suave gemido de alguna brisa que se filtraba por alguna rendija.

Y tan repentinamente como sobrevino el silencio, una serie de correteos apresurados se desataron en la planta superior.

## La erupción de los decibeles

Shannon atravesó el umbral de la puerta como un agente del FBI en una redada anti narcóticos. La siguieron Adam y Dennis haciendo las veces de la estela de un cometa. Apenas podían seguirle el paso. Una vez adentro, Dennis cerró la puerta para tener todas las salidas vigiladas. Con el hombretón adentro y las grandes ventanas propiciando una excelente visión, sería difícil que algo o alguien los cogieran por sorpresa.

-¿Y dónde se metió el Sasquatch? -Preguntó Shannon en clara referencia a Richard.

La habitación estaba completamente vacía. En el ala norte, la chimenea seguía ardiendo con fuerza, como si hubieran echado más maderos y un toque extra de combustible para tener calor asegurado. Hacía un calor considerable. Y allá afuera, a través de las ventanas, no podían ver nada más que la negra silueta del Greyhound rodeada de una vaporosa y trémula capa de niebla.

-Y eso qué importa. -Refunfuñó Dennis acercándose con temor hacia la ventana en donde aguardaban los otros chicos. Se colocó en medio de ellos. Mientras antes empezara a separar a la chica de aquél granuja, mejor-. ¿Qué pasa allá afuera?

-Hey. Veo una luz allá. -Señaló Adam con el dedo a la parte trasera del Greyhound-. ¿Crees que...?

-¡Hijo de perra! -Exclamó Shannon-. ¡Es Richard! ¡Se quiere largar!

De repente un estruendo reverberó en ambiente con tal violencia que la casa entera se sacudió desde sus cimientos. Mientras los chicos caían al suelo como marionetas a las que se les ha cortado las cuerdas, una nube de polvo y astillas caía del techo. Se formó una nube de partículas que descendió con suavidad y hasta con burla, como tratando de imitar el polvillo que caía sobre el castillo de Disney al inicio de sus películas.

-Ven. -Exclamó la voz atronadora. Una sola vez bastó para provocar el mismo impacto de un pequeño sismo o de la caída de un asteroide mediano. No había comparación alguna con el poder demoledor de aquella voz. Tal vez toda la potencia combinada de todos los parlantes que se emplearon en todos los conciertos que AC/DC hizo desde que Bon Scott era un desconocido hasta la actualidad. Era la voz de un volcán en erupción y lo peor de todo es que no había terminado. Todavía el eco de la voz seguía rebotando una y miles de veces contra todas las superficies habidas y por haber como réplicas después de un terremoto.

Parte de las maderas que antes descansaban tranquilamente en la hoguera se habían dispersado en el suelo. Pequeños carbones negros, algunos incandescentes y otros encendidos y con las llamas lamiendo el suelo. Mientras tanto, los tres chicos se revolcaban en el suelo como si estuvieran encendidos a lo bonzo, tratando de apagar el fuego que ardía dentro de sus cabezas.

Era la segunda vez que Gary sentía un dolor tan intenso que lo obligó a retorcerse en el suelo. No sucedía desde que una de sus víctimas lo había mordido en la ingle cuando éste trató de sodomizarla. A esa mujer no la encontraron jamás y dada la forma como Gary la escondió, ni siquiera los gusanos la encontrarían para devorar su carne.

Más allá, el perro se sacudía patas arriba y aullaba de manera incontrolable. Quería que le salieran manos para poder arrancarse aquellas orejas cuya sensibilidad era miles de veces más poderosa que la de las otras figuras que convulsionaban junto a él. El can se ensimismó con un trapo mohoso y húmedo y lo mordisqueó con rabia para tratar de distraer el dolor que le recorría el cuerpo.

-Eeeeeoooooooo. -Escuchó Adam y Dennis que alguien gritaba. Se sobresaltaron. ¡Todavía podían escuchar! Sin embargo Adam aún no tenía idea de lo que sucedía a su alrededor pues además de sordo, estaba ciego. La nube de polvo que había caído del techo se había infiltrado en sus ojos y una picazón terrible lo obligaba a mover sus manos de sus oídos a sus ojos. Ambas molestias estaban en un combate encarnizado tratando de ser las preferidas del sistema nervioso.

-Fueeeegoooooooo. -Escuchó Dennis luego de algunos segundos de confusión. Si bien la molestia era considerable, miles de horas de conciertos con parlantes del tamaño de camiones lo habían sensibilizado a los ruidos potentes. Ahora comprendía. Era Shannon la que gritaba desde el suelo señalando a la chimenea. Ella trataba de pararse pero estaba tan débil como un potrillo que acababa de salir del vientre de una yegua tras doce largos meses de gestación.

Unas sombras que se movían y que se suponía que no debían de estar allí, hicieron que Dennis se diera vuelta. Había fuego sobre la madera. Dennis siempre creyó que moriría de sobredosis de alcohol y no calcinado. Se arrastró como pudo para cumplir la promesa que hizo sobre la tumba del gran Bonzo cuando una vez fue de gira a Inglaterra. *Bonzo, hermano, ídolo. Eres pura inspiración para mí, hermano. Juro que trataré de ser como tú hasta en la forma de morir si es posible. Salud.*

Bastó un poco de jugo de papaya enlatado para sofocar las llamas a las que les estaba empezando a gustar el sabor del suelo. Dennis se quedó tendido, mirando hacia el techo. Los estragos de la ebriedad más pura. Los síntomas exactos, salvo que ahora habría que agregarle un poco de sordera y una necesidad incontrolable de orinar.

-¡Todos ustedes son unos maricas! -Gritó Dennis con toda la fuerza que le permitían sus pulmones. Se puso a toser luego de aquél grito, en parte por tener la garganta reseca y también por el polvillo se había tragado hace unos momentos. Pero, diablos, pudo escuchar su voz con mayor claridad de la que pensaba.

-¡jódete! -Gritó Adam cuando su cerebro procesó la información que a duras penas recibía de su sistema auditivo. ¡No estaba sordo! Era como escuchar el ambiente estando debajo de una almohada, pero, con un demonio, todavía

podía seguir escuchando.

Shannon descansaba boca arriba con las rodillas flexionadas, riendo de nerviosismo y alegría contenida al escuchar las voces que creyó no podría escuchar nunca más. Algunas lágrimas se deslizaban por los costados de su cara mientras ella arrugaba el rostro presa de un incomprensible júbilo mezclado con dolor. Aquellas sensaciones desconocidas la desconcertaban. Aún seguía oyendo un silbido incesante, vago y omnipresente pero ya podía oír mejor. Incluso creyó percibir un ruido ajeno a las voces de los chicos que la acompañaban. ¡Claro! Se alegró más de lo que ya estaba. Cómo no reconocer el crujido de las maderas ardiendo.

Tras unos segundos más de convalecencia, Adam se puso de pie antes que los otros dos, seguro de su mejoría. El silbido en sus oídos se había reducido un poco y en su lugar, empezaba un latido y agujijoneo en toda su frente. Al menos ya conocía ese tipo de dolor y sabía que no tardaría en mitigarse. Observó a los chicos y al verlos reaccionar con lentitud, supo que pronto, todos ellos estarían mejor. ¿Cómo estarían los de abajo? Y ¿qué hacía Richard allá afuera? *Y eso sólo es la voz del telonero. Espera que llegue la banda principal*, dijo la voz del padre de Adam.

-¿Están bien todos? -Preguntó Dennis desde el suelo girando la cabeza y enfocando los ojos únicamente en Shannon. Por él, el otro chico podría irse al diablo.

Shannon giró la cabeza hacia él, cerró los ojos y le envió una sonrisa nerviosa que le atravesó las entrañas haciéndolo sentir tan nervioso como la primera vez que una de sus baquetas salió volando en pleno solo de batería. Al diablo con la sordera, allí venía su inyección de analgésicos directamente al corazón. Adam, recostado contra la pared, sintió también que le inyectaban una dosis altamente concentrada de celos. La voz de su padre estaba allí para una ración extra. *Vaya, vaya. Mira lo que tenemos aquí. Veo que tenemos competencia, eh.*

No podía quedarse atrás-. Te ayudo a levantarte. -Dijo Adam acercándose donde la chica y tendiéndole la mano. Quería sentir la suavidad de su mano para que hiciera las veces de descarga eléctrica y lo librara de una vez de sus dolencias.

-Todavía no, chico. Dame un respiro. -Dijo ella casi jadeando. Allí estaba su pedido de una descarga eléctrica. Directo al corazón y con el amperaje necesario para freírle los demás órganos vitales. Dennis esbozaba una sonrisa desde su lado. No esperaba cantar victoria tan rápido.

Tras el rechazo, Adam se retiró hacia la ventana como un soldado herido en batalla por su propio compañero. Vendría bien que aquella voz cayera nuevamente del cielo para hacerle olvidar aquél mal rato. Sin embargo, otro tipo de distracción lo abstraería de sus pensamientos destructivos.

-Con un demonio. -Exclamó Adam-. ¡Es Richard! Está dentro del bus y me hace señas.

-Maldito bastardo. -Gimió Shannon-. Dile que si piensa escapar, que lo haga de prisa antes de que lo atrapemos.

Adam se estremeció al ver a Richard presa de los nervios. Incluso a través de la fina niebla. Movía las manos para llamar su atención y luego se ponía un dedo en la boca. Silencio, le decía. Que se calle. Sus movimientos eran más frenéticos. Pero, ¿por qué debía callarse? Hacía más señas. Su dedo índice se desvió hacia la izquierda. Eso era hacia la derecha de Adam. ¿Qué era ese sonido que se acercaba en esa dirección? ¿Eran los estragos de aquella voz que aún rechinaban en su mente? No. Richard también oía algo allí mientras asomaba apenas su cabeza y sus manos por la ventana del Greyhound. El hombretón podía ver algo a través del parabrisas que Adam y los demás todavía no podían percibir.

-¿Qué pasa? -Preguntó Shannon al ver a Adam tieso como un palo. El chico la miró con sus enormes ojos marrones y se fue agachando lentamente hasta quedar tendido en el suelo. ¿Acaso aquella figura habría notado su presencia? ¿Lo habría visto? No sabía cómo ordenar sus ideas para convertirlas en una plegaria. ¿Dios lo escucharía? ¿A pesar de ser un escéptico los últimos años de su vida? Los católicos decían que Él siempre escuchaba. *Pierdes el tiempo Adam, todo esto es obra de Dios.*

-Hay un caballo negro allá afuera. -Dijo Adam mirándola con aprensión. Y como para reafirmar las palabras del chico, un relincho espantoso se levantó en el exterior sacudiendo de golpe la apenas restablecida tranquilidad de los supervivientes. La noche de los caballos estrenaba su tercera función



consecutiva.

65

## Presencias

-¿Estás loca? -Le regañó Adam a Shannon quien quería arrastrarse hacia la ventana para ver al animal-. Si no nos ve, tal vez se vaya. -Sostenerla era como tratar de mantener quieto a un caballo salvaje antes de mandarlo al rodeo. Dennis se había acercado a ellos con el sigilo de una serpiente.

-¡Déjame! -Le gritó Shannon como si el chico tratara de violarla. Dennis le puso la mano en la boca y si aquella escena hubiera sucedido una semana antes, en las solitarias calles de Norfolk, tal vez aquellos muchachos hubieran tenido un largo tiempo para conocerse en la cárcel. Ahora sí, literalmente, ambos estaban luchando por ella.

Un mordisco bastó para liberarse. Dennis se agarró la mano mientras veía cómo las marcas de los dientes de Shannon iban formándose en su piel-. Quiero ver al maldito animal. -Y lo decía con la misma vehemencia con la que una madre exigiría ver a su hijo moribundo si es que alguna enfermera se lo impedía.

-Al diablo con el maldito animal. -Exclamó Adam mirándola con los ojos encendidos. Si así iba a ser un futuro imaginario en el que ambos compartían sus vidas, mejor se lo pensaba una vez más-. Escucha Shannon. Mírame un momento, maldición. -Le puso una mano en la mejilla para girarla con toda la

suavidad que pudo para disipar la violencia que dominaba a la chica-. Shannon. No estamos en el zoológico y tú no eres una niña que le está pidiendo a su padre que la cargue para ver un animal. -Ella respiraba con fuerza pero tras pocos segundos comenzó a ceder. Adam no sabía si era porque se daba por vencida o si trataba de juntar fuerza para una nueva arremetida. Ojalá fuera lo primero. Otro relincho los alertó.

-Y ahora, ¿qué hacemos? -Preguntó Dennis todavía sobándose la mano del mordisco. Una hilera de pequeñas marcas le adornaba la mano. Era el mejor tatuaje que le habían hecho en su vida.

-Salgamos de este maldito cuarto. -Sugirió Adam. ¿Ya sería prudente soltarle los brazos a Shannon? Había dejado de luchar y sería mejor guardar energías para una emergencia. La soltó esperando que ella saltara a la ventana de un brinco.

-¡Idiota! -Exclamó Shannon pegándole una cachetada a Adam. Al mismo tiempo, el caballo relincho de nuevo en el exterior. Hasta el más ligero de sus resoplidos resultaba siniestro. Aún no los había detectado. Adam se llevó la mano a la mejilla sintiendo que ésta iba a explotar, pero feliz de haber vencido a la poderosa curiosidad de la chica de trenzas.

-Mejor eso que muerto. -Añadió Adam tratando de cuidar sus palabras. Con la débil luminosidad que se esparcía en el cuarto, el iracundo rostro de Shannon no le daba buena espina para ningún comentario.

-Salgamos de aquí. -Dijo Dennis sintiendo que su corazón ejecutaba un solo de batería fiel a su estilo alocado-. ¡Jesucristo! -Exclamó de pronto, presa del pánico, sin tener ninguna idea de quién era el hombre del que había pronunciado su nombre. Shannon y Adam se volvieron a la vez mirando aterrorizados cómo la ventana estallaba en pedazos como si un ejército invisible los atacara en una emboscada.

Se cubrieron el rostro por puro instinto, esperando una lluvia de cristales y madera astillada, pero lo único que recibieron fue el golpe de una poderosa y gélida ráfaga de viento. *Ese debe ser el aliento del caballo*, pensó Dennis. Deseaba haber muerto de sobredosis antes de tener que enfrentarse a tanto horror junto.

La hoguera se sacudió y las maderas ardiendo se encendieron aún más gracias

a todo el oxígeno que entraba a raudales por la ventana quebrada. Los chicos se arrastraron por el suelo hacia un costado, buscando la pared donde se hallaba la puerta de salida, allá justo en el espacio entre la hoguera y la ventana donde aguardaba el caballo listo para una nueva arremetida.

Se arrastraban hacia la salida como estando en medio de fuego cruzado. Adam miraba hacia la ventana esperando que apareciera la cabeza del animal en cualquier instante. Un largo y prominente hocico que probablemente estaría plagado de llamas al igual que sus ojos. Y de pronto toda la habitación se llenaría del vapor asfixiante que emanaría por sus orificios nasales.

Pero no había ninguna sombra en las cercanías. Y la ventana se había resquebrajado hacia donde no debía hacerlo. Las maderas, que se torcían como gimiendo ayuda, se inclinaban hacia no debían inclinarse. ¡No los habían atacado desde afuera! Adam se percató de aquello cuando ya llegaban a la puerta. Algo había salido desde el interior de aquella habitación.

-¡Mierda! -Exclamó Dennis presa del pánico-. ¡No abre! -Gimió mientras sacudía la manija de la puerta con tanta violencia como la que había mostrado en una pelea a puño limpio contra su primer mánager.

Adam estaba en otro mundo, preguntándose a mil por hora qué diablos había salido volando por aquella ventana con la fuerza de un cañón. Shannon lo empujaba ya que le interrumpía el paso para salir de aquel maldito cuarto. Estando afuera ya se las arreglaría para ver al animal de alguna forma. En ese preciso instante, un madero salió despedido de la hoguera contra el techo de la habitación y luego estalló en miles de pequeños pedazos que se esparcieron en todas las direcciones como las chispas de los fuegos artificiales tras explotar.

-¡Al suelo! -Gritó Adam, pero ya era demasiado tarde. Un pedazo de madera le golpeó el costado de la cabeza a Dennis. Fue como recibir un botellazo de cerveza tras una actuación miserable. Decenas de pedazos más pequeños cayeron sobre su cuerpo ya anestesiado por el primer golpe. Dennis se desplomó hacia un costado, todavía consciente, pero encogido y temeroso, esperando que cientos de restos más le golpearan en todo el cuerpo como puñetazos de fans desilusionados.

Mientras una estela de escombros se precipitaba sobre el cuerpo de Adam como granizo en una noche invernal, de pronto se dio cuenta de lo equivocado

que estaba al preocuparse por el caballo y todos los pensamientos sobrecogedores que se desataban en torno a él. Lo supo al ver los maderos ardientes levantarse y rodar sobre el suelo con la lentitud arrasadora de la lava en las faldas de una montaña. Shannon se había tratado de proteger colocándose atrás de él. Ya ni siquiera sabían si podían protegerse de alguna manera posible. Si era verdad que la puerta estaba atrancada, tal vez aquellos serían los últimos instantes de sus cortas existencias.

Entonces Adam se pegó de espaldas a la pared sintiendo que su vejiga se aflojaba; luchando por evitar mojarse frente a tan hermosa dama que tenía precisamente a su costado. Ella lo comprendería, supuso, a ella tal vez le sucedería lo mismo, y a quién no. *Era un mecanismo de defensa. ¡Mentira! ¿Cómo se puede defender alguien soltando su propia orina? No somos malditas mofetas.*

Con un nuevo relincho del caballo, Adam supo que no podría seguir aguantando mucho más. Quería cerrar los ojos y entregarse sin más a los acontecimientos que vendrían como un vendaval. ¿Qué más podía hacer? El caballo emitió una serie agitada de relinchos y bufidos. Estaba excitado. Por supuesto. De pronto a Adam el animal le pareció una criatura apacible en la que incluso le podría haber dado ganas de subir a dar una vuelta. El animal no era ninguna amenaza. Era el jinete en quien tuvo que pensar desde un primer instante. Ahora, ya muy tarde, veía como una mano delgada, casi huesuda, y demasiado larga, brotaba de la hoguera como un demonio emergiendo desde las espantosas y escarpadas simas del infierno.

Jamás creyó que su cuerpo lo expusiera a semejante vergüenza. Si fuera niño tal vez podría haber sido visto como algo comprensible, pero para alguien que saboreaba a plenitud un cuarto de siglo, aquella escena era algo impensable. Adam tenía los pantalones mojados en la entrepierna. Una mancha oscura se había impregnado en su pantalón negro, apenas visible, pero presente en toda su humedad. Agradecía haber salido a orinar algunos momentos antes, pero no era hora de pensar en nada más que en la forma de salir de aquella maldita habitación. Ni siquiera había que pensarlo, pues su cuerpo reaccionó más rápido que su mente y el chico se vio de pronto manipulando la manija, tratando de salir de allí como un poseso.

Era la primera vez que Shannon se quedaba sin habla. Y por más que quiso pronunciar una sola sílaba, un desahogo para su recargado sistema nervioso, no pudo sino sentir con impotencia como su mente tomaba el control de su cuerpo. Era imposible controlarse a sí misma. Reptó hacia la puerta viendo cómo su cuerpo actuaba por ella como estando en piloto automático. El vidrio donde decía “Romper en caso de emergencia” que se ubicaba estratégicamente en su cerebro se había quebrado en miles de pedazos y algo había tomado control de su voluntad obligándola a actuar para sobrevivir. Ya estando junto a la puerta, a un costado de un desesperado Adam que embestía la madera con locura, se dio cuenta de que había dejado un delgado y resplandeciente rastro de algo que temblaba en el suelo y subía por sus apretados pantalones. Jamás se dio cuenta en qué momento se había mojado a sí misma y al suelo con su propia orina.

Aún con la cabeza latiéndole sin clemencia, Dennis se arrastró hacia el costado de Adam mientras observaba con el rabillo del ojo cómo éste luchaba por atravesar la puerta atrancada. No era un dolor insoportable, era una molestia considerable pero podía soportarla y hacer acopio de valor para ponerse de pie y derribar la puerta de una maldita vez. Algo tenía que estar sucediendo ya que de otra forma, el chico no estaría tan desesperado por salir de aquel cuarto. ¿Un incendio? Todavía no sentía el calor excesivo ni la sensación de ahogamiento por las nubes de CO<sub>2</sub>. No se había vuelto hacia la

ventana ni hacia la hoguera desde que el madero se le quebró en la cabeza y no sabía si quería voltear para comprobar qué había a sus espaldas. Miró a Shannon arrastrándose fuera de sí. Vio el rastro de orina que había dejado sobre el suelo. ¿Qué demonios había a sus espaldas? No quería averiguarlo. Se puso de pie tan rápido como pudo, casi cayendo a un lado a causa de un súbito mareo, pero finalmente logró equilibrarse y ponerse a un costado de Adam, a quien el brazo se le iba adormeciendo más y más con cada embestida.

Cuando la cabeza de aquél que salía de la hoguera finalmente emergió, Shannon ya no tenía más líquido que expulsar. Las válvulas en su descontrolado cerebro se activaron para encender otro sistema que había estado inactivo hasta el momento: su garganta y cuerdas vocales. Su grito se escuchó hasta el refugio donde los demás se acomodaban entre jadeos y el silencio, esperando ser atacados por sus propias sombras y la oscuridad que los rodeaba.

-¡Apártense de la puerta! -Gritó alguien del otro lado. Adam reconoció inmediatamente la voz y al mirar a Dennis, supo que él también se había dado cuenta de quién era. Richard. El ariete humano. Una sola de sus embestidas bastaría para traerse abajo la puerta, tal vez con todo y marco si era posible.

Dennis se lanzó hacia el lado derecho, pegándose de espaldas a la pared, listo para impulsarse y echar a correr apenas se viera libre de obstáculos. Aunque su cuerpo no tenía las mismas ideas, ahora que había visto aquél brazo largo que se extendía como un tentáculo recto y huesudo. No podía ser real lo que estaba viendo. Tenían que haberlo drogado mientras dormía o tal vez aquél sonido del trueno tenía los mismos efectos alucinógenos que el LSD. Eso era. No estaba viendo nada en realidad. Estaba alucinando como en los viejos tiempos. Y por más que en otros tiempos le gustara la caleidoscópica variedad de criaturas que se formaban en su mente al consumir miles de sustancias, ahora ya no quería que su realidad se viera alterada ni un segundo más.

Sin duda la chica estaba en shock. Así lo dedujo Adam a pesar de lo alterado que estaban sus pensamientos. La tomó por las axilas y la levantó en peso tratando de emular a los campeones de halterofilia. Entonces la puerta se desprendió de sus bisagras. Los tornillos que la mantenían sujeta se precipitaron hacia el suelo ejecutando giros hacia adelante y hacia atrás, tirabuzones y otras piruetas propias de los clavadistas. La puerta, por otro

lado, salió despedida hacia el frente estrellándose en plena cabeza del hombre que emergía con paciencia de la hoguera.

-¿Pero qué mierda? -Exclamó Richard al ver la criatura frente a sí. De pronto, y como nunca en su vida, se sintió empequeñecido al punto de sentirse un niño mirando a un ogro desperezarse. No podría contra él de ninguna manera. Tenían que escapar de allí.

Adam cubría a Shannon con su cuerpo. Con la caída habían terminado en una posición incómoda con una pierna de la chica doblada y la otra estirada sobre la orina que había secretado no hace mucho. De pronto, Adam sintió que algo lo tomaba del brazo como las tenazas de un cangrejo y lo jalaban hacia atrás con tal fuerza y rapidez que cuando quiso tomar a Shannon de su ropa, ya estaba demasiado lejos para hacerlo-. ¡Vámonos, chico! -Exclamó Richard, llevándose a Adam por la puerta y ordenándole a Dennis que lo siguiera.

Todavía creía que era una alucinación. Dennis estaba seguro de eso. Había experimentado esa sensación casi una docena de veces pero era la primera vez que se sentía lo suficientemente lúcido como para poder dominar las demás funciones de su cuerpo. El hombretón se había llevado a Adam como a un muñeco de trapo y lo arrastraba por el pasillo. Fuera o no una alucinación, había que sacar a la chica de trenzas de aquella habitación. Los maderos ardían en el suelo y las llamas amenazaban con extenderse con prontitud por todo el lugar. Más aún con las silbantes y elocuentes ráfagas de viento helado que entraban a raudales por la ventana quebrada.

Dennis se precipitó hacia la chica, metió sus manos debajo de sus axilas y la abrazó para levantarla como pudiera. Era demasiado pesada. Pero no podía dejarla allí sola y gemir como una niña pidiendo auxilio. Era la hora de demostrar que era todo un hombre que podía defender lo que más quería. Según sus alucinaciones, la criatura había apartado la puerta a un lado de un manotazo y la había hecho trizas. Luchaba contra el peso de Shannon y contra los espantosos síntomas de ver su realidad alterada. *Vamos, mi niña, ayúdame que no puedo solo.* Creyó que sólo pensaba esas palabras cuando en realidad las susurraba al oído de ella. *Salgamos de esta maldita alucinación de una vez por todas.*

-¡Suéltame! -Exigió Adam con sendas patadas al aire-. ¡Shannon está todavía en la habitación con esa cosa! -Se estremeció al decir “la cosa”. Su peor

recuerdo estaba asociado a esa palabra y ese recuerdo lo seguía acosando ahora más que nunca.

-Voy por ella. -Le espetó Richard, soltándolo en el aire al chico-. ¡Ve abajo y trae la maldita pistola! ¡De prisa! -Ordenó mientras corría rumbo a la habitación.

No había por qué discutir. Adam emprendió la carrera hacia el sótano, perseguido por una multitud de pensamientos malignos y desesperanzadores. Sentía que al regresar, ya no volvería a ver a aquella chica por la que su corazón se retorció de felicidad. Se apresuró más aún a descender los escalones oscuros.

Al entrar a la habitación, Richard se enfrentó a las piernas del hombre que emergían por fin de la hoguera. Tuvo que sostenerse del marco donde había estado la puerta para no caer. No se había sentido tan débil e indefenso desde que amenazaron con disparar a su ex esposa si es que él no les entregaba un maletín con dinero que había retirado del banco para el pago de innumerables deudas.

Tenía la forma de un hombre, de eso no había dudas. Las extremidades flácidas, pálidas y enfermizas. Cada uno de sus huesos se dibujaba con total claridad a través de su deteriorada piel desnuda. Era la realización en carne y hueso de los animales que desfilaban en la pintura “La tentación de San Antonio” de Dalí. La piel en su rostro se estiraba al punto de parecer agujerearse en las zonas más estiradas. No había ojos en sus cavidades oculares, tan solo una hambrienta y ominosa oscuridad los observaba con intenciones inimaginables. Parecía una araña, apoyado sobre sus cuatro extremidades y con los omóplatos sobresaliendo de su espalda como aletas de un tiburón antediluviano. Era demasiado largo y totalmente irreal. *Tiene que ser por lo menos un metro más largo que Robert Pershing*, pensó Richard. Fácilmente el doble de su propia estatura.

-¿Esto es real o es pura fantasía? -Preguntó Dennis recordando de pronto las primeras líneas de *Bohemian Rhapsody*. La criatura se encargó de responderle aventándolo de un manotazo contra la pared y haciendo que Shannon se le deslizara de sus brazos y rodara por el suelo hasta quedar entre el hombre delgado y la ventana. El caballo relinchaba de excitación maligna.



Más de veinte años de enseñarles a sus alumnos cómo lanzarse contra el oponente y ahí estaba Richard, como un novato debutando en un juego de las grandes ligas. *A la mierda con el miedo*. La frase que gritaban en los camerinos cada noche antes de salir a la cancha. El hombre se aventó contra la criatura y le rodeó el cuello con sus poderosos antebrazos. Un par de segundos habrían bastado para dejar inconsciente a un hombre, pero ese hombre no era como ningún otro.

En el suelo, Dennis jadeaba sintiendo como si le hubieran cortado el oxígeno por falta de pago. Shannon había reaccionado repentinamente de su shock y retrocedía hacia la ventana en medio de un griterío sin tregua. Estaba por su cuenta. Y al ver a Richard siendo sacudido como un jinete a hombros de un toro de rodeo, deseó haberse quedado encerrada en su casa no importa si siendo sodomizada por los deseos psicópatas de su padre.

Los disparos llegaron segundos más tarde, mientras Richard era aventado a través de la ventana como un objeto cualquiera. Shannon se cubrió el rostro mientras una nube de pequeñas astillas y cristales se le impregnaban en el cabello. Siguió oyendo un estallido tras otro sintiendo que había un olor distinto en el aire que respiraba. ¿Qué era ese aroma? Esperanza, tal vez.

La primera bala rebotó en la superficie huesuda de aquel hombre. Y la segunda, y la tercera y todas las balas que salieron de la pistola hasta que el cargador estuvo completamente vacío. Y la criatura se sacudió con violencia en la misma forma que un felino se sacude al salir del agua. Era inmune a las balas.

Al ver que la criatura se había vuelto hacia Adam. Shannon levantó la cabeza y se percató de que el agujero en la ventana era lo suficientemente grande como para saltar ella y varias personas más-. ¡Dennis! -Exclamó ella al ver que el chico se arrastraba como podía hacia su lugar. Le extendió la mano pero el chico apenas podía levantarla-. ¡Venga, con un demonio! -Le reprochó ella al ver que no hacía ningún esfuerzo por estirarse. Aquello bastó para que las manos de ambos se cerraran bajo la presión de unos dedos entrelazados. La salvación estaba a sólo un salto. Pero con un nuevo relincho del caballo, esa corta distancia, pareció alargarse infinitamente.

Adam lo había observado todo. Estaban a salvo. De una u otra forma, las balas habían cumplido con su cometido. Retrocedía al mismo tiempo que la criatura

se le acercaba, pero no se percató de la lata de durazno en conserva que descansaba justo atrás de él. Sintió su contacto y su equilibrio se desmoronó como una torre de cartas frente al aleteo de una bandada de albatros. Cayó hacia atrás, golpeándose la espalda contra una caja de cereales vacía. La lata salió impulsada hacia adelante y rodó (con inusitada gracia) directo hacia la mano del hombre. Ahora éste podría comérselo con una ración inesperada de postre. Bastaba mirar alrededor para tener una idea de la variedad de combinaciones que podía haber en el menú. Claro, el plato principal siempre sería Adam; sólo había que pensar muy bien al combinar los acompañamientos.

Estando ya solo en aquella habitación, Adam se enfrentó al rostro cadavérico y famélico de quien no tardaría en asesinarlo. Ni siquiera recordaba cuáles habían sido las últimas palabras que le había dicho a Shannon. Qué más daba, no tendría oportunidad ni siquiera de pedir clemencia. Era hora de encontrarse con su madre. *Aguanta, Adam, aguanta*. Esas eran algunas palabras que había escupido su madre antes de morir-. Venga ya, demonio. -Exclamó Adam-. Acaba esto de una vez.

Richard estaba escondido a un costado cuando ellos salieron por la ventana-. ¡Carajo! -Gritó Shannon presa del pánico-. ¡Silencio! -Le recriminó Richard mientras arrastraba a Dennis y a ella hacia un costado de la casa. Un lugar sombrío en el que, si se tendían al suelo, podrían ver al Greyhound y al caballo que aguardaba tranquilamente a su jinete.

-Adam sigue adentro. -Gimió Shannon desesperada-. Haz algo, por favor. -Sus sentimientos eran sinceros y demasiado intensos. Richard sintió que hasta podía palparlos y puede que más adelante, si seguía insistiendo, lo podrían abofetear con tranquilidad.

-Lo sé, hija. -¿Cómo podía decirle que había que esperar?- Aguarda unos segundos. Puede que las balas hayan matado a esa cosa. Ten fe. Vamos a salir de esta. Sanos y salvos todos. Aguarda, por favor. -Mientras, seguía pensando en su angustia. *No puedo ganarle en fuerza. Si las balas no lo han matado, ¿qué más podemos hacer? Tan solo correr.*

Silencio total. De vez en cuando un resoplido por parte del caballo, pero ninguno de ellos percibía sonido alguno en la habitación. Algo parecía arrastrarse, pero el sonido era demasiado débil como para poder descifrar qué era. No había gritos, ni ruidos de una lucha encarnizada; nada de pasos, ni gimoteos, nada de nada. Los tres aguardaban afuera aguantando sus respiraciones al mínimo.

Entonces escucharon el sonido de las latas y vasijas de comida que habían quedado esparcidas en la habitación tras todo aquél escándalo. Se quebraron

algunos vidrios y se oyó el ruido de latas rodando por el suelo. Luego pasos. Pesados y de movimientos torpes. Un brazo salió por la ventana como una guadaña bajo la indefensa luz de las estrellas. Y la criatura se encaminó hacia el Greyhound con movimientos arácnidos, arrastrándose como si estuviera al borde de la muerte.

Trepó por la puerta del bus. Era demasiado delgada y se precipitó hacia el interior con suma facilidad. Como un insecto moviéndose por intrincados recovecos de la modernidad que había creado el hombre. Silencio de nuevo. Luego movimientos toscos y perezosos que hicieron balancear al bus de un lado al otro. El caballo negro se movió junto a la puerta y aguardó pacientemente a su jinete. En ese instante se dieron cuenta de que el animal era más grande de lo que eran los caballos normalmente. Su nuca estaba casi a la altura del techo del Greyhound. Aquellas bestias estaban hechas tal para cual.

Shannon se estremeció al ver emerger aquél brazo huesudo por la ventana. El hombre se deslizó por aquella abertura con abominables movimientos. Sea lo que hubiera hecho, ahora parecía estar satisfecho. Los tres miraban con aprensión toda la escena que parecía haber sido extraída de alguna película de John Carpenter. La criatura se quedó un rato en el suelo, respirando con lentitud y luego trepó al caballo con una agilidad antinatural. Antes que ninguno de ellos pudiera pensar en algo, el caballo dio un relincho y se precipitó hacia la negrura de la noche que lo recibía con los brazos abiertos entre aullidos del viento y el silencio que descendía del vacío espacial.

## Confesión de un muchacho traumatizado

-¡Adam! ¡Adam! -Exclamó Shannon mientras trepaba por los restos puntiagudos de la ventana que había perdido completamente su forma. La habitación estaba completamente vacía. Sin rastro alguno del chico, ni de la gran cantidad de comida que habían dejado en el suelo. Habían comido como prisioneros recién liberados de un campo de concentración y planeaban hacer lo mismo cuando amaneciera. Los planes habían cambiado radicalmente.

Richard la ayudó a subir a ella y a Dennis con rapidez. No se sabía si la

criatura tenía planes de regresar. Tal vez los buscaba allá afuera todavía. Otro tipo de criaturas podría estar aguardando en la oscuridad. Y tal vez alguna otra podría estar esperando su turno para emerger nuevamente por la hoguera; y, ahora que no había ya comida, solo quedaban ellos como refrigerio.

Los maderos estaban esparcidos por el suelo. La mayoría de ellos se habían consumido al alejarse de su cobijo y solo desprendían un penetrante aroma a ceniza que se mezclaba con el viento que se había apoderado de la habitación. Otros maderos aún ardían perezosamente y, aunque no representaban ya amenaza ninguna de incendio, sí amenazaban todavía con dejarlos a oscuras y desprovistos de calor e iluminación.

Mientras Shannon caía al suelo con las manos en el rostro, completamente abatida y al borde del colapso, Dennis de pronto empezaba a sentir algo parecido. Miró a Richard y éste le devolvió una mirada sin esperanza. No se imaginaban qué es lo que la criatura le había hecho a Adam. No había ni una mancha de sangre, ni restos de ropa, ni huellas en el suelo de arañazos o forcejeo. El chico se había desvanecido como si se lo hubieran tragado entero junto con la comida. Y cuando Dennis escuchó el jadeo del llanto de Shannon, empezó a echarlo de menos.

-Silencio. -Ordenó Richard en voz baja. Se oyó un crujido en el pasillo que se extendía al otro lado del marco sin puerta. Dennis quedó de piedra y Shannon se levantó de un brinco y echó a correr exclamando el nombre de Adam.

-¡Espera! -Le gritó Richard tratando de detenerla. Su reacción fue demasiado lenta y sus dedos apenas le rozaron el brazo a la chica que se precipitaba hacia la puerta como una multitud en pánico por un terremoto. *Es la criatura de nuevo, pensó Dennis. Nos ha engañado completamente y regresa para llevarnos uno a uno. Para devorarnos y asimilar nuestras vidas en su enfermizo y abominable cuerpo. Jesucristo, no, por favor. Al menos quítame la consciencia cuando me devore.*

Shannon casi resbala con un charco de humedad que brillaba débilmente frente al marco vacío de la puerta. Una mezcla de los restos de orina y jugos de fruta de las más distintas variedades tropicales. Sin duda algo que podría ser recomendado por “expertos” excéntricos como fórmula para mantener la piel sana y resplandeciente con ingredientes naturales. Lo necesitarían sobre todo ahora que iban a envejecer con rapidez al ser perseguidos diariamente por la

angustia y la ansiedad. Dentro de algunos días, tal vez ni ellos mismos podrían reconocerse.

Jamás llegó a cruzar el umbral de la puerta. Una figura alta y parcialmente oscurecida por las sombras de la habitación se le aferró a los brazos. Shannon lanzó un chillido haciendo que los refugiados en el sótano saltaran de estremecimiento. No estaban acostumbrados a semejante nivel de tortura psicológica y sus organismos se debilitaban con rapidez debido al terror.

-¡Es Adam! -Exclamó la chica sosteniendo al muchacho que apenas se podía mantener en pie-. Dios santo. ¡Estás vivo, estás vivo! ¡Maldito granuja! -Lo abrazó mientras sus palabras emergían de su garganta con ligeros temblores y pequeñas y ligeras lágrimas saltaban de sus ojos-. ¡¿Por qué me asustas así?! - Adam quedó de rodillas frente a ella con su rostro acurrucado en el cálido ombligo de la chica. Faltaba el anillo de compromiso; los testigos de tan memorable escena romántica ya estaban presentes.

-¿Estas bien, muchacho? -Preguntó Richard acercándosele sigilosamente y arrodillándose junto a él. Dennis se acercó por pura curiosidad, más pendiente de los ruidos que brotaban del exterior que de otra cosa. Repartía la prioridad de sus sentidos entre el exterior y la hoguera a oscuras que aún guardaba las marcas y grietas que hizo la criatura al emerger de aquél lugar.

-Bien, bien... -Aseveró Adam con voz trémula. Sus respiraciones eran largas y profundas y a pesar de la poca iluminación, se podía notar una exacerbada lividez en su rostro. Richard le echó una rápida mirada y no pudo percibir ninguna mancha de sangre, ni alguna herida visible. No había rasguños en su ropa, ni moretones, ni arañazos. El maldito chico había tenido suerte. Ni siquiera parecía haberse despeinado-. ...estoy bien. No me hizo nada.

-¿Qué pasó? -Inquirió Richard sumamente confundido. Estaba seguro que la criatura apareció en aquél lugar para arrasar con todo lo que respiraba-. ¿Cómo que se fue sin hacerte nada?

-Solo se fue sin hacerme nada. -Explicó Adam mientras Shannon lo acomodaba junto a la pared y se sentaba a su costado como un minino junto a su amo. Afuera se escuchó el ruido de unos cristales romperse y Adam se aferró a la pierna de Shannon, estrujándosela con temor. Shannon sintió dolor, pero no abrió la boca para quejarse. Ni siquiera hizo gesto alguno de

incomodidad, tan solo se le pegó más al chico y le acarició la mano para tranquilizarlo-. ¿Qué fue eso?! -Exclamó presa del pánico.

-Ha sido un pedazo de la ventana que ha caído. -Dijo Dennis mientras miraba al exterior y contenía la respiración. Esperaba escuchar un relincho en cualquier momento, una voz, un trueno, algo. Sabía que sea lo que fuera que estuviera sucediendo, no los iban a dejar en paz ni un solo momento. Si no los mataban físicamente, lo terminarían haciendo con sus voluntades de vivir. Luego de algunos segundos de silencio, los tranquilizó-. Ya pasó. No hay moros en la costa o como solíamos decir a la salida de los conciertos: no hay groupies al acecho.

-¿Qué pasó? -Preguntó Richard con la curiosidad haciéndole acupuntura como nunca en su vida-. ¿Te habló como el de los ojos negros? ¿Le diste una patada o algo? ¿La dejaste ciega con las balas? ¿Qué diablos pasó? -Shannon miraba a Adam como si estuviera observando a alguien que hubiera salido caminando tras el incendio del Hindenburg.

-¿Ya no está? ¿A dónde se fue? -Preguntó Adam, inseguro de las palabras de Dennis.

-Se fue montado en el caballo quien sabe a dónde. -Le aseguró Dennis cruzando los brazos y tratando de mantenerse lo más quieto posible para tranquilizar al chico. Según él, Adam parecía una de esas chicas que iban al concierto llevadas a la fuerza por otras chicas bandidas y que al final terminaban en el *backstage* y no sabían qué hacer con tal espectáculo de drogas y sexo.

-¿Pero qué pasó? -Insistió Shannon, esta vez no con curiosidad egoísta en su tono de voz, sino con la modulación que empleaban los psicólogos y psiquiatras para hacer que sus pacientes confíen en ellos y escupan todos los traumas que se habían aferrado en sus recuerdos como almejas.

Allí estaba de nuevo, rodeado de un grupo de personas tratando de traer al presente los recuerdos de un trauma que no quería recordar de ninguna manera. Adam se preguntó cuántas cosas más le tenían que suceder para que ya no pudiera más con su cordura. Un derrame cerebral le parecía la opción más cercana a su caso. Tal vez la opción más misericordiosa.

-Se fue... solo se fue. Así sin más.



-¿Cómo que se fue? -Preguntó Dennis convencido de que Adam deliraba.

-Es lo que pasó... Tras los disparos, yo me tropecé y caí de espaldas en ese lugar junto a la hoguera. -Hizo una seña con la mano-. Ahí todavía se puede ver la marca de mis manos. Las puse para amortiguar la caída pero el golpe fue peor. -Se miró las manos y éstas estaban rojas y unas rayas de un color rosado se cruzaban por sus palmas como las líneas de Nazca-. Ya no me duele y en ese momento ni lo sentí. Lo único que hice fue retroceder lo más que pude, pero no logré avanzar ni dos pasos. La pared me golpeó por atrás y entonces perdí la esperanza... y por poco también pierdo la chaveta. Tenía a esa cosa frente a mí con su brazo bloqueando la puerta, la ventana y toda salida posible. Traté de buscar un pedazo de vidrio en el suelo para abrirme la yugular, pero no encontré más que un trozo de carbón que se deshizo en mis manos. -Todos lo miraban con ansiedad, como si la criatura todavía siguiera presente en la habitación junto a ellos.

-Se me fue acercando poco a poco. Le dije que acabara conmigo de una vez. La insulté y no sé qué otras cosas más le dije. Ya no me importaba. -Agachó la cabeza para ocultar el miedo de su rostro. Por algún resquicio de la ventana se filtraba el viento con un silbido espeluznante. Era como estar viajando en un barco sobre las desoladas y asesinas aguas de la Antártida.

-Entonces ese hombre abrió su boca y comenzó a devorarse todo lo que había en el suelo. Las latas, las cajas, las bolsas, incluso las migajas. No tenía lengua pero creo que también trataba de lamer toda el agua que se había derramado en la madera... incluso... -Miró a Shannon y luego desvió la mirada hacia su pantalón. Todavía lo sentía húmedo. Ciertas cosas había que callarlas-. ...todo lo que había. Yo me quedé ahí mirando, esperando que me llegara la hora. Su boca se agrandó como la de una serpiente. Me podría haber comido de un solo bocado si hubiera querido. -Estaba seguro de que incluso podría haberse tragado a Van Damme ejecutando una extensión total de piernas.

-Pero se fue. Terminó con todo lo que había acá, se dio la vuelta y salió por la ventana. Pensé que iba a por ustedes. -Dennis se sintió extraño cuando el chico levantó la cabeza para mirarlo. Si supiera lo que él intentaba hacer con Shannon tal vez no se habría preocupado de la misma forma-. Entonces salí corriendo por la puerta y me golpeé con algo. Lo sé. Fue algo idiota. Estaba

oscuro, no podía ver nada. Ni siquiera recordaba dónde había pared y dónde había espacio vacío. Yo... solo corría.

-¿Entonces ese hombre solo quería comer? -Balbuceó Dennis con la mirada paseándose por las marcas que había en el suelo. Huellas que no tenían explicación y arañazos que ridiculizaban a un felino.

-Supongo. -Masculló Adam.

-Y por eso también se trepó al Greyhound. -Añadió Richard llevando su mano a su barbilla y mirando hacia el solitario bus-. Para comer todo lo que no habíamos podido traer acá.

Aún seguía silbando el viento cuando el graznido de un ave desconocida los estremeció repentinamente. Había solo dos maderos ardiendo en el suelo, aunque no por mucho tiempo más. Las ráfagas invisibles de aire helado iban consumiendo con rapidez la única luz que había en kilómetros a la redonda. La noche, sin embargo, no era de total oscuridad en el exterior. La luna y las estrellas de pronto se sentían nuevamente orgullosas (tras largas décadas de espera) de ser las únicas fuentes de luz en aquél hemisferio del planeta.

Habían logrado sobrevivir una noche más. El tercer caballo había dejado sus marcas en la tierra; y el jinete, en los recuerdos de los que lo vieron. Pero estaban vivos y sin más daño que algunos golpes y otras heridas que cicatrizarían al amanecer. ¿Qué era eso en comparación a la muerte? ¿Qué sabían ellos de la muerte? Tal vez no mucho, pero cada día aprendían más.

-No sé ustedes, pero yo me congelé. -Exhaló Shannon mientras se ponía de pie y trataba de ocultar la mancha en sus pantalones. La oscuridad jugaba a su favor. Más allá, las débiles llamas de los últimos maderos le daban su apoyo al extinguirse en el más profundo de los silencios-. ¿Nos vamos abajo o esperamos que venga el siguiente jinete a ver qué hay en el menú? -Se dirigió hacia la abertura sin puerta con las manos extendidas y de pronto sintió que alguien la agarraba en silencio de la parte trasera de su sudadera. Una sonrisa inquieta y juguetona apareció en los labios de la chica de trenzas, aunque nadie pudo observarla en aquél lugar plagado de sombras. Se alegró del contacto de Adam aunque siguió su camino de largo sin decir más. Consideró que ya se había expresado lo suficiente hace no mucho. Lo suficiente como para unos largos años de hibernación sentimental. Caminaron en fila los dos

como adolescentes en una casa del terror.

-¿Pasa algo? -Preguntó Dennis al ver que Richard seguía pensativo. Era solo una sombra inmensa plantada en medio de la habitación como el *David* de Miguel Ángel en la Galería de la Academia de Florencia. Esperaba que fuera Richard quien le hiciera esa pregunta a él.

-No... -Suspiró Richard volviendo en sí-. No es nada... al menos por ahora. Solo pensaba... bueno, ya lo veremos por la mañana. Entremos antes que se nos congelen los huesos.

-Como digas, hombretón.

Y la habitación quedó nuevamente vacía. Sin embargo, estaba plagada de huellas y memorias que perdurarían en aquél lugar año tras año. Quién sabía si algún día alguien se tomaría la molestia de reparar los daños.

Pequeñas volutas de humo emergían de los maderos ya extintos, apenas iluminados por restos de calor que brillaban en su interior. El fuego trataba de sobrevivir, respirando como un pez fuera del agua, haciendo intentos en vano por recuperar su poderío y alargar su existencia. Pero el viento, por medio de un silbido agudo y estremecedor, se encargaba de arrullarlo y conducirlo al vacío de la inexistencia. El calor iba menguando, agonizando en los brazos de la congelación y la penumbra. Y ellos se quedarían dando vueltas alrededor de la casa, vigilando el sueño y la vigilia de aquél grupo de supervivientes, procurando atormentarlos con sobresaltos y pesadillas para dejarlos a merced de alguien más que aguardaba con paciencia infinita y apetito inagotable: la muerte.

69  
Dennis

Ya no se podían confiar del silencio, pero de todas formas, el sueño resultó ser un rival imposible de vencer. Entre gemidos, resoplidos y ronquidos

(muchos de los cuales podrían haberse confundido con los gruñidos de ciertos animales que habitaban en los zoológicos cercanos), los supervivientes se habían entregado a la inconsciencia, cada uno de ellos entrando y saliendo de distintos mundos oníricos.

A pesar de estar solo sobre duras y frías tablas de madera, de estar cubiertos con mantas sucias que olían a humedad, de haber sido atormentados casi hasta la locura por sucesos que no deberían de haber ocurrido, todos ellos habían dormido tan profundamente como en su más tierna infancia, cuando descansaban a pierna suelta durmiendo entre mantas y pañales.

Incluso la exigencia de Naomi de lujos y comodidades se había rendido y la chica descansaba más cómoda que nunca sobre el pecho de Gary. Tan cómoda que ni siquiera había notado el botón de la camisa que se hundió sobre su sien dejándole una marca. Plácida y relajada mientras que, con la boca entreabierta, había babeado sobre la camisa del tipo formando una laguna de humedad.

Dennis despertó primero. Nunca llegó a dormirse del todo, estuvo como flotando entre el sueño y la realidad y al abrir los ojos se sintió extremadamente cansado, como si lo hubieran apaleado la noche anterior. La realidad no había sido diferente, puede que algo peor.

Al mirar alrededor y percibir los rayos de luz que se filtraban por la puerta, allá arriba de las escaleras, la realidad lo sacudió de golpe. Los recuerdos de las últimas horas regresaron a su mente y se transformaron en un escalofrío que le recorrió las piernas y los brazos. Se apretujó más contra la manta que lo cubría con timidez. La mayor parte de la tela se había deslizado fuera de su cuerpo. La jaló tan rápido como se dio cuenta de que estaba desprotegido. Se había dormido junto a la mujer del pañuelo y en algún momento de la noche, el labrador se había acomodado junto a él a compartir el sueño.

A pesar de estar cansado y de ver que todos dormían con placidez, Dennis no sentía ganas de entregarse nuevamente al sueño. Ya había sido suficiente con estar desmayado buen tiempo. Desde su lugar, y apenas moviendo la cabeza, paseó su mirada por todo el lugar, temeroso de encontrar un charco de sangre, un cadáver colgando de alguna viga, una mano huesuda emergiendo de algún rincón sombrío, cualquier cosa. Pura imaginación. Lo menos apropiado para ese momento si quería tranquilizarse.

Todavía podía escuchar algo de viento. A pesar de estar muy lejos de la habitación de la hoguera, bajo tierra, bajo mantas y bajo cierta tensión, el silbido del viento llamó su atención como el canto mañanero de un gallo. Sintió deseos de tener más ropa encima que solo un polo, una casaca y una manta que olía a humedad. Y mientras se envolvía más y se acomodaba para tratar de incursionar nuevamente en el descanso, Dennis hizo un descubrimiento que le estremeció el cuerpo de pies a cabeza: la anciana no estaba en ningún lugar junto a ellos.

Se puso de pie tan rápido como pudo hacerlo sin perturbar la tranquilidad de los que dormían junto a él. ¿Debería de alertarlos? ¿Debería despertar a alguien y pedir compañía para explorar la casa? De ninguna manera. Había sido su culpa. Él había dejado a la anciana en aquella habitación estrecha. Pensó en el frío, en la oscuridad, en las cosas que pudieron haber aparecido durante la noche. ¿Cómo podía haberse olvidado de ella? ¿Y si le había pasado algo? ¿Y si...? Al diablo.

Caminó de puntillas hacia las escaleras y comenzó a trepar por los escalones tratando de pegarse a la pared, allí donde la madera crujía menos. Mirando siempre abajo para ver si sus pasos despertaban a alguien. Moviéndose con sigilo, casi como un ladrón en la noche, llegó hasta la puerta. Destabó el pestillo aguantando la respiración, como si de esa forma el metal hiciera menos ruido. No hubo ruido de todas formas. No sucedió lo mismo con la puerta, que se abrió con un largo y agonizante gemido. Ni siquiera las groupies más forajidas lanzaban esos gemidos cuando se iban con la banda en el auto caravana. Al traspasar el umbral, decidió que sería mejor cerrar la puerta con violencia y detenerse justo antes de cerrarla por completo. Se felicitó a sí mismo por el silencio que logró con ese método.

Algunas aves cantaban en el exterior pero sus graznidos se perdieron en el silencio a los pocos segundos. Como si presintieran la llegada de un depredador. Dennis se quedó en silencio de pie unos segundos. ¿Habría alguien más en la casa aparte de todos ellos? *Mierda. Demasiados pensamientos.* Decidió lanzarse de una maldita vez. No podía hacer esperar al público sino los silbidos empezarán pronto.

No cayó inmediatamente al suelo cuando entró al cuarto donde estaba la anciana. Se quedó petrificado algunos segundos, con las manos temblándole

con violencia, sintiendo que las venas se le hinchaban y se deformaban bajo su piel. Luego retrocedió con movimientos descoordinados, deshaciéndose como un muñeco que se desinfla, hasta quedar estampado contra la pared, aun moviéndose, queriendo retroceder más y más.

Cuando corrió por el pasillo en dirección a la puerta de entrada, su estómago estaba dándole las últimas instrucciones a los jugos gástricos para su pronto ascenso por las paredes del esófago. Y al salir y toparse, metros más allá, con el cadáver del cuervo siendo devorado por unas aves de plumaje escarlata, Dennis se preparó para el ataque ácido que estaba por emerger de su interior.

El vómito se hizo presente con alucinaciones, imágenes de una mujer completamente morada, arrugada y con la cabeza vuelta hacia atrás. Una anciana envuelta en una multitud de ropas, con las manos crispadas y una expresión que seguramente se confundiría con facilidad con las espantosas facciones de las momias de Guanajuato. Una víctima más de Apocalipsis desatado en la Tierra antes de tiempo. *¿Por qué, por qué?*, se preguntó la boca plagada de sabores asquerosos que le inducían más y más a seguir vomitando. Ya no podía más. Ya no tenía más que botar. Se arrastró hacia un costado, escupiendo los restos que le quedaban en la boca, limpiándose con la manga la humedad de sus labios. Y cuando sintió que las fuerzas lo abandonaban, se tiró al suelo bajo aquél cielo claro y despejado y cerró sus ojos deseando que todo aquello no fuera nada más que una odiosa pesadilla.

## Algo que ella no suele hacer

Adam abrió los ojos justo en el momento en el que las piernas de Dennis desaparecían en los últimos escalones. Se preguntó cómo había caído tan fácilmente en el sueño. No podía recordar cómo se había dormido. Qué más daba, nadie podía hacerlo. Sólo le tranquilizaba ver la luz emerger a través de las grietas de la puerta. Era de mañana y ya no se sentía cansado. Estaban todos allí, vivos todavía. Sintió más tranquilidad todavía al ver que todos dormían con placidez.

Con cuidado se deshizo de la manta que lo cubría. Era extraño, pero no sentía ningún tipo de dolor en el cuerpo. La noche anterior recordaba haber sentido un dolor punzante en la espalda a la hora de dormir, pero ahora el dolor había desaparecido por completo. Se puso de pie con cuidado, tratando de no pisar a los demás ahora que recién había despertado y su sentido del equilibrio recién empezaba a despegar las pestañas.

El aire en el sótano estaba enrarecido. Flotaba un vapor vago, caliente, nada bueno para los pulmones del chico. Tal vez por eso habría salido Dennis. Un poco de aire del exterior sería lo mejor en esos momentos para despejarse por



completo y estar listo para un nuevo día en el mundo.

¿Qué harían ahora que había amanecido?, se preguntó mientras subía las escaleras con el sigilo de un gato. Un sinfín de preguntas lo emboscó como una horda de enemigos al héroe de una película de kung fu. En el primer piso ya pudo sentir el aire del exterior. Frío y penetrante. Lo hizo estremecerse, pero era todo lo que necesitaba en esos momentos.

No escuchó ruidos dentro de la casa. Sólo encontró una puerta medio abierta mientras caminaba por el pasillo. La cerró y siguió caminando en dirección a la habitación por donde había emergido la criatura la noche anterior. Un aire con olor a ceniza lo recibió antes que los recuerdos que lo esperaban como un enjambre de abejas africanas.

Había un poco de humo todavía emergiendo de algunos maderos ya casi totalmente consumidos. Algunos maderos brillaban como si estuvieran húmedos y otros eran sólo ceniza acumulada en montoncitos. No había ni rastro de todas las cosas que comieron la tarde anterior. Le habían hecho una limpieza profunda a la habitación. El hombre largo sólo se olvidó de esparcir fragancia de pino en el ambiente y de entregar la factura con sus honorarios.

Adam no pudo evitar dirigir su mirada hacia la ventana quebrada. El agujero se veía enorme ahora de día. No había sido sólo la ventana, casi toda la maldita pared ahora era sólo un agujero que conducía hacia la tranquilidad de la naturaleza. Y allí estaba Dennis, echado boca arriba junto al Greyhound con una mano sobre los ojos, tal vez para protegerse de la luz. Si seguían escondiéndose día y noche en sótanos y agujeros, tal vez terminarían por convertirse en vampiros.

Dennis apenas giró la cabeza al escuchar los pasos de alguien que se acercaba a su costado. Entreabrió los ojos y distinguió la silueta de Adam. Aún sentía un movimiento en su estómago y un hormigueo en su garganta, pero nada de ello se comparaba con la culpabilidad que sentía al haber dejado a la vieja en aquella habitación, sola y a merced de la muerte nocturna.

-Veo que no estás acostumbrado a comer muchas galletas. -Dijo Adam al ver los charcos de vómito cerca al bus. Tuvo que apartar la mirada inmediatamente al sentir un temblor en su estómago.

-Al diablo. -Contestó Dennis con una voz que parecía provenir de una habitación lejana. Adam se compadeció del chico.

-No se ve nada en los alrededores. -Alrededor todo estaba tan quieto como una pintura al óleo-. Todo está silencioso y tranquilo como si nada hubiera pasado. Bien podríamos estar en una excursión y no notaríamos la diferencia, ¿no crees?

-Claro, chico. -Gruño Dennis con tono cortante. No quería que le hablaran y esperaba que Adam se diera cuenta de eso al percibir su tono de voz.

-¿Todo bien?

-Seguro. -*Sólo una vieja muerta, una sensación de acidez en toda mi maldita garganta y los recuerdos de esa maldita cosa que nos atacó anoche. Después de eso todo perfectamente*-. Oh... por cierto... ¿no tendrás algo de hierba?

-Pero si estas rodeado de ella. -Le contestó Adam en tono jovial.

-Maldito bastardo. -Le contestó Dennis sin poder contener una risa nerviosa.

Ambos se estuvieron riendo durante breve momento. Riendo de cualquier cosa. ¿Qué más podían hacer en ese momento? Estaban plácidamente recostados sobre el pasto, respirando y disfrutando de una casi plenitud física. Era como haber despertado de un largo coma. Un milagro.

-La vieja ha muerto. -Dijo Dennis de pronto sin saber por qué lo había hecho, aunque en el fondo tenía sus motivos. Solo él sabía que la vieja había muerto. Mejor compartir la información antes que ésta terminara ahogándolo.

-Pero... ¿cómo? -Preguntó Adam tras algunos segundos de duda.

-No tengo idea... algo la mató. Solo eso puedo asegurarte. -Ahora estaba completamente libre de culpa. Alguien la había asesinado. Y cuando la vieran con la cabeza vuelta hacia atrás no podrían decir que no. Dennis sintió que el remordimiento se le escurría por su mente como un cubo de hielo en las manos del demonio. Se trataba de convencer a sí mismo que él no había hecho nada más que seguir las órdenes del hombretón. Con un demonio, había hecho todo lo posible para dejarla en el lugar más escondido que pudo encontrar. Hizo todo lo que pudo. No era su culpa. Tal vez su muerte era lo mejor para todos. La vieja era sólo un estorbo. No podía caminar, ni arrastrarse, maldita sea, ni siquiera podía moverse. Y tal vez había perdido la razón. Aún recordaba las

palabras que le había dicho cuando la dejó en aquél cuarto oscuro. *Peligroso. Mi hijo es peligroso.* Loca sin duda alguna. Era mejor para ella haber muerto. Se había ahorrado un largo sufrimiento. De todas formas, ya estaba en edad de morir.

-¿Dónde...?

-¿Todo bien, chicos? -Preguntó Richard interrumpiendo a Adam y haciendo que los dos se sobresaltaran del susto.

-Diablos, hombre. Al menos avisa que estás cerca. -Le regañó Dennis. Todavía ninguno se había enterado de la muerte de la vieja.

-Están mejor de lo que esperaba.

-Eso mismo digo. -Agregó Adam mientras se ponía de pie y se alejaba hacia el frente del Greyhound. De pronto no se sentía cómodo estando junto a ellos.

-¡Buenos días! -Exclamó Lawrence emergiendo por la puerta de la casa con Grace abrazada junto a él.

-Buenos días. -Dijo ella con timidez. Richard apenas la había escuchado hablar en un par de ocasiones. Tenía una voz tierna. En el fondo debía de ser una buena mujer.

-Buenos días. -Contestó Richard con una sonrisa contagiosa-. Vengan. Les recomiendo que se acerquen. Sin querer... ¿cómo era que te llamabas?

-Dennis.

-Claro. Sin querer, a Dennis se le ha ocurrido la mejor forma para nosotros de no pensar en el desayuno (ahora que no tenemos nada qué comer). No sean tímidos. Acérquense y échense una mirada al suelo.

-Cielo santo. -Exclamó Grace volviendo su rostro hacia un costado.

-¿Cómo que no tenemos nada de comer? -Preguntó Lawrence.

-Es una larga historia... -Contestó Richard sin apetito-. Esperemos que vengan los demás.

Shannon miraba hacia el exterior desde otra habitación. La arquitectura era similar a la de la habitación con la chimenea, salvo que en ésta no había lugar

dónde prender el fuego. Sin embargo, ella no estaba interesada en la arquitectura, ni en el frío, ni en el hambre que se comenzaba a quejar con mayor rebeldía en su estómago. Ella solo tenía ojos para un chico que se había alejado de los demás, un chico de mirada perdida que se había escondido y recostado en la parte frontal del Greyhound. Se preguntó qué le estaría pasando. Y tampoco podía entender qué le estaba pasando a ella.

Nunca se había sumergido en aquél terreno pantanoso y desconocido de sus sentimientos. Había tenido cientos de amigos y conocidos, había estrechado fuertes lazos de amistad con varias personas, se había besado y acostado solo con un muchacho que llegó del extranjero (un activista de Green Peace). Solo uno en toda su vida, lo cual le parecía extraño a ella misma dada su vida agitada y revuelta. Pero ni siquiera con el mejor de sus amigos o con aquél portugués de Green Peace había sentido lo que estaba sintiendo al ver a Adam en la soledad del campo.

Ella se acercó un poco más a la ventana, oculta de la vista de los demás. Si permanecía quieta, nadie se daría cuenta de que estaba allí. Acechaba. Se preguntaba. Trató de notar alguna diferencia en los latidos de su corazón. ¿Estaba más acelerado? ¿Sentía que le faltaba el aire? No podía notar la diferencia todavía, pero algo le decía que todo su organismo actuaba de modo distinto.

Adam miró hacia la casa, justo donde estaba Shannon oculta. Shannon se quedó de piedra. La sangre comenzó a fluir con intensidad por todos los canales de su cuerpo, con avidez, con ansiedad, con locura. El chico volvió la cabeza nuevamente hacia el suelo. No la había visto. Ella seguía con los vellos erizados y la respiración en *stand by*.

Mientras se le aclaraba la mente, ella se dio cuenta de que le pasaba algo distinto con aquél chico. Adam. Mencionar su nombre en su mente la hacía divagar e imaginarse cosas totalmente opuestas a su espíritu libre y rebelde. ¿Qué había pasado con ella en estos días? ¿Qué había sido tan fuerte como para atarla a ese chico de una manera nunca antes experimentada? No se le había pasado por su mente una vida contraria a la independencia, a la autonomía, a la libertad total. Y ahora aparecía él. Y seguía pensando en él. *¿Y qué mierda hago yo pensando en toda esta basura? ¿Y qué se yo de amor o algo que se le parezca? Ni siquiera sé de qué se trata eso, ni cómo se siente,*

*ni nada parecido. Es el síndrome de posesión Shannon, el síndrome de posesión. Después de un largo tiempo de abstinencia, otra vez he caído. Mierda. ¿No debería estar haciendo otra cosa en vez de estar aquí acechando a ese chico? Y sin embargo, seguía ahí.*

-¿Qué haces ahí? -Preguntó una vocecilla atrás de Shannon haciendo que su alma saliera disparada hacia el techo y tardara un buen rato en regresar.

El labrador estaba junto a la niña, era todo un perro fiel y se mantenía quieto y con ojo avizor mientras lanzaba jadeos a través de su boca entreabierta.

-Niña del demonio. -Susurró Shannon tratando de contener algunas palabras agresivas que hacían cola en su garganta para salir-. ¿Cómo se te ocurre asustarme de esa manera?

Kalia agachó la cabeza como una niña que se siente culpable. Encogió los hombros y torció levemente sus pies y sus brazos como queriendo protegerse-. Es que nadie me hace caso. -Dijo por fin.

-¿Y para qué quieres que te hagan caso? -Respondió Shannon. Había recuperado aquél tono fiero que caracterizaba su humor agresivo-. ¿Qué diablos quieres?

-Tengo hambre. -Dijo la niña. Si seguía agachando su cabeza, probablemente se clavaría su barbilla en el pecho-. Ya se han comido todo lo que había en el otro cuarto.

-No se la han comido. La comida ha desaparecido. Así que aguántate el hambre como puedas, ¿de acuerdo? -Shannon creía haber hablado exactamente como su padre cuando solía torturarla. Sabía exactamente cómo se sentía ella cuando lo escuchaba a él hablar de aquella manera. Miró a la niña y se vio a sí misma hace algunos años. La niña no deseada. La niña que tenía que valerse por sí misma para sobrevivir. Ya era muy tarde, las palabras ya habían salido de su boca y Kalia se había dado la vuelta y salía por la puerta.

-Espera. -Dijo Shannon mientras se ponía de pie con rapidez. Lo que ella hubiera hecho si fuera aquella niña habría sido correr a toda prisa y eso era exactamente lo que Kalia tenía pensado hacer.

-Espera un momento Kalia. -La sujetó de su ropa cuando la niña empezaba a dar sus primeras zancadas.

-¡Suéltame! -Gritó la niña con lágrimas en los ojos. Sacudía los brazos para librarse de las manos de Shannon. Era pequeña pero tenía una fuerza tremenda. Shannon tuvo la impresión de que luchaba con ella misma.

-Lo siento, pequeña. No fue mi intención hablarte de esa manera. -Le suplicó Shannon abrazándola mientras la pequeña seguía forcejeando para liberarse de la chica de trenzas largas. Shannon aún no comprendía por qué de pronto esas palabras estaban saliendo de su boca. Ella no se disculpaba, simplemente abandonaba a la persona a la que había ofendido y esperaba que el tiempo hiciera su parte y las cosas pasaran al olvido.

-Quiero a mi mamá. -Gimió Kalia envuelta en una vorágine de lágrimas y sollozos. Había dejado de luchar y sus brazos se alargaron para envolver la espalda de Shannon y abrazarla con fuerza. Creía que mientras más fuerte la abrazaba, más posibilidades tendría de que todo lo que quería, se hiciera realidad-. ¿Dónde está mi mamá?

Desconcertada y perdida en el llanto y los jadeos de Kalia, Shannon trataba de ser creativa en algo que no había intentado antes con ninguna de las personas a las que conocía. Confortar no era lo suyo pero estaba segura de poder hacerlo. Ella creía ser capaz de hacer cualquier cosa siempre que llegara el momento de hacerlas.

-Tú mamá está bien, Kalia. -Le susurró Shannon al oído de la niña.

-¿Cómo sabes? -Balbuceó la niña. El hombro de Shannon se había humedecido y las lágrimas ya habían atravesado dos de las tres prendas que llevaba encima-. ¿Cómo sabes que mi mamá está bien?

-¿Tu mamá es una mujer linda, de pelo largo y que suele sonreírle a los demás?

-Sí. -Hipó Kalia dejando de llorar para prestarle atención-. ¿Cómo la conoces?

-Es amiga de mi mamá. -Le indicó Shannon. Aprovechó que Kalia se tranquilizó para apartarla de sí y cogerla de las manos para mirarla a los ojos. Había visto que así solían hablarles a las niñas para tranquilizarlas. Era hora de poner en práctica ciertas cosas que solo eran vagas teorías-. Se conocen desde hace varios años y son muy buenas amigas las dos. Yo no veo a mi mamá hace mucho tiempo porque ya no vivimos en la misma casa, pero sí

hablamos de vez en cuando y ella solía contarme sobre tu mamá y sobre lo rápido que estabas creciendo tú. Y también sobre todas las travesuras que hacías en casa, pequeña musaraña.

-Mi mamá tenía varias amigas. -El rostro húmedo de Kalia brillaba ahora de la curiosidad.

-Pues una de ellas era mi mamá. Ambas eran muy buenas amigas... allí donde trabajaban juntas.

-¿En la tienda de ropa?

-Allí mismo.

-¿Y dónde están ahora? Quiero ir a donde está mi mami.

-Yo también quisiera estar cerca de mi mamá pero no podemos por ahora. Dime Kalia, ¿has oído de los tornados, los terremotos o los huracanes?

-Mi tío Ben me ha contado mucho de los tornados. Él vive en Nebraska. Dice que allí hay muchos tornados casi todos los días.

-Exacto, pequeña. Mira, esto que está pasando ahora es algo parecido a un tornado solo que un poco peor. Estas cosas pasan de improviso, de la nada, y todos los que logran ponerse a salvo se tienen que agrupar y encontrar un lugar para resguardarse hasta que pase todo.

-Mi tío dice que cuando hay tornados se esconden en un agujero.

-Así es pequeña. Tal como nosotros nos hemos escondido en esta casa, este es nuestro agujero. Y este agujero nos ha protegido de los truenos y el viento que sacudió la casa anoche. ¿Te asustaste?

-Mucho. -La pequeña miró alrededor con los ojos muy abiertos como si los truenos siguieran escuchándose.

-Pero estamos a salvo y juntos. Y lo mismo pasa con tu mamá. Ella está a salvo junto a mi mamá, en algún lugar que no conocemos, protegiéndose y hablando sobre nosotras tal vez. Eso es lo que pasa cuando hay un tornado o algo como lo que está pasando ahora: las personas tienen que juntarse allí donde les agarre. Por eso ves que ninguno de nosotros nos conocíamos, porque esto nos agarró desprevenidos y tuvimos que juntarnos con los que encontrábamos en el camino. Mi mamá y tu mamá, como trabajan en el mismo

lugar, se han juntado seguramente con otras personas que estaban cerca de ellas y ahora deben de estar en algún lugar, refugiadas al igual que nosotras.

-¿En un refugio?

-En un refugio o en un agujero como el nuestro. Las dos juntas al igual que nosotras dos acá. Dos mamás y dos hijas juntas. Hasta que todo esto pase y podamos juntarnos de nuevo para salir, comprar algo, comer juntas. Oh, cierto. Me decías que te morías de hambre, ¿no es así?

-Sí. Hace rato que me cruje la panza.

-Vamos a buscar algo entonces. -Dijo Shannon poniéndose de pie y tomando de la mano a la niña para llevarla afuera. Shannon sabía que no había comida en el cuarto de la hoguera, ni en el Greyhound (según los comentarios de Richard y la gente de allá afuera. Seguramente no quedaba nada allá adentro tras la arremetida del hombre largo y su hambre abominable). Tal vez habría algo en el cobertizo. Allá era donde se la llevaría-. Ven, vamos por acá. -Y salieron ambas junto al labrador a quien también parecía crujirle la panza.

## 71

### Apariciones

*Sé que pensaste en mí apenas escuchaste esa palabra. Asesinato. Te lo advertí Adam, y más de una vez. Ahí están las consecuencias de tu irresponsabilidad, de tu egoísmo, de tu estupidez. No sirves para nada, pedazo de basura.*

¡Cierra la boca! Tú no existes más. No puedes haber asesinado a nadie, sólo eres una pesadilla.

*Claro, Adam. Piensa lo que quieras, pero en el fondo sabes que fui yo el que causó todo esto. Te dije que mataría a alguien y así lo hice. ¿Qué haces? Ah, ya veo. Buscas alguna respuesta para excluirme de la muerte de la vieja, ¿no? Pero no hay otro motivo que no sea yo, Adam. El hombre de anoche no*



*pudo haberlo hecho. Sólo estuvo en aquella habitación y luego afuera, y tras eso, se hizo uno con la noche. Nadie más estuvo en esta casa después de él, claro, a excepción mía.*

Tú estás en un maldito cementerio en Seattle. Sólo eres polvo dentro de un ataúd carcomido por los gusanos.

*Estoy allá y estoy aquí Adam. Estoy en todas partes, soy todas las personas. Estoy dentro de todos los que conoces. Ya sabes, como La Cosa. Mierda, cómo me encanta esa película. Y más divertido aún es la realidad. Pero ahora mis planes han cambiado Adam. Estoy seguro de que mi proposición te va a sacudir hasta los huesos, hijo.*

¡Basta! ¡No puedes hacer nada! ¡Tú no existes!

*¡Ya me cansé de toda esta mierda, Adam! ¡Jódanse tú y todos tus malditos amigos!*

-Hey, Adam. ¿Qué haces ahí? -Preguntó Lawrence apareciendo al frente del Greyhound con Grace sonriendo quién sabía por qué-. Me contaba Richard que...” Silencio absoluto. El rostro de Grace se ensombreció con la rapidez de un eclipse y, apartándose del lado de Lawrence, fue retrocediendo un paso a otro, esclava de su propio terror.

“¡Mierda! ¿Es eso...?” Dijo Lawrence señalando en la lejanía. Allá había una figura que se acercaba corriendo como un atleta en una competición Olímpica. Un grito enloquecedor lo acompañaba en su avance. Y cuando el resto de los supervivientes se aglomeraron junto a Adam y Lawrence, y contemplaron la silueta que avanzaba sin tregua, ya no había ninguna duda albergada en sus mentes ni corazones: un cuervo iba a por ellos. Grace desapareció dentro de la casa apenas vio una segunda figura aparecer vociferando detrás de la primera.

-¡Nos jodimos! -Exclamó Dennis mordiéndose las uñas con ansiedad-. ¿No podemos simplemente arrancar y salir a toda velocidad? ¡Por Dios! ¡Están lejos todavía!

-Imposible. -Señaló Lawrence-. Primero tendríamos que subir a todos al bus, luego encender el maldito trasto y darle una vuelta de ciento ochenta grados al Greyhound para salir por el camino por donde vinimos. Ya nos habrían alcanzado para entonces.

-Son solo dos. -Añadió Gary analizando la situación-. Podemos con ellos.

Los cuervos estaban a una distancia que les permitía a los hombres cavilar acerca de la estrategia para librarse de ellos. Pero no tenían demasiado tiempo, las siluetas cabalgaban como caballos salvajes. Parecían flotar en el aire como velas arrastradas por el viento.

-¿Quién tiene la otra pistola? -Preguntó Adam.

-Yo la tengo. -Respondió Richard dándole unos golpes a su cinturón.

-¿Crees que puedes acertarles en la cabeza?

-¿Quién crees que soy, muchacho, Lee Van Cleef? Al menos deja que se acerquen un poco más.

-Pero no mucho. -Interrumpió Dennis-. Mejor asegurémonos que mueran antes de que se acerquen demasiado.

-¿Qué pasa chico, tienes miedo? -Le reprochó Lawrence rascándose la barba-. Yo creo que la pinta de chico malo la tienes por gusto.

-Que te jodan. Tú ni siquiera estuviste afuera anoche cuando salió esa cosa de la chimenea...

-¡Basta de mierdas! -Terció Richard turnándose para mirar a ambos-. Guárdense para cuando esos tipos nos caigan encima. Luego ya pueden seguir peleando como un par de maricas. Ahora los enemigos son ellos.

-Hasta que al fin. -Exhaló Gary mientras trataba de sacarse una mancha de sangre seca de la uña. Sangre que no hace mucho había recorrido un cuerpo muy anciano.

-¿Y qué sugieres? -Masculló Dennis herido en su amor propio-. Tú has estado en lo del fútbol americano por varios años según he escuchado.

Tras las palabras de Dennis, un silencio incómodo se hizo presente en medio de los supervivientes. Un silencio únicamente alterado por los escandalosos gritos de los cuervos que se turnaban el uno al otro para evitar dejar morir

aquél alarido perpetuo que resonaba más allá de la multitud de árboles.

La inquietud parecía palpase en al aire. Los cuervos se habían acercado lo suficiente como para dejar ver con claridad unos uniformes de camioneros. A uno de ellos le colgaba un brazo como un trozo de carne muerta, aunque él no parecía inmutarse en lo más mínimo de su condición. Trescientos metros. Richard dio un paso hacia adelante.

-Vengan conmigo caballeros. -Exclamó Richard sacando la pistola de su cinturón y dirigiéndose hacia los cuervos con pasos decididos-. Es hora del *blitz*.

-¿Qué mierda es eso? -Preguntó Dennis dudando acerca de si avanzar con el grandulón o no. Los demás tampoco se movían de su sitio. Esperaban que alguien más diera el primer paso. ¿En qué demonios pensaba Richard?

-¡Al ataque, con un demonio! -Les espetó Richard volviéndose hacia atrás un instante al ver que nadie lo seguía-. No vamos a quedarnos esperando que lleguen. ¡Vamos! ¡A mover el culo! -Y mientras su robusta corporeidad se abalanzaba hacia el frente como una avalancha, uno a uno, los demás supervivientes comenzaron a dar pasos frenéticos hacia el frente luchando contra un sentimiento de terror del que no se podían liberar. Gary era el único ajeno a esta sensación. Y pese a que corría movido por un impulso sin razón, sólo por la necesidad de excitación y satisfacción del momento, su actitud terminó por contagiar a los demás y obligarlos a moverse con mayor rapidez. Doscientos metros.

Una explosión de adrenalina les recorría el cuerpo y nublaba sus pensamientos mientras se acercaban cada vez más al encuentro con los enviados de Satanás. Los doscientos metros se convirtieron en cien en pocos segundos. Richard corría con la pistola apuntando hacia el suelo, con el dedo fuera del gatillo. No quería disparar por casualidad alguna de las dos únicas balas que quedaban en el arma. Ya de por sí iban a necesitar suerte para que esos dos proyectiles fueran suficientes para esas dos criaturas.

-¡No pasarán! -Gritó Lawrence, claramente dominado por la adrenalina. Era presa de una excitación inusual y colectiva, como la que se vive en una manifestación o en las tribunas de algún partido-. ¡No pasarán! -Gritó de nuevo con una sonrisa perturbadora. Ya podía sentir la victoria anticipada, ya

podía ver los cuerpos inertes de aquellos cuervos bajo sus pies. Solo tenía que correr más rápido y respirar con mayor agilidad para no ahogarse.

Ya no quedaban nada más que unas decenas de metros entre ellos. Richard aún no levantaba el arma. No quería hacerlo hasta el último momento, hasta que los tuviera encima de él. No podía fallar y tampoco podía advertirles lo que iba a hacer. Una calma entrenada a través de los años le permitía mantener sus pensamientos bajo control.

Tenían las balas, además eran cinco contra solo dos de ellos. El juego estaba inclinado a favor de ellos, sin embargo había algo que no encajaba. Ya podía verles el rostro con claridad a los cuervos. Dos hombres de mediana edad, afeitados y con las bocas abiertas de par en par como carnívoros a punto de atrapar a sus presas. Vio que uno de ellos soltaba pequeñas nubes de sangre con cada uno de sus gritos; sin embargo, éste seguía vociferando cada vez con mayor rabia. Entonces, un pensamiento se presentó en la mente de Richard como un relámpago. Un hecho que no fue capaz de aislar hasta ese preciso instante, pero ya no podía detenerse.

*¿Por qué gritan así?*, se preguntó y una infinidad de dudas, respuestas y teorías estalló en su mente como ramificaciones de un árbol antediluviano. Y en un instante se vio transportado en un viaje al pasado. *El supermercado*. La multitud de cuervos que los atacaron. Ninguno de ellos había gritado durante el ataque. Tal vez al final hubo gritos de impotencia pero no hubo ni uno durante el ataque. *¿Por qué no dejaban de gritar y sólo atacaban? Es una distracción. Es una jugada maestra, Richard. Parece que el equipo contrario no era tan débil como lo suponías.*

Los cuervos cerraron sus bocas pero los gritos no callaron-. ¡Hay dos cuervos más por allá! -Gritó Adam viendo cómo unas figuras se acercaban por la derecha no muy lejos de ellos. Se habían acercado sigilosamente camuflados por los gritos del primer grupo de cuervos; como un ejército organizado. Dennis vio con horror cómo otros tres aparecían por el lado izquierdo, en silencio, desplazándose sobre el pasto como flechas que lleva el viento. Por la derecha apareció un octavo cuervo. Luego un noveno.

## Visitante inoportuno

Abrazada a la pierna de Shannon, Kalia miraba con ojos temblorosos a través de la pequeña abertura de la puerta del cobertizo. Entraba una luz difusa y enfermiza que traía consigo innumerables gritos y una agitación que desvaneció el hambre de ambas al poco tiempo.

-¿Qué es eso? -Preguntó la niña clavando las uñas con fuerza en la pantorrilla de Shannon. Hunter estaba inquieto y daba vueltas en un mismo lugar agitando la cola sin control.

Shannon observó a través del agujero que una figura se acercaba. No se podía distinguir bien quién era debido a la sombra que proyectaba la casa pero estaba segura de que no era ninguno de los que viajaron con ella en el bus. El cuerpo se le heló con repugnante velocidad. Un cuervo. Y caminaba directo hacia donde estaban ellas. Tenía que actuar de prisa. Esa era su especialidad.

-¿Te acuerdas de lo de esconderte en el agujero? -Le preguntó Shannon. Sus manos tomaron el rostro de la pequeña para que levantara la cabeza y la mirara. La niña estaba tiesa y su rostro era dueño de una inesperada lividez.

-Sí. -Una madera crujió en el exterior bajo el peso de la pisada de alguien.

Hunter lanzó un aullido corto y agudo.

-Muy bien, porque es hora de esconderse de nuevo en el agujero. Sólo que esta vez no vamos a poder regresar a la casa. Vamos a tener que escondernos aquí mismo. Es como un juego. Imagina esto. Si estuviéramos jugando a las escondidas, ¿dónde te esconderías para que no pudiera encontrarte?

Kalia miró alrededor sin dejar de aferrarse a Shannon. La luz era débil pero suficiente para iluminar aquel pequeño cuarto. Había una gran cantidad de madera apilada en un rincón. Lo suficiente como para alimentar una hoguera por varias semanas. En otro rincón había más mantas, aunque Shannon no tenía la menor idea de por qué necesitaban tantas mantas en aquel lugar si no había nada que cubrir. Al menos no hasta ese momento.

-En ese rincón. -Señaló Kalia con rapidez para luego volver a coger la pierna de Shannon.

Entre la pared de madera y la pila de leña amontonada había un espacio de separación de unos cincuenta centímetros. Tal vez un poco ajustado para el cuerpo de Shannon pero perfecto para la niña. Y con algunas de las mantas encima, haciendo las veces de tienda de campaña, la pequeña pasaría totalmente desapercibida si es que sabía mantener la calma y el silencio.

-Ven. Rápido. -Se acercaba alguien allá afuera. Se podían escuchar sus pasos sobre el pasto. Había un crujido de piedrecillas menudas. Hunter se había quedado quieto, con las orejas levantadas y vigilantes. Miraba a la puerta gruñendo como en susurros-. Escóndete aquí hasta que todo esto pase.

-Apenas puedo entrar. ¿Y dónde se van a esconder tú y Hunter?

-Ya encontraremos un lugar, pero tú tienes que esconderte aquí y pronto.

-¡Mi perro! ¡Quiero esconderme con mi perro! -Quien fuera que estuviera acercándose allá afuera, se detuvo. El silencio era más inquietante que el ruido de sus pasos al acercarse. Shannon luchaba por controlarse y evitar lanzar a la niña al maldito hueco y cubrirla de mantas hasta ahogarla.

-Kalia, baja la voz.

-Pero mi perro.

-No vamos a irnos, maldición. Vamos a quedarnos aquí junto a ti hasta que

haya pasado todo esto.

-Pero... tengo miedo. Quiero esconderme con mi perro. Si me meto bien podemos entrar los dos. Mira...

-Kalia, yo me voy a hacer cargo de él, con un dem... Quieres volver a ver a tu madre, ¿no es así?

-Sí, pero...

-Entonces confía en mí y escóndete de una vez. -La niña dudaba y miraba a su perro y a la chica de trenzas en una vorágine de confusión-. Mírame. ¿Confías en mí o no?

-Sí...

-Entonces entra de una vez. Si no te escondes y la tormenta nos agarra, entonces ninguna de las dos va a poder volver a ver a su mamá. ¿Quieres que eso pase?

-No.

-¡Adentro, carajo! -Kalia desapareció en el agujero como una suricata ante el merodeo de un águila en el cielo. Había solo silencio en el exterior, pero Shannon sabía muy bien que de ninguna manera estaban solas. No podía escuchar ni percibir nada en el exterior pero estaba junto a alguien que podía ver y sentir más allá de las paredes. Hunter movía su cabeza como siguiendo a alguien invisible.

A la cuarta manta que puso encima sobre la niña, un crujido cercano volvió a asustarla y a ponerla en alerta. Kalia estornudó un par de veces bajo aquella mata de humedad y polvo. Entonces Hunter comenzó a ladrar y a embestir algo desconocido frente a sí como un toro frente a su matador.

*Una más.* Y mientras levantaba la última manta para cubrir a la niña, Shannon encontró un madero largo que sobresalía en un ángulo aberrante detrás de aquella ruma de mantas mohosas. Cubrió a la niña y regresó por el madero. Incluso antes de tocarlo se dio cuenta de lo que era. Su textura era brillante y había sido tallado por la mano del hombre con un fin específico. Era el culpable de la destrucción de los árboles en los alrededores: un hacha.

La puerta se abrió de par en par y una silueta encorvada y expectante se dibujó

a contraluz como un grabado ejecutado por los maestros del horror. Shannon tomó el hacha del mango, segura de poder derribar al cuervo de un par de golpes si su puntería era acertada. Pero el hacha no se movía de su lugar. Estaba atracada con algo allá atrás de las mantas. Y lo peor de todo era que ella estaba siendo observada por unos ojos negros que comprendían lo indefensa que estaba. Una sonrisa torcida se esbozó en aquél rostro inhumano. El cuervo se precipitó hacia el interior de la cabaña como una fuerza incontrolable de la naturaleza.



-¡No! -Gritó Richard al ver cómo la primera bala se perdía en la lejanía del bosque sin haber tocado a ninguno de los dos cuervos que tenía en frente. Estaba a sólo cinco metros de ellos, aun avanzando a una velocidad vertiginosa, demasiado cerca de ellos pero aun así había fallado. Le temblaba demasiado la mano, pero no tenía tiempo ni siquiera de pensar.

Los demás sintieron que la muerte se abalanzaba sobre ellos con dientes, uñas y una guadaña larga y oxidada. Vencer era la única alternativa. Con el fracaso uno siempre podía intentarlo de nuevo, pero ese no era el caso. O los mataban a todos o no volverían a preocuparse de nada más mientras la Tierra siguiera dando vueltas.

*Bang.* A sólo dos metros, la bala le atravesó de lado a lado la cabeza al cuervo. Un tiro a quemarropa y un agujero negro y viscoso por el cual brotó un chorro de sangre tibia y corrompida. El cuerpo del cuervo se sacudió y éste agitó sus brazos con locura mientras se desplomaba en el suelo. Y mientras agonizaba con espantosos espasmos, un charco de sangre teñía de rojo la tranquilidad de aquél campo que ahora sería un cementerio de cuerpos sin nombre.

-Matemos a éste antes que vengan los otros. -Exclamó Lawrence, el más cercano al segundo cuervo. Podía aparentar una contextura fuera de forma, pero estaba con el físico todavía entero a pesar de haber corrido con más prisa que los demás. Ahora empezaba el verdadero enfrentamiento, uno en igualdad de condiciones. *Ya los has visto, pensó Lawrence, son humanos. Son solo hombres poseídos por la ira. Si pueden sangrar, pueden morir. Si pueden respirar, pueden dejar de hacerlo.*

Y antes de que pensara en qué lugar del cuerpo debía de golpearlo, Lawrence se vio sorprendido por un salto de aquella criatura que le hizo replantear sus pensamientos sobre aquellos hombres. *Este tipo ha tenido que salir de la mente de Stan Lee.* El cuerpo del cuervo se encogió en el aire como un tigre, con las manos al frente deformándose en garras y la mirada negra y ausente emanando gestos que mesmerizaban y congelaban de terror.

Antes de que la criatura cayera sobre él, Lawrence tuvo tiempo de lanzar un puño que viajó por el aire como una bola de hierro con púas. El impacto fue contundente para ambos. El puño de Lawrence se hundió en el estómago del cuervo a tanta profundidad que en un pequeño instante, Lawrence creyó que

sus nudillos habían tocado parte de las vértebras. Por otro lado, el cuervo aterrizaba sobre el cuerpo de Lawrence con un gesto mezcla de ira y de dolor. Sus dedos en forma de garra se entornaron en sus hombros tratando de atravesar la piel y músculos. El hombre de barba y el cuervo cayeron al suelo, pero era éste último el que estaba encima.

-A por él -Gritó Gary, interponiéndose en el camino de Richard, que había resbalado con unas piedras sueltas sobre la tierra. El asesino de la anciana se colocó de un salto detrás del cuervo que sometía a Lawrence y lo tomó de sus cabellos para levantarle la cabeza y dejar expuesto el cuello. *Si tuviera algo con qué rebanar esto-*. Vamos, chico, es la hora de hacer un gol de campo. -Le ordenó Gary a Adam, quien corría hacia ellos a solo pasos de distancia-. Aquí tienes una manzana en vez de una pelota.

Adam se estremeció al escuchar cómo se quebraban en miles de fragmentos los huesos y cartílagos de la garganta del cuervo. Su patada había causado tal destrucción en el cuello del hombre de ojos negros que ni siquiera un ejército de cirujanos podría reconstruirlo de nuevo.

-Bien hecho, chico. -Le dijo Gary al sentir que repentinamente el cuerpo del cuervo comenzaba a pesar más. El camionero se llevaba las manos a la garganta y unos gorgoteos y gemidos guturales brotaban por su boca como los llamados de algunas criaturas que se arrastran bajo las aguas. Gary lo aventó a un lado observando cómo el cuervo se desesperaba por respirar, incapaz de hacerlo.

-Mierda. -Gruñó Lawrence retorciéndose en el suelo, sintiendo como si miles de hormigas rojas lo estuvieran mordiendo en los hombros-. Cómo aprietan estos bastardos.

-En el nombre de un camarón. -Señaló Dennis, quieto y respirando con agitación junto a los demás-. En verdad son como nosotros.

-Claro que son solo hombres. -Repuso Richard ya de pie-. Destrocemos sus gargantas.

-Y los ojos. -Sugirió Gary-. Les vamos a hacer un favor al borrarles esa mirada. ¿Pero qué mierda es ese ruido?

Siete hombres de ojos negros aún se acercaban hacia ellos como una manada de lobos en plena cacería. Los cuervos habían observado con atención la

caída de sus hermanos. No habían sentido pena, ni habían aumentado su enojo. Habían hecho algo más inteligente que simplemente dejarse llevar por sentimientos humanos: habían aprendido.

75

### Cosas de mujeres

-Tengo que ayudarlo. -Gimió Grace arrastrándose por las escaleras mientras Chelsea y Naomi la sujetaban a duras penas de las piernas para que no se les escapara. La ansiedad de Grace llegó a tal punto que sus desesperadas patadas comenzaban a impactar en sus opresoras con la fuerza suficiente como para causarles moretones y un dolor latiente e intenso-. ¡Suéltlenme, suéltlenme!

-Grace, ¡basta! -Le conminó Chelsea sin éxito.

-¡Basta! ¡Me estás pateando de verdad! -Gritó Naomi harta de recibir tantos golpes en todo el cuerpo. Ella ni siquiera tendría que estar deteniéndola. Por ella, que Grace saliera corriendo y se fuera con su maldito marido. ¿Por qué la detenía? Tal vez para no quedarse sola en aquél sótano inmundo-. ¿Por qué quieres ayudar a un hombre que te pega? ¿Eres masoquista? ¿No tienes amor propio?

-¡Cállate! ¡Lawrence nunca me ha tocado un solo pelo! -Seguía insistiendo Grace. Sus continuos ataques iban perdiendo fuerza progresivamente. Tenía el rostro empapado de sudor pero aun así no dejaba de moverse.

-Claro, claro. Y el moretón en tu mejilla apareció como por arte de magia.

-¡Basta! Tranquila Grace. -Intentó de nuevo Chelsea. La tenía abrazada por detrás, rodeando su cuerpo con sus brazos haciendo una fuerte presión. Las

puntas de sus dedos apenas podían tocarse. La mujer del pañuelo tenía los brazos pequeños y la mujer del moretón en el rostro tenía el cuerpo muy voluminoso. Chelsea no quería admitirlo, pero estaba a punto de desmayarse del cansancio. Necesitaba descanso, agua, una cama limpia y alguien que la mimara-. Sólo vamos a ser un estorbo para ellos. Tranquilízate. Van a volver pronto. Se van a deshacer de esos malditos de ojos negros y van a regresar aquí pronto. Tranquilízate por favor.

-Mentira. Eso lo dices solo para que me tranquilice. ¿Y si nos necesitan? ¿Y si ya están muertos?

-No digas eso. No pueden hacerles nada. Richard tiene la pistola y son cinco contra dos, Grace. No pueden hacerles nada.

-¿Qué es ese ruido? -Preguntó Naomi en estado de alerta. La presencia de un zumbido lejano fue suficiente para que Grace dejara de luchar contra las otras mujeres. Las tres prestaban atención.

-Suena como un avión. -Susurró Chelsea-. Tiene que ser un avión. -El zumbido era similar al ruido de las turbinas de un avión. El ruido era demasiado similar pero se escuchaba demasiado lejos. Pasaba sobre ellas, encima de la casa a miles de metros por sobre sus cabezas. Se sintieron esperanzadas a pesar de que el zumbido empezaba a desaparecer. Había más gente allá afuera, no solo ellos.

-Tenemos que salir. -Dijo Naomi. Tenía la idea de que si salían, alguien podría verlos desde las alturas. Tenía la esperanza. Olvidaba que cada vez que solía asomarse por la ventana de un avión, cuando viajaba a velocidad de crucero, no podían distinguirse ni siquiera las siluetas de los camiones-. Vamos afuera antes que se vaya, vamos, va...

-Silencio. -Le espetó Chelsea poniéndole una mano en el hombro a la chica de los rizos rubios. Un nuevo ruido las devolvió a la horrorosa realidad. Un crujido de madera.

-Mierda. Están en la casa. -Balbuceó Naomi poniéndose de pie, con las manos temblando como hojas a lomos de hormigas.

-¡Rápido! -Ordenó Chelsea-. Contra la puerta. Que no entren.

## Tensión en el cobertizo

Apenas sintió aquella mano fría, áspera y húmeda, Shannon supo que todo se había acabado para ella. Los dedos del cuervo parecían unas tenazas alrededor de su cuello, se cerraban más y más, temblaban y palpitaban de ira. Pero tan rápido como el hombre de los ojos negros la sujetó, éste la dejó en

libertad. Mientras el cuervo se deshacía en esfuerzos para triturar la garganta de Shannon, Hunter hacía lo mismo con la pierna del hombre.

Escondida entre las mantas, Kalia solo escuchaba un gruñido furioso que no creía que estuviera proviniendo de la garganta de su perro juguetero. La niña temblaba de miedo, pero tenía que mantenerse quieta, sin hacer ruido, si quería sobrevivir.

Shannon cayó al suelo, respirando con agitación. Era como haber estado una hora bajo el agua, sin tanque de oxígeno y con miles de corsés oprimiéndole el estómago uno encima de otro. Así debían de sentirse las aves de corral cuando colgaban de ganchos con la garganta cercenada, desangrándose lentamente estando vivas mientras miles de estómagos hambrientos aguardaban impacientes, ignorantes de la espantosa realidad de sus comidas.

Luego la sangre comenzó a fluir nuevamente a través de las venas del cuello de la chica, ascendiendo con rapidez hacia el cerebro. Vinieron mareos, luces, desorientación espacial, visión borrosa y un dolor agudo y penetrante en las sienes que mantenía a los demás síntomas en su lugar. Sin embargo, los malestares no eran nada en comparación a lo que le podía suceder si es que no actuaba de inmediato.

Hunter tenía más de una docena de sus dientes penetrando la carne rígida e insípida del visitante. La sangre comenzó a manar despacio y el hombre se sacudía de pie con todas sus fuerzas tratando de apartar al animal que lo sometía. Era un tipo de estatura mediana, con un uniforme de cocinero que estaba manchado de barro y pequeñas pero numerosas hojas de árbol. Si bien el tipo era delgado y no tan joven, se las arreglaba para exhibir una fortaleza impropia de su apariencia. Shannon lo miró con ojos miopes y borrosos. Le pareció que el cuervo era idéntico al actor Greg Kinnear. Tal vez era él, sólo que ahora convertido en... eso que les pasaba a todos.

Por más que intentaba liberarse, el cuervo no se zafaba de la mordida del labrador. A veces parecía no querer luchar contra el perro. Trataba de empujarlo con una delicadeza que no era acorde a la situación. No había puñetazos, ni manotazos que cualquier otra persona hubiera aplicado de encontrarse en la situación del cuervo. Este solo empujaba al perro como quien trata de apartar a un bebé que se ha aferrado a la pierna de un extraño.

*El hacha.* Shannon se aferró a lo que encontró a su alrededor para tratar de ponerse de pie. El cuervo y el perro luchaban frente a ella y la luz del exterior se agitaba frente a sus ojos como la luz estroboscópica de una pista de baile. Siguió intentándolo de todas maneras. El dolor en su cabeza era insoportable. Se agarró de una manta con la mano izquierda. Con la derecha palpó troncos de madera cortados especialmente para que éstos fueran quemados en la hoguera. Había una ruma de ellos que llegaba casi hasta el techo del cobertizo. Tendría que trepar hasta arriba si quería sacar alguno de ellos. Pero el hacha estaba cerca de ahí. A su izquierda. A solo un suspiro de distancia. Tenía que encontrarla de una vez para que todo eso acabe. Mientras tanto, el ruido de un avión planeando en las alturas se filtró entre los gruñidos del perro y los jadeos del cuervo.

Palpó con su mano a la izquierda, sobre las mantas. No encontraba el mango de la maldita hacha. ¿Dónde estaba? ¿Podría sacarla esta vez? Mientras tanto, el cuervo hizo un gesto aborrecible cuando uno de los caninos del perro llegó hasta el fémur. El hombre se hizo para atrás con las manos crispadas de desesperación. Cayó sobre Shannon y con el perro aún aferrado a su pierna sangrante. De inmediato, una lluvia de maderos se precipitó sobre los tres. Gruesas varas de madera golpearon en el pecho y el rostro al hombre de ojos negros. Shannon gemía protegida debajo de él, pero se ahogaba por el peso de su cuerpo y por la pequeñez claustrofóbica de aquél condenado cobertizo.

Una avalancha de maderos cayó contra la puerta. Esta se fue cerrando poco a poco bajo el peso acumulado de la leña. Ahora solo había un pequeño espacio abierto por donde se filtraba un hilo de luz apenas suficiente como para iluminar la mitad de aquél cobertizo. Las tinieblas parecían haberse apoderado de todo. El ruido del avión allá afuera se iba desvaneciendo. Otros ruidos tomaban su lugar.

Las mantas en el rincón se estremecieron cuando Hunter lanzó un agudo y lastimero aullido. Un madero del montón había caído sobre la cabeza del perro. La tensión en la mandíbula del can se relajó, los dientes abandonaron la calidez de la carne y la sangre del hombre comenzó a manar con mayor libertad. El labrador se fue hacia un rincón gimiendo de dolor y con una herida cerca de su ojo por donde comenzaban a asomar unas cuantas gotas de sangre.

Debajo de todo aquél caos, Shannon se mantenía quieta, inmovilizada, con las

manos en la espalda del hombre, tratando de aguantar su peso. Si le quitaban la respiración de nuevo, ya no sería capaz de ponerse de pie ni de hacerle frente al hombre. Y con la retirada de Hunter de la batalla, ella era la única responsable de cuidar su propia vida; la única esperanza de proteger el futuro de la niña. *Apártate de mí, demonio.*

De un empujón salvaje, Shannon aventó al cuervo hacia el frente. Un hombre de unos setenta kilos volaba frente a ella con una pierna hecha trizas. Shannon se sentía como si hubiera dado a luz. El cuervo con el rostro de Greg Kinnear aterrizó sobre sus manos encorvadas, justo por donde la luz entraba con timidez. Shannon no recordaba haber visto a Greg Kinnear haciendo papeles de malo, menos haciendo una película de horror. Cuando el cuervo volvió su cabeza y observó con psicópata fijeza el rostro de Shannon, ella supo que Greg habría ganado el Oscar si aquello hubiera sido una película.

Desde un rincón en la oscuridad, Hunter ladró. Greg volvió su cabeza hacia el lugar de donde provenía el ruido. Tal vez tenía la habilidad de poder ver como un gato o tal vez ni siquiera podía ver. A Shannon le bastó ese pequeño instante para ponerse de pie de un salto y sumergirse de nuevo en la lucha por retirar el hacha. Apenas tenía un pestañeo para lograr su cometido. Allí estaba ella, en una recreación de la legendaria escena en donde el rey Arturo sacaba a Excalibur de la roca.

El hacha apenas lograba moverse pero no salía de su lugar. Mientras tanto, el cuervo se había vuelto de nuevo hacia Shannon y trataba de ponerse de pie con rapidez. Hizo palanca con la pierna herida y su cuerpo se deformó como una marioneta con los hilos cortados. Shannon se agitaba de desesperación tratando de retirar el maldito objeto. *Sal de una vez. ¡Sal!* Y de pronto se le vinieron a la mente algunas escenas de videos que había visto. *Los ladrones más idiotas del mundo.* Hombres que embestían una y otra vez la puerta de un banco tratando de escapar, sin poder lograr su cometido. Si tan sólo hubieran leído la indicación en la puerta. *Jalar. Empujar.* Shannon empujó el hacha hacia abajo. El mango casi se le fue de las manos cuando el hacha se hundió en la oscuridad. *¡Está libre!*

Al voltear con el hacha en la mano, Shannon se topó frente a frente con el cuerpo erguido del cuervo. Greg no la esperaba para esbozar una sonrisa maliciosa o decirle algunas últimas palabras antes de asesinarla. Greg iba



hacia adelante con todo el impulso que le permitía su única pierna ilesa. El hacha le pesaba varias toneladas a Shannon.

Un ladrido retumbó en el interior del cobertizo. Sólo una vez podían distraerlo. Ya se encargaría del perro una vez que se deshiciera de la chica. Pero entonces, una manta pequeña y húmeda voló por los aires como la alfombra voladora del príncipe Hussein. La tela cubrió el rostro de Greg y permaneció en aquella posición una vez que el cuerpo de éste cayó sin vida al suelo. Shannon le asestó un golpe contundente con el filo del hacha justo donde calculó debía de estar su cuello.

Greg fue el primero en caer, el hacha aterrizó a un lado con un ruido sordo, Shannon se desplomó a continuación, sudando y jadeando, tratando de absorber todo el aire de la atmósfera con cada inspiración. Kalia se acercó a Shannon con rapidez y se arrodilló junto a ella.

-¿Estás bien? -Le preguntó la niña con la mirada fija en el cuerpo del cuervo. Estaba esperando que se levantara en cualquier momento. Greg estaba tieso como los maderos esparcidos alrededor.

-Bien hecho, Kalia. -Le susurró Shannon esforzándose por asomar una sonrisa. Era todo lo que su cuerpo podía hacer en ese instante. Eso y escuchar el ruido de un vehículo que se acercaba sigilosamente. *Adiós Greg. Tendrás que seguir esperando para tu Oscar.*

-¿Es un helicóptero? -Preguntó Kalia. En efecto, eso parecía.

## Devastación

Los cinco se habían juntado formando un círculo con sus espaldas sin tocarse. Se agruparon como una manada de búfalos protegiendo a sus pequeñas crías de los depredadores. Unos pocos metros más allá, los cuervos se seguían acercando, con ímpetu incontrolable, con excitación. Su recorrido distaba mucho de ser una línea recta dirigida hacia los supervivientes; los cuervos corrían hacia ellos dibujando un recorrido indescifrable.

-¿Qué hacen? -Preguntó Lawrence nervioso. Richard jamás había visto algo así en sus largos años como entrenador de fútbol. Una táctica tan descoordinada como aquella no podría tener ningún resultado favorable en algún juego. Ni siquiera contra jugadores novatos. Pero esos cuervos lucían

seguros de sus movimientos y jamás se les vio dudar en ni uno solo de sus pasos.

-Mátenlos o inmovilícenlos tan pronto como tengan la oportunidad. -Ordenó Richard dando unos pequeños pasos hacia adelante. Los cuervos estaban a pocos segundos de alcanzarlos-. ¡No los subestimen! ¡No se dejen ganar! ¡Denles con todo! -El estruendo del motor de un helicóptero cercano, lo obligó a levantar la voz.

Seis hombres y una mujer de ojos negros se ubicaron a la carrera alrededor de los supervivientes. Ya sabían sobre quién iban a saltar, pero no lo iban a hacer sino hasta el último instante. Los supervivientes se movieron hacia adelante con pasos vacilantes y con la adrenalina fluyendo por sus músculos como un batido de esteroides anabólicos. Ya no podían ir a ningún lado. Sólo dependían de ellos mismos.

Y en el último instante, a sólo unos pasos de entrar en contacto físico inminente, los cuervos cambiaron de lugar y se abalanzaron sobre los supervivientes obedeciendo algún tipo de pensamiento colectivo residual. Seguían siendo hombres a fin de cuentas, y no era tan descabellado pensar que podían seguir planeando como ellos.

Dos tipos grandes, vestidos con ropa deportiva se lanzaron sin vacilar contra Richard. Sabían que aquél tipo era objetivo principal por erradicar. Un tipo de origen asiático y una mujer alta de cabello castaño se precipitaron sobre Lawrence. Él los miró a los dos, imaginando que no corrían contra él, sino contra Grace. No saltaban contra él, sino contra ella. Necesitaba esa motivación extra. No podía negar que estaba demasiado nervioso, muerto de miedo a decir verdad, pero tampoco podía dejar de pensar que si no los detenía en ese instante, luego irían a por ella. Era ahora cuando debía protegerla más. Más que en todos los días después de que ella perdiera al hijo de ambos debido a un aborto espontáneo.

Dennis fue elegido por un tipo grueso de unos cincuenta años con un sinnúmero de canas en el cabello y las cejas. Se había peleado a puño limpio con padres iracundos de algunas groupies pero aquello era algo completamente nuevo. Del otro lado, Gary miraba de manera casi inexpresiva a un sujeto negro con peinado rasta. Gary odiaba a los negros. Aquél tipo iba a ser un buen desahogo. Adam tenía las manos empapadas de sudor mientras el

cuervo se le acercaba con más ímpetu que los otros seis. Un tipo blanco con la cabeza rapada y aretes circulares en ambas orejas. *Un skinhead*. Era hora de poner en práctica todo lo que había visto en la UFC.

Uno de los cuervos deportistas se fue hacia abajo a toda prisa. Abrazó las piernas de Richard antes que éste tuviera ocasión de moverse hacia algún lado. El hombretón tenía toda su atención puesta en el otro hombre, aquél que trataba de rodearlo para atacar por la espalda. Trataban de inmovilizarle primero las piernas como cazadores tratando de derribar un avestruz. Richard estiró una de sus manos con la que agarró al hombre que corría por el cuello de su sudadera. Con la otra mano le asestó un puño en la nuca al otro tipo. Las vértebras en la columna del cuervo se llenaron de fisuras pero el tipo no pretendía soltarse. El otro se sacudía con desesperación en un intento por liberarse. El helicóptero se hallaba a menos de quinientos metros y las aspas de su hélice comenzaban a sacudir las ramas de los árboles más cercanos.

La desventaja numérica jugaba en contra de Lawrence. Todo sucedía con demasiada aceleración. El cerebro procesaba información que ya había sucedido hacía un largo rato. Mientras la mujer se aferraba al cuello de Lawrence, el otro tipo se encargaba de derribarlo con una descarga de puños en las piernas y los testículos. Lawrence cayó y el dolor se esparció por todo su cuerpo de una manera irregular. Sólo podía sentir que una de sus manos se cerraba con ira en el rostro de la mujer y luego su mano se llenaba de una sustancia tibia y gelatinosa. Los golpes seguían cayendo sobre su cuerpo. Con la otra mano trataba de impulsarse para ponerse nuevamente de pie. Era imposible hacerlo con los otros dos encima de él. Y más aún cuando se dio cuenta de que la mano que tenía en el rostro de la mujer comenzaba a arderle.

Con una sacudida, Lawrence liberó su mano del rostro de la mujer. Los cuervos seguían sobre su cuerpo pero ahora él tenía dos manos con las que apoyarse. Al colocar la mano ensangrentada sobre el pasto, trató de articular sus dedos como una araña en posición de ataque. Una mano tenía más fuerza que la otra. No podía aferrarse bien al suelo con la mano que le palpitaba locamente. La mujer seguía apretándole con fuerza el cuello. Oprimía y le torcía más la cabeza. Lawrence giró el cuello para poder respirar con mayor facilidad. Así estaba mejor... pero no por mucho. Ya podía ver su mano con la sangre de aquella mujer. Ya sabía por qué le costaba hacer presión con esa

mano. Le faltaban tres malditos dedos.

-¡Cabrón! -Gritó Gary al sentir un empujón por detrás. Dennis había retrocedido tantos pasos como los que retrocede un jugador para patear un penal. El tío de canas se le venía encima y sus golpes eran como patadas. Dennis tenía el pecho y la ingle rojos debajo de su ropa. Los músculos le palpitaban en exceso. Sudaba como en un concierto y ninguno de sus golpes parecía haberle causado la más mínima molestia al cuervo. Parecía como si al tipo le gustara que le golpearan, pero se guardaba bien de mantener protegida su garganta y se empeñaba todo lo posible por poner sus manos alrededor del cuello de Dennis. El helicóptero estaba ya casi encima de ellos. Era un Little Bird con un par de siluetas humanas asomándose por las aberturas.

Dennis no pudo evitar levantar la vista. El *Huevo* (helicóptero así llamado debido a su forma de cascarón) se acercaba a ellos cada vez más despacio y descendía a la misma velocidad como si intentara aterrizar para un rescate. ¡Bajen de una...! -Exclamó Dennis mientras la mano del cuervo se cerraba sobre su cuello. Lo siguiente que salió de su garganta fue un chillido agudo que le hizo acompañamiento a los gritos que lanzaba Lawrence unos metros más allá. Le resultó irónico saber que iba a morir en su ley: acompañado de la música del fin del mundo. *Estamos muertos*, fue lo que pensó. Esas palabras parecían formarse frente a sus ojos como luces de neón.

Con un poco de fuerza, el hombre canoso derribó a Dennis sobre su espalda. El chico trató de amortiguar la caída poniendo su brazo delante. Ambos cayeron pesadamente y rodaron un par de veces. Arriba quedó el hombre de canas, aferrado firmemente al cuello del chico como una leona al cuello de un antílope. Dennis iba perdiendo la consciencia de a pocos. Ni siquiera se había dado cuenta de que su hombro se había dislocado. Las canas dominaban la escena.

Ajeno al escándalo en los alrededores, Gary aplastaba una y otra vez el rostro del rasta que se había atrevido a tocarlo. El hombre de piel oscura murió de ahogamiento cuando sus pulmones aspiraron sangre y restos de cartílago de su faringe. Los ojos del tipo habían desaparecido dentro de sus cuencas. Gary le había presionado los globos oculares con los pulgares y estaba obsesionado con hacer que aquél rostro dejara de ser un rostro. Al diablo con ayudar a los otros, él tenía una cuenta pendiente con aquél tipo. El rasta le había rasgado la

camisa a la altura de la clavícula y un pedazo de piel se le había desprendido. La sangre supuraba con delicadeza pero con persistencia.

Adam se había imaginado esquivando los golpes del tipo, bloqueando cada uno de sus ataques, saltando con agilidad, lanzando patadas y puños devastadores, yendo en ayuda de los otros y acabando con la amenaza de una vez por todas. Hubiera imaginado más de no haber sido por aquél puñetazo que el skinhead le había asestado en la sien. En ese instante ya no supo dónde estaba ni cómo se llamaba. Lo siguiente que supo, fue que el tipo estaba con el brazo alrededor de su cuello, ahorcándolo, no sabía si para dejarlo inconsciente o para asesinarlo. Qué más daba, de todas formas estaba condenado. La piel del tipo tenía el aroma sudoroso del cuerpo de su padre. *Hubiera sido tan simple hacerme caso, hijo. Tan simple.*

Adam tenía la mirada puesta en el cielo. Un cielo claro con gigantescas y blancas nubes que se acomodaban en primera fila, empujándose unas a otras con la intención de tener la mejor vista de aquél espantoso espectáculo. Se acercaba una figura redonda, difusa, ruidosa. Un helicóptero de guerra. Qué otra cosa podía ser. *Tal vez turistas que desean unas fotos de nosotros en nuestros mejores ángulos*, pensó Adam burlándose de su desdichado final. Pero también había otra voz más optimista. Una voz que le decía que había llegado la caballería. No iba a ser como en las películas en donde la ayuda siempre llegaba cuando ya no era necesaria. Ya estaban allí por ellos. Tenía que aguantar despierto hasta que descendiera la caballería. Como sea.

Una ráfaga salvaje de disparos se precipitó sobre todas las figuras que luchaban en el pasto. El *Huevo* descendió a unos treinta metros por encima del suelo y dibujó una suerte de arco mientras un hombre con un rifle automático lanzaba una multitud de balas ansiosas de conocer la carne y la sangre.

Gary salto hacia un costado (era el único de todos que no estaba siendo sometido bajo el poder de los cuervos), rodo y se arrastró por el suelo mientras trataba de alejarse de los disparos. Aún seguía arrastrándose cuando el Little Bird se elevó nuevamente y las balas dejaron de caer. El helicóptero se alejó con rapidez siguiendo el rumbo que hace algunos minutos había dibujado el avión.

Cuando Gary levantó la vista, una nube de fino polvo se disipaba en el aire claro. Olía a pólvora y el paisaje era desastroso. La cabeza de la mujer con los ojos negros había desaparecido y ni siquiera había restos de carne alrededor que pudieran identificarse como su cráneo despedazado. Adam seguía con el brazo del cuervo alrededor de su cuello pero Gary no tenía intenciones de ayudarlo. Le daba lo mismo si moría o vivía. Estaba fascinado por el espectáculo abominable que se extendía frente a él. Las balas habían atravesado todo lo que habían tocado.

Alguien gemía en aquél regadero de cuerpos. Gary se acercaba sin saber de quién se podía tratar. Junto a la mujer sin cabeza estaba el asiático. Tenía dos perforaciones en la espalda y una en el cuello. De ninguna manera podía seguir con vida. Revisó un poco más. Debajo del asiático estaba Lawrence. Tenía más de tres agujeros rojos en el pecho y uno más en la pantorrilla. No se movía. Lo habían perdido.

Gary hacía un recuento de bajas. Lawrence había caído. Adam estaba a punto de desvanecerse. Dennis tenía un agujero en la mano por el que se podía ver la tierra. Su hombro tenía el doble de su tamaño pero el chico aún se movía. Richard respiraba con agitación. Tenía a un tipo enorme sobre su cuerpo y no podía saber si tenía heridas en el cuerpo. Gary pensaba acercarse para comprobar las bajas enemigas pero todo quedó en simples pensamientos. Al suroeste se encendió una luz similar a la de un amanecer en el casquete polar antártico. El psicópata tuvo que levantar una de sus manos para cubrirse los ojos. *Es el fin de todo.* El sonido cabalgaba hacia ellos arrastrando consigo viento, vibraciones y caos. La tierra se sacudía. *Si solo me hubieras hecho caso, hijo. Si solo me hubieras hecho caso.*

78  
Recuento de bajas

-¡No encuentro la perilla! -Exclamó Naomi a punto de perder la razón. Su



cerebro estaba saturado de tareas en ejecución: producir más oxígeno, bombear más sangre, irrigar el cuerpo de adrenalina, prevenir el descontrol de la vejiga. Y para como la chica quería abrir la puerta a oscuras.

-Calma. -Le recriminó Chelsea-. Ves, ya está abierta. -La luz penetró en la mohosa depresión de aquél sótano. Fue como escapar de la caverna que hace miles de años había descrito Platón.

Ya había cesado el temblor. No duró lo suficiente como para que los gritos en el sótano fueran prolongados. Las maderas habían crujido como la noche anterior con la criatura destruyendo la habitación de la chimenea. Afortunadamente la casa permanecía intacta y no había amenaza visible de que ésta se derrumbara.

Las tres chicas salieron del sótano, arrastrándose como soldados heridos en una batalla perdida. Al llegar al pasillo que conducía a la puerta principal, llegó una ráfaga de viento demencial. La casa se sacudió aún más que con el temblor y del techo de madera comenzaba a caer polvo y restos de astillas junto a una nube aún más grande de partículas invisibles.

-Salgamos de aquí. -Chelsea las condujo por el pasillo donde la puerta de entrada se batía tranquilamente de un lado a otro. Era difícil conducir a un par de mujeres con ataque de pánico. Las piernas de ellas habían olvidado cómo caminar. Se asemejaban a potros aún con la placenta de la madre, torpes y con las patas débiles. Pero de alguna manera, lograron abandonar la casa. A lo lejos se podía ver una nube negra, larga y difusa que ascendía casi en línea recta hacia la claridad del cielo. El helicóptero era un punto que se hacía más pequeño en la distancia. No podían imaginar qué era lo que había sucedido en aquél lugar, tan solo tenían una pequeña noción de algo: en esa dirección se hallaba Norfolk.

En la distancia vieron unas figuras agitándose en el suelo. Por la ropa reconocieron a Gary. Estaba pisoteando a alguien en el suelo. Parecía estar tratando de apagar una fogata. Alguien estaba recostado en un lado. Su cabeza se sacudía hacia adelante y atrás con rapidez. Estaba tosiendo. Era Adam. El enfrentamiento estaba por terminar.

Grace se les adelantó a las otras chicas. No había visto a Lawrence todavía, tan solo un amasijo de cuerpos regados en el suelo, la mayoría de ellos

inmóviles. Gary se detuvo y desvió su mirada hacia las mujeres que se acercaban a ellos. Poco a poco el viento había menguado, pero la columna de humo en la distancia seguía ascendiendo y desperezándose.

-Su marido es un héroe de guerra. -Exclamó Gary cuando Grace estuvo lo suficientemente cerca para escuchar sus palabras y ver los cadáveres de los hombres que había luchado-. Debería estar orgullosa de él. Luchó como todo un hombre hasta el final.

Contrario a lo que se esperaba, Grace cayó al suelo con las manos apoyadas en el pasto. No hubo gritos ni convulsiones. Se quedó silenciosa, casi inmóvil. Hasta en la agonía mental más trágica no traicionaba su personalidad. La robusta mujer del hombre de barba lloró en silencio. Había algo extraño en ella. Hasta el mismo Gary parecía desconcertado por su manifestación de la pena. Él tenía un concepto distinto de aquella emoción. Nunca la había sentido pero imaginó que se podía manifestar de varias maneras.

Cuando las otras mujeres llegaron, Richard ya se había puesto de pie. Solo una bala le había rozado el brazo provocándole una herida que ardía pero que ya había empezado a cicatrizar. Sin embargo, aquél era el menor de sus males. Tenía un dolor espantoso en el vientre y pecho: le habían roto dos costillas y le costaba respirar, más aún, moverse. El viento ya había amainado para entonces.

-¿Qué mierda esperan para ayudarme? -Exclamó Dennis desde el suelo. Por más que le ordenaba a su cerebro, éste no lograba conseguir mover el brazo. Podía ver su extremidad pero era como si este fuera un miembro fantasma-. ¡Mierda! ¡Vengan pronto! -Aquél miembro fantasma le ardía como si tuviera todo el brazo asándose al carbón en una parrilla.

-Gary... -La voz de Richard había perdido vitalidad-. ¿Podrías...?

-Imagino que sí. -La lucha había terminado demasiado temprano. Gary aún tenía deseos de excitarse. Qué mejor que infringir algo de dolor con la excusa de ayudar con las heridas el chico. A pesar de tener la camisa empapada de sangre (sangre que aún seguía brotando gota por gota) Gary se acercó hacia donde el chico.

-Deberíamos irnos ya. -Susurró Richard. Los demás apenas le oyeron. Hablar le resultaba peor que respirar.

-Vámonos de aquí, por favor. -Gimió Naomi-. ¿Y si vienen más?

-¡¿Pero qué mierda haces?! -Gritó Dennis como si alguien le estuviera matando. Con un movimiento rápido y violento, Gary le había colocado el hombro de nuevo en su lugar. Los aullidos de Dennis hubieran sido la sensación en un festival de *black metal*.

-Calla, marica. -Le regañó el psicópata-. Y busca algo con qué cubrirte esa mano.

-Calma, chico. Yo te ayudo. -Chelsea se le acercó con la mejor de las intenciones pero Dennis no quería que nadie lo tocara. El brazo herido le hormigueaba horriblemente y con la otra mano lanzaba manotazos débiles al aire tratando de espantar a la mujer del pañuelo. Cuando miró el agujero en su mano, el dolor se disparó de golpe. No había forma alguna de describir el malestar.

Adam escuchaba todo echado sobre el pasto boca arriba. Aún seguía respirando grandes bocanadas de aire y sentía como si lo hubieran dejado colgando varias horas con una cuerda alrededor del cuello. De pronto sintió que mejoraba repentinamente al saber que los demás estaban peor que él. Sin embargo aún había algo que lo sumía en un estado de incomodidad bastante doloroso. Se preguntaba.

-¿Y dónde está Shannon y la niña? -Preguntó Naomi. El cuerpo de Adam se estremeció con un escalofrío. Aún no tenía fuerzas para ponerse de pie, pero necesitaba hacerlo con ansiedad. *No te preocupes Adam. Me estoy encargando de cuidarlas personalmente, hijo. No te agites.*

## El cobertizo

-Tal vez si empujamos un poco... -Algunos maderos de leña se vinieron abajo cuando Shannon intentó cerrar la puerta para abrirla de nuevo. *Pero qué idiota que soy.* Ahora la puerta estaba completamente bloqueada por la madera. De ninguna manera, ni haciendo toda la fuerza posible, podría abrirla ahora.

-¿Qué paso? -Preguntó Kalia acariciando a su perro. El animal parecía haberse recuperado del golpe.

-Nada. Es solo que no puedo abrir la puerta ahora que la leña bloquea el paso.

-¿No puedes abrir la puerta? -Como si preguntar en vano pudiera cambiar la situación.

-No. ¿Ahora qué hacemos, niña? -Shannon sabía que con solo hacer la leña a un lado podría abrir un espacio suficiente como para abrir la puerta y salir,

pero decidió que era mejor entretener y preparar a la niña para momentos críticos como aquél.

-¿Yo? No... no sé. ¿Les gritamos a los de afuera? -Mala decisión. La niña no podía depender siempre de los demás.

-Ya nos habrían escuchado hace mucho. Solo estamos las dos en esto. ¿Se te ocurre algo? ¿Cómo podríamos salir? -La poca luz que se filtraba a través de las rendijas hacía que el cuarto pareciera una habitación de revelado de fotos.

-Intenta abrir la puerta otra vez. -Shannon refunfuñó de manera inaudible, pero le hizo caso. Si estuviera sola, la niña moriría en aquél lugar gritando y humedeciendo el suelo con sus lágrimas.

-Nada. ¿Y ahora?

-¿No podrías hacer un agujero con el hacha? -Al diablo con el entrenamiento.

-Venga, niña. Ayúdame a mover los maderos hacia ese rincón. -Le señaló el rincón hueco donde estaban apiladas algunas mantas. -Shannon llevó dos maderos de una sola vez. Estaba desesperada por salir de aquél lugar.

-Pero pesan mucho.

-¿Y qué quieres que haga? ¿Qué te los corte en pedacitos? -Vamos, mocosa, tienes que hacer un esfuerzo. -Shannon empezaba a preferir un cuervo a la niña.

-Pero...

-¡A mover el culo! -No toleraba aquellas situaciones. Perder la paciencia era una de sus especialidades. Tampoco esperaba modificar su actitud para caerle bien a todos con los que se topaba, y menos en un par de días de convivencia social. Pero la pequeña figura de la niña allí parada le hacía remorderse la consciencia-. Kalia... tenemos que salir lo más rápido que podamos de aquí. Puede que el bus se vaya de aquí sin nosotras. Ayúdame aunque sea rodando los leños, ¿de acuerdo?

-Bueno. -Al menos todavía se mostraba cooperativa.

-Muy bien. Manos a la obra.



Era más que evidente que no podrían resistir un segundo ataque. Dennis era una figura que se desvanecía a gritos. Apenas podía caminar, incluso teniendo casi todo su peso apoyado en el cuerpo de Chelsea. Su brazo derecho ya no tenía ninguna utilidad, aunque todavía tenía posibilidades de seguirle los pasos a Rick Allen.

Sin hacer caso de sus reclamos, Naomi le había quitado la camisa a Gary y lo cubrió con su chompa ploma, la cual se manchó de sangre inmediatamente en la zona de la clavícula. La herida se había convertido en una masa gelatinosa. Gary leyó el estampado en el polo de la rubia-. Claro que eres mi sueño americano. Espero ser el tuyo también. -Ella podía asumir que lo decía en serio aunque también podía pensar que deliraba por la pérdida de sangre. Cuando Gary la vio sonreír y ruborizarse supo que era lo primero. Ya la tenía en el bote.

Dentro del bus, Grace se había acurrucado en un asiento y permanecía silenciosa. No había dicho una sola palabra en todo el camino. Estaba completamente ausente y tenía preocupada a Chelsea. No era nada lógico que hubiera perdido a su marido y estuviera esbozando una sonrisa temblorosa. Chelsea se olvidó pronto de la sonrisa. Le faltaba el aire, estaba sumamente fatigada y le costaba mantenerse de pie sintiendo horribles punzadas en la cabeza. Se echó en un asiento. Que Richard la perdonara pero ya no podía mover ni un dedo.

El grandulón subió los escalones del bus sintiendo que escalaba una montaña. Sabía que tenía las costillas rotas y trataba de mover su pecho lo menos posible. Hubiera hecho un excelente papel de muerto en una película. Su pecho apenas se movía con cada respiración-. Venga, chico, ya estás arriba. -Con esfuerzo supremo, ayudó a Dennis a subir los escalones, lo condujo por el pasillo y lo dejó en un asiento. Le había dado un pañuelo para que lo mordiera. No servía en nada para mitigar el dolor, sin embargo, ayudaba mucho para desfogar su amargura... al menos hasta cierto punto.

-¡Vámonos de aquí! Necesito un maldito analgésico -Dennis escupió el pañuelo en la pierna de Richard y siguió gritando con la muñeca envuelta en

un pedazo de tela. La mano le había dejado de sangrar pero el dolor era una pesadilla. La combinación de aquello más los agujijones que sentía en su hombro recién acomodado hacían que se retorciera más en el asiento.

-Estás de suerte, chico. -Dijo Gary acercándose por el pasillo con una botella de alcohol en la mano. La botella estaba llena casi hasta la mitad. Tras revisar en la guantera, había decidido que no necesitaba el algodón (guardado dentro de una bolsa amarillenta), ni las tijeras (al menos no por ahora, tal vez luego cuando intentara degollar a alguien más). Había más cosas en el compartimento pero nadie pretendía revisarlas en aquél instante. Gary se acercó no precisamente con gentileza hacia el chico. La botella ya estaba destapada. Vertió el líquido como si celebrara año nuevo con champagne. Esta vez, los gritos de Dennis se escucharon claramente hasta dentro del cobertizo donde Shannon y Kalia movían leños con la dedicación de las hormigas.

Adam había desaparecido dentro de la casa. Las marcas de estrangulamiento en su cuello se habían hecho más visibles. Era una raya amplia de color escarlata con bordes y manchas moradas. No tenía idea de cuántas venas o arterias se le habían reventado, pero estaba agradecido de poder respirar libremente de nuevo. No había nadie en el sótano. Afuera escuchó que el motor del Greyhound se había encendido ya. Aún tenía el ultimátum en mente. *O las encuentras antes de que hayamos dado la vuelta con el bus o te olvidas de ellas. Tenemos que irnos chico, no sabemos cuánto tiempo tenemos antes de que los cuervos regresen.*

-¡La comida está lista! -Adam se había cansado de gritar *Hola* una y otra vez, pero aun así nadie le contestaba. El Greyhound seguía encendido pero todavía no lo escuchaba avanzar. *Jesucristo*, pensó cuando abrió una puerta en el primer pasillo y unas piernas largas con gruesas medias aparecieron estiradas sobre el suelo. La anciana muerta. Que el cielo se apiadara de su alma... si es que primero se apiadaba de los vivos que trataban de sobrevivir.

Unos golpes en el segundo piso llamaron la atención del chico. *¿Qué demonios estaban haciendo allá arriba?* Ya les preguntaría después. Subió de prisa. Sintió unos hincos en la pierna izquierda ya casi en los últimos escalones. Al parecer también lo habían golpeado allí sin que se diera cuenta. Nuevamente escuchó un sonido. Parecía el ruido de unos pasos que caminaban sobre la madera, pero no en aquél piso, sino sobre su cabeza. *El ático.*



¿Habían encontrado la llave de la habitación cerrada? Cuando llegó al lugar, la puerta seguía cerrada. Estiró su mano e hizo girar la perilla con desesperación. Una y otra vez a pesar de seguir cerrada y de saber que no lograba nada haciendo aquello. Golpeó la puerta con el puño-. Eh, ahí. ¿Están adentro? -Silencio. ¿Habían sido pasos lo que realmente escuchó hace un momento? Golpeó la puerta nuevamente. Arriba le contestaron con un golpe seco cuyo eco murió al instante. Definitivamente había alguien adentro. ¿Las habría encerrado un cuervo allá adentro?

Adam arremetió contra la puerta con el hombro. Hubo más dolor que éxito. No podría hacer nada solo golpeando, necesitaba algo. Decidió traer algo del piso de abajo. Mientras bajaba las escaleras a prisa, escuchó que el Greyhound se comenzaba a mover. No sabía qué tan difícil sería mover semejante bus en la dirección opuesta, pero lo mejor era moverse de prisa.

Regresó arriba con un tronco de leña. Uno de sus extremos era puntiagudo. Adam tenía fe de que aquél extremo, combinado con su fuerza, fuera capaz de hacer un agujero en la puerta.

Con el primer golpe, la madera en la puerta se astilló más de lo que se había resquebrajado el día anterior con las embestidas de Richard. Un segundo y un tercer golpe hicieron que pedazos de madera comenzaran a caer al suelo. El leño no resistió mucho tiempo intacto. Considerando que había estado en una hoguera, el madero había resistido más de lo esperado. Ahora eran trozos de leña esparcidos en el suelo. Sin embargo, el trabajo estaba hecho. Un agujero se asomaba en la puerta. Un hueco lo suficientemente grande como para que la mano de Adam se introdujera por él y abriera el cerrojo a duras penas. La puerta se abrió con gemido sepulcral. Del otro lado había una caja de cartón de un metro de alto llena hasta el tope de leños. Alguien la había dejado a propósito para bloquear la entrada. No había muebles en aquél lugar, no había grifería ni conexiones de luz, había puertas cerradas con obstáculos innecesarios. ¿Quién demonios había vivido en ese lugar?

A lo lejos se podía escuchar el suave rumor de un motor. Adam se preguntó si ya le habrían dado vuelta al bus. Apenas tendría tiempo para subir a las chicas si es que un nuevo ataque tenía lugar. Trepó por encima de la caja de leños y aterrizó por las escaleras que conducían hacia el nivel más alto de la casa. Había un tragaluz en una pared: una ventana circular completamente sucia por

donde luz apenas podía pasar. Cuando llegó a la cima, Adam jadeaba y un calor anormal le recorría el cuello.

-Me llamo Parker, Adam Parker. Quien quiera que se esconda en la oscuridad... no tiene posibilidades: está rodeado. -Adam estaba poseído por un miedo inexplicable. Tenía que burlarse de sí mismo para evitar salir corriendo de aquél lugar. ¿Por qué no le contestaba nadie? Porque no había nadie. *¿Y qué pasó con los pasos?*, se preguntó. *¿Imaginación?* Imposible. Su mirada se paseó por la habitación con lentitud, tratando de percibir algún movimiento. Había gran cantidad de ropa tirada. Ropa pequeña. Una cucharilla de té. Manchas oscuras sobre la madera dispersas en varios lugares. Una silla dominaba la escena. Una silla en medio de la habitación. Colgaban un par de cadenas de ésta. Adam tragó saliva. Una de las cadenas se balanceaba de manera casi imperceptible. Afuera, la bocina del Greyhound sonaba con impaciencia.

Cuando decidió salir de allí, ya fue demasiado tarde. ¿Por qué no? Adam solía ser un chico de reacciones tardías. Y cuando una figura pequeña se le acercó con pasos torpes y lentos, Adam supo que había caído nuevamente en la vieja costumbre de la indecisión. Sin embargo, él permaneció parado mientras la figura se le acercaba. Abajo escuchó los pasos de alguien que había entrado en la casa. ¿Debía permanecer callado e inmóvil?

El rostro de la figura que se le acercó se detuvo a centímetros de la luz directa que entraba por el tragaluz. Era un niño. No podía tener más de siete años. En realidad no se podía saber qué edad tenía, las formas de su rostro delataban su condición: el niño llevaba en sus genes el síndrome de Down. Pero aquello no fue lo que más le llamó la atención a Adam. Aquél niño lo miraba fijamente a través de unos lustrosos y temblorosos globos oculares negros.

-¿Vas a intentar matarme? -Preguntó Adam. Los niños no eran diferentes de los adultos. Ya lo había comprobado personalmente en Norfolk al ver cómo algunos pequeños asesinaban sin piedad a diestra y siniestra. Frente al niño con el síndrome de Down, Adam sentía que sus oportunidades de supervivencia se multiplicaban positivamente. Había escuchado que ellos solían tener una fuerza desmesurada pero, diablos, el pequeño era de la mitad de su altura y lucía tan débil e indefenso como un pez atrapado en un anzuelo.

El niño pronunció un largo “Ahhh” y luego empezó a soltar balbuceos que no

tenían ningún sentido, aunque tal vez para él sí. Alguien tocó la bocina del Greyhound tres veces. Mientras tanto, el niño se le fue acercando a Adam con la gracia de alguien que recién aprende a caminar.

Dejó que se acercara a unos centímetros de él. El niño miraba a Adam de manera distraída, moviendo mucho la cabeza y agitando los brazos como tratando de atrapar algo invisible en el aire. Adam podía lanzarlo lejos de una patada o someterlo bajo un dolor terrible si es que de pronto se volvía violento. No podía hacer nada hasta ese momento. Sentía una compasión inexplicable que lo inmovilizaba. *¡Es un cuervo, por todos los demonios!* Y también era un niño. Tal vez debía arriesgarse y confiar.

El niño se abrazó de su pierna y emitió otra serie de palabras ininteligibles. Adam se inclinó para verlo con detenimiento. Vio que había manchado su pantalón con baba y aun así, el niño oprimía su rostro contra su pierna con fuerza. Esperaba que en cualquier momento lo mordiera. Las manos de Adam eran dos puños oprimidos sin voluntad.

Ya no sonaba la bocina. Tal vez ya se habían largado. Adam estaba en un lugar aparte, un ambiente familiar. Su puño se relajó y su mano se deslizó hacia la cabeza del niño. Le acarició el cabello, lo que provocó una nueva serie de balbuceos. Adam se sorprendió al escuchar la palabra “peludo” entre la enredadera de incoherencias que salían de la boca del niño. Escuchó pasos en el primer piso. Alguien había entrado y corría por los pasillos buscándolo seguramente.

-Sube... ¿quieres que te cargue? -Preguntó Adam inclinándose aún más-. ¿Arriba? ¿Saltas? ¿Brazos? ¿Upa? -El niño no quería desprenderse de su pierna-. Hora de irnos, chico. Arre. -Quien fuera que lo buscara, ya había subido al segundo piso. Pronto encontraría la puerta abierta del ático-. Ua. - Dijo el niño y comenzó a saltar, aún abrazado de la pierna de Adam-. Ua. -Le contestó Adam tratando de convencerlo de trepar en sus brazos-. Ua, ua. Tepa. -Y el niño abrió los brazos y dejó que Adam lo llevara hacia arriba.

*Tranquilo chico, vas a estar bien.* Adam había regresado varios años al pasado. Nuevamente estaba dentro de su casa en la calle Prospect en Seattle, Washington. Un oficial fornido y con una barba tupida le susurraba al oído mientras se lo llevaba en brazos hacia el exterior donde aguardaba una camilla y los paramédicos. *Tranquilo, pequeño, ya estás a salvo. Todo está bien.*

Adam le susurraba las mismas palabras al niño mientras caminaba rumbo a las escaleras.

Varios escalones más abajo, Shannon subía a toda prisa-. Ahí estás. Vámonos, Adam, no te imaginas lo impacientes que están todos en el bus. Por poco te dejan acá buscando fantasmas. ¿Y ese niño? ¿Un nuevo integrante de la familia?

Adam le contestó con un gesto afirmativo de la cabeza-. Ya te contaré cuando subamos al bus.

-Bueno. Hora de partir.

Tras una larga discusión decidieron llevar al niño en lugar de lanzarlo por la ventana. El niño no se había inmutado ante las amenazas de Naomi ni ante la cercanía de los puños de Gary. Parecía no entender nada y todo se lo atribuían a la afectación de su cerebro por el síndrome de Down. Lo llevaban como prisionero y lo tuvieron muy bien vigilado al principio. Un rato más tarde se aburrieron de observar cómo el niño lamía la ventana y aplaudía cada vez que lanzaba un eructo.

El pequeño cuervo se había acomodado al fondo del Greyhound y Hunter se había acercado varias veces a lamerle la mano. Kalia había intentado entablar una conversación con el niño pero no había tenido éxito. La niña se había reído más de una vez con los gestos y las palabras del pequeño. Le había llamado la atención lo diferente de su rostro y le había preguntado a Adam qué le pasaba. A mitad de la explicación surgió el nombre del niño.

-¿21? -Preguntó Kalia extrañada.

-Como el cromosoma ¿Te gusta ese nombre para el niño?

-Claro que no. ¿Te gustaría que a ti te llamen 20 o 19? Mejor otro nombre.

-¿Qué tal Jack?

-¿Cómo mi vecino?

-Es coincidencia. -¿Qué hacían discutiendo por un maldito nombre? Si no le gustaba ese nombre, que ella escogiera uno. Fin de la historia. ¿A quién le importaba? Ni siquiera al niño le preocupaba un nombre.

-Está bien. -*Menos mal, niña, menos mal.*

Después de que el niño se durmiera, Adam intentó hacer lo mismo. Cerró los ojos pero los jadeos y constantes quejidos de Dennis le impedían conciliar el sueño. No podía culparlo y no quería imaginar cómo debía de sentirse tener un agujero del tamaño de una moneda en la mano.

-Quédate un rato aquí con Jack. -Le susurró a Kalia. La niña asintió con un

gesto de la cabeza y trepó al asiento sin el menor cuidado. Jack se movió en su lugar pero siguió ausente y ajeno a la realidad-. Si puedes, duerme también. -Y se fue caminando por el pasillo. Si pasaba algo, ya la escucharía gritar.

Pasó junto a Dennis con rapidez. Unos asientos más adelante, las piernas de Shannon colgaban del reposa brazos del asiento. Se había quitado las zapatillas y las había puesto junto al asiento como quien las coloca junto a su cama. Tenía unas medias a rayas de colores amarillo y granate. Un agujero en la media derecha le daba cabida libre a su dedo meñique para que se asomara al exterior con libertad. Adam pasó junto a ella con cuidado. Tenía los ojos cerrados y la boca entreabierta.

-Hola. -Castañeteó Adam. Adelante hacía mucho más frío que atrás.

-Ah. Hola, sigues aquí. Pensé que el niño ya te había asesinado. -Naomi era una de las que se había opuesto al acogimiento de Jack. Al final había accedido con tal de que lo mantuvieran lo más alejada posible de ella.

-Para nada. Duerme como un koala. Pero no es por eso que vengo aquí. Quisiera pedirte algo que llevas en la mochila.

Discutieron por varios minutos, no por el préstamo en sí, sino por la osadía de Adam de haber metido sus narices en propiedad privada. *¿En qué momento revisaste mi mochila? ¿Qué otras cosas viste? ¿No te habrás llevado algo?* Mientras tanto, el Greyhound se desviaba nuevamente de improviso y todos los pasajeros eran arrastrados hacia un costado por la nada delicada gravedad. Gary trataba de mantener el pedal a fondo pero era imposible hacerlo sin embestir un auto durante el lento avance por la carretera. Había por lo menos un auto abandonado en la pista cada trescientos metros (y aquello eran cifras más bien optimistas). Las puertas abiertas y los ocasionales rastros de sangre cerca de las llantas le daban un aspecto deprimente al ambiente. En ocasiones, la aglomeración de autos obligaba a Gary a cambiar de carril. Cruzaba sobre una hendidura de hierbas secas que eran dejadas atrás agonizando tras soportar el peso del autobús.

-Solo esto y nada más. ¡Y no te atrevas a revisar de nuevo mi mochila! -Naomi lo amenazó con el gesto, con el dedo y con un tono de voz que no daba lugar a

objeciones.

-Gracias. -Le contestó Adam de buen agrado. No necesitaba más. En ese instante abandonaban Virginia definitivamente. Por la ventana pasó con rapidez un asta con la bandera del país flameando descontroladamente. El cielo seguía estando claro y las ramas deformes y desproporcionadas de una multitud de árboles, comenzaban a rodear cada vez con más frecuencia al Greyhound. Eran los únicos seres vivos (aparte de ocasionales aves que surfeaban a través de las nubes) que se atrevieron a dar la cara una vez que los supervivientes entraron en Maryland.

-¿Qué mierda quieres? ¡Déjame en paz! -Dennis seguía mostrando una actitud hosca e inflexible. Era lo mejor que tenía a la mano para aliviar en algo su dolor. Había sacado su mano del cabestrillo (hecho con jirones de una manta húmeda de cobertizo) y había puesto su brazo entre sus rodillas.

-Tal vez esto ayude. -Repuso Adam mientras sacudía una pequeña bolsita con polvo blanco que colgaba de sus dedos.

-Maldito seas, Adam. ¿Cuándo me ibas a decir que eras un camello? Dame eso de una vez.

-Toma. Mi última entrega. Con esto me retiro oficialmente del negocio. Toma esto también. -Dennis estiró su mano sana para sostener un espejo y un billete.

-¿En serio eres un camello?

-No. Solo quería que cierras la maldita boca de una vez.

-Gracias, hermano. Te la debo. Pero no creas que te voy a invitar. -Adam lo ayudó a dibujar las líneas sobre el espejo y se fue una vez que todo hubo desaparecido por las fosas nasales de Dennis. Era suficiente cocaína como para anestesiar todo su cuerpo. Ahora podían cortarle el brazo y Dennis ni siquiera se daría cuenta.

-¿No tienes sueño? -Le preguntó Adam a Kalia al encontrarla rascándose la panza.

- Tengo hambre. ¿Cuándo vamos a parar en algún Wal-Mart?
- No hay Wal-Mart por aquí.
- Donde sea que haya comida. -Insistió mirándolo con irritante sufrimiento.
- Tan pronto como encontremos un lugar.

-¡Abra la puerta! -Le gritó el obeso con el uniforme de los *Baltimore Ravens* a Gary una vez que los arrinconaron con un par de camionetas Ford de idéntico modelo pero de distinto color. El obeso le apuntaba a la cara con una escopeta; otro hombre que subió al Greyhound cuando se abrió la puerta, llevaba un rifle con mira telescópica. Era un hombre aún más obeso que el primero. El de la camiseta de los *Ravens* subió atrás del otro tipo.

Richard se reclinó en su asiento. Había estado echado desde que partieron y deseaba que durante el viaje, sus costillas milagrosamente se hubieran soldado. Cuando hizo algo de fuerza para inclinarse hacia adelante, el dolor volvió como una patada repentina de un caballo salvaje.

-Danos todo lo que tengas para comer o te vuelo la cabeza. -Le amenazó el fanático de los *Ravens* a Gary. El otro tipo avanzaba por el pasillo mirando en todos los asientos con minuciosidad mientras avanzaba.

-Si quisieras volarme la cabeza, ya lo habrías hecho. -Le respondió Gary sin sobresaltarse a pesar de tener el cañón del arma a apenas unos centímetros de su cara-. Y no sé si habrás visto las señales en el camino, pero allá adelante



hay una ciudad llamada Salisbury.

-Cállate. -Le ordenó el obeso y volteando rápidamente la escopeta, golpeó a Gary en el hombro con la culata. El dolor fue minúsculo en comparación a la ira explosiva que tenía que contener el psicópata.

Algunos asientos más atrás, el otro obeso le arranchaba la mochila a Naomi y revisaba en su interior a pesar de los ataques furiosos de ésta por evitar que el desconocido violara su intimidad. Estaban todos indefensos ante el poder del fuego y la voracidad del hambre. La mochila de Naomi no guardaba nada de interés para el intruso. A lo lejos, un auto se acercaba a toda velocidad.

-Vamos hombre, tienen una ciudad entera para ustedes allá adelante. -Les reclamó Richard para tratar de apaciguarlos. A lo lejos se podía escuchar el rumor de un motor que se acercaba a toda velocidad.

-Se llevaron toda nuestra comida. -Dijo el obeso.

-¿Qué? -Exclamó Chelsea asomando su cabeza por encima del asiento.

-¿Está diciéndome que no hay nada para comer en una ciudad de treinta mil habitantes? -Preguntó Richard.

-Ni una migaja de pan. Y no son treinta mil, somos menos de cien los que quedamos.

-¿Qué me miras? -Dijo Shannon cuando el obeso pasó por su lado. El hombre siguió de largo.

Las llantas del auto que se acercaba chirriaron cuando éste se detuvo junto al Greyhound. El obeso con el uniforme de los *Ravens* volteó a ver pero no se inmutó por la llegada de los visitantes. Sin duda eran conocidos. El otro obeso había llegado hasta el último asiento y tras revisar el baño, regresó a toda prisa hacia adelante.

-Hay un grupo de ciervos al oeste de Sharps. Los estamos rodeando. -Dijo un hombre joven de cabello rojizo que sudaba como si hubiera estado adentro de una lavadora industrial.

-Vamos. -Dijo el hombre obeso-. Suban por el Bypass y bordeen Salisbury. Si los vemos de nuevo por acá los matamos. ¿Entendido? -Presionó el pómulo de Gary con el cañón de la escopeta antes de abandonar el Greyhound.

Los piratas de la carretera treparon a sus camionetas. Pasaron por debajo del cartel que rezaba “Fruitland – Salisbury” como si el mismo diablo los persiguiera. Richard se preguntó si el hombre había regresado de nuevo a su época de cazador. Algo devastador había arrasado en una noche a miles de almas (y eso era sólo en aquella pequeña ciudad). Los cuervos no podían estar muy lejos; después de todo, allí debían sentirse como en casa. Baltimore estaba muy cerca de allí. Tal vez los cuervos se dirigían en peregrinación hacia ese lugar para visitar la tumba de su padre.

Una vez que los obesos se fueron, el área donde estaba el Greyhound estacionado quedó en silencio (Dennis había dejado de quejarse por fin aunque pronto necesitaría otra dosis). No había ferrocarril que transitara sobre los rieles oxidados y cubiertos de piedrecillas que sobresalían al costado. Pronto se cubrirían de musgo y hierba y algún día la naturaleza se encargaría de extenderse sobre el asfalto y estrecharse las manos. Un ave pasó cruzando por delante del bus. Otra avecilla, un poco más grande que la primera, se le acercó. Las dos se fueron piando y saltando hacia el oeste, donde en la lejanía se extendía una larga y difusa columna de humo. Demasiado lejos, más allá del alcance y la comprensión de los supervivientes.

En la parte de atrás, Kalia seguía debajo del brazo de Adam. Jack ni siquiera se había movido desde que se habían detenido. Mientras tanto, el labrador seguía jadeando debajo del asiento. Más adelante, la cabeza de Shannon se asomó por el asiento y se puso a mirar hacia adelante y atrás. Su expresión era indefinida, no se podía leer. Tras un rápido vistazo, volvió a desaparecer.

Las nubes cubrían el cielo casi en su totalidad cuando Gary decidió encender de nuevo el Greyhound. El bus tosió y se resistió a encender a la primera vez y fueron necesarios algunos intentos más para que por fin la combustión del motor se pusiera en marcha. Gary le echó una mirada a un anuncio clavado a un lado de la carretera en la que una chica era cargada por un hombre semidesnudo y ambos miraban hacia el frente con sonrisas falsas mientras ella sostenía una botella de Kreps. Más abajo se leía: “Demasiado bueno para ser

verdad.” Gary deseó que los creativos de la agencia de publicidad que habían hecho ese anuncio estuvieran muertos. Arrancó con calma y tomó el camino que le había indicado el obeso. Un animal de cola negra corrió rápidamente enfrente del Greyhound y desapareció entre los arbustos. ¿Algún presagio? Gary mandó al diablo al animal entre dientes. No era hombre supersticioso, solo era un poco asesino.

## Una bienvenida nuclear

-¿Sabes a dónde vamos? -Preguntó Shannon cuando se acercó hacia el asiento del conductor.

-Ni siquiera sé dónde estamos. -Le contestó Gary mirando solamente el camino.

-Ya veo. Te acuerdas cómo manejar y a la vez has olvidado cómo leer las señales del camino.

-Piérdete si no quieres que me acuerde cómo es que embalsamaba a los muertos.

-Como quieras, pero trata de avisarnos cuando veas algo de movimiento allá adelante. No me gusta nada esto de estar avanzando sin rumbo. ¡Mierda! - Shannon cayó sobre un asiento cuando Gary hizo un giro brusco para evitar una caravana estacionada a un lado del camino.

-Hey, deja de joder al conductor. -Le gritó Naomi desde atrás, levantando la cabeza apenas por el asiento. Apenas trataba de moverse para no disipar el calor que había acumulado abrazándose a sí misma.

En la parte de atrás, Dennis se reía de algo incomprensible y Hunter aullaba como si le hubieran extirpado un diente. Gary hizo otro movimiento brusco y el viento siguió silbando a través de las ventanas.

-Eh, chica. ¿Querías movimiento? ¿Qué te parece eso? -Añadió Gary con los ojos fijos en la carretera.

-¡Hijo de puta! -Gritó Shannon buscando algo firme de lo que aferrarse antes de lanzarse hacia la garganta del conductor.

-¿Qué crees que hacen? -Preguntó Gary haciendo un movimiento con la cabeza y bajando la voz hablando casi en un susurro.

-¿De qué hablas?

-Mira hacia la derecha.

A una distancia no tan lejana había un grupo de personas encaramadas en el techo de una iglesia metodista. Uno de ellos movió su brazo con ansiedad para

hacerles notar a los viajeros que los necesitaban con urgencia. Gary apretó el acelerador haciendo caso omiso de los gestos del extraño. Al menos iban a morir sobre terreno sagrado. ¿Para qué llevarlos consigo? Por otro lado, solo era cuestión de tiempo antes de que aquél millar de cuervos que caminaban en la cercanía, se dieran cuenta de la presencia de supervivientes en aquél lugar. Si a ellos los habían detectado con facilidad dentro de la cabaña, a los tipos encima del techo los hallarían con mayor rapidez.

-¿A dónde van? -Preguntó Shannon hablando consigo misma.

-¿Qué importa? ¿Y cómo sabes que son ellos? Ni siquiera puedes verles los ojos. -Gruñó Gary virando hacia el carril contrario para esquivar una furgoneta.

-Es fácil reconocerlos. ¿Qué hacen? Se alejan a través de los árboles como si persiguieran algo. ¡Mira! Hay alguien que les está disparando allá. Pero no responden. Siguen corriendo hacia los árboles como si no tuvieran otra cosa que hacer. ¡Pero qué caraj...!

Salisbury se convertía en un remedo de la superficie del Sol cuando la marea rojiza de una explosión comenzó a devorar sus calles. Un hongo plumizo, más oscuro que el de una erupción volcánica comenzó a ascender con rapidez hacia las nubes para luego irse abriendo lentamente como una flor en el culmen de su eclosión.

La onda expansiva cubrió el Greyhound como el agua de mar cubre la arena. Con salvaje delicadeza, la estructura metálica del bus se deformó como la superficie del agua por un instante más breve que un parpadeo. Era como si una infinidad de manos invisibles acariciaran las ventanas y el aluminio con anhelos destructivos. Las ventanas estallaron. Un sinfín de gritos recorría la carretera. Y tan rápido como el resoplido de la explosión pasó sobre ellos, también los abandonó, avanzando hacia desconocidas distancias donde los pasos de miles de hombres transformados recorrían la suave alfombra de la naturaleza.

Mientras el motor rugía y los supervivientes se estremecían todavía sobre sus asientos, una bandada de aviones negros cruzaba el cielo en su destructivo recorrido hacia el oeste del país. La nube seguía creciendo y el hongo se disipaba formando rostros y gestos aborrecibles.

-Aguanta, perra, aguanta. -Eran los jadeos de Gary tratando de enderezar semejante vehículo tras la sacudida. Soplaban el viento con tal fuerza que las ramas de los árboles que rodeaban la carretera salían volando por los aires como las hojas de los dientes de león. El pasto se aplanaba contra el suelo como pidiendo misericordia, mientras el Greyhound giraba sus llantas delanteras hacia la izquierda mientras su voluminosa carrocería se inclinaba hacia la derecha.

A las manos de los supervivientes les hacía falta garras para poder aferrarse a las superficies dentro del bus. Hunter se había resguardado debajo de un asiento en el lado derecho y pronto recibió la visita de Jack y Kalia que aparecieron saltando y golpeándose pero agarrados fuertemente de la mano. La niña se asió como pudo del asiento mientras jalaba a Jack, quién caía encima de ella y del perro. A diferencia de la pequeña, Jack no emitía ningún sonido. Tenía la boca abierta pero parecía haber perdido el habla. Los gritos de la niña hicieron que Hunter comenzara a gruñir sin llegar a ladrar.

Un poco más adelante, El Greyhound embistió una ambulancia y luego un Audi antes de que pudiera enderezarse en el camino. El viento iba perdiendo fuerza al mismo tiempo que la nube de humo iba ganando más y más altura.

-Nena, no creo que sea el mejor momento para esto, pero la verdad es que prefiero otro tipo de polvo. ¡No siento mi maldito brazo! -Exclamaba Dennis en una mezcla de éxtasis y dolor. Shannon había caído sobre él con gracia, como ejecutando una danza artística catártica. Dennis se había aferrado a una de las nalgas de ella y la apretaba contra sí tratando de sentir su cuerpo debajo de su ropa.

-No te rompo la mano solo porque sería lo mismo que matarte. -Le gruñó Shannon incorporándose en el asiento y observando cómo el brazo herido de Dennis le colgaba como una babosa aferrándose a una rama de un árbol. Una mancha oscura se extendía desde el hombro hasta la muñeca del chico. Si no encontraban apoyo médico pronto, la gangrena y la infección lo matarían más pronto que los cuervos o las explosiones nucleares.

Habían dejado atrás a los cuervos pero la curva de Salisbury Bypass los acercaba más hacia el oeste. La carretera se enderezaba hacia el norte varios metros más allá pero Gary no tenía idea de hacia dónde se dirigía. Solo pisaba el pedal.

-Vamos directo hacia la radiación. -Exclamó Adam abriéndose paso entre los caídos para llegar al asiento delantero. Pasó sobre el cuerpo de Richard quien le hizo una seña con el pulgar levantado. Las otras tres mujeres permanecían encogidas en un rincón aun gimiendo y con restos de cristal esparcidos sobre sus ropas y cabellos.

-No hay opción. La otra vía nos llevaba al océano y hoy no es ningún maldito día de playa. -Gary giró el volante para evitar un auto volcado. Las llantas del Greyhound saborearon el pasto antes de volver al asfalto. El bus sin parabrisas aspiraba aire por el frente aunque más que aire era una brisa tibia que llevaba cabalgando en sí algo maligno proveniente de lugares cercanos.

-Supongo que más adelante habrá alguna entrada hacia el norte.

-Siempre la hay, chico. Y la verdad es que no me interesa si es el norte o el sur con tal de encontrar un lugar dónde descansar. Estoy harto, hombre. Harto. -Hizo otro giro brusco para evitar un cadáver tendido a un lado de la pista-. Suerte la de ese tipo.

-¿No quieres que maneje un rato?

-Claro, chico. Es todo tuyo. -Gary se puso de pie de improviso mientras empujaba a Adam hacia el asiento del conductor. Adam se aferró al volante por puro instinto tratando de ubicar los pedales y descifrar su función. El Greyhound se movió de lado a lado dando las sacudidas que haría un perro policía con carne entre sus dientes.

-Hijo de... -Exclamó Adam mientras enderezaba de nuevo el bus.

-Lo que digas, chico. Lo que digas. -Gary se sentó en el primer asiento de pasajeros y se puso a mirar por el agujero sin cristal por donde entraba una ráfaga de viento que le sacudía el cabello y sus pensamientos.

-¿Ya comenzó la guerra nuclear? -masculló Richard arrastrándose por el pasillo.

-Todavía. Esto es algo pequeño. Sólo para limpiar un poco el vecindario. -Contestó Gary quien había escuchado la voz del grandullón a pesar del viento-. Pero te aseguro una cosa Richard: si ya han empezado, por Dios que no van a detenerse.

-Los cuervos son... -Interrumpió Adam desde el frente. El viento le

aguijoneaba los ojos con ferocidad a pesar de no ir a máxima velocidad-. ... no sé lo que son... pero ¿bombas nucleares? Vamos, hombre. Tiene que haber algo más aparte de ellos.

-¿Más caballos o tipos como el de anoche, tal vez? -Sugirió Richard.

-¿Se dan cuenta de lo que estamos hablando? -Musitó Gary-. ¿Caballos? ¿Cuervos? ¿Qué carajo está pasando? Esto no puede estar sucediendo en realidad. ¿Nos han drogado? ¿Somos parte de un experimento, de algún tipo de guerra química o biológica?

-¿Cuándo recuperaste la memoria? -Preguntó Richard.

-Qué importa. Nada de lo que yo recuerde o deje de recordar va a servir para ayudarnos.

-¿Y quién va a ayudarnos? -Preguntó Chelsea acercándose desde atrás con sigilo.

-Nadie, mujer. Estamos por nuestra cuenta.

-Dios. -Suspiró la mujer del pañuelo. Tenía los ojos bastante hinchados y con una pigmentación sanguinolenta que le daba el aspecto de una adicta. Su delgadez la ayudaba a entrar en el personaje.

-Ni siquiera el maldito Dios es nuestro aliado. -Prosiguió Gary regocijándose con el frescor del aire que entraba a raudales por todos los agujeros posible-. Pierdes el tiempo si lo que quieres hacer es ponerte a rezar por nosotros. Supongamos que los caballos de los que hablan son ciertos, aunque me resisto a creer...

-¿De qué hablan? -Interrumpió Shannon apareciendo en el asiento detrás de Gary.

-Cierra la boca. -Continuó el psicópata viendo cómo Shannon arrugaba el rostro-. Me niego a creer en esas estupideces de los caballos. Pero, imaginen que es verdad lo que ha pasado hasta ahora. Tres caballos. Richard, ¿de qué color era el último caballo?

-Negro.

-Perfecto. Es el Apocalipsis. ¿De qué nos sirve entonces rezar o huir?

-No había cuervos en el Apocalipsis. -Dijo Shannon.



-Qué se yo. Consigue una maldita Biblia. -Farfulló Gary exasperado.

-Que importa lo que sea... -Intervino Richard tratando de ponerse de pie. No pudo moverse mucho antes de que el dolor en el pecho volviera a torturarlo. Esta vez no pudo evitar soltar un gemido, aunque el viento se hizo cargo de que aquél ruido se perdiera entre sus susurros.

-Hey, allá atrás... -Exclamó Adam-. Voy a entrar por aquí. Creo que he visto algo allá adelante. -Adam se detuvo a un lado de la pista. Había un cartel en la acera. Las primeras dos referencias en el letrero pasaron inadvertidas a los ojos de los supervivientes: Dover y Delmar. La tercera referencia se veía más esperanzadora: Policía del Estado.

-Oye tú. -Dijo un hombre.

-¿Es a mí? –Contestó Adam.

-Sí. Hermosa esa muchacha, ¿no? -El tipo hizo una seña con la mirada a la chica con frenillos en la boca que salía por la puerta del salón.

-Si tú lo dices.

-No te preocupes, no soy una amenaza. Soy seminarista. Alonso, a tu servicio.

-Adam.

-Ah. *El hombre*. Por si no sabías el significado de tu nombre.

-Ah. No lo sabía. No soy cristiano ni practico ninguna religión por el momento.

-No vengo a convertir a nadie. -Le indicó Alonso con una sonrisa que le reveló a Adam un agujero en su larga hilera de dientes blancos-. Solo vengo a las clases de manejo y a distraerme un rato de la teología.

-Debe ser muy... -Adam giró la cabeza y pegó un salto al escuchar unas risas femeninas en el umbral de la puerta. Se trataba de otras chicas que pasaban por el pasillo de afuera en dirección desconocida.

-Te gusta esa chica, ¿no?

-Es complicado. -Contestó Adam sintiendo que su corazón utilizaba a su pulmón izquierdo como un saco de arena-. Tal vez sea más que eso.

-¿Cuándo ha sido la última vez que has tenido una enamorada?

-Creía que solo los sacerdotes podían hacer confesiones.

-Es solo curiosidad. -Otro murmullo en las cercanías de la puerta hizo sobresaltarse a Adam. El chico miró su reloj al comprobar que era otra falsa alarma. Faltaban dos minutos para el fin del break.

-Está bien. Estoy nervioso, lo admito. No he tenido enamoradas en tantos años que ya ni me acuerdo. Y cada vez que una chica se muestra amigable conmigo, de pronto tiendo a sentir algo más que gusto por ella. Como ahora. Y eso que apenas nos conocemos de dos días.

-Yo pensé que la conocías de otro lado. Digo... por lo bien que se llevaban.

-Es que la personalidad de ella me ayuda bastante. Yo tiendo a ser bastante tímido. Pero de vez en cuando aparecen chicas como ella que, simplemente me

transforman en otra persona. No sé si comprendes lo que te digo.

-Claramente. ¿Pero por qué estás tan nervioso?

-No sé qué decirle cuando vuelva. Estoy que pienso y pienso en algo, pero no me decido. En fin. Ya se me ocurrirá algo. Pero eso no es lo que más me pone ansioso, sino la obsesión.

-¿Obsesión? ¿A qué te refieres?

-No vayas a pensar que soy un depravado. -Alonso lanzó una carcajada que rebotó a su antojo por las paredes del salón vacío-. Es más serio de lo que piensas. No puedo dejar de pensar en ella. A veces no puedo dormir. Y ella no tiene la culpa de tener empatía conmigo. Imagino que es una patología. Eso es lo que sucedió con unas chicas hace algún tiempo... todavía no llego a ese extremo con Susan, pero sé que uno de estos días me pasará. -Pensó en la doctora Sandy Norman y en la terapia que había tenido con ella de niño hasta que ella viajó a Texas por otra oferta laboral. Hasta ese entonces, Adam no había tenido la ocasión de conocer mujeres y también la obsesión que llegaba con ellas. Entraron dos personas al salón de clases.

-Sabes, Adam. A mí también solía pasarme algo así.

-¿Y por eso entraste al seminario?

-Podría decirse que fue una de las razones aunque no la principal.

-¿Y cómo era tu caso?

-Solía andar con varios amigos haciendo travesuras por todos lados. No éramos del tipo de muchachos que tomaba cerveza e iba a fiestas a divertirse. Tampoco digo que éramos unos santos que no hacíamos nada, claro que no. Una vez tuvimos que pasar una noche en prisión pero no fue nada grave.

-Así que un seminarista convicto.

-Y muy pronto, un diácono convicto. El asunto sucede luego de aquél incidente con la policía: mi madre me llevó a la Iglesia para ver si podía enderezarme. Fue entonces donde la conocí. Se podría decir que fue como un amor a primera vista, claro que mi realidad fue más distinta a como la pintan en los cuentos. Lo mío se transformó en algo enfermizo. Me llevaba bien con ella. Teníamos buena química, una empatía natural. Pero el no haber tenido

experiencia anterior con las mujeres me condujo a la perdición.

-¿Qué pasó? -Preguntó Adam completamente ensimismado y haciendo caso omiso al numeroso grupo de muchachos que entró al salón en medio de risas y murmullos.

-Me obsesioné. Estaba completamente loco por ella. Era la primera chica que conocía, que me trataba bien, con la que me sentía bien. Mi único pensamiento era ella, necesitaba estar con ella, tenía que ser mi enamorada. Se llamaba Ruth. A las pocas semanas de conocerla, comencé a malinterpretar su trato hacia mi persona. Cada cosa que ella hacía la leía yo como si tratara de decirme que yo le gustaba, que sentía lo mismo que yo. Cada día acumulaba más y más señales en las palabras que decía y en los gestos que realizaba. Me obsesionaba más y más. La llamaba, la visitaba tanto hasta el punto de hacerla sentir incómoda. Incluso cuando ella empezó a evitarme, yo aún seguía convencido de que ella quería ser mi novia. La quería para mí a toda costa. Y cuando le confesé mi amor, recién pude darme cuenta de todo lo que había estado pasando.

-Cielos. -Suspiró Adam al tiempo que más y más pasos se aglomeraban en la cercanía.

-Ya con la experiencia de los años pude darme cuenta de lo que realmente me pasó, pero bueno... creo que por el camino en el que me encuentro ahora ya no voy a tener que preocuparme de nada parecido. Aunque sí me sirve para compartirlo como experiencia. Y hablando de chicas... -Susan entró por la puerta como un alma danzando por encima de las lápidas en un cementerio celta-. Tranquilo, Adam. Sólo actúa natural.

-Ya no tiene importancia.

-¿Por qué, Adam? Recién empieza tu aventura.

-Parece que ya encontró a alguien mejor con quien relacionarse.

-¿De qué hablas?

-Del tipo ese que camina junto a ella.

-¿Acaso estas ciego como Saulo? No hay nadie junto a ella.

-Muy bien alumnos... -Exclamó repentinamente la instructora-. ...Siguiendo

con nuestro curso, les presento al oficial Johnson. -Adam se distrajo cuando vio ingresar al oficial Johnson al salón de clases. Phil Johnson, el oficial que siempre pasaba a tomarse un café en las madrugadas en el restaurante donde trabajaba Adam de mesero.

-¿Listo para dos horas más de clase? -Preguntó Susan una vez que se sentó junto a Adam. No había ni rastro del tipo que había caminado junto a ella hace poco. No estaba en ningún lado del salón. Fue la primera vez que Adam comenzó a experimentar alucinaciones.

85

### El encuentro

-Parece que no hay nadie por aquí. ¡Esperen! ¡Allí! -Adam señaló un auto de la policía que se acercaba sigilosamente. El Greyhound se movía despacio por en medio de la zona de parqueo junto a un centro comercial. Habían pasado un Red Lobster pero no había ni señas de otras personas. Los autos escaseaban y un grupo de cadáveres dispersos en la entrada norte del centro comercial les indicaban que allí había habido una lucha no muy favorable para los pobladores. No tenían ganas de arriesgarse a investigar dentro del edificio y menos aún con la nube en forma de hongo aun elevándose más y más.

Chelsea le hizo señas con las manos al auto que se acercaba por encima de la división de zona levantada con concreto y pasto. A menos que los cuervos se estuvieran movilizandando en autos, no había nada que temer. Desde la lejanía todavía no podían divisarse los ojos de los conductores.

-Más les vale no hacer ruido. -Les ordenó un oficial con bigote que se asomó por la ventanilla de la patrulla. El otro oficial se mantenía en el asiento del copiloto con una escopeta en la mano. Miraba el bus y el espejo retrovisor de vez en cuando-. Venimos del otro lado del "Centre". Había un grupo de *negros* dirigiéndose hacia el este.

-¿Por qué no los mataron? -Preguntó Naomi levantando la voz. Se había asomado también por la ventana.

-No había necesidad. Y porque no podemos gastar municiones solo porque sí. Ahora muévase hacia donde sea que estuvieran yendo. Traten de detenerse solo en lugares solitarios y amplios, donde puedan ver con total claridad que

no hay enemigos a la vista. Y cambien de vehículo apenas puedan, pero váyanse de prisa. No estén mucho tiempo en un mismo lugar.

-¿A dónde van ustedes? -Preguntó Chelsea.

-A Berlín... si es que todavía existe. Tenemos familia allí. -Chelsea se preguntó si es que se refería a Berlín, Alemania. Sería algo estúpido preguntarles eso. Seguramente habría alguna ciudad cercana llamada Berlín.

-¿No pueden ayudarnos? Por favor. -Suplicó Naomi con los ojos humedeciéndose más y más.

-Lo siento. Ya tenemos suficientes problemas en el asiento trasero. -No se podía ver lo que había en el asiento de atrás. Las ventanas estaban cubiertas. Tal vez no sería buena idea saber qué había-. Les sugiero que vayan al norte. - Dijo el oficial mientras comenzaba a avanzar con lentitud hacia el sur-. El ejército está haciendo lo que puede. Si tienen suerte podrán ayudarlos, y si tienen más suerte, tal vez no hallen ningún *negro* en el camino. ¡Suerte! - Aceleraron antes de que ninguno en el Greyhound pudiera suplicarles ayuda o consejo de nuevo.

-Vámonos de una vez. -Dijo Adam mientras observaba cómo un par de cuervos aparecían por entre los árboles en la lejanía-. Va a ser bien difícil contar con la suerte durante el camino.

-¡Hijo de perra! -Gritaba Naomi de pronto abalanzándose sobre un bulto que se movía en el asiento donde ella había estado hace poco.

-Solo quería un poco más de polvo, nena. -Le contestó Dennis con el rostro blanco-. Hay suficiente para todos. ¡Arranca, Adam! ¡Vayamos a volar! ¡A por esos cuervos de mierda!

-Déjame manejar. -Le exigió Shannon a Adam. Hace un momento se había acercado hasta el asiento delantero y se había puesto a observar cómo Adam maniobraba el Greyhound. Creía poder manejar el bus ahora que había visto suficiente-. Estoy que me muero del aburrimiento allá atrás rodeada de mocosos, rockeros drogados, mujeres en estado de shock y ese maldito olor a orina de perro. Déjame el volante o te juro que me lanzo del bus y consigo un auto por mi cuenta.

-Shannon, con un demonio. Suelta el volante. Vas a hacer que nos choquemos todos.

-Quizás eso sea lo mejor para todos. ¿Me vas a dejar sí o no?

-¿Estás completamente segura que puedes manejar?

-Tan segura como que te... -Lo miró fijamente mientras se tragaba sus pensamientos y se retractaba. *Aún no*, pensó-. Demasiado segura. Dame el volante para que te des cuenta de una vez.

-Los cambios son complicados y hay que hacer fuerza para pasar de una velocidad a otr...

-Adam a la una.

-El pedal del acelerador está flojo y puedes irte hasta el fondo con poca presión y el del freno...

-Adam a las dos.

-Shannon, maldición. No es un paseo instructivo, ¡Estamos en medio del maldito Apocalipsis!

-Apártate, granuja. -Shannon se aferró al tubo vertical de aluminio que estaba junto al asiento del conductor y se impulsó con la intención de sentarse sobre el regazo de Adam. Parecía una campeona mundial de pole dance por la gracia de sus movimientos improvisados. De pronto ahora todas las cosas en el mundo comenzaban a suceder sin previo aviso.

Adam apretó el freno y el Greyhound fue perdiendo velocidad al ritmo del chirrido de las llantas arañando el suelo. Un aullido y gritos en la parte posterior eran el complemento perfecto para un accidente que se avecinaba. Aquél accidente nunca llegó a suceder. Shannon descansaba en el asiento mientras Adam se deslizaba hacia un costado, vencido y con la piel de gallina. Ahora su rumbo estaba literalmente en las manos de ella. Era un paso más que lo llevaba hacia el terreno de la obsesión. Un rasgo más de la personalidad poco ortodoxa de Shannon que lo conducía hacia la autodestrucción. Por suerte, las alucinaciones con la voz y la imagen de su padre se mantenían al margen de la situación... al menos de momento. ¿Y si un beso la convencía de devolverle el asiento? ¿Lo aceptaría como algo más que un amigo por primera vez en su vida? ¿O lo condenaría al olvido como todas y cada una de las mujeres que había conocido en el pasado?

-Disculpen. -Dijo Adam arrastrándose a tientas por el pasillo mientras miraba con ojos sumisos a sus compañeros de viaje-. Estoy demasiado cansado. Si no hubiera sido por Shannon, habría pasado por encima de un montón de vidrios y nuestro viaje se hubiera acabado.

-Nuestro viaje no, chico. El tuyo, tal vez. -Sugirió Gary abrazando a Naomi con ojos libidinosos.



-Como sea. Shannon se hará cargo del volante. -Adam necesitaba un trago. Su lengua estaba seca como una esponja y su estómago le reclamaba agua y comida como misericordia anhelaban los condenados al infierno. Se dirigió hacia el fondo del bus y se encerró en el baño. Un sabor agrio se paseaba dentro de su boca anhelando escapar.

Al quinto golpe, Adam decidió salir del baño. Se encontró con Kalia tapándose la boca para evitar soltar una risotada. Las carcajadas se escapaban por entre sus dedos como si se tratara de agua. En el asiento que daba al este, estaba Jack observando por la ventana sin vidrio hacia algo en la distancia. Hacía brincar su cuerpo y señalaba hacia algo que podía estar más allá de los edificios y los árboles. El panorama no mostraba otra cosa que no fuera devastación total.

Cuando llegó adelante, Shannon se hacía a un lado para esquivar un grupo de autos ardiendo en medio de la autopista. Maniobraba el Greyhound como si toda su vida hubiera sido una camionera en las congeladas pistas de Alaska.

A la derecha se levantaban varias tiendas bajo un mismo edificio llamado "Centre Square". Todas las tiendas estaban en llamas y el humo se arrastraba hacia el oeste movido por el viento en un tipo de danza macabra. El asfixiante hedor se apoderó del interior del bus cuando el Greyhound avanzó tras la cortina de humo. Ahora sería un pasajero más hasta que el viento ventilara el interior del vehículo, cosa que no parecía cercana dado el panorama que se avistaba una vez que traspasaron aquél muro de humo: la ciudad completa estaba en llamas.

-¿Cómo vas, Beatriz? -Le preguntó Adam a Shannon-. ¿Crees que estamos lo suficientemente purificados como para poder entrar al cielo de una vez?

-¿De qué hablas? -Preguntó ella sin dejar de mirar hacia el frente. Un grupo de autos convertidos en chatarra bloqueaba la vía de lado a lado. Decidió desviarse a la derecha para trepar por un altillo de gravilla y pasto. Emergió hacia un estacionamiento plagado de autos abandonados (algo más dispersos) y mientras empujaba algunos de ellos, se abrió paso nuevamente hacia la Ocean Highway.

-De la Divina Comedia. ¿Has leído ese libro?

-No. Detesto cuando me hablan de algo que no sé. -Contestó ella con la voz de una niña a la que acusan de algo que no ha hecho.

Adam suspiró mientras miraba hacia el frente y los costados del parabrisas por donde entraba una ráfaga de viento con aromas tóxicos que ahogaban. Escupió hacia un lado. De pronto se sentía como si se hubiera llevado un puñado de cenizas a la boca y las hubiera masticado como masticaban coca los lugareños de los Andes-. No puedes saberlo todo. -Repuso Adam en aire resignado.

-Adam, lo siento. -Dijo ella inmediatamente y volteando a verlo por primera vez, ignorando otro bloqueo de autos que se acercaba a toda velocidad-. Estoy demasiado nerviosa. Son tantas cosas las que pasan por mi cabeza que a veces no se ni lo que respondo. -Añadió mientras se llevaba de encuentro un Volkswagen pequeño en la intersección que había adelante. El Burger King y el Bob Evans se incendiaban con llamas largas e intensas saliendo por el techo y los escaparates. Un poco más allá se levantaba el Hampton Inn con un grupo de personas saltando en el techo rodeadas de llamas y un humo tan negro como el que hace no mucho brotó de la explosión nuclear en Salisbury.

-No te preocupes. A veces yo tampoco sé ni lo que pregunto.

-También siento haberte quitado el volante de esa manera. -Ahora se sentía culpable pero no avergonzada de aquello. Empezaba a sentirse furiosa consigo misma por la confusión de sentimientos en su corazón. Giró hacia el carril izquierdo-. Quizás te lo devuelva un poco más adelante... cuando me canse de destruir tantos autos.

-Quien sabe. Tal vez yo mismo te quite el volante cuando me canse de estar rodeado de mocosos, rockeros drogados, mujeres en estado de shock y ese maldito olor a orina de perro. -Adam le sonrió maliciosamente a Shannon. Ella le devolvió la sonrisa. Para cuando ella volvió a mirar al frente, un numeroso grupo de cuervos salía de la nada y cruzaba la autopista como un enjambre. Se dirigían al este a toda velocidad y parecían no prestarle atención al bus que se les venía encima.

-¡Adam! -Gimió Shannon deseando no haberle arrebatado el asiento al chico.

-¡No te detengas! -Le conminó Adam mientras se acercaba a ella y ponía su mano sobre el hombro tenso de la conductora.

Las nubes se aglomeraban sobre aquella zona como hormigas. No había caso en querer contar a la multitud de cuervos que se movilizaba como una innumerable manada de ñus migrando por el Serengeti. No habrían podido hacer nada de encontrarse afuera sin un vehículo. Shannon no se imaginaba cómo el ejército le podía hacer frente a semejante despliegue de las fuerzas enemigas. Ella tan solo siguió avanzando, esperando en lo más profundo de su alma que el Greyhound fuera tan eficaz como un rompehielos abriéndose paso en la ferocidad del despiadado Ártico.

Mientras el Greyhound iba acelerando con locura, Adam desviaba su atención de la multitud que se movía hacia otra multitud que colgaba en los brazos de los depredadores. Una cantidad inconcebible de cadáveres era llevada a costas por los cuervos. ¿Con qué fin?, se preguntó Adam. Ya estaban muertos, ya les habían arrebatado la vida. *¿Qué más querían de ellos? ¿Qué más quieren de nosotros? ¿Qué demonios está sucediendo?* Los jadeos de Shannon al faltar pocos metros para la embestida arrastraron a Adam de aquél reino de los pensamientos.

-Tranquila. Aquí estoy contigo. -Dijo Adam abrazando a Shannon de tal forma que su cuerpo la cubría de cualquier cosa que pudiera entrar por aquél parabrisas hueco. Lo único que pudo escuchar a continuación fue el grito combinado de un millar de voces que de ninguna manera podían ser humanas.

87  
Un salto de fe

Hasta ese momento, todo había sido completo silencio dentro de su mente. Habían habido solo dos desconexiones en su vida y sabía que sólo habría una tercera y última desconexión más: la suya.

Grace se levantó del asiento sintiendo sus músculos atrofiados. En otras circunstancias, habría hecho uso de ciertas medicinas estimulantes que guardaba a escondidas en una madera debajo de su cama. Su familia y el mismo Lawrence habían gastado una buena suma de dinero intentando aliviar la depresión de Grace tras la muerte de su único hijo. La adicción a los estimulantes había sido un problema que nunca habían podido resolver. Lawrence y Grace se encontraban viajando por el país como último recurso del esposo por tratar de reconfortar a su esposa, para tratar de alejarla de la automutilación de la que se había vuelto incondicional: cortes con cuchillo en el vientre y los brazos, el azote de sus extremidades contra cualquier superficie dura, total abandono de la higiene y salud corporal. Ella estaba segura de que su cuerpo había asesinado a su hijo; había que castigarlo de alguna u otra manera.

Tras mirar a través de las ventanas, el adormecimiento de Grace desapareció por completo. Comenzó a moverse por el pasillo con movimientos lentos y equilibrados a pesar del salvaje movimiento del Greyhound sobre la autopista. Se aferró a los asientos para mantenerse de pie aunque su sistema nervioso no presentaba sensaciones táctiles algunas. Grace estaba enajenada.

Allá afuera transcurría una procesión de ángeles. Viajaban por un espacio

blanco y transparente a la vez. No estaban en Maryland, ni en los Estados Unidos. ¿Dónde era ese lugar? Lo había soñado varias veces pero era la primera vez que experimentaba la visión en carne propia. Ella lo llamaba su propio cielo aunque jamás en su vida había pisado el suelo de una Iglesia.

Había cantos y susurros que apenas entendía pero que no necesitaba entenderlos para saber lo que decían. Las voces eran melódicas, deliciosas, sentía que le acariciaban sus oídos y estimulaban el resto de sus sentidos en una forma miles de veces más poderosa que con pastillas o drogas. Pero aquello no era por lo que se había parado ni el motivo por el que alargaba su cuello buscando el motivo de lo que sería su tercera desconexión.

Una multitud de seres radiantes y sonrientes (a pesar de no tener rostro alguno) danzaban en frente del Greyhound. Los demás pasajeros habían desaparecido. No tenían por qué estar incluidos en aquél mundo íntimo de ella. Los seres se movían de izquierda a derecha guiando los movimientos del bus con sus danzas. Como el viento conduciendo una hoja en su caída.

Y mientras sus ojos se adaptaban a la infinita luz que emergía desde el exterior, sus oídos pudieron escuchar con claridad la voz que la perseguía y la acechaba día a día y noche a noche desde hacía varios años. Aquella voz inocente y débil que sentía cada vez que se iba a dormir y que provenía desde lo más profundo de sus entrañas durante aquellos meses en los que estuvo embarazada.

Los hombres de luz llevaban sobre sus hombros a otras personas. Rostros familiares. Un amigo del pasado, un antiguo profesor, una vecina, el doctor que la atendió durante los primeros meses del embarazo, Mary, aquella chica que solía suministrarle las medicinas estimulantes.

Grace casi grita de la emoción al ver a un hombre radiante cargar sobre su hombro a Lawrence. *¿Cuándo tuviste tiempo de afeitarte, bandido?*, se preguntó ella al borde del llanto. La luz era más intensa alrededor de su esposo y del hombre que lo cargaba a él, pero había una luz más intensa en el regazo de Lawrence. Una diminuta silueta que lanzaba destellos y canturreaba sutilmente melodías de cuna.

Un grito se escapó de la voz de Grace al ver la diminuta figura de su hijo formándose en los brazos de su marido. Era idéntica a las imágenes que había

observado en la última ecografía que le habían realizado antes del aborto espontáneo. Después de todos estos años, allí estaba. Solo había una cosa más por hacer.

Siguiendo sus instintos, Grace se encaramó sobre uno de los asientos que había en el bus. Creyó escuchar los ladridos de un perro pero no había nadie dentro del bus aparte de ella. Ignorando todo aquello que no fuera el canto de su hijo, se aferró a la estructura de la ventana lateral del bus y miró hacia afuera. Venían hacia ella y ella iba hacia ellos a la misma vez. Hacía bastante frío pero aquello no tenía punto de comparación con el calor que emanaba de los ojos de la criatura. A pesar de lo intrigante de aquél escenario etéreo, Grace dio un salto de fe y todo se volvió oscuro repentinamente.

-¡Grace! -Gritó Chelsea al verla saltar por la ventana. Los cuerpos errantes de los caminantes comenzaban a golpear el frente del Greyhound como granizo en aquél preciso instante. Chelsea se aferró a su asiento en posición de impacto. Tras el primer golpe, ella también sintió deseos de saltar y terminar con todo aquello de una maldita vez.

Cuando Grace abrió los ojos, la oscuridad se había desvanecido. Una pequeña mano con cinco minúsculos dedos se estiraba temblorosa para aferrarse a su rostro.

-¡Detente por el amor de Dios! -Gritaron desde atrás. El Greyhound avanzaba a casi cien kilómetros por hora cuando impactó contra los cuervos y la velocidad apenas varió cuando el bus siguió yendo hacia adelante como un bólido. Había una hilera de autos más adelante que bloqueaban la vía. No habrían tenido problemas si solo se hubiera tratado de autos familiares y un taxi, pero no tenían oportunidad alguna contra el volquete Scania de nueve toneladas estacionado justo en frente.

El torso de un cuervo yacía sentado cómodamente en el primer asiento de la derecha y la sangre que brotaba de su cuerpo goteaba y se esparcía por el suelo siguiendo sendas irregulares.

-¡No puedo girar! ¡Se ha trabado! -Exclamó Shannon con el pie apretando el freno hasta el fondo. Sus manos se aferraban a un volante tieso que no tenía deseos de moverse hacia ninguno de los costados-. ¡Tampoco sirven los frenos!

-Déjame. -Adam tomó el volante y trató de hacerlo girar hacia un lado. Imposible. Al otro lado tampoco. Adam se imaginó el cuerpo de un cuervo trabado en el eje del Greyhound. ¿A cuántos habían atropellado? Tal vez habían sido unos veinte. Treinta contando los cadáveres que cargaban la mayoría de ellos. ¿En qué momento habían destrozado el sistema de frenos? Un hilo de sangre descendía por su mejilla y se aglomeraba en su barbilla para gotear. *¿En qué momento...? Al diablo-*. Vámonos. -Le agarró el brazo a Shannon y la jaló del asiento. No se tenían que preocupar por la dirección del vehículo. Ahora el Greyhound tenía vida propia y éste estaba empeinado en cometer suicidio de una vez por todas-. ¡Vamos a chocar, agárrense! -Les gritó a los demás mientras corría.

Llegaron a la mitad del pasillo cuando Adam miró hacia atrás. El volquete estaba a unos cuantos metros que solo significaban milésimas de segundos antes de que se decidiera si los supervivientes vivían o no. Saltó hacia un lado y el brazo de Shannon se le deslizó entre sus dedos sudorosos. No la vio saltar hacia el otro asiento. En ese instante el Greyhound colisionó contra el volquete y la parte delantera del bus se convertía inmediatamente en un amasijo de metal y plástico.

Pensaron que tal vez sería un golpe misericordioso pero la sensación estaba completamente alejada de sus esperanzas. Antes de que el Greyhound se comprimiera como un acordeón, antes de que los escasos cristales, la estructura interior de fibra de vidrio, la cubierta de metal y el polvo de los asientos estallaran como confeti, los supervivientes habían perdido el conocimiento. Una multitud de golpes, lesiones y fracturas iban dibujándose en sus cuerpos como estigmas milagrosos.

Todos estaban inconscientes cuando el Greyhound se volcó con las llantas hacia arriba y se arrastró diez metros más allá del carril izquierdo,

atravesando la barrera divisoria de aluminio y arrancando el pasto amarillento sobre el que estaba instalada esta.

La multitud de cuervos se agitaba no muy lejos del accidente. Se movían frenéticamente intentando reconstruir de nuevo el sendero que habían formado antes de ser arrasados. Eran como una marcha de hormigas y el Greyhound había sido como el manotazo de un gigante. Y tal como las hormigas, los cuervos no se vieron afectados de manera alguna por aquél revés. Cargaron los cadáveres que habían soltado y también llevaron a cuestras los cadáveres de sus compañeros que habían sido atropellados y siguieron la marcha.

A miles de metros encima de sus cabezas, en las oscuras, densas y gélidas nubes, un bombardero Rockwell B-1B de más de 40 metros de largo se aproximaba con cautela sobre el territorio de Salisbury obedeciendo un estricto plan de bombardeo estratégico contra la invasión. Una sombra lo seguía por detrás. Un Lockheed AC-130 dentro del cual sus artilleros se encontraban recargando con esmero el obús de 105 mm, el cañón automático de 40mm y la Vulcan de 20mm.

Mientras tanto, el Greyhound soltaba una serie de silbidos y exhalaciones de gas. El compartimento de diesel derramaba líquido inflamable sobre la autopista y sobre el estrecho terreno de pasto en medio de las dos vías. Se podía aspirar el aroma tóxico desde algunos metros. Casi a la misma distancia, la batería de un auto familiar Mazda soltaba chispas sobre la autopista como bengalas en el 4 de Julio.



## Conversación en el aire

233 KMS (IAS)  
1622 GMT/ZULU

**Shaver04:** Aeronave de combate AC-130

**Bonedigger011:** Bombardero Rockwell B1-B Lancer

**PCT:** Punto de control desde tierra

**PCT:** ¿Qué sucede?

**Bonedigger011:** Múltiples contactos en eh... Naylor Mill, eh zona codificada como... eh cuadrante Víctor... Mierda... *[Ininteligible]*... extiende... *[Estática]*

**PCT:** Shaver, ¿algún inconveniente con Bone?

**Shaver04:** Negativo. Lo tenemos encima de nosotros... todo parece ir en orden... *[incomprensible]* ...comunicaciones.

**PCT:** ¿Bone? ¿Shaver? Hay interferencias en esa zona. Cambio.

**Bonedigger011:** *[incomprensible]*...comunicación. Intentamos modificar la frecuencia pero no hay resultado. ¿Escuchan? Cambio.

**PCT:** Perdemos contacto constantemente con las unidades de esa zona.

**Bonedigger011:** Tenemos una aglomeración de miles en el aeropuerto Bennett... se desplazan en marcha hacia el este y eh... mierda... todavía hay personas allá abajo...

**PCT:** Sabes cuál es el procedimiento

**Bonedigger011:** Lo sabemos... eh... la marcha se extiende hacia el este de Víctor hasta el aeródromo Ennis y *[bloqueado por estática]*

**Shaver04:** Demasiadas interferencias... *[Incomprensible]*... 6000 pies y limpiar la superficie con rondas de 40mm

**PCT:** Bone... ¿Me copia?

**Bonedigger011:** ...pies. Creemos que la altura afecta las comunicaciones. Repito, descendemos hasta los 8000 pies. Cambio.

**PCT:** Bone... ¿Cuánta munición le hace falta para limpiar la zona?

**Bonedigger011:** 3 CBU... no... sólo bastan 2. 2 CBU. Cambio.

**Shaver04:** Tenemos al objetivo en la mira... procedemos a atacar.

**PCT:** ¡Negativo! Esperen... no ataquen todavía.

**Bonedigger011:** Control, estamos con el objetivo en la mira. Procedemos al ataque.

**PCT:** ¡Negativo! Bonedigger y Shaver. ¡Autorización denegada!

**Shaver04:** ¿Qué mierda? El protocolo estipulaba que no necesitábamos autorización para el ataque. ¿Qué sucede?

**PCT:** Tenemos... [*transmisión débil*]. Permanezcan en la zona hasta recibir nuevas indicaciones. Cambio.

**Bonedigger011:** ¿Qué sucede? El objetivo se moviliza con rapidez. Vamos a tener que hacer uso de más municiones, tenemos que atacar ya.

**PCT:** [*Transmisión bloqueada*]

**Shaver04:** Control. Lanzamiento ejecutado. Le hemos dado al edificio al sureste de Victor. Múltiples bajas confirmadas. Lanzamiento ejecutado, repito. Cambio.

**PCT:** [Estática]

**Bonedigger011:** Shaver, aquí Bone. ¿Qué sucede?

**Shaver04:** Ni idea... hemos perdido contacto con control. No se preocupen, solo necesitamos unos segundos para limpiar la zona.

**PCT:** [*Incomprensible*] ¡Cambio!

**Bonedigger011:** Control, no recibimos comunicación. Repita. Cambio.

**PCT:** ¡Regresen de inmediato!

**Shaver04:** Aún falta limpiar la zona, el objetivo...

**PCT:** ¡Abandonen la zona de inmediato! ¡Movilícense hacia Cape May! ¡Zona Lima! ¡De inmediato!

**Shaver04:** Control, solo necesitamos...

**PCT:** ¿Ya han disparado?

**Shaver04:** Solo un tiro del 105mm, pero...

**PCT:** Guarden todas la municiones que tengan, movilícense a Cape May. Repito, movilícense a Cape May. Los necesitamos a todos aquí de inmediato. Tenemos algo grande... no podemos [*incomprensible*]

**Bonedigger011:** ¿Qué mierda? Control, repita la orden. Cambio.

**Shaver04:** La comunicación se cortó de nuevo. Estamos virando hacia la nueva localización.

**PCT:** *[Incomprensible]* caído.

**Shaver04:** Control, repita. Cambio.

**PCT:** USS Barry y USS Lincoln han caído. No ejecuten ningún disparo. Necesitamos toda la munición disponible. Repito, no gasten munición. ¡Vengan de inmediato! ¡Tenemos más puntos en el cielo! ¡Vigilen el es...! *[Transmisión cortada]*

**Shaver04:** ¿Qué mierda?

**Bonedigger011:** Nos vemos en Cape May, Shaver. Cambio y fuera.

**Shaver04:** Hijo de perra.

Cuando cayó sobre el pavimento, una multitud de sensaciones envolvieron el

cuerpo de Gary. Mareos, acidez en el estómago y la boca, calor en casi todo el cuerpo menos en las manos: las sentía frías como si hubieran estado sumergidas en un recipiente lleno de cubos de hielo. ¿Emociones? Ni siquiera el dolor les podía atribuir un sentido palpable.

Estaba recostado sobre el pavimento cuando oyó que alguien se arrastraba por una de las ventanas. Era Naomi. *Es el rostro más horrible que he visto en mi vida*, pensó Gary cuando la vio emerger. Se rió del rostro cercenado de la chica y aquello lo distrajo del ardor que sentía en el vientre. Tenía la chompa completamente empapada de algo líquido. Pensó en su herida en la clavícula pero su chompa no estaba teñida totalmente de rojo sino de algo que parecía aceite de oliva aunque el líquido no era nada grasoso. El aroma penetrante que tenía impregnado daba muchas pistas. *Gasolina*, pensó de pronto.

Apenas pudo ponerse de pie y su chompa aterrizó unos centímetros más allá cuando la lanzó. De todos modos no le gustaba y le picaba bastante. Estaba consumido físicamente a tal punto que sentía que cada vez que respiraba, todas sus calorías se iban en el proceso. Pero no le importó. Se había recuperado de cosas peores. Mientras tanto, el olor a gasolina flotaba sobre su piel como una fragancia indeseada. ¡Y no había agua ni jabón para quitarse el olor!

Escuchó unos balbuceos y cuando se volvió, Naomi ya estaba de pie. *Quien diría que la zorra pudiera sobrevivir a semejante accidente. Mierda. ¡Cómo me duele esta maldita herida! ¡Y cómo odio este olor a mierda de la gasolina! Naomi eres una zorra detestable. ¡No te atrevas a hablarme!*

-Gghhss. -Exhaló Naomi con abundantes lágrimas en los ojos. Al abrir la boca se le cayeron tres dientes. Uno de ellos ya estaba partido a la mitad. Sangraba como condenada por la boca y lo mismo sucedía con la llaga que tenía en la misma zona donde Gary estaba herido. “Soy tu s...” Se leía en el polo de Naomi. La tela estaba rasgada a la mitad de su pecho que se mostraba desnudo. Gary se sintió excitado de pronto pero sus deseos iban variando conforme pasaban los segundos. La clavícula de Naomi estaba partida a la mitad y el hueso se asomaba fuera de su piel como una planta que recién emerge de la tierra tras echar raíces. Gary se sentía asquerosamente excitado y por un instante sintió que el olor de la gasolina resultaba hasta afrodisíaco. Luego sintió deseos de asesinarla de nuevo.

Cruzando la calle había un Kohl's. Aquél nombre podía representar un alivio

de las necesidades básicas de Gary por el momento. Sin embargo no podía hacer nada mientras aquella hilera de cuervos siguiera emergiendo del edificio como aficionados al baseball brotando por las puertas del estadio luego de un partido de la Serie Mundial. Naomi gimió nuevamente. Gary estaba atento a otras circunstancias.

En la lejanía, la nube provocada por la explosión nuclear había alcanzado una altura increíble. Un poco más cerca de donde estaba parado, se levantaba otra nube más negra y voluminosa que la otra pero no tan alta como aquella. Parecía levantarse de aquél lugar en donde se habían detenido para hablar con el policía. Se preguntó qué estaría causando aquellas explosiones. ¿Gas? ¿Combustible? ¿Cuervos? ¿Jinetes del apocalipsis? *¡Naomi perra del infierno, cállate de una vez!*

Miraba cómo los cuervos se iban movilizandó con rapidez hacia aquél lugar desconocido que solo ellos tenían en mente. ¿A dónde irían?, se preguntó. Y mientras seguía pensando, creyó sentir que el suelo temblaba ligeramente. Era como si debajo de sus pies se movilizara el metro. El movimiento cesó. *No, el metro no, pensó, tal vez un ferrocarril.*

A lo lejos, dentro de la columna de humo que ascendía, brotó una bola de fuego que se desvaneció tan rápido como el sonido que llegó a los oídos de Gary. Naomi se hallaba a unos pasos de él pero ya no gemía. Tenía miedo de abrir la boca. No quería quedarse sin dientes. Al pasarse la lengua para explorar la cavidad bucal se dio con la espantosa sorpresa de que le faltaban más de 5 dientes. Siguió contando, ignorante de la presencia de un hombre que se les acercaba desde el frente. Un cuervo alto y delgado que arrastraba su pierna a duras penas.

-¿A dónde van? -Le preguntó Gary al cuervo pues tenía curiosidad. Sabía que no podría negociar con él, pero qué más daba. Se oyó un llanto que provenía dentro del Greyhound. El cuervo se detuvo a unos metros de ellos y miró hacia el bus. Parecía saborear el aire con sus fosas nasales manchadas de suciedad.

-A ningún lado. -Respondió el cuervo con inusual calma y total sequedad en el tono de voz. Gary sintió admiración por la forma y maneras con las que respondió aquél personaje. Parecía tener algo en común con él. Tal vez aquella habilidad para disfrazar sus pensamientos e intenciones abominables con la máscara de un gesto tranquilo y un tono de voz sosegada. Era como

verse a sí mismo solo que sin los ojos negros. Y Gary sabía muy bien lo que pasaría a continuación. Se sentía furioso. No quería morir y apenas podía mantenerse de pie. Pero, ¿por qué tendría que ir a por él? No era el único en ese lugar, también estaba esa chica.

-Haz de una vez lo que vas a hacer. -¿Por qué no? Gary creyó que esa frase podría revelar un poco más las intenciones del cuervo. Mientras tanto, consideró prudente retroceder algunos pasos. Naomi se limpiaba los ojos para poder ver lo que sucedía a su alrededor. ¿Quién hablaba con quién? Se negaba aún a abrir la boca, pero ¿en realidad quería ver? Se arrepintió apenas pudo distinguir aquellos ojos oscuros que la miraban de forma penetrante. El cuervo se mantenía quieto en su lugar. Dudaba. Tal vez sospechaba de ellos. ¿O tal vez sentía que no podría con los dos? *Imposible*, pensó Gary.

Naomi caminó a trompicones hacia donde se había alejado Gary. Se aferró con una mano a su brazo y con la otra rozó la herida de éste en el pecho. *Ya es suficiente*, pensó Gary. Antes de terminar aquél pensamiento ya la había empujado hacia atrás con una fuerza que no creía poseer aún. Se sentía revitalizado. La liberación del estrés también parecía liberar sustancias químicas en su organismo que le devolvían la vitalidad. Había que seguir probando.

En el suelo había una gran cantidad de restos que habían salido disparados del interior del Greyhound. Cerca de él había un gran trozo de plástico que terminaba en una punta negra y filuda. Era como si la hubieran construido especialmente para atravesar superficies blandas. Gary se agachó (siempre con la mirada atenta en el hombre). Este seguía mirando aún receloso pero la parte superior de su cuerpo parecía inclinarse peligrosamente hacia adelante. Como si quisiera lanzarse al ataque.

No hizo nada incluso cuando Gary se aferró fuertemente al objeto y lo levantó como algún día lo hizo Abraham tras las órdenes de Dios. Un ave de alas blancas y sucias se posó sobre un poste de madera cercano. Contemplaba la escena sin comprender aquél repentino cambio en el comportamiento de los humanos.

El cuervo se movió hacia adelante tropezando con su pierna inútil al querer correr a toda prisa. Cayó y se golpeó la barbilla. Gary no se alarmó ante el repentino ataque del enemigo pero supo que tenía que mantener sus distancias.

Mientras el cuervo siguiera en el suelo, él seguiría apuñalando una y otra vez a Naomi en el cuello. Tal vez hasta que su cabeza se desprendiera de su cuerpo. Por otro lado, su teoría parecía estar en lo cierto. Cada vez se sentía más revitalizado y lo más sorprendente era que mientras más esfuerzo hacía, más reanimado sentía su organismo.

Gary estaba unos metros más atrás del cuerpo sin vida de Naomi cuando el cuervo llegó hacia ella. El hombre se puso de pie con una rapidez impropia de alguien minusválido. A lo lejos, otra explosión agitó la tranquilidad del ambiente. Una nube de fuego se encaramó hacia el cielo como si tuviera alas. La marcha de cuervos mostraba ahora ciertos espacios entre ellos. Cada vez los espacios iban siendo más grandes. Pronto abandonarían por completo aquél pueblo.

-¿Por qué la mataste? -Preguntó el hombre con evidente ira en sus palabras. Levantó a Naomi con delicadeza y la colocó sobre sus hombros como una bufanda. En realidad eran hombres con una capacidad física antinatural-. ¿Por qué le quitas sentido a mi vida? -Insistió el hombre dejando a Gary perplejo.

-¿Qué dijiste? -Gary no daba crédito a lo que había escuchado-. ¿Quiénes son ustedes? ¿Qué quieren? -Sobre el poste, el ave lanzaba un graznido y levantaba vuelo sabiendo que tenía que buscar la cena en algún otro lugar. No iba a alejarse mucho de aquella zona.

El hombre miraba a Gary con curiosidad. No podía adivinar las intenciones de aquél hombre que le preguntaba cosas. Algo le impedía acercarse a él y matarlo para llevarse a ambos a cuestas. Una bandada de aves apareció en el cielo como una nueva nube, navegando en el cielo en dirección contraria hacia donde se dirigía la marcha de cuervos.

Todo se desvaneció de pronto cuando la tierra se estremeció ante la arremetida de algo gigantesco y desconocido. Gary sabía muy bien que en aquella zona del país los temblores eran tan comunes como una despedida de solteros en Saturno. El suelo se sacudió apenas un segundo, tal vez dos pero no más. El cuervo puso los ojos como platos y pareció asustarse demasiado con aquél movimiento repentino. Todavía parecía seguir sintiéndose algunas pequeñas sacudidas. Cada vez más débiles.

De manera repentina, el cuervo se dio la vuelta y comenzó a alejarse por

donde había venido, llevándose a Naomi auestas-. ¡Sígueme! -Le gritó a Gary mientras se alejaba con cierto esfuerzo debido a su pierna inútil. Aun así, avanzaba a muy buena velocidad para ser ¿humano?

¿Qué quería decirle aquél cuervo con “sígueme”? Gary se rió mientras un pensamiento absurdo rondaba su cabeza. *Tal vez ese hombre es Jesucristo. El pescador de hombres ahora pesca mujeres. Quiere que lo deje todo y lo siga. ¿Y qué voy a encontrar si lo sigo? ¿La vida eterna? ¿La salvación y la gloria? De ninguna manera.* Y dándose la vuelta, Gary se alejó de aquél lugar, caminando hacia el norte, hacia donde quiera que aquella autopista lo condujera.

Cuando escuchó acercarse aquél auto, Shannon corrió hacia el medio de la pista para detenerlo como pudiera. El pequeño Toyota Hilux frenó con un chirrido y Shannon tuvo que correr unos metros más. Por el espejo retrovisor, la mujer que conducía el auto observaba a la chica de trenzas acercarse hacia el vehículo con prisa. La chica cargaba una mochila en sus manos.

-¿Negros? -Preguntó la conductora con la mano en la palanca de cambios y el pie tenso en el acelerador. Uno solo no podría contra ellos.



-No... son normales. -Contestó el chico sentado en el asiento de atrás con el cuerpo torcido en un ángulo extraño. Había cinco personas en el asiento posterior y ninguno de ellos era delgado. El ambiente dentro del auto era vaporoso y las cuatro ventanas estaba abiertas apenas para que ninguno de ellos se sofocara con tantos vapores venenosos.

La mujer al volante apretó el botón para abrir la ventana mientras les ordenaba a sus acompañantes a estar atentos a cualquier movimiento en cualquier dirección. Había rastros de sangre y arañazos en la carrocería blanca que no querían que se repitieran. Y si aquella chica no se acercaba con otras intenciones que no fueran las de socorro, tendrían que usar la fuerza letal.

Al ver el miserable estado en el que se encontraban la mayoría de sus amigos (Shannon no podía considerarlos de otra manera luego de haber vivido experiencias irrepetibles con ellos), Shannon se había arrastrado hacia el exterior para ver qué podía hacer por ellos. Lo peor para ella había sido una serie de moretones en ambos brazos que se asemejaban a los supuestos círculos dejados en los cultivos por extraterrestres. Aquello y un dolor de cabeza que se agudizaba cuando mucha luz entraba por sus ojos.

Podía ver un par de casas frente a ella pero de tan solo verlas supo que no habría nadie adentro a quien recurrir. Ya no se escuchaban los pasos de los cuervos y tampoco se podía ver ninguno en la distancia. Ningún movimiento salvo el lento vaivén de los miles de árboles que la rodeaban. Sabía que los cuervos no podían estar muy lejos. Solo esperaba que se mantuvieran lejos de ellos hasta que estuvieran a salvo. A lo lejos pudo observar la silueta difusa de un avión que se dirigía hacia el sur. Parecía como si pequeños puntos comenzaran a caer por debajo de éste. Un poco más allá había una figura más pequeña también en las alturas. No parecía moverse en absoluto, flotaba con delicadeza. Shannon se metió dentro del bus como si sintiera que la observaban desde algún lado. Luego salió disparada al escuchar el ruido del auto.

Corrió hasta que estuvo junto a la puerta del vehículo. La mujer que la miraba tenía el rostro demacrado. Los ojos, la nariz y la boca sombreados de un color

rosado pálido y enfermizo. Tal vez no muy diferente del aspecto que tenía ella misma.

-Ayúdeme. -Dijo Shannon con desesperación-. Ayúdenme por favor. Hay personas atrapadas en el Greyhound. Ayúdenme a llevarlas a algún lugar seguro.

-De ninguna manera. -Replicó la mujer mirando a Shannon fijamente a los ojos como para hacerle notar que esa sería la única respuesta que obtendría de ella. Luego aflojó un poco la rudeza de su rostro. En épocas de crisis era difícil controlar las emociones-. Escúchame atentamente hija. Solo puedo ayudarte con un consejo: el ejército está detrás de todas las personas...

-¡Civiles! -Gritó alguien desde el asiento posterior del auto. Una voz masculina. Shannon no podía verle el rostro por el vapor que se había impregnado en las ventanas-. Son civiles, madre. Eh, un gusto conocerte... como quiera que te llames. ¿Por qué no vienes con nosotros? Siempre uno de mis hermanos puede sacrificarse y apartarse...

-¡Silencio, maldición! -Exigió la mujer nuevamente con rudeza-. Escúchame, hija. A los militares no les interesa el color de los ojos. Seas un zombie o no, será mejor que te apartes de su camino. Evítalos como puedas. Escóndete, corre, huye lo más pronto que puedas cuando los veas y guarda silencio. No les pidas ayuda, no les supliques, no les dirijas la palabra, no los mires, ¡no te cruces con ellos! ¿Entendiste? Eso espero. -Era la primera vez que Shannon escuchaba a alguien referirse a los cuervos como zombies.

-Ven con nosotros. -Insistió el mismo chico.

-O si quieres, puedes venir con nosotros. -Asintió la mujer-. Tenemos espacio para uno más.

-No... no puedo. -Shannon se desarmaba. El rostro de Adam seguía dándole vueltas en la cabeza a pesar de haberlo visto tan solo un instante. ¿Cómo podía abandonarlo en el estado en el que estaba?- Tengan. -Dijo mientras levantaban la mochila y vaciaba su contenido sobre el regazo de la mujer-. Es todo lo que tengo, ayúdenme por favor.

Dentro de la mochila de Naomi había una caja fuerte. El contenido de esta no le servía en absoluto a Shannon para auxiliar a los supervivientes... al menos hasta que pensó en el uso que le podría dar para pedir ayuda a alguien. Entre

las posesiones de Naomi destacaban un brazalete de ónix negro con incrustaciones de diamantes. Lo curioso era que había una nota dentro de la caja fuerte con la lista de sus posesiones y el precio de las mismas. El espíritu presuntuoso de Naomi materializado. Doscientos quince mil dólares era el precio de aquél diminuto brazalete. Había otro brazalete de platino y diamantes de ciento cincuenta mil y uno un poco más grande de diamantes blancos y rosados de casi trescientos mil. La orgía de broches, brazaletes, collares y pendientes sumaba no menos de diez millones. Para Shannon, tanta cantidad de dinero en sus manos no tenía sentido alguno... hasta que escuchó el ruido del motor del auto.

-Lo siento... sabes que nada de esto tiene valor... déjanos llevarte, hija. Sálvate antes de que un zombie o un militar te ponga las manos encima.

En ese preciso momento, Adam se arrastraba fuera del Greyhound. Shannon se volvió y no pudo evitar llenarse de lágrimas otra vez al ver el rostro del chico. No se merecía esa desfiguración. *Mierda, ¡No!* La mujer al volante recién pudo comprender el dilema de la muchacha que le pedía ayuda y supo que sería inútil seguir insistiendo. Mientras le devolvía las joyas arrojándolas al suelo, le tomó de la mano y se la acarició.

-Eres una muchacha muy valiente. Suerte. -El auto se alejó de allí tan rápido como había llegado-. ¡No dejes que los atrapen! -Enfatizó unos metros más allá. Uno de los brazaletes estaba en el suelo desmenuzado y las incrustaciones de diamantes se habían esparcido en varias direcciones como estrellas en una galaxia.

## Dentro y fuera de él

*Siempre supe que querías parecerte a mí, hijo, pero no pensé que irías tan lejos en este asunto. Mírate. Adam se arrastraba sobre el asfalto y la piel de su barbilla comenzaba a sangrar con cada movimiento. Estas casi como yo cuando los hombres de verde me introdujeron en ese maldito ataúd que no estaba hecho a mi medida. Ja, ja, ja. Si vieras cómo están ellos ahora que me acompañan en este... ¿cómo podría llamarlo? ¿Mundo? ¿Plano? ¿Dimensión? Que va. La cosa es que te vendría bien acompañarnos muchacho. El ambiente de aquí y de allá va asemejándose el uno al otro cada vez más.*

*Oh, ahí está esa chica de trenzas. Ni moribundo dejas de intentar acercarte a ella, ¿no? Es que no te has visto la cara chico. En el estado en que estás, no te querría ni un maquillador como modelo de referencia para usarte en una película B de terror. ¿Por qué no dejas de respirar? Te arden los pulmones, sientes un cosquilleo desagradable en tu faringe y alrededor de tus fosas nasales. Ríndete Adam.*

*Ah, ya veo. Quieres aferrarte a ella antes de partir, ¿no? El caso es que no estás tan grave, chico. Aunque no sé por qué diablos me contradigo al decirte eso. Pero tampoco miento al decirte que ya no eres útil para nadie. Ahora te has convertido en una carga, en una maldición para todos los que te rodean, en una perdición para aquella chica que pudo salvarse hace un*

*momento. ¿Llegaste a ver el auto, no? Ella pudo irse en él fácilmente, pero no lo hizo. ¿Por qué? Pues por tu culpa, Adam. Parece que le importas y gracias a ti, ella también vendrá pronto a acompañarnos en este loquerío que se propaga dentro de tu cabeza.*

*Mírala cómo llora. ¿Ves lo que causas? Sólo para eso sigues vivo, Adam: para causar desgracias por donde quiera que vayas. Mira cómo se desmorona esa chica en frente de tus ojos. Oh, retiro lo dicho. Ya te llevarás una sorpresa en su momento. Lo estás empezando a notar, ¿no? Ahora ella se ve un poco distinta. Los objetos, el paisaje, el mundo a tu alrededor se ve un poco distinto a cómo se veía antes de que se estrellaran, ¿eh?*

*Trata de hacerle un bien al mundo, hijo. Solo quítate la vida y acompáñanos antes de que se entibien las cervezas. Hay muchachas mucho mejores que ella en este lugar, te lo aseguro. Si supieras qué está haciendo ahora una de ellas con mis... ¡Vamos, Adam! No seas cabrón. Te estás perdiendo lo mejor de la vida después de la vida. Trae tu trasero aquí de una maldita vez...*

Era cierto, la notaba distinta. Pero no era ella, era él. De alguna manera sabía que su barbilla sangraba pero el dolor parecía flotar alrededor de él como esperando el momento perfecto para posarse. Quiso parpadear y entonces se dio cuenta de lo que sucedía. No supo que movía su mano hasta que la vio aparecer frente a sí. De esa manera supo que todavía su cuerpo seguía obedeciendo órdenes.

Notó un bulto extraño que no debería estar en aquél lugar. Algo había tomado posesión del lugar donde se encontraba su ojo derecho. Palpó con timidez y a la vez con horror. Sus dedos se deslizaban sobre piel, pestañas y algo desconocido que se movía mientras él intentaba mover su ojo. Shannon se acercaba hacia él pero la veía desenfocada. Adam no podía prestarle atención a otra cosa que no fuera aquél objeto incrustado en su ojo.

Adam se estremeció hasta los huesos al sentir un líquido tibio que saltaba y se derramaba sobre su mano. Sintió asco y aversión de sí mismo. ¿Por qué le tenía que pasar eso a él? ¿Qué había hecho para merecer eso? ¿Por qué? ¿¡Por qué!?

*Quizás si me arranco el objeto, pueda ver de nuevo, pensó Adam mientras sentía cómo sus dedos apretaban el cuerpo extraño y su brazo se preparaba*

para jalar. *Eso es. Es solo algo que me está tapando la visión. Solo eso.* Adam reconocía su personalidad indecisa, pero en ese momento era una persona totalmente distinta. Se arrancó el objeto, lo sostuvo frente a su ojo sano y comenzó a gritar tan fuerte como lo permitían su garganta y pulmones.

Pasó las siguientes horas tratando de hacer algo aunque en el fondo sentía que no había hecho nada. El hambre, la sed y el cansancio torturaban a Shannon en todas las formas posibles. Sus sentidos se iban debilitando mientras más aumentaba su frustración y recién pudo notar el acercamiento de un vehículo

cuando escuchó el bramido del motor muy cerca de donde estaba el Greyhound hecho trizas con sus ocupantes aún refugiados dentro.

Estaba prácticamente segura de que el auto pasaría de largo si es que no salía a hacer alguna seña. No había habido novedad alguna desde que el Toyota Hilux con la mujer y sus acompañantes habían desaparecido en el fondo boscoso. Algunos cuervos habían caminado por aquella parte de la ciudad pero estaban demasiado lejos como para que se hubieran dado cuenta de su presencia. El resto era un silencio apenas interrumpido por el lejano ruido de pequeñas explosiones, el murmullo del fuego que consumía una infinidad de edificios y el siseo de las hojas de los árboles.

No hace mucho, aquél pueblo rebosaba de cientos de almas trabajadoras que recorrían las calles de manera afanosa cada uno atendiendo sus propios asuntos morales o inmorales. Shannon se preguntó muchas veces dónde estaban los demás. Le parecía irreal que no hubiera ni una sola persona viva entre las miles que se suponían que debían de vivir allí. Ni una sola de ellas. ¿Era acaso que todos estaban muertos o se habían convertido en cuervos? ¿Estaban escondidos? ¿Habían sido rescatados por el ejército o algún otro equipo de rescate? ¿Estaban allá afuera heridos y abandonados a su suerte como ellos? La maldita ironía se relamía mientras brincaba dentro de los recuerdos de Shannon. Más de doce años viviendo en las calles sin la ayuda de nadie, valiéndose de sí misma, subsistiendo mejor que miles de personas que dependían de alguien más. Y en solo un par de días estaba en la más absoluta necesidad y no había ni un alma a la vista... al menos hasta ese instante.

Eran dos los hombres que descendieron del camión. *Sálvate antes de que un militar te ponga las manos encima*, recordó Shannon de pronto. Era ya demasiado tarde para emprender la huida o pensar en alguna otra salida. ¿A dónde iría? A ninguna parte con lo débil que estaba. Todas sus esperanzas estaban encarnadas en el par de hombres que se acercaban como si caminaran en cámara lenta. Para bien o para mal. Para continuar viviendo o para terminar con todo de una vez.

Resonaron algunas detonaciones muy cerca de allí, pero ni Shannon ni los militares desviaron su atención de ellos mismos. El camión era una bestia. Las

llantas eran similares a las de los tractores aunque más pequeñas y achatadas debido al peso de la descomunal maquinaria. Parecía una tortuga pero la cabina era plana, en forma de cubo color verde militar que tenía la apariencia de ser más resistente que un camión blindado. A Shannon le llamó mucho la atención observar que el volante estaba ubicado al lado derecho. *Un camión inglés. ¿Qué hace en tierras americanas?* La marca del camión era Man. *El hombre al rescate del hombre.*

A esas alturas de la situación no sabía qué hacer. Quería pedir ayuda pero ni siquiera podía moverse del lugar en el que estaba parada. La sola presencia de los hombres acercándosele la intimidaba de una manera que no había sentido ni siquiera con los cuervos. Tenía un presentimiento perturbador tan palpable que podía estrujarlo con sus manos. *Aléjate de los militares. Escóndete, corre, huye. ¿Era verdad?* Pronto lo averiguaría.

Los hombres se acercaron más de prisa cuando ella levantó las manos a la altura de los hombros. Ambos estaban vestidos de manera idéntica, envueltos en un uniforme que parecía de látex aunque oscuro y grueso a la vez. Usaban guantes que se unían a las mangas con cierres. Se notaba velcro y otro material que no se podía identificar asomándose por entre las comisuras del cierre. Sea lo que fuera, el traje estaba hecho para ser lo más hermético posible. Sin embargo, a simple vista parecía cómodo y los militares se movían con total facilidad, aunque Shannon no podía verles el rostro. Tenían un visor polarizado en los ojos, también una mascarilla negra con un cilindro para filtrar el aire les colgaba hacia un lado; en otras palabras: una máscara antigás.

Shannon podía comprender que los hombres portaran subfusiles como medio de protección. La pistola adherida a sus piernas por medio de correas también tenía sentido así como las bolsas de tela sujetadas a su otras piernas que contenían quien sabía qué. Pero las máscaras y el modo en el que se le acercaban la hacían sentir como un criminal al que atrapan cometiendo su primer delito.

Cuando llegaron hacia ella, Shannon sintió deseos de correr. No importaba lo que hubiera pensado antes o las consecuencias que vendrían después, deseaba salvajemente alejarse de allí a toda velocidad. Pero no pudo hacerlo. Unos brazos robustos la sujetaron por detrás antes de que pudiera intentar algún



movimiento. Ni siquiera tuvo tiempo para voltear. Uno de los militares sacaba una pequeña lata gris del bolsillo de su costado y rociaba con agilidad y precisión el rostro de la muchacha. Mientras se desvanecía, creyó oír el lejano retumbar de más detonaciones y las risas y comentarios de los hombres que la sujetaban. La siguiente vez que abrió los ojos, ya no se encontraba sobre el suelo de Maryland.

Trazando planes

-Eh, por fin despertó. -Dijo alguien cuya voz, Shannon no pudo reconocer en un primer intento-. Chico. Adam. Mírala, parece como si le hubieran inyectado una jarra de bótox en la cara. -No reconoció la voz ni al segundo intento. Había movimiento en el lugar donde ella estaba echada, y por los giros y sacudidas dedujo que se encontraba en algún tipo de vehículo. Había demasiada luz incluso con los ojos cerrados. Eso solo significaba que había estado durmiendo por largas horas.

-Shannon... -Reconoció la voz de Adam al instante-. ¡Carajo! Cómo duele esta maldita cosa. ¿No puedo sacarmela ya? -Shannon se preguntó de qué estaría hablando y con quién lo hacía. Solo estaba consciente de estar echada sobre alguna superficie blanda y del viento que soplaba por todo su cuerpo como si estuviera debajo de una docena de ventiladores industriales.

-Tienes que dejarlo ahí por un buen tiempo, chico. Y dada la situación actual, eso significa un buen, buen, buen tiempo. -La voz era potente pero el tipo de voz sugería que pertenecía a alguien de edad avanzada-. ¿Un perro puede aguantar una fractura expuesta y tú no puedes soportar una lesión ya cicatrizada?

-Que te den por el culo con una estaca. -Exclamó Adam.

-Así está mejor. -Dijo otra voz extraña-. Eh, perro deja de morder esa cosa.

-Shannon. ¿Me puedes escuchar? -Le tomó por el hombro y la sacudió con

suavidad nerviosa. Alrededor se escuchaba algo parecido a detonaciones.

-¿Te acuerdas cómo te desperté, Adam? -Preguntó el hombre de la voz anciana. Hubo una pausa en la que Shannon se esmeró por reconocer las sensaciones que sus debilitados sentidos percibían. Entonces recibió una cachetada y abrió los ojos de inmediato. Conocía aquél rostro (aún difuso por el mareo y la abundante cantidad de luz que entraba por todos lados). Era Adam. Tenía un trozo de tela sobre su ojo y otra tira de tela rodeaba su cabeza para sujetar la primera. Un pirata a carta cabal.

-¿Qué carajo? -Gruñó Shannon pestañeando varias veces para acostumbrarse a la luz tras largas horas vagando por el reino de las tinieblas-. ¿Dónde estoy?

-Según los letreros, estamos por llegar a Filadelfia. -Respondió Adam haciéndose hacia atrás para darle un espacio a la chica. El cielo había tomado una tonalidad rojiza y había brotes de azul y salpicaduras de color morado que no hacían otra cosa que anunciar la llegada de la noche. Se extrañó mucho al observar una hilera de varas de metal alrededor ella. Las imágenes que eran recogidas por su visión periférica le sugirieron que estaba encerrada en algún tipo de jaula.

-Soy Nelson Grant. -le comentó el viejo cuando vio que ella posaba sus ojos en los suyos-. Bienvenida a bordo. -Shannon se levantó de prisa, como cuando una mujer y su amante están haciendo el amor en la cama y por las escaleras se escuchan los pasos del esposo. Notó las varillas de metal sobre su espalda una vez que se recostó sobre ellas. Hacia la parte trasera del vehículo se podía observar una carretera casi infinita habitada por eventuales autos sembrados en aquél lugar como cactus en el desierto. Cientos de columnas de humo se levantaban hacia la eternidad quien sabe si tratando de evitar que el techo luminoso se desmoronara. El sol era una lágrima que se zambullía en el horizonte. No había forma de describir aquél cataclismo de colores hermosos extendiéndose en todas las direcciones.

-¿Qué pasó? ¿Qué hago aquí? -preguntó Shannon desorientada.

-Escucha, Shannon. -Suspiró Nelson sonriendo como si Shannon fuera una hija suya-. Eso no importa. Lo único que debe importarte es saber que estas viva.

-Y que queremos seguir estando vivos. -Añadió el otro hombre que se encontraba frente a ella, recostado contra la jaula como imitando su postura.

Su acento le resultaba familiar tanto como su aspecto. Tenía el rostro de una tonalidad morena con ojos grandes y pestañas abundantes-. José Trujillo a tus órdenes. -Era un hispano robusto de rostro cuadrado y cabello rapado.

Varias personas, la mayoría conocidos, se encontraban echados dentro de aquella jaula que se movía. Observando su prisión, Shannon se dio cuenta de que se hallaba en la parte posterior de un camión de regular tamaño. *Man*. El recuerdo del camión acorazado y los militares con traje de protección regresó a su mente como una explosión de fuegos artificiales. Adam se recostó en la jaula junto a ella para no hacer tanto esfuerzo de mantenerse equilibrado.

-¿Alguna otra idea? -Preguntó otro hombre más levantándose del suelo y recostándose junto a José. Tenía el cabello estilo afro, demasiado alto para la moda actual así como las patillas largas y el físico delgado. Shannon recordaba haberlo visto hace no mucho en algún lugar.

-Ninguna todavía... pero debemos tener alguna pronto. -Replicó Nelson. Tal vez bordeaba los setenta años y su rostro blanco y rojizo estaba plagado de arrugas, manchas y una que otra cicatriz. Sus ojos eran pequeños pero tenía una frente amplia que culminaba en brotes de cabello gris y blanco.

-¿De qué hablan? -Preguntó Shannon dirigiéndose a Adam. Él inspiró y llevó su único ojo hacia el vacío. No era una respuesta corta ni tampoco fácil, pero no tenía nada más que hacer en ese momento. Nada más aparte de acostumbrarse a ver la realidad con un solo ojo.

-Te explicaré lo que pueda. -Musitó Adam acomodándose para soltar un largo monólogo. Los otros hombres siguieron conversando entre ellos con la seriedad de unos viejos amigos que discuten la performance de los jugadores tras un juego de fútbol americano.

Todo había empezado en Cambridge, Maryland cuando Nelson se acercó al camión tras haber sobrevivido a los días del ataque junto a un grupo de otros refugiados que se habían atrincherado en un banco. Mataron a varios antes de poner a dormir a los que se iban a llevar. Un hombre en silla de ruedas recibió un disparo en la frente y lo mismo sucedió con una mujer embarazada y con otro hombre que andaba con una mascarilla y un balón de oxígeno para el asma. Se estaban deshaciendo de lo que no servía.

Nelson había despertado cuando el camión viajaba sobre la carretera en algún lugar en Delaware (según las señalizaciones). Fue el primero en despertar y el que ayudó a incorporarse a los demás en aquella prisión móvil. Los militares no habían subido a nadie más aparte de ellos pero habían hecho bajar a un par de personas cuando llegaron a un pueblo llamado Smyrna. En realidad hubiera sido solo una persona, pero una mujer había tratado de impedir que bajaran a un hombre y los dos habían sufrido las consecuencias.

Todos los rostros de los que estaban observando se contrajeron al observar lo que hicieron con las dos personas. Uno era un hombre alto y corpulento, tal vez demasiado corpulento, que se sujetaba el vientre con expresiones indescriptibles. Al parecer tenía las costillas fracturadas y casi nada podía hacer para evitar que los militares lo condujeran como una marioneta. La otra mujer tenía un pañuelo rosa en la cabeza, pero éste se había desatado y caído al suelo mientras ella forcejeaba. Unos segundos después, su cabello también lo había hecho. Uno de los militares la había sujetado del cuello y la miraba a través de su casco polarizado como a un animal exótico encerrado en una jaula. El hombre le había palpado la cabeza con curiosidad mientras le hacía señas a su otro compañero quien tenía al grandulón en el suelo sometido bajo el peso de su pierna. Debían de comunicarse por algún mecanismo de radio porque en ningún momento escucharon sus voces. Mientras tanto, los prisioneros (los que para ese entonces estaban despiertos: Nelson, José y Harvey —el chico del pelo afro) les habían gritado a los militares tratando de persuadirlos de no cometer ningún crimen. Era una mujer con cáncer, por el amor de Dios, habían dicho sin ningún resultado.

Al final le dispararon a ella en las piernas y al hombre le pusieron algo parecido a un chaleco antibalas solo que aquél traje protector tenía una pequeña luz roja que parpadeaba con rapidez. Cuando los militares regresaron al camión y lo pusieron en marcha, el ruido de una alarma había comenzado a brotar del chaleco. Varios metros más allá, habían observado cómo un considerable grupo de cuervos se habían acercado al hombre grande y su chaleco. Todos habían estallado y volado por los aires convertidos en restos de músculo, huesos y fuego. Desde entonces habían estado discutiendo la manera de escapar de aquella jaula antes de que los volaran a todos ellos también. No habían matado a nadie más hasta que Shannon había despertado. Pero habían visto un gran despliegue de unidades terrestres diseminadas a lo

largo de la carretera, la mayoría de ellas inoperativas o convertidas en hogueras. Adam se guardó de contarle la incontable cantidad de cadáveres regados en el camino.

Shannon se había quedado muda y los hombres seguían discutiendo, aunque sin mucho éxito, la manera de escapar de allí. A un lado estaba Dennis, recostado en el suelo pero con los ojos abiertos. Tenía un agujero en la manga de su sudadera por donde un trozo de piel negra y varicosa se asomaba. El labrador estaba acurrucado sobre su propio cuerpo aunque Shannon no podía observarle ninguna fractura expuesta. Junto a él estaba Kalia de espaldas mirando hacia la carretera que era dejada atrás. Jack, el cuervo, estaba aferrado a la jaula saltando y señalando algo en la distancia.

Adam esperó a que Shannon tratara de absorber toda la información que le había dado para continuar. Tal vez tendría algunas preguntas y hasta entonces trató de acomodarse en su lugar ya que las rejas contra su espalda eran un maldito fastidio, aunque nada comparado con los hincos que seguía sintiendo en el ojo.

Al ver que no daba señales de vida, continuó. Le dijo que Nelson era el que parecía tener más teorías acerca de lo que estaba sucediendo. No había sido muy explícito y no había soltado largos sermones sobre su opinión, más bien había sido cauto y por supuesto más interesado en tratar de encontrar la forma de salir de ahí que especular sobre el significado de la situación.

Después de pertenecer al ejército, había trabajado durante el resto de su vida en las oficinas del DARPA (Departamento de Defensa), aunque había sido forzado a jubilarse hacía cinco años; sin embargo eso no había significado que perdiera contacto con compañeros dentro de la organización.

-¿Sabe lo que está pasando? -Le preguntó Shannon mirándolo fijamente a los ojos, esperando una respuesta definitiva. Adam lamentó desilusionarla. Nelson solo tenía ciertas suposiciones (Aunque más se inclinaba por algún proyecto secreto que involucraba ingeniería genética). Había dicho que incluso Kalia podría haberse aventurado a soltar alguna conjetura y su propuesta habría sido tan probable como las de los demás. Por otro lado (y Adam recalcó la seriedad con la que Nelson había hablado) era que habían llegado tal punto crítico que el ejército estaba empleado tácticas de la Guerra Total. La muerte de Richard y Chelsea y la captura de todos ellos era una muestra palpable de

aquél concepto.

Los utilizarían a ellos como recursos humanos contra la guerra. Si la situación empeoraba, cosa que empezaba a ser cada vez más previsible, no lo pensarían dos veces antes de agotar todas las cabezas nucleares que tenían a disposición (dicho sea de paso, eran suficientes como para arrasarse con el país de costa a costa y de norte a sur. Y si era posible, traspasar fronteras.) No había otra alternativa. O eran derrotados o eliminaban al enemigo y morían junto a él. La victoria no era una alternativa, no si había Guerra Total. El rostro de Shannon se ensombreció al escuchar aquello último.

Adam reaccionó de inmediato al ver que había pintado mal la cosa. Le afirmó que todavía había esperanzas de salir con vida. Por eso estaban planeando un escape desde hace largo rato, un escape sin puntos débiles para minimizar las bajas pues ya de por sí eran muy pocos como para hacerle frente a un enemigo que se movilizaba por millones (Eso sin contar a los propios militares como enemigos).

Según Nelson, había un tipo de refugio en Canadá (Información que manejó mientras estuvo en DARPA). La dificultad consistía solamente en conseguir un avión ya que el propio Nelson era un piloto calificado, poseedor de respeto y prestigio, según sus propias palabras. Shannon dudaba de que pudieran encontrar un aeroplano y Adam le dio la razón pues eso mismo había pensado él cuando le sugirieron lo mismo en una primera instancia. Sin embargo Nelson afirmaba que había una gran cantidad de aeropuertos y aeródromos distribuidos en las cercanías. Y lo decía con la misma seguridad con la que un predicador televisivo garantizaba la salvación a quien no cometía pecado. Incluso les nombró algunos aeródromos en las cercanías de Pensilvania y Nueva Jersey. Tantos que habían tenido que decirle que le creían para que guardara silencio.

-¿Todos estamos de acuerdo en eso? -Sentenció Nelson mirando a José y a Harvey con solemnidad.

-¿De acuerdo en qué? -Preguntó Shannon de inmediato. La conversación parecía haber llegado a un punto crucial y ella no se iba a perder ningún detalle-. Exijo saber de qué hablan.

-Ven aquí, hija. Demandó Nelson-. Y tú también, Adam. Tenemos un plan. -Y haciendo un gran uso de la elocuencia y la motivación, Nelson les explicó en qué consistía el plan actual (Agregando que si alguien tenía alguna sugerencia, no estaba en su derecho de manifestarla, sino en la obligación).

Movido por asuntos personales (que preferían ser mantenidos en reserva) José se había ofrecido como conejillo de indias, aunque no pretendía adjudicarse todos los calificativos de aquél animal. La cuestión era simple y directa (en teoría): Cuando los militares decidieran sacar a otro más de ellos, José se ofrecería como voluntario. ¿Qué implicaba que fuera retirado de la jaula? Pues en primer lugar, significaba que si no lo lograba, no habría segunda oportunidad. Otra cuestión era que pudiera ser rociado con el somnífero así ofreciera o no resistencia. Nuevamente José había manifestado tener experiencia aguantando la respiración por tiempos prolongados. Mencionó brevemente haber trabajado como contratista por varios años y sin la más mínima protección disponible. Para evitar complicaciones en su salud, se había visto en la necesidad de someterse a la apnea cuando era su labor pintar las paredes con rociadores de pintura. ¿Qué haría José una vez que lo hubieran retirado de la jaula y probablemente rociado con el somnífero? Entonces el hispano extrajo una navaja de uno de sus bolsillos. Solo había que saber en qué lugar usarla.

Para ese momento, los militares se habrían visto sorprendidos y allí era donde entraba la siguiente parte del plan. Harvey hizo una seña con la mano mientras mostraba una larga hilera de dientes blancos y desalineados en las que destacaban unos caninos puntiagudos. Podía ser bastante ágil para reducir al segundo militar, dijo. Eso después de vanagloriarse de haber quedado primero en los 3000 metros planos en el campeonato individual de la NCAA en 2013. La verdad era que no habían escuchado de sus hazañas ni en pelea de perros pero no había otro remedio que creerle. A simple vista, el muchacho se sentía bastante seguro de sus habilidades.

Llegado ese momento, Adam y Shannon (y hasta donde lo permitieran sus fuerzas, Nelson) ayudarían en lo que pudieran a terminar con la batalla. Siempre teniendo en cuenta que había un tercer militar y, más importante aún, que si el camión se había detenido era porque había cuervos cerca. En

cualquier caso, una vez reducidos los primeros dos, irían a por el tercero y luego tomarían el camión en busca del aeródromo más cercano.

-Pero eso es demasiado... -Dijo Shannon de pronto sacudiendo las manos sobre su cabeza como si quisiera ahuyentar una mosca pero en realidad tratando de aclarar su mente.

-Un momento. -Interrumpió Adam mientras se acomodaba la tela en su rostro y una multitud de tonalidades de dolor lo estremecían-. Mierda. Quiero decir... Nelson. Me parece una idea interesante pero, en todo caso, estaríamos suponiendo que todo lo que has dicho va a tener que ocurrir y eso me parece demasiado optimista y jalado de los pelos. ¿No crees?

-Adam. -Respondió el anciano estrechando la sonrisa-. No pretendo decir que todo aquello pasará. Permíteme darte un ejemplo: Es como cuando quieres declararle tu amor a una mujer. Planeas algo elaborado, imaginas en tu mente todas las situaciones que podrían ocurrir y concibes toda clase de respuestas hacia aquellos desafíos. Y de pronto nada sucede como debía de suceder, sin embargo, al final del día ya tienes una novia.

-No veo cómo... -Prorrumpió Shannon deteniéndose de pronto y abriendo bastante los ojos antes de continuar-. Oh, ya comprendo.

-¿Comprendes, Adam?

-Estoy tratando...

-En el caso de la declaración, el objetivo es obtener un sí como respuesta.

-¿Está seguro? -Dijo Adam.

-Calla, gusano. -Le reprochó Shannon.

-En nuestro caso... -Continuó Nelson desviando los ojos momentáneamente al ver cómo Jack caminaba de un lado hacia otro tropezándose con los movimientos del camión-. El objetivo es salir de aquí. Y para que eso suceda, lo único que podemos esperar es que alguien nos abra la puerta... eso o que algo destruya la jaula por completo. Y para el primer caso, la solución más factible es la que hemos conversado hace un rato. El resto es pura improvisación. ¿Comprendido? -A pesar de ir a una velocidad moderada, todos en el camión saltaron cuando éste golpeó algo en frente. Jack estaba sujeto a las varas de la jaula y apenas notó el salto. Lo disfrutó más que nadie.



Un segundo más tarde, un par de autos pasaron con rapidez por los costados y mientras el camión seguía avanzando, fueron dejados atrás-. Mierda por ese conductor. No tiene respeto por las hemorroides. Si me disculpan, descansaré hasta que llegue nuestra hora. -Shannon se le acercó como un reptil y se acomodó junto a él para extraerle algo de información adicional.

-¿Qué crees que hace? -Preguntó José con un acento latinoamericano neutro pero con perfecta pronunciación. Seguramente había tomado un sinnúmero de clases en algún instituto de inglés.

-¿Algo que están haciendo los otros zombies? -Contestó Harvey mientras le aventaba un trozo de tela hecho bola al pequeño Jack. La tela se estiró como una bandera antes de tocar el suelo y salió volando por entre las rejas.

-Nosotros les decimos cuervos. -Añadió Adam mientras se acercaba hacia donde los dos hombres para estrechar lazos amicales. Tal vez fuera las últimas personas a las que le dirigiera alguna palabra en vida-. Sí, yo también creo que quiere hacer lo que están haciendo los demás. O algo parecido. No puedo

entenderlo del todo.

-¿Cómo lo capturaron? -Quiso saber José. Aunque no era una respuesta corta, Adam la redujo hábilmente en una historia de un minuto. Aquello pareció satisfacer a los hombres.

-Es extraño. -Comentó Harvey-. Es uno de ellos y a la vez sigue siendo uno de nosotros, pero más se inclina por nuestro bando. Tal vez el síndrome de Down tenga que ver algo en esto porque con otros niños no ha funcionado. -Adam se acomodó en su lugar sin saber a qué hacerle caso: al dolor en su ojo o al hambre que lo estaba volviendo loco.

-Tal vez podría decirnos lo que sabe. Sabe hablar, ¿no es así? -Preguntó José.

-Apenas sabe decir algunas incoherencias. Es demasiado inquieto, pero puede que sepa más de lo que nos imaginamos. Habrá que mantenerlo cerca hasta que suelte algo.

En ese instante se levantó una columna de humo gigantesca hacia el sur. Harvey se puso de pie (era el más alto de todos) y soltó una serie de groserías mientras les explicaba que la nube tenía la forma de un hongo. A continuación pudieron observar la sombra de un avión tratando de perderse en el atardecer aunque luego cambió de dirección y regresó por donde había venido. El camión no se detuvo ni redujo la velocidad, tampoco hubo viento proveniente desde el sur producto de la onda expansiva. La explosión había sido demasiado lejos como para sacudirlos pero eso tampoco era tranquilizante. Si podían verla, había que temer.

A un costado, Jack saltaba sobre las rejas y aullaba débilmente como tratando de decir algo. Luego se volvió para mirar a los hombres que lo acompañaban y cayó al suelo de inmediato al perder el equilibrio. Continuó riéndose a pesar de la caída mientras hacía señas con las manos tratando de formar alguna figura. Encorvaba los dedos, juntaba las manos y los miraba con sus intensos globos oculares negros.

Dejando la compañía del perro, Kalia se les acercó a rastras. Había estado callada desde que le anunciaron que no había ni una sola gota de agua con ellos. Simplemente había callado y se había acomodado al fondo del camión y no le había dirigido la palabra a ninguno de ellos. Pero ahora ya no mostraba ni un ápice de resentimiento.

-¡Cárgame! ¡Quiero ver! -Le exigió a Harvey levantando una mano sin dejar de apoyar la otra en el suelo para no caerse.

-Yo te cargo. -Declaró José mientras se ponía de pie con rapidez-. De paso que estiro las piernas.

-De acuerdo. Pero no me hagas caer.

-Un momento. -Musitó Adam con la mirada en clara señal de sospecha. Miraba fijamente a Harvey mientras los latidos en su ojo perdido parecían carcomer la musculatura al interior de su cavidad ocular-. Mierda. Mierda. No puedo con este dolor. -Harvey se acomodó en el suelo lo mejor que pudo mientras observaba los nudillos de Adam volverse casi blancos.

-No puedes hacer otra cosa que aguantar, chico. -Recordaba un día en el que se lesionó el tendón rotuliano durante unas prácticas en la pista olímpica. Había llorado hasta que lo inundaron de analgésicos. Al día siguiente lo habían ido a visitar sus compañeros y su entrenador con varios moretones en los brazos y el cuerpo. Le dijeron que él se los había causado pero no se podía acordar. Estuvo de baja casi un año-. Eso o conseguir una buena dosis de analgésicos. Pero como podrás ver, no puedes hacer nada más que aguantar.

-Creo que puedo hacerlo. -Contestó Adam mirando a Harvey con su ojo enrojecido y cubierto de humedad. Detrás de él, Kalia soltaba una serie de grititos al ver por segunda vez en su corta vida una explosión atómica-. Pero hace un momento quería hablarte de otra cosa.

-¿No me digas que ahora recuerdas haberme visto cruzar la línea de meta y alcanzar la gloria en televisión nacional? ¿O quieres un autógrafo?

-Déjate de tonterías que empeoras el dolor. -Se limpió el ojo con la manga para volverlo a mirar. Ahora estaba más borroso-. ¿No eres tú el que estaba en una moto allá en Norfolk?

-Oye, sí. Estaba con una moto en Norfolk, pero vi a tanta... ¡Mierda! ¿No eres tú el que estaba con esa chica alta de pelo rubio?

-Naomi.

-Oh, así se llama entonces. ¿Y a dónde se fue?

-Imagino que a algún lugar mejor que este.



96  
Conjeturas

Vestido de negro, Nelson Grant tenía toda la apariencia de un sacerdote en los últimos años de su oficio. Shannon se acomodó a su costado como un gato que se cobija junto a su amo en una noche lluviosa junto a la chimenea. El frío dentro de la jaula, viajando a quien sabía cuántos kilómetros por hora, era criminal. Y ni la amplia gama de amarillos, rojos, naranjas y morados en la distancia ayudaban a subir aunque sea un grado la temperatura.

-No se haga. Cuénteme lo que está sucediendo. -Exigió Shannon sin la más mínima consideración a las canas. Se abrazó a ella misma para salvaguardarse del frío y también porque creyó que sus axilas comenzaban a apestar.

-Estamos viajando en un camión, hay una multitud de enemigos allá afuera a los que no podemos vencer y tengo tanta hambre que te comería si es que mis muelas no se estuvieran desmenuzando. -La miró con ojos solemnes y movió varias veces la mandíbula como para darle a entender que en verdad se la comería.

Shannon se cubrió el rostro y estalló en tales carcajadas que su estómago le comenzó a arder como si hubiera tragado un costal de carbones ardientes. Fue la risa más dolorosa de su vida. Uno a uno, todos los moretones adquiridos en el accidente le empezaron a latir como si de cada uno de ellos quisiera emerger alguna criatura alienígena.

-En serio, hombre. -Insistió ella levantando el rostro de improviso y sin el más mínimo rastro de que se hubiera reído hace poco (Salvo los ojos humedecidos

y el rostro enrojecido).

-Lo juro. -Persistió Nelson soltando una única risa perruna-. Solo soy un ciudadano más como todos ustedes.

-Es un viejo bastante obstinado. Quizás debo ser más específica. ¿Ese es el truco?

-Quizás.

-Bien. Veamos... ¿Por qué no hay nadie en las calles aparte de nosotros?

-No tengo idea.

-Vamos, anciano. Aunque sea dígame lo que cree. Hace un rato usted habló de probabilidades y de refugios militares americanos en Canadá. Usted sabe algo. Confíese de una vez.

-Supongo que te podría decir algo siempre y cuando dejes de tratarme como un carcamal.

-Es un trato. Ahora respóndame por favor, venerable anciano.

-Muy bien. Ahora... veamos... Tenemos por un lado al enemigo y por el otro lado a nosotros, los seres humanos como la resistencia. Aunque los cuervos también son humanos, sin embargo, hagamos de cuenta como si no lo fueran.

-De acuerdo.

-Hace algunos días, y de una manera muy subrepticia por si es necesario agregar, cierta parte de la población americana (y mis conjeturas son que también parte de la población mundial) se transformó en lo que ahora conocemos como el enemigo. Una agrupación cuyo único objetivo, al menos en una primera instancia, era el de exterminar al otro resto que no se transformó.

-Es cierto.

-Tenemos una multitud agresiva y asesina colocada junto a otra multitud pasiva, desorientada y prácticamente indefensa. Es como encerrar a una serpiente y un ratón en un mismo cubículo. Ambos sabemos cuál será el destino del ratón, en este caso, de nosotros. Así que ahí está la respuesta.

-¿Podría no ser tan vago?... Nelson

-El enemigo asesinó a todos los demás. Sino cómo explicas la cantidad de cadáveres que has visto durante todo tu éxodo hasta llegar a este lugar. No había forma de defenderse de ellos. Ha sido una masacre total y absoluta. En un par de días, la especie humana está prácticamente condenada a la extinción. Aunque...

-¿Aunque qué?!

-Seguimos vivos.

-¿Y eso qué?

-Que no deberíamos de estarlo.

-Pues ha sido suerte... o milagro... o como quiera llamarlo...

-Tal vez. El caso es que tampoco veo al enemigo como bien lo decía tu pregunta. Al parecer no hay ni una sola alma en las calles. Hay cadáveres por miles pero ¿dónde están los asesinos? ¿No deberían de estar todas las calles infestadas de ellos? Solo por poner un ejemplo: Cuando comenzó la infestación, yo me encontraba en Annapolis, Maryland. Tuve suerte al poder coger un camión blindado y escapar de allí (aunque no tanta porque ahora estoy aquí). Pero, con toda sinceridad, hija, la ciudad era el Apocalipsis. No es un pueblo tan grande como Baltimore si es que se puede hacer una comparación, pero había tantas de esas criaturas por las calles que era imposible esconderse.

-Como lo que me sucedió en Norfolk.

-Un poco menos si tenemos en cuenta que Norfolk es algo más grande. Pero aquí, en Filadelfia, debería de haber al menos más de medio millón de criaturas en las calles, pero no las hay. ¿Dónde están?

-Buscando más personas a las que matar, imagino... por otros lados.

-No sabemos nada de ellos... aparte de que quieren asesinarlos y de que todavía pueden comunicarse a pesar de haberse convertido en lo que son. Pero supongo que en algo más tienen que estar ocupados.

-¿Cómo en qué?

-Supongo que es como la guerra entre humanos. Una vez que los soldados han invadido un territorio, entonces se preparan...

-¿Para qué?

-Para recibir a los que vendrán. -Ambos quedaron en silencio. Las preguntas de Shannon habían hecho que Nelson llegara por primera vez a esa probabilidad y una nueva serie de interrogantes se desataba en su mente tal y como la explosión atómica que se levantaba en la distancia y que alteraba la tranquilidad de los supervivientes que se levantaban y se sorprendían de aquél espectáculo.

-¡Un auto! ¡Un auto! -Gritó Kalia mientras dejaban atrás un puente por el que acababan de cruzar. Habían visto más autos durante todo el viaje que todos los que podía haber visto un jugador en toda la serie de Grand Theft Auto. Era cierto, una camioneta se movía sobre el puente a toda velocidad. Se perdió hacia la derecha de ellos en la cada vez más creciente oscuridad.

-¡¿Vieron eso?!- Exclamó José en perfecto español-. ¡Miren! –Repitió, ahora en un inglés muy bien pronunciado.

Todos se volvieron a ver en la dirección a la que apuntaba el grueso dedo del hispano. Los ojos de Kalia se encendieron de sorpresa. El resto trataba de darle un significado a aquella inexplicable aparición. Una más de miles anteriores.

De un poste de luz junto a la carretera que se iba alejando rápidamente en la



distancia, colgaba algo parecido a un hilo de pescar pero del grosor de una manguera de bombero. Era transparente y bastante flexible ya que se balanceaba delicadamente a causa del viento. En el extremo inferior del hilo colgaba algo parecido a un capullo, de apariencia extremadamente blanca y reluciente. Del otro lado de la carretera había un hotel Extended Stay America. En los postes cercanos también colgaban algunos hilos con sus respectivos capullos.

Se quedaron mudos y los extraños hilos pasaron a un segundo plano cuando se volvieron nuevamente hacia la izquierda. Miles de cadáveres yacían regados junto a miles de autos estacionados en el aeropuerto internacional de Filadelfia. El espectáculo era sobrecogedor, la cordura de los supervivientes se agitaba como la flama de una vela junto al mar. José acurrucó a Kalia en su hombro esperando que no hubiera sido demasiado tarde. *¿Tarde para qué?*, pensó. Ya de por sí era la hora tardía del hombre. Habían llegado justo a tiempo para contemplar su propio fin.

Nelson puso su brazo alrededor de los hombros de Shannon y la trajo hacia sí-. Puede que este espectáculo no haya sido la mejor manera de que tu pregunta haya sido respondida, pero debes ser fuerte, chica. Porque aún habrán más respuestas en el camino.

Aun así, el camión no se detuvo sino que pareció ir más rápido. Ya no había tantos autos como antes en la carretera. Nelson se extrañó de aquello ya que mientras más se acercaban al centro de Filadelfia, más autos debían de haber en el camino... y también cuerpos, pero no era así. Mas las cuerdas transparentes seguían apareciendo.

-Hay un zombie al otro lado de la calle. -Mencionó Harvey señalando con el dedo hacia un lugar cerca de una tienda de comida-. ¡Miren, nos está mirando!

-Permíteme un segundo, Shannon. -Dijo Nelson retirando su brazo del hombro de ella, pero Shannon ya se había puesto de pie y se aferraba a los barrotes tratando de sacar su rostro por la rendija para ver mejor.

Solo se trataba de un cuervo solitario al que a duras penas se podía distinguir. No se podía ver si los miraba o tenía su cara vuelta hacia el frente de la pista pero más parecía lo primero. Caminaba con algo de pesadez pero hacía esfuerzos por acelerar de tanto en tanto. El camión siguió adelante y el cuervo

se quedó atrás perdido entre algunos arbustos. Sin embargo, en el cielo ocurrían cosas aún más interesantes.

Apareció primero como un minúsculo punto incandescente que dejaba una delgada línea blanca de humo. José había dejado a Kalia en el suelo junto al perro y fue el primero en notar aquella aparición cuando se iba a poner de pie. El objeto parecía viajar a la misma altura de los aviones, viajaba de norte a sur y aunque era solo un punto en las alturas, los recuerdos de las explosiones atómicas le atribuían características singularmente devastadoras.

-Hombre DARPA. -Exclamó el atleta con voz agitada-. ¿Qué es eso?

El viejo aún seguía buscando al cuervo en la distancia pero no lograba distinguir ningún movimiento. De todas maneras se alegró de poder seguir viendo perfectamente en la distancia sin la necesidad de usar gafas-. ¿Te refieres a ese misil? -Dijo sin siquiera mirar arriba. Ahora se podía escuchar un leve rumor como el ocasionado por un avión de varios motores. Era el aullido del fuego liberándose y tratando de eclosionar.

-Virgen de Guadalupe. -Exclamó José mientras se persignaba y murmuraba otras palabras en voz baja.

-En serio pretenden destruir el país. -Puntualizó Harvey. Se acariciaba su peinado afro mientras sus dedos trataban de escarbar dentro de su cerebro. El ruido se incrementó cuando el misil pasó por encima de sus cabezas a una velocidad indescriptible en su viaje hacia el norte.

-Tal vez sea un Trident. -Explicó Nelson-. Un misil con una cabeza nuclear. Los estuvieron modificando hasta cuando yo seguía trabajando en DARPA. No se imaginan cuántos millones gastaron solo en ese misil. Dios se apiade de las personas que estén cerca cuando esa cosa estalle. -Hablaba con la frialdad de un hombre que había sido testigo de la prueba en islas de aquél misil. Pequeñas islas del tamaño de pequeñas ciudades que habían desaparecido y que nadie extrañaba pues eran desconocidas para el mundo. El misil se alejó y se mezcló con los agonizantes colores del atardecer. La negrura de la noche se extendía como el grueso telón de un teatro. Nelson se preguntaba a dónde se dirigía aquél misil. Norfolk era una opción aunque se inclinaba más por Orlando o Miami.

Mirar. Apuntar. Aguantar la respiración. Disparar. Y todos corrían como si fueran malditas lagartijas en los jardines traseros de las casas en Orlando. Ya se le habían acabado las balas hacía un rato y por suerte, no había pasado ninguna otra persona durante la escasez. Había un grupo de cuervos danzando alrededor de un capullo pero se limitaba a mirarlos. No era divertido dispararle a los cuervos, pero sí a las personas porque ellas gritaban. Se había divertido bastante y todavía seguía alegre aunque pensando dónde podría encontrar más balas de semejante calibre. La L115A3 era un rifle francotirador condenadamente largo y pesado aunque bien había valido la pena en cada uno de los disparos. Decidió que luego podría buscar una armería y conseguir algunas balas aunque no tenía la intención de cargar consigo semejante rifle. Demasiado molesto para su gusto. Prefería armas puntiagudas o sus manos antes que la fría distancia de un arma de fuego.

Pese a que la visibilidad empeoraba a cada minuto, aún se podían observar ciertos objetos en la distancia. No podía negar que tenía una buena ubicación allí en la cima del lado oeste del estadio de los Phillies. El centro de Filadelfia se veía tan cercano a través de la mira del rifle. Las ventanas del rascacielo Comcast Center reflejaban los colores de la agonía del sol. Se preguntó si alguien limpiaría aquellas ventanas alguna vez algún día en el futuro. Lo mismo sucedió cuando observó el One Liberty Place y su hermano el Two Liberty Place. Solo el Mellon Center estaba infestado en llamas al igual que gran parte del centro de Filadelfia. Tal vez podría pasar por allí al día siguiente y escoger en qué oficina dormir. No pensaba los miles de escalones que tendría que subir ante la falta de electricidad.

Tenía hambre de nuevo. Apenas había probado un poco de carne hace algunas horas pero no estaba saciado del todo. Se había alegrado de saber que todavía salía agua de los grifos y había estado bebiendo y orinando con frecuencia desde que se instaló en el estadio. Tenían de todo allí. Hasta parrillas. Allí había asado el brazo del niño al que le robó la bicicleta y con la que se había

paseado por las cuatro bases del campo imaginando que el público lo celebraba. Vaya sabor.

Entonces oyó el ruido de un auto. Acomodó el rifle contra su hombro y echó un vistazo con la mirilla. Hacia el frente se extendía la calle Hartranft. ¿A quién se le ocurría llamarse Hartranft? Ya que no había ley ni pueblo que juzgara sus decisiones, decidió que aquella calle pasaría a llamarse Bradfield. No había nadie en aquella dirección salvo los cuervos que seguían moviéndose. Al diablo con ellos. Desvió la mirilla hacia la izquierda. Árboles y sombras. El estacionamiento casi vacío y decenas de cuerpos regados en el piso. Ya ni siquiera llamaba la atención. Movié la mira un poco más a la izquierda. Un par de estaciones AT&T. Más árboles. Algo entre los árboles. Movimiento fugaz. Un camión. Lo siguió con la mira mientras avanzaba por la calle Broad. El camión se detuvo justo en la intersección con la calle Pattison. Calibró la mira para tener foco en los pasajeros. Militares. ¿Qué hacían? Al parecer habían avistado a los cuervos que bailaban varios cientos de metros más adelante. ¿Cómo lo habían hecho? Pues por algo eran militares. Se preguntó por qué vestían aquellos trajes. ¿Había contaminación biológica o radioactiva? *Que me lleve el diablo*, se dijo cuando observó a unas personas encerradas atrás en una jaula. Los rostros eran demasiado familiares.

Gary se puso de pie usando el rifle como bastón. Que pequeño era el mundo. Que trágica la suerte para ellos. Gary se alegró al saber que tendría más variedad de carne para la parrilla. Se sintió demasiado excitado al saber que la chica de trenzas seguía allí. Desde que la vio había querido probar su carne y ahora lo podría hacer en más de una manera. Iba a bajar cuando observó algo que llamó su atención fuertemente. Tomó de nuevo el rifle y observó en la lejanía de la calle Bradfield. Tardó unos segundos en encontrar lo que buscaba. Todavía no era experto en buscar objetos lejanos con la mirilla.

Había un carro pequeño. Se detuvo en el cruce con la calle Sydenham y dobló hacia la izquierda del chofer desapareciendo tras una hilera de casas construidas al estilo inglés. Probablemente otro grupo de supervivientes. Gary pensaba solo en los sujetos del camión. Si sus pensamientos eran correctos, pronto llegarían al cruce de la calle Broad con Bradfield. Y ahí estaría él para dar la bienvenida a sus viejos amigos, pero tenía que apurarse.

Acababa de dar la vuelta cuando se acordó. Miró hacia el cielo en busca de

las siluetas negras. El cielo era demasiado amplio pero solo revisó en la dirección en donde todavía había algo de luz. En la distancia parecía haber algo. Echó una mirada por la mirilla pero solo se trataba de una nube pequeña. No había ni rastro de los hombres que flotaban.

Bajó las escaleras en busca de su bicicleta.

La calle donde se detuvieron era extremadamente ancha. Dedujeron que así se había hecho para prevenir el tráfico debido a la cercanía del estadio de los Phillies, el Wells Fargo Center y el Lincoln Financial Field. Para las Águilas de Filadelfia, el 2013 había sido un año prometedor, pero aquél año no pintaba nada bien.

Un auto permanecía incrustado dentro de una estación AT&T. Estaba totalmente calcinado pero el lugar, por alguna extraña razón, solo estaba destruido de un lado. Los supervivientes miraban a las calles que se extendían hacia el sur, el este y el oeste y parecían estar viendo la misma arquitectura. Asfalto y vías dobles larguísimas flanqueadas por hileras de árboles frondosos.

-Muévanse junto a mí. -Dijo Nelson actuando tan rápido como no lo habían visto hacerlo antes. Ya sospechaban que un hombre que había trabajado varias décadas en el Departamento de Defensa no podía estar del todo decrepito.

Nelson los fue acomodando mientras se acercaban, y los iba ubicando en el lado pegado junto a la cabina donde permanecían los militares. En cualquier momento deberían de estar apareciendo. José practicaba una y otra vez el movimiento que haría para sacar la navaja de su bolsillo.

Hacia algunos cientos de metros atrás habían visto una formación de tanques avanzar por la avenida Island hacia el norte. Estaban teñidos de rojo y supusieron que se habían limitado a atropellar cuervos. Había algo grande allá adelante. Por eso habían pasado dos bombarderos más a miles de metros de altura y un grupo de cazas un poco más abajo pero más rápido.

Quisieron arrastrar a Dennis-. ¡Déjenme en paz! -Gritó mientras espantaba a Harvey y Adam con el brazo bueno. El otro brazo estaba tornándose cada vez más negro aunque a él ya no parecía afectarle, después de todo, solo era un pedazo de carne que le colgaba del hombro-. ¡A la mierda con ustedes! - Exclamó de nuevo hinchándosele una vena en la frente. Tenía el pelo largo, revuelto y sucio y ahora sí daba toda la apariencia de ser un metalero en el clímax de la decadencia artística. El chico se arrastró por su propia cuenta hacia un lado de la jaula y se recostó allí ocultando su rostro de los demás.

-No importa. -Dijo Nelson, pero antes de continuar, el camión se puso en movimiento de nuevo. Todos se pusieron tensos. El camión iba hacia adelante muy despacio, como alguien caminando con sigilo. Aquél motor era demasiado silencioso. Nelson envidió aquella maravilla inglesa aunque se alegró de haber estado sobre una aunque sea una sola vez. Aunque fuera la última vez.

Un poco más adelante el auto se detuvo nuevamente. Entonces se escuchó un disparo y luego otro. Se asomaron por el lado derecho de la jaula y trataron de ver lo que había adelante. Hunter comenzó a ladrar. Nelson mandó a callar al perro y la niña lo jaló hacia un lado en medio de los gemidos de éste. Jack señalaba hacia el frente del camión y luego movía la cabeza hacia el otro lado y hacia el cielo como tratando de buscar algo. Balbuceaba cosas que no se podían entender y se le notaba demasiado ansioso.

Cada vez resultaba más indescifrable el comportamiento de los cuervos. Frente a la entrada al estacionamiento, donde se ubicaba un arco con las palabras “Citizens Bank Park”, se hallaba un poste. Colgando desde el extremo superior, se balanceaba uno más de aquellos capullos blancos que

habían visto a lo largo del camino. A primera vista parecía estar quieto, incluso con el viento. Pero después de varios segundos de observación, se veía que se balanceaba delicadamente como un metrónomo o un péndulo.

Debajo había un grupo de cuervos rodeando el capullo. Uno de ellos yacía en el suelo, muerto y desangrándose después de los tiros de los militares. El resto no se había movido y seguía firme dando rienda suelta al más extraño de los comportamientos. Formaban un círculo alrededor del capullo mientras movían la parte superior de su cuerpo hacia adelante y nuevamente hacia atrás. Venían a la memoria imágenes de judíos frente al Muro de las Lamentaciones, balanceándose una y otra vez mientras oraban. Los cuervos parecían hacer lo mismo con aquél extraño ser envuelto en un capullo. No se podía saber si lo adoraban, si lo vigilaban, o si aguardaban pacientemente su nacimiento.

Con toda calma, uno de los militares descendió por el lado izquierdo del camión y se acercó hacia el grupo de cuervos. Los acribilló apenas estuvo lo suficientemente cerca de ellos. Disparos en las cabezas, cráneos estallando y sangre salpicando en el poste y el capullo. Shannon no soportó la escena y se tiró al suelo con las manos en el rostro tratando de evitar en todo lo posible vomitar.

Jack y Hunter aullaban. Kalia sujetaba al perro. El niño señalaba hacia la distancia por donde el camión había venido. Adam sospechaba cada vez más de Jack. Algo había en él que lo ligaba directamente a lo que estaba por suceder. Tenía cierto tipo de don profético o algún tipo de sexto sentido. Ese niño tenía que saber lo que estaba pasando. ¿Cómo sacarle algo de información?

Cada vez estaba más oscuro pero aun así podían ver algo parecido a una mancha oscura que se iba acercando. Los supervivientes voltearon y lo mismo hizo el militar que se acercaba hacia el capullo. Una estampida de cuervos, tal vez un par de cientos. No había duda alguna que se acercaban hacia ellos. El militar que conducía salió del camión y el que estaba afuera le hizo señas. Observaron la distancia y se dirigieron a la parte posterior del camión con rapidez. Se disponían a abrir la jaula y usar a un superviviente más como carnada. La hora de la muerte o del escape había llegado.





100  
Oscuridad

Se oyó un pequeño clic cuando la cerradura magnética se liberó. Uno de los soldados abrió la puerta mientras que el segundo permanecía detrás con su subfusil en la mano y el dedo en el gatillo. Vigilaba a las personas dentro de la jaula y también estaba atento a la multitud que se acercaba. De su brazo colgaba algo como una pequeña mochila con un punto rojo que parpadeaba.

José se había aproximado hacia la mitad de la jaula. Cuánto había esperado por aquél momento. Solo un simple movimiento y estaría libre. Se había reservado de contarles a los demás que había atacado a un policía americano que trataba de impedir su ingreso hacia suelo norteamericano. Casi lo detuvieron pero había logrado escapar de nuevo a México. Tuvo que esperar largos años para intentar cruzar de nuevo, y esta vez lo había logrado. Ahora era turno de cruzar de nuevo. Esta vez lo aguardaba la tierra llamada libertad.

-¡Vengan por mí, cabrones! -Exclamó José mientras el militar que abrió la puerta subía a la jaula. No había rastros del tercer militar aunque todos suponían que debía de seguir en la cabina ya que el motor seguía encendido. Por si había necesidad de una partida rápida.

El militar le asestó un golpe en la cabeza a José con la culata del arma. Este cayó al suelo pesadamente desatando el pánico en los supervivientes. Hunter les ladró enseñando los dientes mientras Kalia trataba de sujetarlo. Todo estaba perdido. A través de las rejas, el segundo militar les apuntaba con el subfusil mientras que el primero arrastraba rápidamente a José hacia el exterior. No se distrajeron ni siquiera con el estruendo que ocasionó el rápido paso de un grupo de cazas que volaban en dirección al norte. Nelson trataba de pensar con rapidez pero se desesperaba al no surgir ni una sola idea.

Ambos militares arrastraron a José un par de metros detrás del camión. Harvey estaba lleno de impotencia. Podría correr en pocos segundos hacia

donde estaban los militares pero sin duda lo acribillarían si no tenía apoyo. Minúsculas gotas de sudor caían de la frente de Adam. Escuchaba aquella voz de nuevo. Lo tenía paralizado contra su voluntad. *¿Estás listo, Adam? El expreso hacia nuestro espacio está a punto de partir. Te hemos reservado primera clase, whisky, esos panecillos de almendras que te gustan y un par de revistas picantes para que te entretengas mientras dura el viaje, el cual dicho sea de paso, no será muy largo. ¿Qué esperas, inútil, bueno para nada? Sal de una vez del camión y ven con nosotros. O vas a esperar que nosotros lleguemos a ti. Haz algo bueno por única vez en tu vida y termina con esta mierda de una vez.* Su ojo perdido le comenzaba a doler como si tuviera un carbón encendido como lente de contacto.

Tras dejar a José boca arriba en el suelo, uno de los militares se disponía a colocarle una mochila saturada de RDX para la explosión. Sin embargo, había que despertarlo primero con pequeñas descargas eléctricas para que los cuervos lo pudieran ver moverse e ir detrás de él. Pero había un pequeño detalle en aquél cuerpo. Un detalle en el que los militares no habían reparado: José tenía su mano derecha dentro de su bolsillo.

De pronto, uno de los militares rodaba por el suelo mientras el subfusil se le escapaba de las manos. Casi flotaba. El militar tan solo sentía una extraña sensación en el cuello que repentinamente comenzaba a ser más y más dolorosa al punto de llegar a ser insoportable. Sus ojos se nublaban de manera inexplicable y lentamente se iba desvaneciendo. Como cuando se había desmayado los primeros días de entrenamiento en el ejército. Pero aquello era diferente y sabía muy bien lo que era aunque se negaba a creerlo.

El militar sintió cuando José extrajo la navaja de su cuello. Nunca había sentido algo tan espantoso como el calor y el dolor mezclados con una sensación de ahogamiento indescriptible. La segunda puñalada llegó cuando el militar ya estaba cayendo al suelo en plena agonía. Perdió el conocimiento antes de caer al suelo.

Se oyeron unos disparos en frente del camión. Había que actuar de prisa, ya estaba en marcha el plan de escape y no había vuelta hacia atrás. En el cielo morado viajaba un objeto luminoso a una velocidad salvaje hacia el norte. Ya habían visto uno de esos misiles hace poco. José se demoraba con el primer militar mientras que el segundo se movía con rapidez. Tenía el seguro puesto

en su arma. Grave error. Alguien saltó por la puerta de la jaula directamente encima del militar. Alguien que era mucho más rápido y ágil que cualquier primer lugar en tres mil metros planos: Hunter, el labrador.

-¡Regresa! -Gritó Kalia mientras corría detrás de su perro.

-¡Espera! -Exclamó Harvey estirando su brazo cuan largo era sin poder asir a Kalia tan solo por unos centímetros. La niña era veloz. El atleta fue tras ella pero se resbaló en la segunda zancada al pisar un pequeño charco de agua turbia que hace algunos momentos no estaba allí: un poco de orina de perro. Cuando se levantó, Kalia ya había salido por la puerta.

*No dejes que se te adelanten, Adam. Aunque, ¿qué importa? Tenemos capacidad ilimitada para todos los amigos que quieras invitar. ¡Ven con nosotros de una vez, hijo de puta! ¡No pongas a prueba mi paciencia!*

Con sus trenzas flotando, Shannon saltaba sobre el cuerpo de Harvey en dirección a la salida. Los planes habían cambiado y la improvisación era lo único que podría salvarlos ahora. En la parte delantera se oyeron más disparos. Adam se aferró a un lado de la reja y se impulsó para salir tras de Shannon y antes que Harvey, quien se arrastraba hacia la salida como podía.

-Suelta a mi perro. -Le gritó Kalia al militar. El labrador tenía incrustados sus dientes en el muslo del militar y mientras más hundía sus caninos, más se acercaba al fémur del hombre. En aquél forcejeo, Kalia jalaba a su perro por la cola, haciendo fuerza con sus diminutos brazos envueltos en aquella ropa de rayas verdes. No podía hacer nada contra el can que se sacudía violentamente aunque de alguna extraña manera, trataba de agitar su cola lo menos posible quien sabía si para proteger a la niña.

Pero el militar estaba entrenado para ignorar el dolor. Lo que representaba aquella mordida para él, podría ser lo que significaba a una persona cualquiera ser picado por una abeja. Algo doloroso, pero que se podía soportar. Por suerte para él, las sacudidas del perro no habían impedido que se acercara hacia el subfusil y lo tomara con una mano ávida de apretar el gatillo.

El disparo casi vuelve sorda a Shannon, quien se arrojó al suelo golpeándose la quijada contra el asfalto. Una constelación de puntos blancos y rojos apareció frente a sus ojos como un caleidoscopio. Creyó ver a José tratando

de liberarse del cadáver que había caído encima de él, le pareció estar soñando al divisar la multitud que ennegrecía la distancia. Estaba sumergida en una pesadilla en la que helicópteros hacían maniobras en el aire y algo desde el cielo soltaba miles de pequeños puntos que caían y caían eternamente.

El segundo disparo atravesó la oreja de Hunter haciendo un agujero parecido al que tenía Dennis en la mano-. ¡No! -Gritó la niña soltando de la cola a su peludo compañero. El labrador aullaba y soltaba espuma por la boca al tiempo que de su oreja brotaba una cascada de sangre y restos de cartílago.

La falda verde de Kalia flameaba hacia el oeste con la gracia de una cinta que sacude una gimnasta artística en la prueba de suelo. Fue entonces cuando una bala le perforó el corazón, saliendo por su espalda e incrustándose en el suelo muy cerca de donde había caído Shannon.

Su ropa arrugada y olorosa se tiñó de rojo en la zona del pecho. Unas gotas salpicaron por el aire y cayeron unas en su pequeña falda verde y otras se mimetizaron en su gracioso gorrito rojo. El mundo se iba alejando rápidamente de su vista como si estuviera cayendo por una resbaladera estando de espaldas. No escuchaba nada que no fueran los gruñidos alegres de su labrador fiel y la voz de su madre que la llamaba desde algún lado para que se lavara las manos y entrara a comer de una vez antes que la comida se enfriara y se estropeará. *Ya voy, madre,* dijo en sus pensamientos. *Espera que me alcance mi perro para ir contigo. Venga, Hunter, apurémonos antes de que nos metamos en problemas.*

-¡Hijo de perra! -Chilló José mientras le clavaba la navaja una y otra vez al militar como un poseso. Seguía clavando la navaja una y otra vez en el cuello del hombre, casi al punto de decapitarlo, cuando apareció Harvey con los ojos enrojecidos y el subfusil en la mano. Descargó completamente el arma sobre el cuerpo del soldado. No razonaban. Estaban ciegos de la ira y hubieran seguido acribillando al hombre hasta dejarlo irreconocible si es que una explosión cercana no los sacudiera de pies a cabeza.

Un lado de la tribuna del estadio de los Phillies se desmoronaba mientras una bola de fuego tras otra escalaban el vacío tratando de llegar hacia algún lugar. La silueta de un avión se dibujaba en el cielo casi ennegrecido mientras pequeñas luces brotaban de él junto con grotescos sonidos como el reventar de

una infernal cantidad de insectos sobre fuego de brasas.

Advirtieron el acercamiento de los cuervos desde el sur. Había otra sombra que se acercaba desde el oeste. Aparecían por centenares como por arte de magia, como cucarachas brotando de detrás de un refrigerador oxidado y enmohecido. Nelson bajó a duras penas de la jaula negándose a creer que la pequeña niña de rostro risueño yacía en el suelo con los ojos cerrados como si solo estuviera durmiendo por el extremo cansancio. *Es al cielo donde perteneces, pequeña. Ve. Espérame que tal vez pronto te haga compañía.*

Mascullando una maldición, apareció un hombre robusto de rostro sombrío, ojos verdes y cabello corto negro. Llevaba un subfusil en la mano y vestía un uniforme naranja brillante manchado de tantos colores que era difícil distinguirlos y menos aún ahora que había que hacer un esfuerzo para poder ver lo que había alrededor. Nelson se preguntó de dónde habría escapado aquél preso.

-Los mataron. -Exclamó el preso mirando los cuerpos de los militares-. Nos han ahorrado un gran trabajo. ¡Apártense! -Dijo mientras se acercaba a la jaula y la cerraba justo cuando Dennis acababa de descender y hacerse a un lado. Apartó a Nelson de un empujón y éste casi cae al suelo de no ser porque Harvey lo sujetó. Adam y Shannon estaban junto al cuerpo de Kalia, contemplándola mientras sus esperanzas se oscurecían como el día. Hunter aullaba con la herida sangrante junto a su ama, tal vez gimiendo más al presentir que no volvería a jugar con ella que por la misma herida.

-¿Qué mierda haces? -Le reclamó José al preso.

-¡No necesitamos malditos extranjeros para defendernos! -Rechinó el hombre enfurecido y disparó dos veces contra José. La primera bala lo había matado y la segunda tan solo había entrado en su cuerpo muerto. Cayó al suelo de prisa y con un sonido seco al golpearse la cabeza contra el suelo-. ¡Nos llevamos el camión! -Les advirtió mientras unas voces lo llamaban desde adelante. El hombre desapareció corriendo y tras subir a la cabina, el camión aceleró a toda velocidad hacia el frente.

Se miraban entre ellos. *¿Qué hacemos?*, se preguntaron. *Y hagamos lo que hagamos, ¿por qué lo haríamos?* Había sido más que un golpe devastador para sus ya debilitadas voluntades. Una niña inocente muerta y otro hombre

más solo porque sí. ¿De qué valía la pena seguir intentándolo? Mientras tanto, un misil nuclear volaba sigiloso sobre sus cabezas en dirección a Baltimore.

-¡Muévanse! -Ordenó Nelson al ver que los demás habían quedado paralizados por los últimos acontecimientos. Resonaron más detonaciones en las cercanías que lograron ayudar a espabilar a los que aún seguían vivos. Una tormenta de motores parecía aproximarse desde todos lados. Luces, fuego y sombras extrañas danzaban y se acercaban desde todas las direcciones-. ¡No podemos morir sin haber luchado!

-Ya no quiero nada. ¡Suéltame! -Gritó Shannon mientras Adam trataba de levantarla sin mucho éxito. Parecía que todo esfuerzo que quisiera hacer se tradujera en dolor similar que iba a parar a su ojo. *¿Por qué?*, le reclamó al vacío. *¿Por qué tenía que pasarle eso a una niña?* A una preciosa criatura cuyo futuro se había apagado en aquél mundo sin sentido y a manos de las mismas personas que se suponía debían hacer que siguiera con vida.

Iba cediendo de a pocos mientras la multitud venía sobre ellos como un tsunami viajando por el océano. Se apartaba del cuerpo de la pequeña, de su rostro inocente dormido plácidamente. Shannon trataba de tranquilizarse a sí misma pensando en que al menos la niña no tendría que seguir sufriendo las penurias de vivir en un mundo como aquel.

Se puso de pie como un prisionero del campo de concentración Dachau luego de la liberación. Y encima, Adam llevaba a Jack en un brazo como si la cosa de por sí no fuera del todo difícil. Él tampoco podía despegar los ojos del cuerpo de Kalia. No quería dejarla tendida sobre el asfalto. Los cuervos se acercaban, tenía que hacerlo forzosamente. *Adios, querida Kalia.* Hubiera estado dispuesto a morir por ella. *Viviremos, pequeña, viviremos.* Ahora estaba dispuesto a vivir por ella.

Atrás quedó Hunter recostado junto a Kalia, lamiendo su rostro frío con angustia, ignorando por completo a la legión que cabalgaba en su dirección.

Gary observaba a los supervivientes, escondido detrás de un semi-remolque. Los siguió escondido tras los árboles y la oscuridad.

101  
Redención

Veinte minutos parecía un tiempo corto pero dadas las circunstancias, cada segundo se alargaba tanto como una eternidad tras otra. Permanecían encerrados en una habitación en el segundo piso de la primera casa que habían encontrado con la puerta abierta. Habían cerrado abajo con seguro pero era lo mismo que no haberle puesto nada. Sin embargo, en aquella habitación habían tomado todas las precauciones posibles y tras arrimar la cama contra la puerta, también habían puesto sobre ésta un mueble grande sin los cajones.

En el camino habían perdido a Dennis y aunque trataron de ayudarlo, él se resistió a que lo llevaran en hombros. Había dicho algo como que quería terminar el show a su propia manera y había desaparecido tras unos árboles.

Hacía tres minutos que Harvey los había abandonado según el reloj de Adam. *Quédense acá y estén atentos al ruido de un motor. Cuando traiga la camioneta, salgan como puedan y suban lo más rápido que les sea posible. No abran a nadie y si no regreso en veinte minutos... hagan lo que sea por escapar y mantenerse vivos. Deséenme suerte.* Ahora hacían cuatro minutos desde aquello.

La habitación tenía una sola cama con sábanas azules las cuales previamente habían sido retiradas por Jack para envolverse y jugar con ellas. Se había acurrucado en un rincón sobre el suelo alfombrado bajo la atenta mirada de Nelson que se aferraba el pecho como si estuviera a punto de sufrir un infarto. Pero él les había dicho que solo era por el cansancio; aunque no le creían del todo.

No sabían cómo describir aquella escena con otra palabra que no fuera espantosa o traumatizante. Allí reducidos en número, sometidos bajo el asedio de desconocidas multitudes, Nelson, Shannon, Adam y Jack se agazaparon en silencio escuchando el salvaje ruido de cientos de pisadas en las cercanías de la casa. Se sintieron como Ana Frank oculta en la habitación secreta en aquél edificio en el Prinsengracht. ¡Y ella había aguantado por dos años!

Ni siquiera escuchaban sus propias respiraciones. El silencio dentro de la habitación era total y la cacofonía del exterior era demasiado extenuante para

sus ya muy debilitados nervios. Pero los pasos parecían haber pasado de largo y ellos se esperanzaban en que no los hubieran visto entrar en aquella casa.

La barahúnda de pisadas se movilizaba hacia algún lugar lejos de ellos. Ya no se escuchaba más que un lejano tumulto, el vuelo de un avión gigantesco en las alturas y crujidos y gemidos causados por las llamas y la destrucción. Pero sabían que en cualquier momento podrían aparecer más de ellos. Teniendo en cuenta el lugar donde se encontraban, sospechaban que por lo menos habría un millón de ellos recorriendo las calles. Ni Adam ni Shannon tenían una idea visual de la magnitud que representaba esa cantidad y tampoco querían imaginárselo.

Tras unos segundos de relativo silencio en los alrededores de la casa, Adam se había arrastrado hacia una de las dos puertas que había dentro de aquella habitación. Se llevó la linterna que habían encontrado en uno de los cajones y dejó a los demás en tinieblas.

Aquél lugar le había pertenecido a una pareja. Había zapatos de mujer y botas de hombre. *Mierda*, maldijo Adam al comprobar que la talla de zapatos del tipo era más pequeña que la de él. Buscó a tientas en los ganchos colgados en el armario hasta que encontró un par de prendas que le llamaron la atención. Shannon entró en la habitación en aquél momento.

-No soporto esta ropa que tengo puesta. -Dijo Adam mientras descolgaba un mono azul de una textura bastante extraña para una prenda. Al tacto se parecía mucho a la envoltura de las barras de mantequilla. Era una tela gruesa pero liviana a la vez. En la zona del pecho había una etiqueta cosida al mono en donde se podía leer claramente la palabra: Vietnam.

-¿Hay otro parecido? -Preguntó Shannon. Se acordó que todavía llevaba puesto encima un jean con orina que se había secado y no le agradaba para nada seguir así.

-Creo que hay un uno más, pero no creo que sea tu talla.

-Tú solo apártate y no...

-Hey. -Llamó Nelson desde el dormitorio.

-¿Qué cosa? -Susurró Shannon atenta al cualquier ruido extraño-. Espera, voy a ver qué quiere. Vas sacando el otro mono para mí. -Y salió del closet como



la silueta de Nosferatu al subir las escaleras de la casa donde dormía Mina.

Cuando regresó, Adam ya se había cambiado. Shannon cerró la puerta del closet y tomó la linterna de la mano del chico. Al parecer el traje le había quedado mejor de lo que él esperaba. Encima se había colocado también una chompa gris con el logo de los Phillies. Allí, recostado en el suelo con su cabello negro largo y su rostro demacrado, a Adam solo le faltaba un cartel de cartón con la frase: Trabajo por comida.

-¿Y dónde está mi ropa? -Preguntó ella como alguien invisible tras la luz de la linterna.

-Allá. -Adam señaló un montículo donde yacía otro mono gris sin la etiqueta *Vietnam* y con un par de manchas blancas como consecuencia de algún descuido con la lejía.

-Toma. -Le entregó la linterna a Adam. -Ilumíname y sostenla mientras me cambio para que pueda ver.

Adam no le discutió. Shannon se comenzó a desvestir en frente de él mientras la mano del chico temblaba y la sombra de la chica de trenzas bailaba sobre la pared de al fondo como danzantes tribales de ciertas tribus del Kalahari. Desde cierta perspectiva, a Adam le parecía su mayor victoria con alguna mujer en toda su vida. Solo un par de días de conocerla y ya la tenía desnudándose frente a él. Le pareció gracioso y aquello se tradujo en un espasmo que causó más temblores en su mano.

-Sostenla bien, Adam. -Le reclamó mientras se deshacía de sus pantalones para quedar únicamente en sostén y calzón. *Que siga la función*, pensó Adam para animar su alicaído ánimo. Se imaginó soltando varios billetes de cien dólares sobre el cuerpo de Shannon mientras ella le bailaba de manera cada vez más sexy. Y la sombra que se proyectaba en la pared no estaba muy alejada de aquellos movimientos sensuales.

-¿Qué fue eso? -Preguntó ella.

-Descuida. Soy solo yo tragando saliva. -Confesó Adam agradecido de estar oculto por las sombras.

-¿Por qué? ¿Nervioso? ¿Qué nunca habías visto a una chica con un cuerpo tan espectacular como el mío?

-Bueno... no con un solo ojo. -Shannon cayó al suelo presa de unas terribles carcajadas las cuales silenció cerrando la boca y cubriéndose el rostro con las manos y su sudadera azul. Su trasero se balanceaba de un lado a otro en frente de Adam y éste lo iluminaba como a un artista en el escenario.

-Deja de alumbrarme el trasero. -Dijo ella volviéndose con el rostro enrojecido por la risa. Se le veía especialmente hermosa cuando su rostro se contraía y retraía formando grietas y dunas y cuando los dientes se asomaban durante la sonrisa.

De pronto Adam se sintió invadido por pensamientos negativos. Eran su especialidad incluso cuando experimentaba intensas escenas de felicidad. *Deja de pensar en eso, Adam. No, no puedo. Cómo quisiera que esto hubiera dado para más, pero inevitablemente estamos condenados a la muerte. No hay salida para esto. Estamos atrapados, nos hemos condenado a nosotros mismos. De qué me sirve reír junto a ella o disfrutar de su presencia. Todo se terminará en apenas unos instantes y todos mis planes y sueños me acompañarán directamente al infierno.*

*Así es, Adam,* dijo su padre dentro de su cabeza. *Te aseguro que hoy mismo estarás conmigo en el paraíso.*

*¡Cierra la boca! ¡Déjame en paz! ¡¿Qué tengo que hacer para que me dejes en paz?!*

*Simplemente morir, Adam.*

-Ya está. -Dijo Shannon mientras se abotonaba el mono. Adam se había perdido en el tiempo y no recordaba para nada haber visto a Shannon vestirse-. Me queda un poco largo de las piernas pero creo que puedo arreglarlo con esa tijera que encontramos en el cajón. Venga. Vámonos de aquí.

Nelson esperaba afuera-. Vengan de prisa. -Exhaló mientras jalaba del brazo a Shannon hacia el otro cuarto que había junto al closet-. Quiero enseñarles algo. Por cierto ¿cuánto tiempo ha pasado?

-Siete minutos. -Contestó Adam tras consultar su reloj.

Tanteando en la oscuridad, Nelson abrió el grifo. Aquél ruido inconfundible hizo que una descarga de adrenalina recorriera el cuerpo de Shannon a la

velocidad de sus conexiones sinápticas. ¡Agua! ¡Agua! ¡Agua! ¡Agua! Gritó una y otra vez fuera de sí mientras se ahogaba con el líquido que brotaba por el grifo del lavabo. Se empapó el rostro, las manos, el cabello hasta la punta de las trenzas, sintió que deliraba con solo tener contacto con el agua.

-No tomes demasiado. -Le recomendó Nelson, pero ella estaba muy lejos de hacerle caso al anciano. Tenían a disposición una reserva ilimitada de agua y ella tenía una sed y hambre que parecían no tener fin. ¿Cuándo volverían a encontrar agua de nuevo? ¿Para qué pensarlo? Nada más tenía que beber y beber.

Cuando Shannon dejó de beber, habían pasado ya diez minutos desde que Harvey los dejó en busca de algún tipo de movilidad-. Toma lo que puedas, Adam. El niño y yo ya probamos suficiente. -Y Adam se sumergió en un mundo de placer para su garganta y su estómago. Aquél líquido insípido era el manjar más delicioso que Adam había probado en toda su vida. No había punto de comparación con otra cosa. Una multitud de pensamientos lo inundó. No había punto de comparación con otra cosa que no fuera la compañía de Shannon. Lo presentía. La voz vendría de nuevo. *Adam*. Allí estaba. *Adam, no puedes deshacerte de mí*. Estaba cansado. Necesitaba confrontarlo de una manera definitiva. Cerró el caño y se recostó contra la cerámica de la pared para discutir con sus pensamientos.

*Sabes que si no estuvieras aquí, estarías en un manicomio con tantas drogas en tu cuerpo que te tendrían que cambiar los pañales cagados cada cinco minutos.*

*Lo sé. Y eso sin contar con el vómito, la baba, las meadas y el olor a descomposición encima de mi cuerpo.*

*¿Qué quieres?*

*No lo sé. ¿Por qué me persigues? ¿Por qué me atormentas sin descanso?*

*Es mi única razón de estar aquí. Vivo para torturarte y te torturo para vivir. ¿Sino para qué otra cosa podría estar dándote vueltas en la cabeza?*

*Tienes razón. No te imagino haciendo otra cosa diferente a la que haces.*

*¿A qué mierda viene esto de conversar grandísimo pedazo de inútil? Sabes que no vas a durar los veinte minutos aquí dentro. Son hormigas las que hay allá afuera. Miles de millones. Y ustedes son el azúcar dentro de una pequeña caja. No pueden evitar rezumar un olor que las atrae. Ellas lo perciben. Crees que se han ido ja, ja, ja. Están allá afuera aguardando, pensando en la forma de cómo entrar. Y verás cómo atraviesan la puerta. Y contemplarás con tu único ojo cómo descuartizan a esa chica, al viejo y a ese niño imbécil. Lo harán mientras te mantienen con vida para conducirte definitivamente a la locura. Esa idea fue un encargo mío. Solo un favor que accedieron a cumplir.*

*¿Qué te hace pensar que todo eso sucederá?*

*Me imagino que no has olvidado a esa vieja muerta en aquella cabaña. Tampoco al tipo de barba siendo perforado por decenas de balas mientras que su mujer saltaba del Greyhound directo a las manos de mis hermanos. Y qué decir de la niña y aquél mojigato latino. Todos están muertos. ¿Y qué has hecho tú para evitarlo?*

*Nada.*

*Exacto. No eres nada. No puedes hacer nada y, mejor aún: cuando los cuervos vengan por ti y terminen con tu vida llena de miserias, te convertirás en lo que siempre has querido ser, en una completa nada.*

*Me he puesto a pensar en el comienzo de estos días. Allá de vuelta en Norfolk detrás del mostrador en el 7-Eleven. De pronto entró una chica con trenzas, la más hermosa muchacha que recuerde haber visto en los últimos años. Y de pronto allí estaba yo haciendo algo por ella. Y después aparece otra chica en un auto con el cabello rubio y rizado. Un ángel herido bajo las*

*secuelas de la destrucción. Se suponía que debíamos de estar muertos entonces, pero de alguna forma me las arreglé para encontrarme con el amanecer en una suite en el último piso de uno de los mejores edificios de la ciudad.*

*No pensaste, no decidiste, fueron actos reflejos que no representan para nada lo inservible que eres.*

*Es cierto. Soy incompetente, soy flojo, miedoso, cobarde, nervioso, miserable...*

*Perdedor, inútil, blandengue, mediocre, inseguro, besaculos...*

*Y podría escucharte mencionar tantos adjetivos como días han pasado desde que trataste de asesinarme y como aún tratas de asesinarme cada día que pasa. Es la verdad, todo lo que has dicho, padre. No puedo negarlo. Me conoces más de lo que yo mismo estaba dispuesto a aceptar. Eres todo lo que he negado durante tantos años y en un principio pensaba que eras mi peor enemigo y el protagonista de mi historia condenada al fracaso.*

*No lo creas, en verdad lo soy.*

*Ha sido una suerte todo lo que ha sucedido. Cada cosa que he visto. Y todo para llegar a este punto y darme cuenta de que en realidad eres todo lo que necesitaba tener. Siempre quise negarte, siempre quise rechazarte. Y vaya cómo lo hice cada vez que intentabas comunicarte conmigo. Pero jamás se me ocurrió que lo único que tratabas de hacer era que te aceptara. Que me aceptara a mí mismo. Que te amara y te perdonara.*

*Así que en el último aliento de tu vida también aceptas ser un maricón.*

*No, padre. Ahora eres tú el que no reconoce que has estado tratando de curarme durante todo este tiempo. No sé por qué no me di cuenta antes. Bueno, supongo que el momento en el que uno se da cuenta de las cosas es siempre el momento exacto, ni tan antes ni tan después.*

*Has perdido la cabeza.*

*Me has hecho ver todas mis debilidades solo con el fin de poder hallar mis fortalezas.*

*Déjate de cursilerías maldito hijo de perra.*

*Gracias, papá. Eres mi lado oscuro pero has sido la única forma en la que he podido descubrir mi lado luminoso. Me has servido para darme cuenta en dónde estaba yo incompleto. Tengo miedo, soy indeciso y todo lo demás. Y mientras más negaba eso, mi valentía y sus aspectos positivos iban disminuyendo y encogiéndose. Te odié con toda mi alma, te aborrecí por haber matado a mi madre y a mí también por no haber hecho nada para evitarlo. Siempre quise haber hecho algo. Tal vez por eso te acuchillé cuando ya estabas muerto. Sin embargo, tanto odio durante tanto tiempo y solo ahora me doy cuenta de que donde debía de refugiarme era en el amor. Mírame padre, estoy ciego de un ojo, tengo moretones y magulladuras por todo el cuerpo y a pesar de todo me siento curado. ¿Dónde estás? Responde. Di algo. No creo que hayas huido. Te volveré a ver de nuevo porque sé que nunca me abandonarás. Mientras tanto acompáñame y mira qué tal lo hago ahora.*

Adam se preguntó de dónde había salido todo eso. ¿Había sido un recurso de su *psique* para tener más posibilidades de sobrevivir? ¿Era un deseo que había estado siempre oculto en su inconsciente y que de pronto había emergido así de pronto? *De la nada... tal como todo lo que nos rodea.* Ya ni se acordaba de lo que había expresado a través de palabras silenciosas. Su mente estaba silenciosa. Se preguntó si se habría librado de él para siempre; si estaba extinto. Se respondió a sí mismo con un no rotundo. Aún seguía allí. Algunos seres siempre encontraban la forma de evitar la extinción. Ellos también lo harían.

-Adam. -susurró Shannon acercándose a rastras dentro del baño mientras su sombra se alargaba y deformaba en el techo con la luz de la linterna-. Hemos escuchado algo abajo.

## Situaciones imprevistas

-Así que aquí estabas. -Le espetó Harvey a Dennis al encontrarlo escondido debajo de un auto a un par de calles más allá de donde se encontraban escondidos los otros.

-Solía esconder bolsitas de cocaína debajo de los autos cuando era adolescente en el viejo barrio de Pikeville. -Dijo mirándolo con el rostro completamente desdibujado por la locura. -Debajo de los autos viejos inservibles que almacenaban en el frente de su casa los viejos Dummont y Seamus. Decían que eran trofeos de sus años mozos. Del tiempo en el que participaban en carreras por la 468 y se llevaban a una chica distinta cada fin de semana para hacerla saltar sobre el asiento trasero. Cada uno decía que había gastado más resortes en el asiento que el otro. Nadie les creía ni una sola palabra. Todos los tomaban por viejos seniles y maricas. Ni siquiera podían bajar las escaleras de sus porches.

-Oye, hombre. ¿De qué estás hablando?

-Una vez me descubrieron escondiéndome debajo del auto. Me vio el viejo Seamus pero los dos siempre se contaban las cosas así que los dos siempre me

tenían vigilado cada vez que me acercaba a pocos metros de sus propiedades. Por eso solo iba en las noches a arrastrarme debajo de los autos para esnifar un poco. Casi nadie, aparte del chico de los periódicos, se acercaba a la casa de ese par de viejos maricas. Era un buen lugar para echarse, esnifar y soñar. Solía quedarme dormido hasta el amanecer. A veces no podía salir de abajo del auto porque cuando despertaba ellos estaban afuera conversando y gritándose desde los porches. Ja. Recuerdo que una vez estuve tanto tiempo debajo del auto que tuve que mear de costado. Estaban tan dementes que creyeron que el auto estaba perdiendo aceite.

-Cierra la boca. Todavía creo que hay zombies en esta calle.

-Guardaba las bolsitas en la transmisión del auto y llegaba a mi casa lleno de grasa. Por suerte en ese entonces trabajaba en la mecánica de Simon Russell y nadie hacía lío por la ropa sucia. Grandísimo hijo de puta. Nunca me pagaba las horas extras me hacía ir por mandados hasta el otro lado de la ciudad en una bicicleta oxidada con una canasta tan pequeña en donde no entraban ni siquiera mis pelotas.

-¡Silencio, mierda! Y deja de moverte que pueden verte con todo ese fuego que sale de las casas.

-De acuerdo. Pero me llevarás donde “Cheezy” Miller para comprarle unos gramos de la blanca, ¿de acuerdo?

-Como quieras. Pero guarda silencio. Creo que ya se van.

Cada uno de los autos a los que se había acercado Harvey tenía las puertas cerradas con llave. Habían sido solo cuatro. Al parecer casi todos en aquel barrio habían tenido tiempo suficiente para poder escapar. Algunos autos convertidos en ceniza le dijeron que tal vez no todos habían tenido suerte.

Se había acercado a una camioneta verde que tenía la puerta entreabierta pero se dio cuenta que el vehículo no serviría al ver aceite formando una laguna debajo del vehículo. Y el tanque de gasolina estaba lleno casi en su totalidad. Soltó unas maldiciones y fue entonces cuando vio a Dennis debajo de un convertible de dos asientos. Lo había reconocido por su pantalón militar. Se escondió junto con él desde que oyó pasos cercanos y no había salido desde entonces ya que el ruido de pasos no había cesado.

-Mira esto. -Dijo Dennis mientras levantaba su mano como podía debajo del



auto.

-No puedo ver un carajo.

-Adivina qué es.

-Te digo que no puedo ver un carajo.

-Es la navaja del latino. Tenía un amigo hondureño en Pikeville. Había que ir armado siempre que queríamos comprar algunos gramos. Los camellos tenían una reputación bastante violenta, casi asesina, aunque nunca nos trataron mal. Pero siempre íbamos armados por precaución. Si no era por ellos, era por los otros drogadictos que siempre te seguían para tratar de quitarte lo que habías comprado. A mí me robaron un par de veces pero nunca cuando estábamos los dos. Paco se llamaba mi amigo. Los dos éramos buenos. Tanto que hasta uno de los camellos quería que nos uniéramos a su banda.

-Espero que sigas siendo bueno con una sola mano.

-Solo necesito una mano para clavarte esto, hermano.

-Espera. ¿Escuchas eso?

-Claro, hermano. Lo escucho todo.

-No. Quiero decir... ¿sientes eso?

-Siento que todo me da vueltas. No sé a qué te refieres. Sé más específico, carajo.

-Parece como un temblor. Tal vez es un camión o tanques que están pasando cerca. ¿Crees que deberíamos salir?

-Yo no me muevo de acá hasta encontrar mi bolsita de polvo, hermano. Creo que la escondí cerca del eje trasero. ¡No me jodas! ¡Sal de acá!

-Adicto hijo de perra. -Sacó primero su cabeza debajo del auto. El fuego que brotaba de un par de casas allí cerca era suficiente para iluminar una zona bastante amplia en aquella hora de la noche. El humo impedía ver el cielo y tan solo se escuchaban detonaciones en la distancia. Hace poco se había escuchado el ruido de un motor en las nubes pero había desaparecido y desde entonces el cielo había permanecido silencioso.

Cuando sacó su humanidad de debajo del carro, Harvey se percató de una

figura que lo observaba al costado de un árbol a unos treinta metros de distancia. Era un hombre que se había quedado inmóvil de pie. No era más alto que Harvey, pero su presencia fue suficiente para helarle el cuerpo y hacerle sentir un escalofrío por toda la piel y los órganos internos. Entonces el hombre levantó las manos en señal de rendición y se le acercó. Tenía sangre en un costado y estaba desarmado, pero más importante aún, era alguien que no tenía los ojos negros.

-Ayúdeme, por favor. -Dijo Gary bajando una de sus manos para tomarse el costado manchado de sangre seca. La herida se había cerrado ya hace varias horas y después de haber tomado analgésicos y antibióticos, parecía sentirse como si nada hubiera pasado. De todas formas, herido o sano, podía fingir espectacularmente a su antojo-. Me atacó uno de ellos cuando estaba por esconderme en una casa. Fue horrible. Un tipo me ayudó pero se fue de prisa con su familia en un auto. Ojalá haya sobrevivido... eran demasiados. Dios... ¿qué vamos a hacer?

-Calma. Ya está bien. -Contestó Harvey poniendo una mano sobre el hombro herido de Gary-. Vamos a salir de esta. ¿Cómo se llama?

-Gary Bradfield. -Repuso inclinando la cabeza hacia abajo para que no pudiera ver su mirada. *Hijo de puta*, pensaba. *Hijo de mil putas. Eres hombre muerto*. Harvey había colocado su mano accidentalmente justo hasta donde se extendía la herida de la clavícula del psicópata. Una superficie aún con la carne fresca y con el dolor flotando como polillas alrededor de un foco. Gary le quitó la mano de encima y se la apretó con sus dos manos a media fuerza-. Gracias por estar aquí. Ahora tenemos más posibilidades de salir de esta. -¿Y dónde mierda está la chica? ¿Ya te la tiraste y la dejaste en algún rincón? ¿Dónde mierda está la chica?

-Hay otras personas esperándome cerca de aquí. -Una explosión rompió las ventanas en una casa a unos cien metros de distancia de donde se hallaban-. ¿Ha visto a otro de los zombies? ¿Dónde han ido?

-Se fueron hacia la ciudad. Apenas comenzó este temblor partieron a toda prisa aunque algunos se han quedado como ese que está allá tratando de trepar la cerca. -Había un cuervo escalando una cerca con un solo brazo. Estaba algo cerca de ellos pero les daba la espalda y trataba de cruzar hacia el norte. *Así que la chica todavía sigue con vida. Necesito disfrutarla de inmediato*. Gary

había encontrado revistas para adultos en una de las casas y había tratado de tener relaciones con el cadáver de una mujer de unos cuarenta años a la que habían eviscerado. No lo disfrutó. No había comparación. Tenía que encontrar a una mujer con el corazón aun palpitándole. Había perdido de vista a Shannon mientras trataba de cruzar las casas, pero ahora su suerte parecía haber regresado-. ¿Y dónde están ellos?

-En la segunda casa allá en el primer bloque de edificios. -Le contó Harvey mientras caminaba en aquella dirección-. Pero debo estar allá con un auto para salir pitando. Estos zombies están por todos lados y salen de la nada como hormigas. ¡Al suelo! -Le susurró a Gary mientras lo tiraba al suelo sujetándolo por el hombro con la herida.

Cuatro cuervos emergieron de una casa mientras que uno de ellos llevaba el cadáver de una mujer en brazos. Parecía mujer aunque luego se dieron cuenta de que era un hombre con el cabello largo. Inmediatamente emergieron otros dos cuervos, cada uno cargando un cuerpo con suma facilidad. Uno era el cadáver de una mujer que no debía de pesar menos de cien kilos. Pero el cuervo la llevaba al hombro y avanzaba a la par de su compañero como si solo llevara un periódico.

-Hijos de perra. Aún siguen aquí. -Se lamentó Harvey mientras caía en la ansiedad y en la desesperación al no poder encontrar un auto. ¿Cómo hacerlo sin llamar la atención de los zombies? Era imposible a menos que tuviera que asesinarlos. Pero podrían gritar y saldrían más. ¿Cómo?, se preguntaba hasta que de pronto, ya no tuvo que pensar más.

Los cuervos habían desaparecido en la oscuridad de la noche. La tierra aún seguía temblando suavemente bajo un patrón extraño. Como si alguien caminara en la lejanía de tal manera que sus pasos se escuchaban hasta allí. *Tam, tam, tam.* Y el temblor aumentaba y disminuía pero nunca cesaba.

Y Gary aguardaba silencioso escuchando atentamente los sonidos a su alrededor. El silbido del viento a través de las ramas de los árboles cercanos. Más allá el ruido de los pasos del cuervo que había cruzado la cerca y se alejaba hacia el norte. Sus pasos dejaron de oírse unos instantes después. Un poco más cerca, el sobrecogedor ruido de las mandíbulas del fuego que devoraba una casa tras otra desde sus cimientos hasta el último de sus rincones.

Pero la respiración de Harvey y los latidos de su corazón ya no eran algo a lo que tuviera que prestarle atención. Una vez que retiró el trozo de vidrio del cuello del atleta, supo que tenía camino libre para dar rienda suelta a sus instintos. *La segunda casa del primer bloque.* Estaba servido. *¿Qué puede hacer un viejo inútil, un niño imbécil y un chico ciego?* Y la chica estaba entera e inmaculada esperando quizás que alguien llegara y la sodomizara. ¿Por qué hacerla esperar?

Iba a ponerse de pie cuando sintió que su cuerpo pesaba más que de costumbre. ¿Era que estaba ya demasiado viejo, cansado y herido como para hacer sus actividades con normalidad? ¿Era el efecto de la combinación de analgésicos y antibióticos sin prescripción médica? No era nada de eso. Y lo supo mientras la ira invadía su torrente sanguíneo. La rabia destilaba de su organismo junto con cada uno de los neurotransmisores.

-Maldito hijo de... -Gritó Gary mientras Dennis le clavaba de nuevo la navaja en el muslo. Era la cuarta vez que se la hundía hasta el fondo. La cuchilla salía empapada de sangre y entraba de nuevo en el músculo tratando de alojarse en el hueso.

-Gary, maldito bastardo. -Exclamó Dennis poseído por el delirio-. No nos van a quitar la droga. No. De ninguna manera. No hacemos el trabajo sucio para que unos hijos de puta de los Confederados nos quiten el polvo. ¡Es nuestro! -Sentenció mientras se levantaba y retrocedía dando tumbos-. ¡Es nuestro! ¡Jódete! ¡Si quieres un polvo vete a que te lo de tu puta madre! Venga, hermano. Sígueme que estoy seguro de que es por aquí donde escondí el resto de la blanca. Está debajo de uno de estos autos, estoy seguro. No te preocupes por mí abuela. Ahora yo soy el peligroso. Soy yo, Dennis. Yo soy Pikeville. Yo soy, yo soy. -Caminó haciendo zigzag hasta ser uno con la sombra y el silencio.

Gary se mordía el labio hasta hacérselo sangrar pero no le importaba. Ni siquiera estaba dispuesto a tomar otro analgésico. Ya tenía suficiente con su ira: aquello nublaba cualquier otra cosa que pudiera estar sintiendo. *Mierda, mierda, mierda, ¡mierda!*

Caminaba arrastrando su pierna y casi todo su cuerpo junto a ella. El

torniquete alrededor del muslo había detenido la hemorragia pero su pantalón estaba empapado de sangre y lo peor de todo era que cada vez que daba un paso, su pie pisaba aquél líquido resbaladizo y asqueroso dentro de su zapato. *Qué fue eso*, se dijo. Vio un cuervo caminando cerca de él con un cadáver a cuestas. ¿Y qué si aparecía uno sin nada que cargar? No quería pensar en eso. No podía soportarlo. Y tampoco podía soportar la idea de que ahora su vida dependía de las personas a las que antes solo pensaba en asesinar. La chica tendría que esperar. Tenía que llegar de prisa donde ellos. Antes de que partieran del lugar al descubrir que el negro no volvería a salvarlos con el auto.

Apenas podía moverse. Tenía que pedirles ayuda hasta salir de aquella maldita ciudad en llamas. *Dos*, contó al pasar junto al segundo bloque de edificios en aquella calle. Ya faltaba poco.

104

### Sigilo y desesperación

Sostuvieron la respiración rodeados de total oscuridad. Habían apagado la linterna para evitar delatar su presencia. La casa aún seguía temblando levemente pero de manera perpetua debido a alguna causa extraña que ninguno de ellos había logrado imaginar siquiera. Podía tener sentido de que solo se tratara de un temblor, pero llevaba casi seis minutos sacudiendo la tierra y su intensidad no parecía haber disminuido para nada. En ocasiones temblaba un poco más fuerte, pero no había ninguna intención de detenerse.

-Nada. -Susurró Shannon recostada en la pared frente a la puerta junto a Adam y los demás. Adam le había pedido al niño que no hiciera ningún ruido y parecía que le había entendido pues no había abierto la boca desde entonces. Aunque no había podido evitar que el niño dejara de garabatear unos papeles con unos lápices de colores que había encontrado en un cajón.

-No. -Contestó Adam sin poder ver absolutamente nada.

-Tenemos que tener todas las salidas posibles. -Comentó Nelson al momento que abría la cortina de manera tan silenciosa que ni Adam ni Shannon se dieron cuenta hasta que la luz del fuego exterior comenzó a filtrarse por la

abertura-. No podemos estar ciegos como murciélagos. Manténganse callados. Todavía no sabemos si siguen ahí.

Ya habían pasado más de los veinte minutos de la promesa de Harvey. Escaparían de aquél lugar, pero no podían permitir que los cuervos supieran que estaban en aquella habitación antes de intentar la fuga.

Oyeron un crujido en la madera. Pero el ruido sonaba lejano. O tal vez no. Era demasiado confuso. ¿Había sido en la casa contigua o justo debajo de sus pies? El fuego seguía consumiendo algunas casas en el bloque de al lado. ¿Cómo saber si no habría fuego en alguna casa de ese mismo bloque?

¿Falsa alarma? Escucharon la rotura de cristales. Ahora se escuchó más cercana la caída del vidrio. Como si alguien estuviera afuera en la calle. Las puertas de aquella casa y de la casa vecina estaban casi pegadas. Podía haberse tratado de la otra casa. Ojalá. ¿Y si habían visto abrirse la cortina desde afuera? ¿Por qué estaban siendo tan silenciosos? ¿Qué esperaban para irse junto a los demás?

La sombra de las persianas entreabiertas se mezclaba con la sombra de las ramas de un árbol de allá afuera. Se tomaban de las manos y danzaban aullando y formando imágenes perturbadoras en la pared. De pronto habían dejado de circular aviones y helicópteros en los alrededores. Hace mucho que no escuchaban el ruido de algún motor. Aquellos los ponía más tensos todavía. ¿Qué significaba eso? ¿El ejército de Estados Unidos había sido diezmado en apenas unas horas? Tal vez solo habían sido minutos. Por el momento parecía que eran sólo ellos en todo Filadelfia.

Se pegaron más contra la pared cuando escucharon un nuevo resquebrajamiento de cristales. Ahora habían sonado más cercanos. ¿La casa se había estremecido con aquella nueva incursión de los extraños? El temblor se mantenía firme. Abajo se oía claramente el ruido de alguien que rompía meticulosamente los cristales. Recordaron. La puerta de la entrada tenía adornos como vitrales en su superficie. Un golpe. Alguien empujaba la puerta.

Adam recordó haber tumbado un aparador pesado mientras los demás subían. Allá abajo no hicieron mucho esfuerzo para abrir la puerta junto a aquél obstáculo. Otro ruido de cristales cayendo. Las pisadas de alguien que caminaba sobre los restos de vidrio. Estaban adentro.

Comprendieron la situación a pesar del repentino silencio que invadió de nuevo todo el edificio. Las persianas serían demasiado ruidosas pero aparte de la puerta de entrada, esa era la única salida. La ventana tenía un seguro y se abría hacia arriba dejando un amplio espacio para que pudieran escapar. Habría unos cuatro metros hacia el suelo, tal vez unos centímetros más.

Era una bendición que el suelo en la habitación fuera alfombrado. Adam se arrastró por el suelo con movimientos lentos y completamente insonoros. Llegó al closet y prendió la linterna en búsqueda de ropa. Unas cuantas prendas bien atadas harían las veces de cuerda para poder deslizarse hasta tierra firme. Encontró el pantalón de Shannon arrugado. Era viejo pero la tela era gruesa aunque no se fiaba de algunos rasgones que había en ciertos lugares. Tras palpar la prenda, notó que había un bulto en el bolsillo. Introdujo la mano y sacó una billetera. Ya se la entregaría después. La guardó en su bolsillo y se disponía a revisar en los colgadores cuando escuchó el crujido de pasos que subían por la escalera de madera. Regresó al cuarto de inmediato.

Nelson y Shannon se habían puesto de pie y trataban de abrir las persianas haciendo el menor ruido posible. Jack seguía en el suelo haciendo garabatos en su hoja. *Que idiota que soy*, pensó Adam. Junto al niño estaban dos sábanas de la cama arrugadas en forma de cigarrillos de marihuana. Se acercó con rapidez y comenzó a hacer nudos y tensar la tela. La persiana se iba abriendo con un cascabeleo que, dentro de aquél silencioso espacio cerrado, parecía escucharse como el platillo de un baterista.

Estaban a medio camino de abrir la persiana cuando escucharon los crujidos de la madera en aquella planta. Las sábanas estaban listas pero no había dónde atarlas. *Piensa, piensa, piensa*, se dijo Adam ¡La manija de la puerta del baño! Corrió hacia allá casi flotando sobre la superficie peluda del suelo alfombrado. Ya faltaba poco para terminar de abrir la persiana. Los crujidos se escuchaban justo detrás de la pared que ellos tenían enfrente. Dejaron la persiana en paz. La sábana estaba atada a la puerta del baño, pero aún faltaba cerrarla.

Notaron más crujidos en direcciones distintas. No era uno, tenían que ser dos. Crujidos en la habitación de enfrente. Se oyó el gemido de las bisagras cuando cerraron la puerta y los extraños siguieron caminando por el pasillo. Adam

cerró la puerta del baño con la delicadeza de un neurocirujano. La ventana no estaba abierta todavía. El seguro estaba duro. Habría que hacer un esfuerzo ruidoso para destrabarla. El deseado clic se transformó en un ¡clac! delator. Los pasos y los crujidos en el pasillo cesaron de repente. Silencio total. Los supervivientes dejaron de respirar, de moverse, de parpadear siquiera. Y Jack seguía dibujando sobre su hoja mientras la tensión se convertía en algo palpable que se deslizaba sobre sus pieles con patas escamosas.

Lo siguiente que notaron, fue la manija de la puerta moviéndose bajo la manipulación de alguien del otro lado. Ya no había dudas de que los habían encontrado y de que quien sea que estuviera del otro lado, trataba de abrirse paso hacia aquella habitación. Ahora la manija se sacudía como una mosca tratando de escapar de una telaraña.

-¡¿Qué esperas?! -Gritó Nelson al ver que Shannon se había quedado paralizada observando la puerta sacudirse. El grito la trajo de vuelta a la realidad como si le hubieran dado una bofetada en ambas mejillas.

Cuando Adam lanzó las sábanas por la ventana, la puerta de la habitación empezó a recibir un golpe tras otro. *Muévete*, le exclamó Nelson a Shannon tan solo con la mirada y eso bastó para que ella se encaramara a la ventana, sacando medio cuerpo, lista para descender.

-¡Venga ya! -Chilló Adam mientras tomaba a Nelson de la manga de su ropa y lo empujaba hacia la ventana para que saliera de una vez. Jack seguía dibujando en el suelo tranquilamente cuando las bisagras de la puerta se empezaron a separar de los soportes de madera donde estaban atornilladas. El lápiz de color se le cayó de las manos cuando Adam lo sujetó y lo cargó en sus brazos. De repente sus dibujos se iban volviendo realidad. Las líneas y trazos que adornaban la hoja que quedó en la alfombra mostraban unas figuras de ojos oscuros que sacaban los brazos por las aberturas de puertas deformes y carentes de simetría. Los gritos de Shannon y Nelson se enfrentaron a los salvajes topetazos de los extraños que se exasperaban por traerse abajo aquella delgada puerta. *Los brazos*, pensó Jack en su singular mente plagada de ideas flotantes que jamás aterrizaban. *Los veo. Los brazos*. Emergieron a través de la puerta mientras el niño desaparecía a través de la ventana.



Se había sentido solitario, pero aquella escena se arrastraba hacia el paroxismo de la demencia. Alucinaba como no lo había hecho con otra droga o combinación de drogas y alcohol en tiempos pasados. Dennis se consideraba bastante resistente a los efectos de los alucinógenos. Había probado PCP sin llegar a la adicción. Aunque había observado esqueletos escarbando en su jardín, no había llegado al extremo de amanecer desnudo sobre un buzón de correo o de haber sido circuncidado en un ritual pagano como lo habían hecho sus compañeros de banda. A veces solía extrañarlos, pero no entonces. Ahora se sentía extraño.

-¿Quién quiere morir conmigo? -Gritó y sus palabras se perdieron en el silencio abrumador.

El cielo estaba oscuro, con algunas estrellas y planetas girando imperceptiblemente junto a la Tierra. El humo de los incendios cubría una gran extensión del firmamento; humo que reptaba conducido por el viento, extendiéndose aún más allá de donde podía verse en el horizonte.

Si bien la mitad del estadio de los Phillies se había venido abajo, la otra mitad aún se mantenía de pie sosteniéndose de sus cimientos y tratando de resistir en todo lo posible el fuego que se deslizaba por las gradas y el campo. La pantalla soltaba eventuales chispas que Dennis interpretaba como producto de sus alucinaciones. No había electricidad, ¿cómo podía haber chispas? *Tal vez algún sistema de emergencia*, pensó. Se leía el logo: Citizens Bank Park iluminarse esporádicamente y al logo de los Phillies le faltaba la P y la H.

Se sentía débil y el brazo le pesaba como si arrastrara consigo la cruz de Cristo. Ya no se acordaba qué era lo último que había comido. Trató de adivinarlo cuando vomitó tras unos arbustos en el gigantesco estacionamiento de al costado, pero la oscuridad no ayudaba y por el olor... podía ser cualquier cosa. Pensó que por eso debía de estar alucinando. Hambre, cansancio, dolor, la gangrena y al menos un litro de sangre perdida y sin recuperar.

Caminó unos pasos y se sentó sobre la barrera de seguridad que cruzaba la pista. Un poco cerca de la señal de STOP. Miró hacia abajo y trató de descascarar el sticker de seguridad luminoso de rayas rojas y blancas. *Demonios*. Estaba bastante duro y no quería hacer esfuerzo sino recuperar las fuerzas. Apenas pudo levantar su mano para peinarse el cabello y hacer a un lado dos mechones que cruzaban su rostro.

Al parecer las alucinaciones estaban empeorando. *Esto es lo mejor que he visto en mi vida*, se dijo mientras miraba directamente hacia el norte, hacia el centro de la ciudad de Filadelfia. La ciudad era consumida como por un incendio forestal. Se podían observar las siluetas de los rascacielos y las densas columnas de humo elevándose en rizos hacia el cielo como devastadores tornados. Sin embargo aquello era parte de la realidad inobjetable. *¿A quién podré contarle todas estas maravillas?*, se preguntó Dennis mientras una silueta cabizbaja se iba acercando hacia él desde el frente, todavía muy lejos. Un cuervo solitario.

El viento era bastante helado y Dennis temblaba de placer y dolor. Sabía que su hora estaba cercana. El verdugo se acercaba con lentitud como permitiéndole que disfrutara del mundo y sus maravillas antes de sentarse junto a él en la baranda y contemplar juntos el fin de los días. Sintió un espasmo y vomitó de nuevo manchando sus zapatillas y parte de su pantalón. Había escupido más sangre pero no se percató. Siguió observando el mundo lejano con ojos desconfiados mientras su lengua absorbía sabores ácidos y repulsivos.

Ni largos años de componer incoherencias podían haberlo preparado para describir la atrocidad que se desencadenaba en el centro de Filadelfia. Estaba consciente de que era algo con gigantescas y numerosas patas que se movía majestuosamente hacia el oeste. Parecía una araña. ¿Qué podía ser tan gigantesco como para sobrepasar al edificio Comcast Center como si fuera un atleta cruzando una valla en una carrera? ¿Era eso lo que causaba aquél temblor perpetuo? El edificio había desaparecido cuando la criatura avanzó unos metros más. Dennis no se había percatado de aquél objeto luminoso que surcaba el cielo como una estrella fugaz. No lo percibió hasta que estuvo sobre aquél misterioso ser y estalló transformándose en intensas esferas rojas de fuego que treparon unas sobre otras hasta casi alcanzar las nubes. *De la*

*puta madre.* Y aún no había acabado el espectáculo. Miles de pequeños puntos luminosos aparecían en el cielo y descendían hacia donde debía de estar la criatura cubierta de densas nubes de humo. Unos segundos más tarde, el ruido de la explosión llegó a oídos de Dennis junto a una débil y gélida ráfaga de viento. *Tan lejano y aún más rápido que mi verdugo.*

Y las luces desaparecieron. Y el humo se fue disipando lentamente. Y aquél ser reapareció por entre las columnas de fuego y la algarabía de la destrucción. Avanzando con paciencia mientras miles de criaturas pequeñas y de ojos negros danzaban y se agitaban como hormigas bajo sus pies, aullando, y levantando las manos y los ojos, adorando la personificación de la omnipotencia.

-No se llega a disfrutar algo del todo si es que no puedes compartirlo con alguien. -Dijo Dennis una vez que el hombre que cojeaba se le acercó a unos pasos-. Ven, hermano, y siéntate conmigo ¿De casualidad no tienes algo de beber? Tengo la garganta hecha una esponja seca.

## 106 Anhelos

-¿Estás seguro? -Preguntó Nelson mientras se quitaba una rama del cuello.

-¿Tienes alguna idea mejor? -Le contestó Adam sintiendo como si un grupo de avispas hubiera hecho su nido en el agujero vacío de su ojo y se estuvieran dedicando a clavar una y otra vez sus aguijones.

-¡Pónganse de acuerdo de una maldita vez! -Ordenó Gary apretándose la pierna acuchillada. Tenía que mover la pierna constantemente para evitar el adormecimiento y posterior dolor martirizante. Había sido fácil ser aceptado en la manada. Ellos no sabían una mierda. *Auxilio, por favor. Oh, son ustedes. Me atacaron unas cuerdas atrás pero me deshice de ellos. ¿A dónde van? Lléveme con ustedes. Claro síguenos lo más rápido que puedas.* Y hasta que pudiera volver a utilizar la pierna, no quedaba otra opción que permanecer junto a ellos. *Maldito seas, Gary,* se dijo él mismo. *Eres un hijo de puta suertudo.*

-Vigilen. -Adam soltó la mano de Jack y el niño empezó a caminar por sobre

encima del arbusto que los cubría de frente. Nadie los hubiera visto allí ni siquiera con lentes de visión nocturna. Habrían tenido que utilizar visión térmica pero no creían que los cuervos pudieran haber adquirido semejante mutación.

El niño se raspó los tobillos, perdió el equilibrio y cayó con un sonido seco sobre el pasto, pero se limpió y trató de ponerse de pie como si todo fuera un juego. Adam lo ayudó a pararse y luego consiguió mantener el equilibrio para seguir caminando y tambaleándose en una dirección para nada recomendable si es que querían permanecer inadvertidos.

*Vamos, niño. Sé que sabes lo que buscamos. Sé que sabes dónde buscar.* Para Adam, la cuestión de volver a confiar en alguien era una tarea que no podía lograrse de la noche a la mañana. Pero decidió que era hora de empezar a arriesgarse. A pesar del dolor inquietante, se lanzó a la aventura. Y bajo la noche de luna gibosa, rodeado de criaturas en las que no quería pensar, caminando por senderos que temblaban sin cesar, Adam lo siguió.

Llegaron a un rincón detrás de una escalera en donde alguien había ordenado una mesa y varias sillas junto a una parrilla cubierta con una lona. Jack se lanzó al suelo, miró a Adam y le hizo señas para que guardara silencio. No estaba haciendo ningún ruido así que tomó el gesto del niño como parte de su comportamiento incomprensible. Pero lo siguió hasta una maceta en donde el niño comenzó a meter sus manos y lanzar tierra hacia la izquierda y la derecha, pero sobre todo hacia arriba.

La tierra, extrañamente húmeda, comenzó a caer sobre el propio niño y sobre Adam como granizo en los inviernos del norte. Adam se disponía a sujetar al niño cuando oyó un tintineo muy cerca de él. Abrió su único ojo tratando de absorber toda la luz que pudiera. Buscó pero le resultaba tan difícil como tratar de leer a toda velocidad la última línea de letras en las pruebas de la vista-. Basta. -Le ordenó a Jack en un susurro. Entonces encontró lo que estaba buscando. Una llave que había saltado junto a una silla, oculta tras sombras y grietas en el suelo.

En cuanto Adam hubo tomado la llave, Jack dejó de tirar la tierra y trató de ponerse de pie sosteniéndose contra la pared. Le costaba mucho moverse. Adam maldijo a los que lo habían encerrado en aquél ático con todo y cadenas quien sabía durante cuántos años. El niño ya no necesitaba darle ninguna

señal. Junto a la parrilla se hallaba una puerta de garaje con un candado en el extremo inferior. La cerradura se abrió con facilidad y tras levantar la puerta con desesperado sigilo, la silueta de un Ford Econoline 150 se dibujaba como un arcoíris en el cielo tras el paso de densas y oscuras nubes de lluvia. *¿Y si no hay llaves o combustible? Mierda, Adam. ¿Quieres cambiar tus pensamientos de una maldita vez? De acuerdo.*

Unos minutos más tarde, el automóvil se encendía al primer giro de la llave y el motor ronroneaba como un gato acurrucado junto al fuego con una mano acariciándole la cabeza. Salieron a toda prisa de aquella casa, más allá de aquél Estado, cuna de la libertad, en búsqueda de algo similar.

Había hasta una sirena en la parte superior del auto, en frente de la parrilla. Andaba de maravilla. Gary se había doblado en una posición extraña sobre unas alfombras de espuma y gras artificial. El Ford era posesión de algún empleado del Departamento de Parques y Recreaciones. El psicópata había encontrado todo desde cuchillos, lampas, espátulas, rastrillos, veneno en spray

y otros objetos que lo hacían desvariar. Sin embargo, estaba demasiado cansado. Tras tomar otro analgésico, el sueño se había vuelto insoportable.

-¿Qué es eso? -Le preguntó Adam al ver el frasco con pastillas en su mano.

-Analgésicos. Toma, prueba un par. -Las recibió como lo haría un niño con una bolsa de caramelos tras cuarenta días de cuaresma-. También tengo antibióticos. Para tu ojo. No sé si harán bien, pero no creo que hagan mal. - Aquella combinación lo mandaría directo a los brazos de Morfeo.

Se tragó los analgésicos e hizo una mueca de satisfacción. Tardaría quién sabía cuánto en empezar a sentir los efectos de la pastilla, pero no podía evitar sentir un alivio imaginario. La tierra seguía temblando en la oscuridad. El crudo resplandor de los faros del auto apenas servía para mostrar una mínima parte de la desolación. Ahora estaba en las manos de otra persona y tenía que aprovechar aquella momentánea tranquilidad para echar una siesta.

Shannon observaba las gigantescas columnas del puente Walt Whitman mientras conducían sobre el puerto a punto de ubicarse encima de las tranquilas aguas del río Delaware. Aún seguía con la adrenalina fluyendo por su torrente sanguíneo tras chocar contra la barrera de seguridad en el peaje y luego ser perseguidos por un grupo de cuervos que se habían arremolinado en ese lugar por alguna razón. Ni siquiera habían logrado arañar el coche.

Miraba los miles de contenedores en el puerto que no tendrían que ser movidos al menos hasta que la naturaleza hiciera sus estragos en sus estructuras. El brillo de la exánime luz de la cabina se reflejaba en la ventana lateral e impedía ver el paisaje en la distancia. Pero tras permanecer algunos segundos con las manos haciendo paréntesis en la ventanilla, Shannon se percató de algo descomunal que se movía en el horizonte hacia el oeste del país.

-¿También lo estás viendo? -Preguntó Nelson con las manos firmes en el volante.

-¿Pero qué mierda es eso? -Susurró ella sin dejar de observar la sombra que aparecía y se desvanecía en la distancia como si fuera un espejismo.

-¡No lo sé! ¿Es que crees que yo lo tengo que saber todo? -Nelson realizó un viraje brusco para evitar un auto estampado contra el metal del puente-. Lo siento. El cansancio me pone bastante irritable a veces. Y el solo pensar en

que tengo que manejar y luego pilotear una avioneta me tiene tenso como no te imaginas. Mierda. Lo que daría por tener un Ballantine's en mi mano.

-Y yo un Big Mac's. -Contestó ella volviéndose hacia adelante mientras apretaba las tiras de su cinturón de seguridad-. ¿Qué mierda es eso de allá afuera?

-No tengo la menor idea. Había uno caminando atrás de nosotros hace un momento pero ya no lo puedo ver. Mierda. Estaba a varios kilómetros atrás y todavía lo podía ver por el espejo lateral. Por un momento pensé que los edificios del centro de Filadelfia se habían puesto a andar.

-Parece una invasión. Me quedé viéndolo esperando ver en cualquier momento un rayo de luz emerger de esa cosa o una bocanada de fuego arrasando los árboles y casas, pero nada. Solo camina y camina.

-Tal vez los zombies, o como ustedes les dicen, los cuervos, los han estado esperando llegar. Al menos esos son mis primeros pensamientos. Primero los peones allanando el terreno y luego la caballería pesada. Tal vez ese niño allá atrás sepa algo al respecto. Si fuera tú, trataría de preguntárselo más tarde.

-Lo haré ¿Crees que alguien sabía de eso? Sobre lo que ha pasado y sobre lo que hay afuera caminando.

-Imagino que sí... Tal vez.

-Pero dime algo más... cuidado con ese camión. A veces tengo la sensación de que tú sabes más de lo que dices. Y por la forma como hablas, me parece que hay muchas cosas que no quieres decir.

-Eres una chica bastante aguda. Si te hubieras cruzado en mi camino hace muchos años atrás, tal vez te hubiera contratado de asistente en DARPA. Había mucha gente buena pero por cada bueno hay siempre un incapaz.

-¿Qué cosas pasaban en DARPA que personas como nosotros no podíamos saber?

-Muchas cosas.

-Cuéntame aunque sea una. Hazlo como si me contaras una historia para dormir.

-Los proyectos clasificados del DARPA no son historias que uno cuente para

que alguien se duerma.

-Te prometo que no se lo contaré a nadie.

-Me parece un trato razonable. Pero ahora necesito que estés atenta a las señales de la carretera.

-¿A dónde vamos?

-Tiene que haber algún aeródromo al norte de Jersey. Hacia allá vamos.



Hace unos cuantos minutos que estaba cabeceando pero no quería ceder ante el cansancio antes de encontrar lo que buscaba. Siguió pasando las hojas. Se le cerraba un ojo, luego los dos y tenía que aspirar de vez en cuando para que no se le derramara la baba. Pero aún tenía fuerzas para sostener la Biblia entre sus manos y hurgar en las páginas.

Shannon la había encontrado cuando vaciaron los cajones en la casa donde se habían refugiado. No era la Biblia completa, era solo el nuevo Testamento. Estaba impecable y olía a nuevo. Como si nunca lo hubieran usado.

Sus dedos se pasearon por las diminutas letras. Su visión se estaba volviendo más y más borrosa conforme seguía bostezando. Sabía que no se detendría hasta que cayera en la inconsciencia. Pasó la Carta de Juan de golpe y llegó al capítulo quinto del Apocalipsis. Se puso a leer y notó que el contenido de aquél libro era distinto a los otros que estuvo hojeando. ¿A quién había escuchado hablar acerca de que todo lo que pasaba estaba allí? Lo pensó mientras deslizaba su dedo encima de llantos, tronos y sellos.

Y llegó a un lugar en donde sus bostezos tomaron un receso. *Oí al segundo Ser Viviente gritar: “Ven.” Salió entonces otro caballo de color rojo fuego. Se sintió extraña al leer eso. Le parecía demasiado familiar, pero aún seguía teniendo sueño. Al que lo montaba se le ordenó que desterrara la paz de la tierra, y se le dio una gran espada para que los hombres se mataran unos a otros.*

Se sobresaltó al pasar el auto sobre un bache. Nelson se disculpó y siguieron avanzando como cortando la oscuridad con una navaja. *Oí gritar al tercer Ser Viviente: “Ven.” Esta vez el caballo era negro...* Bostezó largamente mientras escuchaba a Nelson decirle que era mejor que echara una siesta. *Unas hojas más, se escuchó decir entre sueños.*

*Cuando abrió el cuarto sello, oí el grito del cuarto Ser Viviente: “Ven.” ¿Había oído un relincho? Era el ruido del motor o de alguna cosa allá afuera*

del auto. Su cabeza se iba hacia abajo y luego hacia el costado. Empezaba a soñar y sus dedos iban dejando deslizarse al libro. Lo sujetó con fuerza cuando sintió que se caía. *Unas líneas más.* Entreabrió los ojos y los deslizó sobre la hoja. *Se presentó un caballo verdoso. Al que lo montaba lo llamaban Muerte...* El libro cayó al suelo al igual que sus párpados.

109

### Un momento tranquilo

Durante un tenso instante, Shannon se desesperó al no saber dónde estaba. Luego se acordó. Estaba todavía en la Econoline con su cinturón de seguridad bien ajustado, pero Nelson no estaba en el asiento del conductor. Levantó su cabeza como si hubiera sido golpeada con un látigo y se quedó tan quieta como un animal disecado.

Al cabo de unos instantes lo encontró. El anciano estaba de pie bajo un cartel de carretera. Sostenía un papel en sus manos y miraba hacia atrás y de nuevo hacia adelante y volvía a sumergirse en el papel. ¿Se habría perdido? No se podía leer las indicaciones del cartel. El cielo era pura negrura y los árboles alrededor se veían más oscuros todavía. ¿Por cuánto tiempo se habría dormido?

Shannon escuchó como un rumor proveniente del algún lugar a la derecha y hacia abajo. Bajó la ventanilla y respiró un poco de aire nocturno. Olía como a humo de motor mezclado con humedad de tierra. Al cruzar los brazos sobre su cuerpo también percibió el aroma de un cuerpo que había sido sometido a mucho ejercicio y no había pasado bajo las caricias del agua y el jabón.

Se dio cuenta de que el ruido que escuchaba pertenecía a las aguas de un riachuelo cercano. Tenía unas ganas intensas de darse un duchazo, y lo habría hecho si no hiciera tanto frío. Pero había algo que podía hacer de momento. Se desabrochó el cinturón de seguridad y salió del coche para respirar algo de aire de madrugada y para estirar sus piernas entumecidas.

Nelson la observó y se acercó a ella. La silueta del puente y su barandal se distinguían del boscoso fondo oscuro a duras penas. Tan solo se trataba de un

pequeño puente de piedra de no más de tres metros de largo tal vez construido por los lugareños. Un lugar silencioso y distanciado de las modernas urbes. Pero aquél paisaje seguía siendo sobrecogedor a pesar de la tranquilidad. Un incontable número de árboles puntiagudos se perdía en la sinuosidad de la carretera. Las ramas se mecían apaciblemente pero daba la sensación de que había alguien que observaba oculto tras un centenar de ramas. Crujidos, quejidos de la brisa. Ya no era novedad que todos hubieran asumido la paranoia como un rasgo fijo de sus personalidades.

-¿Qué hora es? -Preguntó Shannon después de bostezar. Los ojos se le humedecieron y una legión de bostezos se preparaba para seguir saliendo de su boca.

-Tal vez sea medianoche. No tengo reloj.

-¿Qué pasa? ¿Estamos perdidos?

-No del todo. Estamos a unos diez kilómetros del aeropuerto Cross Keys. Solo tengo que regresar unos metros y entrar por la otra calle, aunque no sé si esperar un rato más o darnos prisa.

-¿Por qué?

-Puede que no lleguemos allá dentro de este auto. Tuve que detenerme cuando empezó a salir algo de humo del motor. Hay poco aceite y me temo que hay una fuga de refrigerante. Yo le daría unos minutos más al auto para que respire y se relaje.

-Me da tiempo de ir un rato al baño. ¿No has visto a nadie por el camino?

-He visto muchas cosas por el camino, pero nada desde que entré a este pueblo. Trata de no alejarte demasiado y suelta el chorro de prisa, por si hay que correr.

-Primero tengo que buscar unas hojas blandas para limpiarme. Cuando regrese quiero encontrarte en el volante. Quiero largarme de una vez de este lugar. -Se despidieron con un gesto de la mano. Shannon se introdujo en un oscuro resquicio, oculta a la vista del Econoline y otros ojos que pudieran estar observando desde algún lado. Se bajó los pantalones, presionada por el ruido del riachuelo que le apresuraba a orinar cuanto antes. Se relajó al sentir la humedad que brotaba de su intimidad. Miró hacia el cielo mientras otro de

aquellos objetos luminosos y humeantes cruzaba el cielo con destino desconocido. Cerró los ojos y pidió un deseo.

110

Un último asalto

*¿Podrán cuidarse de ustedes mismos?*, había dicho el cuervo. *¿Por qué se acordaba de esa frase?*, se preguntó Gary. Porque era verdad. El maldito cuervo sabía la verdad antes que nadie. Era un profeta, un dios asesino; y a los dioses había que adorarlos e imitar sus obras.

¿Cómo podía seguir durmiendo con todo aquél estrépito? Nelson había gritado que se sostuvieran de donde pudieran y eso es lo que estaba haciendo. Colocó los pies en una pared del coche y las manos en el otro lado. Aun así, su cuerpo se balanceaba de un lado hacia otro y la maldita pierna comenzaba a molestarle de nuevo luego de tenerla tranquila durante todo el viaje.

El mundo le pertenecía a los cuervos. Y también a él que había sido elegido. Lo habían llamado y había rechazado la invitación. *Sígueme*, había dicho el

cuervo. Y él había preferido seguir su propio camino antes que el camino de los que iban a recibir el mundo en herencia. Ahora estaba encerrado en la camioneta. Y trataban de llevarlo a un refugio. Malditos ellos, trataban de escapar del destino. Debía de impedirlo y entregarlos en ofrenda a los dioses que caminaban sobre la tierra consumiendo la vida para prolongar la propia. Esperaba que el auto se detuviera. Lo haría pronto. El sacrificio estaría listo. Vaya que sí. Y tomaría la mano de aquél niño, de aquél pequeño que sería rey del mundo y le enseñaría todo lo necesario para que fuera como él.

Cuando el auto se detuvo, la tierra siguió temblando de tal manera que el auto parecía seguir en movimiento-. Bájense rápido. -Gritó Nelson abandonando la cabina junto a la chica de trenzas. Cuánto habría dado Gary por desvestirla y hacerla suya. Tal vez podría hacerlo antes de asesinarla. No. A los dioses solo les satisfacía el sabor de la muerte.

Abrió la puerta y de repente una ráfaga de calor lo golpeó con tal intensidad que cayó de bruces hacia atrás mientras vapores y descargas infernales se zambullían dentro de la Econoline, saboreando la piel de los supervivientes. Allá afuera se extendía el infierno en todas las direcciones. Los bosques eran arrasados por una legión de llamas que se estremecían de placer, estrechando sus dedos con el oxígeno del viento mientras aleteaban y gemían en dialectos incomprensibles.

Se cubrió los ojos ante el intenso calor. Era avasallador. Sintió un ardor en los ojos y empezó a notar lo mismo en la nariz y la garganta. El humo invisible se extendía por el terreno como una capa de bruma translúcida y venenosa. Una experiencia irrepetible y regocijante. Se lanzó hacia el suelo mientras una multitud de sensaciones se arrastraban por su pierna. Casi lanza un grito de emoción al ver que podía sostenerse en ambas piernas. El chico salía con el niño de la mano. Ambos cubriéndose el rostro como si pudieran evitar el sufrimiento. Los dioses venían a reclamar el mundo. Su alfombra de fuego se extendía ante su llamado y la tierra temblaba de emoción al presagiar su llegada.

-Ahora los alcanzo. -Exclamó Gary sintiendo el sabor de la ceniza en su boca. No podían llevarse al niño junto a ellos. ¿Cómo se atrevían a secuestrar a uno de los hijos de la noche? Tenía que impedir su escape para ganarse la simpatía de los dioses. Gary regresó a la parte posterior del coche en búsqueda de los

objetos que saltaban sobre la espuma y el gras. Era difícil mantenerse de pie y más aún con una pierna con heridas profundas. Pero los dioses lo habían bendecido con el don de la resistencia al dolor.

Encontró un hacha escondida detrás de restos cortados de espuma y también se llevó un serrucho de poda con la punta filuda con el que había estado jugando desde que subió a aquél vehículo. Jamás hubieran imaginado los fabricantes de esas herramientas que a sus objetos les darían un uso que ayudarían a ensalzar la gloria de los dioses en la Tierra. Gary emprendió la persecución tan rápido como su pierna y sentido de equilibrio se lo permitían.

Caminó unos pasos de prisa, en búsqueda de los otros cuando se detuvo como paralizado, al igual que los demás. Tras la intensa humareda, detrás de las demoníacas llamas del fuego en aquél espantoso incendio forestal, oculto entre la bruma y la ominosa oscuridad de la noche, se avecinaba el gigantesco causante de aquél temblor interminable.

-¡Dios mío! -Susurró Gary mientras tropezaba con sus propios pies al tratar de mantenerse de pie con todo aquél movimiento. Se sintió confundido más por la extraña sensación que lo invadía que por la presencia de aquella imponente criatura. ¿Eran emociones las que fluían por su cabeza? Siempre se había mostrado apático y controlado en todas las circunstancias. Incluso cuando fue detenido por la policía al sobrepasarse el límite de velocidad mientras llevaba un par de cuerpos desmembrados en la cajuela. Pero ahora el corazón le latía a mil por hora, su respiración se aceleraba y sentía una repulsiva necesidad de rascarse todo el cuerpo.

Al poco rato se puso en camino de nuevo. El viejo se le había adelantado y ya comenzaba a recorrer la hilera de avionetas estacionadas a la intemperie, rodeadas de hangares, un tanque inmenso que parecía contener combustible y el infierno latente por el que se acercaba el que provocaba el terremoto.

Venía hacia ellos sin ninguna duda. Apenas contaban con algunos minutos para encontrar una avioneta que contara con todo lo necesario para un vuelo corto. Iba a ser como encontrar una aguja en un pajar y a pesar de que había varios aeroplanos en el lugar, iban a necesitar mucho más que suerte para poder escapar de allí antes de que todo el lugar fuera arrasado al igual que Filadelfia y quién sabía qué otros lugares más. Gary aumentó la velocidad.

Por alguna razón, el niño le exigía a Adam que lo pusiera en el suelo-. Déjate de mover tanto. -Le exclamó el chico tratando de hacerse oír entre el caos del fuego y el estruendo provocado por las pisadas del que se acercaba. Entonces Jack le propinó una patada a Adam en el hígado. Un dolor increíblemente poderoso le recorrió la zona abdominal como un auto Nascar dando vueltas alrededor de la pista. Adam se encogió mientras Jack se liberaba de sus brazos. No lo sabía, pero el pequeño niño le acababa de salvar la vida.

El oscuro ojo marrón de Adam refulgió de rabia cuando recibió un nuevo golpe en la espalda. Se dobló por la mitad mientras el nuevo dolor reemplazaba al primero y tomaba posesión de casi toda la atención de su cerebro. Adam creyó escuchar algunos gritos y voces, pero no podía entender nada. Demasiada confusión y caos en un solo lugar, fuera y dentro de su cabeza. Mientras se giraba, aún dueño de sus movimientos, observó a Gary acercarse con algo reluciente en sus manos.

A varios metros de allí, Shannon se iba moviendo inconscientemente hacia la derecha mientras su mente y ojos permanecían fijados en el que se acercaba. No entendía cómo aquella criatura podía mover cada una de sus patas. Tenían que pesar miles de toneladas cada una, tal vez millones. Cómo atribuirle medidas y dimensiones a algo que de por sí era incomprensible e incoherente. Era una sombra más oscura que la noche misma, tan alta como una montaña arrastrándose por el suelo. Tenía unas patas larguísimas y delgadas para la contextura del animal o lo que fuera, pero increíblemente gruesas para las nociones del ser humano. Ocho patas que sostenían un cuerpo del tamaño de una pequeña isla, una silueta plagada de puntas y deformaciones, como una roca extraída de las profundidades de una mina. Silenciosa y destructiva, avanzaba con lentitud desesperante acercándose hacia ellos en su interminable larga marcha.

Shannon volteó al escuchar un grito. Gary soltaba una retahíla de insultos luego de haber fallado el tiro con el hacha. Shannon corrió antes de pensar en lo que estaba haciendo.

-¡Aléjate! -Le gritó Adam a Jack mientras lo lanzaba hacia un lado esperando que el golpe no le doliera tanto como a él le había dolido la patada-. Anciano. Nelson, ¡Ve con él de prisa! Esperaba que pudiera entender al menos una de las palabras que había dicho. Sabía que entendería.

-¡Él no escuchará! -Le espetó Gary con una sonrisa demente mientras se acercaba con el serrucho en mano-. Él le pertenece a los que vienen. A quien tú debiste de glorificar con tu muerte. A Él que nos observa desde la oscuridad y el fuego. ¿Por qué lo alejas de quien lo trajo a este miserable mundo? ¿Por qué coges esa hacha? ¿Vas a defenderte? No deberías de hacerlo. Te ofrezco una muerte rápida y agradable. ¿O quieres esperar a que llegue Él? Es tu decisión. Mira, mira. Mira lo que tenemos aquí. La chica que quiere hacerse la heroína. No pueden separarse, ¿no? ¿Quieren morir juntos? Pues que así sea.

-No vas a irte así te lo pida de rodillas o te amenace con el hacha, ¿no? -Le reprochó Adam a Shannon a gritos.

Ella se levantó las mangas de su chompa antes de responder-. ¿Tú que crees?

De repente, el dolor en el ojo se intensificó a tal punto que Adam sintió como si tuviera el rostro cocinándose en una sartén con aceite hirviendo. No tenía ni idea de la habilidad de Gary para lanzar golpes al mismo tiempo que se defendía. Incluso con él y Shannon, la pelea era bastante desigual.

Había evitado que lo atravesara con el serrucho por milímetros. Adam se había adelantado con un ataque con el hacha pero el tipo se había hecho para atrás y la hoja del arma por poco le había rebanado el cuello a Shannon. Ella trataba de hacerle creer al tipo que lo atacaría con las manos cuando en realidad quería tumbarlo al suelo con una serie de patadas. Entonces el psicópata había logrado alcanzar a Adam en su ojo herido con el codo. Las luces se apagaron. El dolor era un adversario insuperable, pero le daba igual.

Aprovechando la distracción de Shannon, Gary le descargó un funesto golpe con el puño derecho en el pómulo. *Ahí va mi Suzie Q*. Un golpe hubiera bastado para mandar a la lona a cualquier mujer si es que él hubiera estado en condiciones físicas óptimas. Pero esa no era una de sus noches. Y esa no era una mujer cualquiera. La chica había retrocedido unos pasos y luego había vuelto al ataque como si solo hubiera recibido una caricia. *El tipo de chica*



*con el que uno quisiera despertar todos los días*, pensó Gary. En aquel momento comenzó a tener problemas con la gravedad. Se percató muy tarde de que caía, sin poder evitar el golpe con los brazos, su espalda fue la primera en recibir el poderoso impacto del suelo. Luego su cabeza.

Adam no podía evitar retorcerse de dolor, pero tampoco pensaba rendirse con un solo golpe y precisamente en esos instantes. A lo lejos podía escuchar el ruido de un motor encendiéndose repentinamente. *La avioneta*. El escape al alcance de la mano. Fue cuando empezó a lanzar patadas hacia donde se suponía que debía de encontrarse Gary. Caería. Lo sabía. Sobre todo entonces cuando la tierra empezaba a sacudirse con mayor intensidad.

Lo vio caer y no dudó en hacer lo que tenía que hacer. Shannon le lanzó una patada tan fuerte a la cabeza del psicópata que incluso sintió el dolor de sus dedos del pie al estrujarse contra la fina tela de sus Converse. Eso era bueno. Mientras más le doliera a ella, mucho más a él. Gary soltó el serrucho mientras el mundo se volvía negro. Les había fallado. No merecía seguir respirando. El ruido de los motores del avión llegaba a sus oídos. *Perdón, perd...*

-Vamos, Adam. No seas un quejicas. -Shannon trataba de ponerlo de pie, pero el chico todavía se seguía arrastrando como si no supiera dónde era arriba y dónde abajo-. Nelson está llevando el avión a la pista y Jack ya está adentro. ¡Mueve el culo!

-¿A dónde mierda creen que van? -Gritó Gary sujetando el bordillo del pantalón de Adam con una mano temblorosa. Había agotado todas sus fuerzas solo para hacer ese movimiento. La mitad de su rostro había tomado una tonalidad rojiza y amoratada-. No se van...

-¡Ven! -Dijo el trueno desde el cielo.

Un rayo cayó junto a la pista de despegue provocando una explosión luminosa como el estallido de un millón de flashes al mismo tiempo. La criatura que sacudía la tierra se agitó a cientos de metros de altura, aún lejos de allí. *Aquí, aquí*, parecía susurrar el viento.

111  
Por qué

Ella recordaba. Se sumergió en profundas lagunas de recuerdos cercanos. Ahí estaba una imagen del pasado cercano. Se aferró a ella.

*Nelson pisó a fondo el acelerador de la Econoline. Desde una distancia cercana los observaba un cuervo parado junto a un buzón del correo en el que había el cadáver de una mujer delgada. Solo cuando el cuervo los comenzó a perseguir, se dieron cuenta de que se la estaba comiendo. El hombre de ojos negros sostenía un trozo de pulmón en sus manos.*

*Ya lo habían dejado atrás cuando un trozo de carne golpeó el lado de la ventana donde yacía Shannon aferrada al cinturón de seguridad. Las gotas de sangre se esparcieron por el vidrio como si hubieran aplicado un spray para limpiar lunas. Ella tenía los nervios tan maltratados como un campo de gras luego de un concierto de trash metal. Por unos segundos, su piel dejó de sentir. Era inconsciente de la lágrima que caía por su mejilla, de la repentina picazón que se instalaba muy cerca de su codo, y de la mano de Nelson que se posaba sobre su hombro izquierdo con paternal calidez.*

*¿Qué vamos a hacer?* Preguntó ella. Los sentidos parecían regresar.

*Respira Shannon. Inspira hasta que ya no puedas más y luego suelta todo lo que tienes adentro. Y trata de dormir un poco.*

*No puedo. ¿Cómo voy a poder dormir con...?*

*¿Con todas las cosas que están pasando afuera? Pues por eso mismo. ¿Cómo podrías enterarte de todo lo que pasa afuera si estuvieras durmiendo?*

*Tengo miedo.*

*¿Quién no?*

*¿Usted también? No le creo. Yo no suelo tener miedo. No suelo aferrarme al cinto de seguridad de esta manera. Mira... hasta estoy llorando y ni siquiera me había dado cuenta. No sé qué me pasa. No me había asustado ni siquiera cuando asaltaron mi casa una noche cuando yo era niña y estaba sola. ¿Cree que esté volviéndome loca?*

*A estas alturas otras personas ya habrían entrado en fase de crisis nerviosa. Algunos se cagan literalmente en los pantalones y renuncian cuando no soportan las primeras semanas en el ejército. Y eso que eso es un paseo en el parque comparado a lo que hemos pasado en estos últimos días. No te preocupes. Vas a estar bien. Créeme. Hay personas que pasan por cosas peores y todavía hallan la manera de hacerle frente a la vida. Mierda... me pasé la señal. Menos mal que no hay policías. Voy a dar la vuelta en U.*

*Nelson... por favor. Ya estoy bastante grande para que alguien me venga con esa basura de que todo va a estar bien. Y no creo que haya cosa peor que esta.*

*Hay cosas peores, hija. La miró de reojo y con solemnidad mientras maniobraba la palanca de cambios. Luego regresó su vista hacia el frente y pisó con gentileza el acelerador. No quería despertar a los bellos durmientes que roncaban desde hace buen rato en la parte de atrás de la Van.*

*¿Cómo qué? Preguntó ella desafiante.*

*Como estar una mañana de febrero en Virginia, caminando por la calle de regreso a la oficina. Acababa de hablar con un agente de viajes para un viaje familiar que tenía planeado. Aún lo recuerdo, íbamos a Guilin, China. Por recomendación de la hermana de mi mujer. Y de pronto veo al propio Montgomery Wilson esperando en mi oficina. Wilson era el de más alto rango en Darpa. Y las primeras palabras que salen de su boca son: tienes*

*que ser fuerte. Yo nunca fui alguien a quien uno podría calificar como fuerte. Me derrumbé en mi silla antes de asimilar lo que me había dicho. Simplemente me negaba a creer lo que me decía. ¿Sabes qué era? Era sobre mi hijo, Andrew Nelson. El chico que había visto partir hacía apenas unos meses hacia la Guerra del Golfo. Estaba muerto y yo me negaba a creerlo. Un misil había caído en su cuartel en Arabia. “Regreso el mes que viene”, me había dicho la última vez que hablé con él. “Ya quiero volver a verlos a los dos”. Esa noche dormí en el hospital. No podía dormir. Me sedaron, me hablaron de un problema cardiovascular, pero no me importaba nada.*

*Lo siento... no era mi intención...*

*Ya pasó, hija. No te preocupes. Vivimos un año infernal con mi mujer. Ya sabes, terapias, psiquiatras, medicación. Y cosas peores, tal vez. La bebida, la venganza, el suicidio. Tengo las muñecas con más cicatrices que la carpeta de un escolar. Me daba asco la vida, yo mismo. Sobre todo la crueldad del ser humano. Guerras, misiles, miles de muertos, y ¿para qué? Solo el hombre se divierte con eso. Y yo estaba en medio de ese infierno. Algo parecido a lo que vives ahora. Y también me dijeron que todo iba a estar bien. Yo fui más allá que tú. Creo que mandé bien lejos a los que trataron de confortarme. Dios me perdone. Pero ya ves. Estoy a punto de cumplir ochenta y un años y tengo el alma curada. Eso es todo lo que te puedo decir. Veamos... esta calle. No. A la siguiente, a la derecha.*

*Eres un hombre valiente, Nelson.*

*No más que tú, Shannon... y ese chico, y el niño también. Dijo haciendo señas hacia atrás.*

*¿Te puedo preguntar algo?*

*Mmm... una última pregunta y tratas de dormir. ¿Es un trato?*

*Bueno... lo intentaré.*

*Y yo intentaré responderte también. ¿En qué piensas?*

*¿Cómo sobreviviste? Digo... yo no me imagino estar en tu situación y luego tener la voluntad de seguir con vida. Cómo desearía que uno de esos cuervos me tome del cuello y termine con todo de una vez... pero, no sé. Aún quiero seguir viviendo. ¿Pero cómo voy a hacerlo? ¿Cómo vamos a hacerlo?*

*No, Shannon. No te preguntes cómo. Pregúntate por qué. ¿Por qué vas a seguir viviendo? Yo lo hice por mi mujer. La amaba demasiado como para perderla y como para causarle un mal mayor que la pérdida de nuestro hijo. Por ella es que aún sigo vivo y con ganas de vivir. ¿Por qué? Pregúntate eso. ¿Ese chico es tu novio? Tal vez él es tu por qué. Duerme un poco, Shannon. Busca la respuesta.*

Él es mi porqué. Ya no podía negarlo. Los ojos le lagrimeaban y no podía ver nada más que un rojo intenso a través de sus ojos cerrados. Hasta podía sentir que la sangre de sus párpados se deslizaba sobre sus globos oculares. Palpaba el asfalto con sus manos tratando de orientarse. ¿Hacia dónde estaba el avión?

¿Hacia dónde Adam? ¿Hacia dónde?

Aun habiendo tenido ambos ojos cerrados, Adam no podía percibir más que un brillo crepuscular arrastrándose por su pupila. Dentro de su oído giraba y giraba un pitido fantasmal que parecía atravesar las paredes del tímpano para danzar con libertad dentro del cerebro y sus comisuras. Se arrastró a ciegas como pudo hacia el frente hasta que percibió una mano sobre él que le hizo llenarse de sombras.

Eran dedos como ramitas de árbol los que se aferraban a su hombro y lo acariciaban con movimientos estremecedores. Una mano fría que parecía arrebatarse su fuerza a cada movimiento suyo. *¿Quién eres?*, se preguntó Adam en silencio. Lo inundaba una náusea molesta que se mezclaba con el aroma nauseabundo que lo rodeaba. Le pareció escuchar el resoplido como de un caballo justo en su nuca. Sintió el frío de su respiración y la viva presencia de la muerte. *¿Tan pronto vienes a llevarme?*

-¡Llévame contigo! -Suplicó Gary de rodillas, gateando mientras su mano atenazaba la pata huesuda y nervuda de un animal-. Llévame, por favor. - Insistió tratando de acercarse y elevarse más. Estaba ciego por el relámpago, pero su deseo demente de tocar a los dioses le había hecho sacar fuerzas de donde no las tenía.

Palpó la esquelética panza del animal. Piel escamosa, muerta que parecía deshacerse al contacto con su mano. Luego sus manos llegaron a posarse sobre la ropa del que montaba al animal. No pudo reprimir un par de arcadas. Su mano se había aferrado a una textura parecida a las algas marinas. Pensó en el color verde brillante y baboso de las algas que alguna vez utilizó para ahogar a una mujer que había conocido en Pensacola, Florida. Esta vez sintió repulsión del recuerdo. Las algas parecían caminar hacia su codo. *Dios mío*, gritó en su mente mientras iba sintiendo cómo se le congelaba el brazo.

Adam aún seguía sintiendo frío pero la mano ya no estaba allí. Esperaba sentir un nuevo resoplido en su cabeza, pero oyó al caballo relinchar como flotando encima de él, subiendo, alejándose, chillando y soltando carcajadas

espantosas junto a su jinete, de regreso a la oscuridad de la noche. La tierra empezaba a sacudirse de nuevo cuando alguien lo sujetó del brazo y lo obligó a ponerse de pie-. Pon de tu parte, Adam. Podemos lograrlo. Podemos lograrlo.

-Vamos. Arriba. -Ordenó Nelson habiendo abandonado la cabina y dejando el Cessna con el freno de mano puesto. Shannon trepó al vehículo. Ahora podía ver mejor gracias a que todo estaba cubierto de tinieblas. Allí adentro se podía sentir todavía las sacudidas de la criatura que había vuelto a ponerse en marcha-. Ayúdame. -Exhaló el anciano mientras ayudaba a Adam a entrar al Cessna. El chico apenas podía mantenerse de pie y Nelson estaba apenas con sus huesos para realizar semejante despliegue de fuerza. Con la ayuda de Shannon, el chico subió por fin ante la algarabía de Jack, quien gritaba y balbuceaba sujetado con el cinturón en el asiento del copiloto.

Un rápido vistazo hizo sentirse a Nelson como un grano de arena descansando en la playa bajo la atenta mirada de un solitario crustáceo. Se estremeció hasta los huesos cuando un rápido destello de la luna iluminó las apocalípticas extremidades de la criatura que se trasladaba sobre la tierra con gigantescas zancadas. Unos segundos más y estaría sobre ellos. Se limpió el sudor mientras observó cómo una figura lejana se agitaba sobre el suelo, convulsionando y retorciéndose sin control. Nelson subió a la avioneta y cerró la cabina raudamente. A través de la luna vio las ropas de Gary, cubriendo un cuerpo que se iba cayendo a pedazos sobre la pista. No se habría atrevido a seguir viendo así el lugar estuviera en completa calma. Lo siguiente que vio, fueron los controles del Cessna frente a sí.

*Vamos, cariño. No me falles ahora. No hay temblor, Nelson, son solo vientos cruzados. Ya has lidiado con esta basura antes, puedes hacerlo ahora también.* Cincuenta millas por hora y podía sentir la fuerza de las sacudidas del volante luchando contra los músculos de su brazo. *Un poco más.*

El fuego que jugueteaba con los árboles se sumergió bajo el peso de una descomunal extremidad puntiaguda. Pero el viento provocado por el impacto, avivó el infierno que no tenía control, y el fuego siguió retozando junto a las

ramas y un nuevo acompañante que traía consigo melodías de destrucción. La luna vigilaba el mundo detrás de las nubes cuando la criatura desintegró la pista de despegue de una sola pisada. Cientos de metros de asfalto se fragmentaron en diminutos trozos.

A unos metros de allí, un Cessna 402 de dos motores se elevaba sigilosamente a través de la penumbra.

113

### Un milagro en las nubes

-¿Te ajusta mucho? ¿Te duele? -Le preguntó Nelson a Jack quien se movía en su asiento junto a él. Trataba de zafarse del arnés de seguridad pero era demasiado complicado para las manos del pequeño. *Bua, ea, ea, chus*, gemía mientras trataba de descifrar cómo liberarse-. Espera. Déjame sacarte eso. - Estaban a casi dos kilómetros de altitud y el Cessna parecía deslizarse en el cielo como el aceite sobre el agua.

Nelson quedó perplejo al observar la parte superior de su mano. Su piel arrugada y con manchas propias de la edad ahora tenía una textura escamosa y quebradiza. Como una costra que se extendía desde sus nudillos hasta unos cuantos centímetros antes de llegar a la muñeca. Trató de hacer puño pues sus instintos se lo exigían. De una de las grietas brotó un poco de pus mezclada con sangre. *Dios mío*, exclamó dentro de sí mientras su mano comenzaba a temblar en el aire.

-Neso, neso, clic. -Insistió el niño al ver que el anciano se había quedado quieto. Movía sus piernitas en el aire como un pato pataleando en el agua. Lo extraño para Nelson era que no sentía ningún tipo de molestia en su extremidad. Pensó en la necrosis, en la piel muerta e insensible. Pero aún podía mover la mano. La alargó un poco y soltó las abrazaderas que mantenían atado al niño-. Ua, ua. -Exclamó Jack mientras se sujetaba de la mano de Nelson para ayudarse a bajar del asiento. Su cabello corto apenas se movía y su sonrisa inocente se extendía tanto en su rostro que ya no hallaba lugar dónde desbordarse.

Al soltarle la mano, Jack se tambaleó entre los asientos buscando al chico del que no se había separado desde que ambos se encontraron en aquél oscuro



ático. Nelson sostenía su mano aún temblando frente a sus ojos. Estaba completamente desconcertado. Las grietas, la textura repulsiva de una piel seca y muerta, el borboteo de pus, sangre y partículas coaguladas. Todo había desaparecido. Se volvió repentinamente para ver a Jack aún avanzando por entre los asientos del Cessna. ¿Qué diablos había pasado?

-Sigue hablándome. No te duermas todavía. -Ambos estaban sentados en un mismo asiento. Shannon debajo y Adam encima de ella como un muñeco de ventrílocuo que estaba al borde del colapso. Ella lloraba. Lloraba y sus lágrimas caían de su rostro y aterrizaban sobre el pálido (casi verdoso) rostro de Adam. A un lado de su cuello se había formado una cicatriz por la que se asomaba el músculo en estado de descomposición. Había perdido el color de la vitalidad y su único ojo apenas podía mantenerse entreabierto. El párpado le temblaba como si estuviera en plena fase R.E.M. Pero aun así, su mano todavía tenía la tenacidad para aferrarse a la de ella. Soñaba que se aferraba a la vida.

Entonces apareció Jack gateando en el suelo. Trepó como un reptil por la pierna de Adam, ayudándose con sus manos minúsculas y desmañadas. Llegó a su rodilla y asomó su cabeza entre sus piernas mirando a ambos chicos como si quisiera jugar con ambos.

-Ven aquí. -Le dijo Shannon indicándole para que trepara sobre su pierna. Pero Jack trepó sobre las piernas de Adam y se acomodó en su regazo. Lo miraba con curiosidad y con paciencia infinita. Esperando que abriera su ojo, se levantara y jugara con él en aquél estrecho lugar-. Quédate con nosotros. - Le susurró Shannon al niño sabiendo que aquella frase iba dirigida también hacia Adam. El niño se agarró de las manos de ambos y las puso encima de su cuerpo como tratando de que lo cubrieran. Así lo hizo y así quedó quieto mientras un hilillo de saliva caía por su boca encima del mono de Adam. Aún volaban encima de New Jersey. Faltaban varias horas más para llegar a su destino y unas cuantas más para el amanecer.

-¿Ya llegamos? -Preguntó Adam sintiendo la boca seca. El cuerpo de Shannon pareció recibir una descarga eléctrica mientras la voz del chico aún se

desplazaba dentro de sus oídos. Jack estaba en el asiento de enfrente tratando de asomarse por la ventanilla-. ¿Ya puedes ver tierra firme, Jack? Hey, ¿Qué pasa? -Shannon lo abrazaba con demasiada fuerza. Descargando todo lo que había quedado almacenado en su cuerpo: lágrimas, gemidos, una aglomeración de sentimientos y emociones. Lloró desconsoladamente sobre Adam. No podía detenerse. No había por qué hacerlo. Adam estaba curado.

Adam se acomodó en el asiento de manera que su brazo terminó rodeando la espalda de ella. La acercó hacia sí. Ella cubría su rostro con ambas manos mientras las lágrimas afloraban por entre los dedos. La acercó hacia él aún más sin entender por qué se había puesto a llorar de esa manera. Le besó la cabeza y descansó sobre ella mientras le acariciaba el hombro con los dedos-. Vamos a estar bien, Shannon. Vamos a estar bien.

-Todavía quiero seguir teniendo un por qué. -Gimió ella abrazándose a él como si colgara del vacío. Adam escuchó lo que dijo, pero él no entendió a qué se refería. Y ella volvió a estallar en llanto mientras Adam la abrazaba aún más. El brillo de la luna se reflejaba sobre sus trenzas.

114

Shannon

*Casi todos habían muerto. Y después de algunos minutos de manejo y de adentrarnos en la tranquilidad más absoluta, me di cuenta de cuánto extrañaba la soledad en compañía. Suena extraño, lo sé, pero es lo mejor que nos ha pasado después de este largo viaje. Viaje que, espero, haya llegado a su fin en muchos sentidos.*

*Yarmouth es casi un paraíso. Aunque demasiado frío, sobre todo a esta hora de la mañana y en plena orilla del mar. El ambiente es húmedo y siento cómo se me congela toda la garganta. Pero el tratar de perseguir a Jack por en medio de las piedras y el musgo junto al océano me mantiene distraída. El mar es calmo aunque no me atrevería a nadar por nada aunque he visto varios botes y barcos en los alrededores. Debe ser un pueblo pesquero. Y creo que ese es el destino que nos espera a nosotros si es que por alguna*

*razón, la comida también ha desaparecido en este lugar.*

*Desde hace mucho estuve sospechando los verdaderos motivos de Nelson de traernos a este “refugio”. Era su refugio. Su hogar. Una casita blanca de dos pisos con chimenea, casi parecida a las casas que dibujan los niños cuando recién empiezan a hacer garabatos. Nada más alejado del refugio militar que imaginó mi mente cuando lo mencionó por primera vez. Solo buscaba tentarnos con aquella idea. Traernos hacia aquí cuando todo lo que quería era regresar a casa y abrazar a su esposa. Es una pena no haberla encontrado. Me hubiera gustado conocerla. Él dice que aún debe de estar por ahí en algún lado aunque su rostro me dice algo distinto. Pobre hombre. Espero que la encuentre pronto.*

*Jack no deja de correr. Se cae, se levanta. Parece que le gustan las caídas. Sus manos están llenas de musgo que se ha empeinado en recolectar. Camina por la piedras, señala una y empieza a arrancar esos tallos amarillentos hasta que acumula un buen montón y lo apila en un lado para seguir con el mismo proceso. Me pregunto qué es lo que quiere hacer. Pero estoy aún más agradecida por lo que hizo. Es como un sol para mí. Un puntito luminoso, en medio de toda esta oscuridad, que obra milagros sin saber lo que hace. Y ahí está cayendo de nuevo y poniendo esa cara de culpable que me da tanta risa. Oh, parece que ha encontrado un amiguito. Un animalillo que trata de esconderse entre las piedras.*

*Y allí está Adam sentado sobre una piedra a unos cuantos metros de nosotros. No se ha alejado desde que salimos de la avioneta muriéndonos de frío. Me siguió abrazando todo el camino hasta aquí incluso cuando le dije que dejara de hacerlo aunque en realidad no lo decía en serio. Supongo que quería ponerlo a prueba. Y hasta ahora lo ha hecho muy bien aunque todavía debo ser paciente.*

*Todo está calmo. Nos arrulla el ruido de las olas y el aleteo de unas aves que vuelan hacia el faro. Parece como si todo hubiera sido un sueño y debo intentar pensar para mi bien que así lo fue. Pero todo lo que veo ahora, todo lo que siento, todo lo que respiro (sí, incluso el frío y la humedad) me hace sentir feliz.*

115  
Adam

*No hay nada que pudiera pedir que fuera mejor que esto. La quietud del ambiente a mí alrededor, las personas que más me importan en el mundo*

*jugando frente a mis ojos. A mi ojo. No pensé que incluso con un solo ojo podía seguir disfrutando de la misma manera de todas las cosas que hace la naturaleza.*

*Tampoco puedo evitar seguir pensando en todo lo que ha pasado. Al menos en eso tenía razón la voz de mi padre... o bueno... mi propia voz: en que no podía cambiar de la noche a la mañana. Aún siguen rondándome pensamientos solo que ahora parecen solo flotar sin llegar a aterrizar en mi corazón y sin hincar las garras ni hacer su morada. Todavía pienso en la crueldad del hombre. Me imagino a Kalia y a Hunter corriendo frente al mar junto Jack y Shannon. Arrancando musgo y disfrutando de la tranquilidad aunque sea por un instante. Pero luego vienen a mí imágenes de los hombres de traje con sus armas... y aquella escena que aún no podía olvidar. Y sé lo que pasa una vez que empiezo a tener ideas así. Aparece un recuerdo tras otro hasta que termino con la mente exhausta y el humor irritable. Ahora empiezo a ver a Gary, a la mujer del hombre barbudo saltando fuera del Greyhound. Nunca supe cómo se llamaba o al menos no lo recuerdo. Cuervos, cadáveres, el resplandor nuclear, esas criaturas gigantes que hacían temblar la tierra y las figuras humanas que flotaban en el cielo mientras viajábamos en la avioneta. Todos aún allí afuera, perdidos en la distancia y todavía viviendo en mi mente.*

*Todo se complica mientras más lo pienso, cuando debería de abandonarme en la simpleza de la naturaleza que me rodea. El musgo, las piedras que se pierden en la distancia junto al mar, las hojas y ramitas que cubren toda esta pradera hasta la casa de Nelson, el inmenso cielo celeste y las pocas nubes que puedo ver en esta mañana fría y seductora a la vez. Jack. Aún sigo pensando que hay algo en él que puede cambiar el rumbo de las cosas. Tiene un don, algo especial que aún no logro entender por completo. Shannon también cree lo mismo y sospecho que sabe algo más aunque no ha querido decirme. La escuché hablando con Nelson sobre curaciones mientras él le enseñaba la mano. ¿Y qué haría si Jack fuera nuestro vehículo para evitar la extinción? ¿Haría algo? No estoy seguro de si el hombre se merezca esto. No después de todo lo que nos hicieron ¿Lo merecen? ¿Lo merezco? No lo sé.*

*Y Shannon. Ahora que la veo, todos mis pensamientos han desaparecido.*

*Todo se hace tan simple, todo me conduce en una sola dirección. Allí está lo mejor de mi vida y por increíble que parezca, me lo estoy perdiendo. Espero que no se acuerde de qué día es hoy para que esto sea una sorpresa. Espero que no me haya visto revisar su billetera mientras estaba aquí sentado. Espero encontrar una bonita flor y cantarle feliz cumpleaños.*